3 1761 08158687 7

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS

M. A. BUCHANAN

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 21. NUM. 238.

# LA

# ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ DE LÁZARO

OCTUBRE 1908

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE VALENTÍN TORDESILLAS
Calle del Tutor, 16.—Teléfono 2.042.

*Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de* La España Moderna.

AP
60
E8
año 20
no. 238-40

ESTUDIOS ARTISTICOS

# EL REGIONALISMO LITERARIO EN ESPAÑA

Es hecho indubitable el resurgimiento, en los años últimos, del espíritu regional en España. Hasta hace poco, apenas si se traducía en el arte literario; pero á la fecha actual, remozando y afianzando caracteres étnicos y la especialísima idiosincracia solariega, en cada comarca reviste caracteres de reconstitución social, bajo fundamentos históricos, y se lanza á la lucha, con ímpetu de acción, celoso de llevar á término una saludable desintegración nacional, aislando las fuerzas vivas para que actúen libremente, para que se vigoricen con la savia propia, indígena, no conservando en el acoplamiento que constituye el alma nacional más que la convivencia común en un sentimiento unitario de la patria.

Creo en la virtualidad de este movimiento regionalista, y tras él se van mis más fervorosas devociones. Es sano, de una gran fortaleza y de una enorme intensidad en el porvenir no lejano, si se le da cauce, no desviándolo en la conquista de un alto ideal de engrandecimiento. La acumulación de energías bien templadas, la suma de labores parciales, en que cada región ponga todos sus arrestos, andando el tiempo nos dará una nación vigorosa, mental, social y literariamente, porque conjuntadas las fuerzas dispersas, constituirán, muy intensificado, un espíritu colectivo, alma de patria, gallarda y con arrestos.

Asistimos á una resurrección de muertos. No es posible desentrañar el arranque del movimiento, cada día en mayor auge. Lo cierto es que de pronto, de hace ya una treintena de años al presente, se ha iniciado en las literaturas de dialecto y aun en aquellas en que se mantiene vivo el castellano, la lengua madre, un retoñar prodigioso del sentido regional, remozando los viejos caracteres solariegos, y avivando el atávico espíritu localista. Es un empeño de recobrar la propia personalidad, por azares de las contingencias históricas bastardeada y deslucida.

Conservar los usos, las costumbres, en lo que éstos tienen de tradicionales y particularistas en cada solar; transfundir, á lo largo del tiempo, la fisonomía moral, con sus ideas y su modo de sentir singularísimo, del pueblo en cada región, estimo que es revivir y perpetuar las fuerzas integrantes del alma española, compleja y variadísima.

A las claras se comprende que este movimiento renovador, de fortalecimiento fragmentario, es altamente saludable. La uniformidad ni es motivo de vigorización ni síntoma de belleza. Sólo debe atenderse á la heterogeneidad dentro de la armonía del conjunto. Razones anatómicas y leyes estéticas determinan este concepto en cuanto al individuo, y que es aplicable también á los pueblos.

No renuncian las regiones, por instinto de conservación, á sus caracteres diferenciales. Si en el transcurso histórico han dejado que desmayasen éstos, amortiguándose y á veces hasta borrándose, bien pronto han comprendido que iban á la decadencia por tales caminos, y ahora intentan remozarse, recobrando la plena personalidad.

Naturalmente, las ansias espirituales donde primero se reflejan es en las letras. Luego, cuando ya las han recogido y expresado los poetas y los escritores, cuando ya tienen fuerza para la acción social, esas energías latentes se desenvuelven, se traducen en fuerza dinámica que impulsa la vida de las comarcas, invadiendo la esfera política y el orden económico,

y de idea y emoción poética, cavilar de pensadores y subjetivismo de líricos, se traduce en pasión propulsora, en ardimiento febril de reintegración tradicionalista y de creación nueva, con ánimos de combate, como actualmente acontece en Cataluña mirando á España, como ha sucedido en Provenza por el lado de Francia y como se está iniciando en muchas de las regiones de Italia, en el viejo reino de las dos Sicilias y en el antiguo señorío del Véneto. En Austria las literaturas afianzan progresivamente su carácter tradicional y su espíritu regional en los pequeños Estados.

Favorecen en España el regionalismo literario los dialectos. Cierto que muchos de ellos, sin duda por no haber sido largamente trabajados por un arte literario de selección, de flexibilidad, de amplitud y de pulimento, se han quedado rezagados, toscos de expresión, incapaces de traducir matices psicológicos y de concretar una visión completa de la vida.

Es sin duda el dialecto el vínculo más fuerte que ata al terruño, al solar nativo. Sirve para aislar los espíritus de una región de otros que les son extraños y para hacer entre sí convivir estrechamente unidos, estableciendo entre ellos una identidad psicológica, una comunión subjetiva, una sólida mancomunidad en la devoción de un ideal. Crea el dialecto esta afinidad de las almas, por encima de las luchas de intereses, del choque de las ideas religiosas y políticas, del problema de clases, de cuantas divergencias en pensamiento y pasión puedan sugerir las batallas de la vida. Y es que el sentimiento de patria, ingénito, más vigoroso que cuantos otros trabajan los amores y los odios de los hombres, relaciona, vincula, hermana, destruyendo toda clase de resistencias, las más opuestas ideas y los sentimientos más antagónicos en los demás órdenes de su espiritual acción humana.

Tal vez mucho más que los caracteres de raza singulariza las nacionalidades el idioma, amén de otros factores, como el sedimento histórico, la conjunción de aspiraciones en un ideal para el porvenir. Así también las regiones se determinan, más

que por la orografía comarcal y la vinculación de intereses, por los dialectos. Son ellos no sólo la expresión primordial del alma colectiva, sino el troquel común que la moldea, que la circunscribe, y por tanto, lo que pierde en fuerza expansiva lo gana en concentración é intensidad.

No cede el dialecto á influencias extrañas. Antes por el contrario, á ellas se resiste, y con defensa batalladora se opone á todo ajeno avance de conquista, rechazando toda desnaturalización. En su progreso evolutivo el dialecto se desdobla, desenvolviéndose con el ímpetu vital propio á medida que éste acrece, crea voces nuevas, improvisa giros, locuciones, pero siempre dentro de su índole peculiar y de su genio privativo.

Claro que no es posible el coto cerrado. Dentro de los grandes idiomas ya formados con glorioso abolengo se advierte la introducción, no fraudulenta, sino necesaria, de vocablos prestados, merced á un intercambio que múltiples circunstancias imponen. Si este caso de transfusión filológica se da en idioma con larga riqueza de léxico, nada de extraño tiene que igual caso se observe en los dialectos.

Tienen éstos grandes alternativas. En ellos, á los períodos de gran esplendor suceden días de crisis que traen aparejada una enorme decadencia. Los de más gallardo abolengo se empobrecen de pronto, y como los hidalgos venidos á menos, impotentes para remozarse y revivir la opulencia pretérita, resígnanse pasivos á la pobreza del momento, soñando más con añoranzas de recuerdos en la gloria pasada, que acometiendo con ímpetu el futuro engrandecimiento.

Otros, por el contrario, llevados de un extraordinario ardimiento vital, intentan, quieren, se empeñan, realizándolo con persistente esfuerzo, salir del plebeyo ruralismo, de la tosquedad lugareña para hacerse literarios, transformándose, con crecientes perfeccionamientos, desentumeciendo la parálisis sufrida durante años, excogitando aliños, movilidad y plástica, color y calor, que la forma externa se muestre más garrida y

bella, y que el espíritu vibre más intenso y con un mayor ímpetu vital.

En España se advierte claramente este fenómeno en las lenguas regionales. No puede disputarse el histórico abolengo del gallego, glorioso en sus orígenes como el viejo romance de Castilla. En el momento actual, á pesar del esfuerzo de los poetas galaicos modernos, no mantiene en pie el lustre de sus antiguos prestigios. Dejó, al correr de los siglos, que se perdiera la soberana hegemonía de sus letras; dejóse vencer, arrollado por el castellano adueñado al fin del alma nacional. Y es de ver cómo el portugués, hermano de sangre, trabajado en el transcurso de largas centurias, ha recogido, ensanchado y artísticamente ennoblecido la herencia del mayorazgo primogénito. Las contingencias históricas fácilmente explican el caso.

Por el contrario, nótase el gran desarrollo que el dialecto ha adquirido en Cataluña en los últimos tiempos, como en Provenza, mientras que los otros afines, derivados, similares, como quiera que los clasifiquen, el mallorquín y el valenciano tardíamente, tal vez por un alto estímulo de imitación, quizás por instinto de conservación, hacen esfuerzo por renovarse, con ansias vitales y con pujos de incipiente y laboriosísimo remozamiento.

En Cataluña reflorece el dialecto, no como una modalidad pasiva de expresión, sino como un enérgico medio de acción, de creación y de combate. Sólo así consigue carácter, alma propia, todo un pueblo.

Otros dialectos aparecen como muertos. No ya el viejo leonés, el mismo bable asturiano, ¿qué signos de vida acusa? ¿Moldea la fisonomía de un modo original é inconfundible, haciendo transparentar intensidad de vida propia de un pueblo? ¿Ha llegado á formar, con esfuerzo perseverante, una literatura regional que se imponga ó por lo menos que se singularice?

Igual acontece con el vascuence. Contradicción en ejercicio, sin duda bien arraigado, no ha podido hasta ahora crear una

literatura peculiar en que se reflejase la ingénita idiosincracia del pueblo vasco que ha conservado, á través de los siglos, sus caracteres irreductibles de raza.

Ni el bable ni el vascuence pierden sus hábitos plebeyos, lazo de comunicación espiritual entre las clases humildes en los bajos fondos sociales. En tanto, manteniendo el aristocratismo de la estirpe, el gallego, en los versos de sus líricos se esfuerza en sostener el carácter literario, y el catalán, ennoblecido, sanguíneo, impulsivo, flexibilizándose y desdoblándose continuamente, es hoy de una ductiladad en la expresión maravillosa, desgastadas las viejas asperezas, así sintáxicas como fonéticas, tendiendo á consagrarse instrumento poderoso que traduce todas las viejas añoranzas y el ardiente ideal de futurismo á que consagra todas sus energías un pueblo entero, codicioso, no de ensanchar los límites comarcales, cosa imposible, pero sí intensificar, desenvolviéndola ampliamente, la vida interior, el alma regional, hasta que se señale una marcadísima superioridad; y entonces, esta misma supremacía intelectual y artística, á la que contribuyen otros factores que afectan á la vida material, espolee el espíritu expansivo, la impulsión acometedora de conquista y de poder, consolidando la hegemonía, que es superioridad espiritual y fuerza de dominio, sobre las demás regiones en desmayo y perezosamente inertes, sin esperanzas siquiera en una remota y salvadora resurrección.

La enorme difusión del castellano ha sido un inmenso obstáculo al auge de los dialectos, y por ende á un mayor desarrollo del regionalismo literario en España. La invasión del habla castellana, siempre en triunfo durante muchos siglos, en todo el solar hispano y fuera de él, allende los mares en el inmenso territorio de nuestras viejas colonias ultramarinas, impidió que los dialectos se desenvolvieran con pujante lozanía. El idioma castellano, más que la convivencia colectiva en la fe religiosa y en el ideal guerrero de conquista, realizó en España la unidad nacional, fusionando los pequeños pero vigorosos reinos, reduciendo á un tipo común los más opuestos caracte-

res étnicos, espiritualmente está claro, y llevando un sentido desvinculador á todos los rincones del solar ibérico y un rasero de nivelación colectiva.

Hoy, los dialectos no sólo resisten la absorción del habla castellana, sino que en muchas regiones contrarrestan su acción invasora y hasta inventan, con hostilidad defensiva y hasta agresora, recabar una completa independencia. Crean literaturas regionales, con carácter y alma propia, indígena y netamente solariega, único medio de competir en la lucha, buscando un aislamiento necesario á evitar todo contagio, no sólo de influencia léxica, sino á la vez de presión intelectual y artística.

En aquellas regiones donde es positiva una mayor densidad de cultura, como en Cataluña, en términos generales, superior á la del resto de España, el dialecto es un instrumento vivo para la expresión de los sentimientos y de las ideas del pueblo, y ha logrado constituir una literatura peculiar de grandes vuelos, con historia propia y con fisonomía privativa. A ello también contribuye el desarrollo de la riqueza pública en sus comarcas, que sirve para afianzar las personalidades regionales, permitiendo el desahogo económico la independencia espiritual.

En contraste con Catuluña se ofrece el ejemplo dé Vasconia desvirtuando el aserto anterior. Es innegable que en Vizcaya y en Guipúzcoa, en los últimos años, se ha improvisado un extraordinario desenvolvimiento de la riqueza. Sin embargo, á este progreso material no ha correspondido un auge paralelo de la vida literaria. El vascuence, artísticamente, parece hipertrofiado, si no muerto. No se ha puesto hasta ahora al servicio de un gran ideal de la raza, y apenas si da señales de existir, arrastrando penosamente su larga edad en el mezquino comercio de vulgares ideas, y en la comunicación de emociones corrientes entre tosca gente aldeana. Si hubiese conseguido un gran poeta Vasconia, que recogiera en sus estrofas el atávico espíritu de la raza, es seguro que hubiese logrado,

en plazo corto, crear una literatura. Tras las eflorescencias líricas, que transparentaran las ansias presentes, la inquietud espiritual del momento; después de un cantor épico, que encarnara en sus versos el sedimento histórico, el pasado de áurea leyenda, necesariamente habían de venir los creadores, los que al cincelar, pulir y dignificar la prosa, sustrayéndola al plebeyismo popular para convertirla en arte literario con noble alcurnia, llevarían á la crítica el espíritu de selección, trazando un cauce á las orientaciones nuevas, y á la novela el carácter típico de las costumbres, el ambiente del país, la entraña misma del terruño.

Actualmente, sólo dos regiones en España puede decirse que tienen literaturas propias. Sólo que en Galicia, una de ellas, anda ahora en un período de desentumecimiento, de nueva iniciación, forcejeando por vencer una parálisis secular. Por lo menos siente acosos de vivir, y ha logrado los primeros movimientos de acción. Son sus desperezos actuales sacudidas líricas en que da suelta á íntimos escapes de idealidad. Tiene ya la vibración interna, el anhelo, la vaga ensoñación, todo un estado de alma intensamente poético. Andando el tiempo, al cobrar energías, robusteciendo las débiles fuerzas actuales, llegará á la plenitud artística, consolidando una literatura fuerte que entonces será de creación y de combate.

Indudablemente, Galicia, por pasos contados, si una crisis honda de sus energías presentes no determina un alto ó un retroceso en la marcha evolutiva de avance de su literatura, recorrerá el camino que ya ha andado Cataluña. Esta supo crear antes su arte literario, trabajándolo larga y pacientemente, para ser hoy su mejor y su único órgano de expresión, y quizás su mejor instrumento de cohesión colectiva y casi su única arma de batalla. Ahora, consciente de su fuerza, la convierte en medio de acción social. La superioridad presente de Cataluña, su cultura, su sentimiento de la patria, el concepto claro de su valía intelectual, débelos á la labor perseverante de sus poetas, maestros en *gay saber,* que mantuvieron vivo

el espíritu del pueblo, empujando á éste, al son de estrofas enardecedoras, á la conquista de más altos destinos. Hoy no son ya precisamente los poetas los que van á la vanguardia del movimiento reivindicador de Cataluña. A los cantores del ideal han sucedido los ejecutores, los hombres de acción. Claro es que los poetas, los escritores en general, continúan manteniendo viva la fe, robusteciendo el alma regional; pero esa patria chica, ya espiritualmente creada en el arte literario, son otros los llamados á desenvolverla y consolidarla, convirtiendo en hecho, en realidad viva, lo que antes fuera sólo ensueño, aspiración anhelada de espíritus imaginativos, lastimados de amor y sedientos de ideal.

En todos los resurgimientos del alma colectiva, así en una nación como en una comarca regional, hay que buscar siempre el arranque inicial, la primera impulsión. Indefectiblemente surge á la voz de un poeta que acierta á conmover á los suyos y acaba por dominarlos, asociándolos, tarde ó temprano, á su empeño de visionario que vislumbra el porvenir.

Y hay un hecho extraño. La misma Castilla, á pesar de su hegemonía nacional y de la extensión de su idioma, quiere singularizarse acentuando el regionalismo en el arte literario. Tiende á una fragmentación bien definida. Muchos de sus escritores han buscado de intento la particularización, despojándose de la amplitud nacional. Se va derechamente á ello. ¿Tiene acaso alguna semejanza la *Montaña,* descrita por Pereda, con la *Tierra de Campos* novelada por Macías Picavea? La lírica de Gabriel y Galán, poeta malogrado, ¿se acopla en nada á la lírica general española? ¿No es algo aparte, bien diferenciado? Tal vez la originalidad en la visión poética del autor de *Castellanas* estriba en su hondo sentido regionalista, en su espíritu nutrido en la savia del terruño natal.

En todas las regiones, aun en aquellas en que prevalece el castellano, se tiende en el arte literario á singularizar el carácter propio, como en Aragón y en Andalucía. Es la orientación que ahora se advierte. En el teatro, en la lírica, en la novela,

día por día, se va marcando esa tendencia opuesta á la uniformidad del cuño nacional.

Dentro del solar hispánico se destaca la variedad de caracteres en todas las regiones. No es posible confundir Galicia con Cataluña, ni Vasconia con Andalucía. ¿Cómo, pues, no han de detallarse y singularizarse en el arte literario? Si éste, conforme al credo realista, se ha de nutrir de la vida que se vive, del paisaje que se siente, del ambiente que inspira y forma al artista, ¿cómo podrá sustraerse á estos elementos de creación, que son encarnadura y alma de toda obra literaria?

Por más que se vocee en contra de esta tendencia, con pregón de agravios, el hecho es lógico y sobre todo innegable. No sé si añadir que conveniente.

Por lo menos, el regionalismo entraña idealidad y pasión. ¿Qué otras energías sirven para crear? Si no trae, por lo pronto, un arte grande, lo forma sólido, con raigambre perdurable.

*
* *

Es, sin disputa, Cataluña la que ofrece, dentro de España, entre nuestras regiones peninsulares, una literatura completa. Hállase ésta, no en formación, sino reciamente integrada, con gallardas muestras, merced á una producción ya copiosa, de todos los géneros del arte literario. En muchos puntos compite, y aun supera, la labor literaria en catalán á la producción castellana, que pomposamente lleva el marchamo nacional de española. En la dramática, tentado estoy de decir que Cataluña supera á nuestro teatro castellano contemporáneo, venido muy á menos, salvo el movimiento de renovación y de orientación nueva que traen los dramaturgos de la última hornada y fecha, europeos en el modo de pensar, tradicionales en el modo de componer escénico.

A par del movimiento de resurrección en la lírica provenzal, y tal vez bajo su presión, se ha realizado el resurgimiento de la literatura catalana. Los *felibres* de Provenza y los maestros en *gay saber* de Cataluña, tienen un gran parentes-

co de sangre y de espíritu. El remozar la tradición de los juegos florales, reproduciendo la poética leyenda de los viejos trovadores y evocando la figura inspiradora de Clemencia Isaura y su gentil corte de amor, sirvió para sacudir y despertar el estro de los poetas ganosos de gloria en públicos y reñidos certámenes. Quizás se van olvidando, con notoria injusticia, estos humildes orígenes de su renacimiento poético, así en Provenza como en Cataluña. El nombre de Balaguer, uno de los escritores que más vivo supo mantener el espíritu de la Cataluña atávica y tradicionalista, va perdiendo devociones y padeciendo olvidos en la memoria poco agradecida de las gentes.

A los antiguos poetas de Juegos florales han sucedido en Cataluña los poetas á la moderna, que se acoplan al espíritu del siglo.

No con tanto ruido, pero la vena más abundante y fresca del genio catalán, á través de su arte literario, es la lírica, antaño como al presente. ¿Acaso España en el pasado siglo, aun contando á Zorrilla, á mi entender el más grande poeta castellano de dicha centuria, mal que pese á mis devociones por Campoamor, produjo un poeta de más alta y variada inspiración, de más rotundo verbo, de mayor amplitud en la visión artística que el inmenso Verdaguer? Resucitó la epopeya, ya olvidada, y renovó la mística española de singular valía en el siglo de oro de nuestras letras. También ensanchó, consagrándolo definitivamente el catalán, al modo que hizo Dante con el toscano, imponiéndolo como idioma de toda Italia. Porque ¿no es el catalán un idioma amplio, cuando puede producir una magna epopeya, y no es complejo, traductor de matices espirituales, exteriorizador de sutiles estados de alma, cuando puede encarnar en versos los escapes místicos?

Actualmente llega á un punto de flexibilidad extraordinaria cuando puede adaptarse á las complicaciones del alma contemporánea, haciendo sentir, con emoción cálida, sus vibraciones más íntimas y extrañas. Abierta Cataluña al aire de

fuera, su lírica se ha oreado á todos los vientos, saturándose del moderno sentido europeo. No tienen sabor á rancio los versos de sus poetas. Antes por el contrario, nos parecen exóticos. Y es que son producto de otra cultura, nacidos en un medio intelectual, extranjero y á la moderna. Sintiéndose con vigores para un avance progresivo, en vez de mirar los poetas hacia el pasado, han afrontado el porvenir. No quieren blasonar de pseudo-clásicos á la moda castellana, sino que son futuristas en el espíritu y cosmopolitas por el ambiente. Van á buscar orientación y molde en otras fuentes, que no son ciertamente las del acervo común de la poesía nacional.

Quizás el poeta más solariego en Cataluña, entre los líricos actuales, sea Guimerá. Hay en él algo atávico recrudecido por su agresividad batalladora, porque es un caballero romántico del ideal de su tierra y un fervoroso y arrojado poeta de combate.

Mas ¿quién en Maragall, el más hondo y espiritualista de los poetas españoles contemporáneos, no encuentra un alto representante de la lírica moderna, par á par con los más renombrados latinos? Como D'Annunzio en Italia, el genio superior, como Richepin en Francia, como Eugenio de Castro en Portugal, Maragall en España representa la inquietud, con temblores de misterio, y subjetivamente intensa, con calor entrañable, musa de los tiempos nuevos.

Diferentes orientaciones mantienen en la lírica catalana otros poetas, dignos de llevar tan excelso nombre. Ahí están Guayabens, Apeles Mestres, Zanné, Carner, Pijoan y otros, á quienes se les podría buscar similares en la lírica francesa y en la lírica italiana de hoy. No son hábiles rimadores ni vulgares copleros de oficio. Llevan á sus versos los poetas catalanes inquietudes internas, vibraciones íntimas, un subjetivismo caliente y vivo en que se entrega sin recelos toda el alma.

Justo es consignar que en Cataluña han surgido altos espíritus, que si bien escribieron en castellano, supieron encauzar y orientar el movimiento intensivo de su literatura regional.

Fueron ellos los que marcaron una disciplina intelectual á las ideas dispersas, y señalaron rumbo al emotivismo, haciéndolo cuajar en un pujante arte literario.

Bien señaladas están la garra intelectual de Milá y Fontanals, y la huella crítica de Ixart y la visión futurista de Almirall. Ellos, con profundo sentido educador, de un modo inconsciente, tal vez por no llevar tan allá sus propósitos, fueron los directores, los que dieron la consistencia estética con sus consejos y saludables advertimientos á las letras catalanas, y los que al incipiente resurgir artístico, ya incubado y en desarrollo, le indicaron cauce y orientación. Esta labor crítica, este ejercicio educador que impone una disciplina intelectual y una norma literaria, consolidando el cuño regional, á la hora presente, por juro de herencia, muy legítima por cierto, la lleva á cabo el sólido talento y el espíritu crítico, penetrante y comprensivo de Miguel Santos Oliver.

Tal vez en la rama literaria en que Cataluña hoy día destaca más briosa su personalidad plena, sea el teatro. Presenta éste una originalidad bien notada. Casi no tiene entronque con el arte escénico castellano. Si alguna reminiscencia se encuentra en él, es de otras dramaturgias extranjeras, como si, ávido de responder al sentido de los tiempos nuevos, buscase orientación en la corriente de las ideas estéticas que andan circulando allende los límites del solar nuestro.

Tuvo el teatro catalán humildes orígenes. Llevólo á un alto grado de esplendor, no por la gran valía intelectual ni artística, Serafí Pitarra. No fué éste un genio que, recogiendo los viejos elementos, improvisara de pronto un gran teatro, mejor dicho, lo creara, con una grandeza no sospechada siquiera anteriormente, ni igualada nunca y menos superada en adelante. Ese caso, en la historia del arte escénico, no se ha dado más que en Inglaterra con Williams Shakespeare. Pero el estro romántico de Pitarra trajo este renacimiento del teatro catalán contemporáneo. Siguió el impulso dado Guimerá. Sus primeras tragedias, en que desbordó también sus arreba-

tos de poeta lírico, á las claras lo prueban. Después tomó distinto camino: imperante el realismo en el teatro, Guimerá dió vida al drama rural, á la lucha de pasiones entre los humildes, los héroes de chaqueta y barretina. Siguiendo su ejemplo, en el teatro castellano moderno se renovó el ambiente, se permitieron los trajes plebeyos encubriendo almas en guerra, apareciendo *La Dolores,* de Feliú y Codina, y *Juan José*, de Dicenta.

Dió á la escena Guimerá ese drama maravilloso, hoy traducido á muchos idiomas extranjeros, originalísimo é intenso, que lleva por título *Terra baixa*. En *La festa del blat*, sin ser obra tan completa, se advierte un abundoso desborde poético.

Tras éste surge el más original en la visión de la vida, Ignacio Iglesias. *Els vells* es un drama intenso, de una sencillez clásica, una *dolora* en acción. Es fuerte. Corre por él un aire de dolor vivo y de exaltada piedad. Extraño es *Las garsas*. Casi pudiera decirse que el protagonista es esotérico. Una mala pasión, la codicia humana, amasa aquella miseria moral de los seres en lucha como fieras.

Original también es Rusiñol. ¿Dónde encontrar, dentro de los moldes y de la inspiración del teatro castellano, filiación artística á *L'alegría que passa* y á *El jardí abandonat*? ¿Dónde, en la dramática española, hallar afinidades á la visión poética y á la delicadeza de emociones, al hondo impresionismo de gran artista que refleja en esas obras Santiago Rusiñol?

Los nuevos despuntan también por originales. Son algo aparte en la dramaturgia española. No pueden ser emparentados con ninguna tendencia del teatro castellano moderno ni *La morta*, de Crehuet, ni *Misteri de dolor*, de Gual.

Lentamente, porque esas cosas no se improvisan, se va consolidando también la novela en la literatura catalana. Hasta hace poco contaba con un solo nombre, el de Narciso Oller. Era el maestro. *La papallona* reveló un gran talento de novelista, más tarde refrendado por el mérito artístico de *L'Escanya-pobres*. Tras Oller han surgido dos novelistas de temperamento bien diferente. Rusiñol, en *El poble gris,* es un ironista

admirable, con un humorismo singular, no de cepa española; y Víctor Catalá, en *Solitut,* es un creador recio de tipos, un prodigioso paisajista y hasta pudiera añadir que un psicólogo de cuerpo entero, un novelista con fuerza trágica que sabe llevar el escalofrío de las hondas sensaciones hasta lo más recóndito é inabordable del alma, vigor de emoción sólo reservado á los grandes maestros.

Al influjo del renacimiento de las letras catalanas, quizás bajo su presión dominante, por emulación ó por ejemplaridad, que no es cosa de desentrañar ahora, ha comenzado á despertar el espíritu literario en otras regiones de dialectos afines.

Me refiero á Valencia y á Baleares. En la primera región, el renacimiento literario está apenas iniciado después de desenterrar y hacer revivir el dialecto. La lírica se ha remozado al soplo de la musa inspiradísima del ilustre Teodoro Llorente. Él lleva honrosamente el cetro de los poetas valencianos, y ha de seguir sus huellas mañana una juventud que venga á la palestra literaria ansiosa de continuar el movimiento iniciado siempre á la conquista de un gallardo ideal. Está ahora el resurgir del espíritu regional en un período de incertidumbres, sin determinarse aún la definitiva ruta en lo futuro. Pero es indudable que el camino está trazado. Ya vendrán, tarde ó temprano, quienes recojan, con filial respeto y con amorosas devociones, la herencia ofrecida y las promesas en ciernes.

Allí están también en formación, esperando un mayor impulso, que no tardará en hacerse sentir, la novela y el teatro. De los cuentos de Chávarri surgirá, por indefectible evolución, la novela en agraz, que no á su dialecto, sino á la literatura castellana, quiso dar Blasco Ibáñez. El teatro tiene también su punto de arranque en los sainetes saladísimos de Escalante, reflejo pintoresco y en extremo colorista de las costumbres de la región levantina. ¿Quién duda que tras los juguetes cómicos, en plazo no muy largo, ha de venir el cultivo de los géneros superiores, y que el dialecto valenciano dará á la literatura propia comedias y dramas de méritos resonantes? Sin ninguna

sagacidad adivinatoria en la profecía, bien puede este feliz augurio como cierto y forzosamente realizable á todo evento proclamarse.

En Baleares el movimiento de resurrección literaria va más retardado. Comienza á ponerse el dialecto en ejercicio. Así va desentumeciéndose y desarrollándose. Cuenta ya con bocetistas de costumbres como el escritor no há mucho fallecido Gabriel Maura, y hay la promesa de un novelista de temple, con vigorosa médula, en el talento amplio de Gabriel Alomar.

Sobre todo, la lírica balear presenta un poeta con estro alto y refinado arte de expresión. Es Costa Llovera, que encarna una musa lozana y de gallardías insuperables. Tal vez por las estrofas de este poeta pase un soplo de aquella inspiración magnífica que engrandeció los versos de Verdaguer.

Galicia en sus letras rezuma, gota á gota, su rico caudal de poesía lírica. Nadie mejor para traducir los estados de alma del pueblo gallego, melancólico, lleno de añoranzas, con un apego de querencia pasional al terruño, dentro de su tosquedad de formas expresivas, con una delicadeza en el sentir singularísima; nadie mejor, repito, para traducir esas esflorescencias espirituales que sus poetas. Son ellos el portavoz, no de un ideal de combate, sino el acento del corazón de aquellas gentes, que si intelectualmente no consagran un gran culto á la historia brillante del terruño, sienten, sin embargo, profunda y entrañablemente la tierra natal con una devoción á su modo panteísta.

¿Cómo este estado psicológico de un pueblo, esta plétora de amor que mana de lo más hondo, y prodigiosamente abundante rebosa, no había de llevar sus cálidos estremecimientos íntimos á las estrofas de los poetas? El alma de Galicia es esencialmente lírica. Ninguna otra región de España acusa caracteres de subjetivismo poético tan señalado y pródigo. Impone la lírica, como obligada expresión de las inquietudes, ensueños y añoranzas, reflorecer de la vida interna de un pueblo.

Logró encarnar Galicia su espiritualidad poética en las estrofas de un poeta de veras, y por el hermoso cauce de los

romances de Rosalía de Castro, querellosa y suspirante, pasa con amorosas blanduras maternas, el alma gallega al són de la gaita que llora y al compás del triste lamentar del desterrado, que se queja lejos de la comarca muy amada, distante á la mirada, muy cerca siempre del corazón.

Bellas son las estrofas de Rosalía de Castro cantando la nostalgia intensa y doliente que sufre en su expatriación. Es su *Morriña* un sentimiento marcadamente gallego. Tal vez ninguno lo ha expresado mejor que Pondal en su magnífica composición de grandes méritos, *Campana d'Aullons*, que entraña más fuerza, y sobre todo mayor emoción, que la queja del forzado de Dragut en uno de nuestros romances clásicos.

Intenta renovar el viejo espíritu céltico, descolgando la empolvada lira de los bardos, Pondal en sus *Queixumes d'os pinos*. Es decir, quiere incorporar á la lírica moderna el sedimento atávico, el fondo leyendesco, el elemento primordial que ha dado cuna y crecimiento al alma gallega, tal vez desorientada, bajo la presión del espíritu extraño de otro pueblo, en el transcurso de los siglos.

Pero hay otros poetas que sondean el presente, desglosando el carácter del pueblo gallego, y recogiendo las notas de color en las costumbres, los impulsos más típicos de su psicología y el ambiente poético en la visión de los paisajes. Pintoresco por la malicia y la comicidad, es el psicologismo, á flor de piel casi, de Losada, y doliente, á pesar de su frívola versatilidad aparente, es el ruralismo de Lamas Carvajal.

Después de estos poetas surge en Galicia otro de grandes vuelos, Curros Enríquez, el autor de *Aires d'a miña terra*. Aparte al ardimiento combatiente de Curros, tocado de espíritu demagógico, celoso de ser también un poeta de acción social que abra surco en la conciencia de las muchedumbres, hay en él un pintor de escenas rústicas admirable, y sobre todo un evocador prodigioso de leyendas. Ahí está *A Virxe d'o Cristal*, como una ejecutoria de alta nobleza poética. Esta leyenda en la lírica gallega marca un punto culminante como *Mireille*,

de Mistral, lo indica en el desarrollo de la poesía felibresa en la comarca provenzal.

Ya indiqué antes que en Vasconia se ha desenvuelto, con gran pobreza de producción literaria, el dialecto. No ha creado ni aun siquiera la lírica. Como Cataluña tuvo grandes educadores, también Vasconia ha encontrado el talento recio de Campion. Mas no ha creado aún una literatura. Los escritores vascos renuncian al dialecto nativo, y hasta se apartan voluntariamente del solar. Buen ejemplo de ello son Unamuno, Baroja, Maeztu, Manuel Bueno y Salaverría, con puesto de honor señaladísimo en las letras castellanas contemporáneas.

El dialecto pocos poetas ha incubado en su materno claustro. Ha dado á Arzac y su poema, largamente celebrado, *¡Marichu!* Quien mejor ha recogido el espíritu vasco ha sido el cantor juglaresco, bardo popular vagabundo, Iparraguirre.

Hay escritores de talla, con alma vasca, pero que escriben castellano. Campion es un novelista de singular valía, así como Ulacia ha acreditado con largueza sus condiciones de observador y sus habilidades narrativas, revelando un temperamento triunfador en el arte de hacer novelas. Quedan también cuentistas de cepa vasca, pero transfundidos al castellano, como Arzadum y Arranaz; castellanos y bocetistas de costumbres, devotos del color, como Loyarte.

El dialecto que menos promete actualmente crear una literatura regional es el vascuence. Salvo el bable, que apenas ha dado, como floración espontánea, livianos suspirillos líricos que carecen de energía y de calor. Asturias ha dado poetas como Campoamor, y novelistas como Palacio Valdés; pero desentrados de la región, ajenos por completo al sentido localista. Iguales huellas sigue un escritor nuevo, astur de origen: Acebal.

Dentro de la nacionalización castellana, donde más vigoroso y más artístico se ha acentuado en los últimos tiempos el regionalismo literario, es en Cantabria. El país montañés, bajo los puntos de la pluma de uno de los más grandes maes-

tros de la novela española contemporánea, el gran Pereda, paisajista sobre todo insuperable y costumbrista prodigioso, logró encarnar en las páginas literarias todo «el sabor de la tierruca». Amós Escalante como poeta, y Pereda como novelista, crearon, pero con vida exuberante, el regionalismo montañés. Puede decirse que ellos hicieron la región.

No fué relampagueo del momento el esplendor literario de la Montaña. Sigue proyectándose el espíritu de aquellos iniciadores en la producción literaria de aquella comarca de Castilla. Enrique Menéndez Pelayo es un exquisito y admirable poeta; Duque y Merino fué un costumbrista digno de mucha estima, así como lírico de inspirada musa lo fué también, siendo un precursor, Evaristo Silió. Ignorado casi permanece Domingo Cuevas, que supo trazar bocetos al temple y aguas fuertes de positivo valer, transcribiendo literariamente cuadros de costumbres populares en el país cántabro. Hoy llamado está á ser el heredero del autor de *Sotileza,* un escritor fuerte, cuentista maravilloso, embrión de un novelador de empuje y triunfador definitivo, Ramón Sánchez Díaz, que ha dado gallardas y valiosas pruebas de sus talentos en sus libros *Amores* y *Odios.*

¿Qué más? ¿No existe el madrileñismo? ¿No están con sus caracteres propios, específicos y diferenciales, en la novela contemporánea, las tres clases sociales que componen el pueblo madrileño? Esos tipos, esas costumbres, ¿pueden confundirse con ningunos de otras regiones? Viva está la aristocracia cortesana en *Pequeñeces,* del P. Coloma; la clase media desfila pintoresca, un tanto doliente, por las páginas de *Fortunata y Jacinta,* la novela magistral de Galdós, y los bajos fondos sociales, la extracción plebeya, con sus miserias, hambres y malos hábitos, aparecen de cuerpo presente en *La Busca,* de Baroja, y en *La Horda,* de Blasco Ibáñez. Hay que consignar un hecho raro. Ninguno de estos novelistas que han creado la novela madrileña, son madrileños.

También se encuentra el madrileñismo neto en los sainetes de Ricardo de la Vega, heredero genial de D. Ramón de la

Cruz, y un poco de la chulapería repulsiva de la plebe ineducada, pero pintoresca, en los diálogos en verso de López Silva.

En los últimos tiempos se ha ido acentuando el andalucismo, que tuvo su mejor representante en el talento novelador de Fernán Caballero. Se acusó más tarde en *María de los Angeles*, de Navarrete, menos estimado de lo que en justicia se le debe. Ahí están, en la novela, Salvador Rueda y Arturo Reyes, y en el teatro dan á cada momento una colorista visión de su Andalucía alegre los hermanos Alvarez Quintero.

Aquí y allí, no en regiones, sino en comarcas pequeñas, se refleja el espíritu particularista en las letras. Ejemplo de ello es, y muy elocuente, la poesía original, con mucho sabor de la tierra, de Vicente Medina, así como también lo es, aunque no tan seguro y mucho menos tan original, uno de los libros de Gabriel y Galán, el malogrado poeta. *Aires murcianos* y *Extremeñas* son dos manifestaciones importantes del avance y afianzamiento del localismo literario en el arte español de los últimos tiempos.

Se me dirá que este fraccionamiento, este sentido de atomismo artístico, debilita y arruina la nacional producción castellana. Acaso ó ciertamente. No es posible decir si la presente vacuidad de la literatura castellana, salvo unas cuantas personalidades relevantes, obedece á este movimiento regionalista, ó si, por el contrario, corresponde á un período crítico en nuestras letras, tras el cual se adivina, por dolorosos presentimientos, una decadencia irremediable y funesta.

Puede ser. Lo cierto es que debemos preferir á una unidad literaria sin grandeza la diversidad regionalista con sus variaciones, acusando vitalidad y alma impetuosas. El arte, fuera de todas las pasiones políticas, hay que proclamarlo grande allí donde se muestra con grandeza. Y en cualquier región, el poeta más excelso, sin que para nada sirva el rincón solariego de origen, será el cantor más grande, porque será él quien ha recogido el alma inmortal y sin cuna de la patria.

Angel Guerra

# RECUERDOS

Ya lo contaba en mi artículo anterior.

Quisieron derribarme, no diré los elementos reaccionarios de la Cámara, pero sí los menos avanzados, los que miraban al grupo democrático con recelo, más que con recelo, con hostilidad; los que tenían á nuestras doctrinas por disolventes, los que consideraban á los derechos individuales cómo un peligro para el orden social, y á nosotros como perturbadores de la política.

Quisieron derribarme, repito, y no pudieron; y á mí, que me importaba poquísimo ser ó no ministro, que hubiera abandonado el banco azul sin el menor sentimiento, me regocijó, sin embargo, el triunfo.

Regocijo malsano, porque no era debido á la victoria misma, sino al placer que me proporcionaba la humillación de mis adversarios.

Una mala pasión, lo confieso; pero yo nunca he pensado hacer oposiciones á santo: con ser un hombre honrado me contento.

He de convenir, sin embargo, que mi satisfacción interna estaba en gran parte justificada, porque el ataque era soberanamente injusto.

Acusarme de haber querido prohibir la enseñanza de la doctrina cristiana en España, cuando jamás había pensado en tal cosa, cuando había rechazado el avance de los que me llevaron el desatinado proyecto, cuando espontáneamente lo ha-

bía calificado de brutal en la forma, de mezquino y sectario en el fondo, porque empequeñecía una cuestión mucho más grande; de impolítico á todas luces, y de imprudente, porque ya alboreaba la guerra civil con aurora de sangre; y de inoportuno á todas luces, y aun de imposible porque la situación no era radical, sino de conciliación hasta que se hubiera elegido un rey: atacarme á mí por lo que no había pensado hacer, era una injusticia monumental.

Pues bien; todo el mundo lo creyó, y siguieron creyéndolo hasta cuando publiqué un decreto, que aceptaron mis compañeros de Gabinete sin discusión, que aplaudieron demócratas y republicanos, y que los mismos conservadores, la misma *Epoca,* confesaron que, dadas las circunstancias, y teniendo que respetar el precepto constitucional, la solución que yo había dado era prudente, y nadie podía protestar contra ella.

Porque yo me limité á decir, que cuando los padres, los tutores, la familia de un niño, no quisieran que se le enseñase el Catecismo, ó porque se reservaban esta facultad, ó por otro motivo cualquiera, su voluntad fuese respetada, y la enseñanza del Catecismo no fuera obligatoria para el niño.

Pues cuando dicté esta disposición, repito, todo el mundo creyó que yo había retrocedido en mis propósitos, aunque de mala gana, y cediendo á la presión de mis compañeros de Gabinete.

Yo nada dije entonces, ni nada he dicho después, porque jamás me humillo por ningún género de conveniencias propias.

La tranquilidad interna me basta, y el vocerío externo, cuando es injusto, sólo me inspira desprecio.

¡Que griten, que griten los imbéciles!

Á sus voces no he de negar el derecho que concedo á los ladridos de los perros.

Y, sin embargo, tal creencia, en el orden político algo me perjudicaba, y así, cuando á la llegada de Don Amadeo hubo elecciones generales, en tres distritos fuí derrotado, y no pude conseguir un acta.

Distrito hubo en que iban á votar contra mí con un Catecismo en la mano en son de protesta.

Y fué preciso, para que yo saliese diputado, que Cristino Martos me cediese su distrito de Quintanar de la Orden.

Aun allí mismo, cuando por las noches me reunía con los jefes de la localidad en tertulia amistosa, acudían muchas señoras y señoritas, y me aseguraban que iban á hacer propaganda contra mí, para que aprendiera á no meterme con el Catecismo y á respetarlo.

Pero yo les dí una soberana lección, asegurándoles que conocía el Catecismo mejor que ellas, y en efecto, varias noches duró el examen, quedando avergonzadas y corridas, porque ni una sola pudo ser aprobada.

Resultó que lo único que sabían de corrido eran los pecados capitales; en lo demás, su ignorancia era lastimosa: ni siquiera los Mandamientos de la ley de Dios podían decir sin equivocarse, ó por lo menos sin alterar el orden.

¡Y qué venganza tan sabrosa tomé!

Claro es que por Quintanar de la Orden salí diputado, esta y otras muchas veces, y siempre al despedirme de mis electores, era mi grito de guerra: Fe, Esperanza y nada de Caridad con los adversarios.

*
* *

Pues aún la célebre cuestión del Catecismo pudo tener consecuencias, poco tiempo después de la sesión del voto de censura.

Voy á decir cómo: porque me he propuesto contar en estos artículos todo cuanto recuerde, bueno ó malo, interesante ó insustancial. Y si el lector se aburre, que tenga paciencia, ó que no lea lo que escribo, ó mejor dicho, lo que dicto; que para mi propio entretenimiento lo voy dictando, y para el de aquellos que se interesen por una época que ya pasó, pero que fué muy interesante, y con sus grandezas y pequeñeces, grandemente trascendental para la política española.

Pero vamos al caso.

Algún tiempo antes de la sesión parlamentaria que he referido, concedí yo un crédito que había obtenido de la Cámara, crédito de bastante importancia, para obras de reparación en la Alhambra.

La gloriosa y desdichada Alhambra siempre se está cayendo y siempre se está reparando, y aquella fué una de tantas ocasiones de ruina y reparación del admirable monumento.

Los diputados por Granada habían conseguido de mí la promesa de ir á inaugurar las nuevas obras, y todo estaba dispuesto para el viaje, y aun avisado estaba el gobernador civil de aquella provincia, que lo era por entonces, si mal no recuerdo, el Sr. León y Castillo.

Mas ocurre lo que ocurrió y he referido; y al punto noté en los diputados que habían de acompañarme menos interés por el viaje, frialdad, recelos, y, por decirlo con una palabra, miedo.

Miedo de acompañar á un ministro descreído, hereje y casi endemoniado.

Algunos de dichos diputados, que eran excelentes personas y amigos leales, me plantearon la cuestión con toda claridad.

De este modo me dijeron:

Granada es una ciudad muy levítica; los retrógrados en general, y los carlistas en particular, tienen mucha fuerza. La sesión en que quisieron darle á usted un voto de censura, las acusaciones de antirreligioso que se le dirigieron, el propósito que se le ha atribuído de suprimir la enseñanza del Catecismo, todas estas cosas han tenido gran resonancia en Granada, han excitado á mucha gente contra usted, y como todos estos hechos están muy recientes, si usted se presentase ahora en Granada, serían de temer manifestaciones y aun escándalos que usted no debe provocar. Creemos, pues, como amigos que somos de usted, que debe renunciar al viaje proyectado, y empezar modestamente las obras de reparación de la Alhambra sin la solemnidad que habíamos pensado.

Se da un pretexto cualquiera, y nada de viaje.

Yo les oí con calma, y con más calma les contesté lo siguiente:

He prometido ir á Granada, y estoy resuelto á ir.

Empeñé mi palabra, no la retiro, y si ustedes me la devuelven, no la tomo.

Se ha dicho que voy, y el no ir sería una cosa muy parecida al miedo, cuando es lo cierto que me importan poquísimo todas esas manifestaciones hostiles que ustedes me anuncian y que tienen por ciertas.

En suma: yo voy, estoy completamente resuelto á ir; pero no les comprometo á que me acompañen, sobre todo si ustedes temen que sus electores tomen á mal el que acompañen á un ministro tachado de hereje.

Ellos protestaron, asegurando que si yo iba, irían conmigo; y yo les dije que prepararan el viaje.

Sospecho que mi determinación no les hizo mucha gracia, ni al gobernador ni al capitán general; pero de todas maneras, yo fuí, y el viaje resultó agradabilísimo.

Empezó por una expedición en tren especial que me ofreció el marqués de Loring, una de las personas más amables, más simpáticas y más entendidas en asuntos financieros que he conocido; expedición, digo, al Tajo de los Gaytanes y ál precioso valle de Alora.

Y terminó el viaje visitando las fábricas de azúcar de la costa.

Entre el principio y el fin, estuve en Granada durante toda la semana y algunos días más, que en conjunto serían unos quince.

Y no sucedió nada, absolutamente nada; ni la menor manifestación de desagrado, á pesar de tantos temores y amenazas.

En honor á la verdad, confieso que la llegada no fué muy brillante, porque el recibimiento fué puramente oficial: las autoridades y los que por obligación tenían que salir á recibirme, y nadie más.

Verdad es que llegué de noche, en carruaje, y más tarde de lo que había anunciado, porque en Loja, donde el comité del

partido radical me dió un banquete, me detuve más de lo que pensaba.

De todas maneras, mi entrada en la poética ciudad fué silenciosa, triste y con cierta nota siniestra, que más tarde me recordó nuestra entrada en Cartagena cuando fuimos á recibir á Don Amadeo.

En resumen: no me recibieron mal, porque tampoco podía recibirme mal quien no fué á recibirme.

Entré en la fonda en que me habían dispuesto alojamiento, á hora muy avanzada de la noche; se hicieron las presentaciones de ordenanza, las del elemento oficial y las de los comités radicales, y me dejaron descansar.

A eso de las doce entró á verme Merelo, que era el director de Instrucción pública, y me dijo que había una comisión de republicanos federales que deseaban saludarme.

Hay que advertir que, en la Cámara y fuera de la Cámara, yo estaba en buenas relaciones con los republicanos federales, y no seguramente porque participase de sus ideas, ni porque sintiese la menor inclinación hacia la federal.

Bien sabían ellos que rechazaba yo la federación en absoluto, considerándola como un atentado á la unidad de la patria, como una regresión en el orden histórico y como una negación brutal del verdadero progreso, que es ir cada vez á unidades más altas y más comprensivas, concediendo dentro de esa unidad cada vez más sumas de libertades y más perfectas al individuo, lo cual trae consigo la máxima asociación, pero asociación libre, no forzada por unidades orgánicas interiores, amenazadoras para la unidad de la patria.

En suma: unidad del Estado español, máxima libertad para los individuos y máxima asociación libre bajo el tipo, pudiéramos decir, de la sociedad anónima.

Estas eran y son mis creencias y mis ideales, y los republicanos federales lo sabían, y, sin embargo, más de una vez me mostraron por aquella época su simpatía y su adhesión.

*
* *

Conque volvamos á Granada.

Merelo me presentó una comisión numerosísima de federales, gente enérgica, resuelta, de aspecto batallador, y cada uno con su respectivo revólver.

Me saludaron con mucho entusiasmo, advirtiéndome que probablemente vendrían aquella noche los carlistas á darme una cencerrada; pero que ellos y numerosos amigos velarían alrededor de la fonda, y que si se presentaba algún reaccionario lo pasaría mal. En suma: que la cencerrada acabaría á tiros.

Yo les agradecí sus buenos propósitos, rogándoles que se retiraran, evitando cualquier conflicto; porque dado caso que hubiera cencerrada, me serviría de diversión.

Después de todo, peor habían de estar los de la cencerrada en la calle y en su faena, que yo en mi cama descansando.

Nos despedimos afectuosamente, y ellos se fueron, á pesar de mis consejos, á continuar la ronda y la vigilancia.

Pero ni aquella noche sucedió nada, ni en los días sucesivos; se fué derritiendo el hielo, y todos me trataron ó con afecto ó con respeto.

***

Verdad es, porque á cada uno hay que darle su mérito, y yo no puedo negarme el que me corresponde, que en los días que estuve en Granada me conduje con mucha prudencia y mucho acierto, y citaré algunos ejemplos que dí de moderación y prudencia.

Me preguntaron, de parte del fondista, si quería comida especial de carne, porque eran días de Semana Santa, y la comida que generalmente se hacía en la fonda era de vigilia.

Yo me negué á ello, y todos aquellos días comí de vigilia, y de vigilia obligué á comer á todos los radicales que me acompañaban á la mesa.

Porque era un establecimiento público, y obligar á que pusieran comida de carne para mí, era una especie de alarde y provocación de mal gusto; ni esto tiene nada que ver con mis

ideas liberales: es, en todo caso, una muestra de respeto á la mayoría.

Sin que esto implicara tampoco el más insignificante sacrificio, porque á mí me gusta más la comida de vigilia que la de carne, y me hubiera parecido un fanatismo sandio comer á disgusto sólo para ofender las creencias ajenas.

Otro ejemplo más de prudencia.

Muchos de mis amigos querían que inmediatamente se hiciera la inauguración de las obras con los banquetes, discursos y agitación política que á este acto habían de acompañar.

Yo me opuse resueltamente.

—Hasta que no acabe la Semana Santa—les dije—no se hace nada; si siempre deben respetarse los sentimientos de todos, sean pocos ó muchos, no hay motivo para faltar al respeto á las creencias generales.

Proceder de otra suerte, sería algo así como una provocación á las creencias de la mayoría de los granadinos; valdría tanto como decirles, si no con las palabras, con los hechos: á lo que vengo, vengo, y no me preocupo ni poco ni mucho, ni me importan vuestras creencias religiosas, vuestras costumbres y tradiciones. En estos casos, y muchos más, un representante del Gobierno, si peca de algo, debe pecar por exceso de prudencia, porque no se compromete él solo, sino que compromete al Gobierno de que forma parte.

Hay que reconocer, digan lo que quieran, que casi siempre he sido un hombre muy prudente, y que jamás he comprometido á mis compañeros, ni por vanidad ni por llamar la atención sobre mi persona.

Y como lo dispuse se hizo; es decir, que no se hizo nada hasta los días de Pascua.

Por delante de la fonda en que yo paraba pasó la procesión de la Virgen de las Angustias, que yo presencié desde el balcón, y frente á mi balcón detuvieron la imagen, rodeada por gran número de caballeros de la población, entre ellos muchos correligionarios míos.

Y detenida la imagen, y levantando los brazos en alto, todos gritaban: ¡Viva la Virgen de las Angustias! Y la inmensa muchedumbre que llenaba, mejor dijera que macizaba la explanada, miles y miles de personas de todas las clases sociales, repetía en coro: ¡Viva la Virgen de las Angustias!

Este fué el único desahogo que se permitió el pueblo de Granada; desahogo inofensivo, y que yo no tomé como alusión á mi persona, porque yo jamás había dicho nada contra Señora tan alta. Más aún: yo recordaba que, cuando niño, presencié muchas veces en Murcia el entierro del Santo Sepulcro, que realmente es una nota muy poética.

Solo se compone de dos pasos: delante, el Santo Sepulcro, de cristal todo él, con multitud de faroles y flores.

Detrás, una sola imagen, la Dolorosa, vestida toda de negro, con la cara muy pálida y llena de lágrimas, y siguiendo el cadáver de su Hijo.

Y sentía gran lástima, lástima infantil por la pobre Madre que iba tras el cadáver de su Hijo. De suerte que yo, que siendo niño, había sentido aquellas emociones por la Dolorosa, no había de ofenderme porque el pueblo de Granada vitorease á la Virgen de las Angustias, que en el fondo era la Dolorosa de mi niñez.

*
* *

Pasó la procesión tranquila, majestuosa, sin el menor incidente desagradable, y el capitán general Sr. Rey y yo, solos, completamente solos, bajamos á la explanada y estuvimos paseando largo rato entre la muchedumbre, que se apartaba respetuosa y nos saludaba al pasar.

Y llegó el domingo, y se inauguraron las obras, y me dieron un gran banquete, muy hermoso, muy poético, muy entusiasta, en uno de los salones de la Alhambra, entre flores y arabescos y pedazos de cielo azul, recortados por ventanas arábigas.

Y hubo brindis políticos y artísticos, y yo pronuncié mi

correspodiente discurso, en que me declaré entusiasta de los árabes y de los moros y de todos sus afines. Esto no hubiera estado bien en una Catedral, pero en el palacio de la Alhambra era pie forzado.

En suma: que si tras las puertas y los tapices, y por los huecos en herradura de las ventanas, se asomaron las sombras de los reyes granadinos y de sus esposas, debieron quedar satisfechos de mi discurso.

***

Todavía estuve algunos días más visitando la Universidad, las escuelas y los alrededores de la ciudad bendita, como dice Zorrilla, las cuevas de los gitanos inclusive.

Y terminó mi expedición con un banquete, que me dieron en el Sacro Monte; y debo declarar, para que se vea que no soy fanático y que sé apreciar lo bueno, que pocas veces he comido mejor ni con vistas más admirables, ni entre personas de educación más correcta.

Era cosa resuelta: el haber comido de vigilia, el haber suspendido todo acto oficial durante la Semana Santa y el haber presenciado desde el balcón el paso de la Virgen de las Angustias, saludándolo respetuoso, había borrado la mala impresión de mis adversarios, y hasta en el Sacro Monte me daban un banquete aquellos respetables religiosos.

¡Señor, si en este mundo sólo con tener buena educación se ganan muchos amigos, y para pensar cada uno lo que quiera pensar, y sentir lo que quiera sentir, y creer lo que quiera creer, no es preciso ofender á nadie!

Sí; la conciencia de cada persona es un santuario, al cual no hay que acercarse ó hay que acercarse respetuoso para no profanarlo.

Ya ven mis lectores que no soy fanático, ni por la izquierda ni por la derecha.

Por algo escribí algunos años más tarde el drama titulado *Los dos fanatismos*.

José Echegaray

# DIEGO VELÁZQUEZ Y SU SIGLO

(CONCLUSIÓN)

## JUAN BAUTISTA DEL MAZO

(Murió 10 Febrero 1687)

Juan Bautista del Mazo pertenecía á los talentos en que predominan las facultades de adaptación y asimilación. Sus copias de Velázquez, como asegura Palomino, no difieren de los originales, y las de Ticiano, Tintoretto y Paolo solían engañar á los mismos italianos. Realmente, Las dos Dianas en el baño (Prado, 482 y sig.) se han tenido hasta el día por originales, y aun lo seguirían pareciendo, si el *Alibi* de los Ticianos auténticos no fuera conocido. Cuando el rey deseó gozar también en Madrid de los Rubens pintados para su palacio de Caza, Mazo reprodujo nada menos que 42 de sus historias y cuadros venatorios, si bien en tamaño pequeño.

En los retratos (único género en que se atrevió con las figuras de tamaño natural) era sólo un «reflejo» de su maestro, como llegó á serlo en el puesto de pintor de cámara. Tocáronle las tristes sombras de aquellos los más oscuros días de la historia de España: el viejo rey, acabado y sombrío; su viuda, en traje conventual; la infanta Margarita, en la más prematura decadencia de su hermosura (1). El pequeño cardenal es una resplandeciente excepción.

(1) Felipe IV, Prado, 1.117; Galer. Luis Felip, 77; después H. Huth; Mariana en Castle Howard; Margarita, Prado, 790; Gal. La Caze, 89.

En efecto: pronto se nota que había aprendido una manera contraria á su temperamento; de aquí la inseguridad y negligencia del dibujo, los equivocados escorzos, la falta de entonación general, los defectos de perspectiva y la oscuridad, á consecuencia de la insegura técnica.

Sólo cuando trabajaba exclusivamente con el color, en el mobiliario, en los ramos de flores, en los paisajes y otros accesorios de figuras, revela innegables dotes, formadas por el estudio de los grandes coloristas citados. Su pincel es entonces más florido y pastoso y hasta más vivo y manchado que el del maestro, al cual á menudo hace presentir de modo engañador.

Lo más importante de Mazo son los paisajes. Pintó vistas como la de Zaragoza, siete de El Escorial, palacios y jardines, cazas y originales de gran tamaño con anécdotas mitológicas y épicas. Si no estuviesen tan oscurecidas, este artista sería más conocido; en su tiempo fué el único en España digno del nombre de pintor de paisajes. No tienen éstos el tono de plata ni de polvo de Velázquez; se inclinan más á los flamencos, como Jacques d'Arthois, que á los heroicos paisajes de franceses é italianos; el rasgo romántico del español tampoco se echa de ver aquí. En las figuras hay talento de exposición y facilidad de inventiva.

Mazo tomó probablemente mucha parte en varios paisajes, vistas de jardines, etc., que en los inventarios y catálogos se atribuyen al suegro. Su correspondencia con sus propios indubitados trabajos en forma, color y accesorios, es tan manifiesta como la divergencia con los fondos de Velázquez en los retratos ecuestres. Vale la pena de fijar la atención en estas cuestiones, puesto que á menudo el estilo de paisaje de Velázquez se ha descrito como completamente disconforme á las obras de Mazo (1). En las masas de hojas borrosas oscuras, en las amarillas luces de sol por entre las ramas y en el insu-

(1) Z. B. Ch. Blanc en la Histoire des Peintres Vel, p. 6.

ficiente bosquejo de las figuras, se revela la mano del discípulo.

Algunos paisajes del Museo del Prado han sido atribuídos á Velázquez, sólo por el carácter de ruinas romanas, si bien en el siglo XVIII eran tenidas aún por obras de Mazo (1).

El estudio núm. 1.114 deja ver un estrecho y alto pasadizo abovedado, cuya línea circular, así como una gran taza, recuerda el Colosseo. Probablemente se dió al cuadro un programa de Hieronymo Cock (COLLOSEI. RO. PROSPECTUS).

La pareja (Nr. 1.113) muestra una fachada de un magnífico edificio, sobre cuyas ruinas, cubiertas de matorral y hierba hasta la cornisa, sobresale *una* especie de columna. En la torre, flanqueada por dos columnas, hay una sacerdotisa. En el cielo, el dios Mercurio, hendiendo los aires, y en la parte baja otras figuras. El día en que las vestales llevan al templo en una cesta con guirnaldas las reliquias de Pallas, el dios es el adorno de la fiesta.

Vertit iter, caeloque petit diversa relicto.

(ORID. *Metamorf. II.*)

## LOS DISCÍPULOS

Una ojeada sobre los discípulos es parte en el retrato de un maestro. La escuela nos revela sus dotes de enseñanza y su gusto por ella; la medida en que á la vez que artista era emprendedor y hombre de negocios, y pone de manifiesto la proporción de lo que se transformó en moneda circulante, con lo que en el artista era personal é intransmisible. Esto último es siempre lo que vale más. Leonardo hallaba la nobleza de la pintura en su intransmisibilidad. Todos los grandes pintores han tenido una escuela, no sólo aquéllos que para la termina-

(1) Aranjuez: Ultima pieza de guardarropa. Ruinas de arquitectura $4 \times 5\ ^1/_2$ . Ruinas de templo con columnas, con una figura á la puerta de él, otra de rodillas ofreciendo, y varias en distintas actitudes. 800 reales. Inventario de 1789.

ción de sus bosquejos necesitaban muchas manos, sino también los que por sí mismos daban la última pincelada, y á veces hasta no podían hacerlo más que en la soledad, porque encerraban en el secreto sus procedimientos.

Se dice que todos los pintores de Madrid se apiñaban en torno de Velázquez. Tan á menudo podía proporcionar trabajo. En el decorado de los antiguos y nuevos palacios se le encargaba que buscase manos hábiles; se le hacían recomendaciones y proposiciones; hasta para la adquisición de títulos era consultado. Su constante favor en la corte parecía enseñar lo que puede ser de un pintor que echa raíces en el corazón de un rey, y nadie se adueñó como él del gusto de la corte y la nación.

Tuvo ocasión de formar artistas, y fué inclinado á ello. Muchos le debieron sus éxitos y hasta su existencia; significados talentos se envanecían de pedirle consejo. Su última protección fué dispensada á un fugitivo escultor, cuyo triunfo no pudo ver. Era éste *Giovanni B.ª Morelli*, un discípulo de Algardi, hasta entonces ocupado en la corte de Francia. Palomino dice de sus *terracottas* que Tintoretto parecía haberle inspirado su espíritu y su vida. Apareció huído en Valencia, desde donde envió á Velázquez, como conocido «protector de este arte», una prueba de su destreza: el relieve de los ángeles con las insignias de la Pasión. El rey, para el cual se expuso en la tribuna, lo alabó y lo compró. Después envió algunos trabajos grandes del mismo material, entre ellos un ángel llorando la muerte del Salvador, una media figura de Felipe Neri, en vista de los cuales Velázquez resolvió llamarle, pero no llegó hasta 1661. El rey le dió trabajo hasta su muerte.

Zurbarán, también protegido suyo, fué llamado por el rey *pintor del rey y rey de los pintores*. ¿Quién no hubiera sentido envidia? Pero las pasiones bajas eran extrañas á él. En efecto: también se vió libre de la ambición de un Tintoretto, Rubens, Giordano, de acaparar para sí toda la empresa de que se hablara. Cuando el rey encomendaba á su dirección una sala

ó un palacio de caza, se contentaba con poner uno ó dos trabajos suyos entre los demás. Con esto necesitaba pocas veces de esa ayuda ó colaboración de la cual se forma la escuela.

Los biógrafos citan cierto número de discípulos; pero apenas hay tres de entre ellos que se apoderaron de su manera, y en algunos no se encuentran huellas de la misma. Además, poco tiempo le quedaba para enseñar. Como Su Majestad iba con mucha frecuencia á su taller, sólo se atrevían á entrar en él gentes de posición y cortesanos. Benito Manuel de Agüero, hombre ingenioso, *de dichos muy agudos y sentenciosos,* discípulo de su yerno, era uno de ellos. Otros eran nobles, como D. Nicolás de Villacís, de Murcia; D. Juan de Alfaro y Gómez, de Córdoba; el andaluz Diego de Lucena, *caballero de ilustre sangre.* Este ilustrado caballero ejercía el arte como solaz; algunos hasta tenían la debilidad (como Alfaro) de llamarse pintores.

Así, pues, las enseñanzas del maestro debieron de limitarse á consejos ó recomendación de modelos. Y éstos debieron ser únicamente los venecianos y holandeses de palacio, los cuales, por otra parte, convenían á la mayor parte por el encanto del color y el sentimiento de los paisajes del medio día. Pero se separaban del camino del maestro.

Esto da alguna luz sobre aquella brillante banda de pintores, formada en Madrid en su tiempo y ante sus ojos: los Cerezo, Escalante, Juan y Francisco Rizi, Diego Polo, Carreño y Claudio Coello.

En el estudio y la concepción tienen poco de común con Velázquez. Las contraposiciones de Tintoretto, los agrupamientos de Bassano y la distinción de Paolo eran los elementos de su composición. La llegada de los moldes romanos revelóse al punto en asuntos clásicos; era muy difícil tener modelos femeninos. Las grandes máquinas de visiones y glorias, la mezquindad de la recompensa y la comodidad nativa inclinaban á la *maniera;* había poco tiempo para más fina observación del natural. Algunos sentíanse atraídos del floreciente

colorido de los holandeses; las místicas bodas de Santa Catalina, de Cerezo, en la sala capitular de Valencia, se presentaba al lado de un Rubens de ardiente color. Pero la mayor parte inclinábanse á Ticiano, cuya última manera hacía sobre ellos tal impresión, que esta escuela de Madrid puede considerarse como último período de la época ticianesca. Aquellos cielos azules, surcados de nubecillas anaranjadas y rojas, ardientes franjas crepusculares; aquellos trajes de luminosos colores, de reflejos dorados y figuras contorneadas de luz en una semioscuridad visionaria, poseen un indudable encanto para la vista. Son más interesantes que los italianos de entonces, de los cuales estaban cerca en el asunto y en la inventiva, si bien en la ciencia y en el dibujo se quedaban muy atrás.

Aun en los mismos retratos parecen estar más cerca de la elegancia y gracia pictórica de Van Dyck que de la noble, pero sobria, verdad de Velázquez.

Él lo hacía todo con su capciosa libertad y facilidad, y estas dotes le gustaban también en los demás. Su vivo elogio del «Manna en el desierto», de Diego Polo, llamó la atención. Este cuadro se veía aún en la Galería de Don Sebastián, en Pau (Nr. 887). Por el calor de los tonos y por el rasgo fogoso sin fundir, rudo, y sin embargo, conducido con habilidad colorística, cautivaba la vista, á pesar de toda su pobreza de inventiva y trivialidad de las figuras.

Fueron extrañas sus relaciones con su esclavo Juan de Pareja, con el cual hicimos conocimiento en Roma. Durante toda una generación le acompañó como su sombra, preparando lienzos, moliendo colores, disponiendo pinceles y paletas, sin que nunca revelase la idea de hacerse un pintor. Pues Velázquez no le permitió ocuparse de nada que fuese pintar ó dibujar, á causa de «el honor del arte». Un esclavo que pintara constituía una injuria. La susceptibilidad de los pintores no tenía límites cuando se trataba de las cuestiones de dignidad. Así, pues, tuvo que ejercitarse en horas de soledad y durante el silencio de la noche.

Cuando creyó poder dar pruebas de su madurez, pensó cómo había de preparar la inevitable escena de revelación, ante la cual sentía indecible angustia. Nada menos que la intercesión de Su Majestad creyó que podía ser únicamente su salvación. Conociendo su bondad y compasión para todo talento, pensó hacer de un cuadro su mudo intercesor. El lienzo que le había de servir como *morceau* de reception, fué colocado, sin que nadie lo notara, en el taller contra la pared. El rey, pensó, cuando visitase el taller, le volvería. Sobre nada podía hacerse cálculo más infalible que sobre las costumbres de Su Majestad. Cuando, en efecto, el rey volvió el cuadro y miró con expresión interrogadora al pintor, cayó el hombre de la cabellera rizada de rodillas, confesó y suplicó que le amparase contra su señor (*amparar*). El rey dijo: «No sólo no debéis decirle nada por ello, sino que además, quien tal habilidad posee, no debe seguir esclavo.» A consecuencia de lo cual, su señor le dió libertad. Pero Pareja prefirió seguir á su servicio como hasta entonces. No tenía ninguna hiel. La expresión: *lo que sobrevivió á este caso* parece indicar que este suceso tuvo lugar poco antes de la muerte de Velázquez.

Pareja fué muy sobresaliente pintor de retratos; también *sus* cabezas se confundían con las de Velázquez (según Palomino). Ninguna se conoce con seguridad. Pero que también servía para la Historia, lo demuestra el cuadro del Museo del Prado, su única obra allí, llamada el *telonio*, del año 1681; en el siglo XVII estuvo en San Ildefonso y Aranjuez; aquí estimada en cuatro mil reales. Debajo de la ventana, á la izquierda, en la sombra, vese también la figura del pintor con un papel, en el cual se lee su nombre. Eligió para esta su obra maestra la vocación de San Mateo, que era tenido por apóstol de la raza etíope. Esta escena, por otra parte, era preferida por los naturalistas; un cuadro, cuya descripción es parecida, había ya en Palacio.

La composición es algo académica, pero no merece las censuras de que ha sido objeto recientemente. En todo caso reve-

la imaginación pictórica y cierta especie de nobleza que no se podía esperar de su raro aprendizaje. Indudablemente, el acaso le entregó á Velázquez un talento. Es extraño que no se reconozca apenas nada de la manera del maestro; á lo más, en la doble luz de la ventana y el vestíbulo se hallan ciertas reminiscencias; en cambio, tiene algo de la opulencia de color de un Rubens ó de un Pablo Veronés.

Pero no se sostuvo á esta altura. Seis años después, pintó para las Trinitarias de Toledo un bautismo de Cristo, que hace pocos años pasó del Museo Nacional á la Galería provincial de Huesca. Aquí ensayó el antiguo estilo religioso. Glorias, mucho paisaje, escenas episódicas en el fondo. Pero el tono es pálido, amarillo y frío; el dibujo, amanerado; el toque, desatado; las figuras, poco nobles. Habituado á tomar de los maestros, proveyóse en Toledo á costa del Greco. Aun se mostró bajo otros aspectos en el cuadro del Museo Nacional (Nr. 414) en el gusto de Salvador.

Cuando delante de un Velázquez algo dudoso, se pregunta: ¿Quién otro puede haber pintado este cuadro? Se suele pensar en Mazo ó Pareja. También se suele pensar en otros. Sabemos, por un escrito del embajador de Módena, Camilo Guidi, que Antonio Puga y Juan de la Corte eran estimados en Madrid, hasta por el mismo rey, como autores de los retratos ecuestres pedidos á menudo ó encargados para regalos de la casa (1). Uno de éstos fué comprado en ciento ochenta ducados. Juan de la Corte hacía las figuras y Puga el paisaje. Aún más reputado era éste en los cuadros de género; imitaba los *bodegones* del maestro *perfectamente*. Esta noticia la confirma el único (atribuído á él) cuadro en el Ermitage, un forjador de espadas en

(1) Ci é di piú tutta la casa d'Austria in grande a cavallo di mano di Gioanni della Corte, e ciascun quadro é ornato di paesi di mano d'Antonio Puga, che sono i piú stimati di questa corte, e da S. M. in questi generi, e ne dimandano cento ottanta ducati l'uno (Cart. Guido, 20 Nov. 1641, á duque de Mod.)

el trabajo, con algunos clientes que miran en un tono algo chillón, pero no desagradable.

Su compañero Juan de la Corte (nac. 1597, mur. 1660) se perfeccionó en el color en casa del maestro. Su nombre aparece ya en la galería de capitanes del Buen Retiro; su especialidad eran cuadritos de batallas, perspectivas, paisajes con fábulas, escenas eclesiásticas, leyendas. En el palacio de Riofrío, de Segovia, se ven aún algunos de éstos, por cierto muy numerosos.

Bartolomé Román (nac. 1596, mur. 1659), el mejor discípulo de Vicente Carducho, al cual ayudó en la Cartuja del Paular, perfeccionándose en el color bajo la dirección de Velázquez, tanto que Carreño buscó sus enseñanzas. Tuvo, sin embargo, poco que hacer, pues no buscaba encargos. Sólo un gran cuadro hay aún en la sacristía, que se veía en otra época en la iglesia de la Encarnación, tan íntimamente relacionada con la corte. Presentó la parábola de el huésped, en que no aparece ningún ropaje de boda; un cuadro decorativo, cuyo multicoloro sincretismo de ropajes, al gusto de los teatros de corte, era muy marcado para aquel tiempo.

En los últimos años del pintor encontramos á su lado á aquel joven noble de provincias. Juan de Alfaro y Gámez (1640-1680) era hijo de un noble aficionado de Córdoba, el cual hizo que su hijo aprendiera á pintar en casa de Antonio del Castillo, y después fué recomendado á Velázquez. Fué el más inspirado admirador y copista del maestro. Palomino, á quien persuadió á que se trasladase de Córdoba á Madrid, hace de él tanto elogio como Cean desprecio. Martínez le cita entre los españoles que trabajaban tomando asuntos de cobres extranjeros. Á su vuelta llamó la atención por su nueva manera flotante, pero disgustó por su arrogancia; y cuando exponía sus cuadros en San Francisco, le hacía poner debajo de su firma su maestro Castillo, como proverbio, *Non pinxit Alfarus*. Sus retratos del arzobispo Francisco Alarcón y Alonso de Salizares, demuestran que aprendió poco de Velázquez: so-

bre un fondo rojo hacía caer agudas luces y pesadas sombras. Después fué un constante visitador del regidor de Madrid, Pedro de Arce, donde tuvo ocasión de conocer á poetas y escritores. Conocido es su retrato de Calderón, antes en San Nicolás, hoy en el hospital de Antón Martín. En la grosera descuidada pintura de aquella cabeza de viejo, amargada por el pesar, no hay ningún indicio del ingenio de aquel poeta, tan alegre como rico en ideas y fantasías. Más feliz fué en los retratos pequeños en la manera de Van Dyck, «de extraordinario *primor* é insuperables». Estos pequeños retratos eran entonces muy solicitados; buen ejemplo son los bustos del duque de Osuna, atribuídos á Murillo, y un desconocido en la galería de La Caza.

Nicolás de Villacis (muerto 1690), hijo de una principal y rica familia de Murcia, se acercó también á Velázquez; emprendió después un viaje á Italia, donde, siguiendo el gusto de la corte, estudió el cuadraturismo. A su vuelta, encantó á los murcianos con tales arquitecturas poéticas en Santísima Trinidad y Santo Domingo. Velázquez le hubiera tenido con gusto en la corte; su viuda guardaba las largas epístolas que aquél escribía á su marido; debieron después pasar á Milán. Como los dichos frescos se perdieron, no podríamos formarnos idea de su pintura si no se conservase un cuadro en la galería Esterhazy, de Budapest, Santa Teresa ante la Virgen. Este cuadro encadena, por la atrevida sinceridad y sensual encanto del color, un poco desordenado. Con el dibujo se mostró como un *hidalgo*.

Finalmente, se cita también á Francisco Palacios (1614 á 1676), que decayó á la muerte del maestro; Tomás de Aguial, que pintaba pequeños retratos, y del cual sólo se tiene noticia por un soneto de Antonio Solís á su retrato; y el retratista Francisco de Burgos Mantilla, de Burgos, al cual Cean ni siquiera se tomó el trabajo de citar, tomándole del libro de Díaz del Valle. Fué á Madrid de nueve años, y estuvo en relación con el maestro toda una generación.

Esta es la serie de pobres caballeros que siguieron la pista de Velázquez. La mayor parte eran harto insignificantes para poder tomar algo del mismo. Lo poco que de ellos se conoce basta para poder afirmar que apenas se elevaron sobre las medianías de su tiempo.

Pero el derecho á ocupar un sitio en la historia no se funda en el número de imitadores ni en una considerable descendencia artística. Ningún amigo del arte buscará el mérito de un pintor, sino en aquello que éste produjo en el apogeo de su vida. Y cuanto más palpable es dicho mérito, más indiferentes son aquellos efectos accesorios, que sólo sirven para dar relieve y congruencia á la complicada materia de los biógrafos é historiadores.

## EL FIN

El rey Felipe sobrevivió á su Velázquez aún cinco años. A su última época pertenece aquella admirable cabeza de viejo, que nadie que la ve la olvida. Los mejores ejemplares están en el Prado (1.080), en Viena (612) y en la Gal. Nat. de Londres. La primera procede de la figura entera armada (1.077), que produce aún cierta impresión de marcialidad. El de Viena es el que se mandó con el de la reina al archiduque Leopoldo á Bruselas.

Así aparecía cuando firmó la paz con Francia, antes del desgraciado intento de reconquista de Portugal. En estos últimos, los más sombríos tiempos de su reinado, parece que la desgracia borró la natural bondad y modestia de su carácter. A la muerte de su hijo, trató de ser el padre de su pueblo; madama de Motteville encontraba en él «una fisonomía llena de bondad». Cuando, después de treinta y cinco años de separación, volvió á ver á su hermana Ana y pensó en sus largas guerras, exclamó: *Ay, señora, es el diablo que lo ha hecho.* Lloró amargamente al despedirse de María Teresa y Luis, cuando vió pendientes de su cuello á los dos muchachos.

La cara, de un rubio claro, es más densa ahora; las facciones están fuertemente ajadas; se ve en ellas seriedad y resignación; pero todavía no hay huellas de decadencia ó enfermedad. Los finos cabellos rubios caen, sin la menor cana, hasta la *golilla*. Estos largos cabellos, que bajo Carlos II se extendían hasta la espalda, se empezaron á llevar el quinto decenio; en una pragmática de 1646 prohibió que nadie compareciese ante él con pelo largo. El magnífico bigote aumentaba la apariencia de capitán veterano que aún se siente recio, y «quiere morir armado». La fuerte barbilla le da importancia. Hasta puede decirse que nunca pareció mejor; por esto también fué estudiado y copiado en todas partes el amplio y pastoso retrato. La gravedad parece en él más natural que antes. Por mucho que haya cambiado la delgada y rígida cabeza del joven, pintada una generación antes, algunos rasgos fundamentales, como la mirada, el continente, y aun el peinado y la frente, han permanecido inalterables.

La cabeza fué copiada por Carreño (Academia de San Fernando); también en el Louvre (galería La Caza); en el Ermitage, en Bath House (Lord Clarendon) se ven copias. En la galería de Turín parece achacoso.

En efecto: por aquellos días comenzaron á declinar sus fuerzas; en Aranjuez sufrió en 1659 un enfriamiento, al cual siguió una parálisis. Los últimos reveses en el Oeste fueron, aun para su estoicismo, demasiado. Profundas arrugas surcaron su rostro; la mirada se apagó, apareciendo una expresión de agotamiento y amargura. La apariencia de estos últimos años posteriores á la muerte de Velázquez se conserva en el cuadro de el yerno de éste en el Prado (1.117); la imagen de un hombre acabado. La cabeza fué grabada por Villafranca en la descripción de sus exequias de Monforte, donde también se reproducen las anteriores (1).

(1) QUIRINI: Relazione di 1661 describele de sesenta y siete años: Sottoposto ad una caduta di paralisia che gli leva la grazia del movimiento di tutta la parte diritta essendo la sua carne como livida a macchie nere.

Así terminó este rey, en el fondo noble y bien dotado, al cual faltaba, sin embargo, la cualidad más importante para su puesto: la voluntad. «Ahora, después de haber terminado por fin las temibles guerras y confirmado la paz, espera una tranquila vejez. Pero, atormentado por los dolores, deprimido por la enfermedad, fatigado por los negocios, amargado por el lamentable estado de la monarquía, exhaló, con la más completa resignación, el último suspiro.» (Zorzi.)

Cuando murió, tenía su hijo único apenas cuatro años. Así recibió la más incapaz de todas las reinas españolas la regencia, y su nombre cubrió los días de más baja decadencia de España, que debía sufrir el régimen de los hábitos y de la capucha. Y como, después de pasajero retraimiento, volviese á aparecer como influyente reina madre, no faltaron numerosos retratos de la reina viuda en traje conventual. Estos retratos nos conducen al interior del antiguo palacio con sus cuartos semi á oscuras, sus altos espejos en pesados marcos de oro con águilas, sus apiñados óleos con marcos de ébano, sus mesas de mármol con leones de bronce dorado, los cuales seguían poniendo su garra sobre el mundo, y las antiguas estatuas; todo tal como Velázquez lo dejara.

Mariana aparece casi siempre sentada en sillón de alto respaldo, vestida de blanco y negro, como abadesa. Así la vemos en el cuadro de Castle Howard, como regente, á los treinta y un años. El ampuloso traje caído, las joyas y perlas guardadas en el cofrecillo, los «claveles» artificiales marchitos, el cabello rubio y el cuello fino, casi siempre enterrado bajo la ceñida toca de viuda y el negro velo. También el ambiente es descolorido; un amarillo turbio y pardo son los elementos de este monótono retrato; las flores de la cortina amarilla son negras. Tiene una carta en la mano con el nombre *Juan Baptista de Mazo* (no Maino) y la fecha 1668. Pero, ¿qué quiere el famoso danzante de la tribuna, cuya sardónica faz cubre la cortina? A la izquierda, ábrese una clara habitación, y en ella se ve un grupo semejante al de las Meninas. Su hijo, por el cual sostie-

ne todavía los tributos del reino, está allí, rodeado de enanos y monjas, una de las cuales le tiene en la pared del pasillo. Una dama le alarga la capita roja.

A Mazo siguió Carreño. De él es el cuadro en la galería Harrach, de Viena, regalo al embajador imperial, conde Harrach, á su partida de Madrid en 1677. Los ojos son tristes, la boca, como si llorase. El que estudie la fisonomía, encontrará en este retrato una imagen de la seriedad, refractaria á toda alegría y simpatía; la crónica nos muestra á esta devota como torpe y malévola mujer, en quien el gusto por los placeres mundanos no se había extinguido. El único objeto de lujo es el gran reloj de oro y perlas, con la escalera piramidal: tirano y símbolo de su existencia. Más duro y frío es el ejemplar de Madrid, donde la regente está sentada delante de un secreter, la mano derecha sobre un papel. La mirada es pensativa. También la Galería Nacional de Fomento poseía un retrato semejante, con expresión de dulce melancolía.

Así la vió Mad. d'Aulnoy durante su destierro en Toledo, en la ventana del improvisado alcázar, apoyada en el balcón, pálida y delicada, con dulce mirar, extendiendo su pequeña mano enguantada. Vese allí el alcázar de Carlos V, rodeado de la verde serpiente del Tajo, que se desliza por entre escarpadas rocas de granito, en otro tiempo embalsamado por floridos jardines, ensordecido por el estrépito de los telares de seda, hoy sólo animado por melancólicas canciones. Cuando oyó que la dama venía de Madrid, recordó de un retrato suyo del tiempo de sus bodas, enviado de Viena. «Nunca olvidaría—dijo—el momento en que, al entrar, miró el cuadro que debía ser ella. En vano trataba de creerlo; no lo pude conseguir.» Así duelen las heridas de la vanidad, á despecho de los años, en la aridez de una existencia sin objeto y sin fe. Por último, también Claudio Coello ensayó sus pinceles en ella. Al menos, el retrato de la Pinacoteca, de Munich (Nr. 1.302), parece más de él que de Carreño. La cabeza es la más antipática; el cuadro, el más interesante de todos.

En esta anciana dama, con el breviario en la mano y el brazo en el respaldo del sillón, difícilmente se reconocería á la princesa; pero en las abultadas facciones, en la desdentada boca, en la brutal barbilla y en la mirada oblicua, hay un rasgo de inquietud y perfidia. Es una imagen de la soledad y malignidad, de una existencia atormentada por la *jaqueca*, y vivificada únicamente por el excitante de las malas pasiones. Sus pensamientos se agitan probablemente en las intrigas que el fatal testamento originó. El ambiente respira fría y solitaria magnificencia. A la izquierda, ábrese un espacio, lleno de luz apagada, ante el cual hay un alto reloj de péndola, con águilas. El bordado y franjas de oro de la cortina, azul; la alfombra, blanca, con dibujo amarillo y pardo; el tapete, con flores verdosas; todo está finamente acabado, como si moviera en una atmósfera de polvo metálico que, como humo de incienso, rodea á la bruja, cubierta con las vestiduras del misticismo.

Juan Carreño de Miranda fué el sucesor de Velázquez en títulos y empleos (nació 1614, murió 1685). Llegó de Asturias con su padre, en 1623, en el mismo año que su antecesor, que le introdujo en la corte y le empleó en el decorado de Palacio.

En 1659 era pintor de cámara y asesor del aposentador de palacio; si hubiera tenido ambición, hubiera llegado á ser caballero de Santiago. Pero renunció á ello; no quería otro hábito que la honra de ser un servidor de Su Majestad. Y cuando los amigos le decían que debía aceptar para honra del arte, contestaba: «La pintura no ha menester que nadie la honre; ella puede conceder honor al mundo entero.» Sus historias le muestran en el último período de la escuela de Madrid; sus retratos recuerdan á Van Dick. Pero aun estamos en la misma familia y en el mismo alcázar, con aquellos óleos y espejos; y los personajes toman las mismas actitudes y se apoyan en el respaldo de los mismos sillones. El espíritu del lugar es tan poderoso, que sus retratos han sido tenidos por de Velázquez, aun en el mismo palacio. Poseía, sin embargo, este noble asturiano algo de la verdad de su predecesor, y el retrato de la

corte no ha sido favorecido por este «honorable cronista». En parte son las mismas personas, en parte otras, pero no hay nueva vida; todo es mate turbio, entenebrecido como por las sombras del Orco. El segundo Juan d'Austria, el fruto de las frívolas veleidades del hombre de quien se esperaba un segundo ejemplar del genial bastardo de Carlos V, sólo pudo llegar á estadista y general, y ser citado por los contemporáneos y por la posteridad como un completo fiasco. El bufón Bazán figuraba no como orgulloso torero ó capitán curtido, sino como tímido suplicante. Hasta la clase de enanos parece degenerada al lado de aquellos cinco tipos, en el pequeño Misso, con sus papagayos y perros (1). En el centro, entre estas mates y palidecidas figuras, aparece una altiva figura en traje asiático, mirada atrevida y astuta: Peter Ivanowitsch Potemkin, 1682, que apareció en Madrid el año en que subió al trono Pedro el Grande.

La última sombra de rey, cuya educación monjil había medio adormecido su espíritu un *genio anónimo* (Foscarini), sin voluntad, incapaz de fijarse en nada ni aun de tener aficiones, siempre en todas partes y en ninguna, desconfiado de sí mismo y de los demás, sombrío y reservado, y sin embargo, incapaz de guardar un secreto; atormentado y aburrido por los negocios y ceremonias, en el cual tenía puestas sus esperanzas la nación, y que sólo arrostró en el trono veinticinco años la vergüenza de su ineptitud; este desgraciado Carlos II tenía, cuando alguna vez mostró algún indicio de voluntad, la pretensión de ser una sombra de sus antepasados. En esto permaneció fiel á la tradición. También quiso de niño proseguir en África la antigua guerra religiosa; también odiaba á los

(1) Antes en The Grove (Lord Ashburton); hoy en The Hon.ble Louisa Ashburton en Londres. Inv. 1694. Doc. inéd. LXX 440. Sólo en el género monstruosidad sobrepuja á todos la giganta, de sesenta años, Eugenia Martínez Valleja (1680), una Falstaff femenina, pintada por Carreño por orden del rey, una vez desnuda y otra de gola roja. (Prado, 691, y Galería del Inf. D. Sebastián).

*gabachos*, á los cuales, por último, debía legar su reino; también era devoto espectador de los autos de fe en la Plaza Mayor, de los cuales hizo á Rizi pintar uno, que hoy los españoles miran con vergüenza en el Museo del Prado. Como la nación, terca en la creencia de que nada había mejor que todo lo español, en su organización y prejuicios, soportando sus pruebas y escarmientos con orgullo, así los reyes iban siendo siempre, en la figura, carácter, hábitos, una copia cada vez más débil de sus antepasados. La misma Naturaleza parecía mostrarlo en Carlos II; en su pálido y extinto semblante, en la mandíbula inferior saliente, en los cabellos rubios y ojos azules, en la melancolía, se pueden reconocer en espantosa degeneración las facciones de su abuelo Carlos. Pero su modelo más inmediato era su padre; como él, también perdió la afición á la caza, quedándole, por último, el gusto por la pintura; cuando salía de su perezoso y estúpido silencio, era hasta ingenioso; también pintó é hizo música.

El mejor, quizá, entre sus retratos, de mano de Carreño, está en Viena; llevóle el conde Harrach en 1677. El conde estuvo en Madrid en 1697 por segunda vez, cuando la cuestión del testamento estaba en todo su ardor. Una figura que no conserva ni voluntad ni tenebrosidad. Se hizo retratar en traje de la orden del toisón de oro, á la antigua gala borgoñona, completamente sumergido en los diferentes rojos de la capa, de la cortina y del tapete. La corona está sobre la mesa de leones. Un espejo muestra la espalda de la figura; por la puerta descúbrense otros cuartos del laberinto del alcázar. Abrumado por esta pompa, inventada para personas de otra estatura, está de pie el marchito joven, cuya pesada frente ha conservado la forma redondeada de la niñez: los ojos azules apagados, sin animación, con rebordes rojos, miran al vacío. El pesado manto bordado de oro parece abrumarle, y la luciente púrpura dañar á sus ojos; hace más pálido el rostro exangüe; los largos cabellos rubios recuerdan á Childerico III, con la diferencia de que éstos son postizos.

El sucesor de Carreño fué Claudio Coello (23 Agosto 1684). Este último retratista de la monarquía era de familia portuguesa, como el primer Sánchez Coello. Murió de despecho á la llegada de Luca Giordano. Se había llegado á un tiempo en que á menudo se extinguían no sólo las casas de príncipes.

Claudio Coello fué maestro en el color y en los efectos de luz de todas clases. La Santa Conversación con San Luis del Prado (Nr. 702), era tenida como fruto de sus estudios en el real palacio; en ella no hay nada de de oscuridad de muerte; es casi como la María en el jardín, de Rubens, de festiva animación, de luz radiante y de delicioso azul crepuscular. Esta pintura que acababa no representó las formas antipáticas de la degeneración. Murió con dignidad: lo demuestra una obra de Claudio Coello, la última gran producción de la vieja escuela española, que bajó al sepulcro en El Escorial: le iluminaba la tradición, algo del espíritu de Velázquez otra vez. El rey había mandado construir un retablo de piedras preciosas en el altar de la sacristía, para guardar las sagradas formas profanadas en la guerra religiosa de Holanda, y conservadas como reliquia desde 1592. El cuadro debía cubrir este retablo. Se eligió el momento en que el prior de los Santos bendecía al rey, de rodillas, á la cabeza de la procesión de su corte, con la custodia. Como el cuadro de *Las Meninas*, es también un momento culminante que consta de muchos retratos; se han contado hasta cincuenta. Da una fiel perspectiva del recinto para que fué destinado, y donde aún le vemos, con la vista por la puerta abierta; los personajes están de rodillas, en fila, unos detrás de otros; sólo reina la luz característica de veinte cirios encendidos, rota por la luz que también entra por las ventanas, y se refleja en las ricas vestiduras de los sacerdotes. La rigurosa sujeción impuesta á la fantasía del pintor por el ceremonial eclesiástico y cortesano; la ausencia de sus habituales formas de composición (por la cual apenas se le ha reconocido en el cuadro); esta especie de renuncia de sí mismo, no le ha perjudicado. Empleó en él tres años. El

efecto es como el de la obra maestra de Velázquez; parece verse el pasado por un telescopio.

Pero ¿qué pasado es éste en que rodean al último rey de la vieja disnastía estas cabezas empelucadas y esos sacerdotes? ¿Es el pueblo, cuyos grandes capitanes, temerarios conquistadores y poderosos cardenales amenazaban al mundo? El prestigio de la monarquía de ambos mundos, ochenta años antes, y su actual decadencia era un caso que en la historia moderna no se ha repetido. En otro tiempo espanto de Europa, «su sólo nombre decidía la victoria», este nombre había llegado á ser objeto de burla entonces, cuando las fragatas holandesas acompañaban á sus galeones para defenderlos en el Océano. El reino en que no se ponía el sol caminaba á su ocaso. .

En la cúspide del podrido edificio estaba la sombra que en el cuadro de Coello vemos arrodillada; ese leve harapo de vida conservaba aún solamente la unión del reino. Aun hoy se arrodilla en el mismo sitio que en 1684, diez y seis años antes de que bajase al panteón de sus abuelos. También en vida bajó, como su padre, medio podrido, para contemplar la compañía que pronto le iba á recibir.

Nun bin ich vor dem Tod den Toten gleich
und fall'in Trümmer, wie das alte Reich (1).

«A fines del siglo XVII—dice un moderno historiador—murió la poesía y el arte, así como el espíritu guerrero español; el silencio del sepulcro extendióse sobre la nación: la antigüedad se podría hasta las raíces.»

Han pasado doscientos años, pero esta nación no ha podido levantarse. Por el contrario, nuevas causas de decadencia han atacado las fuerzas nacionales. Los claustros y palacios, para los cuales sus hijos y extranjeros de todas las naciones cince-

(1) Ya soy ante la muerte igual á los muertos, y caigo en pedazos como el viejo reino.

laron, tallaron y pintaron, están cerrados, solitarios, destruídos; sus inventarios diseminados á todos los vientos. Pero no hay trazas de que surja de estas ruinas una nueva vida. La inesperada y vergonzosa pérdida del resto de sus colonias nos ha revelado, por el contrario, que se había caído aún á más profundidad. Sólo en el arte preparaba aún España una sorpresa al mundo. Su pintura ha resucitado de nuevo, y hasta ha tenido el honor de ser paseada en triunfo por el mundo. Una sorpresa por sus brillantes y originales talentos, una sorpresa también por el espíritu completamente nuevo, que la anima relativamente á su pasado. La arena donde han crecido estos laureles, no es ya Castilla y Andalucía; del otro lado de los Pirineos nos sentimos aun hoy rodeados de restos medioevales. Su arte antiguo, cultivado entre muros de claustros y palacios, estaba también encerrado espiritualmente entre los rígidos límites de la tradición; el nuevo, aprendido en París y Roma, y esparcido por el mundo, es completamente actual. En vez de aquella devoción, tan pronto jubilosa como sombría, hoy sólo se ve las luces multicoloras de las fiestas religiosas. Los momentos de su gran historia aparecerán ante nuestros ojos, es verdad, con arqueológica exactitud, con técnica de virtuoso, con gusto sin tacha; pero entre líneas se lee el escepticismo radical risueño; y aun lo que se ve es la existencia española desecada hasta la medula. Sólo en anécdotas históricas aisladas se yergue aún una sombra del romanticismo terrorífico de los autos de fe y de los Siete Infantes de Lara.

Aun ante esta palingenesia, había vuelto á ser descubierta la *vieja* pintura, y puestos á un lado los hasta entonces venerados italianos y holandeses; es decir, aquella pequeña banda de efectivas grandezas, la cual sólo le fué dado despertar cuando comenzaba la decadencia. Y bajo éstas imponía al extranjero las más veces el orgulloso naturalista, en el cual ni los dos viajes á Roma é Italia no habían hecho mella. Y como señal de lo que pudo el encanto de sus obras, puede notarse que indujeron á reproducir personajes y circunstancias de un

siglo como el descrito. Pero en las obras de arte hay una luz imperecedera, que es como un rayo de un sol ya puesto, y que alumbra aun en la noche del universo. Sólo el arte es lo que contiene á la humanidad para no arrojar definitivamente al olvido aquellos tiempos y aquellas generaciones.

CARLOS JUSTI

# LOS "DEL MONTÓN,,
# EL DOS DE MAYO DE 1808

(REFLEXIONES ALREDEDOR DE UN «CONATO DE REIVINDICACIÓN HISTÓRICA»)

Pasadas ya las fiestas, bien míseras por cierto, con que ha sido celebrado en Madrid el primer *Centenario* del glorioso *Dos de Mayo de 1808*,—mi buen amigo de la juventud, el insigne escritor é ilustre miembro de la Academia de la Historia, D. Juan Pérez de Guzmán y Gallo, ha tenido para conmigo la cariñosa galantería, que muy de veras le agradezco, de obsequiarme con un ejemplar de su hermoso libro *El Dos de Mayo de 1808 en Madrid*, lujosamente mandado publicar por el Excmo. Sr. Conde de Peñalver, Alcalde-presidente del Ayuntamiento de esta Villa y Corte.

Entusiasta admirador fuí siempre de aquella épica explosión del sentimiento pátrio, sellada con la sangre generosa de los madrileños, y origen fecundo de aquel período heroico de nuestra historia del siglo XIX, durante el cual osó medirse con el vencedor del mundo España, esta pobre España, venida hoy tan á menos, que no la conocería ni el propio Felipe IV, y tan decaída entonces que, invadida arteramente por el extranjero, empobrecida y postrada, parecía no tener alientos para sacudir el yugo con que trataron de oprimirla. Ni que decir tiene, por tanto, el supremo placer que hubo de proporcionarme la sabrosa lectura del documentado libro del Sr. Pérez de Guzmán, quien ha procurado en él reunir diligente cuantas noticias en archivos oficiales y en particulares relaciones constan,

desarrollando así á los ojos del lector, en toda su espontaneidad y grandeza, el cuadro sublime de aquel trágico día, cuya conmemoración oficial bien de manifiesto pone la triste decadencia á que somos por desventura llegados los españoles.

No creí yo jamás que la indiferencia de los madrileños hubiera sido tan grande; porque aun siendo cierto que en Madrid lo que menos hay son madrileños, y que el mayor número de éstos puede decirse lo somos de ocasión—de buena fe supuse que al recuerdo de aquellos chisperos y de aquellas manolas, en quienes antes que temor, puso nobilísimo ardimiento la presencia del extranjero, impulsándoles á acometer casi inermes á los soldados victoriosos del gran Napoleón,—se despertaría vivo el sentimiento popular, y que algo más que las percalinas de los balcones habría de haber expresado el de la generación presente hacia aquellos que no vacilaron en dar su sangre por la independencia nacional, de que les somos en realidad deudores.

No quiere decir ésto, ni mucho menos, estime yo que el pueblo debió entregarse á violentas é inútiles manifestaciones de mal gusto contra los franceses; pues una cosa es rendir el merecido tributo de admiración, de gratitud y de amor hacia los que sucumbieron gloriosa y más ó menos oscuramente en la inmortal jornada, defendiendo la Patria invadida, y otra, entregarse á vanos y molestos alardes, que podrían herir la susceptibilidad de una nación tan amiga nuestra como puede serlo Francia para con España; para con la España de siempre, á quien ha mirado y mira en toda clase de asuntos con arrogancia y menosprecio intolerables. Porque no hay que hacerse ilusiones. La Historia, esa vieja murmuradora que no sirve para nada, según la respetable opinión de uno de los más recientes académicos de la Española, pero que es el archivo de la experiencia; la Historia, repito, á través de las adulteraciones más ó menos documentadas que en nuestro país como en todas partes la bastardean y la desfiguran, enseña con la elocuencia de los hechos, fué siempre fatal para nosotros Fran-

cia, y bien recientemente los acontecimientos de Casablanca lo han demostrado, para que se dude de ello.

Sin molestar ni herir en forma alguna á la republicana Francia de nuestros días, pudo el pueblo de Madrid, el heredero de chisperos y manolas, expresar digna y solemnemente sus sentimientos; pero me ocurre en estos momentos la duda de si aquellos hijos de Madrid—que no lo eran todos por cierto, según las relaciones documentales que publica el señor Pérez de Guzmán—tuvieron en realidad sucesores, y de si han de ser como tales conceptuados los golfos, randas y demás gentes de esta ó parecida índole, nacidos en la Villa y Corte, y los obreros, menestrales y burgueses de todas categorías que en ella viven al presente. Hay además que averiguar si son capaces de comprender lo que significó y significa el *Dos de Mayo de 1808*, y si alguien se ha cuidado de instruirles lo suficiente siquiera, para apreciar aquel sublime y espontáneo movimiento popular que, con incomparable maestría, acertó á pintar por insuperable modo la pluma de Pérez Galdós en uno de sus más interesantes y más bellos *Episodios Nacionales*.

Con arreglo al *Catálogo alfabético-biográfico de los muertos y heridos* en tal día, que en el *Apéndice IV* formula el señor Pérez de Guzman después de consultados gran número de documentos oficiales que indica (pág. 654),—el número de los primeros fué de 409 (pág. 695), y de 171 el de los segundos (pág. 713), que hacen un total de 580 víctimas (1). De los muertos, eran conocidamente madrileños *cuarenta y cuatro* sólo: *nueve* de la provincia, *ciento ochenta y cinco* del resto de España, *un* habanero y *dos* peruanos, *tres* italianos, *dos* suizos, *un* húngaro, *un* polaco y *un francés*, y no consta la naturaleza de *ciento sesenta;* de los heridos, *catorce* eran madrileños, *seis* de la provincia, *setenta y dos* del resto de España, *ocho* extranjeros, y de naturaleza desconocida *setenta y uno*. Por manera,

(1) Por errata de imprenta se lee en dicha página que los muertos fueron 408, y así el total allí es de 579.

que los hijos de Madrid sacrificados y heridos el *Dos de Mayo,* forman el exiguo total de *cincuenta y ocho,* cifra bien insignificante en verdad con relación á la de 522, que en conjunto resulta para los provincianos y extranjeros muertos ó heridos en aquella épica jornada.

Demuestran estas cifras con incontrastable elocuencia que en los comienzos del siglo XIX como en estos del XX, lo que hay de menos en Madrid son madrileños, y que por tanto, siendo la gran masa de población allegadiza, y formada por el contingente enorme que las provincias sin cesar proporcionan,—el *Dos de Mayo de 1808* en la Villa y Corte fué un *acto nacional*, pues en el movimiento de protesta que lo glorifica, quienes tomaron la mayor parte y quienes experimentaron en mayor número las sangrientas consecuencias, fueron los naturales de todas las provincias en Madrid establecidos y avecindados. Porque, aun suponiendo que de los ciento sesenta muertos y de los setenta y un heridos, cuya naturaleza no consta en los documentos, la mitad fuesen, no obstante, hijos de Madrid más ó menos accidentales, todavía tendríamos á favor de los provincianos la cifra de 408, también entre muertos y heridos: más del doble de la de 173, que habría que adjudicar á los naturales de la coronada Villa.

Es desde luego evidente, que las listas formadas con notoria precipitación á raíz de los acontecimientos, y dadas á la estampa en totalidad ahora por la diligencia del Sr. Pérez de Guzmán en su voluminoso libro, no son completas ni exactas; y me fundo para ello en los siguientes datos, que resultan del *Catálogo alfabético-biográfico.*

Según él, murieron por accidente, á causa de haberse asomado á los balcones, *seis* hombres y *nueve* mujeres, siendo herida en tal sitio *una;* fueron fusilados: en el patio de la *Iglesia del Buen Suceso,* situada en la *Puerta del Sol, ocho* hombres; *veintisiete* en el *Prado*, *doce* en el *Buen Retiro, cinco* contra las tapias de la *Iglesia de Jesús, uno* en la *Puerta de Atocha*, *tres* en la *Puerta de Alcalá, veinticuatro* en la *Montaña del Princi-*

*pe Pío,* uno en la Alcantarilla, desaparecida ya, de la *calle de Leganitos* y edificio de *San Gil,* y *dos* en Leganés; total, 83, que hacen 84, con *uno* fusilado en el *Buen Suceso,* y que no murió afortunadamente (1). No figura ninguna mujer en estos fusilamientos, y consta, en cambio, que en la *Montaña del Príncipe Pío* fueron 43 los fusilados; casi el doble de los que resultan del *Catálogo* (2). Además, en la lista de heridos figuran seis que no lo fueron: Fr. Andrés Cano (núm, 5, pág. 696); el almacenista de carbón de la calle de la *Corredera de San Pablo,* Cosme de Mora (núm. 37, pág. 699); Esteban Sobola (núm. 47, pág. 701); Eugenio Rodríguez, que estuvo sirviendo la artillería del *Parque* (núm. 49, pág. 701); D. Francisco Matas, «uno de los más resueltos defensores del *Parque*» (núm. 61, pág. 702), y Juan Suárez, que también allí se batió (número 97, pág. 706), y que se salvó por milagro de la muerte, al ser arcabuceado en la *Montaña del Príncipe Pío.*

Bien que oficialmente no conste, ni haya acaso medio ya de comprobarlo, es bastante presumible que el número de víctimas causadas por las tropas del gran duque de Berg, hubo de ser harto mayor que el consignado, y así ha de inferirse en buena lógica de cuanto se expresa en el *Catálogo* á que vengo refiriéndome. Los datos por él facilitados autorizan la conclusión de que, sin contar los fusilados, murieron durante la lucha con los franceses ó á consecuencia de ella, 252 hombres, 56 mujeres, y 11 entre niños y niñas de nueve á doce años, ó sea un total de 319 víctimas. De ellas, murieron ó fueron heridos de muerte en las calles 101 hombres, 6 niños y 14 mujeres; en la defensa del *Parque,* ó á consecuencia de ella, 32 hombres, 3 niños y 7 mujeres; en su casa, 8 hombres, 2 niños y 17 mujeres; en otras diversas partes, 5 hombres y 4 mujeres; de accidente, y no de heridas, 2 mujeres; en lugar no señalado, 100 hombres y 7 mujeres; en el balcón, 6 hombres

(1) Número 36, D. Cosme Martínez del Corral, pág. 699.
(2) Número 142, pág. 669; núm. 266, pág. 681.

y 9 mujeres. Por lo que hace á los heridos, descontados los seis que como tales figuran en la lista, y afortunadamente para ellos no lo fueron, resultan 142 hombres, 22 mujeres y un niño; 62 de los hombres aparecen como más ó menos gravemente heridos en las calles, durante la refriega, en la cual recibieron heridas 10 mujeres y un niño; en la defensa del *Parque*, 22 hombres y 2 mujeres; 8 hombres defendiendo el *Hospital General* (1), 2 mujeres en su casa, una en un balcón, y en sitio no señalado, 50 hombres y 7 mujeres.

En el contingente de hombres muertos durante los distintos combates, ó por causa de ellos, hay que descontar 49 militares y asimilados, la mayor parte de quienes fallecieron en el *Hospital*, quedando, por tanto, reducido el número de los paisanos á 203. De dichos militares, y siempre con arreglo al *Catálogo* del Sr. Pérez de Guzmán, 32 estaban en servicio activo; 5 pertenecían al Cuerpo de Inválidos; 3 eran licenciados del Ejército; 5 estaban en el Resguardo, organizado militarmente; 3 eran de situación no bien definida (mozos de caballos de los llamados Guardias de Corps, y un criado de un general) y 1 estaba en situación de *disperso del real servicio*. Al arma de Infantería correspondían 21; al Real Cuerpo de Artillería, 6; 2 á Caballería; 1 granadero de Marina; 1 médico militar y 1 oficial general, siendo 11 de los primeros del Cuerpo de *Voluntarios del Estado*, con el teniente Ruiz y el cadete Afán de Rivera; 1 á Milicias Urbanas (el teniente coronel López de Ayala);

(1) Para que se juzgue de la manera cómo llegaban á las provincias las noticias de aquellos acontecimientos, véase lo que en 1815 escribía un patriota de la Alpujarra, tergiversando la heroica defensa que del *Hospital General* hicieron médicos, practicantes, enfermeros, mozos y dependientes aquel día: «Una gavilla de gente moza y valiente sorprendió la guardia del *Hospital General;* subieron y en una de sus salas hallaron en cama quinientos granaderos franceses *dolientes de sarna.*» «Todos fueron pasados á cuchillo contra el colchón» *(Memorias de la Guerra de la Independencia...* por D. Juan Gabriel del Moral, natural del Fondón en la Alpujarra. *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos,* número de Mayo á Junio de 1908, pág. 427).

2 al Cuerpo de *Voluntarios de Aragón;* otros 2 al Real Cuerpo de *Guardias Walonas;* 3, al Real Cuerpo de *Guardias Españolas,* entre ellos el cadete Zapata; 1, al regimiento de Suizos de Proeux, y otro al de Sevilla. De los 6 del Real Cuerpo de Artillería, 2 eran los capitanes Velarde y Daoiz; 1, el escribiente de la Junta superior del Cuerpo, D. Domingo Rojo, y otro el heroico cabo segundo, D. Eusebio Alonso; los de Caballería, por último, correspondían á los *Dragones de Pavía* y á los de *María Luisa.* Los militares heridos fueron 25: 20 soldados en activo, 6 de ellos extranjeros; 1 capitán graduado, 3 licenciados del Ejército y 1 inválido, con lo que el número de paisanos heridos queda reducido á 120, que con los 203 muertos, hacen un total de 323 paisanos y 74 militares en conjunto, víctimas del *Dos de Mayo*, con arreglo á los datos á que vengo contrayéndome.

Si, conforme los cálculos militares, debe estimarse que los muertos y heridos son el 10 por 100 de la masa, ha de inferirse que el número de paisanos que tomaron parte en el movimiento de aquella gloriosa fecha fué sólo de 3.230, y de 740 el de los militares, cifra bien exigua la primera para una población como Madrid, y exorbitante en realidad la segunda, si se atiende á las órdenes de la plaza, contra las cuales se rebelaron Ruiz, Velarde, Daoiz y otros heroicos oficiales que perecieron, fueron heridos ó se batieron en las calles; total, 3.970 hombres, armados de cualquier modo, y algunos, como el cartero de la calle del Arenal y el individuo que fué muerto auxiliando moribundos, sin armas de ningún género.

Con todas estas circunstancias, y con ser tan escaso como aparece el número de los hijos de Madrid cuya sangre fué derramada en holocausto de la Patria, no cabe dudar de que el movimiento fué única y exclusivamente promovido, sostenido y sobrellevado en sus consecuencias de toda especie por el *pueblo de Madrid,* es decir, por lo que el rey Don Alfonso X llama en las *Partidas* pueblo, que no es sólo aquella parte de la población apellidada despectivamente *populacho,* compuesta de la

gente de la más baja categoría, sino por los nobles, los sacerdotes, los empleados, el comercio, los menestrales, los obreros, el populacho propiamente dicho, y aun los mendigos; esto es, por cuantos representan con mayor ó menor prestigio y exactitud las fuerzas vivas y productoras dentro del perímetro de una ciudad populosa, cual Madrid proporcionalmente lo era entonces.

El académico Sr. Pérez Guzmán, del mismo modo que cuantos han escrito acerca de aquellos gloriosos acontecimientos, sin ejemplo en la Historia, reconoce y afirma que todo el honor de la jornada «fué del pueblo, cuyas pasiones—dice—se hallaban envenenadas por la ultrajante arrogancia de sus provocadores», añadiendo por su cuenta: «La irrupción del extranjero, la orfandad del Trono, el aturdimiento de los ministros y la claudicación del poder, *habían despertado en su espíritu la metafísica de la insurrección.*» «Á la solapada astucia de la política, oponía *la cándida credulidad de la honradez.*» «En la penosa situación de las cosas, *su instinto le decía que ya no le tocaba sino caer en la abyección de la servidumbre aceptada ó intentar medidas audaces, jugando heroicamente su suerte con la fortuna.*» Y por estas solas y únicas razones, á juicio del historiador, el pueblo «no titubeó». «El trastorno de los espíritus, la conmoción de las almas, con tal fervor las dispuso á la lucha, *que se unieron al combate* (las almas), no como una aspiración á la gloria ó una apelación á los juicios de la posteridad, sino como el supremo deber que imponía el ansia de libertad que hervía en todos los corazones» (1).

Otro escritor más reciente, dentro de este mismo año de 1908, con acierto expresa: «Todos los *habitantes* de Madrid, hombres, ancianos, mujeres y niños, pelean en las calles, en las plazas, desde las puertas, desde los balcones y desde los tejados, con espadas, escopetas, navajas, palos y piedras. «Los albañiles arrojan ladrillos desde los andamios; de algunas ven-

(1) *El Dos de Mayo de 1808 en Madrid*, pág. 369.

tanas caen mesas, sillas, macetas y ollas con agua hirviendo sobre los crueles invasores...» «Con razón pudo decirse que cada casa era una fortaleza y cada ciudadano un héroe.» «Narrar las hazañas de los paisanos y de las mujeres, fuera imposible...» «Cada hombre es un soldado, y cada mujer, un hombre...» (1).

Es, pues, históricamente incuestionable, sin que nadie haya sido osado nunca á dudar de ello, que el *pueblo* de Madrid, compuesto de madrileños y de provincianos avecindados en la Corte, fué quien inició arrebatado, quien realizó con sublime entusiasmo é incomparable heroísmo los acontecimientos todos de aquel glorioso día, y quien sufrió las consecuencias de ellos, correspondiéndole en absoluto los honores de tan memorable como épica jornada. Hízolo por nobilísimo y espontáneo impulso (2), sin otra excitación que los dictados categóricos de su propia conciencia; herido en él todo sentimiento, á consecuencia de la arrogancia y de la fanfarronería intolerables de los arteros enemigos de la independencia nacional, y como resultado de los desmanes de toda categoría que éstos habían en Madrid cometido, como en país conquistado; recordando su actitud despectiva para con los españoles, los «crímenes brutales» registrados en el breve tiempo que hacía que estaban en Madrid, y «multitud de estupros y asesinatos de niñas in-

(1) D. Fernando Antón del Olmet, *Aclaración histórica* (Madrid, Junio de 1908), págs. 106 y 107.

(2) Haciendo, no con entera independencia por cierto, la crítica del libro del Sr. Antón del Olmet—á la cual llama *obrita,*—un distinguido colaborador de *El Imparcial*, de conformidad con mi criterio, dice en el artículo que titula *Revista Literaria,* y que publica la hoja de *Los Lunes* del diario referido, correspondiente al 24 de Agosto del presente año: ...«Tratándose de un *levantamiento popular espontáneo* como el del Dos de Mayo, y *no de una ordenada función de guerra,* no se puede hablar de precedencias entre las armas», palabras con las cuales alude á la especie de antagonismo que quieren ver algunos entre las de Artillería y de Infantería. Siendo como fué *popular* y *espontáneo,* no hay en realidad por qué hablar de militares, quienes en ocasión tan solemne formaban parte integrante del *pueblo.* Aquello no fué ciertamente lo que llama el escritor mencionado *función de guerra.*

felices que se defendían contra la barbarie de la soldadesca francesa» (1); deseando librarse de una vez de aquella gente; sin detenerse á contar el número, ni los elementos poderosos de que disponían los enemigos, y de que él carecía; *sin concierto previo,* pero con el ánimo exasperado y dispuesto desde mucho antes; sin calcular, ni medir, ni importarle las consecuencias; sin arredrarse ante el bélico aparato, amenazador y temeroso, desplegado constantemente á su vista por el gran duque de Berg para imponerse; sin que «mientras los ministros de la Junta—como escribe con error, á mi juicio, el doctísimo Pérez de Guzmán—pasaban casi toda la noche [del día 1.° de Mayo] disponiendo en silencio las medidas que creían convenientes para privar á la explosión de elementos y de víctimas al que juzgaban descabellado motín»,—cuando si se presentía, aún no había estallado,—«*limase el pueblo también en la obscuridad las toscas armas para su defensa*» (2); sin que supiese cuándo había de reventar la mina que se venía preparando por sí sola, ni el motivo, ni la ocasión, ni las circunstancias, ni el cómo.

La atmósfera estaba cargada de electricidad, y sólo era precisa una chispa para que la tormenta se desencadenase; y como ésto flotaba en el ambiente, y ésto lo había sin gran sagacidad advertido el gran duque de Berg, quien lo tenía todo preparado y hábilmente dispuesto para conjurar sin graves riesgos la tempestad que se cernía en los aires—al brotar la chispa en la

(1) *Aclaración histórica*, pág. 106. Más adelante (págs. 118 y 119), demostrando que el batallón westfaliano de la división del general Musnier de la Converserie no tomó parte alguna, como se viene afirmando con error, en el ataque del *Parque* de Monteleón—después de copiar las palabras de Pérez de Guzmán, expresando que el dicho batallón fué sacado de Madrid «por orden expresa del emperador y por las órdenes de sus oficiales», consigna que «la razón de este castigo (el de alejarle de la Corte y acamparle en el Pardo) fué el haber asesinado, yendo ebrios por las calles, con algunos oficiales, en la noche del 26 de Abril, al honrado é indefenso comerciante D. Manuel Vidal».

(2) Op. et loc. cits.

*Puerta del Príncipe* del Palacio Real, estalló la tormenta y se produjo el conflicto (1). Eran todavía aquéllos, días en los cuales el Trono y la Patria aparecían como una sola y única entidad indivisible, y en que á la Patria se anteponían el nombre y el interés del rey, creyendo de buena fe que constituían una cosa misma. Por eso, á los gritos de los dependientes de la Real Casa, rugió la tormenta; por eso, se procuró excitar al pueblo á la voz de ¡VASALLOS, *á defenderse!*... Pero no eran, sin embargo, estos los únicos sentimientos que mantenían hervorosa la excitación popular, ni mucho menos, y es lástima que ni el diligente Sr. Pérez de Guzmán ni el Sr. Antón del Olmet, ni ninguno de los escritores contemporáneos ó poco más ó menos posteriores á los acontecimientos en que supo Madrid servir «de admiración á la espectación del mundo», según la frase del docto académico mencionado y mi buen amigo, hayan procurado pulsar la opinión popular, cuando no faltan medios para ello. Porque, en cada una de las esferas sociales, á excepción del de la Patria, que era dichosamente común á todas ellas, los sentimientos afectaban formas distintas, con arreglo á la cultura y á los ideales y á la condición y aun á los intereses particulares y personalísimos de los individuos.

Con apasionado y disculpable optimismo (disculpable sólo desde su especial punto de vista), no vacila Pérez de Guzmán en ofrecer, con caracteres de certidumbre innegable, el hecho

(1) El referido D. Juan Gabriel del Moral, en las *Memorias* publicadas por D. Pedro Aguado Bleye, y citadas arriba, reproduciendo las noticias llegadas de aquel glorioso acontecimiento á las provincias, escribía siete años después: «De repente, se pobló de *paisanos armados* la plazuela de Palacio y las calles de la Corte, á impedir la partida de esta Princesa (la reina de Etruria).» «Se arma el tumulto y la gritería.» «Murat se hallaba con 12.000 hombres, gabachos descosidos? en la guarnición.» «Rompe la carnicería unos contra otros: la sangre corría como el agua por las calles.» «Toda persona española que el gabacho encontraba, era víctima de su furor; y lo mismo por la contraria.» «*Los paisanos se apoderaron de las baterías del Prado y otros sitios.*» «Con la artillería [los paisanos] mataban y destrozaban las columnas enteras» (*Rev.* cit., pág. 427).

insólito—no demostrado, ni demostrable, sin embargo, ya—de que «por por medio de la camarista de la reina, doña María Manuela Daoiz, mujer que fué del tesorero de ejército D. Cayetano Urbina», *todo lo que* de los acontecimientos que «dieron pábulo á la famosa causa [de El Escorial, formada] contra príncipe Fernando, *quedó en el secreto del Gabinete, y no trascendió ni aun á los Círculos mejor informados de la opinión, por la actitud en que en Saint-Cloud se colocó el emperador, y la prudencia del rey y de su ministro*» Godoy, *todo «fué conocido al detalle por el bizarro capitán de Artillería* [D. Luis Daoiz], y *conferido en la reserva de la intimidad con el Secretario de la Junta Suprema del Arma»*, D. Pedro Velarde (1).

Desde aquella ocasión, desde aquella confidencia, que no habría tenido finalidad á haber sido hecha sin causa definida ni propósito determinado por el prudentísimo Daoiz al fogoso Velarde—para el moderno historiador del *Dos de Mayo de 1808*, nació en el Real Cuerpo de Artillería la que denomina *confabulación de los Artilleros,* de la cual fué luego término y corona, con la muerte de los dos heroicos capitanes, la épica defensa del *Parque de Monteleón* en tan memorable día. Para el Real Cuerpo de Artillería, pues, casi exclusivamente (2), el senti-

(1) Op. cit., pág. 339.

(2) Quiso, sin duda, el Cuerpo recabar por sí solo la gloria de ser en aquella ocasión intérprete activo de las aspiraciones y de los deseos de la Nación entera; y así era «el plan de los artilleros llevado con secreto impenetrable, *pues apenas trascendía de las apiñadas filas del Cuerpo;* porque aunque las tropas de la Casa Real y otras de la guarnición lealmente participaban de sus rencores patrióticos contra el extranjero, *ó eran fuerzas que,* CON NO SER SUFICIENTEMENTE ORGANIZADAS PARA LA GUERRA, como la de los Guardias Alabarderos, *solían comprometerse cometiendo bastantes inconsideraciones* (?), *ó como los Voluntarios del Estado* de la calle Ancha de San Bernardo *y los Carabineros Reales* de la Plaza de la Cebada, *no contaban* TODAVÍA *entre sus jefes y oficiales aquella perfecta conformidad de resolución tan necesaria para el momento preciso, en que la oportunidad exigiera el ímpetu máximo de la acción»* (Pérez de Guzmán, Op. cit., págs. 344 y 345). Á despecho de la autoridad de este docto escritor, hay que reconocer, como lo hace hidalgamente el Sr. An-

miento se traducía en la única forma posible: en vasto plan militar, ideado por Velarde y propagado por Daoiz, para arrojar de la Patria á los molestos invasores, émulos procaces del «doloso embaucador de España», como llama Pérez de Guzmán á Napoleón I.

Es más que presumible, que para los demás institutos armados, á cuyos individuos—ajenos al plan sigilosamente ideado por Velarde,—por obcecados que se les suponga, no podía ocultárseles nada de lo que la invasión francesa significaba y había de producir—el sentimiento se tradujese, más que en manifestaciones de malestar, más que en legítimo descontento, en aspiraciones de que alguien, rompiendo la férrea cadena de la disciplina, tomase la voz para seguirle sin reserva; y para lo que hoy llamamos burguesía, quizás «en los claustros de los conventos..., en las casas de conversación y en las botillerías, en las tertulias domésticas..., en las *Gradas de San Felipe,* en el atrio *de la Soledad* y *de la Victoria*», en las librerías, en los comercios y en las oficinas, comentados los acontecimientos, hechas toda clase de combinaciones, forjados sinnúmero de proyectos, el sentimiento aparecía en la forma de general y latente protesta, siendo la burguesía, como lo fué, elemento dispuesto para todo.

---

tón del Olmet, que «no eran ajenas á la patriótica confabulación de Velarde las demás Armas del Ejército.» «La *Guardia Real,* llamada de *Corps,* estaba comprometida»—dice.—«Comprometida igualmente se encontraba la *Guardia Real de Alabarderos,* que hubo de ser disuelta á raíz de los sucesos del Dos de Mayo.» «Lo mismo hubo que hacer—agrega copiando del autor mencionado—con el Regimiento de *Voluntarios del Estado* y aun con el de los Suizos de Proeux..., lo cual demuestra — concluye—que el Arma de Infantería, á la cual pertenecían ambos Regimientos, tomaba viva parte en la confabulación» (*Aclaración histórica,* pág. 81). Por lo demás, si el Real Cuerpo de Artillería no tuvo para llevar *con secreto impenetrable* el plan por Velarde ideado mas razones que las que mi buen amigo, el Sr. Pérez de Guzmán, expone—lo cual dudo mucho,—pobres razones eran, y bien desprestigiosas, para aquellos que parte tan principal tomaron en la gloriosa jornada, combatiendo al lado del pueblo en las calles y en el *Parque* vulgarmente llamado *de Artillería.*

Para el pueblo indocto, obreros, menestrales, trabajadores y menesterosos, «en las plazas públicas, en los barrios bajos», como el Sr. Pérez de Guzmán escribe confundiendo las clases— al sentimiento patriótico, que era el común y general sin distinción de todos, se unían otras razones, no siendo esta la vez primera que las expongo. Cinco años hace que la fortuna me deparó el conocimiento de ciertas *causas célebres*, remitidas desde la Audiencia territorial de Madrid al *Archivo General Central* de Alcalá de Henares. Entre ellas, despertó vivamente mi atención la incoada el 25 de Abril de 1808 contra un pobre asturiano, molendero de chocolate en una lonja de la *Plazuela de Antón Martín,* llamado *Antonio Pérez,* ni más ni menos que el famoso ministro de Felipe II, causa y origen de la muerte del Justicia de Aragón, Lanuza.

Antonio Pérez, en la mañana de aquel día 25, exasperado por los rumores que entre la gente de su clase corrían como ciertos, salió de su casa decidido *á matar franceses.* Para animarse, tomó una copa de aguardiente en un puesto que había en la *calle de Carretas* esquina á la *Puerta del Sol,* y enardecido por aquel tósigo, marchó á la *calle de Cuchilleros,* y por 26 cuartos (75 céntimos), compró allí en una cuchillería una navaja, pues él no tenía costumbre de usarla. Ya cerca de las once de la mañana, subía por la *calle de Atocha* en dirección de la *Plazuela de Antón Martín,* donde estaba la lonja en la que aquel modesto obrero trabajaba.

Quiso la mala suerte que en dirección contraria á la suya, por la acera de *Monserrat,* caminase un oficial francés, el subteniente del 16.° Regimiento de Infantería ligera, Mr. Lucie, que formaba parte de la guardia del mariscal Moncey, á cuyo alojamiento se dirigía. Al verle el patriótico molendero, se lanzó sobre él con la navaja abierta, y al grito de *¡Viva el rey! ¡Así se hace con los franceses!,* hundió el arma en el cuerpo del desventurado militar, sin que nadie pudiera impedirlo. Mientras el herido procuraba en su agonía aproximarse al *Hospital* cercano, vió Antonio Pérez un grupo de tres soldados franceses

que por la acera opuesta caminaba tranquilo en dirección á la *Confitería del Majo* allí establecida; uno de los soldados penetró en la tienda, á cuya puerta los otros dos quedaron; y enardecido por la vista de la sangre derramada, sobre los dos militares cayó el molendero, lanzando el mismo grito, é hiriendo mortalmente al uno, agredió también al otro. Sorteando los puestos que llenaban la *Plazuela*, llegó el patriota á la *calle de la Magdalena*, donde le detuvo una patrulla del *Regimiento de María Luisa*, mandada por el sargento segundo José Ribas, conduciéndole desde allí al puesto ó retén militar que decían *vivac* entonces, y que luego se dijo *el Principal*, establecido en la *Casa de Correos, Ministerio de la Gobernación del Reino* más tarde.

Sometido á la acción de los tribunales, declaraba aquel mismo día ante el juez en la indagatoria, que su «ánimo era matar á todos los franceses, si le fuera posible, y que acaso hubiera herido á más en aquella mañana, si no le hubiesen preso.» ¿Era un asesino vulgar? ¿Qué razones le habían momovido á agredir á aquellos militares, á quienes atropelló sin darles tiempo para defenderse? No era un asesino vulgar Antonio Pérez. Las razones que le movieron á ejecutar aquellos actos criminosos, eran las que circulaban entre el pueblo indocto; eran las que formaban la opinión de las masas proletarias en presencia de acontecimientos que no podían explicarse, y presentían como precursores de graves daños para la Patria, y no menores para sus intereses particulares; y con toda ingenuidad y llaneza las exponía ante la autoridad judicial en la indagatoria expresada, donde están escritas. Para aquella clase social, «el sigilo con que procedían los franceses callando el sitio adonde habían llevado á los reyes, y especialmente á Fernando», el ídolo de la Nación en aquellos días, daba á conocer lo que los franceses anhelaban: asesinar y degollar á todos los españoles, y llevarse cuanto éstos tenían.

Por el pronto—y repárese bien en esto,—á los pobres jornaleros y trabajadores les iban á quitar la mitad de cuanto ga-

nasen, y lo mismo harían con los «empleados y los señores», dejando á todos tan cargados de tributos, que no pudieran vivir; después, se echarían sobre los españoles y sobre los «alcaldes de barrio y los de corte» y la demás gente que tuviese algo, y luego, el degüello general, con lo que se harían dueños de todo (1).

Así, como Antonio Pérez, discurría la masa popular: el infeliz molendero no era sino eco é intérprete de la opinión general entre las gentes de su clase, quienes, para defenderse de aquella oprobiosa tiranía que les amenazaba inminente; para librarse de la abyecta servidumbre en que caerían; para salvar sus modestos intereses y sus jornales, salvar al rey y salvar la Patria, conjuntamente, estaban dispuestos á todo, como lo demostraron. De modo, que al sentimiento generoso de la Patria, uníase el instinto de la propia conservación, lo cual venía á acontecer de la propia manera, á lo que parece, en la clase de los eclesiásticos, principalmente regulares, en la cual, sobre todo, el sentimiento religioso, herido por la conducta de los descreídos invasores, si no hizo de cada eclesiástico un soldado, puso en manos de algunos seculares las armas, no faltando regulares tampoco que figuraran entre las partidas de guerrilleros, que tanto daño causaron á las tropas de Napoleón, y que denominaban *brigantes,* esto es, *bandidos*, los franceses,

(1) La causa criminal existia en el *Archivo General Central* de Alcalá de Henares, como en el texto digo, *Causas célebres*, legajo 18, núm. 85-2.° Fué seguida en la escribanía de Cámara de Maruri, y consta de una sola pieza. Posteriormente al año de 1903, y á consecuencia de solicitar permiso de la Superioridad el jefe de aquel *Archivo* para quemar como papeles inútiles esta y otras causas, tengo entendido que han pasado al *Archivo Histórico Nacional*, Inventario núm. 30, *Consejos suprimidos*, Inventario duplicado de los documentos que en 30 legajos remite el *Archivo General Central* al *Archivo Histórico*. En *La Ilustración Española y Americana* del 15 de Octubre de dicho año, publiqué con más detalles este acontecimiento, con el título de *Antonio Pérez—Episodio madrileño de la invasión francesa—25 de Abril de 1808*. ¿Fué aislado este caso? Quizás á él respondiesen los desórdenes del Regimiento de Wesfalia en la noche del 26 siguiente.

mientras que la generalidad predicaba la guerra y excitaba al exterminio de los extranjeros.

Que entre los militares, encadenados por las *Ordenanzas,* se conspiraba sigilosamente (1), y que los artilleros tenían un plan desconcertado por el ministro de la Guerra O'Farril, es un hecho; que entre los paisanos, la burguesía, no hubo plan ni acuerdo alguno determinado, aunque es probable que «algunos patriotas permanecían reunidos en lugares apartados y secretos, para prevenirse de la persecución del espionaje», como dice Pérez de Guzmán con relación á la noche del 1.° al 2 de Mayo, y para conocer y comentar las noticias, es también otro hecho, que los acontecimientos demuestran superabundantemente; que los eclesiásticos nada habían convenido, es incuestionable, según lo es que acaecía lo propio en orden á las clases populares, y los acontecimientos mismos demostraron luego por igual manera.

Al caer las sombras de la noche del 1.° al 2 de Mayo, todas las clases sociales estaban á la expectativa. La mina estaba cargada; presentíase que algo había de ocurrir, si bien *militares,* burgueses, eclesiásticos, menestrales y obreros ignoraban el momento y el sitio. A esta expectativa recelosa del pueblo de Madrid respondían las prevenciones del gran duque de Berg, quien asimismo presentía que era llevar al colmo su despótica intervención, arrebatar como lo proyectaba del Pa-

(1) «Un oficial francés, de las fuerzas francesas que mandaba Murat en Madrid, M. Ernest Lefranc, del 4.° Regimiento provisional de la División Westfaliana, en unas *Memorias* que publicó en París el año 1829..., da á entender—dice en reciente estudio el Comandante de Infantería D. León Fernández—que *algunos* Jefes y Oficiales españoles se reunían á conspirar en una casa al parecer situada en la *calle de Lemus*» (Antón del Olmet, *Aclaración histórica,* pág. 53). No habría tenido nada de particular; pero la insinuación de M. Lefranc no constituye prueba, cuando, por otra parte, si los franceses hubieran tenido conocimiento cierto de ello, habrían procurado evitar semejante reunión y otras análogas. El testimonio, pues, carece de autoridad histórica, aunque el hecho sea por todo extremo verosímil.

lacio Real y de España á la reina de Etruria y al infante Don Francisco, los dos hijos de Carlos IV que aun permanecían en la Corte. Y al paso que Murat lo tenía todo preparado y dispuesto para sofocar sangrientamente cualquier tentativa del pueblo madrileño, si llegaba á realizarse, *nada*, en medio de su agitación visible, tenía éste por su parte prevenido para contrarrestar la violencia de los extranjeros.

Con la autoridad del ilustre general de Artillería D. Francisco Novella, hace constar, sin embargo, Pérez de Guzmán que, «á pretexto de necesitarse completar la dotación de cartuchería de fusil y cañón para los ejercicios de instrucción, quedó Daoiz encargado de construir de una y otra clase» (1), y que recorrida la «Armería [del *Parque*] para rectificar con precisión el número de fusiles con que podía contarse, además de una gran remesa que de Plasencia» se había anunciado, luego que los franceses, sospechando de lo que allí se hacía, con autorización de O'Farril, introdujeron «algunos efectos suyos en el *Parque*», y obtuvieron «poner en él una guardia que los custodiase», y que en realidad, fué allí colocada para espiar á los artilleros, y prevenir los acontecimientos que presentían, «se trasladó el taller [de cartuchería]—dice Novella—á una casa particular», donde continuó la tarea, á pesar de las dificultades (2), por lo que la elaboración adelantó poco, pues sobre haber habido necesidad de reducir «el número de operarios», fué preciso «mantener precauciones y un sigilo que hacía perder mucho tiempo» (3).

El mismo autor expresa, utilizando datos oficiales sin duda, que había á la sazón en el *Parque*: «25 cañones desmontados de bronce, de cabida regular, 6 de varios calibres, y 6 de hierro; 10 cureñas de sitio, 23 de batalla, y dos para Marina; dos afustes para morteros y pedreros; 28 armones; 1.484 balas

(1) Op. cit., pág. 346.
(2) Idem, íd.
(3) Idem, pág. 347.

de Artillería regular, 91 de Artillería irregular; 229 botes de metralla; 36.380 balas de Infantería, 2 bombas y 708 granadas; 18 quintales de pólvora de munición, 115 de pólvora de fusil y 2.030 cartuchos cargados para Infantería; 10.314 fusiles, carabinas y escopetas; 2.303 pistolas; 1.358 espadas de Caballería, 83 bayonetas y 1.468 espadas de Infantería y sables» (1).

Resulta, por lo tanto, con entera evidencia, después de lo expuesto, que si bien se presentía por todos, españoles y franceses, que la explosión del sentimiento popular, que era el de la Nación entera, podría ocurrir el día 2 de Mayo, ni los artilleros, ni los demás militares estaban apercibidos; que tampoco lo estaba el pueblo, de quien decía en la noche del 1.° el ministro de la Guerra O'Farril que no tenía armas, ni aun aquellas *toscas* que, según la expresión del ilustre académico de la Historia, *limaba el pueblo en la obscuridad*, y que si los españoles carecían de plan para ir al combate, como carecían y carecieron de caudillo, los franceses, en cambio, todo lo tenían hábil y militarmente dispuesto; y «así, como escribe atinadamente mi docto amigo, el ejemplo de Madrid sirvió de admiración á la expectación del mundo, en cuya presencia y ante cuyo juicio no pudo menos de contrastar la pequeñez é incapacidad de los medios de salvación que empleamos, con la magnitud de las fuerzas del enemigo» (2).

La explosión fué *espontánea*, sin concierto previo, careciendo ciertamente de formal y justificado fundamento las sospechas en contrario apuntadas por el Sr. Pérez de Guzmán, quien ante la unanimidad con que cierto número de grupos indefensos desde el *Palacio Real,* se dirigía al *Parque* de Monteleón, para apoderarse de las armas allí depositadas, escribe: «Esta repeti-

(1) Op. cit., págs. 367 y 368. El autor de la *Aclaración histórica* reproduce en otra forma estos datos á la página 95, aunque sin expresar de dónde los toma, según con la obra del Sr. Pérez de Guzmán también ocurre.

(2) *El Dos de Mayo de 1808 en Madrid*, pág. 368 cit

ción de *una misma consigna*, ¿revela que la resistencia que se hizo en el *Parque*... no fué un suceso casual y que estuvo *preparado, de acuerdo con los heroicos oficiales de Artillería que en él perecieron, por algunos elementos poderosos de los que formaban la Regencia del Reino?*» Para el mencionado académico «viene á afirmar su sospecha (la de la preparación de la defensa del *Parque*) una carta de Napoleón, escrita al gran duque de Berg, en Bayona, el 5 de Mayo... en que el Emperador le decía: *Tengo pruebas de que el infante D. Antonio y los de la Junta son los que han tramado la insurrección: los he hallado en los correos interceptados*».

Mi ilustre y antiguo amigo olvida aquí que, según él, los artilleros no quisieron comunicar sus planes ni aun con los demás Cuerpos militares de la guarnición de Madrid, no fiándose de ellos (págs. 344 y 345 cits.); que repetidamente consigna la facilidad con que el gran Napoleón, á quien apellida «el gran embaucador de España», recurrió á la mentira para facilitar la consecución de sus deseos; y lo que es más grave, la resistencia que Daoiz, jefe del *Parque*, opuso con tenacidad á abrir las puertas al pueblo, cuando á gritos pedía armas impaciente, y se escuchaban las descargas de fusilería con que los franceses acribillaban á los madrileños en diversos puntos, aún alejados del *Parque*, sin contar con que á haber habido semejante *consigna*, habría también habido un caudillo único que dirigiese el movimiento, y con que la defensa ó la pérdida del *Parque* nada interesaba ni significaba tampoco para la salvación de la Corte. Ni era fortaleza, ni el lugar en que se hallaba era estratégico para arrojar de la Villa á los franceses, ni á éstos les importaba tener unos cuantos cañones y fusiles más ó menos, de que ciertamente no necesitaban.

No hay, pues, motivo racional para tales sospechas. La agresión del *Palacio Real* sorprendía á los curiosos indefensos é inermes (1); y entonces, como siempre, como yo lo he presen-

(1) He aquí en qué forma, el 12 de Marzo de 1815, consignaba el refe-

ciado en el *Parque* de San Gil el 29 y el 30 de Septiembre de 1868, el pueblo, que en 1854 asaltaba las tiendas de los armeros; que recorría las casas incautándose de las armas de todo género que hallaba en ellas, y que en 1873, al proclamarse la República, penetraba en el *Museo Arqueológico Nacional* y se apoderaba de armas completamente inútiles para el combate, pero de gran valor arqueológico,—el pueblo, rèpito, sabedor de que había armas en el *Parque*, por ellas marchó en grupos desde diversas partes, sin pensar ni mucho menos en defender por innecesario para la seguridad de Madrid el antiguo *Palacio de Monteleón*, una vez que se hubiese cada ciudadano puesto en condiciones de luchar con los organizados Regimientos franceses, acostumbrados á la victoria.

¿Por qué defendió el *Parque?* ¿Por qué escribió el pueblo aquella página inmortal en la Historia? Porque la resistencia de Daoiz retardó el momento en que los grupos se armasen, y dió tiempo á que antes de que pudieran organizarse de algún modo, llegaran por diversos puntos las fuerzas francesas, impidiendo que aquella muchedumbre, ya armada, se derramase por la Villa. En el *Parque*, forzosamente hubieron de quedar, y en sus inmediaciones contra sus propios deseos, sometidos á una disciplina para ellos desconocida, cuantos acudieron allí á tomar las armas; y en el *Parque* defendieron sus vidas, en la forma que la Historia ha consignado, y llenas de admiración y de entusiasmo recuerdan las generaciones. Esto es lo cierto, y no otra cosa (1). Porque «vió la gente desarmada, y recordó los

---

rido D. Juan Gabriel del Moral, en sus *Memorias*, este acontecimiento: «Ya estaba preparado el tren, carroajes y batidores á la puerta. *El pueblo de Madrid se conmovió de repente. De repente* se pobló *de paisanos armados* la plazuela de Palacio y *las calles de la Corte* á impedir la partida de esta Princesa» *(Revista de Archivos, Bibl. y Museos,* loc. cit.)

(1) Deploro verdaderamente no hallarme conforme con el propio señor Pérez de Guzmán en sus artículos *La defensa del Parque*, publicado en *La Ilustración Española y Americana* del 30 de abril, y *Los Artilleros de Monteleón*, que figura en la entrega extraordinaria del *Memorial de Artillería*, de Mayo del presente año.

depósitos que había observado en el *Parque,* cuando, antes de partir para Burgos, lo vió el rey Fernando, animó [D. José Blas de Molina Soriano] á los suyos, diciéndoles: *¡Silencio, y seguidme! ¡Vamos al Parque por armas!»* Por el camino, á cuantos encontraban les decía: «*¡Muchachos! ¡Vamos á armarnos al Parque, que hay motín contra los gabachos!* (1), palabras, que de ser ciertas, prueban la falta de connivencia, y de *consigna* alguna entre las masas populares, y que desde el *Palacio Real,* punto de partido del grupo de Molina Soriano, hasta el *Parque,* todavía no se había enterado de la sangrienta colisión el pueblo en aquellas barriadas. Porque carecían de armas, recuerda el insigne Mesonero Romanos, y lo reproduce Pérez de Guzmán, que á «las diez, poco más ó menos de la mañana... se dejó sentir (la agitación popular) en la modesta *calle del Olivo»,* donde el que había de inmortalizar el nombre de *El Curioso Parlante* á la sazón vivía, y se sintió «el paso de los grupos de los paisanos *armados* (?), que con voces atronadoras decían: *¡Vecinos! ¡A armarse! ¡Viva Fernando VII! ¡Mueran los franceses!»* (2). No otro era el propósito que guiaba en dirección al *Parque* el grupo capitaneado por D. José Fernández Villaamil ó Villamil, dueño de la *Hostería* de la *Plaza de Matute*, donde no pudo formarse (3); el de D. José Rodríguez, dueño de la *Botillería* de las desaparecidas *Cuatro Calles*, «muerto al pie del cañón, al lado de su hijo» (4); el del capitán agregado al Batallón de Milicias provinciales de Cuba, don

(1) *Archivo de la Real Casa.*—Expedientes de personal.—Carpeta de Molina y Soriano (cita de Pérez de Guzmán, pág. 387).

(2) *Memorias de un Setentón*, pág. 38 (cita del propio Sr. Pérez de Guzmán, loc. laudato).

(3) Esto ha de presumirse, pues para ir desde la *Plaza de Matute* al *Parque*, el grupo tenía que atravesar la *Carrera de San Jerónimo* y la *calle de Alcalá*, ambas comprendidas en uno de los más sangrientos focos de la lucha, y tomando por la de *Peligros*, salir ya hacia las de *Hortaleza* y *Fuencarral*, donde era menor la agitación entonces.

(4) *El Dos de Mayo de 1808 en Madrid,* pág. 388; *Aclaración histórica,* pág. 144. Conforme se indica en la primera de estas obras, D. José Rodríguez vivía en la *calle de Hortaleza*, pág. 675. núm. 203.

Andrés Rovira y Valldeocera, al que se incorporaban el del valeroso D. Clemente de Rojas, y después en la *calle Ancha de San Bernardo* el de D. José Albarrán, médico de la Real Casa, y para decirlo de una vez, de las informaciones testificales que obran en los expedientes de víctimas conservados en el *Archivo Municipal de Madrid*, conste «que en todas las calles de la corte se oyó... el grito instintivo de la muchedumbre de *¡Al Parque por armas!*» (1).—«No todas estas partidas [sin embargo] llegaron hasta el *Parque*, que era su objetivo»; pues «sorprendidas algunas en su camino, tuvieron que defenderse, y esparciéronse al quedar sus jefes fuera de combate» (2).

Sugestionado por la idea de que la explosión del pueblo de Madrid fué consecuencia de un plan de antemano convenido,—el ilustre académico, que tan bello libro ha escrito para conmemorar el sublime acontecimiento, por todas partes ve testimonios y pruebas de una *consigna,* sin advertir que si tal hubiera habido, despojaría á aquella gloriosa jornada del principal de sus méritos, del que la hizo admirable á los ojos del mundo: de la *espontaneidad* con que la explosión se produjo, y que, á despecho de todo cuanto se quiera decir en contrario, pregona elocuentemente el desconcierto con que procedieron, independientemente los unos de los otros, aquellos grupos que jamás llegaron á 50 hombres, y que con navajas, palos, escopetas, chuzos, bayonetas y cuanto á mano hallaron, gallarda, valerosa y resueltamente se lanzaban heroicos sobre los franceses, y que con nobleza no igualada nunca en ninguna parte, así que los veían indefensos les perdonaban con generosidad inconcebible la vida.

Bajo esta obsesión, que es evidente, y no puedo conceptuar deliberada, pero que falsea la verdad de los hechos,—al pintar el amanecer del glorioso día, después de consignar que en el interior de la población no se advertía nada de extraordinario,

(1) Antón del Olmet, *Aclaración histórica*, pág. 145.
(2) *El Dos de Mayo de 1808 en Madrid*, pág. 389.

escribe: «Sólo en las puertas y portillos que franqueaban á los de afuera el paso á la Villa, se notaba desde que vino el día mayor animación que la de costumbre, *aunque aquellas eran las horas en que ordinariamente afluían de los pueblos inmediatos los abastecedores con sus cargamentos y vituallas*»; y añade, como si la demostración hubiera quedado hecha: «Esta larga y no interrumpida procesión de forasteros no cesó en toda la mañana». «*Parecían convocados á voz de bocina, ó concurrentes á algún suceso extraordinario.*» «Se notó que de los Sitios y lugares contiguos á todas las posesiones Reales *venía casi en masa toda su población de hombres robustos y ágiles, capaces de acometer cualquier empresa de valor*»; agregando, por último, como detalle que quita toda su fuerza al argumento pretendido: «*algunos traían sus hijos en su compañía*» (1).

Del *Catálogo alfabético-biográfico de los muertos y heridos*, que el docto académico inserta en el *Apéndice IV* de su obra, podrá obtenerse la confirmación de su gratuito supuesto, ó la refutación absoluta del mismo; y en dicho *Catálogo* expresa: Número 12 de los muertos, «*Andrés Martínez*, trajinero de vino, *de setenta años; detenido* en la *Puerta de Atocha, viniendo de Vallecas*, y fusilado en las tapias de *Jesús*»; 15, *Angela Fernández Fuentes...*, natural de *Aranjuez*. Herida en el *Parque de Artillería*, adonde acudió desde la calle de la *Palma*

(1) Op. cit., pág. 373. También en las *Memorias* de D. Juan Gabriel del Moral se lee que, esparcida la noticia de que Fernando VII «había casado en Bayona con sobrina del tirano [Napoleón], y que éste venía acompañando á los novios á Madrid, con aparatos pomposos», «muchos fanáticos y débiles españoles... se dispusieron... á marchar á Madrid, *para ver los regocijos*, y la canalla gabachuna que traía Fernando *á celebrar sus bodas*». «Se poblaron los caminos de la Corte con carruajes de las principales ciudades, con familias de pudientes y sus equipos...» «Apenas iban llegando á Madrid los noveleros, *deseosos de ver las prenotadas funciones*, llegó el dia 2 del mes de Mayo de 1808.» «Día grande. Día memorable. Día crítico» (*Rev. de Arch. Bib. y Museos*, págs. 426 y 427 del número de Mayo y Junio de 1908). La gente, pues, venía, si es que vino, en son de fiesta, no en son de pelea, conforme expresan estas *Memorias* tan poco exactas respecto del glorioso *Dos de Mayo*.

*Alta* en que habitaba; 23, *Antonio Colomo,* natural de *Navalcarnero,* alfarero. Trabajaba en los tejares de la *Puerta de Alcalá,* y fué fusilado en el Buen Retiro; 48, *Baltasar Ruiz,* arriero, detenido en las inmediaciones de la *Puerta de Atocha,* y fusilado en la alcantarilla de la misma puerta y *Paseo del Prado;* 66, *Clara del Rey y Calvo...,* una de las más ilustres heroínas del *Parque,* natural de *Villalón del Campo,* habitante en la *calle de San José,* núm. 11; 67, *Claudio de La Morena,* natural de *Algete,* arriero, fusilado en el *Prado* por hallársele en la montera una aguja con que cosía los costales de trigo *que diariamente conducía á Madrid,* de cuyo trajín vivía; 71, *Dionisio Santiago Ximénez,* natural del *Real Sitio de San Fernando,* mozo de labor de San Fernando, fusilado en el Retiro (1); 93, *Eusebio José Martínez Picazo,* trajinero; en la *Puerta de Atocha* le quitaron la recua, y se le fusiló en las tapias de *Jesús* (2); 124, *Francisco Iglesias Martínez,* de cincuenta años, natural de *Ciempozuelos,* fué parroquiano de *San José;* 138, *Francisco Ponce de León y Martínez,* natural de *Torrejón de Velasco,* trajinero; venía de *Vallecas* con una carga de vino; detenido en la *Puerta de Atocha,* fusilado en las tapias del Retiro; 166, *José Aznar,* natural y vecino de *Miraflores de la Sierra* (se hallaba en Madrid hacía días); 200, *José Pérez y Hernán de la Fuente,* de sesenta años, de *Miraflores de la Sierra.* Llegó con sus hijos, Francisco y Juan, el día 1.° á Madrid, y el 2 quedó herido en el combate, y murió el 5; 227, *D. Juan de la Fuente y Casas,* cirujano, residente en *Valdemoro,* llegado á Madrid el 1.° de Mayo; 248, *Julián Rejón,* de veinticuatro años, natural y vecino de *Leganés,* fusilado el 5 en

(1) De éste dice Pérez de Guzmán, probablemente por su cuenta: «fué de los muchos subalternos de los Sitios reales y de los pueblos inmediatos que vinieron á Madrid *el 1.° de Mayo y en la mañana del 2 á tomar parte en el levantamiento de la capital*» (pág. 661). ¿Por dónde lo sabían?

(2) Es el mismo que luego aparece con el núm. 191, á la pág. 674: *José Martínez Picazo,* arriero, etc., aunque la signatura del *Archivo Municipal de Madrid* sea diferente.

Leganés... por haber ido á Madrid á tomar parte en la conmoción del día 2; 250, *Leandro Rejón*, de treinta y tres años, ídem íd.; 293, *Manuel Zaragoza*, arriero, fusilado en el *Prado;* 316, *Mateo González y Menéndez Quiñones*, de *Colmenar de Oreja* (fué de los que vinieron á Madrid, el día 1.° de Mayo, de los pueblos inmediatos); 327, *Miguel Facundo Revuelta y Muñoz*, de diez y nueve años, jardinero del marqués de Santiago, en *Griñón*, é hijo de Manuel Revuelta, jardinero del Real Sitio de Aranjuez, con quien vino el día 1.° á Madrid; 340, *Nicomedes de Soto Garrote*, natural de *Jetafe* y residente en *Leganés;* vino á Madrid el día 1.° de Mayo (1). Total, 19 muertos, naturales de la provincia.

Heridos: Número 11, *Angela Fernández Fuentes*, que es la misma que aparece con el núm. 15 en la lista de los muertos (página 655), donde se dice murió el 18, y aquí que salió dicho día del *Hospital* (2); 27, *Basilio Adrao Sanz*, natural de *Escalona*, vecino de *Canillejas*, jornalero; 90, *Juan de Cueto Pilar*, de veintiséis años, labrador, vecino de la *Arganzuela;* 105, *Julián Martín Ximénez*, de treinta años, vecino de *Aranjuez;* 108, *don Ignacio Pérez Hernández*, presbítero, residente en *Fuencarral*, de donde era natural, *y de donde vino* ACAUDILLANDO el paisanaje que el día 1.° *vino para prevenir* LOS ALBOROTOS del día 2; 128, *Manuel Sevillano Ramírez*, de treinta y dos años, natural

(1) Este mismo *Nicomedes del Soto Garrote*, que aquí aparece entre los muertos, pues se dice murió el 4, lleva el núm. 147 de los heridos, expresando: «*Nicomedes del Soto Garrote*, niño de once años, natural de *Jetafe*, fué herido en *Puerta Cerrada*» (pág. 711). La noticia del núm. 340 está tomada, según se indica, del *Hospital General*, Comisaría de entradas, folio 210; y la del núm. 147, del *Hospital General*, Comisaría de entradas, 1808, t. I, folio 208.

(2) Lo mismo ocurre con *Francisco Fernández Gómez*, núm. 120 de los muertos (pág. 667) y 55 de los heridos (pág. 701); con *Juana García*, núm. 242 de los muertos (pág. 678) y 102 de los heridos (pág. 706); con *Nicomedes de Soto Garrote*, ya citado; y por no mencionar más, con *Miguel Moraleda y Ortigosa*, núm. 332 de los muertos (pág. 687), que aparece en la pág. 710, entre los heridos, con el nombre de *Miguel Moraleja y Ortigosa*, núm. 144.

de *Navalcarnero,* pastor, herido en las afueras; 138, *Mariano Panadero Claros,* de veintiún años, natural de *Carabanchel,* empleado en el almacén de la pólvora; 171, *Vicenta Réluz Hernández,* natural de *Carabanchel de Abajo* y habitante en la *calle de Manguiteros.* Total, 8 heridos, naturales de la provincia, que con los 19 muertos, forman un total de 27 víctimas. De ellas, Ángela Fernández Fuentes (núm. 15), Antonio Colomo (núm. 23), Clara del Rey (núm. 66) y Francisco Iglesias Martínez (núm. 124), entre los muertos, la citada Ángela Fernández Fuentes (núm. 11), Manuel Panadero Claros (número 138) y Vicenta Réluz Hernández (núm. 171) eran vecinos de Madrid, y los restantes, ó estaban en la Corte ya hacía días ó habían llegado, según el *Catálogo,* el día 1.°, siendo problemático que el pastor Manuel Sevillano Ramírez, natural de Navalcarnero, y herido en las afueras, no tuviese en Madrid ó en los suburbios su domicilio, resultando por consiguiente *trece* víctimas conocidas de gente de los pueblos de los alrededores, y que se supone llegada en las primeras horas de la mañana del día *Dos* de Mayo. ¿Puede con esto asegurarse que era «larga y no interrumpida» la «procesión de forasteros» que «no cesó en toda la mañana»? ¿Es lícito asentar que «parecían convocados á voz de bocina» aquellos forasteros? En población de la importancia que Madrid tenía como capital del reino, ¿puede taxativamente ser fijado el número de los forasteros que diariamente á él acudían de los pueblos inmediatos á sus negocios? ¿Significaba grande, extraordinario é insólito aumento, por aventura, entre las gentes que entraron en Madrid la mañana del día 2 por todas las puertas y portillos de la corte el número proporcional de personas correspondiente al de las que resultaron muertas ó heridas? ¿Es aceptable, en consecuencia, la hiperbólica aseveración de que «de los Sitios y lugares contiguos á todas las posesiones Reales venía *casi en masa toda su población* de hombres robustos y ágiles, capaces de acometer cualquier empresa de valor?» Y aun admitiendo esto, cuando deliberadamente venían á batirse, ¿es ló-

gicamente de presumir que «algunos *trajeran sus hijos en su compañía?*»

Nada hay que de cierto autorice la infundada especie de que, como á una cita, acudiesen de las cercanías de Madrid las gentes para promover los que con injusta frase llama *alborotos* del día 2 mi ilustre amigo. Nadie sabía que había de producirse la colisión entre madrileños y franceses entonces, aunque fuera verosímilmente de inferir que la marcha de la reina de Etruria y del infante Don Francisco podría ser origen de ella, según lo fué en efecto. El movimiento fué totalmente *espontáneo;* sorprendió á la multitud inerme en su mayoría, por lo cual en grupos se dirigió al *Parque;* y aquellos que tenían armas, aquellos que podían defenderse y ofender, buena prueba dieron de que eran hombres y mujeres «robustos y ágiles, capaces de acometer cualquier empresa de valor», sin necesidad del concurso de los forasteros, luchando en la *Puerta del Sol,* en los *Consejos,* en *Puerta Cerrada* y en la *Puerta* y *calle de Toledo,* donde las mujeres desordenaban y detenían los coraceros franceses que de los Carabancheles venían.

En las horas que duró aquella sangrienta jornada, de recordación eterna, fueron muchas las personas de todas clases y categorías que de Madrid huyeron espantadas, llevando la estupefacción, el asombro, el sobresalto y el pánico por todas partes, y por todas partes despertando el sentimiento de la Patria alevosamente escarnecida. Á las doce de la mañana, por ejemplo, consta que llegaron á Alcalá de Henares diversos fugitivos, y entre ellos un Guardia de Corps, quienes «con su aspecto, sus exclamaciones y su espanto», dieron «noticia de lo que en aquellos momentos mismos en Madrid acontecía». Y de tal suerte excitaban aquellas tan inesperadas como pavorosas nuevas al generoso pueblo alcalaíno—de cuyo concurso no se habría seguramente prescindido por los organizadores de la conmoción, si los hubiera habido,—de tal manera exaltaron á los estudiantes de aquella famosa Universidad y de sus múltiples colegios, que sobre llenar á unos y otros de

santa indignación, al trascender aquellas nuevas á las autoridades, «movían por último, al licenciado D. Agustín de Quadros y Rodríguez, Abogado de los Reales Consejos, Corregidor y Justicia Mayor de Alcalá, á dirigir en aquella misma fecha la siguiente y nobilísima circular *á los Señores Justicias*» de los pueblos de su jurisdicción:

«Se han tenido noticias por varias personas y por vn Guardia de Corps del esquadrón que han venido de la Córte, y entrado en esta Ciudad á la ora de las doze de este día, de que la tropa Francesa *ha empezado sus hostilidades* en aquella; y en tan fatales circunstancias, se hace indispensable que de los Pueblos comarcanos *concurran* á la defensa de la Patria y de nro. Rey el S.$^{or}$ D. Fernando Séptimo, *marchando armados á Madrid,* así como lo egecutamos en esta Ciudad, en q. *todos, sin distincion de Personas vtiles están dispuestos para la marcha,* lo que me ha parecido conbeniente comunicar á Vmds. para su imitazion.—Dios gue. á Vmds. m.$^{s}$ a.$^{s}$ —Alcalá de Henares y Mayo 2 de 1808.=Agustin de Quadros» (Está rubricado) (1).

Ganoso de alentar á las autoridades madrileñas, «con la promesa de inmediatos refuerzos, el patriótico Corregidor Quadros enviaba al propio tiempo copia de la transcripta circular al Gobernador del Supremo Consejo de Castilla, Arias Mon, esperando impaciente su respuesta para marchar á Madrid, al frente de los alcalaínos». Llegó al día siguiente 3 en forma de *Orden;* y como digna de ser conocida, la publiqué por vez primera años hace en el trabajo de que estas noticias tomo (2). Es documento que «pinta al natural el servilismo y la degradación de las autoridades á quienes dejó confiados Fer-

(1) Archivo Municipal, Est. 4, Tabla 4, legajo 4.º, número 251.

(2) *Alcalá de Henares durante la Guerra de la Independencia*, pág. 43 del tomo 129 de La España Moderna, correspondiente al 1.º de Septiembre de 1899.

nando VII el gobierno y la tutela de la Nación y del pueblo madrileño», que textualmente dice:

(Al margen) «ORDEN.—He visto con el mayor disgusto por el oficio de Vm., que acabo de recivir por Propio, lo ocurrido en esa ciudad en la tarde de ayer, en que *por la especie vertida* por vn Guardia de Cors, de que la Tropa Francesa *estava haciendo fuego por las Calles de Madrid*, se alarmó todo ese Pueblo, hasta los Estudios, *p.ª venir en defensa de la Patria y del Rey*. Vn suceso de esta naturaleza deve ocupar toda la atencion de la Justicia y sus Magistrados, para prevenir y evitar las fatales resultas que produciría *vna animosidad desconcertada; y aunque es verdad que en la mañana de ayer* PRINCIPIÓ Á DESCOMPONERSE *este Pueblo en términos* QUE PUDIERON TENER FATALES CONSEQUENCIAS, *también lo es que* Á VIRTUD DE LAS DISPOSICIONES ENÉRGICAS QUE SE TOMARON AQUÍ, LOGRÓ RESTABLECER EN BREVE EL SOSIEGO, *que ha continuado y sigue hasta ahora sin la menor alteracion*. Así, pues, hará Vm. entender de mi órden á todos, y aun lo hará publicar por Bando, que se retiren á sus Casas y ocupaciones, *pues que no hay la necesidad del auxilio que prometen:* Que observen puntual y exactamente lo que *en tan repetidas ocasiones* tiene recomendado S. M. *sobre la buena acogida y armonía*, pero que su puntual obediencia será la mejor prueva de amor y lealtad que pueden dar los Vecinos de ese Pueblo á su Soberano; Y finalmente, *que no impidan en manera alguna el libre tránsito de la Cevada y demás Provisiones* que vengan á Madrid, sea para el surtido público ó *sea para las mismas Tropas* [francesas?], sobre lo cual hará Vm. á todos las exhortaciones que le dicte su prudencia por la quietud pública. Además de estas prevenciones indispensables para conservar el sosiego, es preciso que Vm. por sí, y por medio de los Individuos del Ayuntamiento y Personas de providad, se ocupe en rondar de día y de noche incesantemente *(sic)* para evitar desórdenes, dispersando las reuniones de gentes, que siempre son sospechosas y nocivas, y pidiendo en caso necesario el auxilio militar, que no dudo lo

prestará el Cuerpo de Zapadores que se halla en esa Ciudad (1). Hago á Vm. la más estrecha prevencion sobre todo lo referido, y sobre la actividad, celo, y prudencia que deve emplear en este importante servicio, de que le hago responsable, en el supuesto de que por lo respectivo á los Estudiantes, y demás Individuos de la Vniversidad, escrivo con esta fecha lo conveniente al Rector, y Cancelario de ella, haciéndoles los encargos y prevenciones más precisas, con quienes al efecto se pondrá Vm. de acuerdo, y me avisará de qualquier ocurrencia. —Dios gue. á Vm. m.ª a.ª—Madrid tres de Mayo de mil ochocientos ocho—Arias Mon (Rubricado). —Al Alcalde Mayor de Alcalá de Henares» (2).

---

(1) «El día 24, con toda gallardía y tambor batiente — escribe el señor Pérez de Guzmán,—el sargento mayor del Real Cuerpo de Zapadores D. José Veguer, con sus dos Batallones, compuestos de cerca de 1.000 soldados», salió de Alcalá de Henares, diciéndoles en su resolución: «Madrid, desarmado con ardides de perfidia, mira con dolor rabioso los cantos de sus calles teñidos con la sangre inocente de sus conciudadanos asesinados, y suspira por un socorro pronto. Yo ya no puedo resistir á mi interior impulso. Venid conmigo, nos organizaremos, y con ímpetu de leones acometeremos á esos bandidos y asesinos, engañadores, en sus centros, en sus retiradas, y los despedazaremos para escarmiento eterno» (*El Dos de Mayo de 1808 en Madrid*, pág. 480.) Un poco tardía fué la resolución de aquel jefe; y ésta, que no consta en los documentos que tuve á mi disposición en Alcalá, explica cómo, «encadenada al yugo de los invasores» y no habiendo documento que dé á conocer la suerte de aquella población en los días posteriores al 3 de Mayo, «en que hubo de ser teatro de acontecimientos censurables por parte de los franceses, que se apoderaron de ella,—no sólo no hiciera resistencia el vecindario, sino que tampoco «por su parte la intentara el Cuerpo de Zapadores que en la población se hallaba establecido», según escribía en el artículo citado. Véase respecto de este acontecimiento el artículo de D. Joaquín de la Llave, *La fuga de los Zapadores, Mayo de 1808*, publicado en el *Memorial de Ingenieros del Ejército*, correspondiente al mes de Mayo del año presente.

(2) Art. cit., págs. 45 y 46 del tomo mencionado de La España Moderna. El documento existe en el Archivo Municipal (Est. 4, tabl. 4, legaj. 4, núm. 251). Inicuamente despojado de la mayor parte de los documentos de este período histórico, no existe en el Archivo el original de la *Orden* copiada, sino el traslado de ella, cuya ortografía he conservado. Este documento, y todos los oficiales de todas las épocas, demuestra que

Prescindo de otros particulares, no exentos de importancia en lo referente á los acontecimientos del *Dos de Mayo* en Madrid, tales como las afirmaciones oficiales de que *el motín*, *los alborotos* de aquel día, fueron obra del *populacho* (1), pues del examen de las listas de muertos y heridos se deduce muy otra cosa (2), y porque fuere cual fuere la condición social de las víctimas, merecieron y merecen todos por igual tanta admiración como respeto, pues derramaron noblemente y sin distinciones su sangre generosa en holocausto de la Patria, y dieron ejemplo inmortal de sublime patriotismo, en ninguna otra ocasión de los modernos tiempos, superado por pueblo alguno.

---

la *Historia documentada* no es siempre verdad, ni mucho menos, y que la *Historia* necesita algo más que el documento oficial escrito, del cual debe apartarse cuidadosamente, si no se obtiene por otros medios la comprobación indispensable, con el auxilio de la crítica.

(1) El citado D. Juan Gabriel del Moral hace constar, no sin exageración manifiesta y por lo que circuló en toda España, que mientras «cuasi los magnates españoles, así en el estado secular como en el eclesiástico, también los más riquillos de los pueblos, y la gente más pudiente, hábil y dispuesta se decidieron á favor de nuestros enemigos, ¿quién lo creyera? *La plebe en común fué la que abrigó la lealtad* y el amor á Dios y al Rey» (página 428 del número mencionado de la *Rev. de Arch., Bib. y Museos*).

(2) De ellas, con efecto, y conforme han sido publicadas por el Sr. Pérez de Guzmán, resulta fueron víctimas en la jornada:

I.—Profesionales.—2 médicos, 3 cirujanos, 1 abogado, 2 escribanos, 2 músicos, 1 profesor de Filosofía y Matemática y 1 grabador, muertos; 1 médico, 3 cirujanos, 1 pintor, 1 arquitecto y académico de San Fernando; 1 notario eclesiástico; 1 profesor de primeras letras; 1 estudiante y 1 practicante de cirugía, heridos. Total, 13 muertos y 10 heridos.

II.—Clérigos.—3 muertos y 4 heridos. Total, 7.

III.—Empleados del Estado, del Municipio y de la Biblioteca del duque de Osuna.—17 muertos y 5 heridos. Total, 22.

IV.—Empleados y dependientes de la Real Casa.—18 muertos y 4 heridos. Total, 22.

V.—Industriales.—10 muertos y 6 heridos. Total, 16.

VI.—Comerciantes de todas clases.—9 muertos.

Lo que yo he querido poner en estas mal hilvanadas líneas de relieve es que el movimiento fué *absolutamente espontáneo* y sin preparación, y no consecuencia de concierto alguno previo, ni organización ni dirección de ninguna especie; que *fué obra exclusiva del pueblo de Madrid,* en todos sus órdenes y categorías, *sin auxilio de nadie,* comprendiendo en el pueblo, no sólo los paisanos, de quienes nadie se acuerda, sino los militares de todas Armas y graduaciones, quienes al romper abiertamente con la *Ordenanza* y colocarse al lado de aquéllos contra el poder constituído, bueno ó malo, pero poder al postre, perdieron el carácter militar, aunque conservaran el uniforme, y al pueblo, de donde procedían, volvieron valerosos como buenos hijos; que fué, pues, la explosión *esencialmente popular;* ni fruto de planes por nadie concebidos, ni de *consignas* misteriosamente circuladas, ni de sedición militar, ni de cábalas de camarillas; que la gloriosa y tenaz defensa del *Parque* no fué sino uno de tantos episodios de la jornada, como el ataque á los mamelucos y á los polacos en la *Puerta del Sol,* como el que las mujeres iniciaron y sostuvieron contra los coraceros de Carabanchel en la *Puerta de Toledo,* y como otros varios en distintos lugares de la Villa, y no el objetivo predominante en las masas, las cuales se dirigieron allí naturalmente para armarse, y no á otra cosa, y sorprendidas dentro de aquel poco militar recinto, falto de condiciones de defensa, forzadas se vieron á permanecer en él y á defenderse de las empeñadas acometidas de las tropas napoleónicas; que, como

---

VII.—Obreros.—78 muertos y 31 heridos. Total, 109.

VIII.—Sirvientes de todas categorías.—32 muertos y 21 heridos. Total, 53.

IX.—Sin profesión.—3 muertos.

Es decir, que, sin contar los militares y sus asimilados, de las 323 víctimas, poco más ó menos, hechas aquel día entre los paisanos, y sin reparar en los casos dobles, en los cuales el *Catálogo* coloca por descuido un mismo individuo entre los muertos y entre los heridos, 251 tenían profesión y oficio, y no eran gente vagabunda y baldía. De esta clase no hubo más que 3.

dice con superior acierto un escritor, «la gloria de aquella jornada es... bastante caudalosa y brillante para que bañe en su luz á todos sus autores, sin que necesiten disputarse unos á otros la aureola» (1), cosa que ni hicieron aquellos héroes ni pretendo yo en modo alguno, aunque soy partidario del *suum cuique;* que según la expresión del escritor aludido, «no fueron cuerpos de milicia, *fué España,* representada por paisanos y soldados, por cuantos ante el conflicto... siguieron la voz del patriotismo, quien peleó aquel día, cuya gloria entre todos se reparte, entre caudillos y auxiliares oscuros, entre héroes renombrados y héroes anónimos» (2); y por último, que el actual pueblo de Madrid ha sido bien indiferente é ingrato para con el pueblo de 1808, como lo ha sido la Nación entera al no haber pensado nunca en glorificar la memoria de aquellos héroes oscuros que, por no corresponder á Cuerpo alguno del elemento armado, no han tenido nadie que de ellos se acuerde, y que ni las carrozas—menores en número y aún en riqueza que las que pasean por *Recoletos* en los Carnavales,—ni la procesión—que por noble iniciativa propia presidió S. M. el Rey Don Alfonso XIII, dándole mayor solemnidad y realce,—ni las hojarascas de Monteleón, ni las percalinas de los balcones, ni el escrúpulo escultórico de mi buen amigo Marinas, ni las lápidas conmemorativas fijadas en diversas partes, han sido dignos ni del acontecimiento, ni de los héroes, ni del pueblo de Madrid, que ha debido y podido hacer otra cosa, ayudado esta vez en el Centenario por toda España, pues á los héroes *del montón* que en Madrid promovieron el épico *Dos de Mayo*, es deudora la Patria de su independencia. Sin el *Dos de Mayo,* ¡quién sabe lo que hubiera podido acontecer en el reino (3)!

---

(1) D. E. Gómez Baquero, art. cit. de *Los lunes de El Imparcial.*

(2) Idem íd.

(3) «El fuego del día Dos de Mayo en Madrid..., penetró por el aire con tanta rapidez á todas las poblaciones de España que (cosa rara), cuasi en el mismo correo inmediato se supo en Toledo, en Figueras, Cádiz, Pamplona, Badajoz, Sevilla, Granada, etc., etc.» «Cuasi en un momento se

Celoso de sus timbres particulares—que son glorias legítimas de la Nación,—el que se dijo Real Cuerpo de Artillería, supo lleno de no menos legítimo entusiasmo glorificarse á sí propio, glorificando con justicia la memoria de Velarde y de Daoiz, ó de Daoiz y de Velarde, erigiendo á sus expensas el marmóreo grupo esculpido por el catalán D. Antonio Solá, y que después de reiteradas vicisitudes y de varios cambios de sitio ha ido á parar, sin protesta de los artilleros, al *Parque del Oeste,* donde está fuera de sitio, consintiendo la lápida que declara fué el monumento tributo rendido á aquellos héroes inmortales por el Ayuntamiento popular de 1869. Por la iniciativa y las gestiones de dos primeros tenientes de Infantería, ambos ilustres y ambos honra del Arma, D. Pedro Alcántara Berenguer y Ballester, autor de diversas obras militares y científicas, Profesor de la *Academia General Militar* en Toledo, y luego de la *Escuela Superior de Guerra,* fallecido siendo Comandante por consecuencia de la impresión que causó en su ánimo varonil y generoso el desastre de la pobre España en la guerra con los Estados Unidos, y D. José Ibáñez Marín, Teniente Coronel ahora, y cuyos méritos no tiene para qué encarecer mi amistad, pues son harto notorios—fué erigida al teniente de Voluntarios del Estado, D. Jacinto Ruiz, la hermosa estatua de Benlliure en la *Plaza del Rey,* lugar tan poco apropiado, como el del grupo de los artilleros. Y ahora, con motivo del Centenario, de prisa y corriendo, el Excmo. Ayuntamiento de Madrid, que asume la personalidad del pueblo madrileño,—desmontando la estatua de Lope de Vega que esculturó el cordobés Inurria, y ha sido condenada á vagar indecisa, sin saber dónde ha de parar al postre, y por economía, tomando una parte del proyecto premiado ha tiempo de Aniceto Marinas—no ideado al propósito, ahora,—en la *Glorieta de San Bernardo* ha levantado un

---

sublevó en masa toda la nación. Los hombres, mujeres y niños... salían de su casa respirando el más acalorado odio á los franceses y á sus amigos», etc. *(Memorias* cits., pág. 429 del número de Mayo y Junio, de la *Rev. de Arch., Bib. y Museos).*

*Monumento al Pueblo de Madrid por sus hazañas del Dos de Mayo de 1808,* dándole emplazamiento en lugar impropio también, cuando debía figurar por derecho propio en el principal de la Villa.

En este grupo, que resulta por su tamaño mezquino y pobre para lo que glorifica, y en la *Glorieta* donde ha sido emplazado—y no entienda mi buen amigo Marinas que yo critico ni menosprecio su bella obra, la cual soy el primero en elogiar como se merece en el concepto artístico,—en este grupo, repito, lo que menos figura es el *pueblo.* Como remate y corona, allí está Daoiz, apoyado en el cañón, pregonando que todo el honor de la épica jornada es de los militares, y entre éstos de la Artillería, ya debidamente glorificada en el grupo del *Parque del Oeste.* Ni el homérico ataque de los paisanos á los mamelucos en la *Puerta del Sol,* ni el sublime de las mujeres en la *Puerta de Toledo* contra los coraceros de los Carabancheles, ni Malasaña, ni Clara del Rey, ni los chisperos, ni los menestrales, ni los obreros, ni los comerciantes, ni aquellos voluntarios del Estado, Guardias Walonas, Guardias Españolas, Suizos, Marinos, soldados de caballería, cadetes, clérigos, estudiantes y demás valientes que dieron su vida y derramaron su sangre en el altar de la independencia pátria—es decir, aquellas gentes *del montón,* que no han tenido quien por ellas mire, ni quien de ellas se acuerde, pero que no por eso dejan de ser héroes de superior magnitud,—han obtenido representación conmemorativa en el monumento dedicado al *Pueblo.*

Y mientras con dolorosa indiferencia ha mirado y mira el Arma de Infantería el olvido y la postergación injustos en que yacen los suyos,—el pueblo actual de Madrid no ha visto con mayor interés la forma en que ha sido glorificado por el Excelentísimo Ayuntamiento. ¡Triste, pero elocuente prueba de la letal decadencia, de la degeneración lamentable á que nos ha traído la política en los últimos años del siglo XIX y estos primeros de la XX.ª centuria!

La dignidad del pueblo de Madrid exige un monumento que

eternice plásticamente á los ojos de las generaciones el heroísmo de los *del montón;* monumento grandioso en el cual encarne el nacional sentimiento, en el cual hallen representación adecuada todos aquellos de condición distinta, con uniforme ó sin él, que dieron su vida y su sangre por la Patria; que despertaron el heroísmo de toda España, y fueron precursores de Bailén y de Vitoria. Pues al morir aquellas gentes, y como dijo D. Juan Nicasio Gallego:

*¡Venganza y guerra!,* resonó en su tumba;
*¡venganza y guerra!,* repitió Moncayo;
y al grito heroico que en los aires zumba,
*¡venganza y guerra!*, claman Turia y Duero!
Guadalquivir guerrero,
. . . . . .
blandiendo activo la nudosa lanza,
corre, gritando, al mar: *¡Guerra y venganza!*

Si algún día, volviendo por su honra, el pueblo de Madrid erige tal monumento, emplazarlo debe en uno de estos dos sitios: la *Puerta del Sol,* convenientemente ampliada y libre de la tiránica red de tranvías, que hoy la tiene convertida en cochera ignominiosa, ó la *Plaza de Castelar,* reemplazando la *Fuente de la Cibeles.* Y ya que ha consentido quede arrinconado el *Obelisco del Dos de Mayo;* que el monumento de pintada escayola que ha usurpado á Lope de Vega el sitio, y al *Pueblo de Madrid* está dedicado, ocupe lugar tan secundario en la Villa, no debe, por decoro propio, autorizar con su silencio y su indiferencia, con su atonía inconcebible, que las cosas continúen en el actual estado.

¡Pobre pueblo, siempre generoso y pródigo de su sangre! ¡Pobre pueblo, que cuando toma las armas y se organiza para defender su independencia, salvar sus hogares, derramar su sangre por la Patria, y sacudir el yugo de los extranjeros, es por éstos mirado con desprecio soberano, y llamados *brigands* sus generosos hijos! *Brigands* les dijeron y aun les dicen los franceses en toda ocasión, y en todos los tonos, y sin embargo, los mismos franceses, en la luctuosa campaña franco-prusiana de 1870, á los hijos del pueblo que tomaron allí debida y

legítimamente las armas para defender la Patria, les llaman *franco-tiradores;* hallan legítimo en su Patria todo medio de deshacerse del enemigo en emboscadas, en lazos, de cualquier manera, porque esto en realidad es justo, pero justo para ellos sólo... Y eso que la declaración de guerra partió en 1870 de Francia, y los ejércitos alemanes penetraron en territorio francés abiertamente, cara á cara, dispuestos á luchar con un ejército numeroso, preparado y apercibido al combate. En España ocurrió de muy diverso modo: los franceses entraron so color de amigos; se posesionaron de ciudades y de plazas fuertes, y el país ni estaba para la guerra preparado, pues no la esperaba, ni disponía de medios para rechazar al extranjero que de manera tan alevosa hollaba el suelo de la Patria. No hay, pues, paridad alguna entre la Guerra de la Independencia, en que España tuvo todo que improvisarlo, sorprendida en su misma casa, y la guerra franco-prusiana, en que Francia, sobre parecer que debía estar preparada, contaba con recursos poderosos que aquí no hubo.

*
* *

La lectura del hermoso libro de mi excelente amigo el señor D. Juan Pérez de Guzmán—á quien el Sr. Antón del Olmet llama constantemente *Artillero honorario*,—me ha sugerido éstas y otras reflexiones que omito, y que quizás desarrolle en otras cuartillas adelante; y aunque sé que vale poco el testimonio sincero de mi devota admiración hacia la obra del ilustre académico, ríndoselo aquí públicamente, como se lo rendí de palabra á su tiempo.

Hijo de Madrid, en algo me tocan las glorias madrileñas; y prescindiendo de las enseñanzas historiales que el libro proporciona,—hay en el material paciente y laboriosamente por su autor acumulado tanto digno de estudio, tanto y tan rico detalle, tantas y tan variadas pistas é indicaciones para futuros trabajos, que hace todo ello inapreciable la filigrana de mi docto amigo, quien, por amor á la verdad, habrá de perdonar-

me con su habitual benevolencia me haya permitido mirar, desde puntos de vista que no son precisamente los suyos, el *Dos de Mayo de 1808.*

Merecido tiene el honroso galardón que, cada uno por su parte é independientemente, le han discernido el Ministerio de la Guerra, y le ha conferido en prueba de gratitud el Cuerpo de Artillería, y del que por los periódicos me enteré con regocijo á su tiempo, como si fuera cosa propia. Por ambos le doy la enhorabuena; y si no lo ha hecho ya, debe el Ayuntamiento de Madrid discernirle y conferirle por su obra el título de *Hijo adoptivo,* nunca con mayor causa, ni más legítimamente ganado que ahora.

Sin entrar en discusión alguna, sin mostrar predilección ni preferencia que serían injustas, y para concluir estas reflexiones, creo que el Arma de Infantería debe homenaje análogo al Sr. D. Fernando de Antón del Olmet por su *Aclaración histórica;* pues, como dice muy bien en *La Correspondencia de España* del 9 de Agosto de este año, el ilustrado redactor militar D. E. La Gasca, «indudablemente la Infantería guardará siempre gratitud al Sr. Antón del Olmet, por su ímprobo, desinteresado y patriótico trabajo»; pero esto no basta, á mi juicio. Y así como los herederos de mi buen amigo el Sr. Pérez de Guzmán, podrán siempre hacer ostentación legítima y cual timbre de gloria, del expresivo testimonio de reconocimiento á aquel docto escritor tributado por el Ministerio de la Guerra y por el Cuerpo de Artillería en concepto de merecido homenaje, así también los herederos del Sr. Antón del Olmet,—á quien no tengo la honra de conocer personalmente, pero cuyo convincente estudio aprecio en lo que vale, por estar inspirado en la verdad de los hechos,—debieran hacer en su día ostentosa gala del no menos expresivo testimonio de gratitud, que todas las demás Armas del Ejército debieran tributarle, ya que tan desinteresada é hidalgamente lo ha conquistado con su *Aclaración histórica.*

RODRIGO AMADOR DE LOS RÍOS

# BAILES ESPAÑOLES

No siempre agrada á los españoles saber que los extranjeros miran sus bailes como una institución peculiar é importante de España. El mismo Valera, con toda su inmensa cultura, no podía librarse de esta contrariedad; en una crítica de un libro acerca de España, escrito por un americano, y titulado el *País de las castañuelas*—libro considerado como grande apreciador de España,—Valera se desazona con el título (1). Es, dice, como si un libro acerca de los Estados Unidos se llamara *el país del tocino*. En esto apenas se ve analogía. El baile español no sólo excita agradables recuerdos, sino que es digno de estudio por la luz que proyecta sobre el pueblo español, sus costumbres y su genio. No es extraño que Valera en otros términos—en el volumen último de sus ensayos precisamente—exprese su sentimiento de que vaya desapareciendo la antigua costumbre de introducir un baile nacional en el escenario al

(1) Los bailarines españoles, aunque los mejores de ellos reciban homenaje de admiración en todas partes, son poco considerados en su propio país, y casi tenidos por vagabundos. Ellos siguen siendo excesivamente patrióticos. La Guerrero, que ocasionalmente estaba en Viena trabajando cuando la visita de D. Alfonso, gastó, según dicen, quinientos florines en violetas para echarlas al pasar el rey, y se puso ronca á gritar: ¡viva el rey! ¡Viva España! Tanto, que no pudo cantar por la noche. Algo por el estilo cuentan de la Otero durante la visita del rey á Berlín. La Tortajada también se entusiasma cantando:

«¡Patria mía, yo te adoro,
y no te olvido un instante!»

acabar la función dramática, y clame por un renacimiento «del arte serio y altamente importante del baile».

Así y todo, el baile español en nuestro tiempo es característico; nada parecido á él se encuentra en otras partes. Ni consiente ser trasplantado; los bailadores españoles, cuando van por otros países, modifican generalmente sus métodos, mezclándolos con tradiciones francesas y otras cosas que le son por completo ajenas. Un baile español no puede sobrevivir ni aun en la atmósfera de otra provincia dentro de España mismo.

Mas aunque el baile español, y más especialmente el andaluz, se haya distinguido claramente del de otros países, no siempre fué seguramente así. Pues las castañuelas, por ejemplo, se usaban en la danza griega, como lo demuestran vasos y estatuillas en que se representan, así como el testimonio de antiguos autores (1). También en Roma se hacía uso de las castañuelas, si bien ya por este tiempo empezaron á relacionarse con España, y Marcial habla de las «Betica crusmata». En el siglo VI Macrobio (2) dice que antiguamente las damas nobles mismas bailaban acompañándose de las castañuelas, pero que en la actualidad ya no se veían bailarinas ni aun en los banquetes; y lo considera—por esa propensión que existe á deprimir las cosas de nuestros mayores, por decadente que sea nuestra edad—como un signo de progreso.

---

(1) Atheneo (lib. XIV, cap. XI) trata de las castañuelas que Dicearco mencionaba en su ensayo sobre *Usos y costumbres de Grecia,* donde las mujeres se acompañaban de estos instrumentos para bailar y cantar, como lo prueba un himno á Diana en que se habla de cantar en su honor hasta que—«mi pareja con sus diestras manos»—los crótalos repique de metal.

Hermipo también—prosigue Atheneo en su obra *Los Dioses*—alude al repique de las castañuelas:

«Y rozando las conchas con las piedras,
como de castañuelas hace ruido»;

y Didimo dice luego que algunos usan valvas de ostras y de vieiras, para, frotándolas á compás, acompañar á los bailes, y Aristófanes, en *Las Ranas*, habla de algo por el estilo.

(2) Macrobio: *Saturnalia,* III, 13, 9.

El juego de los brazos y de las manos, las inclinaciones á los lados, la postura de la cabeza y del cuerpo hacia atrás, movimientos todos tan privativos de los españoles, pertenecen á la danza griega (1). La activa participación que los espectadores mismos tienen acompañando con las palmas, fenómeno significativo por demás del baile español, parece ser también una reminiscencia del baile griego. Realmente se conserva en país tan admirablemente tenaz como España afinidad de parentesco con la antigua Grecia hasta en los trajes. Uno de los tipos más conocidos de estatuillas griegas que da la idea general de la mujer griega, podría representar igualmente una española, por la manera de llevar el abanico, el tocado de su cabeza tan parecido á la mantilla, el porte digno y majestuoso y otros pormenores que evocan la idea de la España actual.

No se limitan á Grecia las afinidades del baile español: relaciónase también con el Norte de Africa, afinidad que en todo es muy notable. Como se puede ver en monumentos egipcios, los movimientos del baile español se parecen á los del antiguo Egipto, y Marcial asocia los bailables gaditanos con los del Nilo. Los instrumentos de cuerda del Norte de Africa se asemejan á los de los españoles, y los platillos de metal—que usan en el campo en bodas y parrandas—como uno que yo cogí en un puesto del mercado de la ribera de Málaga, se parecen exactamente á los címbalos que usaba hace unos dos mil años Ankh-Hapi, músico de uno de los templos de Tebas, que pusieron en su cuerpo después de muerto, y así se ve en la urna

(1) Véase, por ejemplo, Becker, *Der Tanz*, págs. 49-53, y el estudio minucioso y estimable de Emmanuel, *La danse grecque antique*. En un excelente compendio de las características del baile griego declara Marcelo Hinks («The Dance in Ancient Greece», *Nineteenth Century*, Marzo 1906) que era «*pantomímico*. Ó sea la imitación de las palabras por los gestos, la expresión corporal de los sentimientos; comprende toda variedad de acción rápida ó lenta; sirve para todo asunto grave ó alegre, religioso ó profano, decente ó indecente; no hay en la naturaleza cosa, por alta ó baja que sea, que se libre de su jurisdicción; abarca toda la escala de las pasiones humanas».

de cristal en que yace en el Museo Británico último lugar de descanso de su momia (1).

Habiendo razones para creer que ha habido un baile, difundido por todas las orillas del Mediterráneo en tiempos remotísimos, parecido al que aún persiste en España, resulta evidente que España era hace dos mil años el centro principal de bailes en todo el Mediterráneo. Los romanos, sobre todo, se procuraban en España, y especialmente en Gades—la Cádiz de hoy,—muchachas bailarinas, que eran objeto de alta estimación. La famosa estatua de Venus Calipiga, que representa una mujer que vuelve su cabeza hacia atrás y alrededor, no representa, como parece decir su nombre y la postura, la admiración de sí misma, sino indudablemente una bailarina gaditana, copiada en uno de los movimientos típicos del baile español (2).

Natural es tratar de averiguar por qué los antiguos bailes de los países mediterráneos han mostrado tal persistencia en España, y particularmente en Andalucía. Ya casi se viene á la mente la respuesta: mucho se debe al dón natural y al carácter tenaz y conservador del temperamento español. Pero hay además otra causa, y es la presencia de los gitanos en España. El baile, y sobre todo lo que se llama baile flamenco (3), es tan

(1) Más al Sur todavía, en los países habitados por negros, encontramos las mismas afinidades. El baile de las mujeres Swahili recuerda en muchos puntos el baile flamenco, y en Fang del Congo emplean en sus bailes valvas de moluscos, atadas á sus tobillos á modo de castañuelas.

(2) Las gaditanas han conservado en esto su reputación hasta nuestros días. A fines del siglo XVIII, Peyron pudo ver que eran célebres por sus bailes voluptuosos y llenos de encanto, y á principios del mismo siglo Masti declaraba que las mujeres más virtuosas y nobles de Cádiz bailaban el fandango en medio del general aplauso. Baretti, en 1770, describía el entusiasmo con que todas las clases españolas se entregaban al baile, y dice que el clero fomentaba este entusiasmo en interés de la moralidad.

(3) No es fácil explicar por qué al gitano se le llamara *flamenco*, es decir, soldado español que volvía de las guerras de Flandes. Salillas (*Hampa*, página 54) cree que en el período último y menos glorioso de la guerra de los Países Bajos, el soldado empezó á ser considerado como modelo de di-

ordinario recreo de los gitanos en España, que ha dado esto lugar á la opinión de que los bailes españoles son realmente gitanos. Lo cual es un error, pues los gitanos no trajeron del Indostán ni bailes ni música ninguna. Los llamados bailes gitanos de España son bailes del país que los españoles van relegando á los gitanos, que los adoptan con gran facilidad y destreza. Esto nos induce á tratar de una cuestión por demás interesante: lugar preferente que los gitanos ocupan en España.

Los gitanos son raza exótica en Europa; en lo general desentendidos de la vida nacional de los países en que viven, y por los que andan como extranjeros y vagabundos. Tal ocurre también en Inglaterra y en Francia. Pero hay ciertas gentes en Europa con las que, á causa de su temperamento, que motiva cierta simpatía, los gitanos encuentran facilidad de relación y contacto. De esto pasa en Rusia, y Listz escribía una descripción, que se cita á menudo, de una fiesta rusa en que entraba por mucho la música gitana; en Hungría también es popularísima la música de los gitanos. En España, el gitano se ha apoderado con tanto ardor y diligencia de los bailes españoles, y los ejecuta con tal maestría, no sin cierto tinte caricaturesco, que mucha gente ha venido á creer que estos bailes no son nada españoles, sino gitanos. En todos estos países, el gitano se ha dejado atraer por ciertas manifestaciones conformes con su carácter de la vida de la nación, y moldear y dominar por ellas, llegando á ser así un elemento de importancia en la vida de la nación.

En España, como enseña Salillas, hay afinidad particular entre los gitanos y los andaluces en la tendencia nómada de los últimos, en su parasitismo social y en su gusto por la mú-

---

sipación, fanfarronería y picardía, y el *flamenco*, como se le llamaba, degeneró en miserable bravucón, digno sólo de juntarse con pícaros y gitanos. Por mi parte, añadiré que si tal impresión producía el soldado español á sus propios paisanos, no es maravilla que se le haga desempeñar papel parecido en las literaturas francesa é inglesa.

sica y el jaleo (1). Así es que el gitano coincide con el andaluz de las últimas capas sociales, y según las costumbres viejas van cayendo cada vez más en descrédito y hacia clases inferiores, se van apoderando de ellas los gitanos con gran energía y sin preocupación alguna, pues no son los gitanos gente que se deje llevar de esos ideales de respetabilidad que afectan á la población genuinamente europea, siquiera pertenezcan al lugar más bajo de las categorías sociales. El baile es, sin duda, una de las costumbres antiguas que van cayendo en descrédito; ya no es cosa de buen tono; de él disfrutan principalmente las clases más pobres; los mejores cafés cantantes se esconden en las callejas más apartadas. El baile mejor no es dado conocerlo sino después de llevar mucho tiempo en el país, pues nadie se acuerda de mencionároslo. Así, sin ir más lejos, me sucedió á mí cuando conocí al Chinitas en Málaga, hace algunos años. Allí, escondido en un mal oliente callejón de los que van á dar á la Plaza, en una habitación de un piso alto, había una encantadora reunión, digna de un cuadro holandés del siglo XVII, en un humilde tablado y en presencia de un auditorio solemnemente serio y por completo nacional, en el que no faltaban, por supuesto, madres y tías vigilantes de las que iban á bailar, algunas de las bailarinas más consumadas de España, adornadas con sus vistosos pañuelos de Manila, ejecutaban las complicadas é interminables evoluciones del verdadero baile español. Después he oído que, con no sé qué pretexto, se cerró el baile del Chinitas, por esos pretextos que saben encontrar ahora los españoles que trabajan por asociarse al movimiento general de la civilización, pareciéndoles esto manera adecuada, pues es más fácil echar abajo lo existente que edificar de nuevo. Quizá el Chinitas fuera el último de su clase en España. Hoy, el español gusta más de esos lugares de

(1) El problema que determinan los gitanos españoles ha sido estudiado con gran saber é ilustración por el sociólogo Salillas. (*Hampa*, páginas 90-111, 1875.)

recreo que vienen á ser un término medio: el café cantante francés y el music-hall inglés; hay gran copia de ellos en Madrid y exuberante en Barcelona; pero parece ser que aún no han entrado en Bilbao. En todos ellos, mezclados con cosas de todos los países, se pueden ver bailadores españoles, buenos, malos y medianos, más ó menos típicos; los mejores, naturalmente, se encuentran en Sevilla, y de esta ciudad, en Novedades, que es uno de los sitios de recreo más antiguos de España.

Lo característico del baile español se entenderá mejor describiendo sus rasgos más generales.

Si consideramos el baile como se da en todo el mundo generalmente, podemos dividirlo en tres clases, que se determinan por una de las tres regiones del cuerpo que más entran en su ejecución. Hay baile en que las piernas son la parte que más juega: éste es el que priva en la mayor parte de Europa, así como en otras muchas del mundo, y puede afirmarse que es el único que se conoce en Inglaterra y en Francia; su forma más pronunciada es la que predomina en el baile de salón. Luego viene el baile en que sólo las manos y los brazos ejecutan; este baile ha sido llevado á la perfección por los de Java y también prevalece en el Japón. Por último, hay el baile en que los músculos del cuerpo mismo desempeñan parte principal; encuéntrase esta clase principalmente en África y en el Asia occidental. El baile español no puede decirse que pertenezca á ninguno de estos tres grupos, sino que realmente los incluye todos. Si se observa á un buen bailarín español, se verá que todas las partes del cuerpo, en determinados momentos, ejecutan la suya: la cabeza, las manos, los brazos y los músculos del tronco. Las piernas, en algunos bailes, tienen una parte activísima, pero, por lo general, subordinada. Los pies tienen á su cargo tal vez la tarea menos consciente, y en esto, el baile italiano completa al español, porque allí nos parece en algunos momentos ver unos pies perfectísimos que sostienen un muñeco de palo. En arte como éste, que posee tan amplia capacidad de expresión, incluyendo en su dominio el cuerpo

todo, puede temerse que el puro baile degenere demasiado fácilmente en torpeza. Alguna vez sucede esto, pero no es lo ordinario, aunque, cuando el bailarín es gitano, el baile toma los caracteres de una intensidad feroz. El baile español se salva de este extremo por el temperamento especial de la gente, sobre todo cuando se combina, como en el sevillano, con cierta sensibilidad estética: la dignidad instintiva y el respeto de sí mismo; el profundo amor al decoro y al magnífico ceremonial que el español despliega en sus funciones religiosas, ni más ni menos que en las corridas de toros, se percibe también en el baile. Gran parte de este arte viene á ser representación simbólica é idealizada del drama de amor; pero la solemnidad sostenida y la decencia de él preservan á los bailarines de caer en ese nivel de bajeza á que en ciertos momentos amenaza conducir en otros puntos de Europa.

Otra característica del baile español, y singularmente del llamado flamenco, consiste en su acompañamiento, y más que nada en el hecho de que en determinadas condiciones los espectadores sean también ejecutantes. En el baile flamenco, cuando el auditorio es de gente del país, los que lo forman toman todos parte palmoteando ó dando con el pie rítmicamente, animando de cuando en cuando al bailador con «olés» entusiastas, y aplaudiendo. De esta manera el baile no es espectáculo que divierta á un público lánguido y pasivo como entre nosotros. Es más bien la encarnación visible de una emoción en que cada espectador tiene parte activa y eficaz; es á modo de visión evocada por los espectadores mismos, y flotando en las oleadas de sonidos rítmicos que la engendran. Por esto acaba el baile muchas veces en medio de un absoluto silencio, sin que se oiga ni un aplauso: la relación entre el público y el actor ha dejado de existir. Es tan personal esta danza, que para concebirla en su plenitud se requiere esta íntima armonía con el público.

El mejor baile se estropea y aniquila con la presencia de un público indiferente, y en desentono con el actor, y por esta

razón, probablemente, es por lo que no consiente ser trasplantado, sino que ha de ser precisamente local.

Las variedades del baile español son numerosas, y la serie de nombres que le corresponde larga y complicada. Difícil es expresar muchas de estas variedades. El baile en España es una de las cosas de que poca gente tiene verdadero conocimiento, porque todos dan por seguro que lo conocen; y pregunta que se haga sobre esta materia, obtiene rápida respuesta, que generalmente no tiene gran exactitud. Ni puede decirse que haya libros que suplan la ignorancia en este particular (1). Bien que es quizá innecesario discutir aquí los caracteres técnicos de los diferentes bailes. Algunos con seguridad tienen existencia local que data de las más remota antigüedad; algunos deben mucho de su carácter á influencias arábigas; muchos fueron inventados en los siglos XVI, XVII y XVIII, aunque si bien se mira, no eran sino modificaciones de bailes preexistentes, como la *zarabanda*, del siglo XVI, que tenía carácter gaditano antiguo, se ha transformado últimamente en el *olé;* otros también vinieron en época moderna de las colonias de Occidente, y acusan la influencia de los negros; pero nunca se han aclimatado en España hasta que han recibido el sello de la manera sobria y graciosa sevillana, que ha templado su exuberancia haciéndolos verdaderamente nacionales.

Aunque parece haber mucha incertidumbre, fluctuación y decadencia en varios bailes locales de España, hay con todo variedades que persisten de una manera clara y definida.

---

(1) No he podido haber á las manos las *Reglas útiles* publicadas por Ferriol y Boxeraus en 1745. Hay observaciones interesantes sobre el baile en la *Historia de la Música Española*, de Soriano Fuertes, vol. I, capítulo VI. El *Manual*, de Ford, sobre España (1845, vol. I, págs. 186-193) contiene notas útiles que en las *Compilaciones* más populares están observadas. En *Escenas Andaluzas* (1847), de Estébanez Calderón—escritor de estilo hondamente nacional y de intereses también nacionales,—hay apuntes en que se discute y describe el baile español. En cuanto al sentido del baile español, no hay cosa que iguale al análisis psicológico que de él emprende Salillas en su *Hampa* (1898).

Ocurre principalmente con la *jota aragonesa*, que es la variedad más típica é importante fuera de las andaluzas. Báilase por un hombre y una mujer, y es á modo de una lucha entre ambos: casi todo el tiempo se ponen uno enfrente del otro, tocan los pitos, y adelantan ó retroceden como aparentando embestirse: levantan y bajan los brazos rápidamente, y mueven las piernas como si pretendieran derribar á la pareja, pateando alternadamente á un lado y á otro con gran presteza, de suerte que el cuerpo está soportado, cuándo en un pie, cuándo en el otro. Es baile monótono de rapidez y vivacidad inmensa en su monotonía, pero no tiene la gracia inteligente y el encanto, los felices atrevimientos del baile andaluz. No hay á la verdad en él la menor idea de voluptuosidad, sino que, como dice un poeta moderno, salvador Rueda, tiene «sonido, yelmos y penachos, lanzas y banderas, retumbar de cañones, relincho de corceles, choque de aceros» (1).

Hay un baile andaluz, que se nombra también *jota,* muy diferente de la *aragonesa,* con su rapidez monótona de movimientos de brazos, piernas y vestidos. Es un baile duradero, con numerosas variaciones en su curso, bailado por una mujer sola á compás de un aire de marcha, tranquilo, sencillo, que lo acompaña de manera muy impresionante, porque inspira una especie de subordinación sumisa á la intensidad apasionada del baile. El cuerpo se inclina á veces hacia atrás como si medio girara sobre el eje de las caderas; otras, casi inclina la cabeza hasta el suelo; de pronto se acelera extraordinariamente el compás, y el danzarín echa sus piernas al aire con frenética prontitud. Hay en todo él una gravedad é intensidad, una

(1) Salillas (*Hampa,* pág. 96) cree que la jota aragonesa es la traslación íntima do la actividad personal aragonesa. El andar de los aragoneses, dice, se caracteriza por su verticalidad exagerada, su tendencia absoluta, ó mejor, rígida, á ir derecho, con la cabeza en la misma línea que el tronco, y ausencia relativa de movimientos laterales de hombros, columna vertebral y caderas, que dan gracia á la figura. «Esto se ha transmitido al baile. Bailan como andan, andan como cantan y cantan como piensan.»

á especie de progresión dramática y germen de carácter individual y personal, que lo hacen el más fascinador de los bailes de castañuelas.

No son menos atractivos los bailes flamencos—que al extranjero no parecen otra cosa que contorsiones y espasmos—cuando los baila una bailarina diestra y agradable, así como los llamados gitanos, que son los más primitivos y africanos de todos. En ellos reemplaza á las castañuelas el rítmico palmotear ó golpear de los concurrentes, la música de la guitarra y el cantador, hombre ó mujer, cuyo papel se limita á acompañar con su canto. Empieza la música y el palmoteo; luego de pasados unos instantes, según que el sonido va aumentando en intensidad, una de las bailadoras del corro, como si se apoderara de ella el vértigo, salta al medio y empieza á bailar. En este baile, lento por lo general, hay lugar para infinitas modalidades y expresiones personales, y no hay dos bailadores que lo hagan igual. Los vestidos son cumplidos; no hay tanto patear; cada movimiento del baile, por el contrario, se despliega armoniosamente en el curso de la pieza. A veces, la bailarina da cara á los espectadores, otras se les pone de lado, otras de espaldas; todo ello para desplegar más poderosamente el juego perpetuo de todo el cuerpo, de las piernas, manos, brazos y cabeza, y hasta los varios movimientos de la cara, á todo lo cual ayuda también el aire del mantón de Manila, que es costumbre poner para ejecutar estos bailes.

Así es cómo un baile de éstos comprende en los buenos bailadores todo el movimiento rítmico de las diversas partes del cuerpo; pero estos episodios son de brevísima duración—sólo una vez tiene lugar cada uno, y eso en pocos segundos,—y se acompañan invariablemente de cierta sonrisa modesta que parece como si quisiera decir: «Creo que me perdonaréis si doy á entender que conozco estos secretos del bien bailar»; é inmediatamente pasa á otra fase del baile, de modo que resulta imposible creer que estos episodios sean otra cosa que elementos muy correctos y armoniosos, en un baile que sería incompleto

si en él no se desplegaran todos los movimientos rítmicos y bellos que corresponden á cada una de las partes del cuerpo. Todo el tiempo que dura el baile, la bailarina está rodeada de un mar de ruidos que producen las manos, pies, voces é instrumentos de los asistentes, cuyos gritos repentinos parecen contribuir á estimularla y alentarla, y ella misma palmotea rítmicamente también, pero con suavidad y de cuando en cuando. Todo baile consta de dos partes, separadas por una pausa en que no cesa del todo, pues las dos partes no son distintas, y la conclusión generalmente es tranquila, sin gradación repentina y bien marcada.

Los españoles, por lo que yo he podido observar, son entusiastas por los sonidos graves y vibrantes, especies rítmicas, intermedias entre el simple ruido y el sonido musical. Es, á modo de embriaguez, á que se entregan con más intemperancia que á la del vino. En gente de raza esencialmente grave y callada, los sonidos graves son propios, al parecer, para desarrollar una influencia estimulante y arrebatarlos fuera de sí. En esto son como salvajes. Las castañuelas no son otra cosa que un instrumento ideado para producir un son rítmico y grave; y todos los de esta clase recuerdan al español. Las carracas, también—como las que nuestros padres utilizaban en las guardias nocturnas—son un instrumento favorito de los españoles, si ha de juzgarse por la abundancia con que se venden por las calles de Madrid y de otros puntos. El auditorio español es quizá el único de Europa que puede seguir hablando durante un concierto; la música parece ser en ellos estímulo de actividad, teniendo en esto su principal razón para que les agrade. Esta impresionabilidad de los españoles por los sonidos rítmicos y secos, explica el que tales sonidos sean elemento esencial de la música de sus bailes.

He hablado del baile español principalmente, no como acostumbra á verse, practicado por aficionados, entre la gente del pueblo, sino por bailadores de profesión consumados, en no escaso número, que por rara fortuna pueden verse en algunas

ciudades grandes, sobre todo Sevilla, Málaga, Granada y Madrid. Cuento por buena suerte mía el haber visto bailarinas en Málaga, aunque eran casi todas sevillanas; Cádiz también produce algunas bailarinas, pero no tienen la fama que las bailarinas del Gades de hace dos mil años, ni se ven ahora bailes públicos en esta ciudad.

Si bien los bailadores de profesión, claramente no hacen otra cosa que mantener las antiguas tradiciones, no obstante, es cosa instintiva el baile en las españolas (1). En Madrid he visto una vez en la calle una muchacha que llevaba un hermanito suyo en brazos, sin dejar por eso de ejecutar los difíciles movimientos del baile. La gran feria anual de Sevilla es una verdadera orgía de bailes. Así que llega la tarde en semejantes días, se empieza á oir són de castañuelas y á ver los graciosos movimientos de la seguidilla, baile universal andaluz, que todos de chicos aprenden y no dejan de bailar hasta que se hacen viejos. «Suprímase el encanto de este baile andaluz en la feria—dice un escritor español,—y se le priva á la fiesta sevillana de ese algo esencial y típico que le da vida.» He oído contar de una muchachita que, de tanto bailar en esta fiesta, adquirió el baile de San Vito, y ya no dejó de bailar en su vida. Y no por puro festejo bailan los españoles; al dejar las ciudades y entrar en los campos, siempre he podido observar la consideración en que se tiene al baile entre la gente de toda España.

Nada acaso prueba mejor los instintos fundamentales del español para el baile, y la manera seria y profunda con que en él se expresa el temperamento de este pueblo, que la existencia de bailes religiosos en España. En 1321, el obispo de Lérida se lamentaba de que el baile tuviera lugar en las iglesias y en los cementerios. En el mismo santuario de la Virgen de Montserrat, consta que los peregrinos cantaban y bailaban de cuando

(1) Ana de Camargo—personaje que forma época en la historia del baile europeo, y á la que le atribuye la introducción de una moda de vestir y del *entrechat*—era española.

en cuando durante sus veladas. En tiempo de Santo Tomás de Villanueva, obispo de Valencia, fué costumbre bailar delante de la Sagrada Forma en las iglesias de Sevilla, Toledo, Jerez y Valencia, y este prelado alentaba tales bailes, á despecho de las prohibiciones del Papa que entonces vivía. Los bailes religiosos continuaron siendo cosa corriente, sobre todo en Cataluña y Rosellón (la más española de las provincias francesas), hasta el siglo XVII. Cuando la *Gitanilla* de Cervantes entró en Madrid el día de Santa Ana, fué á la iglesia de Santa María con su pandereta, para bailar ante la imagen de la santa y cantar un himno. Los villancicos de Navidad se cantan aún con aire de seguidillas. Pero reminiscencia real y única que queda del baile religioso (que sin duda debe su persistencia á una bula especial de Eugenio IV, que la autorizó en 1439), es la danza de los *seises,* en la catedral de Sevilla, donde en ciertas solemnidades los coristas, con vestidos idénticos á los que se llevaban hace trescientos años, ejecutan un baile con acompañamiento de castañuelas, en el espacio que media entre el altar mayor y el coro (1).

El baile es algo más que un simple entretenimiento en España. Es parte de ese solemne ritual que informa la vida entera del pueblo. Expresa su verdadero modo de ser. Por esto, cuando dejamos á España y evocamos nuestros recuerdos sobre este país, el baile que hemos visto allí nos parece á veces el recuerdo más persistente de todos y el de más duradero agrado.

HAVELOCK ELLIS

(1) Relación detallada de los *seises* (que en realidad son diez), es la que se da en *Los españoles pintados por sí mismos* (1851, págs. 287-291), libro que contiene muchos detalles curiosos que se refieren á las instituciones españolas. El baile tiene lugar en la octava de la Purísima, en el Corpus y en el Carnaval, y consiste en varios movimientos sencillos, en línea ondulada y á paso de vals.

# EL SUPLICIO DEL SILENCIO

NOVELA POR

## FEDERICO SPIELHAGEN

Traducción del alemán de

**EDUARDO OVEJERO**

---

### CAPÍTULO IX

Como quiera que el anciano doctor solía ir á aquella hora, y era recibido en el gabinete, Eleonora hizo que el conde pasase á la sala á que la consejera, según la antigua costumbre de Berlín, llamaban «sala de estrada», y para la cual estaban reservados los mejores muebles que ahora en verano, bajo sus fundas grises, llevaban una existencia especialmente contemplativa, en unión de la gran araña de cristal envuelta en su gasa. En esta habitación solitaria, el conde, que había aparecido de frac negro, adornado con la insignia de una orden y banda blanca, producía un efecto tan extraño como los débiles rayos de sol que conseguían penetrar á duras penas por entre los estores y cortinas, completamente cerrados. Estaba delante de una columna, sobre la cual había un busto del difunto consejero, tallado por algún artista amigo, y que desgraciadamente podía pasar, envuelto en su funda, por la propia imagen de la misteriosa diosa de Sais.

Por tal la tomó Eleonora al abrir la puerta, y sentir repentinamente una racha de su buen humor, de su buen humor, tan celebrado y ya casi olvidado en aquella casa.

El conde, al sentirla entrar, volvióse rápidamente. Su amable rostro no parecía tan decaído y demudado como ocho

días antes; pero sí estaba excitado y nervioso, y la mano enguantada con que estrechó la de Eleonora, temblaba un tanto, mientras sus ojos claros, que desvió al punto, la dirigieron una mirada de adoración tímida, pero ardiente.

La extraña sospecha que tuvo al leer su tarjeta, y que rechazó por estúpida, volvió á su mente, considerándola más probable cada vez.

—Esto comienza á ser interesante—pensó Eleonora, y después dijo en voz alta, indicando al conde un sillón enfundado enfrente de ella:—¡Cuánto gusto en verle, señor conde! ¿Supongo que vendrá usted á felicitarme y á felicitarse á sí propio de que el domingo pasado, en la calle de Federico, no cayera á los pies de sus caballos y después bajo las ruedas de su coche?

En los azules ojos del conde pintóse un profundo sentimiento de espanto:

—¡Usted bajo los pies de...! Pero, señorita, ¡eso hubiera sido espantoso! ¿Cómo pudo suceder?—exclamó.

—Gracias á un polizonte, estoy viva—contestó Eleonora riendo, y contó el episodio.

—¡Espantoso!—contestó el conde,—¡positivamente espantoso! Sin embargo, mi cochero es, por decirlo así, un cochero modelo.

—No tiene la menor culpa. Usted sabe la imprevisión con que vamos las señoras por la calle.

—Y ¡ni siquiera haberla visto yo á usted!

—Usted debía tener, por las trazas, cosas más importantes en que pensar.

—¿Más importantes? ¡Gran Dios! ¿yo... más importantes?

—En fin, hablemos de otra cosa. Mi tía me encarga que le diga que lamenta en el alma no haber podido recibirle. Su hija, mi prima, está enferma desde hace unos días. Con este motivo la casa está un tanto en desorden.

—Lo cual es para mí un gran sentimiento. Pero, ¿usted también, á lo que veo, iba á salir á la calle?

En efecto, Eleonora estaba en el traje de paseo en que quería presentarse á la dama de posición que anunciaba en la *Gaceta de la Cruz* (1).

—No tengo ninguna prisa—dijo.—Podemos hablar tan tranquilos como en nuestro vagón del ferrocarril. ¿Ha estado usted todo este tiempo en Berlín?

—¡Oh! no. Sólo desde hace ocho días.

—¿Y el resto del tiempo?

—En casa, es decir, en mis posesiones.

—¿Haciendo visitas á los vecinos?

—Ni siquiera una. No estaba de humor. Sólo estuve en casa de mamá los últimos días antes de venir aquí.

—¿Tiene usted la dicha de conservar á su madre?

—No sé lo que sería de mí sin mamá. Pero, ¿qué le digo á usted, que por lo visto carece de esa felicidad?

—Desgraciadamente. Mi padre y mi madre murieron hace ya cerca de cinco años. Además, excepto mi tía y mi prima, no tengo ningún pariente.

—Entonces, le sucede á usted casi lo mismo que á mí. Excepto mi hermana de Inglaterra y mi mamá, sólo tengo un hermanastro de mi padre, un solterón de Hannover, que disfruta de una salud como un roble, pero que tiene la manía de figurarse cada dos ó tres meses que se va á morir, y me llama indefectiblemente si me encuentra á mano. Cuando hace cuatro semanas tuve la dicha de encontrar á usted en el tren, venía de allí. Mi mamá vive en su posesión de viuda, una media legua de mis tierras. Desde la muerte de mi papá, hace diez años, se ha retraído del mundo, al cual nunca fué muy aficionada, especialmente desde que murió su mejor amiga, la madre del amigo de quien creo haber hablado á usted.

—¿No ha visto usted á su amigo en todo este tiempo?

---

(1) Periódico aristocrático de Berlín, que ostenta la cruz de hierro, ganada en la guerra contra Napoleón.—T.

—No. Ya digo á usted que he vivido completamente en la soledad.

—¡Perdone usted! Hablaba usted de su madre. Siga usted, le ruego. Me interesa mucho. ¿Está enferma su madre de usted?

—Tiene un padecimiento á la vista que siempre ha temido que la deje completamente ciega. Afortunadamente, es muy aficionada á la música. Vive y respira, por decirlo así, en la música, aun cuando también tiene una viva afición á la literatura. Sobre todo, por la de su país. Es noruega de familia, en su origen emparentada con la anterior dinastía. Y como siempre, está acompañada de una paisana suya que la sirve de lectora, que entró en casa cuando mi madre se casó y no la deja un momento, una buena y fiel mujer que me sustituye á su lado. Cuando estoy con mamá, como ahora, se lee y habla naturalmente en alemán. No se lee mucho. Mis conocimientos en la literatura alemana no son muy extensos. En la inglesa he avanzado más: entre Dickens y Thackeray, prefiero este último. Mamá cree que Dickens es como poeta más grande, pero ninguno llega á lord Byron ni á Shakespeare.

—Y yo daría la razón á su mamá de usted.

—Oh, tiene un gusto exquisito y es una inteligencia privilegiada. Usted la amaría si la conociese.

—No lo dudo.

—Nada más cierto; ustedes dos se comprenderían pronto. Además, mamá habla perfectamente el inglés. Claro, que no tan bien como usted, señorita. La he hablado mucho de usted. Se alegraría conocerla.

Quiere llevarme de señorita de compañía para su madre—dijo Eleonora para sí.

—Su señora madre es muy bondadosa—dijo en voz alta,—y usted también lo es, señor conde. Demasiado. Temo que su señora madre, cuando me conociera, tuviese que rebajar algo de sus elogios de usted.

—¿Cómo puede usted decir eso?—exclamó el conde con vehemencia.—¿Rebajar algo? Dios mío, ya quisiera yo sólo po-

der dar una idea de sus encantos y poder describirla como usted es en realidad.

—¿Espero que no se habrá usted expresado de este modo con su señora madre?

—Ciertamente que me he expresado de este modo y con toda convicción, si bien no puedo reproducir aquí las mismas palabras. Tampoco creo que es preciso.

La excitación nerviosa que notó Eleonora en el conde, y que había desaparecido en el curso de la conversación, se volvió á manifestar más acentuada. Sus mejillas estaban enrojecidas; sus claros ojos tomaron un tinte profundo; sus labios temblaban bajo los enhiestos bigotes, y su enguantada mano no dejaba de atormentar el claque. No era la primera vez que Eleonora había notado este sospechoso síntoma en su *tête à tête* con un hombre.

—¡Dios quiera que no lo haga!—pensó con espanto.—¿Qué haría yo para que esto no sucediese?

Nada venía en su ayuda. En esto sonó el relojito de alabastro, enfundado, de la consola bajo el espejo, cubierto con una gasa, y entre los candelabros, también envueltos en sus respectivos velos de gasa. Daba la hora cambiada durante los últimos días; nadie se había cuidado de él, pero era indiferente. Eleonora parecía contar las campanadas.

El conde hizo un vivo movimiento.

—Usted quiere salir, y yo la detengo.

—Tengo que hacer un encargo en la ciudad—dijo Eleonora,—pero no tengo prisa.

—De todos modos, ya es hora para mí de marcharme—dijo el conde levantándose.

Eleonora se había levantado también.

—Le aseguro á usted—dijo—que no tengo prisa. Además, tiene usted que contestarme á una pregunta que me he estado haciendo desde que usted ha venido. ¿Cómo ha podido usted encontrarme en una ciudad tan grande?

El conde enrojeció hasta las sienes y sonrió desconcertado.

—Quería guardar secreto—respondió después de una corta pausa, indeciso.—Pero puesto que usted me lo pregunta, consideraría un pecado, un delito, no contestar, pudiendo hacerlo, á una pregunta de usted. Cuando nos despedimos en la estación, quise pedirla á usted el favor, en caso de que permaneciese usted mucho tiempo en Berlín, como yo creía, de que me permitiese venir á ofrecerla mis respetos, porque... porque... ¡Dios mio!.. señorita, ¿cómo decirlo?... Porque nunca en la vida había experimentado tanta dicha como hablando con usted. ¿Y no es verdad que se siente el deseo de volver á gozar una dicha tan grande? Iba á dirigirle á usted esta súplica cuando se presentaron las señoras; yo debía retirarme, so pena de pecar de importuno; además, pensé que mi ruego parecería estúpido é insolente. Pero al menos quería saber dónde vivía usted, para, al venir á Berlín, pasar por delante de su casa, y... no me regañe usted, señorita... con el pretexto de que se había usted dejado un objeto en el vagón, mandé á mi lacayo que siguiera, metido en otro coche, su coche de usted, que en aquel momento echaba á andar, y tomase su calle y su número. Ahora, ¿está usted enfadada conmigo?

Dijo todo esto en un tono tal de bondad y de sinceridad, que la inquietud de que ella estaba poseída pocos minutos antes, desapareció. ¡No! Aquel hombre candoroso no era capaz de abrigar planes siniestros. Podía ganarse un amigo, pues no podía ser para ella otra cosa que amigo.

—¡Nada de eso!—contestó riendo.—Pero, ¿por qué no vino usted al día siguiente, en vez de ir á pasar cuatro semanas en el campo?

—Yo... yo...—tartamudeó el conde;—yo había... era... creo que todavía no le he dirigido el saludo que mi madre le envía por medio de mí.

—¿Un saludo de su señora madre?—exclamó Eleonora.

—Sí, un saludo de corazón, de todo corazón. Y además, me encargó mi mamá que la dijese que...—juro á usted, señorita, que son palabras textuales de mi mamá—que la felici-

dad... mi felicidad, y con la mía la de mi mamá para el resto de sus días, dice ella... única y exclusivamente está en sus manos de usted. ¡Oh, Dios mío! Apiádese usted. Ya sé yo que no soy digno de ella.

Durante este relato había cambiado de color incesantemente, y hablaba cada vez más bajo, cada vez menos inteligiblemente. Las últimas palabras casi no se habían entendido. Cuando acabó púsose otra vez rojo, y los ojos azules, estupefactos, parecían querer saltársele de sus órbitas.

Había sucedido lo que Eleonora temiera. Pero sólo sentía una profundísima compasión hacia aquel buen hombre, y sólo pensaba lo que tenía que decirle sin darle un rudo golpe.

—Es usted digno de toda felicidad—contestó dulcemente;—pero sólo un amor como el que usted se merece, de todo corazón, podría hacerle á usted feliz. Yo daría mucho, mucho, por poder ofrecerle á usted esa felicidad; pero no puedo.

—Ya lo sabía—dijo el conde sordamente.—Adiós, señorita, y perdóneme usted.

Otra vez se puso mortalmente pálido; sus labios temblaban, sus ojos estaban como muertos.

—¡No! ¡no!—exclamó Eleonora cogiendo su temblorosa mano;—así no puede usted irse. Sin que yo le diga cuán profundamente agradezco á usted su noble amor; á su madre de usted, su inmerecida bondad. Dígala usted... ella me comprenderá y me perdonará; dígala usted que sería para mí un orgullo poderme llamar hija suya; pero no puede ser, porque mi corazón no es libre. ¿Quiere usted decírselo?

—Sí, sí, murmuró el conde. ¡Oh Dios mío, Dios mío!

Eleonora vió que apenas podía reprimir el llanto. Ella también sentía acudir las lágrimas á sus ojos.

—¡Mi pobre amigo, mi pobre amigo!—dijo tomando su mano convulsa entre las suyas.—Suena á ironía el ofrecer amistad al que pide amor. Y sin embargo, yo, pobre muchacha, no tengo más; y yo se lo ofrezco con toda mi alma. Acepte usted lo que puedo darle. Déjeme usted ser su amiga. ¿Quiere usted?

No pudo responder; pero cubrió de besos sus manos, que ella le abandonó gustosa.

Después salió del cuarto. Inmediatamente se oyó el ruido de su coche, que debía estar esperando, alejarse.

Eleonora estaba aún en el mismo sitio, inmóvil, mirando fijamente ante sí, con sombrío fruncimiento de cejas.

Otra vez la antigua maldición; no había nacido para ser feliz, y estaba condenada á hacer desgraciados á los demás. ¿Desgraciados? ¡Bah! ¡Desgraciados los hombres! Eso se llama debilidad. ¿Por qué mendigan nuestro amor? Borikin tenía razón. A un mendigo se le puede rechazar; á los fuertes, á aquellos que como los romanos roban á las sabinas, á esos no se les puede rechazar.

Hundió las manos en sus cabellos.

Entonces dijo en voz alta:—La señora condesa ya no existe. Ahora á representar otra vez el papel de institutriz.

## CAPITULO X

Hora y media después, volvía Eleonora de señorita de compañía de la generala de Arnfeld. Había leído el nombre en el escudo de la puerta, y oyó por casualidad el título en el curso de la conversación, sostenida primero con la generala y después con ella y su hija la más joven cuando ésta entró. La mayor no se dejó ver. Eleonora sacó la impresión de que en la familia desempeñaba un papel secundario. La impresión que sobre ella hizo la generala fué en un todo favorable. Frisaba en los cincuenta; mas por su elegante modo de vestir y por la gran vivacidad de su rostro y gestos, parecía diez años más joven. Algo pálida, los ojos hundidos y medio velados por los párpados; nariz romana, no muy bonita; boca fea, de labios delgados, pegados á los grandes dientes; en suma, su aspecto hubiera resultado más distinguido si no hubiese mostrado la pretensión de parecerlo á toda costa.

Otra era la impresión que Eleonora, en el poco tiempo que había tenido para examinarla, sacó de la hija Kitti: una cara bonita, pero insignificante, cuya boca pequeña, de labios rojos y abultados, el reverso de los de su madre, y su estatura apenas mediana, hermanaban con sus exuberantes formas, casi impropias de su edad. El notorio y poco hábil prurito de la joven de copiar los gestos y ademanes de su mamá, había hecho reir interiormente á Eleonora más de una vez. A pesar de esta gran diferencia de aspecto, y también quizá de inteligencia, parecian madre é hija adorarse mutuamente: mi buena, mi rica mamá, mi dulce hija, mi hija de mi alma, eran expresiones que cambiaban á cada momento. Tila y el corazón anticuado hacen lo mismo, pensó Eleonora, pero de otro modo.

Por lo demás, las dos damas habían mostrado hacia ella tal amabilidad, que á sus ojos rayaba en exceso, dado que era la primera vez que se veían. En especial, la generala, materialmente la abrumaba de expresiones lisonjeras, llegando á hablar de ella con verdadero entusiasmo, mientras la hija no quería quedarse atrás; así que Eleonora no hacía sino defenderse é insinuar que no debían fundarse tantas esperanzas, para evitarla la vergüenza de una decepción, así como ellas mismas un desengaño desagradable. No hicieron caso de sus advertencias; todo lo tuvo que sufrir, por penoso que fuese.

En su conversación con la generala había dado Eleonora los datos convenientes respecto á sus relaciones de familia. La generala pareció contentarse con poco en este punto; en cambio, no acababa de hablar Eleonora de su estancia en Inglaterra. Pareció complacerle mucho á la dama que de casa de un lord pasase directamente Eleonora á su casa. De sus propias relaciones sólo habló la generala de pasada; apenas pudo enterarse Eleonora de que era viuda desde hacía cinco años; de que vivía en verano en sus posesiones y en invierno en Berlín, siempre buscando lo que por fin, con gran regocijo de su corazón, había encontrado en Eleonora. Ahora, conseguido ya el objeto que la había llevado allí, ardía en deseos de abandonar

la ciudad, que amaba con delirio en invierno, pero que odiaba ardientemente en verano. Si Eleonora estaba dispuesta, podía venir aquel mismo día, para partir al día siguiente en el primer tren á buscar la libertad del campo. Eleonora no puso inconveniente. Tenía ella más prisa por marcharse que las impacientes damas, y ya estaba hecha á los viajes concertados en veinticuatro horas en Inglaterra. La pequeña villa en cuyas inmediaciones estaban situadas las fincas de la generala, no le era completamente desconocida. Tenía la vaga idea de un pueblecito de las inmediaciones de Berlín, pero no podía dar razón exacta de su posición geográfica. Tampoco hacía al caso.

Eleonora resolvió y puso en práctica su propósito de buscar una colocación, sin decir la menor palabra á Tila ni á su tía. Hubiera tenido que soportar largas arengas. ¿Y por qué habían de condolerse demasiado de su partida, ya que directa é indirectamente habían caído por su causa tantas desgracias sobre la «familia»? Así, pues, sintióse verdaderamente avergonzada al ver la dolorosa conmoción en que puso á la anciana señora la noticia de una partida que no podía diferir. ¿La habrían dicho algo en aquella semana ella ó Tila que no respondiese á los sentimientos de una madre ó una hermana? Los últimos días la habían hecho conocer que no se puede hacer pactos muy duraderos con pensionistas que peinan barbas; pero nunca hubiera creído su anticuado corazón que los lazos de familia se desataban con tanta facilidad. Y si Eleonora pensaba en este punto de distinto modo que ella, ¿por qué no se lo dijo cuando de sus ahorros la ofreció pagar la deuda del señor Witte? Para una madre, aunque siempre le sea penoso, no es una injuria aceptar un socorro de su hija; pero de una extraña...

Al llegar á este punto la buena señora no pudo seguir hablando, pues Eleonora la echó los brazos al cuello, asegurándola que era la mejor tía del mundo, y todo lo que había hablado era una tontería, dicho fuera con su permiso. Ella, por su parte, no creía correcto comer el pan de su tía pudiéndoselo

ganar, y así era lo justo. Dió palabra de volver con ellas en caso de que la nueva colocación fracasase.

Bajo esta condición, que Eleonora debía cumplir solemnemente, se hicieron las paces, las cuales bendijo la misma Tila desde su cama. Sólo cuando anunció que tenía que partir aquella misma tarde, estalló de nuevo la tempestad. Pero Eleonora se mantuvo firme; había dado su palabra, y debía cumplirla; no podía hablarse de la imposibilidad de hacer su equipaje en tan corto tiempo, pues sólo pensaba llevar lo preciso. Lo demás se lo enviarían.

—¿Y dónde vas, hija mía?—preguntó la consejera.

Eleonora tuvo que confesar, riendo, que no lo sabía, pero que no dejaría de ventilar este punto aquella misma noche.

—¡Niña, niña!—exclamó la consejera:—en mi vida hubiera creído capaz á una persona de mi familia de tal imprevisión. Ya no me maravillaría de que hubieras olvidado el nombre de la dama con quien vas.

Faltó poco para que la ironía de la buena señora diera en el blanco; Eleonora tuvo que recordar un momento antes de poder decir el nombre de la generala de Arnfeld.

La consejera arqueó las cejas y contrajo la boca.

—¿La conoces?—dijo Eleonora con sorpresa.

—No puedo decir que conozco á la señora generala—contestó la consejera,—á pesar de haber comido con ella el invierno pasado, en la Junta para el Bazar de Caridad que se celebró en el Ayuntamiento, y que presidió la princesa. Ya lo leerías en los periódicos.

—Efectivamente—dijo Eleonora, que no tenía la menor noticia de semejante Bazar.—Y bien. ¿Qué impresión te hizo? Ya comprenderás lo que me interesa.

—No sé si debo hablar, ya que te has comprometido con ella—dijo la consejera.

—¡Ya lo creo!—exclamó Eleonora,—tanto más, cuanto que estoy preparada á todo.

—Sí, sí—dijo la consejera;—así sois las jóvenes de hoy día.

En mi juventud no se tenía tanta confianza en sí mismo. Ahora, parece que viste eso mucho, si bien para los corazones anticuados no cuadra. No te la quiero quitar.

—¡Entonces se trata de algo malo!—dijo Eleonora, levantándose de ante un cofre en que estaba guardando cosas apresuradamente.

—¡Dios me libre de la maledicencia!—exclamó la consejera.—Además, no son más que impresiones mías, que para otra persona quizá carezcan de valor. Hay que advertir que, según mis experiencias, las señoras no se muestran por su lado más favorable en las asociaciones de caridad. Con excepción de unas cuantas almas pasadas de moda, que van allí á trabajar, y que realmente trabajan, las demás todas quieren mandar y darse importancia, como si no se pudiese uno pasar sin su ayuda ó su consejo. Esto es lo que hacía la generala. Y naturalmente, cuando llegó la princesa hizo ella los honores. Pues bien, querida mía, yo soy fiel á la casa real, y sé lo que debe hacer la viuda de un empleado prusiano; pero hay cosas que pasan de la raya. Yo puedo decirte que nuestro buen príncipe dió á entender evidentemente á la generala que no le gustaban palabras de miel, ni miradas tiernas, ni reverencias hasta el suelo. Todo el mundo se burlaba de ella y de su empeño (por no emplear otra palabra más dura) con que trataba de poner en evidencia á su hija, precisamente la misma que has visto tú. La pequeña no es mala, pero si Tila tratase de exhibirse en un local público delante de cientos de personas, yo no podría contenerme. Pero estas cosas, á lo que parece, les gustan á los hombres de hoy; al menos en el buffet, tuvo un éxito completo. Diez, veinte marcos por una copita de licor ó de Champaña, esto no era nada. Un cierto conde, Wendelin, llegó á dar por un cigarro que ella, vergüenza me da decirlo, había despuntado con los dientes, quinientos marcos.

—Sentiría—dijo Eleonora—que fuese el mismo que me ha visitado.

—Sí, por cierto—exclamó la consejera;—con la emoción

se me olvidaba todo. No hemos hablado de esto. ¿Qué te quería el conde? Porque el hacérseme anunciar era puramente *pro forma*.

—Venía, en mi concepto, á informarse—contestó Eleonora.—No tengo motivos para creer que su intención fuese otra. Dí, tía, ¿qué crees tú, debo llevar este vestido á que le arreglen?

—¡Sin duda!—dijo la consejera, sometiendo la prenda á un atento examen.—Casi está nuevo; pero con esas señoras encopetadas hay que saber darse tono.

La noche había caído cuando los dos baules que Eleonora debía llevar provisionalmente estuvieron dispuestos, y Augusta salió á buscar un coche al puesto inmediato. Eleonora pidió al cielo que volviese pronto. Acostumbrada desde hacía años á ser dueña de su voluntad, fué una prueba difícil para ella soportar las advertencias y consejos de su tía. Sin embargo, debió confesarse que las palabras de la buena señora no dejaron de hacerla mella. A pesar de todas sus debilidades, era la tía á su manera una mujer de experiencia, y que si bien lo pregonaba demasiado, tenía un corazón sin mancha. Prueba de ello eran las observaciones hechas en el Bazar de la Caridad, en armonía, como Eleonora misma se decía en su interior, con las que ella había hecho en el salón de la generala. En su opresor estado de ánimo se representaba el paso que había dado como una peligrosa precipitación, en la cual no tenía poca culpa, pensaba, la conmoción que la conducta del conde la había producido. Había rechazado una suerte que no hubieran dejado escapar otras mil mujeres, y sólo se decía, para consolarse, que su voluntad era suya y que no estaba como las demás á merced del acaso, aun cuando éste se presentase bajo la amable figura de un joven rubio y cándido. ¡O quizá no era el conde tan cándido como ella pensaba! ¿Y la historia del cigarro de los quinientos francos, cortado por los dientes de una muchacha de diez y siete años? Era como el vestido nuevo que, para quitarle una mancha, debe ir al tinte, y cuando vuelve ya no es nuevo.

Augusta anunció que el coche estaba allí. Mientras bajaban el equipaje, Eleonora dió las gracias una vez más á su tía por todas las bondades, y el cariño con que la habían tratado; despidióse de la gemebunda Tila, y después encontróse en la calle ante el coche. Al subir en él tuvo que cambiar aún un saludo con D. Fernando, que volvía á su casa, y que al ver aquellos preparativos de viaje, abrió una boca de á cuarta. Sólo falta que éste también se despida—pensó Eleonora, ocultándose en un rincón del coche, para sustraerse á las miradas del hombre del gorro de terciopelo, que fumando su pipa de la tarde estaba en la ventana, y la miraba fijamente con ojos estúpidos é insolentes.

El cansino jaco echó á andar; el coche sonó sobre el empedrado en el pesado crepúsculo de la tarde. Eleonora sentía mortal tristeza. ¡Gran Dios, qué cruelmente odioso era todo aquello! ¡Odioso como el carro fúnebre que pasó á su lado tambalaleándose, colgado de negro y sin ningún cortejo! Valor, Eleonora. No te pongas sentimental. No sienta bien; y las señoras de Arnfeld no parecen hechas para soportar una señorita lacrimosa.

## CAPÍTULO XI

Eran las nueve en punto cuando el coche se paró ante la casa de la calle «Bajo los Tilos», hora indicada por la generala para el té, que esperaban tomar aquel día «en la amable y espiritual compañía de Eleonora». Por esto la extrañó que el criado á quien el portero entregaba el equipaje la dijese que la señora generala y la señorita Kitti habían salido por la tarde. Debía esperar en el salón; la señorita Clementina saldría en seguida.

Diciendo esto, abrió la puerta del salón, el mismo en que la habían recibido aquella tarde, y que ahora, á la luz de la lámpara, colocada sobre una mesa en el centro, parecía mucho

menos alegre á la luz del día. Lo mismo que el recibimiento, pensó Eleonora.

Mientras reconocía la habitación, cosa que no había hecho hasta entonces, pudo advertir que estaba amueblado con muebles de caoba del año cuarenta, y dos grandes retratos sobre el sofá; por único adorno se acordó involuntariamente en el magnífico Drawin-Room de Elenmore-Castle. Allí, en el centro de una de las grandes paredes, se alzaba casi hasta llegar al techo la chimenea de mármoles blancos y negros, en donde lucían tres hermosos candelabros antiguos. Hasta el segundo tercio de la pared se habían colocado unos ricos paneles de laca sobre madera de encina. Sobre ellos, trofeos de caza y de guerra, mezclados con los retratos de los abuelos de los Elenmore, muchos de mano de los primeros maestros y de incalculable valor. El piso estaba cubierto de rica alfombra, y en las mesas se veían libros, atlas y álbums, con detalles de museo. Divanes forrados de grueso damasco y *causeures* y sillones de todas formas en cómodo agrupamiento. Dos puertas con marcos de mármol en los extremos, y una muy grande que conducía al comedor, de cuyas paredes, enfrente de la chimenea, pendían Gobelinos de la época de Luis XIV que representaban una fortuna.

—Es singular—díjose Eleonora;—yo hubiera tomado todo aquel lujo como la cosa más natural; y de ninguna manera lo eché de menos en mi cuartito de Norderney. ¡Ah! ¡aquellas cuatro paredes blancas y el cuadro, siempre torcido, con su negro marco carcomido sobre la puerta, en que navegaba un buque á toda vela por las verdes ondas!

¡Con cuánta precisión veía su querido aposento! De pronto desapareció. Vióse luego en el picacho de las dunas; á sus pies la ancha playa hasta el mar que se extendía inmóvil, como una superficie de plomo en el horizonte, á media altura de Norte á Sur, la negra masa de nubes; sobre ella el sol velado sin resplandor, como el espectro de sí mismo. Y un hombre, que no había advertido, á sus pies, y ella miraba su rostro mo-

reno, cuyos ojos azules la miraban, y una voz profundamente amable exclamaba:—No puedo verla á usted sentada aquí tan tranquila, estando, como estamos, amenazados de un gran temporal, que estallará, por las trazas, dentro de breves instantes.

La amada evocación había desaparecido al oirse un ruido en la puerta que conducía al pasillo. Apareció una figura femenina, que avanzaba con suave paso como vacilante hacia ella, de la penumbra de la habitación á la luz mate de la lámpara; era una joven de estatura mediana, de palidez enfermiza, pelo oscuro y ojos también oscuros y tímidos.

—¿Tengo el honor de saludar á la señorita Ritter?

Su voz era dulce como su andar y tímida como sus ojos.

—Me llamo Clementina—continuó en el mismo tono dulce, cuando Eleonora contestó á su pregunta con una inclinación;—soy la hermana mayor de Kitti; una invitación que no esperábamos para ir á tomar té con una señora, y que no podía excusarse; pero tenga usted la bondad entretanto de tomar asiento y dejar esas cosas, ó si no la acompañaré á su cuarto.

—Como usted quiera, señorita—dijo Eleonora.

—Entonces, tenga usted la bondad de seguirme.

Se dirigió á una puerta, oculta por un tapiz, en que Eleonora ni se había fijado. Desde los primeros pasos notó Eleonora que si no cojeaba, por lo menos arrastraba un poco la pierna derecha, y que el hombro izquierdo era un poco más bajo que el otro. Lo cual estaba en armonía con las enfermizas facciones de su pálido rostro y la transparente blancura de su delgada mano, que al decir las últimas palabras alargó á Eleonora vivamente, como si hubiera querido reparar una falta.

La puerta del tapiz conducía á un espacioso comedor, sobre cuya mesa, con los utensilios para el té y dos cubiertos, ardía una lámpara de gas; del comedor salieron á un pasillo largo y estrecho, con muchas puertas. Clementina abrió la tercera ó cuarta, invitando á Eleonora á que pasase.

Un cuarto pequeño con dos ventanas, alumbrado por una lámpara ya encendida, amueblado con sencillez, pero confor-

tablemente, el cual daba á otro más pequeño, con una ventana. En cada uno de ellos había una cama; el de la habitación pequeña descubierto, y el de la grande cubierto con cortinas. Allí vió Eleonora, al lado del lavabo, sus baúles.

—Usted ocupará el que prefiera—dijo Clementina ayudando á Eleonora á quitarse el sombrero y el abrigo.—Las habitaciones de los huéspedes no están aviadas ahora en verano; yo le dije á una que trasladaría aquí mi alcoba. Yo, si á usted no le molesta, dormiré aquí en este cuarto inmediato.

—¿Y por qué no al revés, señorita?—dijo Eleonora riendo;—¡yo allí y usted en este su cuarto, como debe ser!

—A una huéspeda querida se le ofrece lo mejor que se tiene.

Dijo estas palabras en tono tan entrañable, y su rostro, pálido y feo, se cubrió de un encantador tinte rojo... Eleonora cogió las manos de la tímida joven, y dijo:

—¡Es usted un ángel!

—¡Oh! ¿Cómo puede usted decir eso?

—Porque es la verdad. A mis ojos todas las personas buenas son ángeles. Es sobrehumanamente difícil ser bueno.

Clementina no contestó; pero sus grandes ojos oscuros lanzaron un intenso y amable rayo de agradecimiento. Eleonora se sintió hondamente conmovida.—La pobre joven—dijo para sí—no está acostumbrada á recibir pruebas de cariño.

Hubo que abrir un cofre y sacar de él las cajas de aseo de Eleonora. Después aparecieron las criadas en la puerta.

—¿Puedo pedirle á usted un favor?—preguntó Clementina, ya con la mano en el picaporte.

—La señorita dirá.

—Le ruego que no me diga usted «la señorita».

—¿Pues cómo?

—Si hay gente delante, señorita Clementina; si no, Clementina.

—Sí; usted me llama también Eleonora. ¿Quiere usted?

—Sí.

—Pues trato hecho.

—Se lo agradezco á usted. ¡Oh, cuánto se lo agradezco!

Clementina abrazó á su nueva amiga y la dió un beso, que ésta devolvió cordialmente.

Después abandonaron la habitación y pasaron al comedor, en donde entretanto un criado había encendido la lamparilla del té.

Clementina sirvió el té, después de decir al criado amigablemente:

—Ya no te necesitamos, Juan.

El criado salió.

No había desaparecido su timidez; pero ya sólo parecía un velo que el hábito había echado sobre su alma, y á través del cual resplandecía su amor, su sed de amor. También le pareció á Eleonora imposible que tras de su expresiva frente no se ocultase una perspicaz inteligencia, y que su boca, plegada por dolorosa y fina sonrisa, no supiera decir muchas cosas cuando encontrase valor para hablar.

Pero, decididamente, no era aquella la ocasión. Las pocas preguntas que Eleonora la dirigió para orientarse en su nueva situación obtuvieron breves y vagas respuestas. La confianza engendra la confianza, se dijo, y empezó á contarle retazos de su vida conforme acudían á su mente: su juventud, sus viajes al extranjero, su estancia en Inglaterra. En parte, su relato era el mismo que les había hecho aquella tarde á la generala y á la señorita Kitti; pero ahora en otra forma, en otro tono. Ahora no necesitaba escoger los asuntos ni medir las palabras. Al pasar de uno á otro episodio y engolfarse en los lances de su narración, debió pensar en la helada bocina del barón de Münchhausen, que, puesta á deshelar en una estufa, lanzaba al aire, una tras otra, sus alegres melodías. Las suyas no eran siempre alegres. De vez en cuando resonaban notas graves ó melancólicas; pero estaba segura que todo era bien recibido por su oyente, y lo agradecía todo. Al compás de los incidentes del relato cubríanse de carmín sus mejillas, velábanse sus

grandes ojos oscuros ó brillaban con extraños fulgores; su pecho hundido palpitaba con más ó menos rapidez. Eleonora tuvo que dominarse varias veces para no saltar y besar los temblorosos labios de la joven. Especialmente le parecieron interesantes sus narraciones de Inglaterra, juntamente como aquella misma tarde á la generala y á Kitti. Hizo la consiguiente observación, y preguntó:

—¿De qué procede en usted esta preferencia?

—¡Me parece tan hermosa la literatura inglesa!—contestó Clementina, turbada y como despertando de un dulce sueño.—¡Sería tan hermoso que usted y yo hablásemos inglés!

—¿Cómo lo sabe usted?—insistió Eleonora riendo.—Que yo recuerde, no he hablado una palabra de inglés con su mamá y su hermana.

—No lo saben—dijo Clementina en voz baja.

—¡Cómo!—exclamó Eleonora con asombro.—¿Pero lo leerán?

—Tampoco.

—¡Qué raro!—pensó Eleonora.—Las señoras no hablan ni leen inglés, y obran como si en pensamiento al menos vivieran en Inglaterra.

Miró á Clementina con expresión interrogadora, que ésta no pudo satisfacer; pues con los ojos bajos, y con más carmín que nunca en las mejillas, estaba visiblemente desconcertada.

—Estonces usted—preguntó para cortar la enojosa pausa—usted lo hablará.

—¿Yo?—contestó Clementina con una mirada viva y espantada;—¿yo hablarlo? ¡Ah, no! No lo sé hablar absolutamente; leo algo; lo leo desde los diez años.

—¿Cómo es eso? ¡Por favor, dígame usted!

—A los diez años era yo un diablillo. ¡No, no se ría usted! Lo era realmente; y un día quise coger cerezas para Kitti de la rama más alta de un árbol, y sufrí una grave caída. Estuve un año en la cama, y me levanté así como... como estoy ahora. Fué mala temporada para mí, ya puede usted figurárselo,

y me pareció tan larga... Había un pastor en la aldea vecina, alto, muy buen hombre (ya hace tiempo que murió), que venía á verme á menudo, y se sentaba horas enteras á mi cabecera; me contaba muchas cosas como las que usted me ha contado, y me instruía para que no fuese una completa ignorante. Estuvo en su juventud de preceptor en Inglaterra, y le gustaba mucho la literatura inglesa. Un día trajo *El Vicario de Wakefield,* y me tradujo algunos trozos, á propósito para mí, improvisando. No le era fácil; tardaba en encontrar las palabras, y yo sufría al ver al anciano atormentándose por mi causa. Entonces le pregunté si quería enseñarme inglés, para que yo pudiese leer por mí misma alguna vez cosas tan bellas. Así lo hizo. Puede usted figurarse lo que yo trabajaría para incomodarle lo menos posible. En cuatro semanas pude leer *El Vicario.*

—Es asombroso—dijo Eleonora.

—¿De veras? — exclamó Clementina con júbilo. — ¡Ah, usted es tan buena! Y luego, sólo se trataba de leer. Mi buen pastor había olvidado hacía mucho tiempo hablar el inglés, si acaso llegó á hablarle bien, que lo dudo. Como he dicho, murió algunos años después. En el mucho tiempo que tenía, pues estaba enferma muy á menudo semanas, meses enteros, casi siempre en la cama, leía todo lo que caía en mis manos, libros de todas clases, novelas, poesías, historia, hasta teología. Pero las novelas y los versos eran naturalmente lo que más me gustaba, sobre todo versos. Creo que no hay idioma en el mundo en que se puedan hacer más bellas poesías que el inglés.

—¿Y cuál es su poeta favorito?

—Antes era lord Byron y otros; ahora es Roberto Browning.

—No es fácil de traducir. ¿Usted conocerá probablemente sus pequeñas poesías coleccionadas en un tomo?

—¿Ha escrito más?

—¡Oh! Una larga serie de tomos; muchos de cosas maravillosas, pero también algunas estrambóticas.

—¡Con qué gusto los leería!

—Buen remedio. Yo tengo todo el Browning en una magnífica edición inglesa, y de otros muchos, antiguos y modernos, un gran cajón lleno. No se me olvidará mañana, antes de marcharnos, pedírsele á mi tía.

—¿Por qué se ríe usted?

—Porque no sé aún dónde vamos. Su mamá me ha dicho el nombre del pueblo cerca del cual están sus posesiones, pero lo he olvidado por completo.

Clementina nombró el pueblo, que era sólo un pequeño caserío. El nombre de nuestra finca es Seehausen; y está, como su nombre indica, al borde de un lago.

—¿Y dónde, en el mapa de Alemania, pues Alemania será seguramente, hay que buscar pueblo, finca y lago?

Antes que Clementina pudiera responder, sonó la campana de la puerta.

—¡Mamá y Kitti!—exclamó Clementina.

El sentimiento de alegría que había iluminado su semblante, hermoseándola, desapareció repentinamente; parecía haber envejecido diez años.

—¡Pobre muchacha!—pensó Eleonora en el punto en que la generala y Kitti aparecían en la estancia.

## CAPÍTULO XII

—¿Está usted aquí? ¡Gracias á Dios!—dijo la generala á Eleonora, corriendo hacia ella con los brazos abiertos y besándola en la frente.—Casi en toda la tarde no hemos hablado de otra cosa más que de usted. ¿Verdad, Kitti?

—¡Cierto, mamá!—dijo Kitti; toda la tarde.

—¡Cómo es posible, señora!—preguntó Eleonora.

—¡Ah! Eso ya lo sabe usted—exclamó la generala riendo. —Ahora podrá usted convencerse. Pero voy á descansar. Tú,

pobre hija mía, tendrás necesidad. Clementina avisará á nuestro excelentísimo señor de Schmalhans, maestro de cocina.

—Ya iba á hacerlo, mamá—dijo Clementina, abandonando la habitación.

La generala pronunció el nombre de su hija con la dureza con que un señor soberbio llamaría á su criado. No escapó este detalle á Eleonora. Madre é hija no habían cambiado con Clementina, al entrar, ni una palabra, ni una mirada, ni un saludo. Comprendió que había hecho amistad con la cenicienta de la familia. No por esto desmereció la pobre joven á sus ojos; en cambio, la amabilidad de las dos señoras, á que ya había dado poco valor aquella tarde, acabó de perderlo á sus ojos.

Clementina y el criado preparan á toda prisa una cena, compuesta de carne, té y vino. Después, desapareció en seguida: la generala y su hermana no parecieron notarlo, ó estar harto acostumbradas á ello para llamarles la atención. No hicieron dengues á la cena, especialmente la generala; y Eleonora pudo advertir bajo sus delgados labios dos filas de poderosos dientes. Parecían haber olvidado el tema con que empezaron la conversación. Sería probablemente una frase de las que aquí se usan, pensó Eleonora, y se estremeció un tanto cuando la generala, después de una corta charla sobre cosas indiferentes, dejó el cuchillo y el tenedor, y dijo de pronto, riendo:

—Hemos encontrado en casa de su excelencia á un conocido de usted, señorita. ¿A que no adivina usted quién?

—Me sería difícil, señora, á pesar de que no tengo aquí muchos conocidos—contestó Eleonora con aparente indiferencia, mientras su corazón latía inquieto.—¿Sería Ulrico?

—Una persona que se encontró usted en viaje. ¡Y ahora!

—Me pone usted en un apuro, señora. He conocido á tantas personas en mis viajes... Creo que debe usted decidirse á decirme su nombre.

—Pues bien: el conde Wendelin. ¿Recuerda usted ahora?

—¿Cómo no?

—Ya ves—dijo, volviéndose á su hija,—el conde es siempre la modestia, la modestia misma. Sabrá usted, querida mía, que asegura conocerla. Yo no tenía, cuando pronuncié su nombre delante de él, la menor sospecha de que se hubieran encontrado y viajado juntos, no sé cuánto tiempo hace, en el camino de Hannover, en el mismo vagón donde tuvo ocasión de presentarse á usted.

Eleonora respiró; el conde, por lo visto, no había hablado más que de su encuentro en el viaje; era natural.

—Me acuerdo perfectamente del señor conde—dijo.

—¡Ves!—dijo la generala, volviéndose de nuevo á su hija. —Así es, siempre la modestia, una modestia exagerada. Usted debe saber, señorita, que quería apostar cualquier cosa á que si citaba su nombre no tendría usted ni una idea de haber venido con él desde Hannover en el mismo departamento. Y que tuvo ocasión de conocer á usted.

—¿Vive el señor conde aquí?—preguntó Eleonora con toda la naturalidad que pudo.

—Sí y no—contestó la generala.—Es decir, viene aquí á menudo, y pasa algunas temporadas. Cuando no está de viaje, porque viaja mucho; vive en el campo, donde puede decirse que es vecino nuestro.

—¡Ah!—dijo Eleonora.

—Un poco distante está—prosiguió la generala; pero si viviera cerca, no nos visitaríamos más. Por lo menos hasta ahora, mas yo espero que en adelante...

Aquí Kitti tosió ligeramente; también la generala carraspeó un poco, y dijo:

—Temo que nos hayamos enfriado un poco hoy en ese coche abierto.

—Muy hábil, y sin embargo, no lo bastante hábil—pensó Eleonora;—y añadió en voz alta:

—¿El señor conde no es muy sociable? Me ha producido la impresión de que, más bien que buscar á la gente, espera á que le busquen.

—¡Oh! Es usted una fina observadora—exclamó la generala.—Más bien que buscar á la gente, deja que le busquen. ¡Qué bien dicho y qué exacto es! En efecto: nuestro querido conde es realmente un solitario. ¡Dios mío! Claro, educado por tal madre... Una excelentísima señora, que tanto Kitti como yo respetamos profundamente; pero una campesina, y medio ciega. No es extraño que sea un poco misantrópica, y esto perjudica un poco á Guido (el conde se llama así). ¿Creerá usted que lleva aquí ocho días, tanto tiempo como nosotras, sus mejores amigas, y no ha venido á vernos?

—Quizá no supiera que estaban ustedes aquí, señora.

—¡Oh! Yo le había...

—Aquí tosió Kitti de nuevo; la generala la miró rápidamente.

—Tengo que ponerte esta noche un parche Priesnitsch, hija mía. ¿Qué estaba diciendo...? ¿Qué crees tú? ¿Que el conde lo sabía?

—Nada de eso—contestó Kitti;—me ha jurado dos veces que no tenía la menor noticia.

—Y fué tan grande su alegría de encontrarnos allí en casa de nuestra antigua amiga, adonde había subido *en passant*, contra su costumbre, pues no se había dejado ver antes tampoco. Sabrá usted que su excelencia es una tía, abuela suya por su marido, muy rica, sin hijos, y el su *enfant gaté* y presunto heredero, por lo menos, de la mayor parte de sus bienes, aunque no le hacen ninguna falta. ¿Qué le han de hacer? Pero así sucede siempre en este mundo: el dinero llama dinero. Por mucho que dure, heredará también á su tío, aunque la gente que siempre se está muriendo vive muchos años. Dí, Kitti, ¿no dijo que se marchaba á verle?

—Sí, mamá; pero me ha prometido estar sólo algunos días—contestó la interpelada bajando los ojos, mientras en su pequeña y hermosa boca se dibujaba una sonrisa de vanidad.

—Naturalmente, sólo un par de días—exclamó la generala triunfante;—después le retendremos en el campo, para lo cual

contamos con usted, señorita. ¡No puede usted figurarse con qué calor ha hablado de usted! *¡Vraiment!* Nosotras, sus antiguas amigas, debiéramos sentir celos. Bueno, bueno, hija mía; esta señorita comprende que es una broma. No seas cruel con nuestro pobre conde. Sí, sí, querida mía, ¡no puede usted figurarse qué crueles son estas niñas!

—Pero, mamá, esta noche estás insoportable—dijo la niña rechazando un abrazo de la generala.—¡Qué pensará de mí la señorita Ritter!

—Probablemente, que te mimo demasiado—exclamó la generala.—Pero vamos á la cama. *¡Mon Dieu!* ¡Las doce y media! Y mañana á las nueve tenemos que estar en la estación! ¿Ha preparado usted sus cosas, querida mía?

—Poco tengo que preparar, señora.

—Mejor. Ya me la había figurado á usted así. Nada de pensar las cosas; siempre dispuesta, siempre lista; justamente como yo. ¡Oh! Nos vamos á entender perfectamente; vamos á ser muy amigas.

Al decir las últimas palabras, abrazó á Eleonora y la besó en la frente. Kitti se interpuso, y cogió las manos de Eleonora sonriendo coquetamente y bajando la frente, con intención de dejarse besar á su vez. Pero Eleonora no pudo violentarse, y se contentó con corresponder á su sonrisa con otra, y á su fuerte apretón de manos con una ligera presión de las suyas.

Un minuto después entra en el cuarto de Clementina, que había iluminado la camarera de la generala.

## CAPITULO XIII

Clementina salió á su encuentro aun completamente vestida. Eleonora no esperaba otra cosa, y el beso que rehusó á su hermana le imprimió apretadamente en sus labios. Después cogiéronse las manos y miráronse una á otra en silencio. —¿Verdad que ahora conoces tú mi situación?—decían los ojos

de Clementina; y los de Eleonora:—Si la conozco, y quiero, en cuanto yo pueda, reparar la injusticia que se comete contigo, ofreciéndote en mí una amiga.—Después sentáronse las dos amigas sobre el pequeño sofá, al lado de la ventana que daba al patio, en el cual se oía á intervalos el golpear de los cascos de los caballos, que en aquella sofocante noche de verano no podían estar tranquilos.

—Ya sé que confías en mí—dijo Eleonora.

La había hablado de tú involuntariamente, y sólo se dió cuenta de ello cuando Clementina, cogiendo sus manos y apretándolas contra su pecho, murmuró con ojos sonrientes:

—Sí, sí, de tú, como buenas amigas.

—¡Tonta! Ahora me vas á decir en qué relaciones está tu hermana con el conde Wendelin.

—¿Le conoces?

—Le he conocido viajando. Estuvo muy amable conmigo. Me alegraré de que sea feliz.

—Lo merece—contestó Clementina con vehemencia;—es un alma buena, un hombre honrado. Yo también le quiero mucho y nos comprendemos perfectamente. ¿En qué relaciones está con mi hermana? ¡Ah, querida! Este es un asunto extraño que me ha quitado muchas horas de sueño. Habrás oído tal vez que somos vecinos, como se dice entre nosotros, pues dos ó tres leguas no significan nada, al menos en verano; en invierno, con los malos caminos, es un viaje difícil y á veces imposible. Nos reunimos á menudo. Los nobles, sabes, se conocen todos. Forman como una gran familia; tienen tantos intereses comunes, y los burgueses hacendados no existen para ellos. Por esto conocemos al conde, sabe Dios cuánto tiempo hace. Cuando entró por primera vez en casa, era Kitti una niña: tendría unos siete años, poco más ó menos... puede que fuera más pequeña; él tendría entonces diez y ocho ó diez y nueve; muy joven también, casi un niño, y tímido como una doncella. Kitti era su novia; es decir, él no dijo nunca esto: la expresión es de mamá. Se le metió en la cabeza que cuando

creciese Guido se había de casar con Kitti. Esto no tiene nada de particular entre nosotros; los padres casan á los hijos desde la cuna. Y Guido, que es muy bondadoso, dejó correr la cosa mientras no pasó de una broma, hasta que vió que mamá y Kitti lo tomaban en serio. Entonces se franqueó conmigo el pobre. Mire usted, Clementina, me dijo: he recibido de su familia de usted pruebas de amistad, á que correspondería de mala manera si alimentase á sabiendas las esperanzas de su mamá de usted; de las de Kitti no hablo; por halagüeñas que sean para mí, no puedo realizarlas. Yo no me casaría con una joven á quien no amase, y yo no puedo amar á Kitti. Es muy bonita, pero no es mi ideal, en absoluto. La nuera que yo he de dar á mi mamá, y aquí me hizo una descripción de ella, y... ¡no te rías de mí! pero hizo tu descripción de arriba abajo; tanto, que cuando te ví esta tarde y empezaste á hablar con tanta bondad y talento, me estremecí y dije: ¡Dios mío! Si Guido la ve y ella no le rechaza, se casa con ella.

—¡Loca!—dijo Eleonora, acariciando el pelo de la excitada joven;—ya has oído que me ha visto y me ha hablado dos horas largas *vis à vis* y *tête à tête* hace ya más de un mes, y yo sigo sin ser la señora condesa Wendelin. Pero ¿quieres contarme qué pasó después con el conde y tu hermana?

—No lo comprendo; verdaderamente no lo comprendo—murmuró Clementina. — Dos horas largas... ¡Ah, sí! ¿qué pasó luego...? Hablaría con más gusto de lo otro; pero lo que tú quieras... tampoco tengo mucho más que contarte ya; nada de particular. Venía desde entonces breves momentos; después, durante muchos meses, estuvo viajando, yo creo que con el exclusivo objeto de no tener que recorrer las dos leguas que nos separan, pues me ha dicho á menudo que se aburría horriblemente en todas partes, menos en Inglat...

—Pero, niña, ¿qué tienes?—dijo Eleonora, al ver que Clementina se interrumpía, para reir primero ahogadamente y taparse después la cara para que no la viera reir; tuvo que repetir su pregunta varias veces antes de que Clementina,

que lloraba de risa, se secara los ojos y pudiera responder.

—Voy, voy. ¡Oh, Dios mío, qué estúpida he sido! Estaba yo devanándome los sesos por averiguar por qué mamá y Kitti querían aprender el inglés. ¡Y es tan claro! Tiene mucha gracia. Has de saber que el conde delira por Inglaterra, en donde tiene á su única hermana casada, y suele visitarla. Esta primavera la visitó de nuevo. Mamá siempre tiene el secreto temor de que se case con una inglesa, yo no sé por qué esta vez más que nunca; ahora, lo que no comprendo es por qué no se le ha ocurrido antes. ¿No comprendes tú tampoco? Vamos, veo que eres casi tan tonta como yo. ¿No ves que Guido no se casará con ninguna inglesa si Kitti rompe á hablar en inglés? ¿Y por qué las jóvenes que vinieron á casa (no hemos tenido fuera de la primera institutriz más que una) habían de ser perfectas inglesas? Por eso vinimos á todo escape á Berlín, tanto más sabiendo yo, no sé por dónde, que Guido, á quien desde hacía meses no habíamos visto, debía estar aquí para la misma fecha. Y mira tú, el pícaro ha tenido la descortesía de ocultarse de nosotras durante ocho días, á pesar de que mamá lo primero que hizo fué escribirle que estábamos aquí. Mamá estaba fuera de sí, y la temporada ha sido mala para la misma Kitti hasta hoy al medio día, una hora antes de que tú llegases, en que escribió S. E. Wendelin que Guido se había hecho anunciar aquella tarde en su casa, y diciendo que si mamá y Kitti tenían gusto en ir allá... ¡Ya lo creo! Figúrate tú. La anciana señora protege el matrimonio á todo trance. Figúrate la alegría de mamá. Bueno, pues creo que tú también tienes tu papel: cinco señoritas que se presentaron antes que tú fueron desahuciadas. Ahora dime: ¿verdad, querida mía, que no estás enfadada porque te haya engañado diciendo que la invitación llegó después que tú viniste? Yo no podía decirte: perdone usted, señorita, si yo, ante todo, y en interés de mi mamá y hermana, la doy una bromita.

¿Dónde estaba la tímida joven que recibiera á Eleonora, sin atreverse á levantar los ojos ni la voz? Alrededor de su fina

boca, de donde con tanta fluidez manaban las palabras, dibujábanse maliciosos pliegues, y sus ojos oscuros brillaban con picardía y atrevimiento.

Eleonora la miraba, sumida en sus reflexiones. Según esto, debía ayudar á que el conde tuviese mujer, ¡y qué mujer! Una coqueta insignificante. Hasta entonces la había desdeñado. Pero, ¿qué es lo que no conseguirá la obstinación de las mujeres de un hombre bondadoso? Otra vez brillaba su fatal estrella de repartir á su alrededor la desgracia, de que tan elocuentes pruebas había dado en casa de su tía.

De repente atravesó como un relámpago un terrible pensamiento por su alma. La posesión del conde estaba próxima á la de la generala; ¿y no decía el conde que Ulrico era vecino suyo? Era indudable, pues, que Ulrico vivía por allí, y ella, que había querido poner entre los dos un mundo de por medio, caminaría mañana hacia él, á su vecindad, temida, amada.

Sintió un estremecimiento de dicha y de espanto á la vez. ¿Qué debía hacer? ¿Huir? Pero, ¿cómo? ¿Dónde encontrar un motivo? ¡Si se lo contase todo á Clementina! ¿Si ella la ayudase! Pero, ¿qué podía hacer ella, que no significaba nada en la familia? Por otra parte, debía divulgar su secreto, su secreto, que era también el de él, y que tenía en depósito sagrado? Sin embargo, algo debía hacer, y era ante todo cerciorarse de su situación. Nunca habían pronunciado sus labios aún su nombre, á no ser que el dolor y la fiebre, en el silencio de la noche, le pusieron en ellos; ahora, en cambio, debía nombrarle.

—Pues el pobre conde está en un apuro—comenzó á decir, extrañándose ella misma del tono tranquilo en que consiguió hablar; y á juzgar por el buen humor con que volvían tu mamá y Kitti, la entrevista ha sido muy favorable, y el cándido conde debe haber caído en la red. ¿No hay algún amigo que le pueda ayudar á salir del paso? Creo recordar que me habló de uno con gran entusiasmo, como de un hombre excelente y de mucho valer, á quien ama sobre todas las cosas. No puedo dar con el nombre.

—¿El barón Randow?—preguntó Clementina.

—Es posible que se llame así—repuso Eleonora, en apariencia indiferente, pero sintiendo golpearle el corazón.

—Yo también lo he pensado—exclamó Clementina;—sólo mi cuñado puede hacerlo.

Eleonora la miró con ojos desmesuradamente abiertos y fijos. Había oído bien.

—¿Tu cuñado?—dijo con voz opaca.—¿Cómo es posible? ¿Tienes otra hermana?

—Una hermanastra de mucha más edad que nosotras, del primer matrimonio de mamá. Pero, por Dios, ¿no te ha dicho nada mamá?

—Ni una palabra—murmuró Eleonora.

—¡Es fuerte cosa! Yo creí que te lo habría dicho todo detalladamente, y por eso no he empezado yo por ahí. ¡Pero habráse visto mamá! ¡Pobre Herta! En realidad, no tiene un papel muy importante en sus pensamientos, tan poco importante casi como el mío, que ya es decir.

—¿Y esa hermana tuya es...?

—La mujer de Ulrico, así se llama mi cuñado de nombre, desde hace diez años; y si en este tiempo nos hemos visitado dos veces seguidas, ha sido mucho, á pesar de que entre Seehausen y Wüstenei, su finca principal, sólo hay algunas fincas, entre ellas, la de Guido. Pero estás cansada; ya te seguiré contando otro día.

—¡No, no!—exclamó Eleonora.—Me interesa mucho. ¡Sigue, sigue, te lo suplico!

—Si tú quieres; pero es una historia muy larga, si te la he de contar desde el principio. Bueno, pues mamá estuvo casada por primera vez con un rico hacendado que se llamaba Niemann. ¿Comprendes? Niemann á secas. Mamá tuvo que hacerse no poca violencia para casarse con él, pues (entre nosotras, como hija de la marquesa del Lirio) tenía grandes títulos de nobleza. Pero los Lirios, en el transcurso del tiempo, ¿sabes? de una infinidad de tiempo, dejaron de ser ricos, y el

padre de mamá era tan pobre, que se alegró de poder vender su última finca al sencillo hacendado Niemann antes de morir, después de lo cual mamá pasó á ser la señora de Niemann. Creo que no fué un matrimonio muy feliz, pero no lo sé de fijo, pues mamá no habla nunca de aquella época, y yo creo que por eso ha tratado siempre á Herta con tanta injusticia. Herta era la única hija. El matrimonio duró poco, unos cuatro años creo. Pero el señor Niemann debía de querer mucho á mamá, ó quizá fuese porque así estaba concertado, el caso es que nombró á mamá heredera universal. Después se casó mamá al poco tiempo con mi papá, que entonces era coronel. Y luego, ocho años después (ya papá había muerto siendo general), se casó Herta con Ulrico, y ¡Dios me perdone!, pero yo creo que se alegró de salir de casa. Realmente tuvo mucha suerte porque... ¡ah! Eleonora, si tú conocieras á Ulrico...

—Sigue, niña, sigue—dijo Eleonora.

—Ya he acabado, pues no tengo más que decirte sino que mamá no puede sufrir á Ulrico, por no decir que le odia, yo no sé por qué. ¿Cómo es posible odiar á un hombre del que no se ha recibido nunca más que pruebas de bondad, como mamá de Ulrico? Querida mía, á ti puedo decírtelo. Al morir papá, mamá quedó en mala situación. Papá, á lo que parece, no conocía el valor del dinero; también pudiera ser que tuviera deudas atrasadas; en una palabra, estaba mamá en gran apuro, del cual nadie la sacó más que Ulrico con sus consejos y... con su dinero. Esto puede que no le gustase á Herta, porque su madre no era acreedora á ello; por lo menos, sus relaciones no han mejorado. No por esto vayas á pensar mal de Herta. Ulrico tiene que trabajar mucho, y si ella es económica, que quizá sea necesario, lo es por él, pues un hombre tan noble y tan bueno no se encuentra dos veces.

—Ya el conde me hizo su elogio; ahora, tú—dijo Eleonora con labios convulsos que trataban de reir.

—¡Si yo pudiera hacerlo tal como él merece!—murmuró Clementina.

Miraba ante sí, con las manos unidas en la falda, fijamente. De pronto se estremeció todo su cuerpo, y arrojóse con apasionada viveza en los brazos de Eleonora, y rompió en llanto convulsivo.

—No hacía falta más; aquello lo explicó todo mejor que hubieran podido hacerlo las palabras.

Eleonora abrazó á la llorosa Clementina, sin otro sentimiento que la piedad más profunda. ¡Si la infeliz hubiera podido saber lo que pasaba en aquel pecho en que apoyaba su cabeza! Pero, gracias á Dios, no lo sabía ni lo sabría nunca.

Por fin, consiguió calmarla con sus caricias; Clementina se levantó, y con labios pálidos y temblorosos, y los ojos bañados en llanto, prorrumpió:

—Ya no querrás saber nada más de mí.

—¿Por qué?—contestó Eleonora;—porque tú á Ulrico... porque tú á tu cuñado...?

—¡Oh, por favor!—exclamó Clementina cogiendo sus manos con angustia;—¡no lo pronuncies! ¡No, no, no! He dicho todo esto sin saber cómo. ¡Oh, Dios mío! ¡Yo no sé, no sé cómo ha caído esto sobre mí! Y mejor sí lo sé: por tu amada compañía, por tus queridas palabras, por tus besos fraternales, que han penetrado hasta mi corazón como rayo del sol, inundándole de luz y de alegría. ¡Oh! no puedo describírtelo... Y aunque lo supiera hacer, ¿qué? ¡Por Dios, no lo digas nunca, nunca! ¡No, por Dios! Antes de encontrarte á ti nadie ha sido para mí tan bueno, únicamente mi viejo, mi querido pastor y después él. ¡Ah! ¡Tan bueno como un ángel! Cuando á menudo me encontraba en la desesperación, él me consolaba, me daba valor para vivir y me hacía olvidar mis sufrimientos y mi deformidad. Y luego me recordaba al paralítico de la Biblia, sobre el cual puso el Señor la mano, y le dijo: «Levántate y anda.» Y verdad que á un hombre que se llega á una criatura desvalida se le debe decir: «¡Ulrico, Ulrico! ¡Ya no puedo más, ayúdame!» ¡Oh, cuántas noches de insomnio lo he dicho yo, sentada en el lecho con las manos cruzadas. Y en la oscuridad

veía sus bellos y compasivos ojos, y en el silencio oía su dulce voz; y mi corazón agitado recobraba la calma; y al despertar por la mañana pensaba que habían bajado los ángeles en torno de mi cama, y el claro día resonaba en mí como el eco de una deliciosa música.

Sus últimas palabras resonaron, efectivamente, dulces como una música deliciosa; y en su rostro, con sus ojos brillantes y fijos, parecía reflejarse angélico resplandor que ella sola viera.

Eleonora se estremeció. Parecía como si la hubieran robado el alma, y la viese allí al lado suyo, y en ella misma sólo quedase muerte, tinieblas y vacío.

Febril escalofrío recorrió todo su cuerpo; tuvo que hacer un poderoso esfuerzo para levantarse del sofá.

—¡Vamos!—dijo.—Metámonos en la cama.

Clementina siguió su ejemplo, y la miró con angustia al rostro.

—¡Oh, Dios mío, qué pálida estás! Y tus manos están heladas.

—No es nada—dijo Eleonora, separándola dulcemente;—nos hemos excitado un poco con la conversación. Unas cuantas horas de descanso y estaré bien, y creo que á ti te sucederá lo mismo.

—¡Oh! Yo dormiré admirablemente, si...

—¿Si qué?

—Si me das un beso.

Abrazó á Eleonora, corrió á su cuarto y cerró la puerta.

Eleonora quedóse un momento inmóvil, después dió unos pasos muy quedo hasta la puerta del corredor, que abrió sin ruido. Negras tinieblas; ni el menor ruido en la casa dormida...

—Es imposible—díjose;—no encontraría salida.

Cerró la puerta y miró por la ventana. La casa era un piso segundo.

Pero el odioso pensamiento desapareció tan pronto como había venido. No había salida.

—Tengo que aceptarlo—murmuró;—es el destino.

Recordó una frase usual de Borikin: «El destino somos nosotros mismos.»

—¡No!—dijo.—Eso no es verdad; es una de sus paradojas. No somos nuestro destino; sólo podemos luchar contra él. Esa desgraciada lo hace. Tú puedes hacer lo que hace ella. Mañana empieza la batalla. Es signo de un valiente guerrero poder dormir la noche antes.

Se metió en la cama y permaneció allí con los ojos abiertos, las manos cruzadas sobre el pecho, repitiéndose que era cobarde, pues no podía reprimir los latidos dolorosos de sus sienes ni tranquilizar su alterado corazón.

Por fin se durmió.

## LIBRO TERCERO

### CAPÍTULO PRIMERO

Ulricó había abandonado Norderney en un estado de alma que lindaba en la locura. En vano se repetía que su decisión de librarse del hechizo de la encantadora, y volver al lado de su mujer, de sus hijos y de sus negocios, databa de veinticuatro horas antes. Pero entonces no sabía que su amor era correspondido. Ahora, sí. La había tenido en sus brazos, sus pechos habían palpitado juntos, sus labios se habían unido en contacto abrasador. ¿Qué significaba aquello sino «por fin estoy ligado por un lazo externo?» ¡Y sin embargo! Si ella hubiera adoptado y ejecutado su resolución de separarse de él en un momento de excitación, lo habría comprendido. Pero no era así; su carta lo demostraba. ¡No se había arrancado á él, no; se había separado! ¡Había desatado los nudos uno á uno, con hábil y delicada mano, y después, con resignada y graciosa sonrisa, había volado!

¿Dónde? El más ligero presentimiento se lo decía. Con fe-

bril ansiedad buscaba en sus recuerdos algo que en ésta ó aquella ocasión le hubiera manifestado ella sobre sus relaciones personales. Era bien poco: que estaba bastante sola en el mundo; no tenía ya padres, ni había tenido nunca hermanos ni hermanas. Vivían aún algunos parientes suyos; pero, ¿dónde? Le parecía haberla oído nombrar Berlín, pero podía haber sido cualquiera otra ciudad. El nombre de sus parientes no lo había dicho, ó al menos él no lo recordaba. ¡Sólo había vivido en ella celestial aparición descendida hasta él! Si tenía un rastro terrenal, ¿qué derecho tenía él á conocerle? Maldecía su imprevisión infantil incomprensible, que le condenaba al lamentable papel de un niño que en un cuento de hadas se pierde en el bosque.

¡Y en su carta, ni la más mínima indicación que le hubiera podido poner sobre la pista! Lo cual quería decir: no quiero dejar huella; no quiero que me sigas; quiero librarme de ti para siempre. Así premiaba su idolátrica adoración.

Su corazón ardía en cólera salvaje. Hubiera rasgado su carta, que tenía en el bolsillo del pecho, arrojando los pedazos á las ondas que se estrellaban contra la proa del vapor. La hubiera ahogado, la hubiera apuñalado, á ella, á la hermosa hechicera que, jugando con su corazón, que le había robado, había huído luego.

¿Ó exigía agradecimiento por haber evitado que sucediera lo que hubiera sucedido de haberse quedado? ¿Pero no había de suceder á pesar de todo? ¿Cómo podía él volver á los brazos de su confiada Herta? ¿Abrazarla con su corazón lleno del amor á la otra? ¿Ó revelarla su situación, precipitándola desde el cielo de la confianza al infierno de la desesperación? Tan imposible lo uno como lo otro, y no había otra salida, otra tercera solución al pavoroso dilema.

Puede que la hubiera; allí en el fondo del agua azulada. ¡Qué cosa más natural! Se habría apoyado sobre la borda, y habría perdido el equilibrio. El vapor andaba ahora á toda máquina. Antes de que parase y acudiesen al sitio en que él se

hubiera zambullido, lo menos transcurrirían diez ó quince minutos; y no volver vivo á la superficie, quedaba de su cuenta.

Su sombría mirada vagaba por la cubierta; como hacía buen tiempo, hormigueaban por ella los pasajeros. Un caballero, con el cual había trabado ligero conocimiento en Norderney, renovado á bordo, se acercó á él: había leído en el *Bremen Zeitung* algo de una terrible granizada en el Oriente de Pomerania, pocos días antes. ¡Si el señor barón supiera algo más concreto! Le interesaba mucho, pues tenía un hermano comerciante en granos, y que tenía allí su principal mercado.

Ulrico respondió que en las últimas cartas de su casa no se hablaba del suceso; indudablemente las cartas eran de fecha anterior. El caballero, contento con haber encontrado nuevo tema de conversación, siguió hablando de comercio, de granos, aduanas, de la concurrencia rusa y americana, y de todo lo concerniente á este asunto, en el cual era competente, por poseer un molino en Francfort, á las orillas del Oder, y por conocer las opiniones de grandes terratenientes de la Pomerania. Ulrico no podía, sin grave descortesía, dejarle con la palabra en la boca; y como el Sr. Sohbrect le propusiese beber con él al llegar á Bremer, cuyo puerto se iba viendo cada vez más distinto, una botella de Champagne, para celebrar la feliz terminación de la temporada de baños, y brindar por el buen resultado del tratamiento, accedió. Siempre era mejor que estar mirando estúpidamente al agua, sin tener el valor de arrojarse á ella.

Ya en el puerto de Bremer, respiró Ulrico al verse libre del locuaz molinero. Durante el viaje pensó escribir á Herta una carta contándole la verdad, cuya conclusión lógica era que no podían seguir viviendo juntos. Aquella misma noche debía escribirla. Al llegar á Bremen era muy tarde. Cuando cerró tras de sí la puerta de su cuarto en el hotel, le acometió el dolor de su soledad tan terriblemente, que se arrojó á la alfombra y lloró como un niño. Después se levantó, avergonzado de su debilidad, indigna de un hombre, y sentóse á la mesa para escri-

bir la carta. Creía tenerla redactada ya, y ahora no podía coordinar tres palabras. En su cabeza sólo había desierto y vacío. Bebió un par de vasos de vino. No por eso se sintió más apto. Además, sentía pesadez de plomo en sus miembros. No era maravilla: la noche pasada apenas había dormido una hora, y luego el largo viaje de aquel día... En fin, mañana escribiría.

La noche no consiguió aliviarle. Dormía un rato, y le despertaban locas pesadillas. Iba á buscarla, y ella huía, y tenía que luchar con mil obstáculos que salían á su paso. Tan pronto era laberínticas calles en noche oscura, por donde él vagaba incierto, como un sombrío bosque cuyas lianas aprisionaban sus miembros, ó un viejo castillo derruído con interminables galerías y escaleras de caracol medio hundidas.

Fiñalmente, hallóse en un apartado jardín, bañado por una luz que no se sabía de dónde emanaba, y cuyo ambiente estaba saturado del aroma de la reseda. Pero cuando iba á aprisionar su flexible y esbelto cuerpo, mostró éste con un gesto de espanto una figura femenina que estaba colocada en la luz mortalmente pálida que miraba con ojos fijos y vidriosos, mientras de sus labios se escapaba un grito agudo y estridente. Y Ulrico se despertaba, bañado en sudor de angustia, con el corazón palpitante, convenciéndose de que él mismo había lanzado el grito.

A la mañana sintióse corporal y espiritualmente una sombra de sí mismo. Su propósito del día anterior de escribir á Herta contándole lo sucedido, parecíale ahora una bárbara cobardía, como la puñalada que un asesino da en la oscuridad. Sí, debía decirlo; ella tenía el derecho de oirlo de sus labios.

Pero tampoco tenía valor para continuar el viaje de regreso. No podía presentarse en aquel estado. Primero debía recobrar el dominio de sí mismo, poner en orden su continente, sus gestos, sus palabras. Mas á pesar de todo, la escena sería terrible.

Así, pues, era necesario buscar un pretexto para diferir la vuelta, á pesar de haber salido de Norderney; confesaría que

los baños no le habían sentado bien, al menos por el pronto, y esperaba un efecto ulterior que no podría operarse en su casa, donde el trabajo le esperaba. Además, la ocasión de conocer Bremen, donde se encontraba, Hamburgo, Kiel y quizá Copenhague, le tentaba. Así, pues, viajaría aún ocho, quizá catorce días, suponiendo, claro, que las noticias de su casa fueran buenas. Escribiría con regularidad, y ella debía escribirle al *poste restante*, pues no conocía los respectivos hoteles, ni sabía lo que se iba á detener en cada punto.

Sintió como si se aliviase de un gran peso cuando hubo echado esta carta en el buzón del hotel. En la incertidumbre en que dejaba á Herta sobre su partida, no vió nada indigno, sino sencillamente un derecho de legítima defensa. No ignoraba que tan pronto como supiera que estaba en un determinado lugar algún tiempo, volaría á su lado para cuidarle. Y el pensamiento de verla presentarse de pronto con su expresión enamorada y angustiada, que pronto se trocaría en el rostro mortalmente pálido que había visto aquella noche, le llenaba de espanto.

Tomó un coche, y ordenó al cochero que le llevase á ver las curiosidades de la ciudad. El inteligente automedonte cumplió sus órdenes tan hábil como escrupulosamente. Otro hubiera podido asegurar, después de un paseo de cuatro ó cinco horas, que conocía á Bremen. ¿Pero de qué le servía á él todo aquello sin ella? Durante largas semanas no había visto más que por sus ojos; no había tenido pensamiento que no viniese de ella, que no le comunicase á ella para conocer su opinión. Y aquel supremo goce de fundir sus dos almas, que en aquella fusión parecían vivir cien vidas, había desaparecido para siempre. ¡No podía creerlo, no podía pensarlo! Como el sitio vacío á su lado en el coche, que parecía en vano esperarla, así le parecía el mundo: vacío en toda su magnificencia, y más vacío cuanto más grande. Los pájaros no cantaban; las flores no exhalaban aroma; el sol no alumbraba; los poetas, las obras de arte no le admiraban sin recrudecer el dolor de su ausencia, sin

hacerle sentir que todos los goces de la vida, todas las dichas de la tierra, sin ella se trocaban en despecho y amargura.

Y después volvía á sentir rabia de que ella, que le amaba, no hubiera tenido el valor de su amor y le hubiera sumido conscientemente en aquel miserable estado. Su amor no era, pues, el amor fuerte que no retrocede ni ante el crimen. Y aunque ella se había salvado prudentemente, él debía cometer el crimen, y le cometía en realidad vegetando en la mentira de cada día, de cada hora. ¡Que no pudiera él arrojarle estas palabras al rostro! ¿Por qué no había volado tras ella? Hubiera tratado de llegar á Emden y buscarle allí sus huellas, hasta hallarla.

¡Ahora ya le llevaba gran ventaja; ahora podía haber salido de Hannover al Este ó al Oeste! Probablemente al Oeste, para en París ó Londres para estar siempre libre de él.

Ulrico volvió á su hotel después del medio día. La noche de aquel día la pasó en Hamburgo. Como había dicho que iría á Kiel antes, no tenía que temer una sorpresa. Permaneció allí ocho días, observando mecánicamente desde su ventana del hotel de Europa el ir y venir de los vapores por el Alster y viendo en el puerto el tumulto de los vapores. El primer acceso de dolor había cedido. El sedativo aplanamiento de su alma le parecía ahora una mediana felicidad. Por frecuentemente que acudiese á él la idea de poner fin á aquella vida miserable, y por seductor que le pareciese, retrocedía, no ante un pensamiento religioso, sino ante la reflexión de que contradiría todo su pasado. ¿No había vivido siempre para los demás? ¡Y quería morir ahora de un modo egoísta! ¿Á quién hubiera aprovechado su muerte? No á ella, en verdad, que demostraba con su fuga que podía muy bien vivir sin él. Tampoco á la otra, que no podía vivir sin él. Y bien lo demostraba, al decirle: «Sé buena y razonable, como lo has sido siempre. Yo trabajaré más que nunca por ti y los niños; nunca oirás una mala palabra de mis labios. Pero no me pidas lo que sólo podría concederte engañándote, desempeñando una farsa conti-

nua; lo que ni tú ni yo podríamos hacer, pues somos demasiado buenos. Será sólo la sombra de una vida que consagraremos á nuestros hijos.»

Agarrábase á este pensamiento como la última tabla de salvación, pero sin confiar bastante en sus fuerzas. Hasta era buena y razonable, sólo hasta un determinado punto, el punto á que habían llegado: era intransigente y no admitía componendas tratándose de su amor, ni en broma siquiera. Al menos, lo había sido hasta entonces. Acudió á su memoria un incidente de ocho años antes, el segundo de su matrimonio.

Un señor del Este de Prusia había comprado tierras en la vecindad, instalándose en ellas. Era un hombre ya viejo, viudo, con una hija única, bella, alta, algo dominadora y lunática, pero de grandes dotes, la cual sabía ser muy amable con los hombres que la eran simpáticos. Entre las dos familias entablóse pronto trato, favorecido por la proximidad de sus posesiones. Herta, que no tenía muchas amigas, sintióse atraída por la hermosa muchacha, tanto más, cuanto que encontró ocasión de aconsejar al padre sobre la administración de su hacienda. Y como Ulrico, en casa del padre de Lida, desempeñó el mismo papel en otra forma, se veían con mucha frecuencia, y por último, diariamente. Así transcurrieron dos meses, sin que turbase aquella cordial armonía ni la más ligera nube. De repente, comenzó Herta á mostrarse celosa; mostróse más fría con su amiga. Ulrico no dió importancia á tal incidente, ni aun cuando Lida se fijó en ello, y le interrogó sobre cuál pudiera ser la causa. ¡Qué sabía él! Quizá el cuidado de Baby, que entraba en la dentición, ó cosa por el estilo; seguramente nada de importancia que á Lida debiera preocuparle. Pero una noche que fué el solo ó visitarlos, y volvió bastante tarde á su casa, encontró á Herta pálida y con los ojos de haber llorado, en una terrible agitación muda, que por último se manifestó en palabras. Ella lo veía hace mucho tiempo, y sufría en silencio; pero sus fuerzas se acababan. Era evidente que amaba á Lida, la cual por cierto había des-

plegado todas las artes de la coquetería para cogerle en sus redes. Bastaba sólo oir el cambio de entonación de su voz para no hablar ya de sus miradas, que se cruzaban con un desenfado que demostraba cuánto habían avanzado. De haberse él sentido completamente inocente, hubiera con su calma desarmado la excitación de Herta; pero debía confesarse en silencio que su inocencia no era tan evidente. El ingenio y la hermosura de Lida habían hecho una impresión sobre él, cuya fuerza sólo se le revelaba quizá en aquel momento. Como era natural, no capituló, sino que defendió el derecho de todo hombre á rendir homenaje al talento y la belleza dondequiera que se revelasen; y un matrimonio en que se le pretendía arrebatar tal derecho, constituía un yugo que no estaba dispuesto á soportar ni ahora ni nunca. Poco á poco se enredaron las palabras, hasta llegar á exclamar colérico:—Sólo queda una solución: que nos separemos.—Esta frase cruel tuvo un efecto terrible. Hasta corrió por la habitación con las manos alzadas, gritando en tono desgarrador:—¡Ulrico quiere abandonarme, Ulrico quiere abandonarme!—Hasta que por fin se desmayó.

Un trágico acontecimiento puso rápido fin á este drama conyugal, que amenazaba convertirse en tragedia. Aquella misma noche cayó enfermo el padre de Lida, y en pocos días murió. Frente á tan gran desgracia, los sentimientos personales debían ser acallados, y el llamamiento hecho á Herta no fué en vano. Casi se excedió en su asistencia, discreta y esforzada, con la desconsolada huérfana. Poco después partió Lida con sus parientes á su país, dejando por el momento á Ulrico el encargo de arreglar sus asuntos. Esta circunstancia motivó entre ellos un cambio de correspondencia, el cual prosiguió después, cuando los negocios estuvieron arreglados, y sólo cesó dos años más tarde, cuando Lida contrajo matrimonio con un distinguido oficial, por cierto con gran satisfacción de Herta, á pesar de que siempre aparentó no tener noticia de tal correspondencia.

Tampoco pareció darse cuenta de sus relaciones con Clementina en el curso del año siguiente. Sus relaciones con Ulrico no parecieron otra cosa que una simpatía de parentesco hacia una niña con quien la Naturaleza se había mostrado cruel, y de quien su familia hacía poco caso; simpatía á que ella correspondía con su gratitud. La profunda sentimentalidad y el agudo ingenio que anidaba en aquella crisálida que dejaba su envoltura, no fueron apreciados por nadie de la familia más que por él, que siguió y fomentó este desarrollo con creciente interés. Para su familia, la muchacha de diez y nueve años seguía siendo la niña de nueve; ilusión que en gran parte procedía del miedo y encogimiento de Clementina. Y él mismo se hubiera guardado mucho de descubrir esta circunstancia á nadie. ¿Por qué descubrirle á Herta el tesoro oculto en que él alimentaba tan á menudo su indigencia espiritual, el oculto oasis en cuyas frescas aguas bebía temporalmente su alma? Hubiera despertado sus medio adormecidos celos.

Por lo demás, no había habido motivo para ninguna catástrofe como la ocurrida al principio de su matrimonio. Y paulatinamente habían llegado á un equilibrio de vida que á ella le satisfacía, y creía que á él también, pues se habituó á no manifestar ningún deseo que dejase entrever otras regiones que las estrechas y diarias de su existencia cotidiana.

A aquel hogar, que todos los que le observaban consideraban como modelo, y feliz como pocas veces depara el destino á las personas, debía él ahora llevar el torrente de lava que había de convertir la campiña admirada de todos en un desierto.

Cuando llegó á Kiel le esperaban allí cuatro cartas, escritas en aquellos últimos días y en el poco cuidado estilo habitual en Herta. Pero ¿qué fiel inquietud revelaban aquellas sinceras palabras? Debía permanecer allí, si con ello creía restaurar su salud. Esta era la cuestión principal, ante la cual todas las demás debían retroceder. Ella sabía cuánto deseaba volver á casa, y de sus deseos de tenerle junto á ella no había que hablar; pero entre ella y Pasedag habían trabajado de firme, y

seguirían haciéndolo hasta acabar la cosecha que sobrepujaba todas las esperanzas. Sólo le pedía una cosa: que le dijera la verdad sobre su estado, y si realmente estaba enfermo ó creía sólo estarlo, y si creía que su presencia á su lado podía serle útil, telegrafiase al punto, pues lo dejaría todo y correría á su lado.

¿Qué arranques apasionados ni qué desbordantes ternuras hablarían más elocuentemente que aquellas en apariencia concisas y vulgares palabras? Ulrico lo comprendía perfectamente; pero ¿qué sucedería si ahora aceptaba otra vez el yugo, para continuar una vida en que las cosechas y demás asuntos diarios, y su bienestar y el de los niños, desempeñaban el principal papel?

¡No! Prefería vivir en el desierto entre aves de rapiña, mejor que paralizar su espíritu en aquella honesta atmósfera de rígidas virtudes.

Y contestó que no le iba peor que otras veces, y que no había motivo para asustarse. Herta debía permanecer allí, tanto más, cuanto que él mismo no sabía por la noche si al día siguiente se pondría en camino de su casa.

La noche de aquel mismo día partió para Copenhague.

En su estado de alma se había operado entretanto, sin darse él mismo cuenta, una transformación. Cierto que no podía pensar en los días de Norderney, sin que le abrumase la melancolía; pero había momentos en que tomaba vivo interés por las cosas y personas que le rodeaban. Su antigua ilusión por viajar por el extranjero, que él creía muerta, renacía; el Thorwaldsenmuseum le parecía un pórtico de Italia ó Grecia. ¡Ah! ¡recorrer aquellos valles, aquellas montañas, aquellas ciudades en compañía de sus clásicos á los que había permanecido fiel! ¡Atravesar aquellos mares, en cuyas islas y costas se representó la *Ilíada* y la *Odisea*, de las cuales sabía cantos enteros de memoria! Y su comentario, casi terminado, de la poética de Aristóteles, que debía haber sido su discurso del doctorado. ¡Cómo volvía todo esto á su memoria, cual si en un recinto ce-

rrado se abriese una ventana y se viese de repente una multitud de cosas bellas, durante mucho tiempo tenidas en la oscuridad, en el polvo y en la polilla! ¿Y qué es lo que había operado este prodigio sino el amor de una mujer digna de él? ¡No, no podía volver á sumergirse en el pantano espiritual, del cual la había sacado ella con fuerte mano! ¿Y no volvería á ver aquella á quien era deudora del recuerdo de tan felices días? Quizá ella no era otra cosa que su genio, que se le aparecía para que él se recobrase á sí mismo.

Así debía ser. Él quería primero viajar solo, naturalmente. Herta debía conformarse á la fuerza. Era posible que su pasión por Eleonora fuese ilusoria. Durante sus viajes lo averiguaría. También había de ponerse en claro si sus ambiciosas aspiraciones, cual la que ahora sentía, eran también ilusión, y entonces volvería á su realidad vulgar, como hasta entonces había hecho. O quizá, y esto lo hubiera jurado su pasión, no había de decrecer transportándole siempre á regiones más altas, más puras, más luminosas, y entonces las suyas verían cómo se arreglaban sin él. Ya habían tenido durante su ausencia tiempo para acostumbrarse á vivir solos. Aún podían vivir mucho tiempo sin necesitar de él. Al contrario, sólo después podía ayudarlos, mientras que ahora era sólo un tronco carcomido, pronto á derribarse.

Claro era que nada de esto podía hacerse sin unos días malos, de cruel despedida. Estaba descontado.

Era posible que en este cálculo hubiese mácula, y no fuera sino un pacto entre su nueva pasión y los antiguos hábitos de su existencia. Algunas veces lo creyó así. Pero estaba contento de haber salido de su indecisión y llegado á un resultado positivo. Que la lógica de los hechos se imponga y ponga fin al martirologio de las cavilaciones de una ú otra manera.

Escribió á Herta que estaría aún corto tiempo en Marienlyst, para volver por Stralound ó Stettin. El día y la hora de su llegada lo dejaba á las circunstancias del viaje, con lo que dicho estaba quería evitar todo recibimiento solemne.

# LA UNIVERSIDAD DE OVIEDO

El abogadismo—se dice—es una de nuestras mayores calamidades. Don Nicolás Estévanez, en un ingenioso artículo, sostenía que aquí no puede haber liberales porque todos somos abogados. El insigne Galdós, siempre que en sus novelas quiere ofrecernos el espectáculo de un hombre en lucha con las viejas ideas y supersticiones, escoge un ingeniero. Unamuno profesa á la jurisprudencia un odio cordial. Y Alfredo Calderón, el maestro inolvidable, dedicó á la gente de toga un artículo titulado *La gran plaga*, del cual es el siguiente párrafo:

«Los abogados que nos rigen, los que en la tremenda competencia vital llegan á prevalecer, merced á la afortunada amalgama del reclamo de la política con los éxitos del foro, llevan á la vida pública el genio sofístico de que está impregnado su espíritu. De hombres en tal escuela formados se engendra la gran calamidad de la plana mayor de nuestros partidos políticos, compuesta casi en su totalidad de sacerdotes de Themis. Esos artífices del sofisma defienden en el Parlamento el pro y el contra como en el foro. Adoptan las causas políticas como las causas civiles. Convierten la Administración en un caos ó la ejercen con el sentido rutinario y estadizo inspirado en estudios arcaicos. Dirigen lo que no entienden; gobiernan cosas de las cuales no tienen noticia. Como nada saben, en todo se meten; para todo sirven, y no hay nada que les embarace. Careciendo por su educación de todo sentido de la realidad, cometen mayores desaciertos de los que cometería

en su lugar el hombre menos ilustrado, formado en la sabia disciplina del arroyo. Y cuando llegan á la cúspide, nos ofrecen el espectáculo desolador de esos estadistas egregios, pletóricos á veces de educación libresca, cuya suprema dirección lleva á los pueblos al desastre.»

La aversión á la jurisprudencia se manifiesta en todo tiempo entre los literatos. Petrarca la consideraba como una desgracia: «primero, porque su pura escuela formalista se opone á la corriente ideal de los pensadores; en segundo lugar, porque las normas rígidas de las leyes están reñidas no raras veces con el sentimiento del derecho; y últimamente, porque los jurisperitos usan un lenguaje anticlásico y bárbaro, que ofende los oídos acostumbrados al de los autores clásicos». Este sentido de Petrarca era el de la mayor parte de los humanistas. Ulrico de Hutten acusó á los juristas de empobrecer y devastar la Alemania en unión de los comerciantes y médicos. Y Zasio llegó á decir que merecían castigo los que traducían al alemán la ciencia del derecho romano y la hacían servir para toda clase de juguetes, como si no tuviesen bastante con su necedad propia y quisieran volver necios á los demás.

Sin embargo, abogado, y abogado en ejercicio, con bufete abierto en Stuttgart, era Juan Reuchlin, una de las más grandes figuras del Renacimiento en Alemania. Y según Gebhart, el historiador insigne, lo que prepara en Italia la vía al racionalismo es precisamente el estudio del derecho romano. «Mientras—dice—en París se disputa acerca de Aristóteles, cuyo texto original falta, en Bolonia y en Roma se comenta los monumentos auténticos del derecho escrito. El Papa y el emperador, las relaciones y límites del mundo espiritual y del poder temporal, la monarquía universal y la libertad de las ciudades, tal es el superior objeto sobre que se concentra el esfuerzo científico de Italia. Protegida por los emperadores y sus vicarios, practicada por Inocencio III, estimulada por los Papas legistas de Avignon, cultivada por hombres como Santo Tomás de Cantorbery, la ciencia del derecho romano solicita

la atención de los filósofos, atrayéndolos á su campo y manteniéndolos con su método en la vía racional.»

El estudio científico del derecho romano contribuiría aun hoy no poco á la formación de espíritus prácticos y progresivos. Prácticos, porque era en Roma la jurisprudencia, ejercida, sin ánimo de lucro, por aquellos varones insignes de que nos habla Yhering, magisterio altísimo de experiencia y de razón. Progresivos, porque la evolución admirable del derecho romano, comparable en cierto modo á la del derecho inglés, es el más solemne mentís dado al pretendido afán estadizo y rutinario de los legistas por la historia de uno de los pueblos más grandes de la tierra.

Más, mucho más que la jurisprudencia, son las ciencias nuevas, la biología y la antropología, las que suministran armas á los hombres de reacción. «Si se quiere atribuir al darwinismo—dice Haeckel—una tendencia política, dicha tendencia no podrá ser sino aristocrática, nunca democrática, y menos aún socialista. La teoría de la selección enseña que en la vida de la humanidad, así como en la de las plantas y animales, en todo y siempre, hay una pequeña minoría privilegiada que logra vivir y desarrollarse; la mayoría, por el contrario, sucumbe prematuramente.» Y no sólo es Haeckel quien atribuye al darwinismo un sentido aristocrático. Según Schmitt, la teoría de la descendencia demuestra que las doctrinas socialistas son inaplicables. Ziegler opone la tesis del darwinismo á las de la democracia social.

No ya el socialismo, es todo el movimiento democrático lo que se combate en nombre de la ciencia nueva. Que los hombres nacen libres é iguales en derechos es, según Huxley, una proposición ridícula desde el punto de vista científico. En opinión de Vacher de Lapouge, «la antropología refuta victoriosamente los errores del siglo XVIII, el más anticientífico de todos los siglos, y demuestra que la democracia es el peor régimen para efectuar una buena selección.» Según Otto Amón, el orden social descansa sobre la desigualdad. Paul Bourget, refi-

riendo las enseñanzas de la antropología y la biología al problema concreto de las formas de gobierno, afirma que la solución monárquica es la única científica; que fuera de la aristocracia no hay salvación para las naciones; que el ideal democrático es un conjunto de errores, y que la república es en la jerarquía de los gobiernos lo que el orden de los protozoarios en la serie animal.

Fué un abogado en ejercicio, Enrique Ferri, honra de la ciencia, del Parlamento y del foro italianos, uno de los primeros en negar la pretendida oposición entre el darwinismo y las tendencias democráticas, igualitarias, de la masa, llegando hasta presentar á Marx como un continuador de Darwin y de Spencer en su *Socialismo y ciencia positiva*.

Que hay legistas retóricos, pedantes, de cultura rancia y libresca; practicones rutinarios, despreciables leguleyos, ¿quién lo pone en duda? Mas, ¿qué culpa tienen la jurisprudencia y la abogacía? Un abogado eminente era Valdeck-Rousseau, el estadista insigne, honor de Francia. Un abogado, lo que propiamente se llama un jurisconsulto, es nuestro admirable, portentoso Costa. Abogados notables, como Salmerón, como Pi y Margall, como Azcárate, son la mayor parte de los hombres que representan aquí las ideas modernas. Y si hay en España una Escuela europea, revolucionaria en el alto sentido de la palabra, abierta á todas las corrientes del pensamiento y de la vida, esa Escuela es la de Derecho de la Universidad de Oviedo, donde llegaron á explicar juntos Aramburu, Buylla, Posada, Sela, Altamira, Melquiades Alvarez y el gran *Clarín*, que cuando se ponía á dar consultas lo hacía como pudiera hacerlo Ihering.

***

¿No es una verdadera ironía de la historia que el fundador de esta Universidad, baluarte en estos últimos tiempos del liberalismo científico español, haya sido nada menos que el Sr. D. Fernando de Valdés y Salas, arzobispo de Sevilla, In-

quisidor general? Lo que este hombre, que hasta en lo físico se parecía á su rey Felipe II, representó en la historia de España, cosa es que nadie ignora. *Rara avis in terra* era un protestante en el siglo XVII, dice Menéndez y Pelayo estudiando los heterodoxos españoles. Debióse ello al celo, al ardor inquisitorial de D. Fernando Valdés. Después de los autos de fe de Valladolid de 21 de Mayo y 8 de Octubre de 1559, y de los de Sevilla de 24 de Septiembre de igual año y 22 de Diciembre de 1560, no era fácil que se aventurase nadie á correr la suerte de D. Carlos de Seso, del Dr. Constantino y de tantos otros como perecieron en la hoguera implacable. Con la Inquisición ¡chitón!

No para execrar la figura del arzobispo Valdés he señalado su carácter de inquisidor y ponderado su entusiasmo profesional. No fueron más humanos los reformadores protestantes, ni han dejado en la historia sus persecuciones y sus odios huella menos sangrienta que la católica Inquisición. Lutero, que para Carlyle fué un héroe, según Heine el primer hombre de la Alemania moderna, sintió también furores inquisitoriales y predicó más de una vez la cólera y la matanza: «Pegue quien pueda—decía á propósito de la rebelión de los campesinos contra los príncipes y señores.—Al perro rabioso se le mata. Ha pasado el tiempo de la misericordia. Hemos entrado en el de la cólera y de la cuchilla.» Y si hay en la historia de las persecuciones religiosas figuras abominables, execrables, ninguna más que la del feroz Calvino, el verdugo de nuestro gran Servet.

Sólo me proponía apuntar el contraste entre la significación, la representación del fundador de la Universidad de Oviedo, D. Fernando de Valdés y Salas, y la que actualmente ostenta la ilustre escuela en que se halla grabado su escudo. Ni que decir tiene que es muy plausible que hubiese destinado parte de sus cuantiosas rentas á la fundación y sostenimiento de un centro de cultura superior, sometido como todo á las vicisitudes y mudanzas del tiempo.

Hasta los últimos años de la pasada centuria la historia de la Universidad de Oviedo, cuya ceremonia de apertura se verificó el día 21 de Setiembre de 1608, fué la historia triste de nuestra decadencia nacional. Durante todo el siglo XVII, sus cuatro facultades de *Arte*, *Teología, Cánones* y *Leyes* vivieron en la más lamentable indigencia espiritual. La facultad de Teología era un laberinto de sistemas, un hervidero de disputas teológicas entre dominicos, franciscanos, benedictinos y jesuítas. Los primeros eran partidarios de Santo Tomás; los segundos sostenían la doctrina de Escoto; seguían los jesuítas á Suárez, y los benedictinos armonizaban en un sistema eclesiástico las diferentes doctrinas de Santo Tomás, San Anselmo y San Agustín. Los alumnos formaban en los bandos de sus respectivos profesores, y las más estériles controversias, origen á veces de enconados odios, llenaban la vida de las aulas. La facultad de Cánones era también un semillero de vanas contiendas. «Entró en ella—dice el erudito Sr. Canella—el método pernicioso de la Teología, alambicando el pensamiento, oscureciendo las ideas y explicándolo todo en vista de ulteriores fines. Comparando y comentando Cánones y llevando la argumentación silogística á su explicación y refutación, se llegó á los mayores absurdos.» No era más satisfactorio el estado de la facultad de *Leyes*, que participó, como era inevitable, de los extravíos de las otras. En cuanto á la de Artes, véase lo que dice el citado Sr. Canella—hoy rector de la Universidad—respecto á sus estudios: «Considerados como preparatorios para las Facultades mayores, estuvieron poco adelantados y en escasa consideración, porque se aspiraba á ser teólogo, jurista, etc., pero difícilmente filósofo y matemático. Por otra parte, algunos de ellos, que hoy forman parte de la segunda enseñanza, eran de gran cuidado en época recelosa; nadie entraba de lleno en materia expuesta á tristes peripecias, y pocos tenían valor para arrostrar consecuencias graves.» Añádase á todo esto una vida económica difícil, á veces verdaderamente angustiosa, porque los albaceas de D. Fernando Valdés,

que durante muchos años se opusieron á la erección de la Universidad, así como la familia del arzobispo, que quería para sí las pingües rentas, mermaron no poco el capital de la fundación, y se tendrá idea de lo que fué en su primer siglo de existencia la escuela de la capital de Asturias.

No fueron mucho mejor las cosas durante la primera mitad del siglo XVIII, aunque el rey Felipe V, cuyo partido siguiera la Universidad al estallar la guerra de sucesión al trono, vacante por fallecimiento de Carlos II, le otorgó algunos favores. Sólo á medida que la centuria avanza se advierten marcados progresos. El gran Feijóo, como un siglo después el genial *Clarín*, lanza al surco estéril de la nación la semilla fecunda de sus ideas revolucionarias. La obra de cultura, de levantamiento de la patria, iniciada por los insignes ministros de Carlos III, repercutió, como no podía menos, en la Universidad ovetense. El asturiano Campomanes la protegió con decidido empeño desde los puestos más altos de la nación, á que llegó por sus grandes merecimientos. La recién fundada Sociedad Económica de Amigos del País, á la cual tanto debe la cultura de Asturias, puso á disposición de la Universidad sus medios. El insigne Jovellanos prodigó sus consejos sabios y otorgó los favores de su influencia cuando pudo. Aunque incompleta, se creó, por iniciativa del obispo González Pisador, una facultad de Medicina. Y al calor de la actividad universitaria se fundaron academias que interesaron á la opinión pública en los problemas de la ciencia y de la enseñanza.

Durante todo el siglo XIX siguió la Universidad las vicisitudes de la accidentada política española, levantándose á cada esfuerzo de la nación por levantarse y redimirse, cayendo cada vez que la reacción triunfaba. En los primeros años perdió la facultad de Medicina. Vino luego la serie do reformas generales iniciadas por D. Pedro José Pidal en 1845 y que no han cesado hasta el momento presente. A tenor de ellas cambió el cuadro de enseñanzas de la Universidad. En 1845 conservó los estudios de Filosofía, Jurisprudencia (leyes y cánones) y Teo-

logía. Perdió estos últimos en 1852 y los recuperó en 1857, cuando cambió los de Filosofía por los llamados de Filosofía y Letras y de Ciencias, que desaparecieron en seguida. En 1867 quedó la Universidad reducida á una mera escuela de Derecho civil, que unió al canónico en 1868. Y en 1895 se creó, aunque incompleta, una facultad de Ciencias.

No tiene, pues, la Universidad de Oviedo una ejecutoria gloriosa como las grandes Universidades europeas ni como las españolas de Salamanca y de Alcalá, famosas en la historia de la cultura patria y en la historia universal de la civilización. Fundada en una época de decadencia, cuando ya la nación era una ruina, fué hasta nuestro tiempo reflejo fiel del estado general del país. Mas no por eso dejó de prestar positivos servicios á la cultura de Asturias, donde antes de la fundación del arzobispo Valdés no existía ningún centro de enseñanza superior. A ella acudían á graduarse de licenciados y doctores infinidad de asturianos que, á falta de la Universidad provincial, no habrían podido desarrollar las nativas aptitudes. En ella repercutieron siempre, con intensidad mayor ó menor, los acontecimientos importantes de la vida nacional, siendo por ella entusiásticamente secundado todo empeño generoso de regeneración del país. Y á ella pertenecieron, en ella enseñaron ó de ella salieron asturianos que han dejado en la historia de España nombre preclaro: Campomanes, Jovellanos, Martínez Marina, el *divino* Argüelles, Flórez Estrada...

*
* *

Es en los últimos años del siglo XIX cuando la Universidad de Oviedo, reducida á una simple escuela de Derecho, adquiere relieve verdaderamente extraordinario. De un salto se pone á la cabeza de la cultura de ls nación. En sus aulas se hace por primera vez, después de la decadencia oprobiosa, labor científica alta, desinteresada y fecunda. Abrese á las corrientes de la civilización europea y orienta á la juventud por los nuevos

derroteros de la vida. Sale de su recinto, busca el corazón del pueblo y se empeña generosamente en hacer patria. Es la Universidad moderna, la Universidad liberal, la Universidad innovadora, revolucionaria, cultivadora de la ciencia y del derecho nuevos; la Universidad que, si no merece el nombre de Atenas española que le ha dado más de un cursi escritor americano, si no es tampoco la Covadonga de nuestra reconquista espiritual, como ha dicho más de un cursi escritor español, representa cuando menos el único esfuerzo serio hecho aquí por un centro de enseñanza para levantar á la nación, redimiéndola de una secular incultura, causa y origen de una miseria secular.

La transformación va unida á un nombre inmortal: el del genial *Clarín*. Se sabe en España mal lo que era como escritor este hombre extraordinario; no se sabe una palabra de lo que era como pensador y como pedagogo. Sólo los que hemos tenido la fortuna inmensa de asistir á su cátedra pudimos apreciar cuáles eran sus dotes de maestro. Un maestro era ante todo y sobre todo, fundamentalmente; un maestro tan grande por su ciencia como por su ternura, tan grande por su mente altísima de pensador como por su ingenuo y bondadoso corazón de niño. No era un maestro, era el Maestro; era Maestro todo él; era toda su persona en la función augusta de encender la luz del ideal en el alma del adolescente, de despertar en su corazón los primeros sentimientos hondos, de marcar las sagradas frentes juveniles con los surcos primeros del pensamiento. Era maestro todo él: con su cerebro agudo, fértil, de una sagacidad admirable; con su corazón pródigo; con su palabra nerviosa; con sus profundos ojos azules; con sus manos finas, aristocráticas, que cuando cogían un libro parecía que tocaban una flor. No era un maestro; era el Maestro. Lo enseñaba todo y no enseñaba nada. Debía explicar Filosofía del Derecho y explicaba Geografía, Religión y Gramática. En vez de hablar del concepto del Derecho, hablaba de Cristo. Hacía él lo que no hacían los padres en casa, los maestros en

la escuela y los profesores en el Instituto. Lo era todo: filósofo, maestro de instrucción primaria y encargado de los alumnos. De ahí el influjo enorme ejercido por aquella cátedra inolvidable en todos los que tuvieron la suerte de pasar por ella. Lo que en ella se ofrecía á las juveniles ansias era la esencia de la civilización. Una función sagrada se verificaba en ella todos los días, una función mística, de desfloramiento espiritual; los que en ella entraban niños salían de ella hombres, iniciado el corazón en los grandes dolores y en las supremas tristezas.

Nada menos que eso era la cátedra de *Clarín*. No habrá habido otro Maestro más maestro. De ahí, repito, el influjo enorme por él ejercido con sus alumnos todos. Los hay ya hombres que se ganan la vida desempeñando las funciones más prosaicas, en las tareas más embrutecedoras, en pueblos remotos por donde aún tardará muchos años en pasar el tren. Si el azar os lleva á uno de ellos y tropezáis en el casino con uno de esos antiguos estudiantes, y salís con él á dar un paseo después que termine la partida de tresillo ó de mus y charláis de varias cosas, dejando á la conversación rienda suelta, no tardaréis en reconocer al discípulo de *Clarín*. Tal es la huella que dejó impresa en las almas el gran pedagogo, á quien yo he visto llorar en clase cuando murió Sanz y Forés, aquel obispo sencillo y bueno, de imborrable memoria en Asturias.

Fuera de la Universidad, la intervención de *Clarín* en las diferentes manifestaciones de la vida de la región evoca los más hermosos apostolados. Explicaba conferencias en las sociedades sabias y de recreo; predicaba á los obreros el evangelio del amor y de la paz y hablaba en los «meetings» políticos. Recuerdo una conferencia suya en el Círculo Mercantil de Gijón. Era en la época de fiebre de negocios de la industriosa villa, poco antes de la gran huelga. No se hablaba en Gijón más que de valores, de fábricas, de dinero contante y sonante. El agio y la especulación hicieron de las suyas, preparando días de ruina y decadencia. Y *Clarín*, llamado por industriales,

por hombres de negocios, tal vez para que entonase un himno al progreso material de los pueblos, tuvo la sinceridad y el valor de señalar el peligro, y concluyó pronunciando esta frase: «Menos Beocia y más Atenas.» Es aquello de Ruskin diciendo á los industriales ingleses: «El país entero es un jardincillo no más que suficiente para que nuestros hijos corran por el césped, si los dejáis correr por él. Y este jardincillo lo estáis convirtiendo en un alto horno y lo llenaréis de montones de ceniza, si es posible. Si no vosotros, vuestros hijos sufrirán por ello, pues hay hadas de los altos hornos, como las hay de los bosques, y mientras sus primeros dones semejan agudas saetas de valientes, los últimos semejan brasas de enebro.» Y es también lo de Spencer cuando, en un banquete que le ofrecieron sus admiradores de Nueva York, dijo que el sentido americano de la vida era tolerable como tarea preliminar de una cultura, como carácter provisional de una civilización, pero que urgía ya rectificarlo, puesto que tendía á convertir el trabajo utilitario en fin y supremo objeto de la existencia, cuando no era más que un medio para el armonioso desenvolvimiento del sér humano.» Como Ruskin y como Spencer, era el insigne Maestro una gran autoridad social. Por él comenzó la Universidad á intervenir en las contiendas entre el capital y el trabajo. Cuando la gran huelga de Gijón de 1900, obreros y patronos pusieron en sus manos la solución del conflicto, que revistió caracteres de gravedad extraordinaria, y si bien no pudo el Maestro ilustre, por intransigencia de unos y de otros, llevar á las partes á favorable acuerdo, no por eso deja de tener el hecho una significación altísima.

Con el inolvidable *Clarín* trabajaba en la Universidad un grupo de hombres beneméritos: Posada, el eminente maestro de Derecho público, profesor de Derecho político; Buylla, economista y sociólogo; Aramburu, profesor de Derecho penal, uno de los hombres más cultos y una de las palabras más hermosas de España; Sela, Melquiades Alvarez, y últimamente Altamira, el ilustre historiador de la civilización española. A

la actividad infatigable de este núcleo se debieron las diferentes obras en que la Universidad puso, fuera de las aulas, su empeño regenerador. En 1895, por iniciativa de Posada, Sela y Buylla, se creó, según el modelo de los seminarios alemanes, la *Escuela práctica de estudios jurídicos y sociales,* á fin de iniciar á los alumnos distinguidos en los trabajos de investigación científica que en las cátedras no era posible realizar. Puedo asegurar, por haber pertenecido á sus diferentes secciones, que en dicha escuela se hacía muy interesante labor; y me consta que sirvió muy eficazmente para poner en íntimo contacto á profesores y alumnos, borrando antiguas ridículas distancias, y haciendo de unos y otros fraternales compañeros de trabajo. En 1898, por iniciativa de Altamira, se fundó la *Extensión universitaria*, que llevó, y sigue llevando, la voz de la cultura á los pueblos más apartados de la provincia y á diferentes poblaciones del Norte de España. Inauguráronse más tarde clases populares para obreros, que tal vez lleguen á constituir en lo futuro una Universidad popular. Y puede decirse que han arraigado las *Colonias escolares de vacaciones,* noble institución que data en Oviedo de 1895.

No cabe hablar en un trabajo de la índole del presente de todas estas varias instituciones, de cuyos progresos dan idea los *Anales* que la Universidad publica. Ellas constituyen, con la labor puramente universitaria, uno de los esfuerzos más serios hechos aquí para levantar á la nación, redimiéndola de la incultura y de la miseria. Por ellas llegó la Universidad al corazón del pueblo, produciendo en Asturias un ambiente que se echa de menos en no pocas regiones de España.

*
* *

Tal es la representación actual de la Universidad que va á celebrar el tercer centenario de su fundación. Es, repito, la Universidad liberal, la Universidad moderna, abierta á todas las corrientes del pensamiento y de la vida. Débele la juven-

tud asturiana el haberla guiado por los nuevos derroteros de la civilización. Débele España gratitud por su empeño noble de elevar el nivel de la cultura nacional.

No significan las próximas fiestas conmemoración de glorias que no existieron ni podían existir. Pero sí pueden tener una significación muy simpática: la del cariño que Asturias siente por su primer centro de enseñanza, que algo llegó á ser, no ya en España, sino en el mundo, cuando tantas representaciones extranjeras se disponen á acudir á las solemnidades del Centenario.

ALVARO DE ALBORNOZ

Oviedo, Septiembre de 1908.

# CRÓNICA LITERARIA

La novela del toreo: *Sangre y arena,* por Vicente Blasco Ibáñez. Madrid, 1908.

Para acabar de pasar revista á la reciente producción novelesca española, quiero decir, á la media docena de obras que sobrenadan en ella, sólo tendría que añadir á los libros de que he hablado en Crónicas anteriores una obra de un gran novelista y cuatro ó cinco libros de novelistas menores.

Blasco Ibáñez es el gran novelista á quien me refiero. Su libro, *Sangre y arena.* Blasco Ibáñez es hoy uno de los novelistas que tienen más lectores en España. El público de la novela se forma á fuerza de insistir, á menos que de buenas á primeras se acierte á escribir una obra excepcional, caso rarísimo. Blasco Ibáñez tiene ya una extensa colección de novelas. Las que ha escrito siendo ya famoso, hallándose en plena posesión del renombre literario, han hecho leer las primeras, que no salieron de un limitado círculo local al tiempo de la aparición. Sin embargo, hay entre ellas libros excelentes, como *Arroz y tartana* y *Flor de Mayo.* A mi juicio, las cualidades literarias de Blasco Ibáñez han variado poco, pero su horizonte se ha ensanchado. Empezó siendo un novelista regional, un Pereda valenciano, sin el clásico estilo del autor de *Peñas arriba,* pero con más colorido y mayor fuerza dramática, y al mismo tiempo menos local dentro de lo local. Después ha paseado su inspiración por muchas ciudades españolas y muy varios asuntos. Nos ha hecho, ó ha intentado hacer, la novela de Bilbao, la de

Toledo, la de Jerez, la de los suburbios de Madrid. En la mayor parte de estas obras, la pintura de medios, de costumbres, de estados ó fenómenos sociales se sobrepone á la de los individuos, de sus conflictos pasionales y de su espontaneidad psíquica. De ahí deduzco dos cosas: primero, que el carácter de escritor local de Blasco Ibáñez ha subsistido después de haber dejado de ser un novelador puramente de costumbres y tipos valencianos, aunque haya variado de escenarios y de residencia á medida que peregrinaban por diferentes poblaciones de España los argumentos de sus novelas; segundo, que Blasco Ibáñez es en arte un novelador socialista, de multitudes, de conjuntos sociales, de medios.

Blasco Ibáñez ha sido uno de los escritores españoles más influídos por Zola, por el Zola de los *Rougon Macquart* en sus primeras novelas; por el Zola decadente, aunque perfeccionado en la técnica, de las *Trois Villes*, y de los *Evangelios,* en obras más recientes, como *La Catedral*. ¿Es efecto del naturalismo ese predominio del medio en las novelas de Blasco Ibáñez? ¿Es un residuo espiritual de su carrera de agitador popular que le hace ver como lo más interesante de los asuntos el aspecto colectivo, lo que determina la condición y género de vida de las masas, ó bien de una clase ó un grupo de hombres? ¿Depende de ser Blasco Ibáñez, más que un psicólogo, un pintor de lo sensible? Todo ello puede contribuir: antecedentes literarios, ideas políticas, aptitudes artísticas predominantes. El hecho es que, así como en los *Rougon Macquart* (al menos en su pensamiento original) el principio de la herencia es lo que domina, en las novelas de Blasco Ibáñez es la influencia del medio. Los conflictos, las pasiones, los caracteres, los incidentes de la fábula se dan en una estrecha relación con el medio, determinados ó dominados por éste.

En *Sangre y arena* también prepondera el medio, el escenario, el ambiente de las costumbres. Pero aquí no se trata principalmente de un medio regional ó ciudadano, de un medio local. Hay, en verdad, descripciones de costumbres loca-

les (las cofradías en Sevilla, la vida del cortijo andaluz, el episodio del bandolerismo, la existencia solitaria y montaraz del pastor de reses bravas). El medio es principalmente un medio social, de costumbres, de clase, es el mundo de la torería.

*Sangre y arena* es la novela de los toros. Este asunto, tan pintoresco y tan castizo, no tenía hasta ahora adecuada representación en nuestra novela moderna. Se habían escrito por algunos novelistas de segundo orden, como Arturo Reyes y Héctor Abreu, novelas del toreo; pero ni estas obras eran, á decir verdad, de un mérito extraordinario, ni tan completas en la descripción de la vida del torero, desde sus principios, obscuros y picarescos, hasta la época triunfal de la conquista de la fama, como el libro de Blasco Ibáñez. El hecho es que el torero, su psicología, su profesión, su popularidad ocupan en la novela contemporánea un lugar secundario. Figuran en ella generalmente como uno de tantos elementos descriptivos. Sin embargo, este aspecto de las costumbres no es tan insignificante. La afición á los toros y la idolatría por los toreros ha contribuído á propagar y conservar el flamenquismo. Ha sido uno de los factores que han contribuído á formar el tipo del señorito chulo, ya en visible decadencia, sustituído casi por los hombres de los *deportes* europeos. Acaso el asunto no tentó más á los novelistas, porque no veían en él más que una materia descriptiva, de brillante exterioridad propensa al colorismo. Pero es indudable que el toreo interesa mucho más á gran porción de gente que otros aspectos de las costumbres nacionales que han dado asunto á las novelas, y no sólo interesa á muchos, sino que ofrece sobrada materia á la novela de costumbres, puesto que hay en ese mundo especial de la torería, tipos propios y característicos, hábitos especiales, hasta un lenguaje ó jerga peculiar, y sobre todo una influencia social y estética, que puede considerarse en conjunto malsana, pero que es un hecho positivo é innegable. El mundo de los teatros, la vida de entre bastidores, ó bien en otra esfera, el mundo de los negocios, y las especulaciones bursátiles que

inspiró á Zola *L'Argent,* no son en realidad asuntos más novelables que la torería. Si Zola hubiera sido español, alguno de sus Rougon de seguro fuera torero. No faltaría esta novela en la galería de sus obras.

*
* *

Blasco Ibáñez ha tenido el acierto de ver este asunto y de desarrollarle artísticamente, sin que para ello haya necesitado acordarse de que ya se había escrito alguna que otra novela acerca del torero. Los toros no son ciertamente un asunto oculto, cuyo rastro hay que perseguir entre los precedentes literarios. *Sangre y arena* está pensada y escrita como á mi parecer debe concebirse y escribirse la novela de la torería, como una novela de costumbres, como una novela principalmente descriptiva. Su asunto es eso: un aspecto ó una zona especial de las costumbres. Ni los caracteres ni la fábula ofrecen nada de extraordinario. De donde dimana el interés de la novela es de la pintura de un género de vida, de una esfera social, de una clase particular de gentes. Blasco Ibáñez, dadas sus facultades, tenía que sacar mucho partido de tal asunto, y efectivamente, lo ha sacado. Y no sólo en aquellas escenas pintorescas, como las descripciones de las corridas de toros, la procesión de los pasos en Sevilla, etc., que tanto se prestan á que las avalore la brillantez y el colorido extraordinario del estilo de Blasco, sino también en la cabal pintura y apreciación de los personajes. A juzgar por lo que ha dicho un técnico en la materia (el revistero de toros de un periódico de Madrid: *El Mundo),* Blasco Ibáñez se ha inspirado en la realidad: ha oído historias y anécdotas de toreros y aficionados, se ha enterado de particularidades del oficio. No le habrá sido difícil documentarse cumplidamente. Que haya incurrido en algún error tauromáquico (y yo no sé si habrá incurrido, porque no soy aficionado á la fiesta de toros, ni entiendo de ella), es cosa sin importancia. Una novela de toros no necesita ni debe ser un

tratado de toreo. La documentación no tiene otro fin que el de dar verosimilitud á las descripciones.

Si tal título no fuese empachoso é impropio de una novela, Blasco Ibáñez hubiera podido titular la suya *Grandezas y miserias de la torería,* siguiendo el ejemplo de Alfredo de Vigny en su libro sobre la profesión militar *(Servitude et grandeur militaires)*. En efecto; Blasco nos presenta la vida completa de su héroe, desde los principios trabajosos y humildes, principios de hampa, de hambre, de desprecios, de capeas en los pueblos, hasta el triunfo con todos sus halagos de admiración popular, de paga espléndida, de riqueza, de favores femeninos. Para que el cuadro sea completo, nos presenta también la decadencia del matador: la época en que, habiendo conseguido ya dinero y renombre, ama la vida y no siente los impulsos temerarios de los días de lucha en que se piensa que más cornadas da el hambre, según la frase de un clásico del toreo. El triunfo y el bienestar suelen hacer conservadores á los hombres, y de esta regla no se eximen ni los mismos toreros, á cuya profesión parece ir unido un deber de guapeza y valentía. Por último, el novelista nos hace asistir á la muerte del espada en plena plaza, muerte de gladiador, que eso es el torero, un gladiador ó beluario moderno.

Aunque *Sangre y arena* abarca, como he dicho, toda la vida del matador, el novelista no ha adoptado la forma serial y cronológica de las antiguas novelas biográficas ó autobiográficas, tipo común entre las picarescas. Esta forma, que se adaptaba bien á la novela narrativa, está hoy casi abandonada, porque no encaja en el tipo más común de la novela moderna, que es de estructura dramática, abundante en diálogos y en que el narrador procura eclipsarse detrás de los personajes. Blasco Ibáñez, para presentarnos la vida de Juan Gallardo, el héroe de su novela, ha ideado un argumento ó asunto central, los amores del torero con Doña Sol, una gran señora caprichosa y extravagante, que tiene una pasajera debilidad por el espada. Este, con la fatuidad propia de los hombres halagados por la

fortuna, y especialmente de los que sobresalen en los ejercicios físicos, que producen como una exaltación de la personalidad y fomentan la confianza en sí mismo, cree que aquellos amores van á ser eternos ó constantes; pero á Doña Sol, como era natural, se le pasa pronto el capricho. Para ella ha sido aquella aventura cuestión de ambiente, una tentación de lo pintoresco, una emboscada del color local, una borrachera del sol ardiente de Sevilla y del entusiasmo contagioso de la plaza. Mas para Gallardo aquello es el amor, el amor único que pasa por la vida como un fantasma de la felicidad. Cuando Doña Sol se aleja, el torero queda desalentado, es otro hombre; parece que la duquesa rubia, la maga de amor que le abrió un día los brazos, se ha llevado su energía, su atrevimiento y su fortuna Una cogida grave en la plaza de Sevilla le amedrenta y le quita facultades. La plebe, irritada con él porque le ve alternar de continuo con señoritos y ricachos, y cree que desprecia á los pobres, que formaron sus primeros públicos entusiastas, su partido taurino, le insulta y le denosta en las corridas. Cuando el torero quiere recobrar su comprometida fama y lucirse ante Doña Sol en la plaza de Madrid, encuentra la muerte en la arena. La acción es sencilla, como se ve. Es el esqueleto ó armazón de las descripciones. Con otra acción distinta podría haber escrito Blasco Ibáñez una novela que se diferenciase muy poco de *Sangre y arena*, que fuese otra versión de *Sangre y arena* idéntica en todo lo esencial. El argumento es secundario en esta obra. Es lo que enlaza y da trabazón á sus diferentes partes. Los numerosos episodios de la novela hacen que esta acción pareza frondosa y llene cumplidamente las 400 páginas del libro.

Lo mejor de *Sangre y arena* no es esa acción que no tiene originalidad, ni necesita tenerla, puesto que el papel que desempeña es el de andamiaje del edificio descriptivo, ó sea del estudio de costumbres y de la brillante pintura de las escenas del toreo. El caso de una gran señora frívola y liviana, que siente un capricho pasajero por un hombre de condición inferior y luego

se aparta de él, se repite hasta lo infinito en las obras de imaginación. Hay que reconocer, no obstante, que Blasco Ibáñez, una de cuyas cualidades como novelista es la discreción, el sentido de la medida, ha sabido dar las proporciones que suele tener al capricho de una gran dama por un torero. Este lance capital del argumento está concebido con penetración psicológica. Es la solución más probable, dada la naturaleza de los personajes.

En *Sangre y arena* lo más notable son las descripciones, que tienen un color y una vida extraordinarios. Blasco Ibáñez, siendo como es un maravilloso pintor de lo sensible, tenía un magnífico asunto en una fiesta como la de toros, que es una orgía de color y de movimiento, un espléndido espectáculo de barbarie artística y bella. Las descripciones de las corridas, de las capillas de las plazas, de la calle de Alcalá en día de toros, son páginas en que la prosa toma relieve pictórico, parece convertirse en color y dibujo y cuajarse en imágenes visuales. Los personajes, desde el protagonista hasta las figuras secundarias, como el bárbaro picador *Potaje*, el bandolero *Plumitas* (que parece inspirado en el *Vivillo*), el apoderado don José, los aficionados idólatras de Gallardo, su cuñado el talabartero y otros muchos, tienen una verdad y una vida insuperables. Entre esas personas novelescas de segunda fila sobresale el banderillero *El Nacional*, un tipo muy gracioso de librepensador, sin discernimiento ni letras, al mismo tiempo hombre honrado y bueno á carta cabal, cuyo aspecto satírico es una muestra de la independencia é imparcialidad de Blasco Ibáñez cuando está verdaderamente poseído de la inspiración artística, cuando es novelista y nada más que novelista. Blasco, que es un escritor natural, poco amigo de alambicamientos, que ve claro en las cosas y describe con claridad lo observado, ha sabido pintar de un modo magistral estos varios tipos y estas almas poco complicadas. Las figuras femeninas me parecen inferiores; son algo más opacas, incluso la misma Doña Sol. Con todo, los tipos de la madre y la esposa del torero están

vistos y retratados con sagacidad. Pero en *Sangre y arena* la mujer ocupa un lugar subalterno.

Tiene la novela de Blasco Ibáñez, como es frecuente en las obras de este escritor, sus correspondientes filosofías intercaladas en el texto: la filosofía del doctor Ruiz sobre el toreo, considerado como un espectáculo que ha venido á sustituir ventajosamente á los autos de fe, dando suficiente pasto á la ferocidad del pueblo; la filosofía del bandido *Plumitas*, que se lamenta de haber nacido tarde, de no haber visto la luz en tiempos en que un aventurero valiente podía labrarse un brillante porvenir en las recién descubiertas Indias (como si entonces no hubiese habido también y en abundancia malhechores que se contentaban con robar por los caminos), me parecen medianas paradojas, escritas en buen estilo, pero nada originales ni convincentes. Blasco Ibáñez, filosofando ó cultivando la paradoja, me convence mucho menos que novelando. Es más artista que pensador.

Contra *Sangre y arena* se ha formulado una acusación de plagio. Como he tratado con alguna extensión de dicho punto en otro lugar, me creo dispensado de volver sobre él en esta Crónica. El alegato del Sr. Héctor Abreu, que pretendía que la novela del Sr. Blasco Ibáñez estaba inspirada en las suyas, *El espada* y *Niño bonito*, ó que por lo menos presentaba grandes coincidencias con ellas, no ha tenido fortuna. Las pruebas que le acompañaban eran tales, que por sí solas bastaban para sentenciar el pleito en contra del demandante, sin necesidad de oir defensa alguna. Y este incidente ha servido para demostrar que hay mucha gente que no tiene exacta idea de lo que es el plagio en literatura, aunque haya mucha también que acoge con maligno regocijo cualquier imputación de esta clase.

Sin llegar á la altura de *Cañas y barro*, *Sangre y arena* me parece una de las mejores novelas de Blasco Ibáñez. Por su asunto y por su feliz ejecución es libro que seguramente pasará la frontera.

E. Gómez de Baquero

# REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Economía política: Las fuentes de la riqueza, según Ruskin.=Costumbres: Las recitaciones poéticas.=Crítica: Rubén Darío y Vargas Vila.=Literatura: Zola, por su correspondencia.=Psiquiatría: Los tipos endofásicos.=Impresiones y notas: Whistleriana.—La obsesión de la mirada.

## ECONOMÍA POLÍTICA

Las fuentes de la riqueza, según Ruskin.—El libro *Unto this last*, de Ruskin, ha sido el primero de este autor que ha leído E. Papini, gracias á una traducción italiana de su amigo Juan Amendola, pues sin esa circunstancia no se le hubiera ocurrido leer nada del genial escritor inglés, por el que sentía profundísima antipatía, estimando su producción, sin otros datos que algunos párrafos sueltos citados aquí y allá, como propia de un hombre presumido, siempre montado en su trípode sibilino en posición de cicerone esteta con voz de bajo profundo. La lectura de *Unto this last* le ha hecho cambiar radicalmente de opinión, mostrándose en *Il Rinnovamento* públicamente arrepentido de su ignorancia, y declarando que la lectura de Ruskin hace bien al alma, y llega en ciertos momentos á conmover, á pesar de la trivialidad de la materia.

Porque no se trata, en efecto, de un libro de estética ni de historia del arte, sino de economía política; pero no como la entienden los economistas y sale destilada de los laboratorios universitarios, sino como la puede comprender un hombre de corazón. Ruskin critica el concepto corriente de la economía, revolviéndose principalmente contra Start Mill y Ricardo, y

también, aunque Papini no lo cite, contra Darwin y su famosa teoría de la lucha por la existencia, clave de toda la historia individual y social. Lo que ante todo echa en cara Ruskin á los economistas, es el no tener en cuenta los *afectos* del hombre ó sólo atender á los afectos egoístas y anticristianos, sin pensar en el alma ni en las razones morales y sentimentales de los actos humanos. En una casa no hay más que un mendrugo de pan, y la madre y los hijos se mueren de hambre; si lo come la madre, los hijos perecen, y si lo comen los hijos, la madre tendrá que ir hambrienta á su trabajo; según las teorías materialistas, la lucha se entablará entre los hijos y la madre, y ésta, como más fuerte, vencerá y se comerá el mendrugo; pero, lejos de ser así, los afectos intervienen, y el conflicto se resuelve sin lucha ó mediante una lucha de abnegación en que todos quieren sacrificarse por los demás. ¿No hay mil ejemplos de que así, y no de otro modo, es como pasan las cosas? ¿Por qué ese empeño en mantener como axioma indiscutible el *homo homini lupus* con todas sus consecuencias? En el hombre hay instintos bajos, pasiones malsanas, tendencias brutales, egoístas; pero hay también ideas nobles, sentimientos elevados, afectos generosos y altruistas, que no pueden ni deben desconocerse, y que deben siempre ser tenidos en cuenta en todo análisis de los actos humanos, si no se quiere correr el riesgo de falsear los hechos.

Ruskin, con su espíritu sutil, ha hecho un verdadero descubrimiento: el de que la riqueza depende de la pobreza. La fuerza de la guinea que tenía en el bolsillo, depende totalmente de la falta de otra guinea en el bolsillo del vecino; si él no la necesitase, vuestra guinea no serviría para nada, y el arte de hacerse rico consiste sencillamente en mantener en la pobreza á vuestro vecino. «Suponed que nadie necesita nada, y que por lo mismo no es posible encontrar ningún criado; el rico tendrá que amasar y cocer su pan, coser sus vestidos y labrar sus tierras; su oro tendrá para él la misma utilidad que cualquiera otra piedra amarilla que se encuentre en sus tierras;

sus provisiones tendrán que pudrirse porque no puede consumirlas él solo; y como no será capaz de mantener en buen estado su palacio ni cultivar sus campos, acabará por contentarse con su parte de cabaña y de huerto de hombre pobre», aunque pueda llamar suyos los campos abandonados, los palacios ruinosos y los sacos de oro apilados en el régimen anterior.

La moderna economía, y la antigua también, sólo enseñan el arte de hacerse rico, y en eso estriba su indignidad. «El medio que se empleaba para enriquecerse en la Edad Media era el de envenenar á los ricos; el medio que se emplea hoy es adulterar los alimentos de los que poseen poco.» Pero la riqueza mercantil no es la verdadera riqueza; la verdadera riqueza son los hombres mismos. «No hay más riqueza que la vida, con todos sus poderes de amor, de goce y de admiración; el país más rico es el que contiene mayor número de seres humanos, nobles y felices; el hombre más rico es el que, habiendo perfeccionado en el más alto grado las funciones de su vida, ejercita la más amplia influencia socorredora, personalmente, ó mediante sus bienes, en la vida de los demás.»

«La verdadera ciencia de la economía política—sigue diciendo Ruskin—es la que enseña á las naciones á desear las cosas que conducen á la vida y á trabajar por ella, enseñando á despreciar y á destruir las que conducen á la destrucción. Si en el estado de infancia se suponía que cosas indiferentes como los pedazos de piedra turquí ó roja tenían valor y consumían gran cantidad de trabajo, que debe emplearse en alargar y ennoblecer la vida; y si se pensaba que cosas preciosas y beneficiosas, como el aire, la luz y la limpieza, carecen de valor; ó bien, se imaginaba que las condiciones de su existencia, con las cuales únicamente es de veras posible poseer ó usar cualquier cosa, la confianza, el amor puedan enajenarse sin peligro; si los mercados ofrecen la ocasión, por oro, hierro ó excrecencias de conchas, la grande y única ciencia de la economía política les enseña en todos estos casos qué cosa es vanidad y qué cosa

es sustancia.» «La riqueza en dinero no es la verdadera riqueza; no os cuidéis de ningún modo de ganar mucho dinero, sino de sacar el mayor partido del que tenéis, recordando siempre el grande, palpable é inevitable hecho de que lo que una persona tiene no puede tenerlo otra; y que todo átomo de cualquier género que sea, usado ó consumido, es otro tanto de vida humana gastada.»

No quiere Ruskin suprimir por eso la riqueza, sino ennoblecerla; ni acabar con los mercaderes, sino idealizarlos. Si la riqueza significa poder, no por eso el oro es la única forma de potencia, y en el poder moral, por lo mismo que es inexcrutable é inmedible, «se halla implícito un valor monetario tan real como el representado por la moneda más palpable: una mano de hombre puede estar llena de oro invisible». Aun desde el punto de vista de lo útil, tiene su valor el desinterés; y cuando se comprenda lo que es verdaderamente el comercio y se pueda practicarlo, no ya movidos por el egoísmo, sino por el amor á los hombres, se verá que «en el verdadero comercio, como en el verdadero predicar ó en el verdadero combatir, es necesario admitir la idea de una pérdida voluntaria accidental, pues el mercado puede tener, como el púlpito, sus mártires, y el comercio sus heroísmos, como la guerra.» Ruskin quiere que el comerciante sea más moral, más cristiano, más noble; tiene el deber de proveer á sus conciudadanos como el soldado el de defenderlos, y antes que consentir en adulteraciones y sobreprecios injustos, debe soportar las calamidades resultantes de la escasez ó del trabajo, pensando en que los pobres no sólo tienen derecho al pan y á la carne, sino á la educación y al saber. Encarándose luego con los pobres, les dice: «¡La carne! Acaso pueda sostenerse vuestro derecho á reclamarla; pero hay otros derechos que deben sostenerse antes; reclamad las migajas de la mesa, si queréis, pero reclamadlas como hijos, no como perros; proclamad vuestro derecho á ser alimentados, pero proclamad con más fuerza vuestro derecho á ser santos, puros y perfectos.»

Ruskin combate el igualitarismo: «Las riquezas son una forma de fuerza, y el hombre fuerte no hace mal á los demás manteniendo su propia fuerza, sino usándola de modo ofensivo; el socialista, al ver á un hombre fuerte que oprime á un débil, exclama: ¡Romped los brazos del hombre fuerte!; pero yo digo: enseñadle á usarlos con mejor fin.»

Como Ruskin no era hombre de ciencia, los remedios que propone para el actual estado de cosas tienen escaso valor práctico. Ruskin, como Tolstoi, son cristianos sinceros que entienden que siendo el Evangelio la doctrina que profesamos, debemos acomodar á esa doctrina nuestra conducta, y dejar la farsa y la hipocresía en que hoy se asientan nuestros actos, en plena pugna con lo que llamamos nuestras creencias morales y religiosas.

## COSTUMBRES

Las recitaciones poéticas.—Los poetas han gustado siempre de leer ó declamar sus versos. Desde Orfeo, que, según la leyenda, no temía tener por oyentes á las fieras y á los árboles, hasta el que cualquiera de nosotros tiene por amigo, los poetas, como dice Santiago Bompard en *La Grande Revue*, han sido singularmente sociables. No les gusta quedarse solos con sus poesías; no les importa que les escuchen; les basta con que les oigan.

En Roma los poetas ricos—á veces se encuentran—ofrecían grandes comidas; otros, menos afortunados, declamaban en los baños; otros, en fin, más impudentes ó más imprudentes, surgían de pronto en el foro, tras un poste, dominando á la multitud, y recitaban sus poemas. Hubo que poner orden en estos recitados, y se reglamentaron convenientemente, quizá con el propósito de disminuir el número de poetas; pero los poetas se multiplicaron.

Asinio Polion fué el primero que tuvo la idea de las *Lecturas públicas*. Era hombre noble y rico, del tiempo de Augus-

to, y como no había podido hacer carrera en la política, se dedicó á la literatura. Sus lecturas fueron al principio, como toda novedad, muy gustadas por el público. Se las organizó con cuidado, sin dejar nada al azar, en salas especiales, propias ó de alquiler, con banquetas y sillas de marfil; se enviaban invitaciones, se lanzaban pregones por las calles; los esclavos recorrían las casas de los aficionados para que no faltasen, y hasta llegó á haber contratistas encargados de suministrarlo todo: salón, bancos y público. El día fijado para la lectura, todo estaba en orden; la orquesta en su puesto, y el maestro de ceremonias corriendo de un lado para otro. En el momento crítico sale el poeta, vestido con una toga blanca, y se sienta en un elevado sillón, á modo de púlpito, que domina la sala. Bebe unos sorbos, para suavizarse la garganta, de la bebida de moda; tose, arregla los pliegues de su toga, y habla para explicar el asunto de sus versos y las circunstancias que le han movido á componerlos; se recoge luego un momento y se lanza á la recitación.

El público se compone de ociosos y holgazanes, con algunos poetas rivales, que se reconocen por sus barbas mal peinadas y sus trajes menos brillantes. Los libertos del poeta le rodean y dan la señal de los aplausos. Hay su banda de alabarderos asalariados, que tienen que entusiasmarse por tres dineros, y exclaman á cada estrofa: «¡Hermoso! ¡Perfecto! ¡Divino!» Derraman lágrimas de alegría, brincan y se emocionan, como las plañideras alquiladas para los entierros. El lector se conmueve ante los aplausos, y sigue su lectura, encantado de tanta atención y entusiasmo.

Los más importantes personajes no resisten al deseo de disfrutar de aquellos goces: Nerón convoca al pueblo entero para que le oiga. Claudio lo deja todo por ir á sorprender agradablemente á Noniano en medio de la lectura de sus obras. Domiciano es uno de los oyentes más asiduos de Stacio. Aquella boga no podía, sin embargo, prolongarse, y el público acaba por cansarse de oir los lamentos de Orestes. No se

presta atención al lector, ni apenas se encuentra auditorio, y Ruson, para tener público, tiene que apelar al recurso de invitar á sus numerosos deudores.

Estas lecturas públicas son las que ahora se intentan restablecer con la creación del Salón de los Poetas en el Gran Palacio de París. Es verdad que se ha suprimido la toga y hasta los gargarismos, y que la voz del poeta resuena acompañada por los cuernos de los tranvías y los ruidos de los automóviles que pasan por la calle. Pero la novedad se ha impuesto, y el público novelero no ha faltado, aplaudiendo cada grupo á su poeta conocido. Antes hubo las conferencias de salón y las comedias de sociedad; recuérdense las tertulias de las Preciosas y los salones del siglo XVIII, cuyas declamaciones fueron sustituídas por las de las Universidades populares y las Casas del Pueblo. El resultado ha sido siempre poco brillante; los obreros son poco sensibles á la poesía, elegíaca ó social; entienden mejor *La Internacional* ó *Quand l'amour meurt,* y no hay que lamentarlo.

El flamante *Salón de los Poetas* no se dirige ni á los obreros ni á las grandes damas, sino al público corriente, á la burguesía. ¿No será nocivo á los poetas ese público? Bompard cree que sí, y yo también. El público irá—mientras dure la moda;—pero no á instruirse ni á deleitarse, sino como va al teatro, á distraerse, á pasar el rato, á matar el tiempo. Habrá que seducirle, no por la inteligencia, sino por los sentidos. Habrá que acudir á las ingenuas del Conservatorio ó á los actores célebres para asegurarse la concurrencia, ó habrá que adoptar vestimentas adecuadas y hasta preparar decoraciones *ad hoc* que llamen la atención y atraigan curiosos. Y el poeta dejará de ser libre, y tendrá que disfrazar sus ideas y sus sueños para acomodarlos á los gustos del público. Lo original no es jamás comprendido por un público ordinario. Habrá que huir de las ideas profundas, porque aburren y huelen á pedantismo. No se podrá hacer alarde de sentimientos ardientes ni apasionados, y habrá que hacer poesía *modern style*, estilo Capus; se

buscará lo soso, lo vulgar, lo lindo; el artificio sustituirá al arte, y la poesía será un oficio. Así nos lo enseña la historia de la poesía romana, y no hay motivos para esperar que no se repita en la poesía contemporánea. Deseemos, sin embargo, equivocarnos, y celebremos la creación del Salón de los Poetas.

## CRÍTICA

Rubén Darío y Vargas Vila.—Uno de los números más interesantes de la *Unión Ibero-Americana* ha sido el destinado á reseñar la fiesta celebrada en honor de España en los elegantes salones de la Unión. Entre las muchas composiciones que fueron leídas en la memorable sesión, escogemos las de Rubén Darío y Vargas Vila, porque... *a tout seigneur tout homeur;* pues como dijo el peruano Sassone al leer la de Vargas Vila, «Rubén Darío y Vargas Vila son los dos extremos en el arte español del continente americano; uno es la gracia y otro es la fuerza, y ambos, como buenos hijos de regiones tropicales, tienen del sol toda la luz el poeta orfebre y miniaturista, todo el fuego el prosador intenso y denodado; diríase de nuestro arte una espada, de la cual es Rubén Darío el pomo, con incrustaciones de rica pedrería, y Vargas Vila la brillante hoja de acero.»

Vamos á ver ese pomo y esa hoja, esa gracia y esa fuerza, esa luz y ese fuego. Y conste bien que si hacemos especial blanco de nuestra crítica á Rubén Darío, es precisamente porque estimamos lo mucho que vale, y nos duele que, pudiendo servir de modelo de bien decir á los poetas de aquende y allende el Atlántico, se empeñe en sembrar el campo de la poesía española de malas yerbas de seductor aspecto.

La poesía de Rubén Darío se titula *Salutación del optimista,* y su sentido no puede ser más consolador y simpático. Hela aquí íntegra:

## SALUTACIÓN DE OPTIMISTA

¡Ínclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda,
Espíritus fraternos, luminosas almas, salve!
Porque llega el momento en que habrán de cantar nuevos himnos
Lenguas de gloria. Un vasto rumor llena los ámbitos; mágicas
Ondas de vida van renaciendo de pronto.
Retrocede el olvido, retrocede engañada la muerte;
Se anuncia un reino nuevo, feliz sibila sueña
Y en la caja pandórica de que tantas desgracias surgieron
Encontramos de súbito, talismánica, pura, riente,
Cual pudiera decirla en su verso Virgilio divino,
La divina reina de luz, la celeste Esperanza!
Pálidas indolencias, desconfianzas fatales que á tumba
Ó á perpetuo presidio, condenásteis al noble entusiasmo,
Ya veréis el salir del sol en un triunfo de liras,
Mientras dos continentes, abonados de huesos gloriosos,
Del Hércules antiguo la gran sombra soberbia evocando,
Digan al orbe: la alta virtud resucita
Que á la hispana progenie hizo dueña de siglos.
Abominad la boca que predice desgracias eternas,
Abominad los ojos que ven sólo zodíacos funestos,
Abominad las manos que apedrean las ruinas ilustres,
Ó que la tea empuñan ó la daga suicida.
Siéntense sordos ímpetus en las entrañas del mundo,
La inminencia de algo fatal hoy conmueve la Tierra.
Fuertes colosos caen, se desbandan bicéfalas águilas,
Y algo se inicia como vasto social cataclismo
Sobre la faz del orbe. ¿Quién dirá que las savias dormidas
No despierten entonces en el tronco del roble gigante
Bajo el cual se exprimió la ubre de la loba romana?
¿Quién será el pusilánime que al vigor español niegue músculos
Y que al alma española juzgase áptera y ciega y tullida?
No es Babilonia ni Nínive enterrada en olvido y en polvo,
Ni entre momias y piedras reina que habita el sepulcro.
La nación generosa, coronada de orgullo inmarchito
Que hacia el lado del alba fija las miradas ansiosas,
Ni la que tras los mares en que yace sepulta la Atlántida,
Tiene su coro de vástagos, altos, robustos y fuertes.
Únanse, brillen, secúndense, tantos vigores dispersos;
Formen todos un solo haz de energía ecuménica.

Sangre de Hispania fecunda, sólidas, ínclitas razas,
Muestren los dones pretéritos que fueron antaño su triunfo.
Vuelva el antiguo entusiasmo, vuelva el espíritu ardiente
Que regará lenguas de fuego en esa epifanía.
Juntas las testas ancianas ceñidas de líricos lauros
Y las cabezas jóvenes que la alta Minerva decora.
Así los manes heroicos de los primitivos abuelos,
De los egregios padres que abrieron el surco pristino,
Sientan los soplos agrarios de primaverales retornos
Y el rumor de espigas que inició la labor triptolémica.
Un continente y otro renovando las viejas prosapias,
En espíritu unidos, en espíritu y ansias y lengua,
Ven llegar el momento en que habrán de cantar nuevos himnos.
La latina estirpe verá la gran alba futura
En un trueno de música gloriosa, millones de labios
Saludarán la espléndida luz que vendrá del Oriente,
Oriente augusto en donde todo lo cambia y renueva
La eternidad de Dios, la actividad infinita.
Y así sea esperanza la visión permanente en nosotros,
Ínclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda!

Convengamos desde luego, aparte de alguna nimiedad, en que esta composición tiene de la poesía la sonoridad y el ritmo; pero convengamos en seguida en que no habrá necesidad, para obtener el mismo efecto, de partir esa composición en trozos iguales para servírnosla como versos, cuando es pura prosa, prosa lírica, prosa poética, pero prosa al fin. Léanse aquellos discursos de Castelar sobre *La civilización en los cinco primeros siglos del Cristianismo,* ó aquellos otros, llenos de fuego y de arranques líricos, pronunciados en las Cortes Constituyentes, y se encontrará en aquella prosa inimitable, pero prosa siempre, toda la sonoridad, toda la poesía que pueda encontrarse en la composición de Rubén Darío, con la enorme diferencia, en contra de éste, de que en los párrafos grandilocuentes de Castelar podrá haber algún ripio, alguna repetición innecesaria, algún error de concepto, siempre disculpable en una improvisación; pero se ve la fluidez, la espontaneidad con que aquella poesía brota del manantial de la inspiración, mientras que en

los versos de Rubén Darío se ve el trabajo de rebusca, el trabajo de taracea, el trabajo de carpintería; y si el efecto producido por Castelar es el de calentar los corazones, dejándolos como subyugados por su avasalladora elocuencia, el producido por Rubén Darío es el de dejarnos agobiados bajo el peso de tanta palabrería, de tanta ampulosidad, de tanta rimbombancia; se leen los párrafos de Castelar, y el alma se ensancha, y los oídos gozan, y al concluir cada uno, se siente el deseo de seguir oyendo aquella música deliciosa; se lee la composición de Rubén Darío, y á medida que se avanza en la lectura, se siente la fatiga de un martilleo monótono, y el cansancio nos invade, y al terminar respiramos como si nos sintiéramos libres de una augustia.

Zorrilla, nuestro gran Zorrilla, tiene tiradas enteras de versos huecos; pero son versos limpidísimos, música pura, que halaga cuando menos el oído sin dejarnos vagar para fijarnos en las palabras, en la letra; Góngora, nuestro ilustre Góngora, tiene también estrofas enteras de rebuscados retruécanos y de ingeniosos simbolismos que nos dejan despistados y confundidos; pero sus versos son impecables como forma, y una vez descifrados los enigmas de su contenido, se aprecia el valor del concepto y se saborea la gracia de la alusión ó del epíteto. Rubén Darío tiene lo malo de Zorrilla y de Góngora, sin la compensación de lo bueno; se golpea en sus versos, y suenan muchos á hueco como los de Zorrilla; se escuchan sus estrofas, y se tropieza en ellas con enigmáticos simbolismos y con un conceptismo *modern style* no menos lamentable que el de Góngora; pero á cambio de esto, ni versos limpios, ni música deliciosa de rimas ni de metros; ni fondo, ni forma. ¿No es esto lamentable en un hombre como Rubén Darío, que tiene el dominio de su lengua, y que sabe pensar alto y sentir hondo?

Porque analicemos bien esta composición:

> ¡Ínclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda,
> espíritus fraternos, luminosas almas, salve!

Yo leo esto, y no puedo menos de recordar el comentario que ponía aquel buen sacerdote D. Ramón Nieto, catedrático que fué de Literatura en la Universidad de Salamanca, á las poesías de los secuaces de Góngora ó á las definiciones de ciertos krausistas: *Horrida per campos bombimbombarda sonabant.* ¿Qué es eso de «ínclitas razas ubérrimas?» Música nada más: no hay razas *ínclitas,* ni el calificativo de *ubérrimas* cuadra á las razas hispano-americanas, pues lo mismo podría aplicarse á las anglo-sajonas ó á las chinas, y mejor todavía á las etiópicas, pues todas ellas son tan fecundas ó más que la española; pase lo de «sangre de Hispania fecunda»; pero, ¿no suena á cosa rebuscada eso de «espíritus fraternos?» En cuanto á lo de «luminosas almas», también es pura música; pues queriéndose referir á las almas de los hispano-americanos, no hay razón ninguna para aplicarles el epíteto de *luminosas,* que no dice nada, porque ni es típico de la raza, ni define ni concreta nada; «luminosas almas» es un término vago, que ni quita ni pone nada, y que aparece en el verso como puro ripio para llenar la medida. Como se ve, esta salve inicial de la poesía no puede ser más hueca ni rebuscada. Y como estos dos versos, encontraríamos muchos otros, y peores todavía. Ni la gracia, ni mucho menos la luz de que hablaba Sassone, aparecen por ninguna parte en esta composición. El pomo de la espada del arte está efectivamente cuajado de incrustaciones; pero no de rica pedrería, sino de diamantes Benicia, de oropeles teatrales.

Otra cosa es la hoja de acero de Vargas Vila, y aquí sí que el contraste es completo: á Rubén Darío le da por recortar su alambicada prosa en pedacitos isómetros que parecen versos; y á Vargas Vila se le antoja poner sus rimas en renglones seguidos á manera de prosaica composición. He aquí la muestra, titulada *Suavitas:*

## SUAVITAS

EXTRAÑA SINFONÍA NIMBADA DE ORO...

Para Isabel Venegas.

*Y eres como un lys en el crepúsculo.*

«Hondas cosas interiores del Jardín de los Silencios, dice al alma tu belleza coronada del Misterio; tu belleza, que recuerda el perfil grave y perfecto de las Palas-Athenea; tu belleza, circundada de un divino Sortilegio. ¡Albo lys en un Crepúsculo, ante el cual se inclinan ledos, los rosales pensativos de este extraño Florilegio!

»¿No has mirado allá, en tu Patria, á la hora del Poniente, cuando el Sol tiñe la Tierra de un bermejo resplandor, las águilas detenerse, tras un vuelo grave y lento, en las cimas inmutables, y quedar allí, rígidas, inmóviles, extáticas, cual si fuesen esculpidas en el dorso de un blasón? ¡Magníficas, herá-ticas, cual si fuesen las cariátides del fúnebre monumento de algún viejo Pharaón!... Esas águilas son solas. Solas son bajo los cielos. Solas son bajo las rocas. Solas son ante los vientos. ¡Admirables cenobiarcas de los ritos del Dios-Sol! Soledad es vida fuerte. Soledad es vida enorme. Nadie sabe la grandiosa y severa intensidad de la Vida en el Silencio, sino aquellos que aman mucho el prestigio de las almas y el Misterio omnividente de las vidas interiores que se expanden como ríos en la calma austera y grave de inviolada Soledad... Y yo soy un solitario, que en las ásperas penumbras de una noche de combates, vive huraño como un buitre, sin tender sus negras alas sino en horas de tormenta, cuando airado vibra el trueno, bajo cielos escarlatas, en la negra incertidumbre de un Ocaso convulsivo... Yo soy ave carnicera. Yo soy ave de borrascas, cuyas garras tienen sangre; cuyo cuello, si se enarca, es en un gesto de muerte; cuyo grito, si se escapa, es un grito de tumultos en un campo de batallas... ¡Mucho lodo del combate

forma el peso de mis alas!... ¿Cómo quieres que detenga este vuelo de borrascas, en las cándidas páginas, todas tersas, todas blancas, de tu álbum, donde vienen los poetas, deslumbrados, con sus liras de oro sacro, á decirte suavemente Ofertorios de sus almas? ¿Cómo quieres que yo pose ahí mi garra ensangrentada, y recoja sobre el libro la tormenta de mis alas? ¿Y, no ves cómo hacen sombra, cual si fuesen las dos zarpas de un león?... Armonías ilimitadas que te cantan. Digan ellas lo que vale tu belleza, tu belleza circasiana, la tiniebla de tus ojos y el incendio de tu alma, homenaje á esa belleza es mi nombre en estas páginas... Ese nombre de odios rudos, de implacable y ciega Ordalia, yo lo pongo en este libro, y ese nombre es una garra que te ofrece suavemente una rosa perfumada.»

A poco que se fije la atención, se ve que toda esta aparente prosa no es más que una colección de versos, tan pronto rimados en romance, como en redondillas, en versos alejandrinos ó en silvas variadas de toda clase de medidas, pero siempre regidos por las leyes del ritmo y de la rima:

Hondas cosas interiores
del Jardín de los Silencios,
dice al alma tu belleza
coronada del Misterio.
Tu belleza, que recuerda
el perfil grave y perfecto
de las Palas-Athenea;
tu belleza, circundada
de un divino Sortilegio.
¡Albo lys en un Crepúsculo
ante el cual se inclinan ledos,
los rosales pensativos
de este extraño Florilegio! etc.

Hay también en Vargas Vila no poco de conceptismo; y aparte de ese gusto por las mayúsculas que da al Jardín, á los Silencios, al Misterio, al Sortilegio, al Crepúsulo, al Florilegio y á tantos otros nombres comunes cierto color de seres

personificados, sin razón ninguna que lo justifique, pareciendo esta manía obedecer á una influencia de estudios ó de lecturas alemanas, es lo cierto que en los versos disfrazados de Vargas Vila se nota verdadera inspiración, algo realmente poético como emanación de un alma intensamente impresionable y sugestionable. ¡Lástima que de cuando en cuando se deslice entre el hermoso castellano de esta poesía, sólo estropeado en la palabra *páginas*, que hay que leer *paginas* (1), el inevitable galicismo, unas veces puramente gráfico, como en *Athenea, Pharaon, lys*, y otras atentatorio al léxico, como en *expanden!* Afortunadamente, son muy pocos esos pequeños deslices, y hay que disculparlos por la influencia de las muchas lecturas francesas y de las muchísimas traducciones fusilables que forman en la América española el alimento intelectual de las gentes cultas.

Sí: en Vargas Vila hay la fuerza y el fuego de que hablaba Sassone en su comparación. Podrá gustarnos ó no el género (eso es cosa puramente personal, con la que nada tiene que ver la crítica); pero en Vargas Vila hay numen, hay nervio, hay forma. Hay también una técnica, mezcla de libertad y de reglamentación, que es la que sin duda le ha hecho abandonar la forma recortada del verso para adoptar la de prosa seguida, pues si la mayor parte de los versos caben dentro de las medidas conocidas, hay algunos (que podríamos llamar de *calderón*, tomando este término de la música) que no cabrían ni en una línea de un tomo en folio, cosa que no deja de constituir un serio conflicto, no siempre fácil de orillar, pues á veces no

(1) ¿Cómo quieres que detenga
este vuelo de borrascas
en las candidas páginas,
todas tersas, todas blancas, etc.

Compárese este párrafo con este otro:

Homenaje á esa belleza
es mi nombre en estas páginas.

puede partirse cómodamente ese verso en dos ó tres respetando las cesuras, siendo el modo más práctico de cortar este nudo gordiano el adoptado por Vargas Vila: poner los versos seguidos como si fueran prosa, y que el lector corte por donde quiera.

## LITERATURA

ZOLA, POR SU CORRESPONDENCIA.—Hojeando especialmente el segundo tomo de la correspondencia de Zola, trata Juan Lionnet en la *Revue Hebdomadaire* de reconstituir el retrato moral de Emilio Zola con datos suministrados por el patriarca del llamado naturalismo.

Desde las primeras cartas se tropieza con el hombre práctico, perseverante y laborioso, resuelto á conquistar el éxito. «Voy á ocuparme mucho de teatro; ahora cuento con todos los editores, pero no tengo ni una sola escena á mi servicio; me va á ser preciso dar el asalto por ese lado, que es *el de la ganancia y el del ruido;* cuento además con escribir, más ó menos regularmente, en cuatro ó cinco periódicos; *acuñaré moneda en lo posible;* tengo fe en mí y marcho gallardamente.» Las ventajas obtenidas con el escándalo que produjo *La confesión de Claudio* las aprecia en lo que valen: «Soy conocido, me temen y me injurian; hoy estoy clasificado entre los escritores cuyas obras se leen con espanto: esa es la habilidad.»

Las ambiciones de Zola (teniendo que sostener su casa, pues se casó muy joven, y además á su madre) eran al principio muy modestas, conformándose con ganar 500 francos mensuales y con encontrar una colocación en *La Tribune*, aunque fuese de gacetillero, con tal que aquel trabajo fijo, unido al producto de sus artículos, le diera lo necesario para vivir. Cuando dejaba hablar á su corazón, se ve que tenía buenos sentimientos, y que adoraba á Flaubert; la muerte de éste le arrancaba gritos de angustia como éstos: «Un telegrama de Maupassant me anuncia la muerte de Flaubert... ¡Oh, amigo mío! Más valdría

que nos fuéramos todos; se acabaría más pronto; decididamente, no hay más que tristeza, y nada vale la pena de vivir.»

Zola tenía además buen fondo natural: á una joven que se le quejaba de que su padre le prohibía leer los Rougon-Macquart, la contestaba: «Hay que escuchar á vuestro padre; para prohibiros la lectura de mis libros debe tener sus razones, que yo no quiero examinar; todo jefe de familia tiene el deber estricto de dirigir, tal como lo entienda, la educación y la instrucción de sus hijos; dejadme añadir que mis libros son muy amargos para una persona de vuestra edad.»

Se ha dicho de Zola que era un descastado, pero no es cierto; al volver en pleno verano á su caluroso Mediodía, escribía encantado que aquel era un país soberbio, y que se le saltaban las lágrimas al volverlo á ver, á pesar de su aridez y de sus rocas, saboreando sus frutos y gozando con el olor de aquellos campos que le recordaban antiguas alegrías. Lo que le repugnaba era la gente: «Estoy rodeado de una población horrorosa, cuyo galimatías tengo la desgracia de comprender, pero cuyo contacto evito cuidadosamente.»

La política le repugnaba; sólo le preocupaba la literatura. Fué en seguida jefe de escuela, no por superioridad intelectual, sino por temperamento, por su confianza en sí mismo, por su tenacidad y su seriedad. Pronto fué consagrado emperador—mejor dicho, pontífice—del naturalismo, y como Napoleón, se consagró á sí mismo. Más tarde, á pesar de todo su fervor, estaba un poco harto de su naturalismo, y escribía á Julio Lemaître: «Sí, empiezo á estar cansado de mi serie; pero es preciso que la concluya, sin cambiar demasiado mis procedimientos; después ya veré, si no soy demasiado viejo y si no temo demasiado que me acusen de volver la casaca.»

La correspondencia de Zola, interesante como documento, no tiene ningún valor literario. Compárense sus cartas con las de Flaubert, ricas en imágenes, vivas, correctísimas, y se verá la diferencia. Las de Zola son sosas, vulgares y hasta incorrectas á trechos. Ni ingenio, ni fantasía, ni delicadeza; apenas

acierta con una imagen, y le parece que es una finura el decir: «Puesto que he querido una oposición, preciso me es aceptar este *matiz muslo de ninfa.*» La pobreza de ideas de Zola se ve patente en su correspondencia.

Llegado á este punto de su análisis, Lionnet se pregunta: «¿Qué valía, pues, el pensamiento de Zola? ¿Qué nueva dirección ha impreso á la literatura?» La novela realista, por él llamada naturalista, había sido ya hecha por Balzac, por Flaubert, por los Goncourt. El método tan cacareado de documentación había sido empleado también por Flaubert con mayor precisión y competencia, pues Zola declara que, «en general, una quincena le basta» para tomar sus notas, añadiendo que prefiere una impresión corta y viva. Si se comparan sus trabajos preparatorios con los de Flaubert para *Madame Bovary* ó *Salammbô,* ó siquiera con los de Goncourt, para *Manette Salomon*, y hasta con los cuadernos de Daudet, se queda uno espantado de la inferioridad de Zola.

¿Cuál, pues, ha sido su mérito, cuál su aporte intelectual? No hablemos de su *novela experimental*, porque nada se encuentra contra él más duro. Su invención consiste en haber ensanchado la novela realista hasta darle la apariencia de una epopeya. Es verdad; pero hay algo más, que ni Lionnet ni ningún otro crítico ha visto, y que yo vengo señalando desde 1886, cuando en *La Ilustración Artística*, de Barcelona, dediqué un estudio crítico á *La Tierra*. Lo típico de Zola, su característica literaria, está en la creación del *feísmo*. Es completamente falso hablar de realismo ni de naturalismo con relación á Zola; Zola es realista, pero de una fase de la realidad, la realidad fea; es naturalista, pero de una fase de la naturaleza, la naturaleza fea. Y eso no es realismo ni naturalismo, sino feísmo. Flaubert y Daudet y los Goncourt, y Balzac y Paul de Kock y López Silva pueden llamarse realistas y naturalistas, porque buscan sus asuntos en la realidad y en la naturaleza, sin falsear la una ni la otra, sin amputarlas, sin ponerse cristales ahumados para verlas de un solo color; pero Zola no,

porque Zola se pone esos cristales, y todo lo ve gris, y lúgubre y tétrico, y reduce toda la realidad á lo repugnante y toda la naturaleza á lo feo, como esos pintores que se llaman también naturalistas y realistas, porque sólo pintan escenas de hospital ó de presidio, miserias morales y materiales, como si no hubiera tanta realidad en un baile de corte como en una danza de gitanos, en un perro de caza magnífico como en un perro sarnoso, en un semblante en que rebosa la alegría, la salud y el goce del vivir como en una cara escuálida, famélica y llena de costurones.

Ese, ese es el campo propio de Zola: el feísmo, la realidad fea, el tipo feo del Jesucristo de *La Tierra*, el escenario feo del *Vientre de París*, las ideas feas de los Saccard, los hechos feos de la Monquette. Ese es el aporte traído á la literatura por Zola: el feísmo, que puede tener y tiene sus partidarios, como los tienen las tinieblas, y los tiene Ahriman, y los tiene el propio Satanás; pero que hay que llamar por su nombre, para no engañar á nadie, y para que nadie pueda engañarse: FEÍSMO, y no naturalismo ni realismo.

Este feísmo se desarrolla, en efecto, épicamente, merced á un lujo descriptivo al alcance de todo el que quiera utilizarlo, pues nada más fácil que llenar páginas y páginas con descripciones detalladas y ampulosas de todo cuanto aparece á nuestra vista, á medida que se va desenvolviendo la acción, más ó menos anémica, casi nunca vigorosa, del drama ó de la novela así imaginada, servida á pequeños sorbos para que se note menos la pobreza de su concepción. Si al feísmo, como fondo, quiere agregarse como típico de Zola esa forma de exposición soporífera y enervante en que se sirve diluída la acción, como otra característica del género, puede sin inconveniente aceptarse también, y así tendremos reconstituída la personalidad literaria del autor de los Rougon-Macquard, y podemos afirmar que sus títulos preeminentes son los de creador y pontífice del feísmo y de las descripciones minuciosas.

*
* *

## PSIQUIATRÍA

Los tipos endofásicos.—La endofasia no es otra cosa, en conformidad con el sentido etimológico de la palabra, que el fenómeno del habla interior; todo el que habla para dentro, para sí mismo, sufre una endofasia. Los tipos de endofasias son numerosos, y el estudio de los mismos es sumamente interesante y de gran aplicación para la pedagogía; pues según sea el tipo del alumno endofásico, así debe emplearse uno ú otro método de enseñanza. Julio del C. Moreno, de la República Argentina, dedica un artículo á este asunto en los *Archivos de Psiquiatría,* de Buenos Aires, recogiendo cuanto hasta el presente se ha dicho en la materia y agregando á las conclusiones ya formuladas sus observaciones personales.

Egger, en 1881, fué quien llamó la atención del mundo científico en una monografía basada en la observación de sí mismo, afirmando que todas las personas oyen sus pensamientos y sus palabras; Stricker, Saint-Paul, Ballet, Titchner, Binet y Henri han estudiado después, en trabajos especiales ó en obras de conjunto, estos fenómenos, así como Lemaître y Senet. El primero que dió con la palabra *endofasia* fué Ballet, siendo interesante no confundir los tipos de endofasia con los tipos de memoria, pues aquéllos se refieren al hecho de la audición presente y éstos á la reproducción de la audición ó de la visión pasada.

Los tipos endofásicos característicos son tres; pero como rara vez se presentan puros, porque las sensaciones se mezclan, y sólo puede hablarse en general del predominio de unas sobre otras, sin que ese predominio implique exclusión, puede decirse que los tipos son cinco: tres puros y dos mixtos, el último agregado por Moreno.

1.° Tipo *verbo-motor,* que se aplica á los que articulan sus pensamientos, ya en alta voz, ya murmurando.

2.° Tipo *verbo-auditivo,* aplicado á los que oyen sus pensa-

mientos, ya en su propia voz, ya por medio de una voz conocida, ya mediante una voz completamente extraña.

3.° *Tipo visual,* que se aplica al que lee sus palabras y pensamientos, ya interiormente, ya fuera de sí mismo, como si se proyectaran al exterior en tamaño mayor ó menor del ordinario, ya viendo el pensamiento imaginado como si se tratara de un cuadro ó un paisaje.

4.° Tipo *audi-visivo,* aplicado á los que perciben sus pensamientos, á la vez ó alternativamente, por la audición ó por la visión.

5.° Tipo *viso-motor,* en el que predominan por igual las imágenes visivas y las motrices.

Sobre el origen y causas de estos fenómenos, el profesor Senet los explica diciendo que la corriente inicial recorrerá todos los neurones recorridos por corrientes anteriores iguales para llegar á los centros sintetizadores ó ideativos, excitando y despertando la actividad en su trayecto á los centros de orden inferior impresionados antes por la serie amplia de sensaciones y percepciones, y cuyo conjunto constituye la idea. No es muy clara la explicación, y no puede satisfacernos. Tichner por su parte dice que las ideas del espíritu primitivo son, por decirlo así, copias fotográficas vivientes, semejantes á las percepciones que aparecen ante él; así, la idea de un paisaje sería en parte una idea-pintura (la vista de corrientes, montañas y árboles), en parte una idea-sonido (el agua susurrante y el murmullo de las ramas) y en parte una idea táctil ó motora (la suavidad ó frescura de la yerba, la rapidez del viento); esta es la primera etapa del desenvolvimiento de las ideas; la corteza cerebral tiene una tendencia, en la mayoría de los casos, á trabajar más fácilmente en una parte que en otra, estando los espíritus constituídos de modo que se va más de prisa á lo largo de ciertos canales que á lo largo de otros; ya por la herencia, ya por la constitución particular de cada individuo, por el ejercicio y por los procedimientos empleados en la enseñanza.

En esta explicación ya se ve algo más claro, aunque no

comprendemos la necesidad de hablar del espíritu primitivo. Sabido es que toda idea concreta es el resultado de multitud de percepciones de todas sus cualidades, y claro es que, una vez almacenada esa idea en el cerebro, podrá despertarse tocando cualquiera de los resortes que con ella comunican; la cuestión está en que para tal individuo el resorte auditivo no funciona ó funciona mal (por las causas de herencia, educación, ejercicio, antes indicadas), y para tal otro sucede lo mismo con el visual ó con el táctil, y de ahí los diferentes tipos endofásicos, que no hacen más que reproducir en el habla interior los fenómenos que se observan en ellos exteriormente. El endofásico auditivo reproducirá con más facilidad una explicación oída que una leída, y al visual le sucederá lo contrario.

De las diferentes estadísticas y hechos recogidos por Senet, Moreno y otros, deduce Moreno, con las reservas consiguientes á materia tan compleja, las conclusiones generales siguientes:

1.ª El tipo visual predomina á la edad de trece años (eso será en la Argentina; de mis experimentos personales resulta que el tipo visual es bastante raro, predominando el auditivo).

2.ª Los sujetos de este tipo leen con la vista, se acuerdan del lugar de la página, y se representan, interior ó exteriormente, las particularidades del objeto.

3.ª Para comprender mejor, recurren á los esquemas y gráficos.

4.ª Las ideas abstractas necesitan concretarlas.

5.ª En sus composiciones prevalecen las ideas relativas á la forma, el colorido, los detalles.

6.ª Crean imágenes más fácilmente que los auditivos.

7.ª Son el tipo de los dibujantes, pintores y escultores.

8.ª Son, por lo general, inteligentes (más inteligentes que los auditivos, diría yo, siendo éstos mucho más torpes, sin duda por la mayor rapidez de la visión).

9.ª El verbo-auditivo necesita leer fuerte; para aprender fácilmente repite en alta voz, oyéndose á sí mismo.

10. Aprende mejor por medio de la explicación.

11. Son generalmente más razonadores (¿razonadores ó discutidores?).

12. Es un tipo adaptativo.

13. El verbo-motor evoluciona hasta convertirse en visual.

Otra serie de conclusiones, no menos interesantes y de aplicación inmediata, son las de orden pedagógico:

1.ª La variedad de tipos endofásicos impone la variedad de métodos didácticos, adaptados al tipo de cada alumno.

2.ª Para los visuales deben emplearse con preferencia mapas, láminas, estampas, esquemas, gráficos, ejemplares vivientes ó disecados; la enseñanza objetiva, con todos los elementos de estudio perceptibles por la vista.

3.ª Para los auditivos, la exposición, la descripción, la repetición de las cosas dichas, la recitación.

4.ª Para los verbo-motores, el diálogo, la conversación.

5.ª Los audi-visuales pueden aprender bien por cualquier procedimiento; pero para conservar el equilibrio de ambos sentidos se deben alternar prudentemente unos métodos con otros.

6.ª El empleo exclusivo de un solo procedimiento (que es lo más corriente en la inmensa mayoría de nuestros establecimientos de enseñanza, por ignorancia de estas materias) perjudica á buen número de alumnos y explica los repetidos é injustos fracasos de no pocos que, sin ser idiotas ni imbeciloides, resultan inútiles en apariencia por no sacarse de ellos ningún partido.

## IMPRESIONES Y NOTAS

Whistleriana.—El pintor americano Whistler ha sido muy discutido, dice en la *Atlantic Montly* Sidney Starrque. Juan Millais, presidente de la Real Academia y especialista en asuntos humorísticos y sentimentales, decía: «Ese Whistler es muy listo; no se ha tomado ni siquiera el trabajo de aprender

la gramática de su arte, y comete las más groseras faltas de dibujo; no vacila un instante en dibujar una mujer sin tener en cuenta las proporciones, con piernas inverosímiles y con brazos que salen de no se sabe dónde; pero ¡bah! cierta afectación de superioridad en el título produce siempre su efecto en ciertos espíritus, y así se adquieren fácilmente discípulos y admiradores.» El ilustre crítico Ruskin iba tan lejos en su desprecio á Whistler, que éste llegó á perseguirle por difamación; Burne-Jones, citado por Ruskin como testigo de descargo, declaró que Whistler robaba materialmente el dinero á su clientela, llevándoles caro por un trabajo que había despachado en unas cuantas horas. A lo que Whistler replicaba: «Es verdad que sólo he tardado unas horas en pintar algunos de mis cuadros; pero he necesitado treinta años de trabajo para llegar á pintar un cuadro en unas horas.» En cambio, Seynour Haden afirmaba que si tuviera que deshacerce de sus dos colecciones de aguas fuertes, la de Rembrandt ó la de Whistler, vendería sus Rembrandt por conservar sus Whistler.

Cuando en 1883 expuso Whistler en la Galería Grosvenor su famoso retrato de miss Alexander, la opinión de críticos y aficionados fué unánime: aquello era una cosa absurda, horrible; el *Artist* decía que era «una especie de grabado grande, de color, un niño asqueroso envuelto en telarañas»; el *Magazine of Art* sostenía que era una pintura «increiblemente vulgar». Nueve años más tarde ese mismo cuadro, expuesto en París, arrancaba gritos de delirante entusiasmo: «es seguramente el retrato más gracioso que existe», decía Jorge Moore; «las más famosas galerías del mundo entero no pueden mostrar nada más encantador, más seductor, ni más delicado», añadía Cristian Brinton.

Whistler no se acobardaba por la crítica; era un polemista temible, y no sólo sabía defenderse, sino que atacaba y provocaba á sus adversarios, llegando á publicar un libro cuyo título es todo un programa: *El bello arte de hacerse enemigos*. Para Whistler era una gloria ser violentamente atacado por

críticos cuyo mal gusto proclamaba; una de sus conferencias de estética había sido juzgada por Spielmann «espiritual, pero muy peligrosa». «Si mi conferencia no hubiera parecido peligrosa á Spielmann, replicaba Whistler, no habría valido la pena de darla.» Ante el retrato de Carlyle, de Whistler, exclamaba con indignación Jorge Schaff, administrador de la Galería nacional de retratos: «¡De modo que la pintura ha llegado á eso!» «No, replicaba Whistler; ¡la pintura no ha llegado á eso todavía!»

*
* *

La obsesión de la mirada.—El Dr. Ruiz y Matas, del manicomio de San Baudilio, dice en los *Archivos de Psiquiatría* que la fobia de la mirada es, en su esencia, el último y lógico eslabón de una cadena nosofrénica de la timidez. El tímido rehuye todo trato social y evita todas las ocasiones de ser mirado; la mirada ajena le asusta; desconfía de todos, y cree ser blanco de las constantes censuras de quienes le miran.

Abundan mucho estos casos de timidez, que hacen sufrir mucho á quienes la padecen, llegando á constituir, cuando los trastornos se acentúan, la fobia de la mirada, cuyo sentido clínico en nada difiere de los miedos obsesionantes. El Dr. Hartemberg es quien mejor ha trazado en los *Archivos de Neurología* el cuadro sindrómico de esta fobia.

La característica es el cuidado del enfermo en evitar á todo trance las miradas ajenas y en la aflicción que siente cuando no puede conseguirlo; entonces se angustia, latiendo rápida y penosamente su corazón; sus tegumentos se cubren de sudor glacial; tiemblan y se le enfrían las extremidades, se abate su espíritu, se turban sus ideas y se vela su conciencia. El rostro refleja fielmente esta dolorosa situación, y por eso se lo cubren ó apelan á un tic convulsivo para ocultarse, ó cierran los ojos para no ver, pues si su mirada se cruza con otra algo fija, la angustia que sufren es horrible. Hartemberg cita el caso de uno que creía ver constantemente ante sí, aunque cerrara los

párpados, un ojo que le miraba con fijeza, semejante al ojo de la conciencia de la leyenda de Caín.

Estos enfermos creen que el exponer su cara, espejo de sus sensaciones, á la vista de los demás, constituye una especie de violación de su conciencia, una profanación de su *yo;* es esto, un verdadero pudor del rostro, relacionado con la timidez y con la desconfianza. No debe, sin embargo, confundirse la fobia de la mirada con la del rubor: los erentófobos se esconden y sufren porque se ruborizan, pues si el rubor no coloreara su rostro, no tendrían ninguna preocupación; los fóbicos de la mirada nunca se ruborizan, y si alguna vez lo hacen, no se fijan en ello; lo que les mortifica es verse expuestos á las miradas de los demás.

Fernando Araujo

# NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

*La vita e il pensiero di Roberto Ardigó,* per Giovanni Marchesini. Milano, Ulrico Hœpli, 1907.—388 páginas, 5,50 liras.

El profesor paduano de historia de la filosofía, Roberto Ardigó, no es muy conocido fuera de Italia, ni siquiera entre el mayor número de los filósofos y hombres de ciencia. No ha llegado á ser popular, como otros, entre el que llamaríamos pueblo científico. Pero en su país tiene una autoridad y un renombre por encima de los de todos sus conterráneos, aun de los más apreciados *al otro lado* de los Alpes. Los italianos, aun los que lo combaten y rechazan su doctina filosófica, hablan de Ardigó con reverencia, y á menudo con una especie de orgullosa satisfacción nacional.

Ardigó, desde hace ya unos cuarenta años, viene dando forma y desarrollo á un completo sistema filosófico, hondo, personal y original, hasta donde la originalidad cabe. Lo está publicando en una serie de *Obras filosóficas,* que constituyen algo así como un evangelio para buen número de pensadores italianos, y que los demás, regularmente, estudian, aprovechan y tienen en no poca estima. Son muchos los escritores que abiertamente se profesan discípulos de Ardigó, y muchos más los que lo son sin decirlo, y hasta quizá, á veces, sin saberlo, ó haciéndose la ilusión de lo contrario, pues este fenómeno se repite con frecuencia. No siempre, ó acaso sea más acertado decir que pocas veces, es uno lo que él mismo pretende ser, ni siquiera lo que cree pensar.

Uno de los discípulos declarados y más devotos de Ardigó, el profesor Juan Marchesini, que ya en otras ocasiones ha escrito artículos y libros en loor ó en defensa del maestro, publica ahora uno, muy cuidado, en el que traza los rasgos más salientes de la vida de aquél, sobre todo los episodios referentes á su sonada conversión, y en donde ofrece un ordenado, condensado y fiel resumen del sistema filosófico de Ardigó en todas sus partes.

Es un trabajo utilísimo, lo mismo para los que conozcan las *Opere filosofiche*, de Roberto Ardigó, que para los que no las hayan leído, pues unos y otros pueden, con la obra de Marchesini, ya enterarse brevemente de todo el sistema filosófico aludido, ya dominarlo enteramente con un golpe de vista, percibiendo entre sus distintas partes un enlace que es más difícil sorprender cuando las doctrinas y las ideas se hallan disperdigadas en tomos diversos y en estudios sueltos y heterogéneos.

El trabajo de Marchesini tiene tres libros: primero, *La vida de R. Ardigó;* segundo, *La doctrina de R. Ardigó;* es el más largo de todos; tercero, *Consideraciones críticas.* Contiene, además, varios útiles índices: uno, bibliográfico, con notas declarativas del contenido de cada tomo, de las *Opere filosofiche;* otro, alfabético, de las materias que se tratan en los diferentes tomos, y otro de los autores cuyas doctrinas discute más Ardigó.

---

*I problemi costituzionali della sociologia*, pel Dott. Fausto Squillace. Palermo, 1907. Un vol. de 878 págs., 15 liras.

El Dr. Squillace dirige en Palermo, desde hace algunos años, una *Biblioteca internacional de sociología teórica,* y la principal obra hasta el presente de esta Biblioteca es una que el propio Squillace viene publicando con el título general *Cri-*

*tica della sociologia*, y la cual, según el prospecto anuncia, habrá de comprender cinco volúmenes.

Hasta hoy son dos los publicados: el primero, sobre *Las doctrinas sociológicas*, en el que, según dije en su día, se traza un cuadro completo de éstas, clasificándolas, resumiéndolas y dando sus notas más salientes y características; y el segundo, más voluminoso todavía que el anterior, que también lo era bastante, y en donde se tratan los problemas que podríamos decir propedénticos, preparatorios ó de introducción al estudio de la sociología propiamente tal, los que el autor designa con la denominación de constitucionales.

Este segundo volumen comprende, en efecto, tres partes, y sólo con indicar los problemas que las mismas tratan, se comprende que son de aquéllos que suelen figurar en las introducciones. La primera parte estudia las múltiples definiciones que de la sociología han sido dadas, las clasificaciones principales de las ciencias y el puesto que en ellas ocupa la sociología, las clasificaciones que de ésta á su vez se han hecho, las maneras diferentes cómo los autores han concebido el objeto de ésta, etc. La segunda está consagrada á considerar la división de la sociología y la relación de ésta con otras ciencias preparatorias ó auxiliares de ella (antropología, etnografía, geografía, estadística, historia, filosofía de la historia, psicología colectiva y social, economía política, filosofía del derecho, moral, pedagogía, política). Y en la tercera se tratan las cuestiones concernientes al método.

El Dr. Squillace se distingue, entre otras cosas, y más acaso que por otra alguna, por su conocimiento y dominio de la extensa y abundantísima literatura correspondiente. A lo menos ese es el carácter predominante de los dos volúmenes hasta ahora publicados de la dicha obra, aunque la propia índole, más expositiva que nada, de los mismos parece requerirlo así. El que quiera darse cuenta del estado de los asuntos indicados en el pensamiento contemporáneo, igual en el uno que en el otro hemisferio, encontrará muy facilitada su tarea acudiendo

al libro que nos ocupa, que cuando esté terminado ha de constituir, juzgando por las muestras, una verdadera y muy importante contribución para formar definitivamente la sociología, esa ciencia tan nueva y que, sin embargo de su novedad y de las dudas y desconfianzas que frente á ella abrigan algunos, tiene la virtud de atraer hacia sí la mayoría de las miradas cultas.

P. Dorado

# ÍNDICE


Págs.

Estudios artísticos: *El regionalismo literario en España*, por Angel Guerra..... 5

*Recuerdos*, por José Echegaray..... 25

*Diego Velázquez y su siglo* (conclusión), por Carlos Justi..... 35

*Los «del montón» el Dos de Mayo de 1808*, por Rodrigo Amador de los Ríos..... 56

*Bailes españoles*, por Havelock Ellis..... 95

*El suplicio del silencio* (novela), por Federico Spielhagen..... 109

*La Universidad de Oviedo*, por Alvaro de Albornoz..... 153

*Crónica literaria*, por E. Gómez de Baquero..... 166

*Revista de Revistas*, por Fernando Araujo..... 174

*Notas bibliográficas*, por P. Dorado..... 200

# CATÁLOGO

**por orden alfabético de autores y materias, de los libros publicados por LA ESPAÑA MODERNA, que se venden en su Administración, López de Hoyos, núm. 6 provisional.—Madrid.**

---

## ANTROPOLOGIA

**Ferri.** — Antropología criminal, 3 pesetas.—Nuevos estudios de antropología criminal, 3 pesetas.

**Lombroso.** — Antropología y psiquiatría, 3 pesetas.—El hipnotismo, 3 pesetas.—Aplicaciones judiciales y médicas de la antropología criminal, 3 pesetas.—Ultimos progresos de la Antropología criminal, 3 pesetas.—En colaboración con Ferry, Garofalo y Fioretti: La Escuela criminológica positivista, 7 pesetas.

**Lemcke.**—Estética, 8 pesetas.—Garofalo y Fioretti: La escuela criminológica positivista, 7 pesetas.

**Westermarck.**—El matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

## ARTE

**Lemcke.**—Estética, 8 pesetas.

**Taine.**—Filosofía del Arte, 3 pesetas.—La pintura en los Países Bajos, 3 pesetas.— El ideal en el Arte, 3 pesetas.—El Arte en Grecia, 3 pesetas.—Nápoles, 3 pesetas.—Roma, 2 tomos, 6 pesetas.—Florencia, 3 pesetas.—Venecia, 3 pesetas.—Milán, 3 pesetas.

## BIOGRAFÍA

**Araujo.**—Goya, 3 pesetas.

**Asensio.**—Pinzón, 3 pesetas.— Fernán Caballero, 1 peseta.

**Barbey.**—El Dandismo y Jorge Brummel, 3 pesetas.

**Becerro de Bengoa.**—Trueba, 1 peseta.

**Bergeret.**—Mouton (Merinos), 1 peseta.

**Boissier.** — Cicerón y sus amigos: Estudio de la sociedad romana del tiempo de César, 8 pesetas.

**Bourget.**—Taine, 0,50 pesetas.

**Campoamor.**—Cánovas, 1 peseta.

**Dorado.**—Concepción Arenal, 1 peseta.

**Fernández Guerra.** — Hartzenbusch, 1 peseta.

**Fernán-Flor.**—Zorrilla, 1 peseta.—Tamayo, 1 peseta.

**Gautier.**—Nerval y Baudelaire, 3 pesetas.—Madama de Girardin y Balzac, 3 pesetas.—Heine, 1 pta.

**Goncourt.**—María Antonieta, 7 pesetas.—La Pompadour, 6 pesetas. Las favoritas de Luis XV, 6 ptas. —La Du-Barry, 4 pesetas.

**Gladstonne.**—Los Grandes Nombres, 5 pesetas.—Lord Macaulay, 1 peseta.

**Goethe.**—Memorias, 5 pesetas.

**Haussonville.**—La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.

**Heine.**—Memorias, 3 pesetas.

**Lange.**—Luis Viver, 2,50 pesetas.

**Macaulay.**—Vida, Memorias y Cartas, 2 tomos, 14 pesetas.—La Educación de Lord Macaulay, 7 pesetas.

**Maupassant.**—Zola, 1 peseta.

**Menéndez y Pelayo.**—Núñez de Arce, 1 peseta.— Martínez de la Rosa, 1 peseta.

**Meneval.** — María Stuardo, 6 ptas.

**Molins.**— Bretón de los Herreros, 1 peseta.

**Pardo Bazán.**—El P. Coloma, 2 pesetas.—Alarcón, 1 peseta.—Campoamor, 1 peseta.

**Passarge.**—Ibsen, 1 peseta.

**Picón.**—Ayala, 1 peseta.

**Renán.**—Mi infancia y mi juventud (agotada).— Memorias íntimas, 2 tomos, 6 pesetas.

**Sainte-Beuve.**—Tres mujeres, 3 pesetas.—Retratos de mujeres, 3 pesetas.

**Stuart-Mill.**—Mis Memorias, 3 ptas.

**Tolstoy.**—Mi infancia, 3 pesetas.— Mi juventud, 3 pesetas.— Mi confesión, 3 pesetas.

**Valera.**—Ventura de la Vega, 1 pta.

**Wagner.** — Recuerdos de mi vida, 3 pesetas.

**Zola.**—Jorge Sand, 1 peseta.—Víctor Hugo, 1 peseta.—Balzac, 1 peseta. Daudet, 1 peseta.— Sardou, 1 peseta.—Dumas, 1 peseta.—Flaubert, 1 peseta. —Chateaubriand, 1 peseta.—Goncourt, 1 peseta.—Musset, 1 peseta.— Gautier, 1 peseta.— Stendhal, 1 peseta.—Sainte-Beuve, 1 peseta.

## CRÍTICA LITERARIA

**Caro.**—Nuestras costumbres literarias, 3 pesetas.—La crítica en la actualidad, 3 pesetas.

**Zola.**—Estudios literarios, 3 pesetas. Mis odios, 3 pesetas.—Nuevos estudios literarios, 3 pesetas.—Estudios críticos, 3 pesetas.—El naturalismo en el teatro, 2 tomos, 6 pesetas.—Los novelistas naturalistas, 2 tomos, 6 pesetas.—La novela experimental, 3 pesetas.

## DERECHO

**Aguanno.**—La génesis y la evolución del Derecho civil, 15 pesetas. —La Reforma integral de la legislación civil (2.ª parte de La génesis), 4 pesetas.

**Arenal.**—El Derecho de Gracia, 3 pesetas.—El Visitador del preso, 3 pesetas.—El Delito colectivo, 1,50 pesetas.

**Arnó.**—Las servidumbres rústicas y urbanas, 7 pesetas.

**Asser.**—Derecho internacional privado, 6 pesetas.

**Burgess.**—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, 2 tomos, 14 pesetas.

**Carnevale.**—Filosofía jurídica, 5 pesetas.—La cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.

**Dorado Montero.** — Problemas jurídicos contemporáneos, 3 pesetas. —El Reformatorio de Elmira (Derecho penal), 3 pesetas.

**Fouillée.** — Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.

**Framarino.**—Lógica de las pruebas (en Derecho penal), 2 tomos, 15 ptas.

**Gabba.** — Derecho civil moderno, 2 tomos, 15 pesetas.

**Garofalo.**—La criminología, 10 pesetas.—Indemnizaciones á las víctimas del delito (2.ª parte de La criminología), 4 pesetas.

**Giuriati.**—Los errores judiciales, 7 pesetas.

**González.**—Derecho usual, 5 ptas.

**Goodnow.**—Derecho administrativo comparado, 2 tomos, 14 pesetas.

**Gross.**—Manual del Juez, 12 ptas.

**Gumplowicz.** — Derecho político filosófico, 10 pesetas.

**Hunter.** — Sumario de Derecho romano, 4 pesetas.

**Ihering.** — Cuestiones jurídicas, 5 pesetas.

**Krüger.**—Historia, fuentes y literatura del Derecho romano, 7 ptas.

**Lombroso, Ferry, y Garofalo Fioretti.**—La escuela criminológico-positivista, 7 pesetas.

**Macaulay.** — Estudios jurídicos, 2 tomos, 6 pesetas.

**Manduca.**—El procedimiento penal y su desarrollo científico, 5 pesetas.

**Martens.** — Derecho Internacional (público y privado), 3 ts., 22 ptas.

**Meyer.**--La administración y la organización administrativa en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria.—Introducción y exposición de la organización administrativa en España, por A. Posada, 5 ptas.

**Miraglia.**—Filosofía del Derecho, 2 tomos, 15 pesetas.

**Mommsen.**—Derecho público romano, 12 pesetas.

**Neumann.**—Derecho Internacional público moderno, 6 pesetas.

**Posada.**—La Administración política y la Administración social, 5 ptas.

**Ricci.**—Tratado de las pruebas en Derecho civil, 2 tomos, 20 pesetas.

**Savigny.**—De la vocación de nuestro siglo para la legislación y para la ciencia del Derecho, 3 pesetas,

**Sighele.**—El delito de dos, 4 pesetas.—La muchedumbre delincuente, 4 pesetas.—La teoría positiva de la complicidad, 5 pesetas.

**Sohm.**—Historia é Instituciones del Derecho Privado Romano, un gran volumen, 14 pesetas.

**Spencer.**—La Justicia, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.

**Stahl.**—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.

**Sumner-Maine.**—El antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas.—La guerra según el derecho internacional, 4 pesetas.—Historia del Derecho, 8 pesetas.—Las instituciones primitivas, 7 pesetas.

**Supino.**—Derecho mercantil, 12 pesetas.

**Tarde.**—Las transformaciones del Derecho, 6 pesetas.—El duelo y el delito político, 3 pesetas.—La criminalidad comparada, 3 pesetas.—Estudios penales y sociales, 3 ptas.

**Todd.**—El Gobierno parlamentario en Inglaterra, 8 pesetas.

**Varios autores.**—(Aguanno, Altamira, Aramburu, Arenal, Buylla, Carnevale, Dorado, Fioretti, Ferri, Lombroso, Pérez Oliva, Posada, Salillas, Sanz y Escartín, Silió, Tarde, Torres-Campos y Vida.)—La Nueva Ciencia Jurídica, 2 tomos, 15 pesetas.

**Idem.**—(Aguanno, Alas, Azcárate, Bances, Benito, Bustamante, Buylla, Costa, Dorado, F. Bello, F. Prida, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumplowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgas, Posada, Rico, Richard, Sela, Uña y Sarthou, etcétera.)—El Derecho y la Sociología contemporáneos, 12 pesetas.

**Vivante.** — Derecho mercantil, 10 pesetas.

## ECONOMÍA

**Antoine.**—Curso de Economía social, 2 tomos, 16 pesetas.

**Buylla, Neumann, Kleinwhac-**

**ter, Nasse, Wagner, Mithof y Lexis.**—Economía, 12 pesetas.

**Goschen.**—Teoría sobre los cambios extranjeros, 7 pesetas.

**Kells Ingram.**—Historia de la Economía política, 7 pesetas.

**Kropotkin.** — Campos, fábricas y talleres, 6 pesetas.

**Laveleye.**—Economía política, 7 pesetas.

**Leroy-Beaulieu.** — Economía política, 8 pesetas.

**Rogers.**—Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.

**Virgilii.**—Manual de Estadística, 4 pesetas.

## FILOSOFÍA

**Amiel.**—Diario íntimo, 9 pesetas.

**Caro.**—El pesimismo en el siglo XIX, 3 pesetas.—El suicidio y la civilización, 3 pesetas.—Littré y el positivismo, 3 pesetas.—El derecho y la fuerza, 3 pesetas.

**Collins.**—Resumen de la filosofía de Spencer, 2 tomos, 15 pesetas.

**Emerson.**—La ley de la vida, 5 pts. —Hombres simbólicos, 4 pesetas.

**Fichte.**—Discursos á la nación alemana, sobre regeneración y educación de la Alemania moderna, 5 pesetas.

**Fouillée.**—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 pesetas.

**Guyau.**—La moral inglesa contemporánea, ó Moral de la utilidad y de la evolución, 12 pesetas.

**Heine.**—Alemania, 6 pesetas.

**Lubbock.**—El empleo de la vida, 3 pesetas.—La vida dichosa, 3 ptas.

**Nietzsche.**—Así hablaba Zaratustra, 7 pesetas.—Más allá del bien y del mal, 5 pesetas. — Genealogía de la moral, 3 pesetas.

**Schopenhauer.**—Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El Mundo como voluntad y como representación, 12 pesetas. — Estudios escogidos, 3 pesetas.

**Spencer.**—Los datos de la Sociología, 2 tomos, 12 pesetas.—Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas, 9 pesetas. — Las instituciones sociales, 7 pesetas.—Las instituciones políticas, 2 tomos, 12 pesetas.—Las instituciones eclesiásticas, 6 ptas. Las instituciones profesionales é industriales (en prensa).

—Comprenden: La moral de los diversos pueblos y La moral personal, 7 pesetas.—La justicia, 7 pesetas.—La beneficencia, 6 pesetas.

—El Organismo social, 7 pesetas.—El Progreso, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.

**Stahl.**—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.

**Taine.**—Filosofía del Arte, 3 ptas. —Los orígenes de la Francia contemporánea, 10 pesetas.

## HIGIENE

**Hirsch, Stokvis, Koch, Würzburg.** — *Estudios de higiene general*, 3 pesetas. Comprende las siguientes monografías: Desarrollo histórico de la higiene pública, por Hirsch, profesor en Berlín.—Patología comparada de las razas, por Stokvis, profesor en Amsterdam.—Las infecciones, por Koch, profesor en Berlín, y Cómo decaen las naciones: causas y remedios, por Würzburg, jefe de estadística de Berlín.

# LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 20. NUM. 239.

# LA ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ DE LÁZARO

NOVIEMBRE 1908

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE VALENTÍN TORDESILLAS
Calle del Tutor, 16.—Teléfono 2.042.

*Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de* La España Moderna.

# RECUERDOS

Quedamos en el último artículo en un momento de crisis para mi existencia ministerial.

Los elementos de la Cámara, no diré más reaccionarios, pero sí menos avanzados, por ejemplo, los de la Unión liberal, algunos progresistas y el grupo que sólo aceptaba la Revolución como un hecho, pero no como el ejercicio de un derecho democrático, habían resuelto expulsar del Ministerio á todos los ministros demócratas, á medida que fueran ocupando el banco azul.

Habían provocado la salida de Manuel Becerra, me habían puesto á mí en estudio y esperaban la primera ocasión.

La cuestión religiosa en una de sus manifestaciones, la de la enseñanza, les proporcionó la ocasión que apetecían.

Se presentaron un día en mi despacho tres ó cuatro demócratas de segunda fila, amparados, en cierto modo, por mi director de Instrucción pública, mi amigo particular y ardiente demócrata, D. Manuel Melero, y me presentaron, rogándome que lo prohijase, un proyecto de decreto, que hubiera sido una verdadera bomba explosiva en aquellas circunstancias.

El proyecto era muy breve, y podía sintetizarse en esta fórmula casi textual: «para que la libertad religiosa establecida por la Constitución del Estado tenga su aplicación práctica á la enseñanza pública, se prohibe en todas las escuelas del reino, que del Estado dependan, la enseñanza del Catecismo».

Ni más ni menos, en dos ó tres líneas.

Me quedé mirándoles, y les pregunté si habían pensado bien el proyecto que me traían.

Ellos me dijeron que lo habían pensado maduramente.

—¿Pero lo han consultado ustedes, al menos, con los jefes del grupo democrático, con D. Nicolás María Rivero ó con don Cristino Martos?

—Ni con uno ni con otro—me replicaron; — es de nuestra exclusiva iniciativa.

—Pues este proyecto — les dije — es absolutamente imposible.

Prescindo del fondo de la cuestión, que es un fondo muy profundo y se enlaza con otros preblemas más amplios, por ejemplo, el de la enseñanza laica.

Prescindo de su forma, que más bien que científica ó filosófica ó administrativa, es, en los momentos actuales, un grito de guerra y una provocación para una gran parte del país; y para los carlistas, que andan revueltos y queriendo lanzarse al campo, un pretexto, un hallazgo y hasta les da una bandera.

De todo esto prescindo, y me fijo tan sólo en la cuestión política.

El Ministerio de que formo parte, aunque en él está Rivero, y está Moret, y estoy yo, no es un Ministerio de demócratas, sino un Ministerio de conciliación, que hay un interés superior en que subsista hasta la elección de rey.

Pero este decreto, si yo lo llevase á Consejo, como ustedes pretenden, porque esto pretendían, sin consultar antes con D. Nicolás y Moret, sería una especie de traición á mis compañeros; sería darme la importancia de plantear cuestiones de esta trascendencia prescindiendo de ellos, lo cual, además de traición, sería soberbia intolerable; y, en todo caso, provocaría una gran agitación entre los tres elementos que hoy están conciliados, enconaría más las pasiones, y quién sabe, porque en política se sabe cómo se empieza y no se sabe cómo se concluye, quizá fuera causa de que se rompiera en absoluto la con-

ciliación en que hoy vivimos, y que todo el mundo desea que continúe hasta la elección de monarca.

En suma: sería crearle un conflicto enorme á D. Juan Prim.

Yo creo que, llevar este proyecto al Consejo, es faltar á todos mis deberes políticos, y si ustedes prefieren otra fórmula más franca y más propia de nuestra amistad, les diré que este proyecto me parece, en los actuales momentos, y llevado por mí, un soberano desatino.

Y cogiendo el proyecto, lo hice pedazos y lo arrojé al cesto de los papeles viejos, con cierto malhumor, porque con haberles dicho mucho, no les dije ni la mitad de lo que pensaba.

Ellos quisieron insistir; pero yo les repliqué, en tono algo levantisco, que ni Zorrilla, ni Rivero, ni Martos, ni sobre todo D. Juan Prim, y no se diga del regente del reino, podían estar conformes con el proyecto que ellos me habían traído.

Y no quise hablar más del asunto, y ellos se marcharon un tanto mohinos.

Es la primera vez que cuento éstas cosas en público, y las cuento como fueron, con exactitud matemática.

Pasaron algunos días, y casi me había olvidado yo de tal incidente, cuando brotó de nuevo en el Congreso.

Yo no sé cómo se supo; yo á nadie se lo referí; pero transpiró aquella conferencia, aunque transformada y sin que se supiera el desenlace, y dió motivo á una pregunta de mi amigo Bugallal.

Habíamos sido amigos en el Ateneo; ¿pero qué es la amistad ante las exigencias de la política?

Creyeron la ocasión oportuna para derribarme los que me tenían en estudio, y mal enterados ó enterados á medias, ó fingiendo lo que no creían para ponerme en un aprieto, ello fué que una tarde se levantó Bugallal, y con su elocuencia apasionada y agresiva me dirigió, en son de batalla, una pregunta que en suma se reducía á lo siguiente:

—La opinión pública está alarmadísima; la conciencia católi-

lica, alarmadísima y escandalizada, porque ha corrido la noticia, que se da por segura, de que el señor ministro de Fomento va á publicar en breve un decreto prohibiendo la enseñanza del Catecismo en las escuelas públicas; y yo pregunto: ¿es esto cierto? Deseo una contestación categórica del ministro.

Yo le contesté en términos breves y concretos:

—La noticia no es cierta; en Fomento no existe el decreto á que se refiere el Sr. Bugallal.

Tan no existía, como que yo había hecho pedazos el que me trajeron, según queda referido.

Pero no querían soltar su presa los que en mi cartera ministerial habían clavado los dientes, y Bugallal insistió en su pregunta, manifestando que mi contestación no le satisfacía.

Y vino á preguntarme lo mismo que me había preguntado, pero con alguna ampliación:

—Podrá no estar redactado el decreto y á punto de aparecer en la *Gaceta;* pero estará preparándose, y para tranquilidad de las conciencias, es preciso que el señor ministro declare que ni está en preparación el decreto ni piensa publicarlo.

Yo, irritado con lo apremiante de las preguntas y con mi conciencia tranquila, confieso que le contesté con cierta sequedad, asegurándole que el decreto no estaba en preparación.

Sujetándome á la estricta verdad, hubiera podido acentuar más mi negativa y cortar de una vez con las malintencionadas preguntas; pero yo jamás me someto á una humillación, y como en mí los recuerdos se enlazan por manera caprichosa, recordaré y citaré á este propósito el célebre desafío entre don Antonio Ríos Rosas y D. Luis González Brabo.

En no sé qué discusión parlamentaria, usó el primero ciertas reticencias que indignaron al segundo, y en el acto exigió González Brabo que Ríos Rosas declarase que en tales reticencias no se refería á su persona.

Negóse el célebre tribuno á dar explicación de ninguna clase, y la escaramuza parlamentaria terminó por un duelo en que Ríos Rosas le metió una bala en el cuerpo á D. Luis Gon-

zález Brabo. Cuando le vió tendido y desangrándose, se acercó al grupo que formaban su adversario y los padrinos, y cuentan que con voz grave declaró lo siguiente:

—Aquellas frases no las dije por él.

Las dijo cuando vió á su adversario en tierra; no las dijo antes porque no se creyera que quería evitar un lance.

Pues yo, en más modesta y en menos trágica escena, hice una cosa parecida: ni en el Parlamento, ni en el Consejo de ministros que celebramos más tarde, ni en parte alguna, referí lo que había ocurrido. Han pasado cuarenta años, y lo digo ahora, pero no acudiré jamás á este medio para evitar conflictos.

Me limité, como queda dicho, á negar que existiese tal decreto; pero estaban resueltos á derribarme aquel día, y Bugallal convirtió la pregunta en interpelación.

En ésta se empeñó en que yo había de declarar, no sólo que no existía el decreto, sino que no le publicaría nunca.

Esta era realmente la substancia de su peroración.

Contra esto yo protesté con frase y tono breve y desabrido:

«Su señoría—vine á decirle—puede juzgarme por mis actos. Voy más allá, y le concedo el derecho de interpelarme, porque soy generoso en este punto, sobre proyectos que tenga en preparación; pero yo no puedo hipotecar mi pensamiento en beneficio de su señoría, ni sobre mis pensamientos y propósitos puede interpelarme.»

Y como él insistiese, extremando sus ataques y manifestando á la Cámara que mi nombramiento como ministro había sido una improvisación injustificada, y que mi falta de experiencia se traducía en actos tan imprudentes como el que él estaba combatiendo, yo le contesté en el mismo tono, y le dije que bien se conocía que había sido fiscal de imprenta, en su afán de matar todo pensamiento aun antes de convertirse en acto.

Este ataque al exfiscal de imprenta me valió un aplauso de los demócratas y de los republicanos, con lo cual él se enardeció más, y tras un tiroteo de frases, de un escarceo filosófico sobre las religiones positivas, el espiritualismo, el ateísmo y

y otras diversas menudencias, creyendo él que la fruta estaba madura, convirtió la interpelación en voto de censura.

Yo, desde este punto, no quise defenderme más; entregué la cuestión á la Cámara, y con cierto desprecio en el fondo de mi alma, abandoné el banco azul, declarando que había dicho cuanto tenía que decir y que no creía decoroso defender mi cartera.

Al marcharme subí á la Presidencia, y cambié una cuantas frases con D. Manuel Ruiz Zorrilla.

¡Qué cambiado le encontré! No era el de otros tiempos.

Friamente, y con cierta indiferencia, me entregaba á mis enemigos, y cuenta que en la conjura estaban bastantes progresistas.

Yo nada le dije, y me despedí de él cariñosamente, manifestando mi propósito de ir á pasear al Retiro, donde esperaría el resultado del voto de censura.

¿Por qué este cambio en D. Manuel?

Ya lo explicaré en otra ocasión.

Yo continué siendo siempre el mismo para él: determinadas personas quisieron ponerle mal conmigo. Miserias y pequeñeces de la política.

Y me fuí á paseo, tan indiferente y tan frío como estoy ahora, importándome poquísimo el resultado de la votación.

Cuando volví á casa vinieron á referirme lo ocurrido.

El voto de censura se puso á votación nominal, y fué rechazado por una gran mayoría; pero yo pedí la lista para ver los nombres, é inmediatamente me fuí á ver á D. Juan Prim para presentarle mi dimisión.

D. Juan estaba enfermo y sin poder moverse, porque en una cacería le habían dado, días antes, una perdigonada en una pierna.

Con la perdigonada y el escopetazo que en forma de crisis yo le disparaba, no hay que decir de qué humor se pondría, aunque siempre cortés y atento.

Se citó á Consejo, y al Consejo llevé yo mi dimisión por escrito.

Todos se empeñaron en que no había motivo para presentarla; pero yo les demostré que la dimisión estaba fundadísima. Era cierto que yo había obtenido gran mayoría, pero era porque había votado á mi favor casi toda la minoría republicana.

Mas si se contaban los votos de la mayoría, demostraba yo con números y nombres, que eran más los que habían votado contra mí que los que habían rechazado el voto de censura. Que, por lo tanto, la mayoría, á la cual yo representaba, había votado contra mí, y que no podía aceptar, en buenos principios parlamentarios y como ministro, un triunfo debido á las oposiciones republicanas.

El argumento era irrebatible, y no podían rebatirlo.

Insistí en mi dimisión, presentada con carácter irrevocable; y planteada así la crisis, Rivero y Moret anunciaron que si yo mantenía la dimisión, ellos dimitían también.

Era un conflicto, un verdadero conflicto para el general Prim; era la ruptura de la conciliación, ó poco menos. Era hacer imposible toda candidatura regia, y de este modo, como sucede muchas veces en política, se enlazaba lo más pequeño con lo más grande, y porque faltaba un granillo se derrumbaba una montaña.

¿Qué le importaba á nadie, ni á mí tampoco, el que yo fuera ó dejara de ser ministro?

Mi significación política era escasísima por entonces, y, sin embargo, al caer yo, se derrumbaba casi toda la máquina política.

Comprendiéndolo así, me rogó el general que le buscase una solución y una salida.

Me lo rogó en nombre de la idea liberal y con imperios de su amistad.

Y yo le presenté una solución que ya tenía pensada, pero á la que no quise acudir hasta el último extremo.

Porque, ¿quién, aunque no sea vanidoso, y yo no lo soy, no siente los estímulos del amor propio en las luchas apasionadas de la política?

—He aquí mi solución—le dije al general Prim:

Un gran número de progresistas se han abstenido de votar; pues bien: usted les llama, y les obliga á que mañana al leerse el acta, *uno* por *uno* pidan la palabra, para que conste que unen su voto al de la mayoría en la votación sobre el voto de censura.

Si sumando este número de votos favorables al de los que votaron en mi favor, resulta que tengo mayoría, no sólo en la votación total, sino entre los ministeriales, me resignaré á retirar la dimisión y á no insistir en ella, contando con que en la *Gaceta* conste la no admisión de la misma.

Antes de concluir yo, había aceptado la idea D. Juan Prim, y aquella misma noche llamó, uno por uno, á todos los progresistas que se habían abstenido, y al otro día fueron mansamente, resignados y vencidos algunos; otros, que no se habían enterado del suceso, de buena gana; y todos juntos, formaron una votación de progresistas y demócratas muy superior á la de los votos favorables al de censura.

Mi triunfo se completó publicándose en la *Gaceta* un decreto en que no se me admitía la dimisión.

La conjura quedaba vencida y humillada, y yo satisfecho, con esa satisfacción egoísta y acaso malsana con que se ve la derrota del adversario.

Pero la política es así, y aun los menos aficionados sentimos en la lucha el ardor de la sangre.

Seguí siendo ministro, sin que ya volvieran más á hostilizarme en el Parlamento: hasta la llegada de D. Amadeo, en que, muerto Prim, se formó un nuevo Ministerio.

Pero fuera del Parlamento, todavía la dichosa cuestión del Catecismo me dió que sentir, suponiendo que yo sienta estas cosas, que, á decir verdad, no consiguen ni arañarme la epidermis.

José Echegaray

# NOTAS

DE UNA

# EXCURSIÓN POR LA PROVINCIA DE MÁLAGA

Nuestros buenos vecinos los franceses, que son gente que sabe vivir; que, á pesar de todos los pesares y de todos los contratiempos, se estiman y conceptúan seres muy superiores á los demás nacidos; que no hallan país alguno, no sólo mejor, sino comparable siquiera al suyo—en lo que dan prueba evidente de buen gusto y de amor á la Patria;—que continúan creyendo de buena fe que París es el cerebro del mundo y la capital de Europa, y otras muchas cosas más que todos sabemos,—en todos los tonos repiten, y á mi juicio, no sin causa ciertamente, que es bella de ver aquella tierra de Francia.

Nosotros, los españoles, que á cada paso sacamos á relucir nuestro heroísmo en Sagunto, en Astapa y en Numancia; nuestro Pelayo insigne, á quien tenemos, ó tiene la generalidad de doctos y de indoctos por el iniciador único de la Reconquista; nuestro Cid Campeador, tan desfigurado y maltrecho por los extranjeros y por los catalanes, quienes, de común acuerdo, le comparan con José María y otros personajes análogos; nuestro don Jaime *el Conquistador;* nuestros Reyes Católicos, Isabel y Fernando; nuestro *Gran Capitán;* nuestro Emperador Carlos V, y todas nuestras glorias en el viejo y en el nuevo mundo,—nosotros los españoles, repito, procedemos de otra manera muy distinta, á despecho de nuestra altivez y de lo que llamamos nuestro patriotismo.

Quizás sea espíritu de desconfianza en nosotros mismos;

acaso timidez, que no se aviene ni compagina con nuestra proverbial y no casi siempre verdadera arrogancia; por aventura, aspiración generosa que jamás se realiza. Pero es lo cierto que los españoles nada de bueno vemos en España. Es un país abominable. Nuestros campos, nuestras ciudades, nuestras carreteras, no pueden ser peores, y así lo decimos, con ingenuidad malsana é inexacta las más de las veces; nuestros militares, nuestros políticos, nuestros sabios, ¡qué han de valer lo que cualesquiera otros de otros países! Y, dejando de lado diferentes juicios de naturaleza análoga, ¡hasta hay entre nuestros conciudadanos quien quiere modificar nuestras costumbres desde el periódico oficial, y quien se empeña en que en la ciudad y en el libro hemos de hablar como se habla en el rincón más escondido de Castilla!

Pero que no nos toque nadie á nuestros monumentos. Que no nos toque á nuestras ranciedades. Ha habido inglés que, por uno de los ladrillos de la *Giralda* de Sevilla, ha ofrecido una barbaridad de miles de duros legítimos, y por un cuadro de no sé qué santo, que había en no sé qué iglesia de no sé qué pueblo, daba también fabulosa cantidad inconcebible. Fuera de esto, lo demás todo es malo y sin comparación con lo extranjero, como lo prueban los tejidos catalanes, que el proteccionismo nos obliga á vestir, y la industria de los sastres nos obliga á pagar como géneros ingleses!

Todo lo dicho viene para demostrar que si es, por exclusión, para franceses y no franceses «bella de ver la tierra de Francia» —por no haber ninguna otra que la supere ni que la asemeje, en el sentir de nuestros vecinos,—también es «bella de ver la tierra de España» para españoles y no españoles, á despecho de las tierras castellanas y de las manchegas; y claro es que, ni en Francia con ser Francia, ni en España, ni en país alguno, los accidentes, la configuración, y el cultivo, y el aspecto del terreno, son siempre los mismos, pues ya es sabido que precisamente

*per troppo variar natura e bella.*

Más que bella, bravía é imponente en toda su imponderable grandeza y en todo lo sublime de su esplendor se presenta con verdad en aquella región de Andalucía, bañada por las aguas del Mediterráneo, y que, con Granada, con Córdoba, con Sevilla y con Cádiz, parte límites. Aludo á la provincia de Málaga, que empeños oficiales me obligaron á recorrer no há mucho tiempo.

Desde que, pasado Puente-Genil—que á la jurisdicción de Córdoba pertenece,—la línea de los ferrocarriles andaluces se bifurca en Bobadilla para seguir hacia Granada por un lado, y hacia Málaga por el otro, mientras la de Algeciras cruza en dirección al S. la tan famosa y renombrada *Serranía de Ronda;* desde que en pos de la planicie en que el lugar humilde de Bobadilla tiene asiento, se internan los rieles por el valle sinuoso del Guadalhorce,—puede el viajero que se dirige á la patria de los Loring, de los Larios y de los Heredias, formarse idea del relieve con que se se presenta á sus ojos aquella región de nuestra España, así que el tren traspone las trincheras del camino practicado como un surco entre las convulsiones menos violentas con que van las ramificaciones del celebrado *Torcál de Antequera* á unirse por esta parte con la rondeña *Serranía*.

Aunque se ha abusado mucho de la comparación — que no por eso deja de ser exacta,—el tren, abriéndose paso por entre enormes é ingentes moles de piedra, se desliza como una culebra monstruosa por los boquetes practicados en las entrañas de aquellos colosales peñascos que ha horadado la industria del hombre; queda de uno á otro suspendido sobre los cruzados hierros de los puentes que los unen, á la derecha margen del Guadalhorce, cuyas aguas caminan encajonadas en lo profundo para caer en masa formando catarata hirviente—que el viajero no distingue,—en la agreste soledad rocosa de *El Chorro,* más abajo de Gobantes, y, por último, llega al abierto valle de Alora, donde puede decirse que comienza la afamada *Hoya de Málaga,* y donde, á uno y otro lado del río, se espácian risueños campos cultivados no exentos de accidentes, campos en

los cuales, al lado de los naranjos y de los limoneros, de las higueras y de las vides, y de los setos de chumberas, levantan airosas sus penachos las erguidas palmeras, dominando el verdegueante conjunto pintoresco.

Pero también, como fondo de aquella decoración deslumbradora y bella, á la una y otra parte del Guadalhorce, cordilleras de elevadas montañas, eslabonadas entre sí por distintos modos, amontonadas las unas encima de las otras, sombrías, llenas de repliegues y de cortaduras, pizarrosas y sin cultivo, se suceden sin fin ni término, dibujando sus crestas y sus picos pedregosos sobre un cielo fuertemente azulado, y envueltas en las violadas gasas de la neblina que esfuma sus contornos. Esto, por lo que hace á la margen izquierda, en la allí ancha cuenca de aquel río, cuyas corrientes han llevado traidoras en tantas ocasiones la muerte, la desolación y la ruina, hasta la misma Málaga. A la derecha, con toda la exuberancia propia del país, con toda la lozanía que el clima la consiente, las alturas, creciendo desde la estación ferroviaria, aparecen cubiertas de hermosa vegetación en cultivo, denunciando la proximidad de un poblado de importancia, que no se ve desde las ventanillas del vagón, pero del que son como precursor anuncio, no sólo aquellas galas de la Naturaleza, sino el monte altísimo que, avanzando de través sobre la línea férrea, se ostenta coronado por las vetustas murallas y los desconchados torreones de un castillo poderoso, que labraron los musulmanes para defensa del lugar y del paso del río, y cuyas ruinas se hallan hoy poéticamente convertidas en cementerio.

Aproximándose y separándose á trechos, continúan dando tonos al paisaje aquellas dos cadenas de montañas, que siguen con cierto paralelismo su camino, y cuyas más ó menos onduladas derivaciones separa el Guadalhorce mencionado hasta que, dejando á la derecha la estación de Cártama, penetra de lleno la línea en la *Hoya* ó *Vega*, y si permite ver, hacia el confín y límite de la *Sierra de Mijas*, la convexa planicie del mar, que asoma azulado y confuso todavía por entre las labra-

das tierras, no deja de brindar al propio tiempo con el espectáculo de los montes y las sierras que se van alejando como con disgusto en los términos de la izquierda, esmaltados unos y otros por verdegueantes plantaciones y blancos y desperdigados caseríos.

Así se llega á Málaga, la antigua fundación tiro-fenicia, la opulenta ciudad comercial, tan renovada en su caserío por el afán de embellecerla, que apenas si conserva reliquias de otras edades, borrada en mucha parte su originaria fisonomía. Y aun allí, por cima de la única torre de su Catedral; escondiendo sus cimas entre el celaje, la procesión de montes encrespados continúa, y los eslabones de aquella colosal é inacabable cadena llega hasta las mismas aguas del mar, que los bañaba en otros siglos. De tales eslabones es el uno el *Cerro de la Alcazaba*, y el otro inmediato, asiento del *Castillo de Gibralfaro,* tan ridícula como inútil fortificación militar, llamada á desaparecer en días no lejanos, como debe desaparecer, para comodidad de la población, el *Cerro* mismo *de la Alcazaba*, condenado por sí propio.

Bella es de ver aquella tierra malagueña, con lo que ni expreso nada nuevo, ni cosa que no sepa todo el mundo, en particular los ingleses y los alemanes, que allí pululan, y que puede decirse han establecido en Málaga verdaderas colonias en provecho y beneficio suyo, como he tenido ocasión de comprobar recorriendo diversas zonas de la provincia. Mucho se ha hecho y se hace con el intento de transformar aquella población y darle condiciones para la vida moderna; pero aún queda mucho que hacer ciertamente en semejante empeño.

Hermosa es su *Alameda,* el antiguo y principal paseo que tuvo Málaga, hoy abandonado y totalmente oscurecido por las bellezas del inmediato *Parque*, trazado en terrenos robados por la industria al mar, que los llenaba; jardín espléndido, incomparable y delicioso, aun con no estar terminado todavía, cuajado en primavera de tantas, tan variadas y olorosas flores, que le convierten en prolongado y profuso ramillete, re-

gocijo de los ojos y encanto de los demás sentidos; que orean constantemente las marinas brisas, las salinas bocanadas, que, cual amorosa caricia, como tierno adiós á la ciudad cuyas plantas besaban, arrojan sobre él en incesante conmoción las salobres aguas del *Puerto,* violentamente desalojadas de aquellos sus antiguos dominios seculares.

Todavía, aunque se ha procurado disimular con grupos de follaje y erguidas palmeras el mal efecto que en tal paraje produce, afea el *Parque* la pesada é incolora fábrica de la *Aduana*, presentada de través, maciza, de excelente construcción, es cierto, pero de escaso valor arquitectónico, y en grande y lamentable abandono por lo general, con oficinas míseras é impropias, y su patio central desempedrado y sucio. Aféale asimismo, sobre el desmonte que tantas sorpresas ha proporcionado á los arqueólogos locales, y ha estudiado paciente y amoroso el sabio Rodríguez de Berlanga en una revista barcelonesa,—el *Cerro de la Alcazaba*, con aquella línea de edificios enlazada á la de las antiguas torres de la musulmana fortaleza en viviendas convertidas; con las ruinas medrosas de aquellas otras torres grieteadas, que si «desprecio al aire fueron», según de las de Itálica decía Rodrigo Caro,—como éstas, se rendirán á «su pesadumbre», el día menos pensado, con estragos sangrientos y dolorosos, y que permanecen en pie por verdadero milagro.

Pero cuando se haya renovado el abigarrado caserío de la *Cortina del Muelle* y de las torcidas y estrechas calles que á él afluyen; cuando se haya demolido la *Aduana,* regularizando el *Parque;* cuando demolidas también, por causa de utilidad y ornato públicos, las casas todas del *Cerro de la Alcazaba*, haya sido éste desmontado en su totalidad, y se haya conseguido enlazar la *Plaza de Torrijos* con el dicho *Parque*, entonces será éste, por derecho propio, uno de los más hermosos, si no el más hermoso de los paseos, de todos los paseos de todas las poblaciones de España.

Hasta *el Palo* no puede ser más agradable, y á trechos más

fastuosa, aquella larga avenida que, como futura prolongación del *Parque,* se extiende desde el ruinoso circo taurino, franjeada de hoteles de mayor ó menor visualidad y aparato, y de más ó menos gusto, que alguien podría calificar á la francesa de arquitectura *parvenue;* edificios con pretensiones monumentales muchos de ellos; los unos, en el centro de frondosos jardines que se dilatan hasta la playa misma; puestos en fila los otros, estrechos y encogidos; y á partir del celebrado *Cementerio inglés*, encaramados ordenadamente y en formación correcta por las faldas de las entrecortadas alturas, que, siendo eslabones de la cadena montañosa á la cual corresponde el histórico *Gibralfaro*,—forman, con el *Limonar,* la izquierda de la avenida, donde, como en todas las demás construcciones, la aristocracia mercantil ha hecho continuado alarde de ostentación y de riqueza.

De *la Farola* misma parte el ferrocarril de la costa, cuyo primer trozo se ha abierto á la explotación el presente año; y y dejando atrás *el Palo* y los *Cantales*, llega hoy hasta *Torre del Mar*, pequeño y moderno poblado con esperanzas legítimas de no lejano desarrollo, dependiente y próximo ya á la ciudad de Vélez-Málaga. Tendida la línea sobre las arenas de la playa, hacia Levante,—pasa por la Malagueta, bordea el mar, y las olas, ya tranquilas, ya alborotadas, van á estrellarse murmuradoras sobre los rieles, amenazando siempre destruirla. El espectáculo es á la vez tan pintoresco como agradable. A la izquierda quedan los abigarrados hoteles de la avenida de que he hablado antes, y sobre los cuales se dibujan las crestas de las alturas mencionadas; más lejos, los campos cultivados, los cabezos de las sierras que se internan en los macizos de los llamados *Montes de Málaga*, el apeadero de Benagalbón, pueblo insignificante que hay quien supone es cierta población denominada *Segalvina*, y según ilusoriamente se pretende, apellidada *Sex Galbina* en honor de Galba, localidad de donde dicen natural el presbítero Silvano, cuyo nombre figura en el famoso concilio de Iliberris. Más adelante, cortando perpendicularmen-

te los cerros, la antigua carretera de Vélez, por donde, después de la estación del tranvía, discurren en incesante movimiento *iablas*, góndolas, breacks, carros de transporte, recuas de cargadas acémilas y peatones; y por último, prescindiendo de otros detalles, grandes plantaciones de caña de azúcar. A la derecha, el mar, en cuyas aguas, como en inmenso reflector, reverberan los rayos solares, cabrilleando incesantemente y á compás del eterno movimiento que las agita; á trechos, cuando la línea se interna por la ancha playa, los grupos de afanosos marineros tirando pacientemente del *copo;* barcas de todas dimensiones, hechuras y colores, encalladas en la arena; hombres y mujeres que al sol recomponen las redes, húmedas todavía; algún que otro carabinero, y surcando las aguas, allá en el fondo, un vapor que parece leve mancha negra, ó las velas latinas de las embarcaciones pesqueras, que aparecen y desaparecen conforme al ritmo de la respiración del Mediterráneo.

Cuando ya en los duros asientos de una *diabla*—carruaje de ruedas, tirado por un caballo, y que participa en su contextura del *breack* y de la tartana,—cuando, cruzadas las modernas calles de Torre da Mar, se enfila el camino que á Vélez-Málaga conduce,—si es verdad que se echa mucho de menos la sombra protectora del arbolado, que allí no existe, en cambio se recrea la vista con la contemplación de aquella especie de vega, fresca, fructífera y de agradable aspecto, y sobre todo con el que ofrece, allá, al extremo de la carretera, la población, encaramada en las faldas y repliegues de aislado monte, y teniendo en la cima como remate las ruinosas murallas y la única torre que en pie queda todavía de la de otro tiempo formidable *Alcazaba*.

Las calles empedradas, pero estrechas y tortuosas, serpean trepando por el urbanizado monte; y en el abandonado barrio que fué de la *almedina*, se levanta solitaria, sin feligreses casi, la antigua *Parroquia de Nuestra Señora de la Encarnación*, que piadosa creencia supone fundada por el mismísimo San Pedro, la cual fué luego mezquita en los días de los musulmanes, y

cuya fábrica dicen de buena fe ser la misma de aquel templo consagrado en 1487. Labrada en el siglo XVI, en ella quedan muy insignes reliquias tradicionales por lo que á su techumbre hace; y desde las arcadas de su porche el espectáculo de que se goza no puede ser más interesante ni más bello.

Desde él se domina el valle por donde discurre el llamado *río de Vélez*, valle plantado de cañaverales y de huertas, anchuroso allí, limitado por las ramificaciones de los *Montes de Málaga* y por los de aquella *Sierra de Bentomíz*, tan famosa como célebre en los días de la rebelión de los moriscos. Y entre las encumbradas alturas que se hacinan majestuosas y eslabonadas á la derecha, y se empinan y encrespan cerrando el horizonte, distínguese apenas el enhiesto peñasco, donde á modo de vigilante atalaya, tiene su emplazamiento Comares, en el Partido de Colmenar, pueblo humilde, pero bravío, al cual dan notoriedad los acontecimientos históricos de los días del imperio de los hammudíes, la celebrada *Torre de Comares* en el palacio de la Alhambra de Granada, y el marquesado de este título discernido por los Reyes Católicos á favor de aquel insigne prócer lucentino que con el conde de Cabra comparte la gloria de haber hecho en 1483 prisionero á Boabdil en el arroyo de Martín González.

Siguiendo la carretera de la costa, siempre en la misma clase de vehículo, y en la propia dirección oriental,—á no larga distancia de Vélez, se halla Torróx, cabeza del partido judicial de su nombre. En las proximidades del moderno Faro encuéntranse restos de un poblado romano, y entre la arenas se descubren multitud de fragmentos de *tégulas*, asegurándose que también han sido descubiertas sepulturas. Lo que yo puedo asegurar, por haberlo visto, es que debió existir en los postreros días de la dominación de Roma, y en el sitio mismo en que se levanta el Faro, una serie de edificios de relativa importancia, cuando el pavimento de sus habitaciones era de mosaico; mosaico de labor geométrica, hecho de cubos de piedra blanca, negros y rojizos, del cual quedan trozos al descubierto; que al

construir el Faro, apareció un busto de mármol, que no he logrado ver, pero que posee el Ingeniero Jefe de la provincia, y que en él fueron halladas monedas de Abdera, de Sexi y monedas arábigas, así como un candil de barro, de esta última época mencionada, aunque no habría de faltar seguramente quien lo calificase de *pre-romano*.

Para llegar á Torróx, casi frente al Faro arranca de la provincial la carretera vecinal, que se interna entre plantaciones de caña de azúcar y va subiendo hasta desembocar en el antiguo barrio de la *Almedina*, barrio hoy de los braceros y operarios de las fábricas de azúcar que allí existen, y donde la iglesia del antiguo convento de mínimos de *Nuestra Señora de las Nieves* ostenta bello artesonado de alfarge.

La población aparece como enclavada en tres alturas de poca elevación, con el cerro de *Lagos* á Levante, y el de *la Rábita*, donde nada subsiste de lo que allí tuvieron los musulmanes, al NO. Calles empinadas, difíciles, de caserío humilde por lo común, algunos de cuyos edificios románticamente evocan la memoria de los que los hijos del Islám habitaron—hormiguean en todas direcciones por las desiguales laderas, como buscando anhelosos de aquella suerte, la manera de ocultarse entre los repliegues y accidentes violentos de los cerros mencionados; y por cima de la *Plaza de la Constitución*, que se alza plantada de árboles sobre depresión profunda, y es con la de la *Ermita de San Roque*, lo único llano en la apiñada villa,—tendida de través en una altura, aparece la modernísima é incolora fábrica de la iglesia parroquial de *Nuestra Señora de la Encarnación*, que carece de importancia, y cuyas alhajas fueron sacrílegamente robadas y vendidas en Sevilla.

Más allá de Torróx, por la carretera misma de la costa que va siempre bordeando la playa—y que parece en ocasiones cerrada por ingentes y caprichosos peñascos, á través de los cuales se ha abierto aquélla camino,—está en una llanura Nerja, la villa malagueña á que dan actualmente nombre sus celebradas batatas, y que á orillas del mar tendida, tiene como

fondo la sombría masa de los enhiestos montes de *Sierra Tejéa*. Ya ni recuerdo queda en Nerja de los afamados telares de riquísimos paños que en tiempo de los muslimes hicieron prosperar la población, dedicada en su mayor parte al cultivo de la seda y á la fabricación del *tiráz* con que entonces labraban sus vestidos las gentes principales de Granada. Población agrícola, entre plantaciones de caña de azúcar y verdegueantes huertos que fecundizan las aguas del río Chíllar,—el caserío por lo general de planta baja, se extiende en líneas regulares con dirección á la plaza donde por un lado se levanta la moderna parroquia de *San Salvador*, no exenta de interés en su género, y por otro se espácia el agradable paseo llamado *Balcón de Europa*, encaramado sobre los restos de la derruída fortaleza, entre cuyos escombros yacen oxidados y corroídos los cañones que la defendían, y presentando á la vista en dilatadísima extensión, el espectáculo siempre bello del mar, que viene humilde á besar con sus aguas las rojizas rocas del fondo, donde pulula una población de pescadores, y cuyas brisas acarician la villa halagadoras.

Allá, por Levante, en los confines de la provincia de Málaga, está Maro, con sus recuerdos de otras edades; y al N., entre aquellas abruptas eminencias de la *Sierra* que se dijo *de Bentomíz* en su conjunto,—á 6.000 pies de altura alza su mole el histórico y temeroso *Peñón de Frigiliana*, donde se hicieron fuertes los moriscos en 1569, y de donde con grandes pérdidas y fatigas fueron valerosamente desalojados al asalto por las milicias de Felipe II.

Ninguna hay, entre todas las poblaciones que figuran en la tan pintoresca y fértil *Hoya* de Málaga, que tenga como Cártama abolengo más dilatado, ni que haya ofrecido mayor ni más interesante número de testimonios monumentales, exclusivamente relativos á los días de la dominación romana. Diez y ocho kilómetros dista de la capital su estación ferroviaria, en la línea de Córdoba, y aunque desde el siglo XVIII ha sido por los amantes de la antigüedad explotado el suelo de la

villa, descubriendo en él entonces, el ilustre D. José Luis Velázquez, marqués de Valdeflores, grandes riquezas arqueológicas,—todavía el acaso pone de vez en cuando allí, reliquias estimables de manifiesto.

Con el espíritu lleno de esperanzas, é impregnado del respeto misterioso que inspiran siempre en su yacimiento originario las memorias de la antigüedad, en las que vibra y late el alma de razas y de pueblos de quienes sólo muchas veces tenemos noticias por lo que quieren decirnos los escritores, y cuya personalidad aparece imponente y persuasiva, lo mismo en los nobles productos de las artes que en los más humildes de la industria; con el entusiasmo que despierta la idea de contemplar espectáculos—si presentidos, no de conocimiento seguro,—del tren descendí en la estación de Cártama una fresca mañana de Febrero, en que eran por extremo agradables las caricias del sol, aun en aquella privilegiada región de Andalucía.

El coche aguardaba dispuesto al pie de la escalinata de la estación, y arrancó cabeceando por la carretera, trazada entre tierras cultivadas y feraces huertos esmaltados de verdura. Así llegó hasta la orilla izquierda del Guadalhorce, cuyo cauce llenaban las plomizas aguas turbulentas, y allí se detuvo, descendiendo los pasajeros y el equipaje. Una barcaza chata, sujeta á ambas orillas por retorcido alambre, esperaba para pasar el río. La terrible crecida de éste en Octubre del año anterior de 1907, había destruído el puente, cuya fábrica, como cadáver insepulto y descompuesto, aparecía á la izquierda, conservando parte del estribo correspondiente á la márgen derecha. Nadie se cuidaba en Málaga de la reconstrucción del viaducto, á pesar de las reclamaciones y las quejas de Cártama, de Coín y de Alhaurín el Grande, poblaciones cuya única comunicación con Málaga es la estación de la primera de las citadas villas, y así continúa y continuará, como otros muchos puentes que vi hundidos en las carreteras del Estado, propias de esta provincia.

La barcaza, empujada vigorosamente por cierto número de hombres metidos en el agua hasta la cintura, cruzó no sin esfuerzo la rápida corriente, y sanos y salvos, aunque no sin alguna mojadura, desembarcamos en la orilla opuesta, donde á los viajeros otros carruajes aguardaban. La carretera seguía entre deliciosas plantaciones, é iba poco á poco trepando por la empinada cuesta del arrecife, cuando á nuestra izquierda, sobre una pequeña elevación, apareció, cual emblema de la fe é invocación suprema, la *Cruz del Humilladero,* que llamó mi atención poderosamente, por ser como anuncio, y heraldo expresivo además, de las memorias arqueológicas de Cártama. La Cruz, que es de hierro, se alza sobre enhiesta columna, cuyo marmóreo fuste de dos piezas y robusto módulo, y cuyo bello capitel, también de mármol, mutilado y corintio, son resto de una construcción romana, quizás del *Foro*, y hallados fueron, no sé si juntos ó separadamente, donde se halla con frecuencia todo, en el sitio que denominan *Fuente Alta.*

Pero, por desventura, de aquellos corpulentos restos estatuarios, arrancados del seno de la tierra por el marqués de Valdeflores en el siglo XVIII, y que adornan las avenidas del *Museo Loringiano* en la espléndida *Hacienda de la Concepción*, cerca de Málaga, no queda sino uno, de iguales condiciones y hermano suyo, que sirve impíamente de guardacantón en la esquina de la casa número 19 de la *calle de la Vera-Cruz*, edificio de la propiedad de D. Fermín Alarcón Luján, donde ha experimentado y experimenta cada día desperfectos irremediables, y donde perecerá al fin, si una mano caritativa y celosa de las honras de Cártama, no salva aquel monumento de la escultura, llevándole para su conservación á un *Museo.*

Mayor es el número de los monumentos epigráficos, romanos, que todavía en la villa subsisten, en peor ó en mejor estado, y que son conocidos por la diligencia de los arqueólogos españoles y extranjeros. Como objetos de curiosidad sin importancia, guarda cinco de los indicados epígrafes su dueño don José Salgado, empotrados los unos á raíz del suelo, y en los

muros los otros del patio de su casa, *Plaza de la Constitución*, número 3, de donde por cualquiera contingencia están llamados á desaparecer; otro, que es un pedestal, ha sido llevado al Cementerio, y colocado sobre una tumba, con una cruz de madera encima. De los demás, registrados por los autores, dos maltratados, y ya ilegible el uno, continúan en las esquinas de la citada *Plaza de la Constitución*, al alcance de los muchachos que los destruyen; otros, aunque sin derecho, han sido llevados al *Museo* del marqués de Loring, en Málaga, donde se han salvado, y otros, por último, han desaparecido.

Con frecuencia son hallados pavimentos de mosaico vulgar, de piedras blancas, negras y rojizas, y de dibujo geométrico, los cuales son destruídos, no llegando ninguno de ellos á alcanzar el mérito del que, recogido en Cártama, figura como pavimento en el mencionado *Museo* particular malacitano. De otras edades, fuera de las ruinas del castillo, nada aparece, como si la vida de esta población hubiera quedado en suspenso al terminar la dominación de los romanos.

Bella es de ver la carretera que, trepando siempre, remonta al galope de los caballos el carruaje que hace el servicio de correos desde Cártama á Coín, villa ésta emplazada en una altura, y rodeada de terrenos cultivados é inmejorables, que además de excepcionales frutos, ofrecen el aspecto de un jardín frondosísimo y delicioso. Cercada está en dilatados espacios por cadenas de montañas, al parecer infranqueables, las cuales, desde el hermoso miradero en que ha sido convertido el Convento de Trinitarios calzados, se despliegan en vistoso anfiteatro, salpicadas de caseríos, y presentando como en un Nacimiento, enclavadas y medio ocultas entre sus contorsiones y accidentes infinitos, otras poblaciones de este partido judicial y del de Alora. Ya no queda en Coín memoria alguna viva de otras edades; nada del famoso castillo que defendió la villa, y en el que fué construída, según es pública voz y fama, la iglesia parroquial de *San Juan Bautista;* pero en cambio es población rica y próspera, de señoril atavío, con calles rectas y bien cui-

das, y buenos edificios con jardines, donde la vida es agradable y regalada.

Poco más de una legua, por terreno quebrado y montuoso siempre, dista de Coín la villa de Alhaurín el Grande; el caminillo de herradura que une á ambas poblaciones, cruza barrancos, escala cerros y lomas, costea pródigas heredades, y sigue sinuoso hasta penetrar al cabo en los callejones que dan por esta parte entrada á la villa, la antigua *Lauro*, hoy notable porque en ella hace largas estancias persona tan ilustre como el sabio epigrafista malagueño Dr. D. Manuel Rodríguez de Berlanga, citado arriba. En aquellos callejones bordeados de huertas, y cerrando la que por haber sido allí enterrado un párvulo inglés llaman *del Niño* hoy, y antes dijeron *de los Arquillos*,—subsisten los despedazados restos de un acueducto rural romano, y fueron hallados restos escultóricos y trozos de pavimento de mosaico, que destruyó sin compasión su dueño.

Trasladada desde la *Ermita de San Antón*, perdida un tiempo y recuperada luego felizmente á instancias del pueblo, osténtase en el altar de San Antonio de la iglesia parroquial de *La Encarnación,* una placa de alabastro que mide 365 milímetros de alto por 29 centímetros de ancho, y en la cual destaca en relieve el grupo de la Santísima Trinidad, obra al parecer italiana de los días del Emperador Carlos V, pero que era estimada como *goda,* y representación de *la Profecía de Simeón* equivocadamente.

Aunque no de aspecto tan señoril ni pulcro como Coín, Alora es, sin embargo, población importante. Ya en ella las reliquias de la antigüedad no abundan; pero esto no es obstáculo para su prosperidad bien manifiesta, sobre todo desde que el ferrocarril la beneficia. Situada casi en el comedio de la línea de Bobadilla á Málaga, dista 38 kilómetros de la capital y 32 de Bobadilla; y replegada en las vertientes de alto monte, al pie de la *Sierra del Hacho,* que levanta su imponente mole por cima de la población,—derrámase alegre el caserío en calles pendientes y estrechas con dirección al denominado *Cerro*

*de las Torres,* que es el que, coronado por las ruinas del castillo, avanza casi de través sobre el profundo y ancho valle por donde discurren el Guadalhorce y el camino de hierro.

No menos agradable y cuidada que la de Coín es la carretera que desde Alora se dirige á Carratraca, en el partido de Campillos, y donde solitaria, entre frondosas huertas, se conserva la restaurada iglesia del *Convento de las Flores* sobre la margen derecha del río. Después, cruzando extensos campos; dando vueltas entre los montes pizarrosos que se erizan en aquel distrito hasta alcanzar grandes alturas; salvando puentes sobre hondísimos barrancos, puertos, cañadas y pasos de todo género, al cabo de poco más de dos horas de camino, llega la carretera á desembocar en Carratraca sobre abierto, profundo y extenso valle, y entre frondosísimos huertos poblados de naranjos y de limoneros.

Todavía más alto está Carratraca, población moderna, famosa por la virtud de sus aguas medicinales y por su celebrada y maravillosa *Cueva*, digna de admiración verdaderamente. Allí la *Sierra Blanquilla* extiende sus abruptos ramales, que toman nombre de *Sierra de Ardales, de las Aguas* ó *del Baño,* y de *Sierra de Caparain;* y á legua y media, hacia Levante, se alzan en lugar eminente y bravío como pocos, las *Mesas de Villaverde,* que tienen singular resonancia histórica, y que son con frecuencia por los bañistas visitadas.

Tres horas casi, y á buen paso—el que las escabrosas desigualdades del terreno consienten,—emplean en recorrer las caballgaduras aquella corta distancia por estrechísimas veredas peligrosas que se deslizan á través de las complicaciones de la *Sierra Blanquilla,* y las franquean atrevidamente al borde de tremendos precipicios, donde vienen á eslabonarse por el pie revueltas las montañas; en perpetuas ondulaciones, la vereda desciende por rapidísima pendiente arcillosa, resbaladiza, llena de cortaduras, y expuesta, ó sube por un plano inclinado y violento, dando vueltas en torno de la roca para buscar el paso; y de esta suerte, si baja hasta el húmedo lecho pedregoso del

*Arroyo del Granado,* lecho que encajonan sombríos los macizos montuosos que en él vierten sus aguas, y que ancho y agradable, aparece en tal disposición como la calle de un paseo orillada de pomposa arboleda, vuelve á encaramarse el sendero por las vertientes opuestas, para continuar incansable en giros y revueltas sin fin hasta alcanzar la verdegueante loma de una de aquellas eminencias, áridas casi todas ellas, de formas asemejables y tan unidas, que vienen á la postre á cerrar de todas partes el horizonte, cual infranqueable barrera.

A la postre, como nada hay que no tenga término, entre hacinada vegetación de silvestres palmitos, la senda decididamente se dirige dando rodeos hacia extenso promontorio de amontonadas rocas de jaspón blanco, escuetas, repartidas en bancales, con profundos surcos, peladas é imponentes en la majestad soberana de aquellas soledades bravías, y á la vista se dilata en la altura la *Mesa superior,* no exenta de accidentes, cubierta asimismo con extremada exuberancia de palmitos y de lozana vegetación salvaje como de fresca alfombra, destacando en el suelo, sobre el tono verde de la misma, todos esos fragmentos informes de cerámica, rojizos ó amarillentos, residuos de vasijas, de ladrillos, de tejas, que denuncian la existencia allí en otras edades de una población de más ó menos importancia, desaparecida y olvidada ya há largas centurias, y sobre cuyos escombros y ruinas ha tendido llena de coquetería la naturaleza su regio manto vegetal, para disimular el espectáculo pungente de aquellos restos, y ocultar el de su destrucción dolorosa á los humanos ojos, que no aciertan ya realmente á distinguirlos.

Porque allí, en aquella *Mesa superior* y más eminente, que se levanta aislada y casi como el punto central ó el eje del círculo que trazan en torno suyo las accidentadas cordilleras de enhiestos relieves que de todas partes la cercan; allí, en aquel paraje agreste, de dificultoso acceso, de solemnidad incomparable, uno de cuyos costados es el profundísimo tajo por donde corren las aguas de Guadalhorce, que se precipitan

en cascada por el *Chorro;* allí, los escritores en su mayoría aseguran tuvieron su emplazamiento el castillo y la población, desde donde en el siglo IX° de nuestra Era desafió por largo tiempo el poderío de los Califas de Córdoba aquel insigne caudillo de los muladíes de Málaga, Granada y Córdoba, de aquel famoso Omar-Ebn-Hafsón, á quien los escritores extranjeros, y con más saña el ilustre Dozy, comparan desenfadadamente con José María y los demás bandidos que han campado por sus respetos tantas veces en estas comarcas.

Bien es verdad que el propio Dozy, no sólo moteja despectivamente á los monarcas españoles de la Reconquista, sino que equipara á nuestro Cid Campeador con los *lazzaroni* y *condottieri* italianos, sin acordarse para nada de aquellos otros caudillos y guerrilleros francos que alquilaban sus espadas y vendían con frecuencia sus compañías, su sangre, su honor, en servicio de príncipes y de causas que les debían interesar bien poco, pero que les proporcionaban pingües beneficios.

Como aseguran los escritores á quienes aludo, y entre quienes se cuentan D. Serafín Estévanez Calderón, Simonet y el mismo Rodríguez de Berlanga, que en aquella accidentada planicie existen las ruinas del castillo, de la ciudad y hasta de un templo, procuré como pude reconocer detenidamente la *Mesa;* pero no tuve la fortuna de hallar otra cosa que los fragmentos de que hablo arriba, fragmentos abundantes, entre los cuales predominan los de *tégulas* romanas, pareciendo por ello indicio de un poblado de no grande importancia, que hubo de subsistir quizás hasta los días de la dominación muslímica, de los cuales no apareció rastro por allí, á pesar del interés con que hube afanosamente de buscarlo.

No aconteció lo mismo en una de las Mesas inferiores, de bajada peligrosa, donde, excavada en la roca, se muestra cierta especie de singular vivienda, con huecos de herradura, y dos algibes próximos y ya cegados; y aunque sea de suponer que pudo aquélla ser obra de muslines, á la que dan caprichosos nombres las guías, no es esto del todo suficiente para que

sirva de demostración y prueba concluyente, como se ha creído. Lo que sí es incuestionable, y así lo entiendo, dada la fortaleza del lugar, lo inaccesible del mismo, lo oculto que permanece en aquel inmenso seno que forman los montes y las demás circunstancias que saltan desde luego á la vista del observador, es que si Omar no tuvo allí su cuartel general, aquel castillo de Bobastro, que tantas y tan reiteradas inquietudes produjo mientras subsistió á los Califas cordobeses, y del cual se hizo dueño al fin, destruyéndolo, el grande Abd-er-Rahman III, no pudo en otra y más apropiada parte existir, á despecho del respeto profundísimo que merece y que me inspira la docta opinión del sabio holandés, autor de la *Historia de los musulmanes en España*, quien, por otra parte, no visitó jamás esta comarca.

Si bien no están de Carratraca lejos las estaciones ferroviarias de El Chorro y de Gobantes, más cómodo resulta, aunque más largo, regresar á Alora para tomar el tren, subir á Bobadilla, y dirigirse en la línea de Granada á la hermosa Antequera. En terreno frondoso y despejado, llano casi, pues leves son las ondulaciones que le accidentan, se encuentra situada aquella ciudad, tan famosa como nombrada en nuestro *Romancero,* por las singulares y caballerescas aventuras de su primer Alcaide, Rodrigo de Narváez, héroe de cien leyendas peregrinas; y lo espléndido de su *Vega* deliciosa, alegre, pintoresca y feracísima, pregona la riqueza de la insigne Antequera, cual la pregonan sus industrias textiles, justamente con el aspecto mismo de la población, que no puede ser más risueño ni agradable.

Su *calle de Estepa,* tan celebrada con razón, viene á ser lo que en Madrid la *calle de Alcalá:* la principal arteria, con edificios generalmente modernos y de bellas apariencias constructivas al gusto del país, acaudalada y embellecida por las instalaciones más ó menos lujosas del comercio, en ella con preferencia establecido. Al principio de la calle, que es ancha á proporción y recta, y enfrente de sus casinos, de sus cafés y de sus círculos políticos y recreativos—en algunos de los cua-

les se ha hecho profusa gala de riqueza,—tiene Antequera su *Casa Consistorial,* grande, y aunque de vulgar exterior, bien suntuosa interiormente, establecida en el *Convento* que fué *de los Remedios,* conservando la no menos suntuosa y desahogada iglesia de aquella casa religiosa, de historiadas bóvedas, pintados muros y aparatoso retablo; poco más allá están las denominadas *Esquinas,* que por los grupos que estacionan en ellas tienen algo de la *Puerta del Sol* en la corte; y mientras á un extremo casi de la acera de la derecha levanta con reminiscencias ojivales sus muros la restaurada *Iglesia de San Agustín,* en cuya fundación tuvo parte Ruy Díaz de Rojas y Narváez, Alcaide de la fortaleza antequerana y Comendador de Santiago á principios del siglo XVI,—al desembocar ya la calle en la anchurosa *Plaza de San Sebastián,* presenta la *Colegial* su bella fachada plateresca del tiempo del Emperador á la izquierda, y allá al frente, en la altura, como fondo característico, aún se alzan, cansadas y medio derruídas, las viejas murallas de la antigua fortaleza, por tantas gentes sucesivamente reconstruída, sobre las cuales descuella á un extremo, cual deformado residuo, la *Torre del Reloj* ó *del Papa-Bellota,* según allí tradicionalmente la nombran.

Empinada y fatigosa cuesta conduce desde allí al recinto de la antigua población, murada y fortalecida otro tiempo, y donde se abre, dando paso á la *Iglesia Mayor de Santa María,* el llamado *Arco de los Gigantes,* célebre entre los epigrafistas, porque en él se hallan incrustadas las que con hiperbólica frase denomina un autor «marmóreas páginas» de gloria para Antequera. Fué construído en los días de Felipe II, el año de 1585, según en él se declara, con el exclusivo objeto de conservar en el mismo los epígrafes romanos hallados en Antequera, en Osqua, en Arastipi, en Nescania, en Singilia Barba, en Casabermeja, en Mollina, y en otros lugares de la jurisdicción de la ciudad entonces. De bien poca gallarda hechura, y ya bien deformado, se hallaba coronado el dicho arco por la estatua romana de Hércules y otras varias, que han desaparecido; y

como no fué en tal ocasión posible sin duda trasladar á aquel sitio los monumentos epigráficos de todas estas partes,—para guardar memoria de ellos, fué esculpida la inscripción de cada uno en una tabla de cuarzoso mármol quebradizo, ya rojizo, ya gris, sin respeto á la exactitud, ni grande esmero muchas veces; por donde viene á resultar que, á excepción de la leyenda de un hermoso pedestal, llevado allí de Osqua (*Cerro del León* y *Huerta de la Solana*), y relativa á Nerva, no hay otra original entre aquellas «páginas marmóreas», pues la abierta en el pedestal del lado opuesto del *Arco* es copia de la de otro pedestal, ya muy desgastado, que subsiste y he visto en la *Plaza* de la glesia del Valle de Abdalagis, que es la antigua Nescania.

Arrabal hoy, habitado por gente humilde,—en aquel que se extiende en pos del *Arco*, levanta su fábrica majestuosa y atractiva la interesante parroquia de *Santa María de la Asunción* ó la *Mayor*, formando su fastuosa imafronte el lado principal de la *Plaza Alta*.—De su erección originaria en lós comienzos del siglo XVI, deponen las reminiscencias ojivas de sus ventanales, como en *San Agustín*, y el blasón del Obispo de Málaga D. Diego Ramírez de Villaescusa, en la plateresca puerta del presbiterio, produciendo idéntica enseñanza el magnífico é incomparable artesonado de alfarge, que cubre con entrelazos y estrellas ensamblados las tres naves de la anchurosa iglesia. Es éste, de cuantos en la provincia se conservan, el artesonado de mayor riqueza y arte; pero, por desgracia, el templo amenaza ruina y está abandonado y sin culto; el artesonado—podrido el maderamen de la cubierta—se halla en el mismo lamentable estado á los pies de la nave central, penetrando por la ancha abertura practicada las aguas pluviales, que darán en no largo tiempo triste cuenta de aquel suntuoso edificio, del cual nadie se cuida, por desventura. De que durante las centurias XVII y siguiente fué terminada la obra de la imafronte, atestiguan con su estructura todos los detalles de la misma, si bien el desconocido autor de la traza supo huir

prudentemente de toda exageración, procurando conservar la pureza de las líneas clásicas.

Desconcertada la fortaleza, asegura la tradición que en el emplazamiento de *Ermita de San Salvador* estuvo la principal Mezquita de Antequera, lo cual no me parece probable; en esta *Ermita* pequeña, moderna, medio destruída, se conservan desfiguradas efigies de talla del siglo XVI, siendo lo más notable la interesante *pila baptismal*, de barro cocido y esmaltado en verde y adornado de relieyes, que allí se guarda, que es producto cerámico de inestimable valor, y de la misma centuria mencionada, por más que sea vulgar la creencia de que es obra *de los moros* (1).

Fuera del *Arco del Agua*, romano, y del torreón donde abría la *Puerta de Málaga*, hoy *Ermita de la Espera*, que es muslímico, y de los últimos tiempos de la dominación islamita,—poco queda del castillo. Fogones, que se alzan solitarios en la pendiente de la altura; la *torre del Polvorín* y la *del Reloj*, ya nombrada, la cual, en la pequeña puerta que le da acceso, tiene por escalón un pedestal romano, de cuyo epígrafe se entienden algunas letras, y por umbral, labrada piedra visigoda, que es el único monumento de esta edad y de esta naturaleza que tuve la fortuna de hallar en la provincia.

Es Antequera población profundamente religiosa; y así, abundan allí los templos y los conventos. Entre los primeros, se ha de contar el *del Carmen*, con artesonado de estrellas de alfarge, y sendos monumentales retablos prodigiosamente esculturados, de gran valor y no igualada riqueza, que trastorna y maravilla, y en los cuales, los artistas de los siglos XVII y XVIII hicieron verdadero alarde de maestría, dentro del estilo de la época. No menos bello y rico es el púlpito, labrado en el siglo XVIII, siendo muy de sentir no sea conocido de su autor

(1) En estos días precisamente, y con discreto acuerdo, que aplaudo, el Sr. Alcalde y mi buen amigo D. José García Berdoy, ha trasladado á la Casa de Ayuntamiento dicha *Pila*, como primer objeto de Museo Municipal que allí, por indicación mía, ha de construirse.

el nombre. La parroquia de *San Juan*, con sus bóvedas de crucería y otras, son también dignas de atención, si bien la obtienen de preferencia, demás los epígrafes romanos, la famosa *Cueva de Menga*, monumento megalítico de universal reputación y nombre, la *Cueva del Romeral*, que parece ser obra de razas orientales no bien determinadas, y otra *Cueva*, aun sin apellido, no há mucho descubierta, y cuyo estudio hizo, por encargo de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, mi antiguo amigo y querido compañero el doctísimo profesor de la Escuela Superior de Arquitectura, Sr. D. Ricardo Velázquez Bosco.

Si en otras poblaciones podrá ser por alguien disculpada y aun explicable hasta cierto punto la destrucción ó desaparición totales de las reliquias musulmanas de todo género, que en esta provincia de Málaga parecía natural fuesen abundantes, más que en otra alguna,—la verdad es que no se comprende cómo en Antequera, con excepción de lo que en los despedazados restos de la tantas veces reconstruída fortaleza perdura, ni existe nada de ningún edificio, ni han aparecido, que se sepa, lápida, ya sepulcral, ya conmemorativa, ú objeto industrial ó artístico, que á los días de los islamitas sea referible. Y aunque en el siglo XII, según el Edrisí, esta ciudad y la de Archidona su vecina estaban casi despobladas,—nueva vida hubieron de cobrar una y otra bajo el gobierno de los Sultanes de Granada, y algún rastro debía descubrirse de sus mezquitas, de sus baños y de sus restantes edificios, así como de sus *macboras* ó cementerios.

Ni ha sido, ni es así, no pareciendo sino que del poder de los romanos pasó Antequera al de Castilla en 1410, y que los diez siglos que median desde el v.°, en el cual se vió España invadida por las razas germánicas, á las que damos nombre de *bárbaros* al estilo de Roma, hasta que el infante don Fernando se hizo dueño de esta ciudad en los principios de la XV.ª centuria, constituyen nebuloso paréntesis, en que fué suspendida la historia de esta población insigne. Y tan es así, que en

el subsuelo, con reiterada frecuencia, y á profundidad escasa, descúbrese siempre romanas huellas, y nunca se tropieza con rastro ni huella de visigodos ni muslimes. Sirva de ejemplo el hecho de que, durante mi permanencia en Antequera, al abrir los hoyos para plantar árboles en las lindes de la carretera de Madrid, fueron hallados, poco antes de llegar á la estación ferroviaria, una basa de mármol blanco en estado perfecto, y trozos de pavimentos de mosaico, de dibujo geométrico y cubos irregulares y grandes, de piedras respectivamente negra, blanca y rojiza, propia del país, estructura que proclama la época de decadencia en que fueron labrados los indicados pavimentos para alguna *Villa* ó finca de recreo; pero ¿qué se hizo de todo cuanto construyeron, labraron y trabajaron los artífices musulmanes desde el siglo VIII.° al XV.°?...

Famoso es, como obra maravillosa de la naturaleza, el macizo eminente y revuelto de calcáreas é ingentes rocas, de todas formas y tamaños, que constituyen el celebrado *Torcal de Antequera*. De él, cual de centro común, y á manera de tentáculos gigantescos, parten distintas y encumbradas ramificaciones, que se distribuyen por toda la provincia, enlazando con *Sierra Tejea* al E. y con la *Serranía de Ronda* por el Mediodía. Conocido es de los hombres de ciencia y del turista, y es verdaderamente digno de ser visitado, pues el acaso allí, en la mesa superior de *El Torcal,* ha construído una ciudad fantástica, llena de misterios y de encantos que igualmente impresionan; en la que parece han convivido todos los pueblos de la tierra en todas las épocas de su vida, y han dejado, á modo de elocuente testimonio de su presencia en aquel imponente paraje, multitud de monumentos de todos los estilos, de todos los artes. Allí, en calles sinuosas ó rectas y bien trazadas, al lado de la pagoda índica, se alza la catedral ojiva, con sus agujas, sus pináculos y botareles; inmediato al circo romano está el templo azteca, ó la torre china, ó el alminar muslime, ó el arco plateresco, ó la fachada vulgar, ó el obelisco, ó la columnata del templo pagano... Cuanto la fantasía quiera ver, allí lo encuentra; y á la postre, se

apodera del ánimo invencible melancolía, pues semeja aquel conjunto de caprichos—entre los que abundan los de equilibrio,—grandiosa población abandonada por sus habitantes: algo así como una ciudad desenterrada.

Al cruzar el tren en dirección á Archidona por delante de la legendaria *Peña de los Enamorados*—que ya los mahometanos llamaban en aljamía *de los Dos Amantes,*—no puede darse cuenta el viajero de otro capricho realizado allí por la naturaleza, la cual ha combinado de tal suerte los relieves y recortes de las crestas de las rocas en que se divide la *Peña,* que vista desde Antequera dibuja ésta el perfecto perfil de colosal busto femenino tendido horizontalmente sobre el suelo. La frente, la nariz, la boca, la barba, la garganta, destacan con singular limpieza sobre el azul celaje y como correctamente dibujados por la mano de un artista. Vista desde Archidona, la *Peña* ofrece, de igual modo tendido en sentido horizontal, semejanza notoria con el busto de Napoleón I cubierto del proverbial tricornio. Cuando el viajero, por la hermosa y ajardinada carretera, llega frente de aquella peñascosa altura que bordea el ferrocarril, todo desaparece, y no queda de tales fantasías nada...

Archidona asienta en las movidas lomas de los montes que se encrespan en aquella dirección, y no tiene calle llana. De su primitiva fundación, á tiempos bien remotos llevada por los escritores locales, nada queda, y todavía, por cima de la población, pintorescamente tendida y desparramada en las vertientes de las dichas lomas, se levantan poderosas é inmediatas las unas á las otras, la *Sierra de la Virgen,* la *del Conjuro* y la *de la Hoya,* que parecen dispuestas á escalar el cielo. En la enhiesta cumbre de la primera, con bélicas apariencias, subsiste la cortina torreada de la morisca fortaleza, sobre la cual destacan la espadaña y los blanqueados muros del venerado *Santuario de Nuestra Señora de Gracia,* patrona de la ciudad, y aun más arriba se distinguen los restos del que denominan *el Alcázar.*

La devoción y la piedad han trazado, á través de los breñales de esta *Sierra,* tolerable camino, lo más cómodo posible, el cual va trepando en zig-zag, y desemboca, por último, no sin fatigas en el *Santuario.* Ha acumulado en él la fe testimonios abundantes del amor sin límites que la Virgen de Gracia inspira, y así, de los muros, de las arcadas, de las columnas, de todas partes, penden enracimados ex-votos de hoja de lata, cuadros con fotografías, generalmente de soldados que partieron á la guerra, y toda suerte de religiosas expresiones que envuelven el *Santuario* en espiritual atmósfera simpática, y que por su candor y su sencillez conmueven.

Tiene el *Santuario* de interesante en la relación arqueológica, no sólo los estriados y gruesos fustes de rojizo mármol de sus primeras naves transversales, miembros de construcción que son obra conocidamente romana, sino el conservar el edificio en estas tres naves su disposición y hechura de mezquita, y además notabilísima *pila baptismal* de barro cocido, esmaltada en verde, cubierta de figuras en relieve, muy superior á la otra *pila* de la *Ermita del Salvador* en Antequera, y monumento cerámico de primer orden, labrado en el mismo siglo XVI, cuya conservación debía por todos los caminos en el *Museo Arqueológico Nacional* procurarse, antes de que desaparezca, pues es ejemplar único en su especie. La tradición y el vulgo aseguran que es también como el de Antequera obra de los *moros*, sin fijarse en que entre las figuras destaca, en caracteres minúsculos alemanes, el nombre de Jesucristo en estos dos corrientes nexos: IH̄S X̄PO. En el altar principal de la obra incorporada modernamente á la de la deformada mezquita, es de notar la imagen de la Virgen, pintura en tabla, y del siglo XV.

Ofrece vistas incomparables la cumbre de la *Sierra* donde está el Santuario; pero de las construcciones que allí pudo haber en tiempo de los musulmanes nada queda. Sólo resta un *algibe*, al cual llaman los naturales *el Palacio de los Reyes moros*, y cuya entrada dificultosa franquean los muchachos con

frecuencia, como algunos turistas, que han dejado escritos sus nombres en los muros: *Semper nomem stultorum*, etc.

No hay en idioma alguno, palabras que acierten á describir ni hagan formar representativa idea de lo que es en realidad la *Serranía de Ronda*, cruzada hoy por el ferrocarril de Algeciras. El viajero que por el tren discurra, tampoco puede apreciar en su majestuosa grandeza incomparable lo que es aquel anudado macizo de intrincadas y revueltas montañas, que los barrenos han perforado á las veces, ó en las cuales han abierto encajonado camino, para tender los rieles de la vía férrea. Nidos de águila son las pequeñas poblaciones, escondidas en los repliegues de aquellos ásperos y encumbrados montes, y no hay manera de divisarlas desde las ventanillas del vagón, como por otras partes de la provincia ocurre. Es preciso haber pacientemente recorrido el país por atajos y veredas, de pueblo en pueblo, para comprender la grandeza de la *Serranía* y el prodigioso espasmo terrestre del cual son fruto, y por el cual emergieron imponentes los relieves complicados que la constituyen en series sucesivas y por igual modo poderosas.

Más que en parte alguna, allí, entre aquellos terribles desfiladeros y aquellos barrancos profundísimos, en medio de aquel bullir incesante y fatigoso de violentas depresiones y de alturas eminentes, que se persiguen las unas á las otras como oleadas de un mar proceloso y revuelto solidificado, y que proporcionan sorprendentes espectáculos llenos de sublimidad á las veces, y accidentados panoramas cuya salvaje monotonía se halla quebrantada por su misma irregularidad y lo bravío de su aspecto,—concíbese el innato sentimiento de feroz independencia de los naturales de la *Serranía*, aislados, viviendo de sus propios recursos, recelosos los unos de los otros, abrigando cierta justificada hostilidad hacia todo lo extraño y desconocido, puesto el hombre en comunicación directa y constante con la naturaleza, que hizo profusa gala allí de su poderío incontrastable.

¡Cuántos misterios guarda por siempre para la Historia

ocultos la *Serranía!* ¡Con qué dificultades y con qué lentitud hubieron de hacerse camino por ella las ideas en todos tiempos! Desde antes de aquellos que revelan, á una legua de Grazalema y media de *Ronda la Vieja*, el despedazado *Dólmen de las Arenosas*, hasta los actuales en que la locomotora lanza sus estridentes silbidos por aquellas perennes asperezas, ¡cuánto tardaría Roma en llevar allí las manifestaciones de su cultura absorbente y edificar á Arunda y Acinipo, á Sabora y Attubi (?)! ¿Lograron, por aventura señorear la *Serranía* los visigodos antes de que Athanagildo hiciera entrega de ella á los imperiales? ¿Señoreáronla los muslimes por completo, cuando sirvió de abrigo á los fugitivos de la región, y era en su mayoría su población de muladíes?

Compréndese al recorrerla la facilidad con que, amparado en ella, en sus ramificaciones y en sus enlaces complicados, supo Omar-Ebn-Hafsón burlar por largo tiempo, durante el siglo IX de nuestra Era, los ejércitos califales; compréndese la independencia de la *Serranía* en el siglo XI con los berberiscos *Beni-Corra;* compréndese el afán con que los sevillanos Abbaditas procuraron apropiársela, y la incertidumbre de las huestes almoravides al pretender apoderarse de ella. Prescindiendo de los acontecimientos de aquella época en la cual pasaba del dominio de los Sultanes de Granada al de los africanos Beni-Merines, para volver al señorío de los primeros nuevamente por cesión de Abú-Yacub en 1293,—si se comprende que después de la Reconquista, en los comienzos del siglo XVI, y luego en los del año 1569, á ejemplo de sus hermanos de las Alpujarras, los desventurados moriscos, aquellos á quienes dijeron *monfíes*—nombre equivalente al de *foragido*, que significa tanto como *desaforado*, esto es, colocado fuera de la ley ó del fuero,—aspiraran á recobrar su independencia en las terribles escabrosidades de la *Serranía*, en cuya tristemente célebre *Sierra Bermeja* halló con los suyos desdichada muerte don Alonso de Aguilar, hermano del *Gran Capitán* y militar insigne; si se comprende que en la gloriosa *Guerra de la Independencia* causa-

ran tantos daños los habitantes de la *Serranía* en las tropas francesas y les impusieran miedo que se ha hecho proverbial,—no se comprende, en cambio, que al amparo de aquellas fuertes murallas, erigidas sabia y estratégicamente por la naturaleza, ni los monfíes en la XVI.ª centuria ni los españoles en la XIX.ª fueran á la postre reducidos por sus adversarios.

Si Antequera cautiva por lo delicioso de su *Vega*, por su compostura y su riqueza creciente, Ronda impresiona y seduce por lo singular y enriscado de su posición, por su historia, por sus monumentos y también por su riqueza misma. Ha pretendido la fotografía en los modernos tiempos difundir y vulgarizar la más emocionante de las perspectivas de aquella población ilustre por tantos títulos, dando á conocer el célebre *Tajo;* pero no ha conseguido que nadie pueda formarse idea ni de lo que es el *Tajo* mismo, ni de lo que es la población, ni de su emplazamiento, como no lo consiguen las descripciones de Hernando del Pulgar, ni de Mármol, ni de Vicente Espinel, ni de Fariña, ni de Ribera, ni de nadie. Es preciso para ello haber recorrido su perímetro para hacerse cargo de lo singular, lo fortificado, lo inaccesible del lugar en que Ronda asienta, siendo ésta ciertamente una de las cosas más imponentes, más singulares y «más bellas de ver» que hay en España.

No pretendo yo, ni mucho menos, intentar la descripción del lugar referido; porque, aun suponiendo que presumiera disponer de medios superiores—lo cual no es exacto,—sobre ser ridícula en mí la pretensión, no conseguiría tampoco representar la imagen en forma de que fuese de todos contemplada tal cual verdaderamente es ella, pues no hay, además, palabras en ningún idioma que tan poderosas y eficaces sean. Por hallarse emplazada sobre enhiesto peñasco, á modo de península ceñida y rodeada por el Tajo caudaloso, que en torno de aquél forma profunda cava—renombre y fama tiene entre todas las ciudades españolas la imperial Toledo. Mas hay que reconocer y confesar que, por agria, por inexpugnable, por escabrosa é imponente que resulte la posición de la histórica ciudad de los

Concilios, no es comparable con la de Ronda, ni pueden ser comparables tampoco los panoramas que á la vista una y otra población ofrecen. Por todo ello, he de renunciar al propósito de describir la posición de la antigua Arunda, contentándome con consignar que está construída en la cima de dos enormes y eminentísimos peñascos, por entre los cuales discurre en lo hondo el río Guadalcovín, unidos hoy los dichos peñascos por el atrevido viaducto que en el siglo XVIII construyó el maestro Aldehuela; que en el uno de ellos, y derramándose por sus vertientes, fué en su origen fundada la población, perdurando allí, y constituyendo el barrio aristocrático en lo antiguo, y la verdadera *Ciudad* por lo que tiene este nombre; y que en el otro, apellidado *el Mercadillo,* es donde la población moderna se extiende en nuestros días.

Todavía, á trechos, se conservan lienzos de muralla y aun cuadradas torres de los varios recintos que circundaban la ciudad propiamente dicha; y mientras se hacen en aquellos bien visibles, por la regularidad y el arte de su contextura, las huellas de los constructores romanos en grandes trozos, no escasean tampoco los que, de sólido mampuesto, hoy descarnado, proclaman lo muslímico de su progenie, aunque sin determinar la época, y los que fueron obra de los reconquistadores, después de 1485. Unos en pos de otros, los pueblos diversos que habitaron en Arunda cuidaron afanosos de defenderla, reparando sus fortificaciones, casi en la propia línea, pues si los romanos tuvieron como centro principal de sus poblaciones la murada *urbs,* y en torno suyo, también murados, los *vicos* en los cuales hacían vida gentes más humildes, y entre ellas las sometidas á su imperio,—tuvieron los musulmanes la *al-medina,* que con la *urbs* concertaba, y los *arrabales* que á los citados *vicos,* más ó menos exactamente correspondían.

De esta suerte, venía á ser la misma la organización de las ciudades entre los unos y los otros, y perduró la necesidad con la costumbre de mantener en apartamiento, con recintos fortificados independientes, la parte principal y más noble, con

aquellas otras secundarias y más humildes: emplazada la primera en la cima del peñasco, y en las estribaciones y derrames del mismo las segundas. Por el testimonio de los escritores árabes es conocido el hecho de que en el último tercio del siglo XI reconstruyó solícito las murallas y los propugnáculos de Ronda Al-Môtadhid de Sevilla, luego que arteramente se hizo dueño de la ciudad, con el exterminio de sus señores los berberiscos Ben-Abí-Corra, conservándose la poesía que á tal obra dedicó regocijado.

Esta circunstancia—si el hecho es, como parece, exacto,—induce á creer que la fortaleza romana, reparada sin duda alguna por los propios muslimes, sobre todo en los siglos IX y X de nuestra Era por acontecimientos no registrados en la Historia—había llegado á la XI.ª centuria en deplorable estado, imponiendo la necesidad de su reconstrucción, con el natural aprovechamiento de cuanto subsistiera en condiciones. Semblante hace de comprobar lo consignado por los historiadores árabes, no sólo la resistencia que Ronda opuso á las huestes almoravides en el mismo siglo V.° de la Hégira, sino el respeto del caudillo africano que la asediaba desde lejos, sin osar acercarse, y la traza con que se vió forzado el hijo de Al-Môtamid, que comandaba en Ronda, á hacer de la ciudad entrega á los almoravides.

Incuestionable es que algo de aquella obra debe de subsistir todavía; pero no lo es menos que, perpetuado el sistema constructivo entre los muslimes, no hay medios hoy eficaces para distinguir la parte construída por Al-Môtadhid, de la que fué ejecutada en los siglos posteriores, y principalmente, en los días de los Al-Ahmares. De las diversas puertas que hubieron de abrir en el recinto superior ó *al-medina* no subsiste, si acaso, más que el torreón de la llamada *Puerta Cijara,* tapiada hace tiempo. El torreón, desmochado, tiene por cimiento y base un gran peñasco, por el cual tomó el nombre descriptivo de *Bib-as-ssjara*, ó *Puerta de la roca;* de las de los arrabales, tampoco subsiste, en el *Barrio de San Francisco* y

saliendo á la *Alameda*, sino la hoy denominada *Puerta de las Imágenes*, torreón flanqueado por sendos tambores ruinosos, reparados después de la Reconquista, y fortalecidos por aspillerados rebellines, construídos delante de aquéllos en los días del Emperador Carlos de Gante.

Nombre tuvo esta Puerta, que aún subsiste practicable—aunque ya innecesaria,—de *Puerta de Almocabar, Bib-al-Mocabar*, ó *Puerta de los cementerios*, por los que en forma de frondosos jardines hubieron de existir probablemente en la *Alameda;* allá, cerca ya del profundo lecho del río—en la pendentísima y fatigosa *Cuesta* ó *Camino de los Molinos*,—aún se conserva otro torreón, igualmente desmochado y de pequeñas dimensiones, deformado algún tanto, el cual es designado con el nombre de *Arco del Cristo*—por el que dentro de un nicho allí se ostenta,—sin que se sepa su antigua denominación verdadera; y por torreón semejante, desde el hondo y pintoresco valle que se extiende sinuoso y alfombrado de verdura al pie de la enorme altura en que la Ronda actual emplaza, tenía entrada el camino de ronda de la fortaleza.

Los tres, labrados en ladrillo, son de arco de herradura apuntado, propio ya de los tiempos del reino de Granada (siglos XIII á XV) sin duda alguna; los torreones, tales como el llamado *del Homenaje,* son cuadrados y de mampuesto, que no se diferencia en nada del mampuesto de las antiguas fortificaciones de la Alhambra; y así, ha de concluirse forzosamente que las tres puertas subsistentes y la mayoría por lo menos de las torres, son obra de los últimos días de la dominación mahometana, arguyendo por tanto, que en ellos fué totalmente reparada, ya que no reconstruída, la cintura de murallas de la *al-medina* y de los arrabales, como hubo de ser en mucha parte renovado el caserío de la mencionada *al-medina*, según parecen acreditar la *Casa* llamada *del Rey Moro*, propiedad de D. Salvador Linares, en la *calle del Marqués de Parada*, número 17, y más especialmente la casa número 36 de la *Plaza de Don Juan de Dios Córdova*, donde se conservan no sólo las

columnas del patio, con marmóreos capiteles granadinos, sino restos de la policromada yesería de un arco cairelado, del tiempo de Mohámmad V seguramente, con bellísimas labores é inscripción koránica en caracteres crífico-ornamentales, no siendo otra la enseñanza que se desprende del examen del bello alminar, en ladrillo, que todavía se alza, no sin reformas, en la *calle de Méndez Núñez*, que antes se dijo *de las Boticas*.

De las diversas esculturas romanas que halladas fueron durante el siglo XVI, no en lo que fué la *urbs*, sino en el suburbio ó vico de que fué parte la *Alameda* en el *Barrio de San Francisco,* y de las cuales hablan los escritores de aquella centuria y de las dos siguientes,— únicamente se conservan, á lo que parece, con distinto mérito y descabezadas, las dos estatuas togadas que llevó á su casa el afortunado inventor D. Rodrigo de Ovalle, y que hoy figuran por la parte interior, á uno y otro lado de la puerta del jardín del que fué palacio del marqués de Moctezuma, y es hoy Colegio de los PP. Salesianos. De allí procede asimismo, si no estoy trascordado, un pedestal en estado fragmentario, el cual, después de haber permanecido luengos años empotrado en el edificio de la Alhóndiga, cuartel luego de Milicias y hoy del Batallón de Cazadores de Chiclana, ha pasado á la escalera de la nueva casa de Ayuntamiento, conservando parte del epígrafe, publicado multitud de veces, y últimamente por Hübner y los hermanos Oliver y Hurtado.

En esta parte noble y la más antigua de la población, que llaman, como tengo dicho, *Barrio de la Ciudad,* y donde con otros ya más ó menos deformados tuvieron sus casas ilustres familias, entre las cuales recuerdo la del conde de Cheste y la del insigne tribuno rondeño D. Antonio de los Ríos y Rosas,— tiene también su emplazamiento la Iglesia Mayor, de *Santa María de la Encarnación* denominada.

No es éste, templo que haya logrado la fortuna de llegar á nuestros días en la disposición y forma en que sobre la demolida *Mezquita-Aljama*, fué erigido en los albores de la XVI.ª cen-

turia. Carece de imafronte, lo cual le da aspecto bien extraño, que no consigue templar con sus cuadrados cuerpos inferiores de ladrillo ni con los de tradición ojival bastardeada, la bella torre que se levanta gallardamente en el extremo S. O. del edificio. En sus fachadas laterales, sobre todo en la del N., los ventanales y aun las puertas y el aparejo recuerdan asimismo la dicha tradición, interrumpida por la obra de los constructores de fines del siglo XVII y del XVIII, quienes labraron pseudo-clásicas portadas á la una y otra parte, recargadas de decoración, como labraron el ábside, exteriormente no terminado.

Y he de confesar que al penetrar en aquel templo, grandioso y por extremo sombrío, me hallé algún tanto confuso, por no acertar al primer pronto cuál era con verdad la cabecera de la iglesia, pues á uno y otro extremo de la misma se alzan sobre el muro sendos retablos, ambos igualmente principales. La parte mayor del buque de aquel templo corresponde, aunque no con entera exactitud, al O., y es de carácter ojival, decadente, con tres naves soportadas en varios tramos por pilares de junquillos, capitel corrido de cardinas, y bóvedas de crucería en las naves laterales, que han sido en la central reemplazadas por otras esféricas, impropias en la fábrica. La parte menor corresponde al Este; es de carácter pseudo-clásico, con robustísimas y altas columnas de fuste estriado, y proporcionados capiteles que se inspiran en el orden corintio, recordando esta porción del edificio la mano de los artistas que erigieron el trozo inferior de la catedral de Málaga. Hay allí dos iglesias realmente: la de la parte inferior es el *Sagrario*, y la de la superior y más moderna la *Parroquia*, siendo por extremo notable la historiada Sillería del Coro, esculturada en el siglo XVIII por dos artistas, cuyos nombres son totalmente desconocidos, lo cual es de sentir muy de veras, pues las imágenes que destacan de medio bulto en los respaldos de las sillas altas, inspiradas en la tradición de Pedro de Mena, son casi todas de mérito, por lo que me permito recomendar este Coro

á la fina observación del Sr. D. Pelayo Quintero, para sus interesantes estudios acerca de las *Sillerías de Coro en España*.

De las demás iglesias de Ronda, es digna de atención la del *Espíritu Santo*, que ha experimentado en su fábrica pocas alteraciones, y merecedora de estima la imafronte de la *Parroquia de Santa Lucía*, con portada de arco apuntado y volteles simétricos, y cuerpos superiores sencillos pero característicos del siglo XVI, obteniendo sobre todas estas construcciones religiosas la preferencia la portada del edificio del *Convento de San Francisco*, la cual, con la tapiada y antigua *Puerta del Perdón* en la Catedral malagueña, constituye ejemplar muy superior de la decadencia ogival, profusamente decorada, y única en toda la provincia.

Lo que excitó en gran manera mi atención, ya en el *Barrio del Mercadillo*, fué cierta capilla que, á modo de porche, avanza sobre la línea de construcciones que forman la calle donde aquélla subsiste. Tiene nombre de *Capilla de los Dolores*, y las arcaturas que la forman aparecen soportadas al centro por dos columnas en cuyos fustes destacan hasta cuatro figuras quiméricas, cuyas cabezas, sujetas con un dogal al dicho fuste, fingen formar el capitel del mismo. Supónese fué *Capilla Expiatoria*, labrada en los días de los Reyes Católicos, y no he hallado semejante suyo en parte alguna, dentro ni fuera de la jurisdicción de Málaga, ni aun en el extranjero.

Mucho y en muy gran modo excitaron mi curioridad y despertaron mi interés en la *Cuesta de la Pileta* las llamadas *Cuevas de Muros*, abiertas en la roca viva. La principal de ellas, de gran amplitud, y tanto que ha servido para fábrica de jabones, se muestra sostenida por recios pilares informes, con varios aros de medio punto esbozados en la piedra, de la que rezuma constantemente el agua, humedeciendo el ambiente. Otra, abierta á un costado y en alto, con huecos también informes, parece una habitación; y en sus inmediaciones la roca presenta mortajas rectangulares de longitud proporcionada á la del cuerpo humano. Hay quien sospecha que aquellas cue-

vas naturales sirvieron de refugio á los cristianos cuando las persecuciones de la Iglesia, y no falta quien asegure que allí fué descubierto un sepulcro calificado de judío.

Como objetos de curiosidad también, no dejaré de mencionar en esta población insigne, las tres momias que se conservan en la bóveda de la Iglesia del *Hospital de Santa Bárbara*, fundado por los Reyes Católicos. Una de dichas momias es atribuída al maestro Vicente Espinel, gran amigo de Lope de Vega y autor de la *Vida del Escudero Marcos de Obregón;* pero según se ha demostrado, habiendo fallecido Espinel en Madrid, y habiendo sido enterrado en *Santa Catalina de los Donados*, no puede ser en consecuencia de aquel maestro, gloria de Ronda, su patria, la momia que la tradición sin fundamento señala como de aquel insigne hombre, á quien fué erigido en la *Plaza de Santa María*, hoy *de Weyler*, modestísimo monumento que, no sé por cuáles causas, ha desaparecido de aquel principal paraje.

Pero si Ronda obsesiona y seduce por la posición que ocupa y por su notabilísima historia, mayor obsesión produce la memoria de *Ronda la Vieja,* la romana Acinipo, construída á no larga distancia de Arunda, en la cima y en las vertientes de levantado monte, por las cuales se han hallado y se hallan todavía esparcidos restos á veces interesantes en el sentido del Arte y de la Arqueología, y denunciadores de la magnificencia de aquella población, en la cual, con más buen deseo que exactitud, situaron los doctos académicos de la Historia é inseparables hermanos D. José y D. Manuel Oliver y Hurtado la famosa *Munda Pompeiana.*

Habíase metido en agua el tiempo, á la sazón que me proponía visitar las renombradas ruinas. Ansioso de contemplarlas y reconocerlas, y por ser más cómodo el camino, según me habían indicado—sin temor al temporal, tomé el tren hasta Setenil, pasando por Parchite; y una vez que desde la Estación del ferrocarril hube llegado al pueblo referido (el cual corresponde á la provincia de Cádiz, y se aparece de pronto y sin

transición en una hondonada), y luego de detenerme en él el menos tiempo posible para organizar la expedición— á pesar de la lluvia, que entenebrecía el panorama y le despojaba en parte de su belleza, aunque no de su grandiosidad,—trepé animoso por las vertientes de aquellos montes, y así, en medio de la tristeza que difundía la persistente lluvia, hube de continuar caballero en dócil pollino, hasta vencer todas las dificultades y desembocar en la meseta superior de alto y encrespado cerro, no sin que á la una y otra parte de la senda por donde caminaba, advirtiese con profusión sobre el suelo las huellas expresivas y reveladoras de una población ya, al cabo de los siglos, totalmente aniquilada y destruída.

Por las descripciones de los autores antiguos, y más en especial por la de los laureados autores de la *Munda Pompeiana*, el relato de mi buen amigo el ilustre cronista de Ronda D. Antonio Madrid Muñoz, y la monografía de D. Francisco Mateos Gago, inserta por D. Antonio Delgado en el artículo *Acinipo* del tomo I de su *Nuevo método de clasificación de las monedas autóctonas de España,* tenía yo conocimiento de las exploraciones realizadas en el *Cortijo de Ronda la Vieja*, del cual es hoy propietario mi antiguo compañero de estudios D. Lorenzo Borrego y Gómez, y había formado cierta idea de lo que podía ser el *Teatro*, sobre todo después de haber visto las ruinas de otros varios que perduran en varias regiones españolas, y más particularmente, por el dibujo de él, que figura en la obra de Delgado.

Indicios quedan apenas de los templos y de los edificios cuyas ruinas alcanzó Fariñas, y el cuadro, por lo que hace á la ciudad desaparecida, no puede ser más desconsolador y triste; no en balde han pasado los tiempos y se han sucedido los pueblos, las razas y las generaciones. Así es, que aquí, como en Itálica, puede en rigor decirse con Rodrigo Caro, aquellos tan manoseados versos de su célebre *Canción:*

> Estos, Fabio ¡oh dolor! que ves agora,
> campos de soledad, mustio collado,
> fueron un tiempo, etc.

A un extremo de la meseta, sobre el precipicio ya, alzan sus cansados muros las reliquias de lo que resta del *Teatro;* pero tan distintas de como aparecen en la lámina de la obra de Delgado, que no me acierto á explicar cómo vió el artista, autor del dibujo, aquella ruina venerable. Quizás, y esto ha de ser sin duda, el arqueólogo Sr. Mateos Gago hizo ligero apunte gráfico sobre el terreno, y por él se guió el dibujo publicado. Son más majestuosas aquellas ruinas; están perfectamente trazados sus ventanales y sus arcaturas, y todo, en fin, tan diferente, que quien se deje guiar por la lámina á que aludo, va desde luego equivocado. Todavía quedan señales de los *cúneos*, de las *precintiones* y de las *gradas;* todo hace presumir, por la grandeza del monumento y por sus dimensiones, que Acinipo hubo de ser población de importancia. Lo que no se comprende es cómo, después del paso de los musulmanes y de las vicisitudes de la comarca durante la Edad Media, permanece en pie aquel paredón de bien labrados sillares, carcomidos ya por la intemperie y por los años.

Como siempre, la mayor parte de los materiales extraídos de aquellas ruinas, han sido empleados en construcciones rurales, y así como en las cercas de los corrales de Córdoba la Vieja, aparecen restos admirables de labor muslímica, cogidos toscamente con moreno yeso, así también en los muros del Cortijo aparece de vez en cuando algún resto de mármol ó de pórfido, algún fragmento escultórico ó epigráfico, ya inapreciable casi, procedente Dios sabe de qué edificio de la antigua ciudad romana, que ha sido, cual dejo insinuado, concertada con la *Munda* de Pompeyo.

Por el N., por el SO., por el S., por el E. y por el centro de España, he tenido ocasión de recorrer algunas comarcas. Todas ellas presentan aspecto más ó menos accidentado y pintoresco, pero bello siempre y agradable. Mas, en realidad, ninguna he encontrado con las condiciones y relieves que la comarca malagueña, la cual, si al fin y al cabo engendra cierto cansancio en el espíritu por la monotonía con que se repro-

duce el espectáculo de sus movidos y revueltos relieves, no carece de variedad y mucho menos de belleza, gracias á la fecundidad de su suelo, á limpidez de su cielo y á la extensa línea sinuosa que traza el Mediterráneo en ella.

Después de recorrer por tanto esta provincia, ¿quién será osado á decir que no es bella de ver la tierra de España? ¿Por qué no hemos de decirlo y de propalarlo, como lo dicen y propalan respecto de la suya nuestros buenos vecinos los franceses?

Rodrigo Amador de los Ríos

# JUICIO CONTRADICTORIO

## I

La vida económica de España ha sido desatendida de manera en alto grado lamentable. Desatendida por ignorancia de la ciencia económica; por prejuicios de secta más que de escuela; por imposiciones de la política; por intereses egoístas, que han impuesto privilegios y toda suerte de abusos; por tolerancias en el ejercicio de las funciones administrativas públicas, que han dado lugar á corruptelas; por descuidos que ha causado la pereza, dejando hacer indebida y perjudicialmente; por deficiencias judiciales, que han impedido á los tribunales el fiel cumplimiento de su misión; por la tolerancia de vicios con los que se forma la bola de nieve aplastante de personas y cosas. Que la vida económica alcanza á todas las clases y jerarquías, y según sea ordenada ó con desorden, así son las consecuencias que, siendo malas, es muy difícil ponerlas remedio.

Forman parte de la historia de España las Memorias-proyectos que los gobiernos han redactado para dar á conocer al país sus planes económicos, siempre supeditados á las situaciones políticas, tan frecuentes como descabelladas sus miras. Esto como regla general. Ejemplo es el trabajo, exposición de motivos, que hizo el ministro de Hacienda el año 1881, condensador de hechos, explicando una serie de desventuras rentísticas, para con ellas ver la conveniencia, necesidad apremiante de hacer reformas en la Hacienda pública. Sin embar-

go, el año 1898 nuestros gobernantes nos llevaron á lo que ha sido llamado el *desastre*. ¿Es que los gobernantes fueron arrastrados por la opinión pública? Entonces, sin estar aceptado el *referendum*, ¿cómo pueden justificar esos gobernantes su gestión gubernamental? ¿No era lícito, y deber imprescindible, retirarse de un gobierno, divorciado éste de aquella opinión?

Más, si se transparenta la imprudencia temeraria (con dotes de mando ó sin ellas).

A partir del año 1869, puesta la atención en los sucesos, se ve claro aquel luchar interno de las situaciones políticas. Figuerola, hacendista de cultura y de escuela, de laboriosidad y de convicciones, no pudo desarrollar todo su plan económico por respetos al general Prim. Camacho tampoco pudo cuidarse de llevar á la práctica los proyectos que llevó á las Cortes para normalizar la existencia de la Hacienda nacional, imperantes como estaban actitudes que personificaba el general Martínez Campos. Villaverde, al recoger la herencia de Cánovas del Castillo. Después de su muerte, el desastre colonial: con Cánovas, Villaverde hubiese sido un buen ministro de Hacienda; sin él, la ignorancia general en el orden económico hubo de arrollar á Villaverde.

Por días de amargura pasó Figuerola, al verse vacías las arcas del Tesoro público, con pagos apremiantes, con acreedores por cantidadss importantes, por usureros á quienes impulsaba le codicia, mientras que Prim se veía apremiado por muchos compromisos políticos. En los días de la gestión hacendista de Camacho, que se propuso, con un arreglo de la Deuda pública, dominar los conflictos económicos, que como legado había dejado la Revolución, dando vida á las guerras civiles: una carlista, otra federal; para extinguirlas estuvo de paladín gallardo Martínez Campos. Las consecuencias, hondas en lástimas, de las guerras colonial y extranjera, se propuso Villaverde acabar con ellas nivelando los presupuestos del Estado, faltándole el apoyo de Cánovas del Castillo, sin los prestigios de éste por su muerte, sin los prestigios propios necesa-

rios, para tener fuerza política bastante que obligase á respetarle como hacendista.

Hasta la prematura muerte de Villaverde, parece confirmarse por ella que ha de vivir España sin caracteres de altura de miras, desde donde ver bien todo el paisaje político, cumbres y valles, llanuras y recodos. Porque, mirándose bien las orientaciones políticas en conjunto (en detalle serían muy enojosas las vistas), ó hay un egoísmo antipatriótico ó hay un sectarismo anticientífico.

La verdad es que ha sido para España una gran desgracia las muertes en relativa buena edad (sobre todo buena salud) de Figuerola, Camacho, Villaverde, Prim, Cánovas y Martínez Campos. Por lo mismo que destacaban en el cuadro político contemporáneo, había que considerarlas como primeras figuras.

Lo cierto es que España ha llegado al año 1908 en estado progresivo; pero en su progreso general deja mucho que desear, comparado con el de naciones como Bélgica, Holanda, etcétera, etc.

El año 1881 fué comprobado un *déficit* de 92 millones de pesetas en el presupuesto de 1879-1880. Y eso que el orden se conseguía en la vida pública. Lo que prueba que, á contar del año 1876, los esfuerzos que se hacían para reorganizar el orden no eran todo lo eficaces que convenían al sosiego público, y por ende á la prosperidad del país. Así es que faltaban aquellas fuerzas vivas de que habla León Say con encomio. Las asociaciones libres, que dan de sí bastantes energías con las que poder comunicar al Estado la savia necesaria para vigorizar los servicios públicos. Ya Juan Bautista Say ha condenado los empréstitos, por onerosos; en la mayor parte de los casos, contraproducentes. Sobre todo, si los empréstitos son motivados por desórdenes populares en los que median locuras desinteresadas, venganzas de las de peor especie, ambiciones escandalosas, energías ofensivas á la patria.

Viviendo de empréstitos se iba derecho al descrédito espa-

ñol. En relidad de verdad, no puede decirse que fuese la masa neutra de la nación quien empujase el *carro* de desdichas, que empobrecían á todos los españoles. Por lo menos, que recogiesen el fruto de sus esfuerzos en el trabajo cotidiano. En el año de 1881 se dijo oficialmente desde el ministerio de Hacienda: que España era juzgada en el extranjero desventajosamente, al ver que la fatalidad se imponía separándonos y distanciándonos de las naciones que habían sabido ponerse al frente de la civilización. Desde el ministerio de Hacienda se dijo al país, en el año 1896, que la eficacia demostrativa y absolutamente verdadera debe imponer silencio á la crítica temeraria. Pero el caso fué que los atrevimientos, por audacias repetidas, hacían precipitar los acontecimientos, que eran, más que río caudaloso por cauce seguro, avenidas de lluvias torrenciales inundándolo todo.

Al orden sustituyó el desorden. Si Figuerola quiso que prevaleciese una reforma prudencial de los Aranceles de Aduanas; si Camacho se propuso un arreglo de la Deuda pública que normalizase el crédito nacional; si Villaverde trazó el camino que condujere á la nivelación de los Presupuestos del Estado. La política, ó sean los partidos políticos, se desentendieron del alcance de las reformas económicas, y juzgaron de ellas con el mismo criterio que tienen para los problemas políticos. ¡Y qué criterio! Es tan original como desdichado. Por supuesto, para el país. El fomento general de la agricultura, de la industria y del comercio; el bienestar de la clase proletaria, todo es pospuesto á los efectos favorables, á la pasión personal.

El año 1899 el Ministro de Hacienda publicó una acusación fiscal contra la Administración pública histórica. Puesto que había que normalizar las enormes cargas legales por las guerras coloniales, liquidándolas de una vez. Con esto había que alternar el estudio del presupuesto general de gastos, comprendiéndolos todos sin excepción. Por lo tanto, había que arbitrar recursos con que cubrirlos, como así se hizo. Siempre expuestos á las influencias de los agitadores políticos. Siempre,

decimos, recordando que hasta el año 1869 no tuvo cumplimiento un precepto de las Cortes de 1841, que habían dispuesto, al año 1842, una nueva legislación; para cereales y algodones. Que no se cumplía hasta *veintisiete* años después, burlándose así del mandamiento legislativo, como si fuere indiferente para la vida económica estar sujeta al capricho ó despotismo de los menos, con perjuicio de los más. Además, se ha hecho amalgama de los derechos arancelarios con las partidas de los presupuestos generales en varios casos: entre ellos, están patentes en los años económicos 1872-73 y 1874-75.

Parecía natural, lógico, conveniente, patriótico, fundamentar bien con cimientos sólidos un plan de marcha progresiva. Pues nada de esto ha sucedido, siendo por este concepto inútiles los *Cuadros ó Estadísticas de Comercio*, colección que está formada desde el año 1849. Lo mismo pasa, como inutilidad práctica, con la rebaja de derechos arancelarios iniciada en el año 1869 para los años de 1875, 1878, 1881. El 1.° de Julio de cada uno de esos años fué quedando incumplida la reforma legislativa. La lucha estaba empeñada entre librecambistas y proteccionistas; entre los defensores de los intereses de la clase obrera y los defensores de la clase capitalista; entre los políticos que se ceñían á sus compromisos de partido y los amantes de la justicia formando su parte importante sin desafueros de bandería. Léase la reseña histórica de los aranceles que han regido en España durante el siglo XIX, que ha dejado escrita D. Laureano Figuerola, y se verá que los desafueros se han cometido sin interrupción.

¿Por qué? En la *situación* de la Hacienda que nos ha legado Eleuterio Delgado, dejó descrito el abandono que se tiene respecto de cuanto interesa al Tesoro público. Y de la confusión que se hace de lo que puede ser objeto de renta y de la tributación de la riqueza líquida; de lo que puede tributar como derecho fiscal y de lo que mira á privilegios particulares. Según Delgado, al Estado se viene censurando fría y cruelmente. Mas no hay que olvidar, «que este país ha dado prue-

bas de un vigor y de una vitalidad que ha asombrado al mundo, y que su Estado y sus poderes dieron prueba también de una sabiduría y prudencia que no se esperaban acaso de los gobiernos españoles». Y como no obstante estas garantías favorables al crédito público y á la consolidación del bienestar general, la tranquilidad no es completa, deduce que hay un duende perturbador del sosiego nacional.

El *duende* es la política sin principios sociales y sin fines patrióticos.

La Patria sufre por la pasividad que ha dominado en los problemas monetarios y de los cambios, por ejemplo. Hubo un tiempo que para aumentar los ingresos se acuñó moneda de plata. Villaverde propuso poner remedio á esa malhadada acuñación. Puigcerver, con la mejor intención, buscó afanoso recursos para atender á las obligaciones del Estado. En los días del empeño por que triunfase la bandera española contra tres razas: la blanca, la negra y la amarilla. En aquella locura bélica se gastaron (y malgastaron) muchos millones, los que han tenido que pagarse, algunos usurariamente, y la generación irresponsable tiene que pagar los vidrios rotos por su progenitura. ¡Pero si se acuñaba moneda de plata como renta...!

En la misma cuestión de los cambios se ve predominar la indiferencia musulmana.

¿Será que no haya caracteres para encauzar la opinión pública? ¿Será que sea ésta refractaria á ocuparse de las cuestiones económicas? ¿Será posible pensarse entre los intelectuales que no puede influir decisivamente el presupuesto del Estado sobre los presupuestos particulares?

*Meditemos,* dijo en inolvidable artículo el gran publicista Lorenzana. No fué seguido el consejo, y las consecuencias á la vista están, no obstante el progreso que han tenido los intereses materiales en España, en opinión fundada de Delgado. Una armada algo respetable no la tenemos, ni mucho menos. Al consignar en «obligaciones generales» el ministro de Hacienda un crédito de 1.888.724 pesetas para construcción de

buques, ha de ser por no poder consignar mayor cantidad. ¡Pero es tan efímera!

Sobre todo comparada con las cantidades gastadas en tantas guerras insensatas sostenidas en el siglo XIX. ¡Ah! Maldita política la que no ha podido evitar los asesinatos de Prim y de Cánovas del Castillo. Cuán distintos no hubiesen sido los resultados siguiendo el ejemplo de aquel proyecto de obras públicas de Francia, cuyo presupuesto llegó á elevarse á 8.000 millones de pesetas; presupuesto en el que colaboraron León Say, Freycinet y Gambetta. Porque es deplorable que se prescinda de la distinción que separa los gastos productivos de los improductivos, y por no distinguir se cae en simas como la de Santiago de Cuba, donde murieron tantos marinos ilustres, se perdieron tantos millones, se frustraron hermosas esperanzas, se entorpeció el resurgimiento de nuestro poderío naval y hubimos de despedirnos de los restos de nuestro imperio colonial. Impasibles entretanto las otras naciones ante la hecatombe y sumergimiento en el mar de las Antillas de la mejor parte de nuestra escuadra.

Este punto de vista es interesante, á saber: que las naciones parecen inclinadas á ver, por lo menos indiferentes, nuestro hundimiento nacional.

Con razón ha dicho Charles Benoist: «Hay buena disposición á tributar, si el tributo se paga, tocándose sus resultados buenos. Cuando se comparan aquéllos con el servicio prestado y se corresponden, no apareciendo nada de arbitrario.» Precisamente, todo lo contrario de la realidad que tiene nuestra historia económica. No hay más que prestar atención á las preguntas que se hacen en nuestro Parlamento, y las contestaciones que los diputados reciben de los ministros. Lo mismo acusan los créditos supletorios que se piden al presupuesto vigente. Y como síntesis, aparece la deficiencia de los servicios, desde el de Instrucción Pública al de Marina; desde el de Fomento al de Estado.

Lo arbitrario resulta en aquella partida de 2.400 millones

de pesetas que está calculado ha costado á España perder su imperio colonial. En el año 1899 hubo de demostrarse al país el importe del desastre que tuvo término dolorosísimo en el año 1898. En el año 1899, retrotrayendo la vista al presupuesto de 1850, se ve que es una especie de enfermedad endémica la existencia de los *déficits,* que fluctúan entre 70 y 80 millones de pesetas. Figuerola en el año 1869, Delgado en el año 1907, se les ve ocuparse de la Hacienda pública con afán de mejorarla. Mas como la mejora no puede improvisarse, ni el sistema de sustituir frecuentemente los ministros de Hacienda puede ser otra cosa que una calamidad nacional. No basta saber desempeñar la cartera; es preciso, además, durar en su desempeño.

El desacierto salta á la vista. Veníase no sólo nivelando el Presupuesto, sino que tenía *superávits* desde el año 1900. Pues con estos antecedentes se quiere introducir novedades el año 1907, que son siempre peligrosas en Hacienda. Así no se mejora la riqueza pública.

Recuérdese aquella noche en que Figuerola había de esperar el día, teniendo vacías las arcas del Tesoro público. Aquella tarde que fué notificado Camacho para dejar la cartera de Hacienda. Aquella muerte que nos arrebató á Delgado, quedando infructuoso su laborioso pensamiento. Los tres financieros, los políticos, destruyeron gran parte de su labor. Y en cuanto á Villaverde, sólo por su trabajo para «regularizar y mejorar el cambio exterior, es digna de respeto su memoria. Pues la política, más que glorificarla, la relega al olvido, menospreciándose lecciones que debieron ser aprendidas para no olvidarse jamás de algunos ministros de Hacienda.

Que la política hace olvidadizos del cumplimiento del deber, es una de sus demostraciones la acuñación de la moneda de plata en la Fábrica nacional, á saber:

| AÑOS | Valor representativo de lo acuñado. | Curso del valor de la plata en Londres. | Beneficios de acuñación. |
|---|---|---|---|
| 1876..... | 26.076.570 | 52 3/4 | 1.865.601 |
| 1881..... | 31.145.078 | 51 11/16 | 7.309.611 |
| 1886..... | 28.779.196 | 45 3/8 | 2.479.960 |
| 1891..... | 80.864.140 | 45 1/16 | 6.335.314 |
| 1897..... | 65.083.135 | 27 9/16 | 47.186.316 |
| 1900..... | 19.714.258 | 27 1/4 | 1.324.629 |

En el año 1898 fué la acuñación de plata, según el decreto-ley de 19 Octubre de 1868, de **212.389.110**. Los beneficios fueron de **47.186.316,** cuando en el año 1876 habían sido de 1.865.601. Saltan á la vista las consideraciones que se desprenden de los números anteriores.

Con esto ha sucedido lo mismo que pasa con el contrabando. A medida que el abuso oficial crece, las ganancias son mayores, las tentaciones, los riesgos aumentan, y con ellos las ventajas de un éxito. No hay espejo como el de la estadística, si es verdadera. Por eso también se ha podido saber que el 1 por 1.000 de la riqueza de utilidades ha permanecido casi estacionado en el año 1906. Y es que cuando la moneda está sujeta á leyes que no son las naturales, por las positivas se introduce el desorden, éste se hace más general y de más trascendencia de lo que puede parecer á primera vista. Los daños son incalculables, por mucho que se haga en la legislación política. Esta, con una inmanencia inferior á la de la legislación económica. La desgravación del impuesto de consumos y reformas proyectadas de la administración local importa unos 26 millones. Su sustitución, ¿puede asegurarse exacta por cálculo?

Coincidencia fatal, por conducir al escepticismo. Casi en el mismo día, en discusión solemne del Congreso, se oyó decir á notable diputado solidario que «por la desgravación de los vinos en algunas partes se ha elevado el recargo de la contribución industrial del 16 al 40 por 100, mientras que en otras permanece como antes.» Al mismo tiempo, por una real orden, se

pretende quitar de la circulación *ab irato* monedas de plata de cinco pesetas de determinados años. La alarma se hace en toda España y en Marruecos. Cuando cálculos que son atendibles fijan en mil millones de pesetas los *duros* acuñados, suponiéndose en poder del Banco de España unos 600 millones. Como está calculado que en España hay 100 pesetas de moneda blanca por habitante, cuando debe haber 16 pesetas por habitante, según la *Unión monetaria latina*. Con razón se ha dicho por Pastor y Sanromá, que la libertad política es muy cara haciendo mal uso.

Precisamente lo contrario de lo que sucede con la libertad económica, según han dejado demostrado Jovellanos y Flórez Estrada, no obstante el atraso de sus tiempos y las complicaciones que rodearon á las Cortes del año 1812. Apartarse de la ciencia, es ponerse de espaldas á la luz, quedándose en la oscuridad.

D. Luis María Pastor, en su discurso de recepción de la Academia de Ciencias Morales y Políticas, recordando al académico que sustituía, dijo de él: «Jurisconsulto eminente, razonador correcto, fácil y claro orador del Parlamento, distinguido repúblico, notable hombre de Estado, D. Juan Bravo Murillo.» No obstante su antagónica regla de conducta en la vida pública, la ciencia los unía, cultivándola patrióticamente. Pero si la política se atraviesa en el camino de la vida entre españoles, por ella y para congraciarla se abandona la autonomía personal, y las convicciones son descuidadas, sustituyéndolas las *circunstancias*.

Estas obligan muchas veces á las mayores injusticias. Y como decía en una conferencia economista de España autoridad competente: «estamos divididos, entre los que conocen la ciencia económica y los que no la conocen». Estos llaman *minucias,* en su ignorancia, á lo que ha sido en la vida de las naciones, causa eficiente de las más trascendentales resoluciones. En España pugnan la agricultura y la industria; el abolengo de la primera es atropellado por un modernismo in-

sano. Las nuevas plantaciones, que representan muchos millones de pesetas, sus producciones no pueden luchar en el extranjero, por entorpecimientos del cambio. Este no lo quiere libre la industria, que sienta sus reales sobre el privilegio, haciendo burla de la libertad en festines que recuerdan los de Nabucodonosor y Heliogábalo. Es claro, según los tiempos, unos, de despotismo gobernante; otros, de anarquismo gobernado. Siempre poniendo á salvo las excepciones.

Beraza recordaba el año 1863 el tratado de comercio franco-inglés, que firmaron Cobden y Chevalier. Ni la industria francesa inundó con sus productos los mercados ingleses, ni la industria inglesa inundó tampoco los mercados franceses. Con posterioridad, en España no se quiso hacer un tratado con Alemania, que en principio estaba concertado, y las consecuencias, muy deplorables, las hemos tocado. Que el aislamiento, en la vida de los pueblos, y ante naciones poderosas, éstas toman ofensa del retraimiento, y tienen á menos prestar apoyo á las naciones de segundo orden. Satisfechos han podido quedar los opositores al tratado con Alemania.

Beraza, que era paladín resuelto de la libertad económica, fué también profeta del progreso de la riqueza española. ¿Hasta dónde hubiese llegado ésta, sin los grilletes puestos por una Administración perturbadora y una mesocracia codiciosa?

Prim y Cánovas no eran ajenos á la influencia avasalladora del capital. Esto es innegable. Pero Prim como Cánovas, sin asesinos, hubiesen vivido por un orden regular y hubiesen evitado exageraciones, corregido abusos, pisoteado medianías y convertido en polvo castillos de naipes. Que aquellos dos hombres públicos, el uno, acción de la Revolución, el otro, acción de la Restauración, demostraron que tenían la capacidad necesaria para dominar las intemperancias políticas y hacer cumplir la ley.

Siempre se ha dicho que el agio, en sus múltiples formas, está condenado moral y económicamente. Dejaron demostra-

do que no lo preferían, ni Prim ni Cánovas. La opinión sensata lo condena igualmente. En el Congreso Económico del año 1888, con motivo de la Exposición Universal de Barcelona, mereció la mayor consideración D. Gabriel Rodríguez, mantenedor de las ideas liberales en el comercio.

¡Quién predecir entonces el desastre de 1898!

Desaparecieron y únicamente fueron arrollados por la bala traidora, Prim y Cánovas. ¡Oh prodigio nunca bastante agradecido, que el matrimonio regio salvara incólume de aquel atentado fraguado en Barcelona para ser cometido en Madrid...!

Pues todo se relaciona en la vida. Con una buena política y una Administración pública verdad, el progreso es seguro. ¿Pero cómo serlo, cuando legisladores y ministros son irresponsables, por mucho que pequen? Ellos que no creen en las penas del Infierno. Castelar, con su hermosa palabra, decía en el Ateneo de Madrid (no habiendo contraído aún responsabilidades políticas): «El hombre que por su organización se confunde con la Naturaleza, y por su inteligencia con lo infinito; por su libertad es un sér en sí, por su libertad se distingue de todos los seres, por su libertad se levanta del mundo de los efectos y es causa á semejanza de Dios.»

Concepto que no puede ser más religioso. Pero que puede ser también un equívoco. En los anales de la historia, aun entre la Cristiandad, se invoca unas veces al Dios de las batallas y otras al Dios de la misericordia. A Dios invocaba el arzobispo D. Rodrigo, autor de la *Historia Ghótica* y á Dios invocaba el Tribunal que condenó á los *Comuneros*. A Dios invocaban en la memorable batalla de las Navas los dos ejércitos combatientes. A Dios invocan los capitalistas que quieren aranceles altos de Aduanas y á Dios invocan los míseros mortales que piden una limosna; á Dios se invoca en el *Tedéum* y á Dios se invoca en el *Responso*. Quiere decir, que en nuestra pequeñez, lo mismo el filósofo que el hacendista, Balmes como Mendizábal, solicitaban la verdad, á veces desviándose por

atractivos del error. Ambos personajes fueron superiores á su tiempo; en Dios confiaron y en sus brazos se pusieron: el primero, como defensor de la Iglesia; el segundo, acometiéndola en todo lo temporal, por razón política.

Víctima de esta España, Figuerola y Delgado lo tienen demostrado suficientemente:

Un dato, que es una lección, á saber: *Créditos* otorgados con posterioridad á la ley de Presupuestos en el año económico de 1906:

| | |
|---|---|
| Casa Real | 262.500 |
| Deuda Pública | 5.026.535 |
| Presidencia del Consejo de Ministros | 251.104,18 |
| Ministerio de Estado | 1.388.894,24 |
| — Gracia y Justicia | 1.095.913,23 |
| — Guerra | 19.045.728,86 |
| — Marina | 9.651.085,25 |
| — Gobernación | 1.318.760,91 |
| — Instrucción Pública | 1.292.682,53 |
| — Fomento | 3.923.490 |
| — Hacienda | 99.880,82 |
| Contribuciones, Rentas | 4.292.502 |

¡47.652.077,02 pesetas!

Los gastos del presupuesto del Estado fueron, en el año 1845, de 312.658.838 pesetas. O sea próximamente la cuarta parte del presupuesto para 1908. Ciertamente que esto demuestra un aumento de riqueza tributaria. Pero, ¿están bien dotados los servicios? Ninguno, según las discusiones parlamentarias; ninguno, según la manera como está atendido el contribuyente en las oficinas del Estado; ninguno, según la indolencia impune con que se atiende el comportamiento del personal; ninguno, según las audacias sectarias que perturban el orden económico y se conculca el derecho; ninguno, según la acción impersonal de responsabilidades que resulta, con manifiesto menoscabo de la justicia. Para los fallos de la Hacienda pública no hay apelación posible, en el sentido recto

de la palabra. ¡Esa Hacienda á cuántos contribuyentes reduce á la miseria, y á cuántos infelices acaba de hacerlos más desgraciados!

De una plumada cortaban el nudo gordiano Villaverde y Delgado. Ahora nos referimos al problema de la moneda. Pues los políticos no les dejaron realizar sus planes, metiéndolos en mazmorras. Querían Villaverde y Delgado liquidar con el Banco de España pagándole lo que el Tesoro le debía, y recoger la plata sobrante de la circulación. Porque es de advertir que en el *alba* de un día vióse aparecer el fantasma del inmortal *Quijote*, y no importarle habérselas con el visible *poderoso*, que obligaba á nuestra Hacienda nacional al curso forzoso con consentir en esta circulación más papel fiduciario y más plata de la necesaria para las atenciones del mercado español. Y al mismo tiempo, en la atmósfera política se respiran ideas como la de «permanecer indiferentes á la crisis presente general». ¿Cómo y quién ha podido aislarnos de Europa? Si esto fuese cierto, ¿podían calcularse los perjuicios? Pues qué, ¿la solidaridad económica moderna, es posible sustraerse á su influencia?

Error trascendental, apartamiento de la realidad, ha sido decirse por un ministro de Hacienda que las circunstancias actuales son de crisis. ¿Lo está el mar por el constante movimiento de sus olas?

Lo que sí se puede decir es que en España estamos siempre en desorden financiero y bajo férula burocrática. Las oscilaciones del mercado universal son tan naturales como las actividades sociales. No estamos ya en aquella época que los fenicios, cartagineses, venecianos y genoveses comerciaban aisladamente; los exploradores marítimos partían de las costas de España y de las de Portugal, con rumbos que quedaban ignorados. No puede ser hoy indiferente á los demás mercados, el curso del precio del algodón, del cobre, del oro en Londres, ni el descuento corriente en Berlín, ni el precio de los granos en Rusia, ni el de las carnes en Chicago. Como no es

indiferente el precio del aceite de Córdoba, y el de la almendra de Alicante, en los otros mercados nacionales.

*Elevación de derechos arancelarios.*—Alemania los tuvo creyendo proteger su agricultura, y ha cambiado de sistema para proteger la industria. Se ve que Basilea, sin pertenecer á potencia de primer orden, tiene capitales cuantiosos, y se ve que en Francia la legislación socialista amenaza acabar con la libertad individual. Reminiscencias de aquel Código de terror, y que estuvo puesto en vigor á nombre de la libertad. Cuando lo subjetivo suplanta á lo objetivo, esto es, que la persona se posee de *sueños* del famoso oráculo de Delfos, se cree impecable. Esto pasa á muchos ministros de Hacienda, para quienes las leyes naturales económicas no existen, con desgracia del país que los sufre.

Por lo demás, no hay que olvidarlo, los desaciertos se pagan, y el pago es oneroso, consintiendo esto los españoles á gobernantes de sus caudales, sin títulos de reválida por tribunal competente, como puede serlo la opinión pública ilustrada.

Acervo común es la Hacienda pública, según las teorías socialistas. No compartieron estas ideas, ni sus trabajos de Economía política, ni Molinari el año 1861, ni Say el año 1891. En la realidad es que los Presupuestos de ingresos se forman con los donativos que hacen, por prescripción forzosa, los ciudadanos que, consagrados al trabajo, crean riqueza, y de ella se ven obligados á dar al Estado una parte. En España ha sido introducida la corruptela de ingerir en los Presupuestos nacionales reformas radicales; y éstas, fuera de ellos, se acometen frecuentemente con ignorancia supina. La ley de alcoholes, la de desgravación de los vinos, que no queremos calificar ante el cúmulo de opiniones encontradas y ante muchas protestas de los interesados en esas dos industrias, merecen llamar la atención de los Poderes públicos, y ser rectificadas. Pues sostener que está dicha la última palabra, es encastillarse en la infalibilidad, que es lo mismo que defender el absurdo sectario.

Acervo común; de él interviene una parte el Estado. Como remuneración que se atribuye, dada la manera de ser presente del individuo, en la actividad febril que tienen los ciudadanos, en la lucha por la existencia, en las competencias entabladas, en las novedades continuas que las ciencias entregan al comercio humano, en las desigualdades de aptitudes que tienen los industriales, en las sorpresas malditas que dan los gobiernos, en los riesgos que se corren por fenómenos inesperados de la naturaleza. Por la libertad todos los peligros pueden conjurarse, por lo menos atenuarse. Si la libertad se practica con gran justicia y exquisita equidad. Si la producción ha de ser iniciativa individual, la distribución lo mismo, el consumo igual. Por ley de lógica, todos los ciudadanos deberán contribuir en la medida de sus fuerzas á las cargas públicas. Hoy es lo más apropiado que haya un Poder legislativo que ponga el visto bueno á las leyes. Poder que tiene carácter político, sujeto á partidos, que se forman con plan preconcebido, cuyo más recóndito pensamiento queda en la obscuridad.

Esta obscuridad no deja ver cuanto fuese necesario descubrir la orientación que se quiere dar á la suerte del país. Así es patente en la vida y en la muerte de Prim y de Cánovas. No todo lo que ellos proyectaban era comprendido, y verse bien secundado. Prim se lamentaba de no estar rodeado de una gran parte de españoles con elevada posición. Cánovas ha dejado en algún libro anotaciones del juicio desfavorable que le merecían determinados hombres públicos, embozados honradamente.

De ahí, esto es, de falta de subordinación, de falta de cultura, de falta de una falsa idea del cumplimiento del deber, ha resultado cumplirse aquel dicho vulgar: *por encima de la ley está el rey*. Que, en este caso, es el cacique de monterilla ó el cacique galoneado. Ellos se dicen: «á río revuelto, ganancia de pescadores». Mas los ciudadanos que no lo son, sufren las privaciones que les impone la tiranía, que está ataviada de libertad.

La cruel franqueza del *Rey monje* desapareció, sustituyéndola con retórica parlamentaria.

Moriones se llevó al sepulcro una parte de las causas que á este ilustre general le impidieron concluir en germen con la última guerra civil. Con vida Prim, no hubiese habido guerra civil formal; con vida Cánovas, la emancipación colonial no hubiese acabado con un desastre.

Con ligas como la *La liga para la defensa de la libertad y de la propiedad* que fundó en Inglaterra el año 1882 Lord Wemyss; con patriotismo en armonía de intereses los individuales con los colectivos, los particulares con los oficiales, los tradicionales con los modernos, los fundamentales con los accidentales; con amor á todo lo que es virtual de la grandeza humana, en la acepción más pura de la palabra y en su ejecutiva finalidad, España en su manifestación económica, estudiada á fondo y atendida jurídicamente; entonces España, su progreso sería más rápido de lo que es actualmente.

## II

Si nos reconocemos como seres de derecho, y en cuanto regimos y ordenamos la relación entre seres, nos llamamos sujetos jurídicos individualmente. Relación llamada jurídica; queda planteado el problema.

Por consiguiente: sujeto jurídico en el sentido de la exigibilidad, es todo ser vivo que, en cuanto dotado de fines, requiere medios para cumplirlos. ¿Cuáles han de ser éstos? Hay que fijarlos y aplicarlos acertadamente. Con acierto, porque el sentido de la obligación, que es únicamente en la persona jurídica, está proporcionado á la capacidad, limitación ésta inevitable, como inevitables son sus consecuencias. Sin que por esto deje de ser axiomático, que el que necesita ha de concebirse con derechos. Así como pueden tenerlos, han de recono-

cer obligaciones. Por lo que se dice: «la satisfacción de la necesidad mediante el poder es la base del orden jurídico».

Y como nos encontramos sujetos jurídicos, hemos de considerarnos como objeto inmediato de derecho. En atención á que la relación jurídica no demanda dualidad de seres, sino de términos, el dualismo por éstos existe poderoso. Nuestro derecho, que es interior, y que se distingue del externo, ó sea éste que rige las relaciones de unos con otros sujetos jurídicos dentro de la convivencia universal. La capacidad graduada del poderío en lo personal y en lo social, implica por ella una gradación en aquél, y entre personas, que, como puede ser la salvación, puede precipitarnos en el abismo. Siendo así, la normalidad del sosiego privado puede quedar en jaque por la anormalidad del sosiego público. Entonces el Estado se apodera de la situación en cuanto él es invasor del sosiego privado: sujeto y objeto se altera su vida, y lo que debiera ser capacidad es suplantado por incapacidad.

La capacidad jurídica se declara originariamente igual en todos los individuos de la misma naturaleza; pero se halla condicionada por las diferentes circunstancias que á cada uno rodean. Y esto mismo puede decirse del Estado cuando la pasión política decide tantas veces, como sucede en España, ó cuando hay un *bloque* parlamentario, como sucede en Francia, que está influído por el sectarismo.

No basta que las relaciones jurídicas privativas y personalísimas del sujeto á quien pertenecen, llegue éste á poseerlas cuando su naturaleza específica sienta la necesidad de ellas, unida con las condiciones que son requeridas. Si el Estado opone resistencia, que llegue hasta la prohibición de circular libremente las relaciones jurídicas. Que es el caso de imponerse leyes que impidan el desarrollo de la equidad y que sean conculcadoras de la justicia. Tal sucede en España con muchas leyes económicas y prescripciones administrativas.

Hasta la autoridad pública que puede ser la más paternal, como es la de los Ayuntamientos, registra actos que tienen,

más que nada, carácter de atropellos en la persona de un ciudadano libre, llamado así.

La persona social, en su fundamental existencia enfrente del Estado, puede hallarse (se halla frecuentemente en España) desarmada por egoísmos de todas partes, con personalidad jurídica. El Estado supera en energías, y danse casos de faltar á su deber algún tribunal, en derecho estricto y en deber ineludible, por no comprometer intereses del Tesoro público. Entonces tiene aplicación la teoría por la que se desarrolla el principio. La idea orgánica de la personalidad social no anula la de los individuos (por más que puede anularla), sino que la consagra, hasta sustituir con ventaja á la concepción abstracta del individualismo atómico de la Revolución francesa. Individualismo exagerado que nos ha traído un socialismo que no lo es menos.

Hay que aceptar la situación presente tal como es.

Pero el derecho natural no puede desaparecer. Imposible, y se prueba con la misma historia de las corporaciones, las mismas en su esencia, aunque sean diferentes en la forma. Por esa historia se sabe que las corporaciones vienen siendo á manera de trama que une íntimamente la vida social. Desaparecieron algunas por ingratitud y por imprevisión de los tiempos; otras por influencia avasalladora, mejor dicho, destructora, de nuevas manifestaciones que eran más apropiadas á las circunstancias de actualidad. Las consecuencias han sido desastrosas, viéndose con cuánto error se ha comprendido el concepto orgánico del derecho. Hoy mismo la propiedad, esto es, los términos de sus relaciones, dan origen á pleitos importantísimos, sobre todo si el litigio es de nación á nación, por móviles que la intención queda oculta bajo apariencias diplomáticas sutiles, que á veces despistan al más perspicaz ciudadano.

Porque el derecho natural, sin más que fijarse en los estudios de Taparelli y de Grocio. El derecho, que es por naturaleza propia y el que está admitido para el régimen de vida internacional. Siempre ha de estar en vigor el objeto del de-

recho (simple y preciso). Aparece complejo por la influencia de la *utilidad* en cuanto ésta como acto reviste jurídicamente su existencia. Al momento salta ésta á mediar en la acción, base de distinción en cuanto el objeto del derecho se clasifica en directo é inmediato ó indirecto ó mediato. De ahí que surja en la personalidad la exigencia del cumplimiento de deberes que son considerados ineludibles, y por ello la exigencia de caracter imperativo. En este terreno la Administración pública española extrema su acción. Sanciona ciegamente cuanto pueda resultar favorable á su utilidad. No acciona benévola como queriendo cooperar al bien general. Para esa Administración su bien es el único atendible.

Cuando debiera ser una ley de armonía la que se cumpliese. ¿Cuál?

Según el socialismo, el Estado, al considerarle como órgano de derecho, cumple facilitando el aprendizaje de los oficios, estimulando los trabajos artísticos del obrero. Es claro que para tener buenos maestros en todas las labores humanas, se necesita facilitar bibliotecas, crearse centros de cultura, dirigir con el ejemplo y premiar la laboriosidad que resalta con la virtud. Relieve quieren tener, ha de darse á la vida que merece recompensa del Estado, en funciones representativas de la nación. Por el honor de ésta corresponde que haya enseñanza sin prejuicios, consideraciones que sean merecidas. Enhorabuena que cada clase quiera vivir en el puesto que crea corresponderla. Pero que todas, al querer ser respetadas, respeten á las demás; y que el infortunio sea tan atendido como la existencia venturosa.

Con mucha razón ha dicho un filósofo español: «Es necesario, tenemos derecho al llamado *pan espiritual* de la instrucción y educación; la exigimos de nosotros mismos y de la convivencia social, y faltamos, y faltan los demás, si no utilizamos las condiciones que se nos ofrecen, convirtiéndolas en medios adecuados para instruirnos y educarnos.»

¡Ah! Es muy general pisotear la forma y *distraerse* del fon-

do; éste esencia íntima de aquel rigorismo de que dejó ejemplo Sócrates, de aquel pundonor que mantuvo incólume Palafox, de aquel amor patrio que tuvo invencible el capitán Moreno, de aquel heroísmo en aras del sacrificio con que murió gloriosamente María Luisa Bellido, de Bailén. Así es como se defienden creencias y se tienen murallas inexpugnables. Con el corazón palpitándole convicciones, con voluntad para sacrificar la vida por la bandera. No con veladas miras y siniestros planes políticos...

¿Acaso son todos los ciudadanos capaces de entender de filosofía? Pues qué, ¿la misma exclusión que se hace de la mujer en los estudios filosóficos no los entorpece grandemente?

Aristóteles pensaba ya que somos libres, aunque según la doble condición de nuestra naturaleza y de las circunstancias que nos redean. Por necesidad tenemos que ser libres y podemos ser esclavos. También está demostrado que somos *libertas sub lege*. La ley está de ejercicio en manos del sha de Persia, del emperador de Marruecos, del kaiser en Alemania, del presidente de la República de Francia ó del de los Estados Unidos. No es el mismo que concibe la legislación quien la aplica. Del año de su promulgación á los años posteriores, las circunstancias pueden haber variado completamente.

Es preciso no olvidarse de que existe fatalmente lo necesario de lo libre.

Casi es imposible lo que se pretende, á saber: dar á cada uno voluntariamente su derecho, reconociéndose obligados á ello. ¡Ser justos! Mas ¿quién lo es cuando se trata de la acción política ó de la vida económica? El mal ejemplo empieza dándolo el Estado. Este, en el siglo XIX, en España, no pudo (ó no quiso hacer lo necesario): cumplir lo ofrecido en cuestión de Deuda pública. El derecho, en sentido subjetivo, es la exigibilidad, reconocimiento y prestación de la obligación contraída, según tratadistas. González Serrano ha dejado escrito que «la síntesis de derecho y deber, la conformidad de la obligación con la exigibilidad, es la realización de la justicia, la ple-

nitud del derecho todo él, el orden jurídico, en fin». Mas ocurre que se entorpece frecuentemente la orientación jurídica. Como ejemplo, los partidos políticos de España: para ellos, el *orden jurídico* lo rechazan, á semejanza de Mefistófeles cuando ve la cruz en la escena del *Fausto*. Entonces las injusticias surgen impunemente, á la desmandada.

Con pujanza aparece la noción de la solidaridad como deber social. Como noción, queda flotando en el espacio. No se dan facilidades con términos hábiles para desarrollar prácticamente la teoría de Wundt, ni la de Bourgeois. Y no se concibe realidad del individuo fuera de la sociedad, ni á ésta es dado aplastar al individuo. Al penetrarse de lo positivo en la vida, por una serie de actos que reportan beneficios en perjuicio del prójimo. La integración social, que tanto tiene frecuentemente de personal, yéndose por senderos, unos con abrojos, otros por praderas, alguna vez en marcha triunfal. El fenómeno social, según expresión de Giddings, que viene á ser la voz que clama en el desierto recordando la palabra hermosa del profeta. Cuanto se afirma sobre la predisposición de los hombres á favorecer el bien ajeno. Cuanto tiene de fantasía desesperante, como le pasó á Espronceda.

*La responsabilidad personal.*—Aquello de un aspecto ó segundo grado de esa responsabilidad juzgando la sociedad, remontándose al pináculo de las grandezas humanas. El sér colectivo que obedece, el sér colectivo que ordena. La pasión que se sufre, la pasión que se desenfrena. Siempre, y Dios sabe hasta cuándo, la unidad política, unidad de acción como regla de arte. Superposición de la persona gobernante sobre las capas sociales, aplicando leyes, reglamentos, aclaraciones por decretos ministeriales (ó documentos equivalentes). La marcha política, que se quiere ordenada, aunque expansiva. El reflejo fiel de actualidad que tiene la prensa periódica, si con trascendentales errores, no menos trascendentales aciertos. La decantada responsabilidad del personaje conspicuo, más que hecha efectiva, eludida tantas veces. En suma: la responsabilidad pública

tiene mucho de mito. Se evapora por arte mágico. A no ser que la opinión general sepa cumplir con su deber. ¡Es tan difusa la opinión pública! Tan difícil venir á un acuerdo. La libertad humana tan decantada. Esa libertad entendida rectamente, el desconocimiento de la misma es pauta constante y humano por sí mismo. Desde luego, el derecho privado en bases sociológicas no puede considerarse con aisladores, algo así como lo que se practica para el aislamiento eléctrico. Es axiomática la relación activa, permanente, agitada y eficaz, que pone en dependencia todo el derecho considerado en conjunto. Es deuda contraída de imprescindible pago (ó la insolvencia), la que obliga entre semejantes, lo mismo deudas pecuniarias que morales. Todo servicio hay que corresponderlo. Esto es lo debido, aunque no sea lo realizado. La gratitud está aconsejada por moralidad y obligada por precepto jurídico. Obligada la relación de derecho privado y de derecho público, de derecho político y de derecho económico, de derecho consuetudinario y derecho canónico. El procedimiento se impone, y la interpretación de la ley influye en todos los trámites judiciales.

Ward puede hacer distingos al estudiar la escuela sociológica dinámica en su progreso social. Podrá admitirse la posibilidad de construir la ciencia social. Como se sabe el viento que corre por la dirección con que ondea ó flamea cualquiera bandera nacional. Mas lo que no podrá saberse, sino muy difícilmente (cuando se sepa), la intención íntima ó pensamiento oculto del director de la política cuya bandera es honroso distintivo. Por lo tanto, los sociólogos podrán juzgar y aconsejar por aproximación, nunca por certeza. No puede haber más que cálculos conjeturales, con probabilidades de aproximación. Que la libertad con visual utilitaria ó con mirada subyugadora. La estática, como la dinámica social, con energías individuales y sociales. El socialismo por interés, como el socialismo por amor. Cada día tienen su aspecto. ¿Quién puede asegurar haber podido apreciar dos días iguales?

Por eso el concepto de fuerza no determinada es un mar sin fondo.

La misma dificultad atrae, como atrae el abismo.

La sociología de Spencer define virtualmente, por cuanto su filosofía flota en el espacio como el águila remontando su vuelo por elevadas montañas. Después de todo, Spencer personifica la manera de ser, en el siglo XIX, de los ingleses. Ellos son individualistas que cuidan mantener armónica la sociabilidad; con estadistas patriotas (algunas veces desacertados), el ciudadano inglés se considera fuerte en su país y fuera de él, porque donde necesita protección, allí se la otorga su pabellón, que en los momentos presentes está considerado invencible.

Michel, al dar su opinión sobre *La idea del Estado* y el *individualismo*. Por éste, decía, puede formarse una base racional á la filosofía del derecho, á la libertad política y á la soberanía del pueblo. Esta que, fuera ficciones, es nominal de ordinario, y sólo en casos extraordinarios se hace sentir la soberanía popular, nunca adelantándose al individualismo excepcional. Esta es la característica de Spencer, que no pudo aceptar un soberano (ó soberanía) colectivo, sin dejar á salvo al soberano individual, como persona de derecho que es inherente á su naturaleza. Michel sostiene, que á pesar de las críticas que están dirigidas contra la idea abstracta del derecho, contrae la soberanía del pueblo; esto es, para que se haga justicia á su libertad política; no por esto se conmueve la base. Y lo que importa es que la filosofía haga su camino progresivo de superioridad, en la investigación de la verdad. Así, por ejemplo, el sufragio universal, que está admitido para el hombre y empieza á admitirse para la mujer, es reconocido un progreso en la esfera del derecho. La cuestión pende del uso que se hace de él. Que si nada hay más real, ventajoso, que la jurisprudencia, en los *considerandos* y *resultandos* está el peligro, que puede llevar á la injusticia.

Hoy es objeto de detenido estudio, qué son las *ciudades* y

qué deben ser. Desde luego que una autoridad paternal, llamada Ayuntamiento, las gobierne con esmerada dirección y las administre con cuidado sus intereses. Esta es la opinión que está más admitida. Porque es de saber que hoy como antes, el ciudadano era tratado como la cosa de la ciudad; ahora la ciudad ha pasado á ser la cosa del ciudadano. La transformación del derecho público no puede ser más radical, y por ende la transformación del derecho privado, con el que se puede conseguir que el *jus abutendi* sea sustituído por el *jus usendi*, como hacían distinción los romanos. La sociología de Spencer podrá no haberse generalizado lo que fuese de desear. La de Compte habrá hecho progresos. El pleito existe entre el valor sociológico que haya de darse á la estática y á la dinámica. Mas téngase presente, que la argucia retórica está siempre queriendo desvirtuar el derecho; y que á éste no le es dado penetrar en el fuero de la conciencia ó en su desafuero.

Cada organismo social presente, en la totalidad orgánica de la vida, está compuesto muy delicadamente, y por consiguiente requiere mayor caudal de competencia científica para estar en posesión de la idea exacta que haya de tenerse del Estado. Al organismo antiguo, si es que puede llamársele así, régimen de absolutismo y privilegio, contrario á las enseñanzas del Cristianismo y de la filosofía, en expresión de Laveleye, se trata de verle sustituído por un organismo de libertad en el orden político y de igualdad en el orden social. ¿Modo de realizar lisa y llanamente el organismo moderno? *That this question*, que dicen los pensadores ingleses, con su habitual tendencia de sentido práctico. Desde Proudhon vienen presentándose atropelladamente sistemas sociológicos, la mayor parte sin fertilizarlos la filosofía.

La propiedad sufre atropellos de todas suertes; por ellos es inevitable que padezca *hambre y sed de justicia*.

Seguramente que, á medida que la *renovación* social se impone más, ha de tenerse mayor cuidado en su desarrollo. Cuidado de no confundir la renovación jurídica con la económica,

como es muy frecuente hacerlo. De los datos sobre sociología, de Ward, puede deducirse que la construcción de la ciencia fundamental de la sociedad está hoy en estado embrionario.

Al tratar del individualismo económico y querer establecer un paralelo entre la legislación inglesa y la legislación francesa, se nota la diferencia esencialísima que existe, siendo la primera propicia á facilitar sólidamente las iniciativas individuales, para fecundar fuertemente las energías sociales. De manera muy distinta pasa en Francia. Aún están por contestar las proposiciones de Bastiat sobre la libertad económica, que el derecho político tiene aprisionada. Véase cómo se ingiere con malos modos el derecho público, en lo más íntimo del derecho privado.

Al menos, ese derecho traspasa los límites de la persona, de la familia, y se hace extensivo á la multitud, haciéndose de carácter público en la labor de la renovación social.

Las causas son siempre muchas, que hacen el problema complejo en todas las etapas de manifestaciones. Para que la renovación sea eficaz, es preciso que haya cohesión de finalidad, aunque los trámites no sean en absoluto armónicos. Para evitar que sufra menoscabo la independencia humana. Como se dan casos en los órdenes político, económico y religioso. Siempre evitándose intrusiones del derecho positivo en el derecho natural. Para que no haya motivo de crítica, sobre confusión de términos, que son distintos entre lo que es propiamente derecho civil y ciencia económica. La economía tiene sus leyes, y éstas están expuestas á las coacciones de aquel derecho, burlándose legisladores y especuladares de las contrariedades que sufre la libertad, profanándose la justicia.

## III

El derecho de propiedad, á la luz de la historia, ya con respecto á lo que pueda poseerse, ya con respecto á la de la

persona. Propiedad de sí mismo, y la reconocida á la personalidad. A la luz de la historia se ve, que la filosofía práctica (no aquella que de momento no es más que teórica) es la que da ópimos frutos á la verdad con evidente realismo. Bentham preconiza este principio: «La moral sobre el interés.» Con arreglo á un principio circunstancial, por el que se llegó á confundir la razón con el sentimiento. Consecuencia de teorías que fueron sustentadas por Locke y Condillac, por las que se llegaba á hacer un maridaje entre el sentimiento moral y la utilidad, con orientaciones predilectas á ésta. Del italiano Dragonetti tomó los consejos Bentham, y en el campo jurídico tuvo defensores, por el año 1789, la prestación de servicios como una virtud. Sin distingos de servicios. ¿Puede esto llamarse doctrina científica, sin especificar qué servicios?

Kant, en sus entusiasmos filosóficos, soñador de una paz perpetua, adorador de la razón, en inteligencia con las circunstancias que rodeaban su filosofía, con la que operaba como genio de primera magnitud, desde su gran altura novadora, hacía depender la mayor parte de la dominación del Estado, de la forma de gobierno, con predilección de la republicana. Cuanto se ha dicho contra Kant debe atenuarse. Que consideración merece quien se declaró defensor de la paz universal, coincidiendo en igual aspiración con Petrarca y otros pensadores de alma generosa. La especulación filosófica se enlaza, si no en armonías bienhechoras, en especulaciones mentales que son, más ó menos, tributo rendido por la razón humana á la razón divina. Watel investiga; lo mismo hacen Martens, Schoel, etcétera, etc. Pero desde el momento que la razón se declara árbitra de las ideas, demoledora de creencias, escéptica de esperanzas, surge el conflicto.

Por no hacer para evitarlo, la humanidad viene siendo desgraciada.

Desgracia es no saber vivir en relación la criatura con su Creador, con tantas facilidades como da éste para practicar la virtud. Cuando, inspirándose en ésta, puede lograrse la bienan-

danza en la familia, *eje central* hermosísimo de la moral. La moral, que es de derecho natural exigirla con el ejemplo. La familia, que en ella la situación de la mujer es un problema social para algunos filósofos. Las escuelas están divididas; y según documentos históricos, si es verdad que por el Cristianismo ha sido salvada del lodazal social la mujer, no es menos cierto que su encumbramiento no ha llegado aún á ser lo que quiere que sea la religión cristiana. Ésta saca de la ergástula y del harén al bello sexo; pero no está éste colocado aún en igual derecho estricto con el hombre.

La emancipación de la mujer en derecho estricto, no como sueña la demagogia, sino como aspira la democracia. Los estudios de Montesquieu hasta Laboulaye, de Tocqueville y Maistre. Por lo menos en algunos de ellos se ve, más que al sociólogo, al político; más que al filósofo sin prejuicios, al sociólogo que los tiene. Es verdad que el llamado sexo fuerte no propende á despojarse de su *fortaleza*, que nos permitimos llamar muscular, como la mujer se defiende con las armas de la coquetería. El hombre, en general, es más agresor que agredido. Y no hay que acordarse de los seres masculinos que con alevosía cometen crímenes calificados de pasionales. ¡Pasionales...!

La situación de la mujer en la familia tiene su historia definida en la que ha dejado escrita el abate Gaume. ¡Cuántas heroínas pasan desapercibidas por la sociedad! Ello es lo cierto que en las familias primitivas el culto facilitaba la inteligencia marital; ya no es lo mismo en la sociedad romana, que resalta la influencia política; entre las gentes septentrionales se hace distinción exagerada á favor del sexo masculino. Nunca el guerrero por hábito se ha distinguido gran cosa como galante, en lo más delicado que significa esta palabra. Esto es, se trata de derechos y deberes que son inmanentes en la persona. Lo que ha sido llamado beatitud laica por escritor fecundo. La incapacidad de la mujer está desterrada de las bibliotecas que tienen los sabios eminentes, y desde ellas des-

ciende como lluvia benéfica á lo prosaico de la vida, para persuadir al hombre de que trate de igual á igual á la compañera, que á veces le supera en aciertos, como en otras la reflexión del compañero traza la marcha que es más segura. No puede hoy llamarse veto absoluto el que se impone por religiosidad doméstica, por intereses materiales ni por flaquezas humanas. Realmente, el matrimonio católico impone al esposo: «Compañera te doy, no sierva.»

La influencia del principio democrático sobre el derecho privado en general, se infiltra pausadamente más que se desliza, ni menos corre veloz, como río caudaloso que le esperan por ambas riberas presas que se abren sus compuertas para tomarle caudal de agua con que fertilizar la campiña. Por lo mismo, no pueden los demás derechos desarrollarse tanto como fuese de desear para la soberanía de la persona. Y como se ve bien la imperfección, es relacionando la vida de familia con la vida mercantil, con la vida del crédito (por cuanto influye éste moral y financieramente), con la vida de asociación y con la de solemnidades públicas. Ya no se comprenden éstas sin tomar parte en ellas la mujer. Personalidad y propiedad son significados sinónimos, como derechos y deberes en el orden jurídico. Por más que en la práctica son las deficiencias muchas, los ultrajes frecuentes, las influencias ilegítimas tantas y la mofa despiadada.

Hay castillos inexpugnables para la moralidad.

Dentro de ellos campea la influencia á lo Borgia. Y es que la democracia tampoco está exenta de la *bestia humana* que señala el Apocalipsis. Visiblemente, desde los tiempos de Aristóteles, se filosofa por la democracia. Pí y Margall fué tanto por su triunfo, hasta verle exagerado muchos demócratas. Sin embargo, es lo cierto que las diferencias afrentosas de condición jurídica entre los dos sexos, entre nacionales y extranjeros (al estilo romano), entre nobles y plebeyos, entre ortodoxos y heterodoxos. Para nada de eso hay ya ni emparedamientos, ni hogueras, ni tenazas en los países reconocidos civiliza-

dos. Prohibida está la trata de negros y condenada la trata de blancas. El principio democrático pone á salvo los fueros de la personalidad. Son un hecho la desvinculación, la desamortización civil y eclesiástica, la legislación (aunque un tanto embrollada), amparo del menor, del desvalido y de muchos seres desgraciados, antes desamparados.

Así, pues, puede decirse que la purificación de las costumbres mejora, no obstante, la desviación á que lleva el modernismo temerario.

Reformas beneficiosas son algunas en el derecho penal, en el procesal, en el administrativo. A veces las dominan los abusos inveterados; en el político, la inmoralidad desencadena pasiones, en algunos casos violentísimas. La personalidad tiene derechos definidos en el Código; pero la corruptela lo desfigura hasta poner en jaque su propiedad, á veces jaque-mate.

Recuérdase á Moreno Nieto en sus enamoramientos filosóficos, ocupándose de la revolución actora el año 1789; sólo que Moreno Nieto era filósofo religioso, modelo jefe de familia. No pudo nunca apoderarse de su privilegiada inteligencia el escepticismo enciclopédico. Aquellos sectarios odiando el Cristianismo, que es lo mismo que odiar la justicia y desterrar la ventura de los pueblos.

Ahora sí: es preciso reconocer que en el principio democrático es muy fácil injertar la desvirtuación del principio de autoridad, del que ha de disponer libremente el derecho, mucho más el privado, que ha de servir con fidelidad discrecional, sin que sea en la práctica, como sucedió en los tiempos del *pater familias*. Por ser hoy la familia germen más que nada social, desarrollado, fuerte, amplio, cosmopolita, insubordinado ante los obstáculos, cualesquiera que sean ellos. No puede desconocerse la influencia que tienen el matrimonio civil y el divorcio; la independencia que ofrecen la patria potestad y la autoridad marital: las sublevaciones que se levantan airadas sobre el derecho de propiedad, que muchas veces se pone en tela de juicio. Y para todos, si ha de ser el respeto mutuo

eficaz, es preciso que exista muy vivo el espíritu religioso. Amarás á Dios sobre todas las cosas, etc.

No es misticismo lo que pide el derecho privado de los cristianos: basta atenerse á la ley natural, y cuanto más se ensalce ésta, mayor solemnidad tendrá el matrimonio religioso, cuya finalidad ha de ser mantener en toda su pureza la vida de una persona en relación íntima con otra persona de distinto sexo. Si nos atenemos á la historia, se sabe que han abundado las vicisitudes de los cónyuges en el proceso de cohabitación y deberes para con los hijos. Tuvo que ser así, según los períodos históricos. Los hay, á saber: La familia fué principalmente una sociedad religiosa, formando un Estado. La familia llegó á quedar supeditada á religiones nacionales, pero siempre rcconociéndolas origen divino. Aun en el caso del *rapto* ó la compra de la mujer. La familia entre los hebreos y entre los romanos, ellos no consideraron la personalidad de la mujer con el concepto en que se tiene hoy á este sexo. En la familia, el matrimonio ha sido para el Catolicismo sacramento indisoluble; por más y por cierto, entre los reyes hubo algunos que lo profanaron por razón de *Estado,* como pretextopara encubrir liviandades á los ojos de los vasallos, que estaban sometidos á la servidumbre.

El Fuero Juzgo, con su *nam ubi, dos nec data est,* quiere encaminar á favorecer el sentimiento religioso, dejando á salvo el fuero civil. Porque la tendencia, en rebeldía, de éste, existió siempre. Al propio tiempo trabajó siempre la Iglesia por lo que consideró derecho preeminente suyo, como se atestigua por disposiciones con fuerza legal ejecutiva de León el Filósofo y Carlo Magno. El Concilio de Trento afirma sobre el sacramento del matrimonio. *Cur Parochi seduló deteant invigilare ut populus cristianus Matrimonii naturam et sanctitatem cognitam habeat.*

La personalidad se afirma; y como ha dicho un gran poeta español, para el corazón no hay distinción de sexos.

Abstracción hecha de convencionalismos, de debilidades

concupiscentes, de relajaciones interesadas, de desconocimientos característicos, de distancias en años. En una palabra, de verdaderas incompatibilidades que pueden y deben evitarse. Aun viéndose representado el amor ciego, ya podemos evitar la influencia ciega de Cupido. ¿Para qué está la reflexión? ¿Para qué está puesta á disposición de la razón la prudencia? Afirmándose filosófica y rectamente por el *derecho privado*, que éste ha de ser de persona á persona, que buscan en el matrimonio aumentar la práctica de las virtudes y disminuir el número de los vicios. Que en la familia los hijos obligan á la santidad de costumbres, para verse en ellos los padres en el orden moral como pueden ver su cuerpo ante un espejo. La conciencia inmaculada, el sacrificio voluntario, el amor vigoroso y la voluntad soberana practicando el bien.

El bien que excluye el predominio exclusivista de la propiedad individual, de que hablan algunos catedráticos en universidades y seminarios. Tal vez sin abarcar todo el alcance que tiene la palabra, cuyo sentido literal es negarse á dar una participación ó inclusión en aquello que pertenece en pleno y absoluto dominio á la vida individual. Convivir dos cuerpos para fin determinado, dos almas para idéntica aspiración. Sentimiento y sensación conviven en goce, imaginación y razón; conviven cuando identifican ideales y proyectos; conviven dos espíritus y dos gustos cuando no pueden existir el uno sin el otro. Julieta y Romeo, por ejemplo. Porque el predominio exclusivista de una sola persona, y para sí sola no puede ser, en cuanto la propiedad individual se pretenda considerarla aislada. Y en cuanto sea esa propiedad humana. Exenta de todo misticismo y arrobamiento.

Seguramente es incomprensible el progreso humano sin que la propiedad individual deje de ser ó estar asociada.

Sin que el colectivismo sea aceptable más que como conculcador que es del derecho privado, lo mismo puede decirse del socialismo, que pretende negar las categorías personales; del anarquismo, que viene á perturbar el orden social negando la

superioridad legítima; de la utopia, que forja castillos en el aire; como cuando el holgazán quiere hacerse rico, esperándolo todo con ensueños de ojos abiertos y mirada puesta en el bien ajeno.

Nada de eso puede ser aceptable en buena lógica de sana razón. Nunca el espejismo es realidad. Ni puede ser el mismo estudio el que se haga al interior de la vida en el fuero interno con el estudio que se refiera á adquisiciones inconscientes; sin el estudio de persona á persona en sus derechos y deberes.

La propiedad en derecho privado puede ser anterior ó posterior al derecho positivo; mas éste nunca anulará el derecho natural.

No es que ha de ser el derecho de propiedad invención humana, aun cuando los legisladores se llamen Moisés, Justiniano, Alfonso el Sabio, Inocencio III, Napoleón, etc., etc.

Colectivizar como se ha dicho, es no ver que hubo siempre la induavilidad de relieve, con la tiara ó con el alfange, con el breviario ó con la tizona. Como no ha dejado de haber en cortes y cortijos bandidos disfrazados con hopalandas ó cubiertos con capuchones de distintas formas. Canta el trovador al pie del castillo ó medita el capitán en el interior del torreón. La barquilla llega silenciosamente á la orilla, ó naves de gran tonelaje atracan al amparo de murallones. Cuando parece que la jornada es apacible, sorprende la tormenta, y como el terremoto destruye muchas edificaciones, así el sacudimiento social reduce á polvo poblaciones tan gigantescas como Nínive, Tebas. Que por ruinas señalan vestigios de opulentos palacios y grandes industrias.

Es decir, que la individualización que se anatematiza, lamentándose la *escasa* colectividad por esto, tropezándose el humano progreso con terrible obstáculo para desenvolverse. Y se añade, si se consigue el desenvolvimiento en parte, es acumulando la propiedad en pocas manos. ¡Ah, la historia de siempre! Si Esparta tuvo reparto de tierras, ¿qué ventajas reportó á los espartanos? ¿Qué obstáculos han opuesto á la civi-

lización en los Estados Unidos sus archimillonarios? ¿No se dan diariamente casos de jornaleros que saben aprovechar la sonrisa de la fortuna y apoderarse de ella?

En la pendiente del error se llega hasta sus últimas consecuencias. Y al anatematizar el individualismo alcanza el anatema hasta la libre concurrencia. Con lo cual, á quien carece de capital se le encadena al capitalista. Éste al consumidor le impone duramente precios y abusivamente calidades. No sucede así con la competencia que hace florecer riqueza que agostan los monopolios.

Por éstos el derecho privado queda agostado en flor. Nada es tan inhumano como encarecer los precios del pan, la carne, el vino y el agua. En esta campaña, desgraciadamente, coinciden los titulados liberales y los que rechazan este título, religiosos y librepensadores. ¡Oh ceguera del egoísmo! Ahora sí, por algo está el refrán: *El pez grande se come el pequeño.* El condor hace presa de la paloma, la ballena del delfín, el leopardo de la gacela. Así la naturaleza nos enseña que el hombre laborioso con inteligencia, ahorrador discreto; la mujer sencilla por honestidad, diligente por previsora, Dios bendice sus días. Y los de este siglo, tan múltiples en iniciativas y actividades, en esta lucha, cuando se dice: todas las ventajas están de parte de la mayor riqueza. Si fuese así, había que convenir en que la democracia maltrata, aherroja al derecho privado, cuando corresponde á esta civilización elevarlo al *quinto* cielo, en aspiración bíblica.

Montesquieu fué pensador con su siglo, en el que no se había profundizado lo bastante para saber que la vida moral y las instituciones por que se regía en aquellas sociedades, aparentemente los hechos parecían casos fortuitos, por estar juzgados sólo en su exterior. Cuando Montesquieu da una parte importante al genio del hombre y fía mucho á su prudencia, omite dar participación á las leyes eternas que están siempre vigorosas en manos de la Providencia, la que tiene puesta su predilección en la persona, y la tiene dictada le-

yes, para asociarse personas con personas, con libre albedrío.

Entonces se corre el peligro que está señalado aforísticamente: «Cayó en malas manos.» Los horrores del genio destacan mucho más que los vulgares. Contrastan las ideas de Mostenquieu con las de Filangieri. Así está revelado en el bosquejo de esta *Ciencia de la legislación*. En medio de todo, está señalado bien en el siglo XVIII cómo había de hacer la ciencia grandes progresos en el siglo XIX.

ANSELMO FUENTES

# LA EMBAJADA DE ESPAÑA EN PARIS

## EN LOS COMIENZOS DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA

---

### III

Cuando, en Mayo de 1788, estaba para decretarse la convocatoria en los Estados generales, Fernán-Núñez lo notificaba á Floridablanca en su despacho el día 2: — «En la próxima semana, decía, se verificará la novedad esperada de los Parlamentos. Han marchado á sus destinos todas las autoridades, pues el objeto es que las reformas se establezcan en un día en todas partes, y que no haya alborotos en ninguna.» Pero el primer Parlamento que saltó contra la voluntad del rey fué el de Tolosa. Respecto al de París, Fernán-Núñez decía el día 5: —«Ya estamos en la decantada semana destinada al establecimiento de las novedades parlamentarias, que tanto inquietan el reino. Parece que el miércoles será el día en que, convocado el de esta Corte á Versalles, las publicará el rey en su solio de justicia *(son lit de justice)*. Entretanto se ha juntado el sábado el Parlamento, convocando á este fin á los Príncipes y á los Pares; pero los primeros no han asistido, y de los segundos sólo acudieron nueve ó diez. Aquella misma noche se publicó un extracto, que al día siguiente se vió impreso en todo París, y ayer fué la diputación del Parlamento á Versalles á presentar á S. M. las representaciones últimas sobre el vigésimo, y S. M. dió la respuesta. A media noche pasaron á casa de Mr. D'Espremeuil y de Mr. de Guilard, ambos consejeros del Parlamento, de los que tienen más parte y trabajan en sus

edictos, con orden al parecer de arrestarlos; pero ambos pudieron evadirse retirándose al palacio del Parlamento, donde no pueden ser arrestados, y esta mañana se han presentado en el mismo traje en que efectuaron su fuga, y han asistido á la Asamblea de hoy, que ha comenzado á las siete de la mañana y dura aún ahora, que son las once de la noche. Esta mañana se ha quemado públicamente en dicho palacio del Parlamento el papel que publicó diciendo ser apócrifo y que se había alterado la resolución que el sábado se tomó. Han preso al sujeto que lo hizo imprimir para su ganancia particular, y le han condenado á ser azotado y marcado. Lo cierto es que el mismo sábado por la noche vi yo escrito de mano de uno de los que asistieron á la asamblea los artículos principales que trae el impreso, con alguna variedad en el estilo y colocación, pero que era lo que se había resuelto. Esta noche, á las siete, ha marchado á Versalles el primer presidente del Parlamento y otro de los miembros á representar sobre el arresto de los dos consejeros refugiados al sagrado del palacio. El Parlamento quedó reunido hasta que regresasen con la resolución de S. M.» Después, en postdata, añadía que el rey no había querido recibirlos, y que habían tenido que regresar á las dos de la mañana. A estas noticias agregaba un papel de un confidente de la Embajada, que se le había dado á las siete de la mañana, y que, por no tener ya tiempo, ni aun de copiarle, le incluyó original en los despachos, y que decía:—«El rey no ha querido recibir á los dos diputados que fueron á Versalles, y tuvieron que volverse á París á las dos de la mañana. Se asegura que el guardasellos se les rió en las narices.

»Inmediatamento el palacio quedó guarnecido por la Guardia Real á caballo y á pie y por la Guardia francesa y suiza, que fueron aún reforzadas con cuatro compañías de granaderos, ocupando todos el interior, de donde hicieron retirar la tropa de la Casa Real.

»No se ha permitido absolutamente entrar á nadie, sea quien sea, ni salir; de modo que el palacio del Parlamento

quedó lleno de la gente que ayer llevó allí la curiosidad, y que no se había retirado. Al duque de Montemart, que se presentó á las seis para entrar al Parlamento, se le interceptó el paso y se le hizo retroceder.

»Se piden al Parlamento los dos sujetos que ayer se refugiaron en él; pero el Parlamento resiste entregarlos.

»Se dice que todos los Parlamentos del reino han sido guarnecidos á la misma hora.

»A las siete.»

En otro despacho del día 11 Fernán-Núñez hablaba de las medidas de rigor que se habían tomado contra el Parlamento, á causa de la publicación no autorizada de sus acuerdos, del refugio dado á los consejeros que se tenían por autores de aquel abuso, y de no haberlos querido entregar. El palacio del Parlamento había sido ocupado por cuatro compañías de guardias francesas y suizas, mandadas por el capitán de la primera, Monsieur D'Ayem, el cual hizo retirar la guardia particular de dicho palacio, dejando apostados centinelas en las avenidas de las calles inmediatas, cerradas sus puertas, y no permitiendo entrar ni salir á nadie, como al embajador español se le había comunicado por su confidente. «Dentro, escribía Fernán-Núñez, había más de seiscientas personas de curiosos, entre ellos damas y caballeros de la primera distinción.» Habiendo preguntado el capitán á un dependiente inferior de palacio si conocía á Mr. D'Espremeuil, contestóle volviéndose de espaldas y poniéndose la mano delante de la cara con una acción lo menos afectada que pudo, y dijo que, aunque le conocía, no le veía. Entonces, el mismo D'Espremeuil salió de su puesto, y se presentó al oficial, que le condujo á la casa del intendente de policía, donde después llegó Mr. Guilard. La prisión se constituyó á las doce de la mañana, y al atravesar los detenidos por medio del gentío que se había reunido, no hubo el menor alboroto ni protesta. D'Espremeuil fué enviado á la isla de Santa Margarita, junto á la Autiche, y Guilard al castillo de San Pièr. Después fué cuando se celebró el *solio de Justicia*

por el rey. Hubo las arengas de rúbrica, primero por el rey, luego por el primer presidente, y por último, por el procurador general, y aun por algunos Pares; todo como pudiera hacerse en los Parlamentos de los siglos medios; mas como después se mandara retirarse á los Pares que quedaban en ejercicio, quedándose sólo en Versalles los de la Gran Cámara, con arreglo á lo que S. M. les previno en su discurso final ó de clausura, aquella misma tarde los despedidos pasaron al ministro guardasellos una carta para S. M., que el rey rehusó admitir «por haber prohibido expresamente por su declaración de las vacaciones que el Parlamento se juntara ni deliberara sobre ningun negocio particular ó público, so pena de nulidad del acto y de desobediencia. La Gran Cámara, que quedó en Versalles, era la única que debía tener entrada en la nueva Corte plena (*Court plenaire*), que se estableció en los decretos de la reforma, y su objeto era juntarla con los Príncipes, Pares y Prelados señalados de antemano. Después se circularon las invitaciones para que éstos asistieran el día 9, á las doce de la mañana, al palacio de Versalles, sin expresarles en la invitación si lo que se iba á celebrar era *seance royal, lit de justice* ó *court plenaire*. En vista de esto, los invitados acordaron reunirse en el cuarto del mariscal duque de Ducas, para concertar la conducta que habían de seguir en oposición cerrada en cuanto tuviera intento de innovación. En esta forma, llegado el día 9, á las doce de la mañana, se abrió *La Grand Chambre*.

Fernán-Núñez, en su despacho del día 10, así reseñaba el solemne ceremonial del acto: «S. M., toda la familia real y los príncipes, decía, en grandes trajes de ceremonia, se presentaron en la sala con ostentoso acompañamiento. El rey dijo á los concurrentes que los había llamado para participarles lo mismo que los había intimado el día anterior y la firmísima resolución en que se hallaba de mantenerlo, no dudando del celo y lealtad de su *Corte plenaria*, que coadyuvaría al mismo intento. Ofreció nombrar cuanto antes los demás individuos

que debían formarla, y que después la juntaría cuando los asuntos lo exigiesen.» Acabado este discurso, que, según Fernán-Núñez, duró un minuto escaso, se levantó el rey de su solio, «y sin dar lugar á otra cosa dió por terminado el acto, y se retiró». Los que inmediatamente se pusieron en marcha para regresar á París, dejando redactada y suscrita una protesta concebida en términos muy duros, al fin de la cual pusieron sus nombres los duques de Usez, Luxembourg, de Rochefoucauld, Fitz-James, D'Aumont y Pralin. El arzobispo de París, el obispo de Chalons, los duques de Sevres, de Charcel y Montemart, que también firmaron, retractáronse después y borraron sus nombres; pero no tardaron el rey, el guardasellos y Monsieur en recibir las protestas del Parlamento de París, de sus procuradores, consejeros, magistrados y el Cuerpo entero de la Nobleza, y todos los Parlamentos de las provincias, excepto el de Rohan, guiándose por el de la capital, se negaron á registrar los edictos que el rey publicara, representando con rara unanimidad, «que las reformas introducidas y las que se proyectaran sería el fin de la Monarquía en Francia».

Algunos de estos Parlamentos, el de Tolosa primero y después el de Grenoble, fueron desterrados, y en el Delfinado se dió principio á los alborotos populares. Respecto al de Bretaña, y á la actitud de su nobleza, de que fué durante treinta años presidente el duque de Rohan, tío carnal del conde de Fernán-Núñez, éste nos proporciona su despacho del 6 de Junio, que es sumamente interesante. He aquí su texto:

«Excmo. Sr.—Muy Sr. mío: Continúan en el mismo estado de inacción y resistencia pasiva los asuntos importantes del día, y por todas partes son continuas las protestas de los cuerpos de magistratura y otros dependientes y aun de la nobleza en algunas provincias.

»La de Bretaña hizo, por medio de su Comisión intermedia ó Diputación de ella, unida siempre para representarla, una representación á S. M. reclamando la conservación de sus privilegios. La remitió á mi tío, el duque de Rohan, que como

su presidente, había estado á la cabeza de ella por espacio de treinta años, y éste la envió á S. M. acompañada con una carta en que le decía:—«que no obstante que su edad y el estado de su salud le tenía privado, muchos años hace, del honor de hacerle corte á S. M. y que tampoco había asistido, por esta razón, á ninguna de las sesiones del Parlamento, puesto que aún existía, y que la nobleza de Bretaña, á la cual había pertenecido durante treinta y á cuya cabeza había marchado voluntariamente al puerto del Oriente, rechanzando de él á los ingleses, no dudando que en la conservacion de los privilegios la provincia habían hallado y hallarían siempre sus compatriotas nuevos motivos de acreditar su amor y respeto á S. M., le parecía no poder excusar debidamente de pasar á su manos la representación que á este fin le remitían, y para la cual reclamaba su real justificación y clemencia, lisonjeándose de que este paso no sería de su desagrado y lo recibiría como una nua nueva prueba de su respeto y de su ley».

»El rey le respondió con un billete escrito todo de su mano, en que le decía: «*Primo*, vuestra representación no me ha sido desagradable. Siempre recibí benignamente las que se me hiciesen, y ya había asegurado de antemano á los diputados de Bretaña mi invariable deseo de conservar sus privilegios. Yo quisiera que la nobleza procediese en todas sus representaciones con la misma moderación que le inspirasteis siempre mientras estuvisteis á su cabeza. Estoy seguro de que, celoso de tomar parte en sus desvíos, procuraréis por vuestros consejos y ejemplo y por todos los medios posibles, atraerlos á su deber. Nunca debéis dudar de mi confianza y afecto, con el que ruego á Dios, primo mío, os conserve en su santa y digna gracia.—*Luis.*»

«A más de esta representación moderada y legal, como hecha por un cuerpo unido legítimamente, otra parte de la nobleza se unió, sin estar autorizada á ello, cuando no hay convocación de Estados, que entretanto representa la comisión intermedia, é hizo otra representación atrevida é insolente, de-

clarando *infames* á cuantos tomasen parte en las actuales innovaciones del gobierno, cuya representación entregaron al comandante general conde Thiar, poniéndole en la precisión de remitirla, como lo hizo, á la corte.

«En vista de ella, mandó el rey marchar varios regimientos de infantería y caballería, en número de más de 6.000 hombres, para hacerse respetar y obedecer; pero les han negado el alojamiento y los víveres: de modo que el general se ha visto precisado á alojarlos en los conventos y parajes públicos, y es muy de temer que no basten todos los medios de moderación y prudencia para impedir los de la fuerza, si no mudan de modo de pensar, lo que en la obstinación de aquellos provincianos no es muy probable, y no deja, y con razón, de inquietar el ánimo del rey y sus ministros, que nada omiten por acreditar su deseo del bien y de la conservación de la paz.

»La resistencia pasiva y de inacción es aún más difícil de vencer, continuando los abogados y procuradores en negarse á dar curso á sus expedientes.

»El martes obligaron á doscientos cuarenta de los últimos á ir al Tribunal de Chatelet y exponer sus causas, y lo ejecutaron, pasando por entre el pueblo que esperaba, y que, ignorando si obedecían ó no, les decía al paso se negasen á hacerlo. En efecto; salió llamado el procurador más antiguo, que dijo que su parte no quería que su proceso lo defendiese ni requiriese nadie, sino su abogado, y que así era forzoso ver si se hallaba allí, y no estando, no podría procederse á nada.

»Se le llamó: no pareció, y se defirió á otro día ilimitado. Otro procurador dijo que su parte había retirado los papeles. Otro que esperaba nuevos documentos, sin los que no podía entrar en materia, y así todas las causas y procesos quedaron diferidos sin término definido, y se concluyó la sesión sin adelantar nada en la causa de la justicia, que cada día se hace más necesaria y más incomprensible, no obstante la tranquilidad que se manifiesta en el ministerio, al modo en que se cree salvar estos inconvenientes con el decoro del rey, la ve-

rificación de sus presidencias y la quietud pública. París, 6 de Junio de 1788. — Excmo. Sr.: B. l. m. á V. E., su seguro servidor.—El conde de Fernán-Núñez.—*Excmo. Sr. Conde de Floridablanca.*»

En postdata, luego, decía el embajador al ministro que su tío el duque de Rohan le había comunicado en secreto los documentos que insertaba en su despacho, también reservado. Mas á pesar de la corrección de estos documentos secretos, la actitud del bailiaje de Rohan y de Villafranca produjo otra orden de destierro para el Parlamento de Bretaña, igual á la de los de Tolosa y Grenoble. El de Bretaña empezó por resistirse á recibir las cartas de extrañamiento; formuló una protesta declarándolas nulas y llamó al ministro guardasellos traidor; luego se conformó con la pena que se le había impuesto y se dispuso á cumplirla. Después de esto, el bailiaje comenzó á ejercer sus funciones, y Fernán-Núñez, refiriendo á Floridablanca estas cosas en despacho de 9 de Junio, añadía por su cuenta:

«La corte espera que los Parlamentos de provincia, convencidos de su constancia, todos irán cediendo. Es de desear que no se engañe.» Y el primer síntoma de que se engañaba, en efecto, lo revelaron los tumultos que estallaron en el Delfinado el día 7, siendo lo particular del caso, que una mujer del pueblo fuera la que más excitara á soliviantar los ánimos y á acalorar la conmoción.

En Borgoña, estas conmociones no tuvieron tanta resonancia, gracias á la prudencia y el tino con que se portó el comandante general del distrito, Mr. de Gouvernet. No obstante, los parlamentarios fueron desterrados.

Acerca de la actitud del clero, según los despachos de Fernán-Núñez, el conde de Montmorín pensó dominarla por recursos de habilidad. El 17 de Junio, Fernán-Núñez escribía en su despacho oficial á Floridablanca: «He hablado con Montmorín, así sobre los asuntos exteriores como sobre los interiores. El obispo de Blois, que es el que en la Asamblea pro-

puso que el clero representase á S. M. sobre los asuntos del día, es tan amigo de Montmorín, que cuando éste estuvo en Madrid de embajador, fué á esa corte á visitarle bajo el nombre del abate Rigodier; así es, que en todo ha procedido de acuerdo con él, quien á su vez arrastró consigo al arzobispo de Narbona, presidente de la Asamblea, á quien el obispo de Blois presentó al rey. La declaración substancial de sus representaciones respectivas, es la de que el rey tiene en sí sólo el poder legislativo, siempre que, después de oir las representaciones de los Estados, é instruído por ellos de los inconvenientes, insiste en la publicación de sus decretos. Este principio, añade Fernán-Núñez, que es contrario al modo de pensar de los parlamentarios y enteramente conforme al de la corte, establecido por el cuerpo respetable del clero en estas circunstancias, no parece pueda establecerse sin un concierto oculto y premeditado. En lo que no cabe duda, es en la necesidad de las reformas, pues todos están contestes sobre este punto.» A continuación, aunque en otros despachos del mismo día, así vuelve á expresarse acerca de la representación del arzobispo de Narbona: «El arzobispo de Narbona, presidente de la Asamblea del clero, dice, se presentó en Versalles para representar al Rey sobre la necesidad de justicia y la de reunir inmediatamente los Estados generales para aquietar los espíritus de la Nación, que se halla en una agitación increible, sobre todo en las primeras clases de ella. El pueblo no toma el interés que muchos de ellos quisieran, y esa es la fortuna que hay en las actuales circunstancias, en que no puede V. E. figurarse el exceso á que han llegado las conversaciones y los escritos que se hacen circular. Nada se respeta, nada se perdona, ni lo más sagrado y oculto, exagerando y aun inventando cuanto creen puede conducir á perturbar la tranquilidad, persuadidos de poder por este medio conseguir intimidar al gobierno y hacerle desistir de sus planes. Con todo, el rey y el Ministerio manifiestan una tranquilidad y firmeza increíbles.»

No dice Fernán-Núñez, si el hecho y los comentarios que

delató en su despacho del 3 de Agosto estaban relacionados con estas cosas que se inventaban ó se ponían en práctica para intimidar al Ministerio y aun al rey mismo. Pero el caso fué el siguiente: «Ayer domingo, decía, entró en la iglesia del palació de Versalles, durante la misa, un hombre que, como un furioso, se dirigió al altar más inmediato, en el cual estaba la cruz de la parroquia, con la que empezó á dar golpes sin tino á cuantos alcanzaba, y con no poca dificultad pudieron quitársela y asegurarle, después de haber hecho mal á algunas personas. Se le llevó á la cárcel, y al registrarle parece se le halló una ó dos pistolas cargadas con bala. Me han asegurado que hace cerca de un mes que arrestaron á otro hombre en el patio de palacio á que caen las ventanas del rey, en el cual se estaba paseando, sin quererse retirar hasta que le obligaron por la fuerza, llevándole preso; y registrándole en el cuerpo de guardia, se le hallaron también pistolas cargadas con bala. Se ignora lo que han hecho de este hombre. El año pasado se halló igualmente en el jardín el Trianón, en que la reina actualmente está, un hombre en el bosque, que parecía estar dormido, pero que por su turbación le creyeron sospechoso. Registrándole, le hallaron iguales armas. Aunque no creo, concluye Fernán-Núñez, indique esto claramente un designio contra la vida de estos soberanos, me parece debo hacer saber á vuecencia, con la debida reserva, todas estas noticias que me han dado por positivas.»

De todos estos datos, indudablemente se deduce con claridad cuál era cada actitud; la actitud del rey, la de sus ministros, la de la nobleza, la del clero, la del pueblo, en aquellos momentos en que el monstruo de la revolución se cernía sobre la cabeza de todos; así como se ve, que fuese por inspiración de Luis XVI, fuese por inspiración propia, el arzobispo de Narbona, presidente de la Asamblea del clero, fué el primero en proponer la convocación de los Estados generales, cuando en una ú otra forma estaba funcionando la Asamblea de los notables, y cuando las clases á que este prelado perte-

necía, reconociendo la necesidad de las reformas, las quería, pero mediante una condición imposible: la de poner á salvo cada cual sus privilegios, cuya dura imposición social era la que exigía aquellas mismas reformas.

Acerca de los Estados generales, es curiosa la ilación de las noticias que se hallan en los despachos diplomáticos del conde de Fernán-Núñez, que son, en realidad, el trasunto de las impresiones dominantes cada día. En despacho de 3 de Junio decía: «El clamor de los Estados generales es unánime; pero aun así, no sé si los lograrán tan pronto como desean.» El 9 del mismo mes volvía á decir: «El decreto del Consejo de Estado sobre la convocatoria de los Estados generales, no fué bien recibido del público.» El 11 de Agosto escribía de nuevo: «Ha llegado, al fin, el caso de la declaración de los Estados generales, señalado para el primero de Mayo. Se ignora aún el paraje en que se tendrán, y si fuese fuera de la corte, como recelo, será preciso que los embajadores de familia sigamos, como siempre, á S. M. en este viaje.»

Después de la caída del arzobispo de Sans y su reemplazo por Necker, y de la caída del ministro guardasellos, La Maignon, por indicación de Necker, que creía que con su caída se restablecería la pacificación de los espíritus, por estar tan odiado en la opinión general aquel ministro, se anunció que volverían los Parlamentos hasta la reunión de los Estados generales. El nombramiento de Necker para Ministerio, en que venía á ser la suprema esperanza de la regeneración económica, que trayendo la prosperidad sobre el reino, acabaría con todas las perturbaciones que lo conmovían, dió lugar á aquella recepción que en Versalles se le hizo, y que Fernán-Núñez así detallaba en su despacho del 29 de Agosto: «El martes por la mañana se presentó Mr. Necker al rey y demás personas reales, que le recibieron con el mayor agrado y distinción. Como este ministro no merecía la aceptación de la reina, parece había dicho no volvería á la corte sin estar cierto de que S. M. había cambiado de sentimientos respecto á él. En efecto: el rey le es-

cribió un billete de su mano, que le fué entregado por el embajador del emperador, conde de Merci, y entonces vino. Tanto en Versalles como en París, han sido excesivas las demostraciones de regocijo, los vivas al rey y al ministro nuevo. Ha habido iluminación y fuegos, y desde el mismo día subieron considerablemente los fondos públicos; pero como aquí no hay fiesta completa, anoche hubo algún desorden en el Puente Real y dos ó tres desgracias y pedradas, con motivo de haber querido las patrullas hacer apagar las iluminaciones. Estos tumultos se reprodujeron contra el arzobispo dimitente, por haberle visto visitar dos veces á S. M. después de dada su dimisión. El público, que le detestaba, le acompañó la última, diciéndole mil injurias, en tanto que en París era quemado en estatua en la plaza del Delfín. Para la dimisión del guardasellos, Necker celebró una larga conferencia con el rey y la reina y el conde de Artois, persuadiéndoles de que era una medida indispensable, como se ha dicho, para restablecer la tranquilidad pública y la justicia antes de los Estados generales, y fluctuando el rey para reemplazarle entre M. de Fleury, presidente del Parlamento, y M. Barantein, presidente de la *Cour des Aides,* la preferencia de Necker, inclinó hacia el último la resolución. Su nombramiento fué recibido con la repetición de los desórdenes contra el recuerdo de su antecesor, y la plebe, en la noche del lunes al martes, 9 de Septiembre, reprodujo en París la escena del 23 de Agosto, quemándole en estatua, y hubo conatos de quemarle la casa, lo que impidió la tropa, no sin que se produjeran algunas desgracias más. Con todo, la multitud, apostada en el Puente Nuevo, obligaba á cuantos pasaban á bajar del coche, quitarse el sombrero delante de la estatua de Enrique IV, y á algunos hasta á arrodillarse ante ella y á gritar: *¡Viva Enrique IV y muera La Maignon!* En este caso se halló el duque de Orleans, que tuvo que sujetarse á la imposición de la plebe.»

Todo se hacía pretexto de asonadas imprevistas, pero casi continuas. El 24 de Setiembre el Parlamento se juntó, aunque

sin particular ceremonia, para registrar el nombramiento del nuevo guardasellos; después se llamó á su seno á Mr. Crone, intendente de policía, para que diese explicaciones sobre los alborotos de los días 15 y 16 y de las desgracias ocurridas en la calle de Saint-Dominique, y al día siguiente se presentó una moción para que los ministros salientes fuesen procesados; y mientras el Chatelet y el Bailiage y la villa de París representaban al Parlamento para felicitarle, entre los aplausos que la multitud, según estilo, prodigaba á los dos primeros, así como á los individuos del Parlamento cuando entraban en él, y los silbidos que se dieron á la villa por el pecado de haberse mantenido tranquila durante los últimos acontecimientos, el pueblo que volvió á entregarse á sus alegrías tan inmoderadas como peligrosas, y tan infaustas como sus enojos, en la noche del 28 tomaba la calle de la Harpe por teatro de sus demasías, corriéndola con hachas encendidas y ramas de oliva, gritando: *¡Viva el Parlamento!*, bebiendo aguardiente *sin pagar,* rompiendo vidrios y echando cohetes dentro de las tiendas, á los pies de los transeuntes y en las faldas de las mujeres que encontraba al paso. También fueron frente de la casa de Necker, y se amontonaban delante de los cuarteles de guardias francesas, diciéndolas que el Parlamento les había declarado ser su único ministerio la defensa de la patria, é insultaban á las patrullas; de modo que la del Gaí se vió obligada á matar á uno en la calle de Saint-Martin, y las guardias francesas á otro en el Palais, y otra de sus patrullas, viéndose mofada por la turba, tuvo que hacer fuego y usar de la bayoneta, de modo que hirieron á una multitud. Entonces las verduleras rompieron, tirando botellas y cacharros á las cabezas de la policía, y si no se hubiese tomado una medida pronta y severa enviando tropas y cañones al palenque del motín, no hubiera sido fácil calcular en qué hubiera parado aquel desorden, sin que nadie supiera lo que querían los que le habían armado.

Entre estas escenas, repetidas á diario, el Parlamento de

París proponía á principios de Octubre, y formulaba su deseo en una representaeión formal, que antes de la congregación de los Estados generales volviese á reunirse la Asamblea de los Notables, á fin de que deliberase si la convocatoria debía hacerse con arreglo á las fórmulas de 1614, en que se reunieron por última vez. Después de muchas discusiones así se acordó, y Fernán-Núñez, en su despacho del 7 de Noviembre, refería el acto de esta manera:

«El embajador de Nápoles y yo asistimos de oculto en la misma tribuna que el príncipe Enrique de Prusia, el cual había comido con S. M. el día antes en el palacio que ocupan las tías del rey. La Asamblea se reunió en Versalles el día 6, donde continuarán diariamente las seis salas nombradas para el examen de los cuatro puntos sobre que había de resolver, á fin de asegurar, como Necker dijo en su discurso, el acierto de la convocación de los Estados generales, que era el objeto de la reunión. El primer presidente, á pesar de su espíritu de conciliación, se mostró intransigente en sus principios, reclamando como una ley inalterable la práctica de los Estados generales de 1614. Esto hizo ver que, no obstante el decreto de S. M. en que desaprobaba este sistema, persistía en él este Cuerpo, y que sus miras particulares podrían aún inquietar y alterar la tranquilidad pública en perjuicio del fruto que pudiera esperarse con razón de una pronta y tranquila asamblea de los referidos Estados. El duque de Orleans se excusó de asistir á la comisión á que pertenecía en la Asamblea de los Notables, diciendo «que el haber dicho una vez su opinión, le había costado demasiado caro para ponerse otra vez en el caso de que le sucediese lo mismo.» Con este motivo se suscitó una disputa entre el arzobispo de Burdeos y el mariscal de Broglie sobre la presidencia de la Sala, cuya decisión no se atrevió á tomar sobre sí, dejándola al arbitrio de S. M. También se produjo alguna variedad de dictámenes al tratar si se había ó no de seguir estrictamente el método establecido por Mr. Necker para los asuntos que proponía. Se consultaron los antecedentes de

los Estados generales que se celebraron en Tours en 1455, de los de Orleans de 1560, y de los tres de Blois de 1576, 1589 y 1614, y como muchos se mostraron imbuídos de un espíritu muy conciliador, el acuerdo sobre el método de 1614 se hizo fácil tomarlo, sobre todo cuando el duque de Orleans, volviendo sobre su resolución, se hizo presente en todas sus sesiones, y la disputa de la presidencia la resolvió el rey, otorgándola al mariscal duque de Broglie.»

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN

# ESPAÑA FUERA DE ESPAÑA

## UN PROBLEMA DE MORAL Y DE HISTORIA

## LOS BORGIA

### LOS COMIENZOS DE ALEJANDRO VI (1)

Una publicación reciente, el *Diario* de Juan Burchard, capellán y maestro de ceremonias en el Vaticano, de 1483 á 1506, ha hecho que muchas personas, curiosas de las singularidades dramáticas de la historia, se vuelvan hacia una familia cuyo solo nombre evoca toda una serie de siniestras leyendas. Gracias á las notas diarias de ese eclesiástico, puédese ahora seguir, al detalle sus vidas íntimas, al Papa Alejandro VI Borgia y á su hijo César. La correspondencia de Antonio Justiniano, embajador de Venecia cerca de la corte de Roma, permite comprobar página por página una parte de la narración de Burchard; pero Justiniano, que era un fino diplomático de la escuela veneciana, muy hábil en el arte de observar los gestos y de escrutar las palabras, nos ha dejado además los principales elementos de una psicología de Alejandro VI; sus despachos, completados por la *Legación* de Maquiavelo,

(1) I. *Johanis Burchardi Argentinensis Diarium*, 1483-1506, edición Thuasne, París, Leroux.—II. *Dispaci di Antonio Giustinian, ambasciatore veneto in Roma*, 1502-1505, edición Villari. Florencia, Le Monnier.—III. Edoardo Alvisi, *Il Duca Valentino*. Imola, 1878.—IV. Gregorovius, *Gerchichte der Stadt Rom im Mittelalter*, t. VII, y *Lucrecia Borgia*.—C. Iriarte, *Los Borgia*.

nos dejan también penetrar, todo lo hondamente posible, en la tenebrosa conciencia de César. Estos dos hombres, que fueron durante algunos años el terror de Italia, y cuya obra, interrumpida por la misteriosa muerte del padre, dió todos sus funestos frutos en los Pontificados de Julio II, de León X, de Clemente VII, aparecen, pues, con su verdadera fisonomía en la complejidad de sus pasiones, de sus vicios y de sus ambiciones. Los vemos obrar, y nos enteramos de los motivos de sus actos; les oímos hablar, y, si mienten, sabemos qué interés les hace mentir. Sus caracteres se hallan en perfecto equilibrio con las condiciones de su poder; necesitaban esa doblez y esos accesos de vicio implacable para mantenerse en las vertiginosas cumbres á las que la fortuna les había alzado. Pero, ¿fué suficiente expiación de su grandeza sangrienta, para el padre, el espanto que le infundía su hijo y la angustia con que, á fines de su reinado, sentía venir la ruina de la empresa común; y, para César, la impotencia desesperada en la que la voluntad tenaz, ya de Venecia, ya de Francia, le encadenara en los momentos en que por fin creía realizar sus sueños, la monarquía de Italia y el derrumbamiento de todas sus esperanzas, en unas cuantas horas, cuando Alejandro murió? ¿Fueron uno y otro igualmente culpables para con Italia, la Iglesia y la cristiandad? ¿Se halla irrevocablemente concluso el proceso que la opinión de los eruditos y de las personas honradas formó á esta familia, y no autorizan una revisión de esta lamentable causa histórica los documentos precisos que todo el mundo puede leer ahora?

Yo creo que se puede volver á abrir el proceso criminal de los Borgia, á condición de aportar á este nuevo estudio la tranquilidad de espíritu y los escrúpulos de un juez. Aquéllos, desde Guichardín hasta una época muy reciente, no han provocado otra cosa que requisitorias apasionadas ó alegatos de abogados solicitando la indulgencia de la posteridad, desnaturalizando los hechos, exagerando las buenas intenciones, atenuando las malas, hasta alterando, en caso de necesidad, el

estado civil de los hijos de Alejandro VI. Hay que desconfiar de las iras oratorias de Guichardín, y más aún de la apología novelesca del padre Olivier ó de las falsificaciones históricas del doctor Nemeke. Los ensayos de justificación fundados sobre un conocimiento exacto de la historia, la *Lucrecia Borgia* de Gregorovius, el *César Borgia* de M. Alvisi, abundan en excelentes miras; pero conviene tener en cuenta la deliberada sistematización del libro, en el que la manera de presentar los hechos es á menudo paradógica. A la verdad, un testigo, absolutamente desprovisto de ingenio, un sacristán mediocre, egoísta, refractario á todo sentimiento delicado, tal como Juan Burchard, es una de las más útiles fuentes de información. Nos ofrece, como un espejo y un eco, todo lo que vió, todo lo que oyó en el transcurso de los tres terribles Pontificados de Sixto IV, Inocencio VIII y Alejandro VI; no hay hecho grave en su *Diario* que no se encuentre también, ya en las crónicas contemporáneas, ya en los despachos de los embajadores. Lo que le hace precioso es una desoladora carencia de sentido moral. Los críticos que suscitaron dudas sobre la autenticidad del *Diario*, rechazado como libelo calumnioso, olvidaban dos cosas: una, que la Iglesia misma había salvado de la destruccion los numerosos manuscritos del *Diario*, en favor de las descripciones precisas que contiene referentes al ceremonial de la capilla pontificia; la otra, que no hay en Buchard ni el más ligero asomo de invectiva, de malicia ó de odio. Cuando anota una infamia, se encuentra á cien leguas de pensar que es una infamia. La serenidad de este capellán es maravillosa. Una sola vez, en su vasta crónica, se sintió sincera y profundamente conmovido, y el dolor realzó por un instante la vulgaridad corriente de su latín. La cosa ocurrió algunas días después de la entrada de Carlos VIII en Roma; mientras que Burchard asistía á la misa pontificia de la Epifanía, no sé quién se atrevió á mandarle á su casa unos alojados franceses con sus caballos. Pusieron á la puerta, bajo una lluvia torrencial, las mulas del maestro de ceremonias vaticanas, los caba-

llos y los asnos. Al volver á su domicilio, vió el atentado en todo su horror; los caballos ultramontanos «se comían mi hierba, dice, *fenum meum consumebant*». Fué á ver á Carlos VIII, y planteó un asunto de Estado. El rey ordenó que los huéspedes de Burchard desalojasen la casa. El capellán recobró entonces la calma de su conciencia. «Los coloqué, escribe ingenuamente, en casa de los vecinos.»

Ciertamente, este hombre es incapaz de engañarnos conscientemente. No cuenta nada de que no esté muy seguro. No comenta jamás los hechos que relata. En dos ó tres ocasiones, se niega á informarnos de los dichos del rumor público, y nos informa netamente de su discreta resolución. Fuera del ritual de sus ceremonias, nada le interesa. Su horizonte es el más limitado del mundo, pero lo que en él percibe es tanto más claro y digno de crédito. Nunca sospechó que la Iglesia vacilaba, que la cristiandad estaba angustiada, que la política de Roma inquietaba á Europa. Bastábale que los cirios estuviesen convenientemente encendidos en el altar papal, y que el Papa no se pusiera una capa roja en vez de una capa violada. Tengamos, pues, á este pobre señor, cerca de nosotros, como un testigo perpetuo; solamente á él hemos de interrogar, puesto que ha de hacernos más revelaciones que todos los grandes personajes, con excepción del embajador Justiniano. Desde bastidores ha contemplado el drama entero, del que los otros no han visto más que un acto ó una escena.

## I

Antes de abordar la historia de los Borgia, es preciso desprenderse de un prejuicio y de un error que falsearían por completo el conocimiento de aquélla. El prejuicio consiste en imaginarse que Alejandro y César estuvieron fuera de las leyes comunes de la humanidad, que rebasaron por sus crímenes y sus vicios la medida de delincuencia permitida á fines del siglo XV y del siglo XV italiano. Las personas que buscan gus-

tosas los informes sobre el pasado en el teatro ó en la novela, no vacilan en atribuir de igual suerte á Lucrecia una especie de monstruosidad moral. Nos encontraríamos, pues, en presencia de un triple caso de teratología histórica. No tendríamos, ciertamente, que habérnoslas con locos, sino con seres excepcionales, en quienes la maldad se desencadenara con un furor increíble, sin otra razón que la voluptuosidad perversa del mal, el enfermizo gozo que dan las extravagancias grandiosas. Este punto de vista se presta grandemente á la elocuencia y al folleto declamatorio; es adecuado para seducir á los poetas; se les descubrirá fácilmente en los capítulos coloristas que Michelet escribio sobre los Borgia, y en ese cuadro de la Roma papal, sombrío, con sus ruinas llenas de bandidos, y las orgías dignas de Heliogábalo en el Vaticano; «en medio, un banquero rodeado de moros y judíos; era el Papa con su Lucrecia, que tenía las llaves de la Iglesia». La visión es impresionante, pero es á un mismo tiempo para los Borgia un excesivo honor y una real injuria. No veamos en ellos figuras extraordinarias, desmedidas, tales como fueron ciertos emperadores romanos. Nerón nos desconcierta por lo incoherente de su naturaleza, lo absurdo del mal que hace; los cristianos de su tiempo vieron en él al Antecristo, la Bestia infernal salida del pozo del abismo; supo mezclar, de una manera tan inesperada, la ferocidad, la lujuria, el gusto por las pompas colosales, los refinamientos y la ironía de un comediante lúgubre que, presentado por Tácito y Suetonio, su historia nos parece un insolente desafío lanzado á la razón humana. La talla de los Borgia está lejos de ser tan alta; no hay desacuerdo entre su vida de tiranos italianos y la política de su tiranía; no hay una de sus violencias que no explique fácilmente las necesidades de esa política; necesidades de un día, contradichas por las del día siguiente, que manifestaran nuevas violencias; política pequeña, egoísta y empírica, pero seguida, con ayuda de medios atroces, con una lógica y una clarividencia perfectas. Calígula nombró cónsul á su caballo favorito. Hay que ha-

cer al Papa Alejandro la justicia de reconocer que, si hizo sentar á unas cortesanas en torno del altar mayor de San Pedro un día de función pontifical, nunca puso el sombrero de cardenal á su caballo de caza.

El gran marco de la antigua Roma, que convenía tan bien á Calígula y á Nerón ó á ciertos Papas de la Edad Media, como Inocencio III y Bonifacio VIII, conviene igualmente, cierto es, á la extraña familia; pero ésta no le llena ya á la manera de aquellos amos del mundo, sea temporal, sea espiritual. Los Borgia son, el uno el rey del estado eclesiástico, el otro el duque de Romanía. Su campo de acción es solamente Italia; representan allí una tragedia, en la que no están comprendidos los destinos de Occidente; un Sforza, un Malatesta, un Aragón, hubiesen dado un espectáculo tan emocionante si les hubiesen entregado la hegemonía de la Península. Los príncipes italianos del siglo xv son verdaderamente los iguales de los Borgia, y éstos, puestos al lado de aquéllos, recobran sus proporciones justas. Su inmoralidad no es un juego de la naturaleza, sino la ley misma de la tiranía italiana. Después de Alejandro VI, Pedro Luis Farnesio, hijo de Pablo III, aventajó á veces en perversidad al mismo César Borgia; más adelante también, Carlos Caraffa, sobrino de Pablo IV, trastornó la Península con una política disparatada que César no hubiese practicado. ¿Estaban, pues, abolidos el pudor, la lealtad, la bondad, la noción del bien y del mal en aquellas almas soberbias, que llevaban el corazón de una civilización de primer orden y realzaban la corrupción de sus cortes con todo el esplendor del Renacimiento? No vacilo en contestar afirmativamente. En todas esas conciencias se encuentra la misma laguna. Pero la explicación del doloroso fenómeno moral se encuentra en el *Príncipe,* de Maquiavelo. La tiranía del siglo xv llevaba en pos de sí la fatalidad de su origen; era ilegítimo por su mismo punto de partida, por el atentado del *príncipe nuevo* contra las libertades comunales ó los poderes feudales; el pontificado, aunque era poder secular, había sufrido el contagio

desde hacía más de cien años; se había visto condenado á luchar hasta el exterminio contra las grandes familias feudales de Roma, y á arrojar como pasto á los sobrinos pontificios las propiedades de los barones. A partir de Sixto IV, la misma Italia, de pariente en pariente, se convertía en presa del nepotismo. Ahora bien; como todos esos príncipes, cuya casa se fundó por la violencia y no subsiste sino por el crimen, los Papas del Renacimiento hubieron de recurrir, para asegurar sus ambiciones, á una política implacable, mezcla de doblez y de crueldad; como aquéllos, tuvieron que aplastar sin merced á sus enemigos interiores, á los condes y las villas, á los condotieros indóciles y á los cardenales demasiado poderosos, á los frailes que quieren traer á la tierra las libertades del reino de Dios, hasta á los humanistas, que hablan demasiado alto de la libre república de Tito Livio. En aquella época había que ser, á un mismo tiempo, zorro y león—dice Maquiavelo—en el interior, para esperar un día nuevo; fuera, en sus fronteras, entre sus aliados, entre sus rivales, los tiranos italianos, y el Papa, como todos ellos, tienen que defenderse contra la conspiración permanente, la intriga cerca de los soberanos de Occidente, la violación de los tratados, las tramas de los desterrados, de los *fuorusciti,* que preparan su vuelta por el regicidio á la revuelta popular. No hay príncipe que no tenga en contra suya á todos sus vecinos inmediatos, y, para apoyar secretamente la política de sus enemigos, á alguna de las potencias de Europa; si éstas, ocupadas en otros asuntos, permanecen neutrales, siempre queda Venecia, república patricia, que odia por igual á todos esos tiranos, y cuya mano se siente en todos los desastres que los abruman. Por esto, para durar, no tienen más que un recurso, el terror y el perjurio. Los Médicis, que por largo tiempo fueron más humanos que los otros, viéronse agredidos por unos sectarios en plena iglesia, y desposeídos; volvieron en 1512 á Florencia, después de haber aterrorizado la Toscana con la matanza de Prato. Los Borgia fueron de ese mundo que no conocía ni dulzura, ni escrúpu-

los, ni remordimiento; hicieron esa guerra salvaje que no conoció el derecho de gentes. Hoy asombran á la conciencia moderna. Pero en la Italia de aquella época, «la hospedería del dolor», que ya Dante había cantado, no constituyeron ni una decepción ni una sorpresa.

El prejuicio que acabo de señalar se complica todavía, por lo que respecta á los Borgia, con una idea histórica que hay que rectificar, para no considerar la figura y la obra de esos personajes con una especie de cristal de aumento. Alejandro VI, dicen, era Papa: luego lo que arrastró en la complicidad de su política fué la Iglesia romana, la Iglesia cristiana, cuyo honor comprometió con su vida; el cristianismo, del que era responsable, tanto frente á la historia como ante Dios, y del que él y los suyos renegaron impúdicamente.

Esta noción ha preocupado de diferente manera á un cierto número de historiadoros. Los unos la han empleado para ensombrecer más el cuadro de ese pontificado, agravando así la culpabilidad de la familia con todo el peso de una verdadera apostasía. Otros, persuadidos de que la gracia divina no pudo ser impotente hasta tal punto, han protestado, han imaginado no sé qué conspiración de calumniadores; ligados contra los Borgia, ó más bien contra la Iglesia, han puesto en entredicho la leyenda introducida en el seno de la historia, declarando apócrifas y falsas las declaraciones de los testigos y las relaciones de los cronistas, en primera línea la del capellán Burchard, que no había sido cotejada con los informes ó los documentos diplomáticos de los contemporáneos. La opinión que, en Alejandro VI, pone en primer término al pontífice y al pastor de almas, ha servido, pues, á la vez para redoblar la severidad de algunos de sus juicios, para excitar el celo de sus abogados. Pero esta opinión está contradicha por la realidad histórica. Hacía mucho tiempo que la Iglesia, y por la Iglesia la religión de todo el mundo cristiano, había encarnado en el pontificado. En los peores siglos de la Edad Media, en los tiempos en que los papas se veían casi todos ellos expulsados

de Roma por el pueblo, los barones ó los emperadores, los pontífices aun desterrados, reemplazados por antipapas, mantuvieron con mano soberana la regla de la fe universal. Las herejías, las filosofías, las infracciones á la disciplina eclesiástica, las empresas de los príncipes, todos los intereses que de cerca ó de lejos afectaban al cristianismo, habían constantemente dado origen á un concilio de Letrán, á una decisión del Papa, á un acto solemne de la autoridad apostólica. Nada se hacía ó se decía en Occidente que no recibiese la aprobación ó la censura de Roma. Italia y Europa combatían de mil maneras la soberanía del patrimonio de San Pedro, pero siempre se inclinaban temblando cuando el obispo de Roma hablaba en nombre de Dios. Las frentes rebeldes que no se doblegaron, recibieron golpes terribles: el emperador Enrique IV, Arnoldo de Brescia, Federico II, el rey Manfredo. La función política del Papa, precaria y sin cesar, suspendida en Roma y en el dominio eclesiástico, indecisa y discutida en el resto de Italia, excepto en los momentos de las ligas comunales contra el Imperio, era, cuando obraba de lejos, de una grandeza incomparable. Cuando el Papa se volvía hacia el emperador, el rey de Francia ó Tierra Santa mostraba en su gesto y en su palabra todo el poder sobrehumano del sacerdocio. Estos fueron los tiempos heroicos del pontificado romano, que se detuvieron bruscamente después de Bonifacio VIII. Por el atentado de Felipe el Hermoso, los príncipes empezaron por anular el derecho de la Iglesia á intervenir en los asuntos religiosos de Europa. El destierro de Aviñón fué una decadencia, tanto para la Iglesia como para su jefe. El Papa perdió entonces el prestigio de ese episcopado ecuménico que solamente Roma podía contener; fuera de Roma, capital espiritual y política del mundo, no parece ya á los hombres de la Edad Media sino un arzobispo francés. La Iglesia, protegida y vigilada por el rey de Francia, no fué ya, como en otro tiempo, la suprema autoridad moral, más alta que todos los reyes, y que en la miseria misma de su sede de Roma daba á todos la ley. Sus

decisiones doctrinales, no promulgadas en Letrán, no fueron ya sino la obra impotente de una iglesia nacional. La cadena que, por el Papa, unía á la Iglesia con Dios, apareció rota en su anillo esencial. Este es el sentimiento de los grandes cristianos y de los políticos de Italia en el siglo xv: Dante, Petrarca, Santa Catalina de Sena. El Papa volvió á Roma; pero á causa del horrible cisma de Occidente, no fué ya capaz de recobrar toda su primacía apostólica. Europa se preguntó, durante más de medio siglo, en dónde estaban la Iglesia y el Papa verdaderos, y solamente los concilios de Constanza y Basilea pudieron impedir el fraccionamiento de la cristiandad en iglesias independientes. Pero estos mismos concilios aportaron un nuevo aminoramiento en el poder religioso de la Santa Sede. Atribuyeron al episcopado la supremacía doctrinal y el derecho de disciplina, que fueron anteriormente á esta perturbación la fuerza del pontífice romano; constituyeron teóricamente la Iglesia en monarquía parlamentaria. A cada elección, el Papa hubo de jurar en manos de sus cardenales las capitulaciones, por las que abdicaba en favor del sacro colegio las mayores prerrogativas del gobierno eclesiástico. Al día siguiente olvidaba sus juramentos, y se esforzaba en volver á la plenitud de sus antiguos poderes. Todos los Papas de la segunda mitad del siglo xv rompieron la carta pontificia. Este acto de mala fe no tuvo para ninguno de ellos graves consecuencias. Los cardenales italianos se cuidaban medianamente de los intereses de la Iglesia universal; cada uno de ellos, soñando con la tiara, veía sin desagrado una usurpación que tendía, no á realzar el poder espiritual de su soberano, sino á consolidar en su persona una realidad de la que los grandes Papas de otros tiempos no habían conocido nunca sino la sombra, el principado eclesiástico, el reino temporal de Roma.

Ahora bien: durante los ciento cincuenta años que van del cautiverio de Aviñón al pontificado de Pío II, el régimen político y social de Italia había cambiado de arriba abajo. La tiranía había reemplazado á las comunas. Las provincias, de

bueno ó mal grado, se habían constituído en principados. Milán pertenecía á los Visconti; después, á los Sforza; Florencia se había acomodado al régimen indeciso del primer Médicis; el reino de las Dos Sicilias era, con los Aragones, una monarquía cortada por el patrón de las monarquías europeas; había tiranos en Bolonia, en Ferrara, en Rímini, en Perusa, en cada una de las ciudades de la Romania, en cada torre feudal, por decirlo así; pero aquí, el barón ó el duque no esperaba ya nada de la fidelidad de sus súbditos de quienes era el déspota; no reconocía sobre él á ningún soberano. Para el pontífice romano fué de una inexorable necesidad adaptarse á ese medio, buscar condiciones de vida semejantes á las de los otros poderes italianos. Había pasado el tiempo de la política nacional de Inocente III y de Bonifacio VIII, la hegemonía de las ciudades güelfas; ya no había ni güelfas ni ciudades; la quimera de una Iglesia libre, pero privada de un dominio independiente, en el seno de una Italia principesca, era insostenible; el Papado hubiera sido confiscado por los Aragones ó los Médicis, como lo fué en el siglo x por los barones de Tusculum ó por los emperadores. El único partido que podían tomar los papas era el de ser tiranos con el mismo título que todos los demás; más grave era su decadencia religiosa; más apremiante era la obligación de hacer una importante figura en la Península, á fin de adquirir por la diplomacia una situación análoga á la que disfrutaron en el tiempo de su dominio místico sobre el mundo. En cuanto se sintieron libres del lado de la cristiandad por el final del cisma, la clausura de los concilios, la represión de las herejías de Huss y de Wicleff; los papas del siglo xv se dedicaron á edificar su grandeza temporal. Los últimos restos de la autonomía comunal de Roma desaparecen bajo Martín V, anteriormente á 1450. Nicolás V, Calixto III, primer Papa Borgia, Pío II, Pablo II, son reyes de Roma indiscutibles; pero su soberanía es aún vacilante en el Patrimonio, en donde las antiguas familias conservan en sus feudos toda la indisciplina feudal. De otra parte, estos pontí-

fices, ejerciendo el mecenado, protegiendo á los humanistas y á los artistas, toman parte en la civilización principesca del Renacimiento; mas para ellos, acoger el Renacimiento, es decir, el espíritu de crítica y las letras paganas, era dar testimonio una vez más de su abandono del papel teológico sostenido por el antiguo pontificado. El reinado de Pío II, que comprende de 1458 á 1464, marca el último término de esta crisis histórica de la Iglesia romana. Algunos años antes, Eugenio IV había tratado, no sin grandeza, de reconciliar la Iglesia de Oriente con la fe latina; su tentativa fracasó. Pero Nicolás V, cuatro años antes de la elección de Pío II, fué elegido árbitro por toda Italia, y presidió la firma de una tregua de veinticinco años entre Roma, Nápoles, Florencia, Milán y Venecia. Con este Papa, la Santa Sede fué durante algunos días y por primera vez el punto de equilibrio de la Península. Después Calixto III, volviendo, pero demasiado tarde, á la tradición puramente eclesiástica, se consagró con un ardor completamente español á la cruzada contra los turcos; murió, convencido de la impotencia política en materia religiosa. Pío II reanudó el proyecto de cruzada; quiso restablecer la primacía de Roma sobre las Iglesias nacionales. Luis XI le concedió la abolición de la *Pragmática* de Brujas; pero el Parlamento y la Universidad ayudaron al rey á observarla á despecho del Papa. En cuanto á la cruzada, este Papa amable gastó en prepararla las últimas fuerzas de su vida. En Ancona, á la hora de la muerte, suplicaba llorando á su amigo Bessarión que llevase á Roma sus restos mortales. Habíase engañado al ir solo á orillas de aquel mar, en el camino de Jerusalem, que los cristianos habían olvidado. A Roma enviaba su último pensamiento, á la capital temporal de la monarquía pontificia, al recuerdo de las letras antiguas, á la civilización secular, cuya dirección iba á compartir con Florencia el pontificado durante más de medio siglo, después de haber empezado por cerrar tranquilamente el Evangelio.

Ahora bien: al mismo tiempo en que una gran crisis social

obligaba al pontificado á retirarse del gobierno ecuménico del mundo para encerrarse en una monarquía italiana, el Occidente empezaba una evolución histórica análoga á la de Italia, y salía del marco vago de la antigua cristiandad para entrar en las formas defrinidas de las nacionalidades europeas. La acentuada decadencia del Imperio, el debilitamiento del poder espiritual de los papas, fueron á la vez efectos y causas en esta renovación de las condiciones políticas de Europa. Los pueblos adquirieron clara conciencia de su vida nacional cuando el sentido de la vida general bajó en los dos soberanos místicos de la humanidad; el Papa y el Emperador vieron cómo su poder universal perdía todo el terreno ganado por la autonomía individual de las naciones. La mayoría política de éstas hizo caduca la tutela social de sus antiguos patronos. Las naciones, á medida que se reconocían dueñas de sí mismas, se encerraban en fronteras más precisas; la familia cristiana se fraccionaba en familias particulares, prestas á combatirse unas á otras; la autoridad pontificia se detenía en cada una de estas fronteras y no las traspasaba sino á condición de atenerse al derecho público de la nación; el Pontífice parecía cada vez más un príncipe secular como los otros, y los reyes de Europa mostrábanse dispuestos á tratarle como á un príncipe extranjero, y, la ocasión llegada, como á un enemigo.

Este período original de la historia de la Iglesia en que los papas no tuvieron nada de apostólico, se abrió en el reinado de Pío II, gran señor de espíritu ligero, completamente ocupado en asuntos de estatuas griegas y de fiestas carnavalescas. Terminó en 1527 con una catástrofe inaudita, el saqueo de Roma, el cautiverio de Clemente VII en el castillo del Santo Angel, la humillación del Pontífice á los pies de Carlos V. La tiranía eclesiástica perdió entonces su valor político en Italia, su importancia diplomática en Europa. Pero en ruina, como lo había sido en grandeza, fué arrastrada en el movimiento general de la Península. Con Milán y Nápoles, el emperador disponía de toda Italia; lo que quedaba de príncipes en Florencia, en

Ferrara, en Mantua, dependía estrechamente del extranjero. El pontificado romano, desposeído de su acción temporal, empezó entonces una evolución muy bella hacia las tradiciones de su pasado. Los papas comprendieron que la Iglesia, decaída políticamente, debía recobrar el ascendiente religioso que fué su fuerza en los tiempos en que tan débil era con su dominio terrestre. Pablo III Farnesio, que había crecido en la corrupción de Roma, bajo Alejandro VI reunió el concilio de Trento. La Iglesia ecuménica devolvió á su jefe la autoridad doctrinal que Constanza y Basilea mermaron; le entregó un derecho de disciplina tan riguroso como nunca lo tuvo la Santa Sede. Pero cuando, bajo Pablo IV, pretendieron los Caraffa restaurar el poder temporal, cuya caída vió Clemente VII; cuando el sobrino del Papa, el cardenal Carlo, quiso recomenzar la tragedia de los Borgia y hacer que Francia y España viniesen á las manos en Italia en beneficio de la Santa Sede, se observó hasta qué punto faltaba la escena á los actores; Roma y la Iglesia, que permitieron todo á los Borgia, se alzaron contra los insensatos cuya política tenía sesenta años de retraso; muerto Pablo IV, el pueblo arrojó al Tíber la estatua del Pontífice, y el Sacro Colegio hizo estrangular al cardenal sobrino. La Iglesia romana, tan sorda durante tanto tiempo á los gritos de la cristiandad, pedía al fin en alta voz la reforma, cuyo sólo nombre hiciera sonreir á León X. Pío IV volvió á convocar el concilio, y San Pío V, un fraile, un inquisidor, acabó de reconstituir el sacerdocio, persiguió la herejía con la inflexibilidad dogmática de un Inocente III, y fue lo suficiente fuerte, como obispo universal, para lanzar por última vez, en la cruzada de Lepanto, á la Europa cristiana contra el islamismo. El rebaño apostólico había vuelto á hallar á su pastor; la Iglesia, ayudada por la milicia de Jesús, recobró, bajo Sixto V, su papel religioso en la política general de Occidente. No era ya en Italia sino un principado débil, é Italia no era más que un gran feudo de España.

Acabo de esbozar las condiciones morales y políticas en

que la historia del siglo xv italiano puso á los Borgia. No juzgaremos á estos hombres, ni como un accidente ni como una excepción; ni su conciencia ni su política eran una novedad; estos *virtuosos* lanzaron notas violentas, pero ni una sola nota falsa en el concierto del Renacimiento. No se trata aquí de disminuir, con una benevolencia paradógica, su responsabilidad histórica, sino de medirla equitativamente. He tenido que empezar por colocarlos en el punto de vista justo, en la verdadera luz que les conviene, sacándolos del claro-oscuro poético en que sus figuras estaban como formidables fantasmas. Una vez apartado el prejuicio novelesco, podemos abordar mucho más de cerca la verdadera historia de los Borgia.

## II

Italia, decía un Papa del siglo xvi, es una lira de cuatro cuerdas, que son Roma, Nápoles, Florencia y Milán. Las cuatro cuerdas entuvieron un día á tono; después de Nicolás V rompióse la armonía; la federación italiana parecía una quimera. Cada vez que una de las grandes fuerzas, Milán, Florencia ó Venecia, se ofrecía como el núcleo de un sistema de alianzas con los tiranos de segundo ó de tercer orden, Ferrara, Bolonia ó Siena, Rímini, Imola, Urbino, Mantua ó Plombino, todo el resto de Italia se inquietaba; alzábase un clamor que denunciaba la traición urdida contra las libertades de la Península y el establecimiento proyectado de la «monarquía única». Esta pesadilla se había apoderado de todos los espíritus; es bien singular que la idea de una monarquía italiana perturbara de tal modo á sus tiranos, los condotieros, los humanistas, en un tiempo en que el sentimiento de la patria italiana era el más extraño á todas las conciencias. Cada uno de los grandes tiranos era sospechoso á su vez; los Sforza y los Aragones se lanzaban, á fines del siglo xv, la misma acusación. Cuando Ludovico el moro llamó á Carlos VIII, nadie dudó de que tuviera el designio de reinar en la Península. A

Venecia era á la que más comúnmente se temía, aunque no tuviese sino un punto territorial de apoyo muy débil; pero era rica, y, por su diplomacia, muy fuerte en los consejos de Europa. Grichardin afirma que Cosme de Médicis, al ayudar á Francisco Sforza á ser el tirano de Milán, «salvó la libertad de toda Italia, con la que Venecia hubiese concluído». El mismo historiador escribió esta máxima, que explica bien el prejuicio italiano contra Venecia: «La república no concede la libertad sino á sus ciudadanos limpios.» Con Venecia no se trataba de fraternidad política, sino de vasallaje. Un tratado concertado entre los tiranos y Venecia, dueña de la hegemonía italiana, hubiera sido la ruina del principado. Unicamente entre potencias semejantes, ligadas por la comunidad de régimen y de intereses, puede establecerse un concordato equitativo. Roma y Venecia, en donde el poder era electivo; la sociedad aristocrática, las tradiciones de gobierno muy fijas, tenían una con otra estrechas afinidades, y nada temía Italia tanto como el buen acuerdo de aquéllas. El sentido muy práctico, con la añadidura de egoísmo de Venecia, apartó frecuentemente este peligro, y cuando, en las postrimerías de Alejandro VI, la tiranía eclesiástica estuvo á punto de extinguirse en la mayor parte de la Península, Italia angustiada se volvió á Venecia, y esperó un instante de la república la salvación del principado.

Sixto IV, veinte años antes del segundo Papa Borgia, mostró lo que la Santa Sede pretendía ser en adelante, no solamente el árbitro, sino el patrono de todos los Estados italianos, y la nueva manera por la que se atrevería á buscar esta preponderancia. Este fraile franciscano, hijo de un batelero de Savona, hombre sabio, inauguró una política absolutamente desprovista de principios, arrebatada como en un torbellino, sin día siguiente, pero cuyas contradicciones y violencias deberán concurrir á un plan riguroso, tenazmente seguido para la exclusiva grandeza, no de la Iglesia romana, sino de la familia pontificia. El método insolente de los Bor-

gia, la caza á las alianzas italianas y el abandono cínico de los aliados de la víspera, fué inventado por los Rovero y el cardenal Rodrigo Borgia, que vendió su voto y su crédito en el cónclave, cuando la elección de Sixto IV, recibió de este Papa, en recompensa del servicio, una edificante educación política. Vióse entonces, en torno de Roma y contra Roma, formarse y deshacerse las ligas con vertiginosa rapidez: Milán, Florencia y Venecia, Nápoles, Ferrara, Urbino, Rímini, Bolonia, se constituían, á una señal del Pontífice, en grupos que la traición renovaba incesantemente. Sixto IV traicionaba á todo el mundo, y Venecia traicionaba del mejor grado á Sixto IV. Este, sorprendido en 1484 por una perfidia más inesperada de la república Serenísima, se encolerizó tanto, que, enfermo de fiebre, murió á los dos días.

Pero esta política incoherente servía á la pasión dominante de Sixto IV, el establecimiento de sus sobrinos, los Rovero y los Riario. El nepotismo no era una novedad en la historia de la Santa Sede; los papas, á medida que se engrandecían como príncipes temporales, se iban apoyando cada vez más en la familia; pero nunca hasta entonces habían pretendido fundar, para sus sobrinos, un poder territorial. Pío II llamó á Roma á todos los Piccolomini, sus parientes, y á todos sus amigos sieneses; prodigóles las dignidades eclesiásticas ó seculares, algunos feudos sin importancia, los cargos de la corte romana, y no olvidó ni á Santa Catalina, su compatriota, á la que canonizó. Este nepotismo era inocente. Con Sixto IV fué un bandidaje. A los cinco sobrinos cardenales: á Pietro Riario, que pasaba por hijo suyo; á Juliano Rovero, el futuro Julio II, entregó la Iglesia. Pietro, que todavía la víspera era hermano menor de San Francisco, fué hecho de un solo golpe patriarca de Constantinopla, arzobispo de Florencia, de Sevilla y de Menda, y lleno de ricos beneficios. En dos años, sus favoritos, sus caballos, sus comediantes y sus poetas devoraron todo, y Pietro, lleno de deudas, murió de agotamiento. Pocas semanas antes de su muerte, concibió un proyecto extraordinario, para el que

solicitó la complicidad de Galeas María Sforza; tratábase, con ayuda del tirano, convertido en rey de Lombardía, en arrancar al tío la abdicación y apoderarse de su tiara; esto era una locura, pero siempre quedó algo de ello en la tradición del nepotismo pontifical, y César Borgia juzgará tal vez que esta idea no era del todo mala. El Papa lloró al traidor y puso toda su ternura en su hermano Guirolamo Riario, exescribiente de la aduana de Savona. Compró para él Imola á Tadeo Manfredi, y le casó con una hija de Galeas Sforza, Catalina. Después pidió para Juan Rovero, hermano de Juliano, la mano de una hija de Federico de Urbino; dió á este sobrino Sinigaglia y Mondovi, tierras de la Iglesia. Pero Sixto IV tenía ambiciones más altas todavía, y puso sus ojos en la Toscana. En Florencia, los dos hermanos Médicis, Lorenzo y Juliano, gobernaban con dulzura, como lo había hecho Cosme, por la opinión más bien que por su poder bien definido. Tenían contra ellos un partido, los Pazzi; el Papa se puso en relaciones con los jefes de la facción, y en el mismo Vaticano se preparó el asesinato de los Médicis. El arzobispo de Pisa, Salviati, era el alma de la conspiración; y en torno suyo hay, entre otros conjurados, dos sacerdotes y un condotiero del Papa. Los asesinos debían obrar en la catedral, en el momento de la elevación. El cardenal sobrino, Rafael Riario, un niño de diez y siete años, estaba cerca del altar, con sotana roja. Juliano fué muerto en el acto. Lorenzo pudo huir y parapetarse en la sacristía. Florencia se levantó al grito de *¡Palle, Palle!* El pueblo colgó á Salviati, echándole la estola al cuello, de una ventana de la Señoría; Riario, temblando, pidió gracia. Le perdonaron por piedad hacia su juventud; conservó, dice un contemporáneo, el rostro lívido toda la vida. La conspiración había fallado. Sixto IV excomulgó á Lorenzo, y puso la ciudad en entredicho. El pueblo obligó á sus sacerdotes á celebrar la misa. El clero se reunió en sínodo y pidió el concilio. Apelar del Papa á la Iglesia era un nuevo delito. Sixto IV arrojó sobre la Toscana á sus aliados, Alfonso de Aragón y Federico de Urbino.

Cuando hizo la paz con la noble ciudad, los primeros ciudadanos de Florencia tuvieron que arrodillarse á los pies del Papa, ante la puerta cerrada de San Pedro, al canto del *Miserere*. Golpeó á cada uno de ellos con la varita simbólica de los confesores, y les perdonó como padre de misericordia.

Había que renunciar á la Toscana, cuya independencia se había convertido, al día siguiente del regicidio, en una causa nacional para Italia. Sixto IV pudo dar todavía Forti á Jirolamo; buscaba el medio de conquistar ó de comprar Faenza, Rávena, Rímini. La guerra contra Ferrara, en 1481, había de constituir un bello ducado de Italia Oriental. Pero los príncipes se agruparon también en torno de Ferrara, como lo habían hecho en torno de Florencia. La Península se mostraba decididamente rebelde al nepotismo de los roveros. Lo más sencillo, por lo tanto, era apoderarse de los feudos de los súbditos directos de la Iglesia. Sixto IV lanzó á los Orsini contra los Colonna y los Savelli. Comenzóse por la guerra civil en Roma; el barrio de los Colonna fué asaltado, incendiado; el palacio del Quirinal, no obstante la promesa del Papa á sus cardenales, fué saqueado bajo la dirección del sobrino Jirolamo; al protonotario Lorenzo le sacaron ensangrentado de su casa y le encerraron en el Santo Angel. Después, los pontificales marcharon contra los Colonna del Lacio. El Papa, á quien interesaba mucho la invención de la artillería, bendijo los cañones en San Juan de Letrán. Jirolamo prendió fuego á la campiña de Roma. Fabricio Colonna, para salvar la cabeza de su hermano Lorenzo, negociaba entonces con Sixto IV; éste pidió la ciudadela de Marino, que le fué entregada el 25 de Junio. El 30, al amanecer, condujeron á Lorenzo al patio interior del Santo Ángel y le leyeron la sentencia de muerte. No pronunció ni un ruego ni una queja, y puso tranquilamente su cabeza en el tajo. Luego fué llevado el cuerpo á la iglesia de los Santos Apóstoles, la iglesia de los Colonna. La madre, vestida de luto, esperaba en el pórtico, rodeada de los patricios de su familia; hizo abrir el féretro, cogió por los cabellos la cabeza de su hijo, y,

alzándola, dijo: «Mirad, he aquí la cabeza de mi hijo y la buena fe del Papa Sixto.»

El 12 de Agosto de 1484 escribía el capellán Burchard: «Hoy, á las cinco de la mañana, ha muerto nuestro santísimo padre en Jesucristo y señor, Sixto IV, Papa por la Divina Providencia; que Dios se digne recibir su alma con piedad. Amén.» Hay que leer en el cronista del Vaticano la relación de estos asombrosos funerales. La habitación del Papa fué saqueada en un abrir y cerrar de ojos por los criados y los prelados. Tuvieron que llevar al muerto envuelto en su manta y en un tapiz arrancado á la puerta de su cuarto. Le pusieron desnudo sobre una mesa de la sala del *Papagallo* para lavarle. Burchard no encontró ni jofaina ni lebrillo; «por fin, el cocinero trajo la artesa que servía para lavar la vajilla con agua caliente, y el barbero Andrés envió una jofaina de su tienda; lavamos el cuerpo del Pontífice, y, como no teníamos toalla para secarle, desgarré la camisa con que había muerto y me serví de ella... Le vestimos sin camisa, con una sotana y un par de zapatillas dadas por el obispo de Cervia». Le revistieron con ornamentos que encontraron al azar, con una casulla vieja; pero no pudieron dar con roquete ni con cruz pectoral; necesitáronse cinco ó seis horas para obtener una veintena de cirios; solamente ocho cardenales siguieron la procesión fúnebre del palacio á San Pedro. Apresuráronse á regresar á sus moradas. La persona del Papa no era ya sagrada; la perversidad de la tiranía había borrado de su frente el signo del sacerdocio. El sentimiento popular, como el de la Iglesia misma, no reconocía ya en él al legado de Dios.

No había bajado aún Sixto IV á las tumbas del Vaticano, cuando el pueblo romano, sublevado contra los sobrinos, quemaba sus palacios, mientras que las facciones Orsini y Colonna se mataban en las calles, y los cardenales y los nobles parapetaban la entrada de sus casas. Roma atravesó días horribles hasta la elección de Inocente VIII. Este Papa, genovés también, fué elegido, como su predecesor, gracias á una escan-

dalosa simonía. Borgia había esperado la tiara para esta vez; contó los votos de sus partidarios, y, juzgándolos poco numerosos, los vendió, incluso el suyo, al cardenal Cibo. La elección fué dirigida por Juliano de la Rávena, que iba á ser durante dos pontificados el personaje más poderoso y más peligroso del sacro colegio. Inocente VIII se apresuró á reanudar, en la política italiana, el juego de las alianzas inaugurado por Sixto; con Génova y Venecia, sostuvo la sublevación de los barones napolitanos contra los Aragones aliados de Florencia y de Milán; amenazó á Fernando con la restauración de una dinastía francesa. Los Orsini pasaron al rey de las Dos Sicilias, los Colonna y los Savelli al Papa; la guerra civil volvió á encenderse en Roma y la campiña romana. El Papa, temiendo la entrada de Virginio Orsini, llamó, para armarlos, á los asesinos expulsados por Pablo II y Sixto IV, y lanzó sobre la ciudad á los peores bandidos de toda Italia. Venecia se apresuró á denunciar la alianza, y negó su contingente. Alfonso de Calabria se apoderó del Lacio. Cuando el hambre se enseñoreó de Roma y hubo ardido todo fuera de murallas hasta las montañas latinas, el Pontífice hizo la paz: abandonaba, sin remordimiento alguno, á los barones del Mediodía al furor de su señor, que los atrajo á un lazo y los hizo degollar en masa. La política guerrera le sabía mal á Inocente. Era un príncipe tímido; su hijo Franceschetto y sus sobrinos tenían un alma de usureros mediocre y codiciosa; no pensaban más que en enriquecerse pronto; y, como Roma seguía rebosando de espadachines y vagabundos, idearon una tarifa para los asesinatos y abonos que aseguraban la tranquilidad de los criminales. Franceschetto cobraba 150 ducados por asesinato. En 1490, el Padre Santo estuvo á punto de morir. Su hijo puso mano en el tesoro de la Iglesia, y solamente la intervención de los cardenales le impidió llevárselo á Toscana. Cuidábase muy poco de su principado en Italia. Su padre, á fin de establecerse en Romanía, hizo apuñalar bien inútilmente al sobrino de Sixto IV, Girolano Riario, tirano de Forti y de Imola. Ca-

talina Sforza, la viuda, hizo tirar por una ventana el cadáver desnudo de su marido; encerróse en la ciudadela de Forti y la defendió contra el populacho para su hijo Octavio, hasta la llegada de los socorros de Bentivoglio y de Juan Galeas. Franceschetto hubo de contentarse con una buena boda en la familia del primer banquero de Italia, Lorenzo el Magnífico.

Entre Sixto IV y Alejandro VI, este Pontificado, del que abortaron todas las empresas, parece miserable. Con Inocencio VIII ha desaparecido toda dignidad, todo pudor, no solamente en el Pontífice, sino también en el seno del Sacro Colegio y de la Iglesia. Lorenzo de Médicis, al enviar á Roma á su hijo, el cardenal Juan, de diez y siete años de edad, decía al futuro León X: «Vas á la sentina de todos los vicios, y te costará trabajo mantenerte decentemente.» Los contemporáneos vieron con estupor que el Papa reconocía abiertamente á sus hijos, como lo hubiese hecho un Esforza. Por lo menos, Sixto IV dejaba pasar á Girolano por sobrino suyo. Cuando el sultán Balgaceto hubo confiado á Inocente, mediante una pensión de 40.000 ducados, la custodia de su hermano Djam, asombró que el príncipe musulmán, hijo de Mahomet II, se albergase, con sus jenízaros y sus músicos, en el palacio apostólico. Pareció á las buenas gentes de Roma que sobre San Pedro se alzaba la media luna al lado de la cruz. Como el principado eclesiástico se había convertido en objeto de una insolente subasta, cada cardenal tenía perfecto derecho á esperarlo todo del próximo cónclave. Encerrados en sus palacios fortificados, provistos de torres, cuyos pórticos y logias interiores abrigaban á veces un pequeño ejército, con su artillería, rodeados de sus hombres de armas, de sus cientos de criados, de sus *bravi*, renovaban, á fines del siglo xv, los recuerdos dejados por el feudalismo romano en lo peor de la Edad Media. Salían á caballo, con la espada al cinto, cubiertos con una armadura, rodeados de sus sobrinos, de sus clientes, de sus espadachines. Extendían su influencia en Roma por los peores medios: sostenían, bajo los pórticos de sus palacios, multitu-

des de desarrapados dispuestos á todos los golpes de mano; protegían, por el derecho de asilo, á los bandidos que se refugiaban cerca de ellos; impedían en sus distritos la ejecución de la justicia pontificia. Los cardenales Sarelli y Colonna tenían que enviar de noche tropas contra las gentes del cardenal La Ballue, que libertaron á unos criminales y, ante los ojos de su amo, rompieron los pergaminos judiciales é hirieron al verdugo del Papa. En las fiestas del Carnaval, que empezaban en Navidad, veíanse pasar á través de Roma las cabalgatas, los carros alegóricos, llenos de músicos y de histriones, blasonados con las armas de los cardenales, quienes, con el esplendor de sus locuras, complacían la antigua pasión de los romanos por los espectáculos magníficos y gratuitos. Este lujo costaba muy caro, y los príncipes de la Iglesia, rebosantes de beneficios y hechos á la simonía, perdían también al juego recursos poco canónicos. Jugaban, pues, pero remediando con mano suave los malos golpes de la fortuna. Una noche, el cardenal Riario ganó 14.000 ducados de oro á Franceschetto; éste se quejó á su padre, quien condenó á restitución al harto feliz jugador, pero los ducados de oro estaban ya gastados.

EMILE GEBHART

*(Continuará.)*

# EL SUPLICIO DEL SILENCIO

NOVELA POR

## FEDERICO SPIELHAGEN

Traducción del alemán de

**EDUARDO OVEJERO**

---

### CAPÍTULO II

Eran las primeras horas de la tarde, en el campo, una semana después de la vuelta de Ulrico á su casa. Herta estaba sentada á la ventana, abierta, de su cuarto, cosiendo con ardor, dirigiendo sólo de vez en cuando una rápida ojeada á la plazoleta de delante de su casa siempre que sonaba algún ruido: ya el golpe de la bomba, movida por una cocinera, ya el crujir de un carro cargado de paja que doblaba la esquina, ó el malhumorado gruñir de Tiro, á cuya caseta se acercaba algun gato.

En aquel momento ladró Tiro. En la puerta principal, frente á la casa, había aparecido un cochecillo abierto, que avanzó al trote corto de sus robnstas yeguas, por la alameda de viejos tilos, y cruzando la plazoleta, subía la rampa y se detuvo ante el portal. Herta había hecho una inclinación de cabeza al hombrecillo rechoncho que iba en el coche, cuando éste al pasar frente á la ventana la saludó, y corrió á su encuentro con una sonrisa dolorosa al verle entrar en la habitación.

—¿Usted, señor doctor, á hora tan desusada?

—Dice usted bien, señora—exclamó el doctor Baltasar.—

¡Y con este calor! ¡Veintidós grados á la sombra, Reaumur! Pero precisamente me han llamado para un caso de difteria, que luego resultó ser una angina simple: el pequeño Egberto; aquí, en Pustow. Y una vez en Pustow, no he querido dejar de venir á ver á nuestro enfermo. ¿Está en casa?

—Desgraciadamente, no. Hará media hora que salió á caballo al campo. ¿Quiere usted tomar un refresco, doctor?

—Acepto, señora: un vaso de soda con unas gotas de cognac. Es decir, si no le sirve á usted de molestia.

—¡Nada de eso!

El criado trajo el refresco. Herta y el doctor estaban sentados en el fondo de la habitación: ella en el sofá, y él frente á ella en una silla de paja. Tomó un confortante trago de la bebida, en tanto que sus ojillos azules y astutos la miraban investigadores. Dejó el vaso mediado en la mesa, y dijo:

—Ahora vamos á cuentas, señora. Su aspecto de usted no me gusta. ¿Qué sucede?

—Mi marido me tiene muy preocupada—contestó Herta con voz sorda.

—Pero, baronesa, si no tiene usted motivo para estarlo—dijo el doctor inclinando la cabeza.

—¿Que no tengo motivo?—exclamó Herta nerviosa.—Esa no puede ser su verdadera opinión. ¡Está tan variado! Es imposible reconocerle.

—Sí, sí, ha adelgazado un poco—dijo el doctor pensativo.

—¡Si fuera eso solo!—contestó Herta en el mismo tono conmovido;—nunca tuvo gran apetito, y en el viaje habrá estado mal cuidado. Pero usted dígame: si, como él mismo confiesa, no le ha ido bien en el viaje, ¿por qué le ha prolongado tanto tiempo? Después de Copenhague, estuvo en Marienlyst catorce días; ocho semanas de ausencia, mientras nosotros aquí rompiéndonos la cabeza á trabajar. Esto no lo ha hecho nunca. Y luego, ¿por qué me ocultaba su verdadero estado? ¿Y por qué no me ha dejado ir con él, á pesar de habérselo suplicado tantas veces? ¿Y qué es lo que ha hecho en tanto tiempo? Usted

le había recomendado encarecidamente que frecuentara la sociedad. ¿Cree usted que ha hecho caso? Ni siquiera ha adquirido un nuevo conocimiento; por lo menos, no me ha citado ningún nombre. Estoy persuadida que todo el tiempo ha estado solo. Y ahora, desde que ha vuelto, mira á todo el mundo como si tuviera un crimen sobre su alma; apenas habla con Pasedag lo preciso de cosas de la hacienda, y eso que está todo el día, desde la mañana á la noche, en el campo, pues nosotros apenas le vemos. Indudablemente, no existimos para él, ni yo ni los niños. En cuanto le voy á contar cualquier cosa de los niños, se pone de mal humor. Le aseguro á usted que hasta ellos lo han notado. ¡Antes que estaban siempre colgados de él! Ahora se vienen conmigo ó no se separan de mademoiselle Didier, que no los puede resistir; tanto, que estoy pensando en despedirla. Esto no es lo regular. ¿Y quiere usted que no me apure?

—¿Pero, al menos, duerme bien?—preguntó el doctor.

Los llorosos ojos de Herta se turbaron.

—Yo no sé—contestó con voz apagada.—Desde el primer día le tuve que poner una cama en el gabinete, al lado de su despacho. Dice que dormía mal; no quiere molestarme.

Sonrió al decir estas palabras; pero su sonrisa era tan amarga, que el buen doctor sintió el corazón traspasado.

—Señora...—balbució.

—No es esto todo—interrumpió Herta.—Hace ocho días que está aquí, y ya quiere marcharse; habla de un viaje á Italia ó Grecia... no sé... no sé dónde.

—¿En el cual le acompañará usted?

Herta, en vez de contestar, rompió en lágrimas. El doctor, que se había puesto en pie, asomóse á la ventana, y miró unos minutos pensativo á su *charrette,* que estaba á la sombra de un tilo, del cual el cochero había arrancado una rama, y quitaba con ella las moscas al caballo. Después volvió al lado de Herta, que con el pañuelo en las manos y apoyados los codos en las rodillas, miraba fijamente á sus pies; y sentándose otra vez, dijo tras de una breve tos:

—Señora baronesa, he de confesar á usted que no tenía nada que hacer en Pustow; que sólo he venido á ver al señor barón. La cosa, no puedo menos de confesar á usted que es seria; no crea usted que yo la miro con indiferencia; pero creo que usted no lo debe tomar tan á pecho. En primer lugar, yo la aseguro á usted, bajo mi palabra de honor, que su esposo no tiene ninguna lesión orgánica; de ello me he convencido recientemente, cuando le examiné, cediendo á sus ruegos. El corazón algo débil. Pero usted tiene razón; su alimentación debe haber sido durante su viaje insuficiente é irregular. Yo recuerdo que cuando estuve en Norderney comí horriblemente. Cuatro ó cinco semanas de nutrición deficiente pueden hacer mella aun en un hombre robusto como es su esposo de usted, sobre todo, si...

—Si, ¿qué?—preguntó Herta al doctor, que se había interrumpido para beber un pequeño sorbo.

—Señora—dijo,—me veo en un apuro; no sé cómo expresarme. Realmente, esto cae fuera de mi competencia; no se trata de nada que esté bajo el dominio de la sonda, ó del estetóscopo ú otro instrumento mecánico, sino de algo psicológico que está fuera de las reglas médicas. Pero esto no le hace; y usted, señora, suplirá con su talento las deficiencias de mi palabra. ¿Sabe usted, señora, lo que se llama en química punto de saturación? Aquel punto hasta el cual una determinada sustancia, el agua, por ejemplo, admite á otra: la sal; con el alma, con el espíritu del hombre sucede lo propio: alegría, dolor, sea lo que sea... sólo podemos soportar una determinada porción; todo lo que exceda de esta cantidad ya no nos afecta, no nos puede poner más tristes ó alegres de lo que estábamos. La Naturaleza se resiste, no admite dicho exceso. Así sucede en lo pequeño como en lo grande. Cuando durante cierto tiempo llevamos un determinado género de vida, deseamos el cambio. Y en determinados temperamentos más sensibles que otros, esta necesidad de cambio se manifiesta en forma más aguda, más apremiante. Su señor esposo (le conozco hace largo tiempo) es

uno de estos temperamentos. No se enoje usted conmigo, señora, si le digo esto. La monotonía de la vida del campo juega aquí el principal papel. Está saturado; ya no admite más. No olvide usted, señora, que su primera intención no fué la de hacerse labrador; que lo fué apremiado por las circunstancias, pues á la muerte de su padre no hubo nadie que se encargase de la hacienda. Sé también de cierto que sólo aceptó este género de vida de una manera provisional, y con el propósito de volver á sus estudios cuando todo lo hubiese puesto en orden. Él hablaba entonces de dos, tres años á lo sumo. Pues bien, han transcurrido trece ó catorce. Para hablarle á usted francamente, señora, yo me he admirado interiormente muy á menudo, y me he preguntado: ¿cuánto tardará en presentarse la reacción? Pues bien, señora, la reacción empieza.

El doctor bebió el resto del contenido del vaso, recostado en la silla. Durante el camino había preparado sólidamente su discurso, y creía poder estar satisfecho de su peroración. Así, pues, se desconcertó un tanto, cuando Herta, que ya había dado muestras de impaciencia mientras él hablaba, contestó vivamente:

—¡Ah! Nada de eso, doctor. No parece sino que yo le quito de que estudie todo lo que quiera. Lee bastante durante el invierno; por las noches lee hasta muy tarde, y duerme mal. No, no puede ser eso.

—Pero, en suma, señora—dijo el doctor,—á un estudioso no le basta con la lectura. Necesita ver, oir, exponer su opinión, discutir. Y, señora mía, dígame usted: ¿con quién podría discutir aquí su señor esposo? Aquí en el campo, con nadie; y entre nosotros, en nuestro miserable villorrio, allí, señora, se pueden contar con los dedos las personas capaces de sostener una conversación medianamente razonable.

—Hablando claro—exclamó Herta,—deberíamos hacer lo que hace mamá: ir á Berlín en otoño, y estar allí hasta la primavera; pagar un piso muy caro todo el año; tener dos casas, y gastar más de lo que podemos.

El doctor Baltasar conocía muy bien las exageraciones de Herta para dejarse impresionar por sus prontos. Así es que contestó muy tranquilo:

—No sé, señora, si podría encontrarse un *modus vivendi*... un arreglo que tuviera consecuencias menos funestas, y con el cual consiguiéramos el mismo objeto. Sobre todo, si yo pudiera permitirme daros un consejo... En su lugar de usted, le dejaría que viajara; no le pondría el menor obstáculo.

—¿No lo hago así?—exclamó Herta.

—Antes bien, le facilitaría todos los medios—prosiguió el doctor como si no hubiera notado su interrupción.—Debe salir del ambiente en que se encuentra. No veo otro medio.

—Y yo no sé de qué le serviría—contestó Herta con amargura.—¿Han servido de algo estas ocho semanas? ¿O es que deben ser ocho meses, ó quizá ocho años? Entonces sería mejor que se deshiciese de una vez para siempre de su mujer y de sus hijos.

—Pero, ¡querida señora, querida señora!—exclamó el doctor bajando la cabeza.

Herta sintió que había ido demasiado lejos.

—O si debe viajar—prosiguió en tono más tranquilo,—¿por qué ha de ser en seguida? ¿Por qué no esperar un par de años hasta que los niños estén en estado de ir á un colegio? No se han de quedar eternamente en casa. Entonces yo también tendría más libertad. Entonces yo no me opondría. ¡Cuánto he deseado ver París! Pero siempre he creído que eso de hacer todo lo que á uno se le meta en la cabeza es cosa de niños.

—¿Dónde están los pequeños?—dijo el doctor, gozoso de poder variar el tema de la conversación.

—No sé; creo que en el jardín con mademoiselle.

—¿Están buenos?

—Sí, muchas gracias.

Siguióse una pausa. El doctor se levantó.

—Tengo que marcharme, señora—dijo.—¿Verdad que puedo irme persuadido de que usted no se ha enfadado con un an-

tiguo amigo, tan fiel como puede serlo el que más, con usted y su esposo, por haber dicho su opinión, aunque no esté de acuerdo con la suya?

—Conozco su buen deseo. ¡Ah, Dios mío! El mío también es bueno. Yo haría todo por él.

—¿Y por qué pierde usted el valor, señora? Estas son nubecillas que aparecen en todos los hogares, y luego marchan y vuelve á lucir el sol.

La besó la mano. En la puerta quedóse de pie.

—Mañana voy á Seehausen, señora. ¿Quiere usted algo para la generala?

—Muchas gracias. Voy á ir yo hoy mismo.

—¿Sabe usted que ha traído una señora de compañía de Berlín?

—Me lo ha escrito.

—Entonces, *adieu*, señora.

—*Adieu*.

Herta permaneció sentada en el sofá mirando al vacío, mordiéndose los labios.

Todo lo que el doctor había dicho era una necedad. ¡Punto de saturación!... ¡Ridículo! Ella también se había hartado á veces del eterno cuidado de la casa y de los niños. ¡Si hubiera puesto el grito en el cielo! Poco le faltó en las últimas ocho semanas. ¿Pero qué entiende el doctor de todo esto si nunca ha estado casado?

Levantóse gimiendo, y miró con la mano puesta en la frente y con ojos errabundos alrededor de sí. La habitación le parecia extraña, como si nunca la hubiera visto. Miróse en un espejo que había entre las dos ventanas. ¿Era ella la mujer de veintinueve años, descolorida, con círculos morados alrededor de los ojos enrojecidos y apagados, con la boca sumida y con la frente llena de arrugas? Cuando él vino, después de esperarle mucho, casi inesperadamente, y ella le abrazó, seguramente no estaba así. Quizá fué después, cuando no contestaba á sus besos y casi la rechazaba. Y desde entonces... ¡Ah! Las

noches sentada en su solitaria cama, llorando, escuchando en el silencio de la noche, á ver si por fin venía, si oía sus pasos. ¡No, no la amaba ya! ¡Era eso! ¡Quería viajar y deshacerse de su mujer y de sus hijos! ¡Nunca hubiera creído que sucediese aquello! Mas nunca se acaba de aprender.

Llamó, y dió orden de que engancharan el cabriolé; encargó que llamaran antes á mademoiselle y á los niños, que estaban en el jardín.

Al partir Ulrico á caballo una hora antes, le habló ella de la visita á su madre, que hacía dos días había vuelto de Berlín, y la llamaba con insistencia, proponiéndole que fuese con ella. Contestó que no tenía tiempo, porque tendría que ir probablemente al pueblo á hablar con el abogado de unos asuntos. ¡Una excusa! Quería estar lejos de ella, solo y libre. ¡Si pudiera!

Mademoiselle Didier y los niños venían ya del jardín, y llegaban á la galería de la fachada interior de la casa. Mademoiselle se quejaba, en su alemán chapurrado, de que Elli y Libi no habían sido *sages* ni *gentilles*.

—Pues se quedarán en casa, y únicamente Elena vendrá conmigo á ver á la abuela—dijo Herta con severidad;—y como los dos pequeños rompieran á llorar, díjoles vivamente: el hombre debe cumplir con su deber; el deber de los niños es ser juiciosos y obedientes. Cuando no lo son, se les castiga. Y ahora, mademoiselle, haga usted el favor de que Elena se vista pronto. Que se ponga el vestido encarnado. Dentro de diez minutos está aquí el coche.

—¡Mamaíta!—dijo Elena implorando con la mirada el perdón de sus hermanos.

—¡Silencio!—dijo Herta con dureza.

Mademoiselle y los niños salieron. Herta los miró con ojos sombríos.

—¡Oh! ¡Cuán amargada estoy! ¡Cuán amargada!—murmuró.

## CAPITULO III

La situación de Seehausen sobrepujó las esperanzas de Eleonora. La finca justificaba su nombre (1). Situada en las inmediaciones de la orilla occidental de un extenso lago, su gran jardín llegaba hasta el agua. Sombreaban el extenso prado deliciosos grupos de añosos árboles, umbríos bosquetes y praderas llenos de flores. Una magnífica terraza de piedra se alzaba sobre el lago. La parte trasera del edificio, consistente en dos pisos, rematada en su centro por una cúpula, daba al lago; desde las ventanas del cuarto de Eleonora dominábase una magnífica vista sobre gran parte del jardín y la orilla correspondiente, toda ella rodeada de bosque. La casa, construcción del abuelo de la generala, era en su exterior é interior de estilo de mediados del siglo pasado; la generala no había dejado de llamar la atención de Eleonora sobre el escudo labrado en piedra con las tres lilas que coronaban el portal de la casa. Pero no le pareció oportuno advertir que á pesar de todo, la casa, el patio y las tierras pertenecían á su primer marido, el burgués señor Niemand, y serían hoy de su hija Herta si no hubiese instituído á su mujer heredera universal. Esta lamentaba en tono elegíaco la dismución en una décima parte del antiguo mobiliario, cuyo valor su marido, así llamaba siempre al general, no había sabido apreciar, como lo demostraba el mezquino equipo de su casa de Berlín que procedía exclusivamente de allí. Había sido una lástima que vendiese aquellos preciosos objetos por una cantidad irrisoria ó que los cambiase por otros modernos y sin gusto. Clementina, que escuchaba estas lamentaciones, comentó riendo, con Eleonora, las palabras de su madre.

Las dos amigas habían acordado conservar en el mayor secreto su amistosa alianza, resolución que aconsejaba la pru-

(1) Seehausen, quiere decir en alemán, casa del lago.—*N. T.*

dencia. La madre no hubiera comprendido ni perdonado la preferencia por una hija que no era para ella sino motivo de lamentaciones. Así, pues, ante los demás se trataban con tranquila cortesía, indemnizándose con largas horas de conversación por la noche antes de meterse en la cama. Clementina había sabido arreglarlo de modo que la pusieran á Eleonora en un cuarto al lado del suyo en el segundo piso. Kitti dormía abajo con su madre.

La generala excedíase en amabilidades con Eleonora. La exhortaba una vez y otra á que dijese todo lo que deseaba; sería un placer para ella poder complacerla, en cambió de lo cual ella sólo exigía poder llamarla por su nombre. ¡El nombre de Eleonora era tan bonito! Y de sus labios no se caía el «querida Eleonora», «mi buena Eleonora». No había que hablar de subordinación; el más honorable y bienvenido huésped no hubiera podido ser tratado con más atenciones y deferencias. La enseñanza del inglés á Kitti, en que también tomaba parte la generala, era considerada como un favor de parte de Eleonora. Sin embargo, las lecciones no habían empezado todavía. Había mucho que enseñar y ver en la casa y en el jardín; y antes tenían, como era natural, que hablar mucho, pensaba la generala. Lo mismo pensaba Kitti, que era siempre de la misma opinión de su mamaíta. Hasta que se enfadaban, como decía Clementina con la más amable sonrisa picaresca, que hacía reir á Eleonora.

Así parecía asegurada la única tranquilidad que el cielo podía ofrecerla. Realmente, en aquella morada señorial, en aquel aristocrático silencio, no interrumpido por ningún ruido del campo, por los paseos del jardín de brillante blancura, bajo los seculentos árboles, parecía volver á la paz del palacio ducal de los días de su niñez. Pero después, cuando se asomaba á la terraza del lago en cuyo extremo vivía él, según sabía ella, y pronto le volvería á ver, hubiera huído de aquel paraíso como huyera de Norderney. Sin embargo, era este un impulso al cual no debía ceder; interiormente se confesaba que su

primera fuga había sido un acto de cobardía y de locura. La herida causada por aquel dardo sólo podía curarla él mismo. La carta con que se había despedido de él no podía suplir á la palabra hablada. ¿De qué le había servido? En vez de volver á su casa, había vagado largas semanas alimentando su herida por el mundo. Podía ser esto. Aun debía darle gracias cuando en vano se retorcía las manos ante el terrible pensamiento: ¡ahora besa su mujer los labios que yo he besado! Pero, por fin, se había vencido. Él había regresado, seguramente tras ruda lucha. Y esta lucha duraba todavía. Si pudiera ayudarle, decirle: debe ser así, no me enfado contigo, te lo agradezco. Al recobrarte tú, me has devuelto á mí misma.

Así trataba, conforme á su lema, de pensar rectamente, y sentía la disciplina que le imponía todo lo que le rodeaba como algo bienhechor. Sentía que llegaba á su alma una chispa de la serena alegría que aparentaba. Ella no había pretendido el papel que la tocaba desempeñar; ya que la suerte se le deparaba, quería representarlo dignamente. Sería digna de él si aquella misma tarde podía arrostrar sin turbarse las miradas de su esposa.

La generala esperaba á Herta después de comer, sin falta.

—Juraría que mamá pretende algo de ella—dijo Clementina á Eleonora en su cuarto, mientras se disponía para recibir á su hermanastra.—Las dos se suelen pasar muy bien la una sin la otra.

—¿No amas á tu hermana mayor?

—No tengo ningún motivo especial. Es decir, no me ha hecho nada, ni de bueno ni de malo.

—¿Es lista?

—Sí y no. En lo que se refiere á la vida, sabe arreglárselas bien, casi como un hombre. Juzga bien á las personas, sobre todo cuando son medianías. A tí no te comprendería.

—¡Naturalmente! ¿A mí quién me ha de comprender?

—Yo te lo diré: su marido. Ulrico. Ese te comprendería.

—Ya lo creo. ¿Qué no comprenderá tu ídolo?

—Pues te lo repito: él te comprendería. Y tú á él, mucho mejor que Herta. Tiene tantas cosas en la cabeza, ¡grandes, hermosas! Ella, Dios me libre de decir que carece de pensamiento; no, en verdad, pero sus pensamientos no son los de él. Así viven los dos juntos, y creo que hoy no están más cerca el uno del otro que al principio. Y después, figúrate, él sabe tanto: filosofía, literatura, historia, idiomas. Herta sabe bien poco, no por su culpa. Mamá no se preocupó nunca de proporcionarla maestros; y cuando se casó por segunda vez, no fué á Berlín con mamá: se quedó en un miserable colegio del pueblo, en donde no se aprende nada. El poco francés que aprendió en el colegio ya casi lo ha olvidado; no hablemos de inglés ni de italiano. ¡Ah, si supiera tanto como tú! Por cierto, tú y Ulrico parecéis hecho el uno para el otro. ¿Por qué te ríes?

La risa de Eleonora no provenía de su corazón; no tenía otro objeto que ocultar su turbación.

—¿No he de reirme? ¡El otro día te parecí el ideal del conde de Wendelin; hoy parece que estoy hecha para tu cuñado!

—¡No, por favor!—exclamó Clementina con vehemencia.—Yo no te dije que estuvieras hecha para el conde, sino que él se hubiera casado contigo de buena gana. Y lo afirmo otra vez. Voy más lejos, y digo que todo hombre que sea un verdadero hombre debe enamorarse de tí.

—¡Con lo que das á entender que eres una loca completa!

—Los niños y los locos dicen las verdades.

—Las subjetivas, no las objetivas.

—Eso es muy sublime para mí. ¿Qué significa?

—Ya te lo explicaré en otra ocasión. ¿Es hermosa tu hermana?

—Ya la verás hoy.

—No importa. Así sabré si tú tienes buen gusto.

—No sé por qué, pobre tonta de mí, he de hacer todo lo que se te antoje.

—Si lo hicieras. Conque...

—No es bella, ni siquiera bonita, al menos para mi gusto. Pero tiene algo de picante, de atrayente, en la expresión que gusta á los hombres. No sólo á los hombres, también la quieren las mujeres mucho. Lo más bello en ella es su esbelta figura, en lo cual casi se acerca á tí; sólo que tu cuerpo es dulce y flexible como un tallo. El suyo no. Tiene algo que no quiero llamar rigidez, pero sí tiesura, carece de flexibilidad. Y yo creo que lo conoce, lo cual le hace á menudo aparecer como realmente es, reservada, casi fría, á pesar de que en su interior quiere á todos y hace en silencio todo el bien que puede.

—Entonces es una *muda divina*—dijo Eleonora pensativa.

—¿Qué quiere decir eso?

—Una frase de Juan Pablo. Llamaba así á las personas que sólo Dios sabe lo que sufren; que no encuentran para sus alegrías la expresión oportuna; en una palabra, que padecen el suplicio del silencio.

—Una frase muy hermosa.

—Divinamente hermosa. En mi sentir, tanto más hermosa cuanto que es infinitamente triste. Mira, querida mía, estas almas mudas son realmente poetas, para los cuales constituye una fatalidad, una maldición, lo que para otros es una dicha, porque son mudas para expresar sus eternos ensueños de un mundo eternamente increado. ¿Comprendes lo que quiero decir?

—Creo que sí—murmuró Clementina.

—Y ahora—prosiguió Eleonora hablando cada vez más excitada—hay que agregar á una desdicha otra mucho peor; no pudiendo gustar de la poesía más que el dolor y no los dulces placeres, abrázanse al amor como á una tabla de salvación, imaginándole más sublime que la misma poesía, porque explica la vida de una manera poética, porque condensa la poesía en realidad. ¡Pero también el amor es una apariencia, una engañosa y miserable apariencia! ¡Sólo que la vida se puede soportar á condición de aceptar estos pobres compromisos y esquivando con cobarde sagacidad las consecuencias que la

poesía exige libre y francamente, siendo justamente por esto y en esto poesía.

El rostro de Clementina se había puesto muy serio.

—¡El suplicio del silencio!—dijo en voz baja.—Yo creo que conozco este suplicio. Pero tú, ¡tú no le conoces!

Eleonora no contestó. Juan llamó á la puerta para decir que la señora llamaba á las señoritas. La señora baronesa estaba en la casa hacía ya media hora, en la terraza.

Desde las primeras horas de la tarde se había preparado Eleonora para este minuto; sin embargo, creyó que el corazón le saltaba del pecho. Iba á presentarse ante ella, ante la mujer á quien había hecho lo peor que puede una mujer hacer á otra: robarle el corazón de su marido. Se había esforzado en devolver lo robado, pero lo que estaba hecho no podía deshacerse. Nunca creía haberlo sentido tanto, como entonces.

Fué al espejo para arreglarse un poco el pelo, y se espantó de su palidez.

—La cara perfecta de la pecadora arrepentida—murmuró.

Clementina, que había entrado en su cuarto, volvió á salir y echó una rápida ojeada sobre ella.

—Yo quería hoy lucirme contigo, pero precisamente no es este tu *beau jour*.

—Es natural—dijo Eleonora con extraña sonrisa.

—¿Natural por qué?

Eleonora no contestó.

## CAPITULO IV

La generala había alejado á Eleonora y á Clementina al interior de la casa, con el pretexto de que se pusieran muy elegantes para recibir á la visita que esperaban. Quiso estar sola con Herta una media hora. Felizmente, Herta había llevado consigo á Elena. Así pudo alejar á Kitti. A Elena le gustaban las flores. Kitti sería tan buena, que ayudaría á la niña á hacer un ramo.

Las dos señoras sentáronse en sillas volantes á la tupida sombra de los altos plátanos, bajo el toldo que cubría una parte de la terraza. La generala hizo las sacramentales preguntas sobre el estado de Ulrico que, seguramente, sería ahora excelente; sobre el estado de los niños, que sentía no hubieran venido, y sobre el estado de la hacienda, que, naturalmente, no dejaría nada que desear. Las respuestas de Herta fueron más reservadas que de costumbre, y su rostro, medio distraído, medio sombrío, no satisfizo nada á la generala. Con personas malhumoradas no se debe abordar ningún asunto, sobre todo cuando se necesita de ellas. Pero el tiempo apremiaba; Clementina y Eleonora podían llegar de un momento á otro; Kitti no iba á estar eternamente cogiendo flores con Elena, y Herta, á pesar de todas sus súplicas, no quería quitarse su chal porque pensaba marcharse pronto.

—¿Qué tal te va con tu nueva señora de compañía?—preguntó Herta, rompiendo el silencio de una corta pausa en la conversación.

La generala indicó con un movimiento de cabeza que iba á abordar ese tema.

—Querida mía—contestó,—vuelve á preguntármelo dentro de cuatro semanas. Hasta ahora sólo he visto un lado de la medalla, y aun ése muy por encima.

—¿Cómo se llama?

—Eleonora Ritter. Yo la llamo simplemente Eleonora. Hay que ser expresivos con las personas para captarse su voluntad; ya sabes que no puedo vivir de otro modo con la gente. Te diré francamente, que los mimos un poco exagerados que la hago, son algo egoístas, si se puede llamar así lo que una madre haga por su hija.

—¿Quiere decirse, que la has tomado principalmente por Clementina?

La generala se asombró interiormente de tan absurda pregunta, pero contestó sin vacilar:

—¡Sí! También por Clementina; para su inglés, que ya va

oliendo á puchero enfermo, y la señorita Ritter es una perfecta inglesa. ¡No tiene nada de extraño después de haber estado cuatro años *en suite* en casa de un lord! Y á Kitti también le ha entrado de repente pasión por el inglés. ¿Sabes por qué?

—Ni lo más mínimo.

—Ama al conde Guido.

—¿De veras?

—Apasionadamente. Pero esto no es ninguna novedad para tí.

—Hasta ahora sólo había sabido que tú querías casarla con él.

—Un antiguo deseo mío, no lo niego. Pero lo uno no tiene que ver con lo otro.

—Ciertamente que no. Lo que me parece á mí lo más importante, es saber cómo toma el conde Guido el proyecto.

—Es claro—dijo la generala, que estaba resuelta á no desconcertarse por el tono más que fino de Herta.—Pero ya le conoces; ¡es tan tímido, tan indeciso, tan inconsecuente! Mira tú: sabe que estamos en Berlín. Veinticuatro horas después llega él; como es natural, sólo por Kitti, para poder hablar con ella más á gusto que aquí en el campo, donde cada uno es un espía. Pues bien; deja pasar ocho días hasta que le da la humorada de hacer que nuestra excelentísima tía nos envíe una común invitación. Aquella tarde estuvo Kitti muy fría, naturalmente; él todo fuego. Al día siguiente por la mañana salíamos para volver aquí, en la firme persuasión de que nos seguiría sin perder un minuto. ¿Qué crees que ha hecho? Irse con su tío de Hannover, que otra vez quiere morirse. ¿Cómo encuentras esto?

Herta se encogió de hombros.

—Pero, mamá, por Dios, no se puede obligar á que se case á quien no tiene ganas de casarse.

La generala hubiera dado cualquier cosa en aquel momento porque su hija tuviera veinte años menos, en cuyo caso la habría administrado un par de azotes por su «sangre de horcha-

ta». Sin embargo, dijo sin el menor signo de preocupación:

—Hija mía, ¿qué es lo que dices? ¿Quién habla de obligar? ¡Alentar no es obligar! Si él, á la verdad, por consideraciones hacia su madre, á cuyas faldas ha estado atado hasta ahora, carece de valor, es preciso dárselo. No digo otra cosa.

—¿Está conforme la señorita Ritter con tu proyecto?—preguntó Herta.

La generala se asombró; nunca hubiera creído capaz á Herta de tanta perspicacia. Pero la pregunta iba bien dirigida.

—En cierto modo difiere—contestó riendo.—Figúrate; la tomé al medio día porque me pareció regular, pero principalmente para salir del embarazo de elegir. Por la tarde, en casa de la tía, lo referí y pronuncié su nombre. Noté que el conde, al oir su nombre, puso atención, y le preguntó si la conocía. Se puso encarnado, lo que no tiene nada de particular en él: sí; la había conocido cuatro semanas antes al ir de Hannover á Berlín. Confesó que la dama, por su porte, á la vez modesto y distinguido, por su ingenio y no sé qué de muy... yo creo que dijo... singular, le había gustado, y me felicitó por tan preciosa adquisición. Ya ves, si no la hubiera tomado, la tomaría ahora.

—Naturalmente—dijo Herta;—en todo caso, en tu casa, no perdiéndola de vista, es para Kitti menos peligrosa que en otra cualquier parte.

—¡Pero, niña, niña!—exclamó la generala.—No te enfades; pero realmente estás hoy incomprensible. ¡Casarse el conde con una institutriz!...

—¿Por qué no?—repuso Herta.—No es la primera vez. Más pobre que era yo no puede ser ella. Y yo no sé si Herta Niemann suena mejor que Elena Ritter. En todo caso, más instrucción que yo tiene.

Aquí pareció la generala gemir dolorosamente, y llevó su pañuelo á los ojos.

—No he querido decir nada que te moleste—prosiguió Her-

ta después de una pausa.—Hoy no me encuentro completamente bien. El calor del camino me ha puesto peor. Es mejor que me vuelva á casa.

—¡Por Dios!—exclamó la generala, poniendo la mano en el hombro de Herta, que se levantaba. ¿Antes de que te haya hecho un ruego?

—¿Qué es ello?

—¿Cómo te lo he de decir, si te muestras tan poco cariñosa con tu vieja madre, que tanto se preocupa por vosotras? Vamos á Kitti. Su voluntad y la mía es que Guido se case con ella, y... tienes razón, la pelota está todavía en el tejado. Sería terrible que esto se desbaratase; la pobre Kitti quedaría con el corazón destrozado, y, Herta, tú conoces mejor que nadie la estrechez de mis circunstancias económicas. De Clementina, claro es que no hay que hablar. Kitti es mi única, mi postrer esperanza. Tiene que hacer un buen casamiento. Y mejor que éste no es posible que se presente, y en condiciones tan favorables. Y mira lo que he pensado en mis preocupaciones maternales. Tú y tu marido tenéis grande influencia sobre el conde; mil veces me lo ha dicho. ¿Si quisierais hacer algo en este asunto? Yo estoy persuadida de que se decidirá si vosotros se lo pintáis con buenos colores. Pero ha de ser pronto. Guido cumplirá en otoño veintiocho años. La época en que un hombre debe establecerse. Yo di gracias al cielo cuando le vi volver soltero de Inglaterra. Sabía que allí había tenido relaciones con una rica señorita: ¿Quién sabe lo que puede pasar? No estaré tranquila hasta que no se repartan las esquelas de los esponsales. ¿Verdad, Herta, que tú harás este último favor á tu madre y á tu hermana?

—Soy tan torpe para esas cosas...—dijo Herta.

—Pues habla por lo menos con tu marido.

—Ha vuelto tan disgustado de su viaje, tan indiferente por todo... Hay días en que no cambiamos una palabra.

La generala aguzó el oído. ¡Tenemos discordia!—dijo para sí.—En otra ocasión no hubiera hecho caso; en las revueltas aguas de un matrimonio mal avenido se pesca mejor que en

las claras de un hogar en armonía. Pero, por el momento, era un contratiempo.

—¡Bah!—dijo.—Los hombres son caprichosos: hoy así, mamañana asá; no hay que hacer caso. Además, volver de un balneario de mal humor, eso es intolerable. Yo me he divertido siempre de lo lindo en Ostende y Scheveningen. Pero Norderney debe ser algo aburrido, eso dice también la señorita Ritter.

—¿Ha estado en Norderney?

—Este verano, al mismo tiempo que tu marido, según mi cuenta. Por lo demás, tú misma puedes preguntárselo. Yo no sé dónde están estas chicas. ¡Ah! Allí están.

Eleonora y Clementina habían salido, en efecto, de la casa y avanzaban por el jardín hacia la terraza, habiéndose detenido en el camino con Elena, que con Kitti paseaba por entre los macizos, y salió al encuentro de su tía Clementina. Hablaban con la niña, que las dió flores de su ramo, en pago de las cuales Clementina le dió un beso. Después, Eleonora se inclinó también y la besó.

—¿Qué te parece?—preguntó la generala mirando con los gemelos?

—Creí que sería más hermosa, contestó Herta.

—¿Te parece? No, pues no es fea—dijo la generala complacida.—Tampoco hubiera tomado una fea. Conque, señoritas, ya nos han hecho ustedes esperar bastante. Puedo presentarte á Eleonora Ritter, querida Herta.

Herta, á quien Clementina había tendido la mano, se inclinó ante Eleonora.

—Me alegro de conocer á usted, señorita—dijo;—á Elena ya la conoce usted. Tengo otros dos en casa. Quizá los vea usted pronto.

—Tan pronto como la señora generala lo permita—contestó Eleonora.

—¡Naturalmente!—exclamó la generala.—Iremos mañana todos juntos. Y ahora, Herta, tienes que quedarte aquí y tomar

una taza de té con nosotros, sin ceremonias, aquí en la terraza. Voy á dar órdenes.

—Si usted me permite, señora—dijo Eleonora.

—Gracias, querida Eleonora; ya irá Clementina. De todos modos, tengo que ir yo. ¡Cuánto te quiero!

Besó, al decir esto, á Herta, que se había quitado el sombro, y salió.

—Mientras tanto, que nos enseñe la señorita Ritter sus acuarelas. Anda, anda, querida Eleonora.

Eleonora había empezado aquella tarde un esbozo del lago desde la terraza; tenía los pinceles y el álbum en un rincón de ésta para seguir al día siguiente. Entre los pocos bocetos del álbum había uno de Norderney, que no había dado á Ulrico.

—No sé si á la señora le interesará esto, creo que no...

—Tengo predilección por las acuarelas—dijo Herta,—si yo, que no he visto en mi vida nada de arte, puedo hablar de preferencia.

Kitti no esperó el permiso, y venía ya con el álbum, cuyas hojas extendió sobre la mesa. Al pie de cada una estaba escrito en un extremo, con tinta negra, el nombre del paisaje y la fecha. Parecía como si lo hubiera presentido.

—¿De modo que ésta es Norderney?—dijo Herta, con una de las hojas en la mano.

—La rada del Sur y una parte del pueblo—contestó Eleonora, que hubiera deseado estar á mil leguas de allí.

—Ya me ha dicho mamá que ha estado usted allí este verano; y según veo por la fecha, al mismo tiempo que mi marido. ¿Acaso se hayan conocido ustedes?

—Estuve tan poco tiempo allí, señora... Unos catorce días.

—¿Pero quizá le haya visto?

—Es posible, señora.

—¿Y podría usted reconocerle por este retrato? Está casi lo mismo, á pesar de que tiene doce años más.

Quitóse del pecho un medallón que llevaba colgado al cuello, de una cadena de oro, y se lo dió á Eleonora, la cual le abrió

para ver el retrato. Era un precioso busto. Los mismos ojos en que tan intensamente se había mirado y que con tan profunda expresión de amor había fijado en ella. El medallón que tenía en sus heladas y vacilantes manos, aún caliente del contacto con el corazón sobre el que descansaba, el corazón de su esposa. Le pareció que iba á desmayarse.

—No recuerdo, señora—dijo.

—Claro—exclamó Herta, volviendo á ponerse el medallón. Yo me imagino unos baños como una feria, en que la gente se apiña y se confunde, sin conocerse.

Tomó otra vez la hoja en sus manos.

—¡Qué desolado es esto! Yo no estaría aquí ni una hora—murmuró.—Mi marido ha estado cuatro semanas. Bastante mal le han sentado.

—¿Está malo Ulrico?—preguntó Clementina con timidez.

—Casi nada—respondió Herta.—Apenas se le conoce. Y yo le exhortaba á que estuviese más tiempo, cuando cada día era veneno para él.

—Papá no nos quiere ya—dijo la pequeña Elena á Eleonora, en cuyas rodillas estaba sentada.

—Os querrá si sois juiciosas—contestó Eleonora, separando el pelo de la frente á la pequeña.

—Yo te quiero á tí más que á mademoiselle—murmuró la niña, apretándose contra ella y mirándola con sus azules ojos con expresión soñadora.

Eleonora se estremeció; creyó contemplar los ojos de Ulrico.

—Cuando ustedes gusten—dijo la generala, acercándose.—En el campo, como en el campo; el que da lo que tiene no debe nada. Bajo el toldo hace mucho calor. He dicho que pongan la mesa al aire libre. ¿Están ustedes conformes?

—¡Estamos conformes con todo lo que hagas, mamaíta!—exclamó Kitti, abrazando á su madre.

—Si todos pensaran como tú, querida mía—dijo la generala.

La tarde estaba hermosísima. Desde la mesa, colocada jun-

to á la balaustrada de la terraza, se veía toda la orilla del lago, cuya vegetación era bañada por los rojos resplandores del sol poniente. Bajo el cielo sin nubes, parecía la superficie del agua de plata. Desde el pueblo, situado en la extremidad Sur del lago, un espejo oculto á las miradas, se destacaba una flotilla de lanchas, de la cual, de vez en cuando, llegaban risas apagadas. Una de ellas se acercó lo bastante para poder oirse la conversación de los remeros. Un diminuto remolcador, con dos grandes botes cargados de trigo, iba de una finca situada al Norte en dirección al pueblo. Las ondas que agitaba á su paso chocaban dulcemente en los muros de la terraza. El sol, oculto ya tras del edificio, dejaba en sombra el paisaje, si bien aún jugueteaban algunos reflejos purpúreos en las cimas de los plátanos, en cuyas ramas los pájaros canturreaban su canto de la tarde.

La generala, que se encontraba en excelente disposición de ánimo, llevaba casi sola la conversación. Hacía una detallada descripción de las dos fiestas de la corte de aquel invierno, en las cuales fué presentada Kitti. Se dirigía principalmente á Herta, que sólo contestaba con monosílabos, y sólo habló con viveza cuando su madre llevó la conversación al círculo de las cosas del campo, en las cuales manifestó conocimientos tan hondos y detallados, que harían honor á un perfecto labrador. Eleonora no tenía el menor interés por todo aquello, pero fingió oir con tanta atención, que Herta se dirigía á ella como antes la generala á Herta.

Entretanto, veía y oía todo lo que á su alrededor pasaba como en un sueño angustioso y delirante, de que en vano pugnaba por despertar. Cuando cuatro días antes fué á pretender una colocación á casa de la generala, no pudo imaginarse que iba á suceder todo aquello, y ahora se encontraba allí como si deliberadamente hubiera buscado aquella situación. Si la señora que tan amable hablaba con ella supiera quién era y el daño que la había causado, ¡el mantel que las separaba se hubiera rasgado en dos pedazos! Si alguien le hubiera dicho á la niña que estaba á su lado: «Esta es la mujer que ha puesto en-

fermo á tu padre y que te ha robado su cariño...» hubiera retrocedido con horror.

Miraba furtivamente á Elena. Nunca había visto niña más hermosa, ni en Inglaterra, el país de los niños hermosos. Con la mujer aún hubiera podido luchar; pero la inocencia de aquella candorosa criatura la desarmaba.

El sol ya no iluminaba con sus rojizos rayos crepusculares la campiña; sólo una ventana de una alquería lejana fulguraba aún como una ascua de fuego; por fin, también se apagó. Un fresco vientecillo que venía del lago comenzó á mover las cimas de los plátanos.

—Ya es tarde para nosotros—dijo Herta, levantándose de la mesa; nos espera una hora de camino; se va á hacer de noche antes de llegar á casa.

Se levantaron todos, y hablaban unos con otros.

—¿Conque quedamos en que mañana iremos por allí?—dijo la generala.

—Cuento con que irá usted también—dijo Herta, volviéndose á Eleonora.

—¡Ay, sí, tía Eleonora!—exclamó Elena, alzando los brazos hacia ella y pidiéndole un beso.

Ella besó á la dulce niña; cuando se incorporó, sus ojos estaban húmedos y su voz temblaba al decir á Herta:

—Iré con mucho gusto, señora.

Se dirigieron por el jardín á la casa. En el portal esperaba el coche. Herta y la pequeña habían ya subido, cuando aquélla dijo:

—¿Quiere alguna de ustedes venir un poco con nosotras? Hay sitio.

—Estoy muy cansada, hija—dijo la generala.

—Muchas gracias—dijo Kitti.

Clementina y Eleonora se miraron.

—Ustedes dos tendrían gusto, ya lo veo—dijo Herta.—Clementina, que es más delgada, aquí, con Elena, en el asiento de delante; la señorita Eleonora á mi lado. No necesitan uste-

des sombreros ni velos. La tarde está muy calurosa, y no encontraremos á nadie. Así, perfectamente. ¡Adiós, mamá; adiós, Kitti! ¡Hasta la vista!

El coche, con sus cuatro viajeras, se puso en movimiento.

La generala y Kitti estaban aún en el portal.

—¿Sabes, hija mía—dijo, mirando en la dirección en que había desaparecido el coche,—que es persona peligrosa?

—No lo quería decir hasta que mi inteligente mamá lo notara—respondió Kitti.

## CAPÍTULO V

Aproximadamente, en el mismo momento en que Herta volvía de Seehausen, apeábase Ulrico, de su caballo, ante la hostería de los «Tres Peces», al otro lado del lago. El Sr. Blandow, que con un par de conocidos del pueblo estaba sentado á una mesa á que daban sombra unos árboles, levantóse apresuradamente á saludarle.

—El señor barón ha hecho una larga jornada á caballo—dijo á Ulrico, señalando al potro que tenía un criado de la brida.

—No he ido más que á ver las obras—repuso Ulrico.—Lleve usted el caballo á la cuadra; he de quedarme aún en el pueblo.

—¿Puedo servirle en algo al señor barón?

—Una botella de Mosel, si tiene usted la bondad.

—¿Quiere el señor aquí ó en la terraza?

—Si no hace allí mucho calor...

—No, señor. Sopla una brisa muy agradable del lago. Ahora no hay nadie allí. Después vendrán algunos señores del pueblo. Como hace buena tarde...

—Entonces, en la terraza.

Ulrico atravesó el vestíbulo, en el cual hízole el hostelero una reverencia; después el jardín, y subió los escalones de la terraza, la cual se apoyaba sobre unas vigas sumergidas en el

lago, y estaba cubierta con un toldo. Atados al puentecillo veíanse una media docena de botes grandes y chicos, bastante limpios, que el hostelero alquilaba á sus huéspedes. En aquel lado, á pesar de ser la parte donde daba el sol, estaba más fresco que debajo de los árboles, y también se notaba la ausencia de moscas, que allí pululaban en nutridos enjambres.

El mismo Sr. Blandow trajo el vino conservado con hielo en la cubeta.

—Ya se acaba; el verano ha sido caliente; mas para el señor barón siempre queda algo. ¿Ha terminado ya el señor barón la cosecha de avena?

—Todavía no.

—No, lo que es ahora tenemos buen tiempo; es de suponer que dure hasta el quince. Sería lástima que se aguaran las fiestas este año como el pasado. ¿El señor barón y su señora esposa tomarán parte en ellas?

—Creo que no. Tengo que viajar.

—¡Después de haber estado tanto tiempo fuera el señor barón! ¡Cierto que la señora baronesa lo entiende mejor que nosotros! Y cuando se tiene á un inspector como Pasedag. Pero sería una lástima que el señor barón faltara. Ayer mismo estuvieron aquí el señor de Brandt y el señor de Griebanow para hablar conmigo de todo. Se va á hacer en grande: iluminaciones allí, en la arboleda, y aquí, en el lago, fuegos artificiales. En lo que no están de acuerdo, es á quién se han de hacer las invitaciones. Claro es que de los señores oficiales no puede prescindirse. El señor de Griebanow cree que, por su orígen, es una fiesta sólo de nobles, y es verdad; pero el señor de Brandt era de opinión que se deben tener en cuenta los tiempos que corremos, como él dice, y que unos cuantos burgueses selectos harían que la fiesta fuese más concurrida y animada, en lo que no deja de tener razón. ¿Qué opina el señor barón?

—Estoy completamente de acuerdo con el señor de Brandt.

—Ya lo sabía yo; como que ayer se los dije á los señores:

«El señor barón está por los burgueses.» Perdóneme el señor barón, creo que me llaman.

Ulrico permaneció sumido en sus pensamientos. Se hubiera arrojado al lago, en donde más profundidad tuviese. ¡La noble fiesta del lago! En efecto: ya se acercaba el gran acontecimiento del año, del cual sus abuelos solían estar hablando largas semanas antes. ¡Cuántas veces oyó á su padre el orígen de aquella fiesta! Se la aprendió de memoria como una fábula de Gelbert (1), y la recitaba de niño cuando no podía dormir. Y aún conserva su antiguo relieve, como evocado por la sofocante calma que en torno de él reinaba y la pesadez que sentía en la cabeza y en los miembros.

—En el año de 1785—acuérdate Ulrico, y también tú, Ottomar, aunque tú no llegarás á ser un sabio como tu hermano, —cuatro años antes de estallar la revolución francesa, que costó la vida al pobre rey Luis, y de la cual proceden todas las desdichas que hoy afligen á la humanidad. Entonces no había un pie de terreno en todos los alrededores del lago, que no fuese de los nobles, excepto el terreno que ocupa el pueblo y unos pocos campos del Oriente, en que los plebeyos cultivaban sus patatas y sus coles. Hasta el bosque, que ahora, en su mayor parte, ha pasado al Estado con el hotel, era de los Griebenows. Entre todos componían siete familias; al Oeste, los Brandt, los Wendelins, los Liliens y los Baldows; al Este, los Voigts y los Griebenows, y por último, nosotros, los Randows, aquí, en el Norte, enfrente del pueblo. Aquí soñó una noche vuestro abuelo, Ulrico Ottomar, cuyos nombres lleváis vosotros, exactamente el sueño de Faraón, de las siete vacas gordas y las siete flacas; sólo que las vacas no salían del Nilo, sino del lago. Y explicaba, como hombre pensador que era, el extraño sueño, así. Decía que aquel feliz estado de cosas alrededor del lago no subsistiría, sino que el pueblo se uniría con los reyes para arrebatar de manos de la nobleza la propiedad.

(1) Gelbert, fabulista y cuentista alemán. 1715-1739.—*N. T.*

Con este motivo las siete familias debían unirse, hasta tanto que Dios les devolviese su gracia, en estrecha alianza, mostrándose dignos de ella, y firmar un pacto de mutuo auxilio en la adversa fortuna. Y para demostrar su común acuerdo y fidelidad, todos los años después de la cosecha debían reunirse en una fiesta. Y para evitar que se encendieran envidias, discordias, odios, no se habían de reunir en los palacios, sino en el hotel del lago, que si bien está en el suelo de los Griebenows, lo tienen en enfiteusis los Blandows, por lo que podía considerarse como terreno neutral.

Todo ha sucedido como vuestro abuelo Ulrico Ottomar lo pensó y trazó. Y todos los años, con excepción de unos al principio del siglo, en que la guerra estaba en todo su furor, celébrase esta fiesta, llamada de la Nobleza del Lago. Por lo demás, sucedió lo que predijo: las siete vacas flacas salieron del lago, y no nos hemos podido defender de ellas á pesar de haber cumplido el pacto fiel y puntualmente. Primero fueron desposeídos los de Voigts, y sus bienes pasaron al municipio. Después tuvieron que vender los Griebenows su media heredad al Estado, y si hoy están afincados en el lago los Arnelfds en vez de los Lilien, sus bienes han pasado por manos plebeyas.

Esta, queridos hijos, es la historia de la fiesta de la Nobleza del Lago, y espero que permaneceréis fieles al pacto que vuestros padres juraron, ya que si Dios ha querido que sea una realidad el sueño de vuestro padre, como ya está cerca de serlo, no lo sea tan pronto.

Ulrico se rió. ¡La vieja letanía! Verdaderamente, no se le había olvidado ni una palabra después de tantos años.

Después cubrióse de nubes su frente y miró con expresión sombría su vaso. ¿No había sido el respeto á esta tradición de sus abuelos, aprendida en la infancia, lo que le impulsó, á la muerte de su padre y hermano, á unir á sus preocupaciones las de los Asfelds, salvando, con grave apuro suyo, para la viuda del general, la finca de Seehausen, cuando su marido realizó las otras dos de sus antepasados para pagar las deudas de jue-

go y de otras clases? Ya entonces no le quedó duda de que no podría evitar la ruina definitiva de la generala, acarreada por su desmedida vanidad y extravagantes pretensiones. Entonces sintió la más viva compasión por la pobre joven, modesta y aplicada, hija de aquel modesto y aplicado burgués, y á quien su madre tenía en desdeñoso abandono. Después, cuando creció, ¡Dios mío! ¿no la había amado? ¿No había transcurrido feliz el primer año y medio de su matrimonio? ¡Sí, sí! Y, sin embargo, no tuvo más que aparecer Lida, para saber que lo que tenía por felicidad sólo era un crepuscular reflejo de la luz que el verdadero amor irradia.

¡El verdadero amor! ¿Quién se atreverá á afirmar que lo siente? Él lo creyó cuando amaba á Lida. Y al ver á Eleonora sintió lo mismo que sintiera al conocer á Lida. ¿Era sólo un olvido de su primer sentimiento? Entonces tanto valía un amor como el otro. ¿O hay una escala en el amor, y nadie puede decir: este es el grado más alto? ¿O exige cada edad de la vida su propio amor? Si el jovenzuelo necesita otro ideal que el joven, y éste otro que el hombre maduro, podía esperar que dentro de diez años la imágen de Eleonora palideciese como la de Lida hoy.

Si esto era así, y durante aquellos últimos tiempos lo venía pensando, el matrimonio, en su organización actual, era un contrasentido, ó mejor, una tiranía, una tortura, un lecho de Procusto que despedaza al fuerte hasta reducirle á su medida natural.

Y, sin embargo, había quizá otra solución: la de que así como el hombre se desarrolla física y moralmente, la mujer, por su parte, debe sufrir una metamorfosis equivalente, y que la mujer madura diste de la joven inexperta tanto como ésta de la doncella, cuya vida es un semisueño.

Este era el punto en que había de apoyarse la palanca para hacer de la inmoralidad del matrimonio algo moral que no afrentase al hombre más libre. Y justamente esto era lo que, en su opinión, donde Herta le había dejado solo. Actualmente

era la misma que hacía doce años; la misma alma leal que pensaba siempre en los demás, amante, ansiosa de amor, un corazón de oro. Y su horizonte espiritual era el mismo que entonces, ni una línea más amplio. Y sentir ahora cómo se ha tratado de amoldarse, al principio, por galantería, á esta estrechez, haciéndose traición á sí mismo hasta que el genio no puede soportar por más tiempo, se rebela y acaba por destruir la bóveda del templo convertido en terrible prisión, y caen los pedazos sobre las frentes de la confiada mujer y de los inocentes niños.

Ulrico saltó aterrorizado, como si hubiera visto un monstruo salir del lago que fuera hacia él con sed de venganza. Unos minutos después montaba á caballo, saliendo al trote largo, seguido de las atónitas miradas del Sr. Blandow, que no pudo menos de decir á sus huéspedes del pueblo que el señor barón había vuelto muy cambiado de su viaje, como si no tuviera bien la cabeza.

## CAPÍTULO VI

La carretera, siempre cerca del lago, el cual dejaba ver de tiempo en tiempo por entre los árboles, seguía casi constantemente por espeso bosque. El camino, habitualmente poco frecuentado, estaba aquella calurosa tarde de estío completamente solitario. Fuera de algunos jadeantes peatones, sólo encontró Ulrico al correo que enlazaba con el tren; un ramal terminado años antes, que unía el pueblo con la línea principal. Por otra parte, reinaba profundo silencio; el mismo ruido de los cascos del caballo era apagado por la espesa capa de polvo que cubría el camino. Arriba, agitaba de cuando en cuando las copas de los árboles una ligera ráfaga que venía del lago; abajo, dominaba sin interrupción un calor sofocante. Justamente igual que la tarde de Norderney cuando volvían de las blancas dunas. Justamente, lo mismo que ahora, había sentido aquella opresión en su alma que se traducía en dolor físico sobre el co-

razón. Pero después vino la tempestad, trayéndole aquella dulce y adorable criatura, y él imaginó que había despuntado la aurora que debía indemnizarle de su larga noche de sufrimientos. ¡Cuán pronto se disipó el ensueño!

¡No y mil veces no! ¡Aquello no podía ser un sueño. Su vida de ahora y la anterior, sí habían sido un sueño árido; lo otro era la vida exuberante, que sólo pudo desaparecer porque la primera sorpresa le había robado el sentido.

¡Aquello no podía volver, cielo santo! ¡La dicha no podía encontrarle otra vez tan infantilmente ciego y torpe! Reaparecería de nuevo en la misma dulce figura. Y entonces no la dejaría escapar, aunque tuviera que beber la muerte en sus labios.

¡Y con cuánta terrible precisión recordaba los felices instantes en que la tuvo en sus brazos aquella noche en el jardín y bebió sus besos. Tan fuerte fué la sensación de su recuerdo, que no pudo contener un grito. Y picó espuelas á Robín, galopando por el bosque como si corriera en pos de su perdida felicidad.

Su rápida carrera le llevó un cuarto de hora antes al pueblo, cuyo empedrado resonó bajo los cascos de su caballo. Llegó al paso hasta el pequeño mercado de delante del hotel de Hermaun Meink, «La Corte de Berlín». El caballo estaba bañado en sudor. Le había dicho á Herta que tenía que hacer en el pueblo. Una consulta á su abogado; una cuestión de linderos que un vecino querellante había promovido durante su ausencia, según le comunicó Pasedag. No estaba en lo más adecuada situación de ánimo para tratar este asunto, pero... ya estaba allí, y Robín necesitaba una hora de descanso. Así, pues, trató de ver al doctor Micaelis, cuya joven esposa estaba sentada con una amiga en el banco de delante de su puerta. El doctor no estaba en su casa. Había ido á despedir á un oficial que partía al día siguiente, y como teniente que era del regimiento. Ulrico dió las gracias á la señora por su amabilidad, y rehusó el ofrecimiento que ésta le hizo de mandar á buscar al doctor; el asunto no corría prisa; ya volvería mañana á hora más oportuna.

Siguió la calle adelante. Ésta desembocaba en una plaza

adornada de árboles y bancos, ante la cual se extendía el lago, y en donde estaba el sitio que en el pueblo llamaban «El Puerto». Unos puentes construídos en el agua, entre los cuales se movían el remolcador, dos yates del consejo de comerciantes y del club de oficiales, media docena de lanchas de carga y dos docenas de embarcaciones remeras grandes y chicas.

Ulrico sentóse en un banco y dejó vagar su mirada sobre el lago, sobre cuya superficie, tersa como un espejo, se reflejaba la última claridad de la tarde, cada vez más pálida. A mano derecha, en casi interrumpida serie, el bosque por donde había venido; á la izquierda, la orilla, con sus lomas y praderas, de la cual sólo se destacaba á lo lejos la oscura masa de árboles de Seehausen. El lado opuesto, en donde estaba situado Wüstenei, estaba ya cubierto por un velo de niebla ligeramente azulada; se hubiera podido creer que detrás de aquel velo se extendía la infinita superficie del mar.

El mar, que se extendía ante ellos cuando estaban sentados en las dunas, él un poco más bajo que ella, para poder mirar sus ojos. Hablaban de países lejanos, de filosofía, de arte y de poesía. Después tuvo ella una atrevida ocurrencia, y rió con risa dulce, suave y melódica, como nunca había oído de labios de mujer. Y después, de pronto dió un salto y se puso en pie, y él se quedó aún sentado un momento para recrearse en su esbelta y flexible figura, que se recortaba deliciosamente en el cielo de la tarde. Y ella le llamó riendo: «Si no se levanta usted pronto, se lo digo mañana á Ottendorf para que le ponga á usted en la mesa de la cocina y no le dé pasteles.»

¡Oh dulces, dulces horas! ¡Y no había un dios compasivo que le devolviese un solo minuto de aquella felicidad! Aunque estuviera en el fin del mundo, iría á buscarla, y se creería recompensado con sólo poder tocar el borde de su vestido.

Despertó de su meditación, miró alrededor con ojos extraviados, y debió preguntarse cómo había llegado hasta allí. En el banco vecino había tomado asiento una pareja enamorada. El joven hablaba con vehemencia, la muchacha clavaba en él

los ojos y luego los bajaba. Por lo demás, el bosquete estaba desierto. Sólo en el puente situado ante él había un señor que miraba al lago. Estaba de espaldas á Ulrico. Éste pareció reconocer la figura. ¿No era el conde Guido Wendelin? En su misantropía levantóse, tratando de evitar el encuentro; pero en aquel instante Guido volvióse, le vió, le reconoció y fué hacia él apresuradamente. No podía pensarse en escapar.

—Querido Randow, ¡qué placer encontrarle tan inesperadamente!

Guido cogió las manos de Ulrico; en sus ojos brillaba una alegría tan sincera, que Ulrico no pudo resistirse.

—Lo mismo que yo—contestó;—pero ¿cómo usted aquí? Le creía á usted en Hannover.

—He llegado hace dos días. He estado cerca de una semana en Berlín. Si no, ya hubiera estado en Wüstenei, naturalmente. Supe en Berlín, por su suegra, que había usted vuelto, ó debía usted volver uno de estos días.

—Entonces, ¿tras de la antigua pista?

—¿Cómo piensa usted eso? Yo... yo... pero ya hablaremos detalladamente en otra ocasión. Ante todo, querido, ¿cómo le va á usted? Me parece que...

—No tengo buen aspecto. Todos dicen lo mismo. Lo comprendo, porque no estoy bien.

—De veras lo siento. Francamente, yo tampoco me encuentro muy bien. Proyecto un largo viaje. Ya hubiera partido, pero mi mamá me inspira cuidado.

—Yo lo siento á mi vez. Sé cuánto quiere usted á su madre.

—No tengo nadie más en el mundo. Y usted, naturalmente, ¿es usted amigo mío?

—Creo no haberle dado á usted motivo para dudarlo, Guido.

—¡No por Dios, nada de eso! Ha sido una pregunta estúpida que he hecho impensadamente. Es que estoy en una situación de ánimo que me hace dar á su amistad de usted más valor que antes.

—Por lo visto, la pequeña maga de Kitti le ha puesto en ese estado.

—Por Dios, Randow, le juro á usted que se equivoca, que se equivoca completamente.

—Entonces, permítame usted que le dé la enhorabuena.

—¿Por qué?

—Por eso, por haberme equivocado.

Los ojos de Guido parecían saltar angustiosamente de sus órbitas.

—¡Ah, sí!—dijo marcando la frase sí, naturalmente.—Pero sabe usted, Randow, ya le he suplicado que no sea usted irónico conmigo, sino siempre claro, de modo que yo le entienda .

—¡Si alguien le oyese á usted hablar así!

—Es mi carácter; no soy de una inteligencia clara. Es mi desgracia. Nunca lo he comprendido como hoy.

El joven gimió y miró con triste gesto ante sí. Por muy preocupado que estuviese con sus melancolías, Ulrico sintió compasión por el pobre hombre, del cual había sido siempre consejero.

—Sufre usted, Guido—dijo.—Dígame qué tiene. Quizá pueda yo ayudarle; por lo menos, aconsejarle.

—Si usted lo supiera, me aconsejaría que me tirase al lago.

Ulrico sonrió; no le parecía natural; y, sin embargo, un par de horas antes había querido él hacer lo propio.

—Eso siempre queda tiempo para hacerlo. Por el momento debemos pensar en volver á casa. ¿O piensa usted quedarse en el pueblo?

—¡Dios me libre! Voy á Salchow. Sólo he venido aquí por hacer algo.

—Se comprende. He venido á caballo. Volveremos juntos. Bastante calor he cogido hoy en el bosque. ¿Va usted á casa Meink?

—Naturalmente. Es decir, no he hecho más que detenerme; ni siquiera he desensillado.

—Tanto mejor. Mi Robín habrá descansado entretanto.

Los dos amigos echaron á andar por la calle del puerto. Ya empezaba á oscurecer. Cada casa tenía á la puerta su banco, y en cada banco charlaban la madre, la tía y las hijas mayores, mientras que los niños jugaban en las calles. También la señora del doctor Micaelis estaba en el mismo sitio. Ante ella había un señor, que cuando Ulrico pasó saludando, volvióse: era su compañero de Universidad, Odebrecht. El señor Odebrecht hizo en aquel instante un movimiento como para ir hacia él; pero al ver á Guido, contentóse con hacer un cortés saludo, y volvió de nuevo á hablar con la dama. Guido dijo algo que Ulrico no oyó. Pensaba en la tarde en que creyó reconocer á Odebrecht estando con Eleonora. Entonces confiaba, y confiaba aún, en haberse equivocado. Conocía la mala lengua de aquel hombre y la habilidad con que quitaba el pellejo á sus conocidos. Y hubiera dado cualquier cosa por evitar la maledicencia en esta ocasión, al menos por ese lado.

—¿Está usted aún en malas relaciones con Odebrecht?—dijo Guido.

—Tratamos de vernos lo menos posible. Aquí es menos fácil hacerlo que en Norderney, donde creo que no nos hemos visto cuatro veces, á pesar de haber estado el mismo tiempo.

—¿Lo pasó usted bien en Norderney?

—Tan bien, que daría diez años de mi vida por volver á estar una hora en las mismas condiciones.

Guido le miró con expresión interrogadora, pero no contestó.

El criado de Guido llegaba lentamente á la puerta de «La Corte de Berlín» con los dos caballos. Mientras ensillaban á Robín, pidió Guido una botella del Rhin, y se la hizo servir en una mesa delante de la casa. Siempre había tiempo para beber un vaso cuando dos amigos se encontraban después de muchos meses de ausencia. ¡Era raro! Él no acostumbraba á beber; pero de algún tiempo acá, sentía un indomable deseo. Su mamá decía que eran los nervios. ¿Si Ulrico se encontraría también en el mismo estado de neurosis?

Ulrico dijo que ya le había pasado varias veces en su vida, sólo que no había podido conseguir que sus nervios mejoraran por ese régimen.

—Sin embargo, por el momento—dijo Guido sirviéndose un vaso y bebiéndolo de un trago.—La vida se compone de momentos.

—Se vuelve usted filósofo, Wendelin—dijo Ulrico.—Y luego pensó: Es Kitti. ¡Pobre muchacho!

—¡Quisiera serlo!—dijo Guido.—Se hace otro papel ante las damas.

—Según qué damas sean, querido amigo. Conozco varias que hacen la cruz ante los filósofos y ante la filosofía.

—No será la que yo digo. Hablo de una naturaleza escogida... naturalmente.

—Las excepciones no hacen regla.

—Pero existen.

—No nos preocupemos de las excepciones. Que vivan—dijo Guido con entusiasmo.—Y dejó el vaso vacío con tanta fuerza en la mesa, que se hizo pedazos.

—Buen augurio—dijo Ulrico.—Y ahora, si usted quiere, vámonos.

—¿Quiere usted otro vaso?

—Por nada del mundo. Sabe usted que tengo que hacer larga jornada.

Montaron, y cabalgaron por la estrecha calle, seguidos del criado. Cada vez se hacía más oscuro. Sin embargo, no había luces en las casas; sólo en el casino, por donde pasaron, estaban iluminadas las ventanas del piso principal. En las afueras, entre los pensiles, estaba más claro; y al salir al campo, una rojiza claridad del poniente, que se extendía en tonos cada vez más pálidos casi hasta el cenit, les hizo olvidar que el día había acabado una hora antes.

*(Continuará.)*

# CRÓNICA LITERARIA

Varios novelistas.—*La dama errante,* por Pío Baroja.—*Los vencedores,* de Ciges Aparicio.—*La sangre de Cristo,* por J. López Pinillos.—Las últimas novelas de Trigo.—*La historia de un escéptico (Tierra de Santos* y *La hora trágica),* de Alberto Insúa.—*Fuente Ovejuna,* por Alfonso Jara.—*El pantano de Elisa,* por Luis Maldonado.

La elección de asunto es una de las dificultades de estas Crónicas. Los asuntos se amontonan de Crónica á Crónica. Hay demasiada producción literaria, aun dejando á un lado género tan extenso é importante como el dramático, para que puedan dar abasto á la reseña unas cuantas páginas mensuales. De ahí que se hable de los libros con tan considerable retraso, y hasta que no se hable de los que van quedando más rezagados y distantes.

Para completar la reseña de novelas recientes á que he consagrado las anteriores Crónicas, voy á tratar en ésta de varios libros de dicho género, escritos los más de ellos por novelistas nuevos, por los que alguna vez he llamado novelistas menores. Y claro está que, tratando de meter en este artículo á media docena larga de novelistas, ha de ser muy sucinta la noticia que se dé de sus obras.

No necesito decir que no incluyo entre esos novelistas menores á Pío Baroja. Es un novelista hecho, de los más fuertes y originales que tenemos, de los que poseen una manera más personal. Su labor novelesca es copiosa. Baroja ha publicado una docena de novelas, tantas como Blasco Ibáñez, aunque son más breves los libros de aquél. Para ahorrar trabajo á los clasificadores, él mismo las divide en varios grupos: *La vida fan-*

*tástica,* que comprende *Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox*, *Paradox, Rey* y *Camino de perfección; El pasado* (tres novelas: *La feria de los discretos*, *Los últimos románticos* y *Las tragedias grotescas); La lucha por la vida (La Busca*, *Mala hierba* y *Aurora roja);* esta trilogia es, á mi parecer, lo mejor de Baroja; *Tierra vasca* (*La casa de Aigorri* y *El mayorazgo de Labraz*). La última de sus novelas publicadas, *La dama errante*, inaugura un nuevo grupo, que se llama *La raza.* He hecho esta enumeración, porque generalmente no se tiene idea de lo vasta que es ya la biblioteca novelesca de Baroja. Á mí, que soy lector asiduo de sus libros, me ha sorprendido hacer la cuenta y ver que había publicado ya una docena de novelas.

*La dama roja* se asemeja en el estilo y en la manera de desarrollar la acción al grupo de novelas que llevan el título general de *El pasado,* y no son las mejores de Pío Baroja; novelas de aventuras, que tienen una marcha demasiado rápida, y no nos ofrecen la aguda é intensa visión realista de *La busca*, que es, con su segunda y tercera parte (*Mala hierba* y *Aurora roja*), la novela moderna picaresca por excelencia, tan espontánea, de tan aguda observación psicológica y tan castiza en todo, menos en el lenguaje, como en las antiguas. Sin embargo, *La dama roja* me parece superior á aquellas novelas de *El pasado.*

En ella mezcla Baroja lo histórico con lo imaginado. Ha tomado por punto de partida del argumento un suceso reciente que todavía chorrea sangre, puede decirse: el atentado de la calle Mayor el día de las bodas regias, atrevimiento que no apruebo, porque estos acontecimientos dolorosos necesitan que el tiempo los sumerja en un baño de olvido para pasar á la región del arte, donde una exhibición prematura puede herir sentimientos y despertar protestas. Baroja examina aquel acontecimiento de un modo puramente intelectual, con una curiosidad fría de observador que choca con el común sentir. Parece que ha puesto entre su libro y el suceso una barrera de

años; pero es seguro que á la mayoría del público no le sucede lo propio, y esa frialdad de visión, ese objetivismo indiferente, parecerá á muchos inhumano. Hay que achacarlo al temperamento artístico del autor, mucho más intelectual que emotivo.

La parte de *La dama roja* que trata de aquel trágico acontecimiento, no se ajusta á la realidad histórica. El novelista conserva la imagen real y verídica de algunos personajes (Brull es una reconstrucción psicológica de Morral), pero á otros los altera y muda ya el carácter, ya las vicisitudes por que pasan. El doctor Aracil es un Nakens que no es Nakens. La fuga de este sujeto, acompañado y alentado en ella por su hija María (la dama erante), llena la segunda parte de la novela, que adquiere espíritu castizo y ambiente picaresco en las peregrinaciones de los fugitivos por caminos y pueblos extraviados hasta llegar á Portugal. El aspecto de *nomadismo*, de vida vagabunda que descubre esta segunda parte del libro, es muy interesante. El lenguaje, descuidado, desnudo de toda preocupación retórica, pero expresivo, claro y enérgico, es el corriente en las obras de Baroja. La novela, aparte de la frialdad y la falta de sentimiento de solidaridad social que en ella se observa, ofrece muchas observaciones psicológicas hondas y certeras. María es un verdadero carácter que contrasta con su padre el doctor Aracil, un anarquista de la clase de aficionados, charlatán y badulaque.

*
* *

El Sr. Ciges Aparicio llama novela á su libro *Los vencedores;* pero es una novela sin novela, sin argumento ni acción, compuesta de una serie de escenas en formación lineal. Es un libro del mismo género que *Del cautiverio*, *Del hospital*, *Del cuartel y de la guerra*, *Del periódico y de la política*, que tienen algo de autobiográficos, de relato de aventuras y exposicion de observaciones é impresiones del autor. Creo que estos libros que acabo de citar no llevaban el nombre de novelas, pero podían pretenderlo con el mismo título que *Los*

*vencedores;* es decir, con un título tan remoto é incompleto como es el de estar escritos en estilo novelesco, dramatizando los sucesos, pintándolos, poniéndolos en acción, en vez de contentarse con una forma pura y escuetamente narrativa. Esto no basta para que un libro sea considerado como novela, por muy lato que sea el sentido que demos á esta denominación.

El Sr. Ciges Aparicio ha elegido por lugar y objeto de su obra una zona minera de Asturias. Su propósito ha sido pintar la tiranía capitalista y la tiranía religiosa asociadas para mejor oprimir cuerpos y espíritus. Excusado es decir que, siendo el Sr. Ciges Aparicio un revolucionario, un combatiente, y no un observador neutral, la pintura que hace del régimen industrial de aquella comarca tiene todos los caracteres de una diatriba, y es sumamente sospechosa de parcialidad. Además, el autor de *Los vencedores* introduce en su relación personajes en quienes muchos pueden ver retratos de personas de carne y hueso; retratos trazados por la pluma de un retratista sañudo, que de todo ha tratado menos de lisonjearlos, y alude también al parecer á intimidades de la vida privada, penetrando en un terreno personal que debe estar vedado, por punto general, al Arte.

Blasco Ibáñez, que también es parcial, pero que es novelista, ha tratado este punto de la opresión capitalista y de la opresión religiosa en sus novelas *El Intruso* y *La Bodega;* pero ha hecho verdaderas novelas, y no se ha contentado con referir lo que se contaba en Bilbao ó en Jerez del fanatismo de tal ó cual rico industrial y de las luchas entre proletarios y capitalistas. El Sr. Ciges Aparicio ha recogido materiales de información semejantes, se ha documentado á su manera respecto de un determinado medio social, pero no ha llegado á hacer la novela. Su libro nos deja la impresión de que el autor ha ido al distrito minero de que se trata llevando ciertos prejuicios é ideas; allí ha observado algunos hechos, ha hablado con algunos individuos, ha oído historias ó cuentos referentes á sucesos y personas, ha formado con todo eso un juicio, y

nos refiere sus averiguaciones en forma animada y dramática. El Sr. Ciges es un buen escritor; su prosa es limpia y correcta; sabe dar colorido á las descripciones y emocionar al lector. Hay en sus escritos cierta poesía difusa y cierto sentimentalismo humanitario, que ponen á veces una nota suave entre las crudezas de la sátira. Estas cualidades hacen que *Los vencedores* se lean con interés y no cansen.

***

Entre los novelistas nuevos, el Sr. López Pinillos es uno de los que han manifestado mayor originalidad. Se distingue profundamente de los noveladores que tiran á un psicológico complicado y enfermizo, gustan de pintar costumbres urbanas y medios literarios y artísticos y usan un estilo repintado y compuesto como una cocota. La novela de López Pinillos, *La sangre de Cristo*, no se parece á ninguna otra de las publicadas recientemente. Tiene una riqueza extraordinaria de léxico, cualidad que ofrece la ventaja de remover el terruño del idioma y sacar á la superficie vocablos olvidados ó poco usuales en el habla urbana y letrada, mucho más pobre que el habla popular. En cambio, el uso de muchas voces desusadas tiene el inconveniente de fatigar al lector. No es grato tener que echar mano al diccionario á cada paso para entender á un autor. El estilo del Sr. López Pinillos es un estilo craso, orondo, alegre, bullicioso, que no pára de hacer cabriolás y dar zapatetas y no se está quieto un momento. Tiene algo de pantagruélico, evoca la imagen del cura de Meudon ó la de nuestro arcipreste de Hita, tal como se le figuran hoy muchos á través de los siglos y del modernismo.

En *La sangre de Cristo* apenas hay asunto, pero hay plétora de movimiento y de colorido. Es una especie de poema báquico, la descripción de una inmensa borrachera colectiva, el mito moderno de la introducción del vino en un pueblo que antes no bebía más que agua, novedad que, como es de pre-

sumir, altera profundamense las costumbres y produce un sinnúmero de excesos. Tiene este libro gran fuerza cómica en algunos pasajes, un humorismo meridional, tal vez un poco tarasconense, que mezcla lo serio y la baladí en sus zumbas. Es una obra que debe leerse, que esparce y refresca el ánimo y que puede servir de triaca ó de descanso de los libros tristes y grises á que propenden nuestros psicólogos, empapados, cuando se sientan á escribir, de la melancolía contemporánea, que en muchos casos no es más que una postura teatral.

*
* *

D. Felipe Trigo es un novelista conocidísimo. Ha producido ya bastantes libros, y, sobre todo, ha creado un tipo especial de novela erótica en que todo es personal, desde el estilo á la psicología. El Sr. Trigo cree que el mundo anda perdido por lo mal ordenadas que se hallan las relaciones entre los sexos. Unas veces nos parece misógino y otras feminista, lo cual puede conciliarse proponiendo como fórmula de transacción que es misógino respecto de la mujer actual y feminista respecto de la del porvenir, ó sea del tipo de enamorada que él espera que llegará á formarse con el progreso de los tiempos y la evolución de las costumbres. Ha pintado con delectación en sus novelas una serie de Tenorios irresistibles, que se parecen bastante unos á otros, y una copiosa colección de mujeres enamoradas y generosas de sus personas. Tiene un estilo muy incorrecto y desordenado; pero ardiente, impetuoso y espontáneo, estilo que no carece de atractivo á pesar de sus descuidos y barbarismos. Es un estilo tan erótico como los asuntos de sus novelas, en las cuales hay muchos rasgos de sagaz interpretación de las almas y felices pormenores de observación al lado de no pocas extravagancias y de muchos pasajes escabrosos, en que el novelista actúa de psicólogo del libertinaje.

Las dos últimas obras del Sr. Trigo son una extensa novela titulada *La Bruta* y dos novelitas cortas: *La de los ojos de color de uva* y *Reveladoras*, reunidas en un volumen, que según

la costumbre francesa, ya establecida entre nosotros, lleva el título de la primera. *La Bruta* me parece inferior á *La Altísima*. Es una novela compuesta de un estudio psicológico de mujer, bastante confuso y embrollado, y una descripción de tipos y costumbres del hampa de pluma. A esto responde seguramente el subtítulo *Héroes de ahora*, que tiene un sentido irónico, pues los héroes que el Sr. Trigo nos presenta son unos bohemios sin vergüenza, matones y chantagistas, en quienes apenas queda algún sentimiento noble. Es una de las más tristes y repulsivas pinturas que han podido hacerse de ese bajo personal de la literatura, la que hallamos en *La Bruta*, y algunas señales hay de que el Sr. Trigo, en mayor ó menor medida, se ha inspirado en modelos de la realidad. Dícese que en toda familia hay un ahorcado. No es extraño que en la literatura, que como profesión está abierta á todo el mundo, haya gentes de tan ruin ralea como las que vemos en esta novela.

Y á todo esto, ¿quién es *La Bruta*?—se preguntará el lector que no conozca la novela. *La Bruta* es una mujer inteligentísima, hermosa, llena de perfecciones, que tiene la desgracia de casarse con un poeta que es un mal hombre, un perdido, sin pizca de sentido moral, que la explota aprovechando hasta los artículos que ella escribe y él firma y cobra; en resumen, una especie de rufián cuya conducta disculpa el adulterio de la heroína. La llaman *La Bruta*, porque ha desdeñado á un millonario, que por añadidura es un caballero, para casarse con el infausto poeta.

Hay en esta novela muchas construcciones viciosas. Desde el punto de vista de la forma literaria, el diálogo es lo más defectuoso. Como ocurre frecuentemente en los libros de Trigo, contrastan con estos pasajes descuidados, otros en que el estilo adquiere fluidez y belleza. Los tipos de esta obra tienen mucha vida, especialmente los literatos perdularios, á quienes antes se alude. Esta parte descriptiva de malas costumbres y malos sujetos literarios, es la más entretenida de la novela y lo más acabado y sólido que hay en ella.

*La de los ojos de color de uva* es una novelita en que el autor nos presenta, con bastante exageración, unos tipos de *demi-vierges* ó semidoncellas, que no se privan de nada, ni aun de fumar pitillos de cuarenta y cinco, á pesar de ser señoritas de buena casa El autor parece haber querido representar en una de ellas la frivolidad y la inconsecuencia de una mujer vanidosa y casquivana, que se enamora y se desenamora á contrapelo de la lógica. A esto podrá objetar el Sr. Trigo, y tendrá razón, que el amor no está sujeto á lógica, ó tiene su lógica particular; pero aun admitida la premisa, su heroína resulta artificial y falsa. *La de los ojos de color de uva* no es de las mejores producciones del Sr. Trigo. Más acertada me parece *Reveladoras*, escrita con mayor corrección que la generalidad de las obras del Sr. Trigo, y que pinta con más recato del que podía esperarse, dada la índole del asunto y la extremada libertad que se nota en las otras novelas del mismo autor, la iniciación de un adolescente en la vida sexual, ó si se quiere decirlo más clara y crudamente, la corrupción de un menor. Tiene esta novelita alguna bella descripción y algún tierno episodio, cuyo aroma idílico orea un poco el ambiente general del cuadro.

***

D. Alberto Insúa se dió á conocer primeramente como cronista de periódicos. Ha publicado, además de un libro que se titula *Don Quijote en los Alpes*, y contiene un estudio interesante acerca de Amiel, y otros trabajos de menor importancia; dos novelas *(Tierra de Santos* y *La hora trágica)* que forman parte de una serie, aun no terminada, que se llama *Historia de un escéptico*. El estilo de este escritor es terso, correcto y suficientemente expresivo: la acción de sus novelas se desenvuelve con facilidad. Tienen animación y movimiento; el diálogo es suelto y natural. Todo, ó casi todo, lo que pertenece á la parte formal del arte de novelar, merece aplauso en estos libros. Donde flaquean es en la concepción del protagonista,

que acusa cierta puerilidad. Es uno de esos tipos de descontentos de la vida, sin razón, faltos de voluntad y de nervio, que pululan en la literatura moderna y que en la vida real nos parecen unos majaderos ó unos farsantes, pero en la novela pretenden á lo mejor pasar por personajes extraordinarios. La afectación de desdén y de indiferencia, característica en estos tipos literarios, se extrema demasiado en el D. Alfredo Sangil de la *Historia de un escéptico*. El novelista no logra convencernos (hablo por mí) de que su héroe sea más que un pobre hombre, lleno de presunción, que tiene el orgullo—un inmenso orgullo—vuelto hacia dentro, y aparenta no interesarse por lo que los demás hombres apetecen, aunque en realidad hace lo mismo que ellos. *La hora trágica*, que es la más reciente de estas novelas, emprende también la pintura de las malas costumbres de literatos y artistas, pero lo hace con menos intensidad que el Sr. Trigo en *La Bruta*, aunque casi con la misma crudeza. Creo que ambos autores padecen cierto engañoso espejismo, al dar tanta importancia á este rincón de las costumbres, á esta zona de la mala vida madrileña, que al público le interesa poquísimo, y por lo general sólo entretiene á los que, estando enterados de los chismes que corren entre la bohemia literaria, buscan en estos episodios novelescos las huellas de las alusiones personales. El asunto, en general, tiene poco valor artístico y no muy grande trascendencia social, por tratarse de un círculo muy limitado, de una reducida esfera del hampa de levita. La primera novela del Sr. Insúa tenía un marco más castizo, más austero y elevado: Avila, la tierra de Santa Teresa, y esto permitió al novelista intercalar algunas descripciones acertadas. *La hora trágica* acusa progreso en la técnica novelística, en el procedimiento y factura, pero algo decae en cuanto al interés psicológico.

D. Alfonso Jara ha hecho sus primeras armas como novelista en una novela de costumbres aristocráticas titulada *Fuenteovejuna*. Se muestra en ella escritor de buena ley, de estilo suelto y elegante, de fácil y discreta vena satírica. Esta

obra, escrita en forma epistolar, tiene poco desarrollo episódico; pero por su ingenio, por el feliz desarrollo de su acción, la acertada pintura de los personajes y el pensamiento moral que la anima, deja una impresión muy favorable. Acusa más observación que inventiva. Probablemente está basada en un lance de la vida real, y algunos de sus personajes tienen visible parecido con individuos vivientes. Advertirá el lector que los novelistas nuevos muestran una decidida propensión al retrato. El asunto de la novela del Sr. Jara es la lamentable historia de un joven de la clase media, que en vez de contentarse con la dorada medianía que le ha deparado la fortuna, ó de emplear su actividad en cosas útiles, se empeña en salirse de su esfera, y cifra todos sus afanes en alternar con los elegantes de la corte y llegar á ser uno de los individuos de la crema. Esta manía le cuesta muchas humillaciones y sinsabores, le hace malgastar su caudal, y, por último, le conduce al suicidio. La moraleja de la novela expresada en su título *Fuenteovejuna* (la castiza Fuenteovejuna que mató al comendador), es que al desdichado suicida no le mató nadie en particular, ni mujer ingrata, ni amigo desleal, sino la sociedad entera, esa sociedad elegante que admite fácilmente en sus filas á cualquier intruso triunfante, y se ensaña despiadadamente con los vencidos.

D. Luis Maldonado ha llevado al teatro y al libro excelentes escenas de costumbres charras. De este reducido marco regional ha sacado páginas primorosas. Su novela *El pantano de Elisa* no tiene gran profundidad psicológica ni mucho desarrollo episódico, pero está escrita en muy puro y elegante castellano, y contiene algunas descripciones de subido valor estético. La del paso de los rebaños que van de cañada es una página bucólica de intensa y serena belleza clásica, en que parece revivir la antigua vida pastoril de lejanas edades. Sólo por este pasaje merecería citarse entre las novelas recientes la del Sr. Maldonado, que es además un libro sano, de despejado ambiente moral.

Por las breves noticias que anteceden y que no agotan ni mucho menos la producción novelesca reciente, puede juzgarse de la variedad de estilos y tendencias que se observa entre los nuevos novelistas españoles que ya han conseguido cierto renombre. No es suficiente el número de las citadas obras ni el brevísimo período que representan en la historia de la novela, para sacar inducciones. Si alguna pretendiese formular, sería que entre esa nueva generación de novelistas (exceptuando á Baroja, cuya personalidad hay que poner aparte) la observación supera en mucho á la inventiva.

E. Gómez de Baquero

# REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Literatura: Los «visionarios» y «aristócratas».=Psicología infantil: La conciencia del niño.=Historia: El martirio de Polonia.=Biografía: Talleyrand en el retiro.=Crítica: La deformación americana del castellano.=Cuestiones sociales: La defensa del rico.=Impresiones y notas: La «Marcha fúnebre» de Chopin.—¿Ha contribuído la difusión del saber á la felicidad de los hombres?.—El rayo y el agua subterránea.—La educación de los sentidos.

## LITERATURA

Los «visionarios» y «aristócratas».—Así se titula la nueva escuela poética á cuya presentación dedica un artículo en *La Revue Lacaze-Duthiers*. En un *Llamamiento á la juventud*, lanzado al público, y que demuestra el propósito de romper el sistema de aislamiento en que últimamente habían vivido, los cultivadores de la poesía se dirigen «á todos los que quieran descubrir la vida»: «creamos un movimiento de acción de arte para hacer penetrar más belleza, más claridad y más cariño en todas las formas de la actividad humana; somos una mutualidad de ilusionados, un sindicato de idealistas; queremos obrar por el cariño y el entusiasmo».

Junto á este *Llamamiento* aparecía el primer número de la *Feria de las Quimeras* con el manifiesto *Nosotros* del nuevo grupo de «artistas y literatos unidos en una comunidad de tendencias con el nombre de *visionarios*, expresión del ideal humano, de los que quieren descubrir la belleza en la vida» y «afirman que tienen la insensata ilusión de creer en la belleza de su visión del mundo», incurriendo en la enorme paradoja de amar la vida y de decirlo. «Tienen conciencia» de la fuerza

creadora de la visión artística», y tener visión es «expresar originalmente la armonía mundial con la armonía individual; es más que ver, es ver como se siente, con la educación entera de los sentidos y del pensamiento». «Los verdaderos artistas son visionarios; los visionarios creen en la belleza de su visión, y quieren hacer penetrar sus visiones propias en la conciencia de los demás.» «Los visionarios, por otra parte, son *aristócratas*, son creadores, son conscientes, son sintéticos, son racionalistas.» El manifiesto termina afirmando con arrogancia: «Nosotros somos los verdaderos artistas, los creadores de armonías latentes; creemos en el valor de nuestras propias visiones, pues sabemos que no han podido brotar sino del contacto fecundo de nuestros sentidos amorosos y de la materia vibrante; nosotros vemos, vemos; pero los demás verán también, porque nosotros haremos brotar sobre sus ojos cerrados iluminaciones de vida tan súbitas y tan ardientes, que abrirán los ojos de par en par ante un mundo transformado.»

Jorge Héctor Malé, uno de los poetas del grupo, ha precisado en una conferencia algunas de estas ideas: «El visionario, dice, no es el iluminado místico de ojos convulsos, de cráneo hundido para que en él penetren iluminaciones hiperestésicas; el visionario no es un mago, ni un profeta, ni un hieródulo de capillitas, ni un descubridor del ágora. Es sencillamente un hombre moderno que sabe ser hombre y moderno, que tiene su visión de la vida y que cree su visión tan verdadera, más verdadera que la vida, cuando la expresión artística ha estado á la altura de la visión. El visionario es el pintor, el poeta, el escultor, el dramaturgo, que considera el arte como la más noble función del hombre. El visionario es el que quiere hacer de la belleza un *hecho práctico* de la vida diaria. Es moderno; su cielo es el walhalla del trabajo, rojo de fábricas, erizado de hornos y chimeneas, estridente de rieles, gruñidor de mecanismos y vibrante del esfuerzo humano. Los visionarios son los artistas que interpretan la vida y la ciudad tales como han sido transformadas por la ciencia; en el arte de los

actuales tiempos representan una tendencia, preparada por valientes antecesores, y reflejan, en su arte, las preocupaciones de una época en que el hambre, el dolor y la rebelión rugen todavía en las ciudades de innumerables talleres.»

Entre los poetas de la nueva escuela, algunos se han creado ya un nombre ilustre. Banville d'Hostel, sin tener nada de académico, es sobrio y correcto; es el más clásico de los aristócratas; ha viajado mucho y ha formado su espíritu iniciándole en todas las formas de la belleza; es el poeta de la acción interior, y canta las esperanzas y las miserias estoicamente soportadas, el para qué de la vida, donde va y donde nos lleva. *El elegido*, *Epitafio frío*, *La balada del pobre*, *El santo* y *La Carmelita* son los más típicos de sus poemas filosóficos.

Gabriel Tristán Franconi es el contraste de Banville d'Hostel: es un visionario tumultuoso que se expresa como siente, con absoluta independencia y libertad. Jamás ha salido de París, y la vida se ha encargado de educarle. Le encantan todas los suntuosidades literarias, y su poesía salvaje está llena de imágenes originales y sutiles. Ha cantado la vida de los andrajosos, sus rebeliones y sus sueños, pero magnificándolos; sus poesías están llenas de sonidos, perfumes y colores, y tienen cierto encanto exótico, como si estuvieran escritas por un oriental. *Mnais*, *El vino claro*, *La Quimera*, *El carpintero*, nos dan la impresión de un poeta casi bíblico, aunque fiel al paisaje parisino.

Jorge Héctor Mai es otro visionario muy original: ve, ama y canta la vida presente, el esfuerzo humano, los cielos de taller, los mecanismos prodigiosos de la industria moderna, mezclando sin cesar el sueño y la vida, y tratando de entrever el mundo de mañana. Los *Cuentos de los tiempos futuros* son de inspiración proletaria; *La banda de los pies negros y de las bocas torcidas* es un doloroso relato de zahurda; *Las innúmeras calles* describen el tormento y la miseria de las ciudades; *La velada de las armas*, *Los lobos*, *La alegría*, *El llamamiento de los héroes*, son gritos de rebelión y de protesta contra el

martirio de los sacrificados. Jorge Héctor Mai es de los más resueltos á «descubrir la vida».

Bernardo Marcotte es altivo y voluntarioso. Espíritu pesimista, preocupado con la idea de la muerte, canta sus nobles símbolos en versos límpidos, y ocupa en el grupo un puesto aparte, siendo sus poemas más estimados *Las tumbas*, *La estatua* y *Los comediantes*. Andrés Colomer ve la vida en sus choques y en sus barullos, en su evolución incesante; y quiere, al describir la miseria de los harapientos, hacerles comprender lo que hay de bello en sus rebeliones; para el apostolado que se ha impuesto, le ha sido preciso romper el molde ordinario del verso, y sus poemas *En lo alto de la torre* y *En lo bajo de la torre* están en versos libres; en las *Pordioserías heroicas* ó en la *Charlatana de las cloacas* emplea el lenguaje popular de los golfos, que no deja de ser pintoresco; sus teorías de arte están expuestas en *¡Abajo los muertos!*, donde flagela sin compasión á los estetas, que vuelven la espalda á la naturaleza y á la vida.

No se crea por lo dicho que la nueva escuela se limite á la poesía; se extiende á toda la literatura, la filosofía, la estética, la crítica, lo sociología, el periodismo. Aspira á ejercer su acción sobre el gran público, y tiene al efecto un periódico, órgano del grupo, *La boca de hierro*. Y aun no contentos con este campo de acción, abarcan también el de todas las demás artes, y cuentan con entusiastas visionarios en pintura, en escultura, en arquitectura y en música, invadiendo de este modo todos los dominios del arte y de la acción humana.

Se trata, pues, de una literatura de voluntad, de energía, de acción francamente social; *La Feria de las Quimeras*, órgano literario del visionismo, no tiene director, ni redactor-jefe, ni secretario de redacción; sus fundadores la dirigen en colaboración, y todos ejercen allí funciones de redactores y de críticos. Y lo más original del caso ha sido el lanzamiento de la revista; los fundadores se proveyeron en la Prefectura de las licencias necesarias, y salieron gritando su periódico por las

calles, siendo inútil decir que se agotó en seguida la tirada.

Estos poetas visionarios, á pesar de su nombre, son gente práctica; lejos de vivir en el aislamiento en sus torres de marfil, como los simbolistas, se reúnen varias veces por semana, y su círculo está siempre abierto á todos los que tienen algo que decir. Para reclutar adhesiones, practican el reclutamiento por décadas, de modo que cada miembro del grupo se encarga de reclutar diez adhesiones, cada una de las cuales supone en principio otras diez. De este modo, su acción se ensancha extraordinariamente, y no sólo se extiende á las provincias de Francia, sino al extranjero. Además de los periódicos, órganos del grupo, se valen para su propaganda y para la difusión de sus ideas, de conferencias y conversaciones, espectáculos populares, conciertos, exposiciones y festivales. Su acción moral práctica se ejerce además por medio de «visitas de bondad á los interiores sin alegría», nueva fórmula del ejercicio de la beneficencia domiciliaria.

Para que nada falte al nuevo grupo, tiene hasta el apoyo de Anatolio France, quien ha prestado su aprobación al movimiento, declarando que le parece muy bien la constitución del grupo; pero que todavía le agrada más el propósito que tiene de interesar al pueblo por las cosas del arte; «hace mucho tiempo que los jóvenes se encaminan hacia el pueblo para hablarle, y han tenido que pararse en el camino; el pueblo no los ha visto». ¿Los verá ahora? De temer es que no, pero no por eso es menos laudable el intento de los visionarios.

## PSICOLOGÍA INFANTIL

La conciencia del niño.—Dice Neera, en la *Nuova Antologia*, que estando un dia á orillas de uno de los hermosos lagos italianos, oyó la voz de un niño oculto entre las yerbas, que gritaba sin que nadie le respondiese: «¡Mamá! ¡Mamá!» Al fin, una voz, saliendo del piso alto de una casa, contestó al niño;

pero ¿qué respuesta dió á sus gritos? La misma que se atribuye á Cambronne cuando le intimaron que se rindiese... Neera sintió agudísimo dolor: algo había sido ultrajado en ella misma, á través de la inocencia del niño, algo que es lo más sagrado que tenemos cada uno: la dignidad humana.

No son ciertamente las caricias las que faltan á nuestros niños. En el concepto materialista que se tiene de la felicidad, todo lo que puede contribuir á la mejora de lo externo, trajes, comidas, instrucción precoz y pasatiempos deleitables, todo se prodiga á los niños; y es que en general se los quiere, pero no se los respeta. La palabra grosera de Cambronne se escapa de los labios de padres que suelen estar bien educados, á poco que pierdan el dominio de sí mismos. Y no basta querer á un niño, si se olvida un solo instante que en las tinieblas de su conciencia ignara, nosotros representamos el faro.

En las familias de hogaño, el niño no oye hablar más que de dinero. «Fulano es ó no es rico; se necesita mucho dinero para vivir bien; el que gana mucho dinero es un buen partido; las chicas se casan si tienen buen dote. ¡Oh, qué hermoso es ser rico! ¡Si nos cayese el premio gordo!» Ese monstruo del dinero se apodera con sus mil tentáculos del alma de nuestros niños, y les hace formar un concepto de la vida que rara vez les permite orientarse hacia idealidades superiores.

Lo segundo que aprende el niño es la maledicencia: la amistad es una mentira; la virtud una hipocresía; el idealismo una extravagancia; todos los maestros son ignorantes, los ministros bribones, las señoras zorras, los hombres imbéciles. Así la ironía precede á la experiencia, y eso es un mal, porque hay que respetar en el alma del niño las ilusiones, que sólo el viento y las tempestades de la vida tienen el derecho de herir y de abatir.

La pornografía es otra mácula que hasta en el seno de las familias más honestas se introduce sin sentir, con el cuento, con la anécdota, con las alusiones: es difícil renunciar al placer de hacer reir á los comensales con un chiste verde. A veces,

ni aun necesita revestir esa forma; es un suceso del día, una gacetilla, el relato de una crónica vulgar, un hurto, una venganza, la descripción minuciosa de una operación quirúrgica, sombras negras todas que en la delicada película de la conciencia infantil dejan siempre su mancha.

Se dice que el niño no comprende, y es un error: el niño comprende siempre, lo comprende todo, aunque á veces comprenda al revés, y es peor. Si no comprende claramente el hecho, le queda la impresión de que papá y mamá han hablado de cosas feas, que se han reído de cosas que quieren ocultar, y la confianza del niño en el papá y en la mamá se va irremediablemente. El faro, en vez de dar luz, da humo.

El niño es un juez terrible: su conciencia pura va derecha al bien y al mal, sin atenuaciones ni términos medios. Hay muchos padres que precian que el niño sólo tiene deberes. No: el niño tiene también derechos: los derechos sacrosantos de su inocencia, de su credulidad, de su debilidad. Procrear es cosa de todos los animales; educar es propio del hombre, y no se educa ni se dirige á nadie si no sabe uno educarse y dirigirse á sí mismo. El desastroso concepto de la igualdad nos induce al error de creer que debemos hablar y obrar en presencia de nuestros hijos como hablamos y obramos ante nuestros amigos y compañeros, cuando es necesario hablar y obrar de modo que su inocencia no sea mancillada. Y esto no es hipocresía, es respeto, es deber.

La hereditariedad y la imitación son dos temas que los padres deben estudiar constantemente, y por ende corregirse á sí mismos para educar á los demás; presentarse en forma de ejemplo lo más perfecto posible, en vista de las copias que quieran obtener. Hace ya diez y siete siglos que un gran conocedor de los hombres dejó escrito: «En aquella edad (era niño) me divertía en jugar, y los que hacían lo mismo que yo me castigaban por ello; pero las ligerezas de los hombres se llaman negocios, y las de los niños son por los mismos hombres castigadas.» En diez y siete siglos no hemos cambiado mucho.

Y si de la familia pasamos á la escuela, las observaciones no son más consoladoras: el nivel moral está muy bajo, faltando en casi todas ellas el soplo ideal, el fuego que transforma la pasta indigesta del saber en el pan maravilloso que nutre el alma. Empezando por los libros de lectura que andan entre manos de nuestros niños, y aparte de contadísimas excepciones, ¡qué miseria de contenido educativo! Para conmover, no saben más que mostrar al pobrecito de costumbre vestido con harapos, y para hacer reir, no encuentran sino trivialidades de Bertoldino y Cacaseno.

¿Los maestros? ¿Y qué se quiere de los maestros? ¿Quién se ha cuidado jamás de pedir á un maestro la prueba de su educación, de su moralidad, de su elevación de miras? El maestro es un pobre diablo, que hace de maestro como habría hecho de capataz ó de empleado, para ocupar un puesto que le asegure el pan para la vejez. Suprimida la perspectiva de la pensión, la mitad de los concurrentes desertarían de sus clases. Aparte de esto, ¿no viene el maestro de una familia? Y si no ha tenido en su casa ejemplos de nobleza, si no ha crecido en una atmósfera sana, ¿qué puede esperarse de él? ¿Cómo podrá educar si no fué educado?

Observemos el hecho de que nuestros hijos, criados en un ambiente puro, cuando se han acostumbrado á la escuela, se transforman ante nuestros ojos maravillados é inquietos, brotando de sus labios inocentes palabras desagradables, y ejecutando actos ó haciendo gestos ó exponiendo ideas que nunca hubiéramos querido hallar en ellos. Entonces sentimos que multitud de invisibles enemigos está asediando á nuestras criaturas, y estrechándolas contra nuestro pecho, temblamos por ellas. Sólo cuando de las familias más ilustradas y más resueltas á cumplir todos sus deberes salgan hombres puros, tendremos la escuela educadora; entonces y sólo entonces.

## HISTORIA

El martirio de Polonia.—Enrique Welschinger, del Instituto de Francia, expone en la *Revue Hebdomadaire* los procedimientos á que apelan los alemanes en Polonia para extirpar la lengua del país y para llegar á su asimilación, sin lograrlo. Notas auténticas é indiscutibles prueban que las violencias empleadas con tal objeto son más atroces todavía de lo que podía creerse. Á las injurias, á los insultos, á los ultrajes de todo género, á las amenazas, á la pérdida de puestos y de clases, á las expulsiones, á los encierros y á las multas, á la privación de alimentos, á los internados en casas de corrección, como si se tratara de criminales precoces; á los golpes de junco aplicados en los pies desnudos, agregan los maestros alemanes, para vencer la resistencia heroica de miles de niños resueltos á sufrir todos los tormentos antes que hablar la lengua de sus verdugos, los puñetazos y los puntapiés en pleno rostro, el arranque á puñados de los cabellos, y hasta las quemaduras hechas con ganchos de hierro ó con badilas enrojecidas al fuego.

Los documentos que tiene á la vista Welschinger demuestran que los maestros, furiosos por las respuestas que los niños les dan en polaco, se entregan á todas las sevicias, atormentando tan cruelmente á los alumnos, que éstos, literalmente cubiertos de golpes ó pateados, pierden conocimiento, y quedan luego atacados de temblores nerviosos que les quitan toda posibilidad de trabajar. Los procesos verbales de esas violencias hacen estremecer; aquí son magulladuras en las manos, de tal modo fuertes, que las víctimas no pueden cerrarlas; allá son bastonazos, silletazos, puntapiés en la cabeza, en los hombros, en los brazos, en el pecho, en el vientre y en las piernas; aquí son orejas arrancadas de cuajo por aquellos bárbaros, que levantan del suelo á las pobres criaturas por las orejas y se quedan con ellas en las manos, ó desviaciones del rostro cuando les tiran por las narices; allá ojos acardenalados, barbas hundidas, labios desgarrados.

Entre los niños maltratados de tal modo, unos sufren escalofríos, y lanzan gritos horrorosos en cuanto se les nombra á sus verdugos; otros se ocultan bajo las mesas ó saltan por las ventanas, dejando huellas de su paso por la sangre que mana de sus heridas; éstos se ven obligados á hacer cama sin poder dormir, por su espanto ó sus dolores; aquéllos se ocultan en cualquier escondite para que no les hagan ir á la escuela; otros, y son la mayoría, resisten heroicamente y sufren los golpes como verdaderos mártires; pero algunos son atacados de afecciones graves, vomitando sangre ó muriendo de inflamación cerebral.

Los niños oyen á cada instante gritar á sus verdugos: *Eure Eltern sind dumm!* (vuestros padres son estúpidos) «¡Aquí moriréis!» «¡Iréis al cielo si habláis alemán, si no os convertiréis en demonios!» El maestro Piechota, de Mickowo, que había desgarrado las espaldas y los hombros á una niña de diez años y la había arrastrado por la trenza dándole puntapiés, decía á los niños espantados: «¡Ay de vosotros como lo contéis en vuestras casas!» El maestro de Rakow decía á los niños que le daban los buenos días en polaco, diciendo «¡Alabado sea Jesucristo!», «Así podéis saludar á los marranos, pero no á mí.» Otro en Malo-Wyroka, disparaba en plena clase su revólver para espantar á los chicos, hasta el punto de que una niña cayó enferma de terror.

Si los padres se quejan á los gendarmes, éstos responden que «no está tan mal eso». Los que quieren defender por sí mismos á sus hijos ó vengarse de los miserables que se atreven á maltratarlos, son condenados á multa y á cárcel. Si los hijos persisten en hablar polaco, los agobian á multas, y si son funcionarios, quedan cesantes. Y como á pesar de toda esta persecución, Prusia no obtiene los resultados que apetece, se amenaza ahora con la expropiación forzosa á los polacos que se resistan. Tras la supresión de la lengua polaca, se quiere ahora conquistar por la fuerza el suelo de Polonia.

El gobierno prusiano había tenido desde el principio la

idea de ahogar la población eslava por la germánica; impulsado por los hakatistas, los enemigos más feroces de los polacos, había creado una comisión de colonización para comprar tierras en Polonia y crear así núcleos alemanes; así había llegado á comprar más de 200.000 hectáreas en Posnania y Prusia occidental, tendiendo á cortar la comunicación de los polacos prusianos con los rusos. Los polacos organizaron la resistencia, y á sus compras contestaron con recompras, á su Banco de Estado con Bancos particulares, á su Liga con Sociedades de parcelamiento, á su avidez con tentaciones hábiles, de tal modo, que terrenos germanizados fueron revendidos á polacos por los alemanes mismos. Los hakatistas, furiosos por esta hábil resistencia, lograron prohibir á los polacos que se establecieran en ciertos distritos; pero á pesar de la prohibición, los polacos seguían comprando terrenos. De ahí la idea de la expropiación forzosa, como último recurso para llegar á la germanización del país.

El general Liebert ha repetido el 27 de Septiembre de 1907, la frase atribuída al príncipe de Bismarck: «La Fuerza vence al Derecho.» Pero Welschinger intenta probar que, á despecho de todas las amenazas y de todas las violencias, el Derecho vencerá á la Fuerza. ¿Qué es, en efecto, el Derecho? El fundamento mismo de la Justicia. ¿Y qué es la Fuerza, que en lugar de ponerse al servicio del Derecho, pretende dominarlo? La iniquidad brutal. ¿Qué es la preponderancia de la Fuerza sobre el Derecho? El signo de la barbarie. ¿Qué puede la fuerza sobre la materia, sobre el cuerpo? Todo. ¿Qué puede sobre el espíritu, sobre la conciencia? Nada. ¿Qué es la causa del Derecho? La causa de la Humanidad. «Niego, pues—concluye diciendo,—la supremacía de la fuerza sobre el alma, sobre la inteligencia, sobre la razón, sobre lo justo y lo verdadero; y estoy en eso de acuerdo con el hombre que más ha abusado de su omnipotencia, con Napoleón, que, repasando los actos de la vida, ha dicho: «Lo que más me choca en el mundo, es la impotencia de la fuerza.»

## BIOGRAFÍA

TALLEYRAND EN EL RETIRO.—Se conoce á Talleyrand, obispo; á Talleyrand, diputado de la Constituyente; á Talleyrand, diplomático, gran chambelán, ministro, jefe del Gobierno provisional; á Talleyrand, en fin, hombre de corte y hombre de Estado; pero Talleyrand, hombre privado, es poco conocido. Y este curioso aspecto, es el que Bernardo de Lacombe, con ayuda especialmente de los documentos que sobre su ilustre penitente reunió el obispo de Orleans, monseñor Dupanloup, y que éste legó al padre de Lacombe, intenta presentar á los lectores de la *Revue Hebdomadaire*.

Jamás, salvo acaso en la época del Congreso de Viena, fué más firme ni más elevada la situación de Talleyrand que en el otoño de 1834 cuando decidió abandonar la vida pública. Embajador en Londres de Luis Felipe, había obtenido para la monarquía de Julio derecho de ciudadanía en Europa; su sueño de joven, cuando en 1786 era simple cura de Perigord, se veía realizado con la aproximación politica de Francia é Inglaterra; gracias á él, había sido reconocida la independencia de Bélgica, salvaguardia de la frontera del Norte; y acababa de firmarse, merced á su intervención, la cuádruple alianza entre Francia, Inglaterra, España y Portugal para oponer la unión del Occidente á la del Norte en favor de la causa constitucional en el continente. En pleno éxito, pues, es cuando presentó su petición de retiro, diciendo para apoyarla: «Mi mucha edad, las enfermedades, que son su natural consecuencia, el descanso que aconseja, los pensamientos que sugiere, hacen mi deseo bien sencillo, lo justifican demasiado y hasta hacen de él un deber.»

En París, para quien goza de la gloria, no pueden existir retiros ni silencios. Así es que en el famoso entresuelo de la calle de San Florentín, Talleyrand, sin buscarla, tenía su corte. Sentado en un gran sillón imponente, que parecía un trono,

con la cabeza inclinada, los labios apretados en una mueca y los párpados medio cerrados sobre sus ojos grises, el príncipe recibía varias veces por semana. No había un político, ni un diplomático, ni un extranjero que pasara por París que no tuviera empeño en franquear la puerta del célebre salón. Su sobrina, aquella atractiva duquesa de Dino, tan llena de encanto, de talento y de alma, hacía los honores. El, de ordinario, hablaba poco; pero cuando entraba alguna visita de su gusto, hallaba para acogerla todas las gracias que medio siglo atrás habían conquistado su reputación al cura de Perigord. Otras veces, á las cinco, daba una de aquellas comidas que habían hecho famoso el nombre de su cocinero. Otras veces, cuando su salud se lo permitía, se olvidaba de que se había retirado del mundo, y se despertaba su actividad para derribar al duque de Broglie ó para encumbrar á Thiers.

En las Tullerías, visitando al rey Luis Felipe ó á su hermana Adelaida, su paso era seguido por todas las miradas: derecho, con la cabeza alta, la nariz remangada insolentemente, el rostro medio ahogado entre la enorme cabellera y la gigantesca corbata del tiempo, el cuerpo flotando en el amplio traje, con el gran cordón, un escupido en el revés de la casaca, la mano izquierda sosteniendo el molesto sombrero de copa, y la derecha apoyada como en un cetro sobre el grueso bastón de pico, avanzaba por el salón, y el rey le salía al encuentro afectuosamente.

A veces sentía la necesidad del silencio, y entonces mandaba enganchar, y se iba con su sobrina Paulina á los barrios antiguos, como si buscara la sombra del pasado. Y en el arrabal de Santiago mostraba á su compañera la casa en que había estado hasta los cuatro años con su nodriza, y donde había tenido aquella desgraciada caída desde lo alto de una cómoda que le había dejado cojo, y que tanto había pesado sobre su vida; ó se detenía ante el liceo de San Luis, el antiguo colegio de Harcourt, donde había estudiado; ó se dirigía á Nuestra Señora, y ante las ruinas del arzobispado, contaba anécdotas

sobre su tío el cardenal Tayllerand-Perigord; ó bien se sentía atraído, y era lo más frecuente, hacia San Sulpicio, y rondaba sin hablar por aquellas callejuelas: la calle Garancière, donde había nacido; la calle Ferou, á la que daba la ventana de su celda de seminarista. Una tarde entró con Paulina en la iglesia; permaneció mudo y pensativo, y luego dijo: «Aquí me bautizaron», y siguió callado.

La mayor parte del tiempo la pasaba, sin embargo, entre Rochecotte y Valençay. El primero era una hermosa quinta de Turena, propiedad de la duquesa de Dino; el segundo era su castillo señorial, con fosos y torres, arcadas y galerías, serio y grandioso, medio fortaleza, medio convento. Allí era donde Napoleón había internado, tras el *guet apens* (dejo la palabra misma empleada por Lacombe) de Bayona, á los príncipes de España; gracias á Tayllerand, el viejo castillo berrichon no había sido una cárcel; como por arte de magia, la severa residencia se había trocado en un retiro amable y sonriente, en el que los reales huéspedes se complacían (1) contemplando la bandera roja y gualda, enarbolada en la torre del homenaje para hacerles creer que estaban allí en un pedazo de tierra española.

Talleyrand llevaba en Valençay la vida de un ricacho berrichou. El régimen que le convenía era el de levantarse tarde, dar largos paseos por las alamedas del parque, en el fondo de un sillón empujado por su criado, ó en coche á través del bosque; tomar á la vuelta un bizcocho en una copita de Madera, sentarse con los vecinos á una mesa de whist, pasar unas horas sumido en sus recuerdos en el silencio de su cuarto,

(1) Y tanto que se complacían. Como que Fernando VII escribía desde allí aquella carta famosa que obra en los archivos de la casa de Fernán-Núñez, y que decía así: «Estoy aquí muy divertido; he aprendido á tocar el flageolet, que es una especie de gaita, y lo paso muy bien.» ¡Y entretanto los españoles vertían su sangre por aquel hombre en aquella serie de campañas que formaron la gloriosa epopeya de nuestra guerra de la Independencia, para rescatarle el trono perdido!

redactando sus memorias ó leyendo. «Leer, decía, es mucho más dulce, más perezoso, que escribir.»

Talleyrand leía especialmente los clásicos del siglo XVII, y su flaco era Bossuet. Cuando asistía los domingos á la misa del castillo, siempre llevaba las *Oraciones fúnebres* ó el *Discurso sobre la Historia Universal,* apreciando por igual la majestad del pensamiento y la magnificencia del estilo. En una carta al abate Dupanloup, la duquesa de Dino relata con este motivo un rasgo muy curioso: «Un día—dice,—en el verano de 1835, mi tío me hizo llamar; le encontré en su habitación leyendo.—Ven—me dijo,—quiero enseñarte de qué modo hay que hablar de los misterios; lee, lee en voz alta, y lee lentamente.—Y yo leí lo siguiente: «el año cuatro mil del mundo, Jesucristo, hijo de Abraham en el tiempo, hijo de Dios en la eternidad, nació de una Virgen».—Aprende ese pasaje de memoria—me dijo mi tío,—y observa con qué autoridad, con qué sencillez, se encierran todos los misterios en tan breves líneas; así, y sólo así, conviene hablar de las cosas santas. Se imponen, pero no se explican, y eso solo las hace aceptar; cualquiera otra forma no vale nada, porque la duda surge donde la autoridad falta; y la autoridad, la tradición, el maestro, no se revelan suficientemente sino en la Iglesia católica.»

De cuando en cuando algunas visitas llevaban á Valençay algo de aire de fuera. Pero más que las visitas, rompían la monotonía de aquellos días menudos sucesos, entre los que sobresalían las fiestas de San Mauricio y de San Carlos, que recordaban á Talleyrand sus impresiones de infancia. San Carlos sobre todo era celebrado con toda solemnidad: Misa en la capilla del castillo, ramos y cumplimientos de los chicos de la escuela, y gran banquete para los pobres. Paulinap residía, el príncipe aparecía á los postres, y todos los pobres llevaban un vestido nuevo para el invierno.

Talleyrand había entrado de lleno en su papel de castellano; los curas del Berry se asombraban de que tan gran personaje diera por sí mismo órdenes á sus jardineros, vigilase á sus

albañiles ó discutiese con sus colonos sobre sus arrendamientos. Su solicitud se extendía hasta los asuntos del pueblo; compraba una casa para convertirla en Ayuntamiento; llamaba á las Hermanas de San Andrés para fundar una escuela de niñas; organizaba para los pobres distribuciones de pan, leña, ropa blanca y dinero; y en 1836 hizo levantar el campanario de la iglesia, derruído por los bárbaros durante el Terror. De tal modo le preocupaban sus deberes de castellano, que, en 1837, estando en Fontainebleau para el matrimonio del duque de Orleans, colmado de atenciones por la corte, alojado en las magníficas habitaciones de la señora de Maintenon y gozando de todos los homenajes, supo que el arzobispo de Bourges, Villele, iba á pasar por Valençay en visita pastoral de confirmación. Sin hacer caso de las invitaciones del rey á las grandes fiestas de la inauguración del Museo de Versailles, mandó preparar su coche, y salió disparado para su castillo con su inseparable Paulina, á fin de llegar á tiempo de recibir dignamente al arzobispo.

Paulina de Perigord, la futura marquesa de Castellane, nacida en 1820, era la mimada de Talleyrand, que la llamaba el ángel de la casa. Y lo era realmente, por su alma límpida y radiante, su incomparable gracia, su talento y la elevación de su espíritu. Ella lo llenaba todo, y cuando faltaba, su tío encontraba la casa inmensa y como vacía; para distraerse la escribía, y sus cartas, llenas de ternura, reflejan perfectamente el estado de su ánimo, y en ellas se encuentran, mezcladas con asuntos personales, recuerdos y anécdotas curiosas. Así, en una de Aquisgram dice: «Creo que estas aguas me están bien. He vuelto á la catedral y me han recordado que Napoleón estuvo en ella en 1805; la tumba está en medio de la iglesia, y no tiene más inscripción que el nombre *Carlomagno*. Las personas que iban delante del emperador pisaban la lápida sin fijarse; pero el emperador gritó en alta voz: «¡Dad la vuelta!»—Y él mismo la dió, para no pisar el sepulcro de aquel gran hombre; aquella señal de respeto hizo gran impresión en todos los presentes.»

Una noche de verano, Jorge Sand, que habia ido á Valençay á meditar á la claridad de la luna, se preguntaba, mirando al castillo, qué pasaría detrás de aquella sombría fachada; y como su imaginación era fecunda, imaginó cuanto quiso, cosas horribles. Si Jorge Sand hubiera tenido la facultad de ver á través de los muros, se hubiera quedado sorprendido al encontrarse con que el Príncipe, en sus noches de insomnio, y á falta de compañeros para jugar al whist, se entretenía sencillamente en escribir. Escribía cartas, fragmentos de memorias, su testamento político, y, sobre todo, al correr de la pluma, pensamientos, no indignos de figurar al lado de las máximas de La Rochefoucauld. He aquí algunos de todas clases:

«La opinión, que es una intervención inútil, es guía peligroso para los gobiernos.»

«Cuanto más móvil es el espíritu de un pueblo, más deben observarse sus formas de gobierno.»

«La envidia, principio de la Revolución francesa, ha tomado la máscara de una igualdad irrisoria, paseando su insultante nivel por todas las cabezas para destruir esas inocentes superioridades establecidas por las distinciones sociales.»

«El tiempo tiene, para modificarlo todo, secretos que ni el mismo genio encuentra.»

«Un ministerio que se sostiene es un ministerio que cae.»

«Toda medida que no es necesaria, es imprudente.»

«Los financieros sólo hacen bien sus negocios cuando los Estados los hacen mal.»

«Perdono á las gentes que no sean de mi opinión; pero no puedo perdonarles que no sean de la suya.»

«Frecuentemente veo escrito *la pasión de las flores;* eso es un contrasentido. Debería decirse el gusto de las flores, porque ¿cómo llamar pasión á un gusto inocente, propio sólo de un alma tranquila?»

«La salud es como la conciencia, que lleva una cuenta severa de todo.»

«Cuando se tiene demasiada severidad ó demasiada indul-

gencia, se expone uno á tratar las debilidades como crímenes y los crímenes como debilidades.»

«Admirar siempre con moderación es señal de espíritu mediano» (1).

El aniversario de su nacimiento en 1837 le inspiró esta especie de autobiografía ó examen de conciencia: «2 de Febrero de 1837. ¡He ahí ochenta y tres años pasados! No sé si estoy satisfecho cuando recapitulo cómo han transcurrido tantos años y cómo los he llevado. ¡Qué de agitaciones inútiles! ¡Qué de tentativas infructuosas, de complicaciones enojosas, de emociones exageradas, de fuerzas gastadas, de dones derrochados, de malevolencias inspiradas, de equilibrio perdido, de ilusiones destruídas, de gustos agotados! ¿Qué resultado al fin? El de la fatiga moral y física, desaliento completo respecto al porvenir y profundo disgusto del pasado. Hay muchas personas que tienen el dón ó la insuficiencia de no enterarse nunca de sí mismas. Yo tengo demasiado la desgracia ó la superioridad contraria, y aumenta con la seriedad que dan los años.»

Su consuelo eran los libros: «Tengo muchos libros—escribía,—y eso me da medios bastantes para pasar agradablemente el tiempo.»

## CRÍTICA

La deformación americana del castellano.—Sin comentarios apenas, pues requeriría un largo estudio fuera de las proporciones corrientes en este linaje de trabajos, damos á continuación una escena de la obra *Moneda falsa*, de Florencio Sánchez, que ha sido representada con éxito en Buenos Aires, según los *Archivos de Psiquiatría*. La obra es del género golfesco y tabernario, y en ella figuran un italiano, Gamberoni; otro, Pedrín, que finge serlo para darle el timo, y varios tipos

(1) Este pensamiento no es de Talleyrand, pues antes que él lo escribió, casi en idéntica forma, Vauvenargues.

de la golfería bonaerense, que se ingenian para birlar los cuartos al italiano. Carmen es la encargada del despacho en la taberna, que está enredada con el protagonista, Moneda falsa, un desdichado que casi sin comerlo ni beberlo, se halla siempre metido en líos de robos, y que no tiene fuerza de voluntad ni para meterse á ladrón de veras, ni para decidirse á ser hombre honrado.

Lo notable de la obra es el lenguaje, tomado de la realidad, y que constituye un verdadero documento lingüístico, en el que se ve perfectamente el trabajo de evolución á que nuestra lengua se halla sometida en la Argentina, ya por el desgaste natural y normal que la imponen las influencias étnicas, ya por la introducción de elementos exóticos, unos procedentes del habla indígena, otros del contacto con el extranjero y otros del argot propio de la gente maleante que representa los principales papeles del drama.

He aquí un par de escenas, la VI y VII, del primer acto de *Moneda falsa*:

ESCENA VI

*Vasquito.*—Buenas tardes.

*Carmen.*—Buenas.

*Vasquito.*—¿No compra nada hoy?

*Carmen.*—¡Andá! ¡Tenés una «yeta»!

*Vasquito*—También usted quiere sacar en todas. Vea qué decena tengo en esta jugada. (*Saca unos billetes de lotería y se los enseña, diciéndole en voz baja:*) Piabe está en cana.

*Carmen.*—(*Con sorpresa.*) ¡Qué!... ¿cómo sabés?...

*Moneda.*—(*Idem.*) ¿Ande lo encanaron?

*Vasquito.*—En la casa.

*Moneda.*—¡Pucha digo, que son!...

*Lungo.*—(*Que estaba observando la escena, acercándose.*) ¿Novedad?

*Vasquito.*—¡Yo pianto! Piabe en cana.

*Lungo.*—¡Y bueno; ese no bate!...

*Vasquito.*—¡No sabés!... Y hay mayorengo en puerta. Yo pianto, te digo.

*Lungo.*—¿Y lo vamos á dejar al gil así no más? Vos no piantás ¿sabés?

*Vasquito.*—Mirá que tengo pase. ¡Y si me lo quitan!...

*Moneda.*—¡Chá que son!... ¡Déjalo que se vaya! ¡Piantemos todos, hombre!... ¡Pucha!...

*Batifondo.*—¡Ché, Vasquito!... Atendé un momento. Tenés el extracto de la pasada. Sos muy yetudo. Si no saqué no te compro más.

*Lungo.*—(*Al Vasquito obligándolo.*) Andá, sacá el cartel. ¡No seas otario!...

*Vasquito.*—¡Ahí lo tiene; revise con tranquilidad!...

*Batifondo.*—Avisá si estás escabio. (*Saca un billete de lotería y revisa prolijamente el extracto.*)

*Gamberoni.*—(*A Pedrín.*) E bene. Questo de la lotteria mi pare una inmoralità; una vera inmoralità. ¿Parlo bene ó parlo male?

*Pedrín.*—Parlate bene. Ma di cuando in cuando si puó giocare cinque pessi. Ma ahora mi recordo que tengo in tasca un biglietto da cinquanta mila e non lo ho visto ancora, per mancanza di tempo.

*Gamberoni.*—¡Oh! c'e tempo. ¡Hay tre mesi!...

*Batifondo.*—No dije: ni medio. (*Al Vasquito.*) Avisá si sos presidente. (*A Pedrín.*) ¿Usted quiere ver el extracto, dice?.. Tiene número. Diga que número. Traiga.

*Pedrín.*—Scusi. Ma...

*Batifondo.*—¡Ché, que sos desconfiao! ¡Velo vos si querés!

*Pedrín.*—Io non posso. Non so leggere. Ma scusi, il mio paisano...

*Batifondo.*—¡Salí de ahí! ¡Desconfiao!... Ché, Gamberoni... mírale el billete á tu paisano.

*Gamberoni.*—¡Come no! Vediamo. (*Revisando.*) Cinque mila trecento trentúno... Cinque mila... Cinque mila cento... Cinque mila trecento... (*Sorprendido.*) ¡Guarda!... ¡guarda!...

¡Eh, paisano, Evviva Italia!... Padrona... Un'altra voerta, qui paga il mio paisano...

*Pedrín.*—¡Cosa avete! ¡cosa avete!...

*Gamberoni.*—Siete un cane... ¡Cinquecento pessi!... Madonna... ¡Pezzo d'un asino!... Cinquecento...

*Lungo.*—¿Y qué vas á hacer con tanta plata, gringo? ¡Te vas á Italia!

*Pedrín.*—¿Ma cosa dite?

*Batifondo.*—Que te has sacao quinientos pesos. (*Acentuando lo dicho.*) Cinquecento pessi en la lotería.

*Pedrín.*—¡Oh, cristo!... ¿Davvero?...

*Gamberoni.*—¡Ma si! ¡Ma si!... ¡Madronna, che siete un asino!... Vedi... (*Mostrándole el extracto.*)

*Pedrín.*—Ma io non so leggere...

*Gamberoni.*—Te lo dico io, Gamberoni, ¡e basta!

*Pedrín.*—Ma cosa faccio io pon questo número.

*Batifondo.*—Lo cobrás. En cualquier agencia. ¿Vos tenés con qué pagarle, Vasquito?

*Vasquito.*—¡Avisá!

*Pedrín.*—Ma io non conosco la cittá é debbo andare via adesso.

*Lungo.*—(*Para que oiga Gamberoni.*) Pucha, italiano otario... ¡Si yo tuviera!... ¡A ver, á ver!...

A mí no me alcanza, no tengo más que catorce pesos... (*A Gamberoni.*) Ché, Napoleón...

*Gamberoni.*—¡Chichilo!...

*Lungo.*—Es lo mismo. ¿Tenés plata vos?

*Gamberoni.*—¿Per pagare questo?...

*Lungo.*—(*Llamándole aparte.*) Permitime una parola.

*Gamberoni.*—(*A los del grupo.*) Un momento. (*Apartándose.*) Cosa volete.

*Lungo.*—Mirá. ¿Cuánto tenés?...

*Gamberoni.*—Eh... cento cinquanta pessi.

*Lungo.*—Bueno, ¿sabés lo que hacés?... Este gringo es muy zonzo. Se conformará con lo que le den. ¿Me comprendés?...

*Gamberoni.* —(*Regocijándose.*) ¡Guarda, guarda!... ¡come sono furbi i creolli! Madonna...

*Lungo.*—(*Guiñándole el ojo.*) Vos le mandás el resto después... á Gálvez...

*Gamberoni.*—E una bella idea...

*Lungo.*—Claro que sí. Es un servicio que le hacés á tu paisano...

*Gamberoni.*—(*Resuelto.*) E bene (*A Pedrín.*) ¡O paisano! Tu siete da Gálvez. ¿L'amico del mio amico D'Andrea?...

*Pedrín.*—Certo.

*Gamberoni.*—Ti faró il servizio. Tu me dai lo número, e perché tu non pierda lo tiempo, io ti daró... ti daró... cento venti pesi.

*Pedrín.*—Bene. Grazie. Ma... ¿il resto?

*Gamberoni.* —Yo lo spedisco all'amico D'Andrea... á Gálvez...

*Pedrín.*—¡Bravo! E'fatta.

*Batifondo.*—Mirá, Chichillo Gamberoni: ¿Por qué no le das el reloj en garantía?...

*Gamberoni.*—¿Il mio orologgio?...

*Lungo.*—(*A Batifondo.*) ¡Sos un angurriento!...

*Gamberoni.*—E bene. Prendete anque il mio orologgio.

*Pedrín.*—Bravo. ¿Tu mi mandi il danaro á Gálvez é io ti spedisco subito l'orologgio?

*Gamberoni.*—¡Evviva l'armonía!

*Pedrín.*—¡Viva!... Padrona, po pago tutto. Ho fatto il mio negozio...

*Gamberoni.*—¡Bravo! ¡Un'alta bottiglia!

*Pedrín.*—¡Oh, no! Bisogna che io prenda il treno. ¿Cuánto si deve?

*Carmen.*—Cinco pesos.

*Pedrín.*—(*Con gran generosidad.*) ¡Eccoli! (*Bajo.*) Me debés tres y medio, ¿eh?

*Carmen.*—¡Andá, pelandrún!...

*Gamberoni*—¡E bene! andiamo tutti al Retiro col paisano.

*Batifondo.*—Eso es. Todos juntos.

*Gamberoni.*—Evviva l'armonía. (*Cantando.*) A casa, á casa, amici... Anche questo é di Gavallería... ¡La fatto udo italiano!... (*Salen; se oyen cantos y voces que se alejan.*)

## Escena VII

*Moneda.*—(*Viéndolos salir.*) ¡Pucha digo como son!... (*Se sienta junto á una mesa. Pausa. Carmen lava las copas.*)

*Carmen.*—¿Tomás algo?

*Moneda.*—Dame un amaro.

*Carmen.*—(*Sirviéndole.*) ¿Se puede saber qué tenés?

*Moneda.*—¡Te he dicho que estoy muy aburrido!...

*Carmen.*—Andate al teatro.

*Moneda.*—Y muy estrilado...

*Carmen.*—Eso es otra cosa. ¿Qué te han hecho?

*Moneda.*—Nada.

*Carmen.*—¿Y entonces?

*Moneda.*—Estoy rabioso con esta vida. No puedo más.

*Carmen.*—Déjala, nadie te obliga.

*Moneda.*—Déjala, déjala. Eso se dice. Ya la dejé. ¿Qué hago ahora? ¿Pa qué sirvo?

*Carmen.*—Trabajá en otra cosa.

*Moneda.*—No sirvo más que pa cochero. Voy á sacar la libreta y me muestran el escracho: ¡L. C. Piantá de aquí!—¡Siquiera hubiese servido pa ladrón! Pero vos sabés que no tengo genio. ¿Qué papel estoy haciendo, entonces? De otario, de imbécil. Retratao por falsificador y ladrón, viviendo entre ladrones, perseguido por ladrón, batido y preso á cada rato por ladrón, y nunca he metido la mano en un bolsillo ajeno. Me muero de hambre, y si no fuera por vos habría matado de hambre á la pobre vieja (*como siempre*). ¡Pucha digo que es triste!... ¡No tener genio pa nada! Ni pa abrirles las tripas á todos esos que me dan asco, que me dan asco. ¡Asco, asco, asco!... (*Pausa.*)

Ni siquiera pa irme de aquí tengo genio. Mirá: yo sé que si me fuera á otro país y nadie me persiguiera y no me topara con esos... ¡Pucha! ¡sería más decente!... y no me aburriría tanto. Pero aquí, ¡qué querés que haga, si pa mí se ha hecho el refrán de que cuando no estoy preso me andan buscando!... ¿Que tengo buena conducta, que me dan pase libre y empiezo á vivir tranquilo? Pues ya ha de venir uno que me pida un servicio. «Ché: campaneame ésto, guardame ésto ó haceme tal cosa.» Y zás, complicado y en cana.

*Carmen.*—Vos tenés la culpa, por no haber hecho un escarmiento con los batidores...

*Moneda.*—Pero ¿no te digo que no tengo genio? Mirá, Carmen: ¿querés hacer un favor á la patria? Yo sé que vos sos buena y que me tenés ley.

*Carmen.*—Habla, hombre.

*Moneda.*—Vamos á escaparnos ¿querés?... ¡Vos también estás aburrida!...

*Carmen.*—¡Y dónde vamos á ir?

*Moneda.*—Verás. Tengo un plan. Tu marido tiene plata. Una noche de éstas le pegas un golpe grande y piantamos. Agarramos un vapor y nos vamos al Brasil; allí hay mucha libertad; nos vamos y ponemos una fonda, ¿sabés?, y trabajando con juicio, tal vez en poco tiempo, nos volvemos personas decentes.

*Carmen.*—¡Bien dicen que sos zonzo, hijo! Si nos agarran antes, nos chupamos unos años de cana, y yo te voy á preguntar...

*Moneda.*—Entonces piantemos sin robarle nada al otro.

*Carmen.*—¡Y después nos comemos las uñas!... Mirá, muchacho: las cosas son como son y hay que dejarlas así, no más. ¿Vos estás aburrido? Bien. Hácete á un lado de esta vida, anda con juicio, arrímate á alguna buena sombra, y ya verás cómo con el tiempo la policía te olvida y empezás á ser hombre decente.

*Moneda.*—¿Y vos?

*Carmen.*—¿Yo?... (*Con melancolía.*) ¿Qué he de hacer?

*Moneda.*—Es que lo que yo quiero pa mí, lo quiero pa vos, mi vida.

*Carmen.*—Pobre mi viejo. Qué tristeza, ¿verdad?

*Moneda.*—¡Pucha, digo, como somos!...

*Carmen.*—(*Resuelta.*) No te aflijás, negro. Hacé lo que te digo, y después veremos cómo se procede.

*Moneda.*—¡Ahora, sí! Van á ver lo que queda de Moneda falsa. ¡Ah!... Tomá estos billetes. Ya no circulo más. Falta uno. Fuí esta tarde á encajarlo á un agenciero de Palermo, pero el hombre empezó á mirarlo y agarró pa la calle. Este va á llamar al botón, dije yo, y pianté por los portones. ¡Con tal de que no traigan consecuencias!... Pucha, digo... (*Revelando una transición de espíritu.*) Y me voy también. Ya no estoy tan aburrido. ¡Ciao! (*Sale.*)

## CUESTIONES SOCIALES

La defensa del rico.—Es muy curiosa y no poco original, y aun á ratos paradógica, la defensa del rico que en *La Grande Revue* hace Julio Sageret.

Sediento de justicia é irritado por las desigualdades sociales, el autor fué un dia á ver á su amigo Fótimo, un archimillonario egoísta, y le increpó así:—¿No te da vergüenza de ser rico?

—¿Y por qué me ha de dar vergüenza?—contestó Fótimo ofreciéndole un habano.—Mi fortuna no debe un cuarto á mi trabajo ni á mi astucia; procede de un tío á quien no conocí, y ni siquiera sé cómo la hizo. Ningún daño hago al proletariado. Si comiera diez kilos de pan diarios, podrían decir que encarecía el género, privando á otros de su ración; pero sólo consumo una libra, la mitad de la ración de cualquier obrero. Tampoco bebo el vino del pueblo; Francia produce al año 50 millones de hectolitros de vinillos babosos ó de vinagrillos picados: ese es el Océano en el que se abreva el proletariado; yo

apago mi sed en el riachuelo de 200.000 hectolitros de las buenas viñas borgoñonas ó bordelesas. Y no es que con esto prive á los obreros del goce de las bebidas finas; ni sus paladares tienen gusto para ese goce, ni les tocarían más que algunas gotas al año si se repartieran los buenos vinos entre todos.

Y así sucede con lo demás: yo no gasto vestidos de obrero, ni duermo en camas de obrero, ni los diamantes que doy á mi querida son adornos propios para mujeres del pueblo; ni ocupo el sitio del obrero en los ómnibus ó en los tranvías, porque para eso tengo mi auto. Nada impide fabricar tejidos ordinarios y muebles á máquina y piedras falsas, para que ningún obrero carezca de ropa, muebles ni adornos; yo no me proveo de nada de eso, y mi ración queda disponible para quien la quiera. Sería locura que todos comieran trufas y vistieran de seda y se adornaran con brillantes; eso se queda para los privilegiados, y yo soy uno de ellos. Es verdad que nadie produce menos que yo, como que yo me atengo á mi papel de consumidor y nada más. Y no es poco, pues nada compro sin detenida elección para asegurarme de que es lo mejor. Soy propulsor de la civilización; sin mí y sin los que hacen lo que yo, los productos raros no tendrían salida. Los que faltan á su deber, son los ricos que no saben consumir, como nosotros, lo mejor de lo mejor.

El refinamiento es resultado de un largo ejercicio. Mis cuidados de buen consumidor me han impedido siempre disfrutar de los placeres del proletariado. Quien me acuse de estar ocioso, es tonto; esa ociosidad me impide explotar al proletariado. Mi prodigalidad ó mi falta de virtudes ahorrativas hace que no crezca mi fortuna, y así me abstengo de engordar al Capital, ese monstruo insaciable. Tanto tengo, cuanto gasto; no soy el burgués-esponja, que se hincha de economías y deja pasar un hilito de gastos. A quien se puede criticar de explotador es al buen rico, que tiene privaciones y que ahorra. Ese ahorro, que viene de los trabajadores, no vuelve á los trabajadores como el mío, sino que cae en la inmensa hucheta nacional. Como

Francia ahorra más de lo que produce, el oro se acumula en ella más que las otras riquezas, y todo aumenta de precio. Tú economizas tres millones, y sólo puedes comprar con ellos valor de dos; es un millón perdido, ganado por el trabajo, y que no volvera á ver, y el obrero lo paga en definitiva. Yo, en cambio, nada tomo de ellos que no les devuelva en el acto.

Claro es que los dividendos de mis minas me los dan los mineros, y que yo se lo entrego luego á los pintores, á los joyeros, á las modistas, que son muchas veces burgueses-esponjas; pero eso no es cuenta mía; si los demás se privan de gozar, por atesorar, es culpa suya, y no mía. El verdadero crimen de los ricos es el ahorro.

Cuando, en lo crudo del invierno, las modistillas, vestidas de percal y tiritando, ven pasar á mi querida abrigada con 50.000 francos de zibelina, pensarán sin duda que allí había para tener calientes á dos mil de ellas; pero eso es un error. Si esas pieles no estuvieran en el guardarropa, estarían en otra parte; si servían para abrigar el cuello de un centenar de burguesas, ¿tendrían por eso más calor las dos mil trotacalles? Y si siguieran preservando del frío á sus dueñas naturales las martas, ¿no sería otro tanto perdido para los valientes cazadores de Siberia ó del Canadá y para los peleteros de Europa?

No hay medio de salir de este dilema: ó conservar al rico, ó suprimir la producción de lujo. Si se toma este último partido, nada se habrá hecho con destruir las grandes fortunas. ¡Valiente refuerzo sentiría la producción con restituirle nuestros brazos y nuestro cerebro! ¡Un hombre más por cada cien mil! Para aumentar en una décima el número de trabajadores, había que dirigirse á las fortunas medias, y aun á las pequeñas. Y abierto el camino, ¿dónde habría que llegar? Los pequeños son los únicos que hoy luchan con los pequeños. El miserable sólo es explotado por el pobre, como el pobre es explotado por el de muy pequeña fortuna. ¿Qué salario de hambre es el que ganan las obreras de confecciones populares? Cuando la esposa del humilde se endominga, es cuando hay que pen-

sar en las infelices que cosen noche y día sin ganar para comer; no cuando se tropieza con el traje lujoso, cuya perfección exige una obrera lista é inteligente y bien pagada. ¿Qué sería lo bello sin nosotros? No lo creamos, pero hacemos vivir á quienes lo crean, pagándoles bien. ¿Y hay nada en la tierra más celestial que lo bello?

La misma ley rige la sociedad humana y el universo material, y esa ley, análoga al principio de Carnot, puede llamarse la «disminución de las diferencias». El mundo físico está dotado de una vida que los sabios llaman energía, y que se manifiesta por diferencias. Diferencias de temperatura que hacen aparecer la actividad calórica; diferencias de nivel por las que la nieve de los Alpes corre hacia el mar formando ríos. Por el juego mismo de esa actividad, las diferencias tienden á disminuir. El sol se enfría porque calienta el espacio; el torrente desgasta la montaña, y la rebaja. Llegará algún día en que no haya diferencias en el universo: los ríos dejarán de correr, y el sol y el espacio tendrán el mismo calor ó el mismo frío; la muerte universal seguirá á la abolición de estas diferencias. Lo mismo sucederá en el mundo moral: las gentes se quieren, se odian, se atraen y se rechazan, porque no son iguales. El instinto de imitación que, según Tarde, es el autor esencial de la actividad humana, permanecería inerte si todo el mundo llegara á hacer las mismas cosas. Sin deseos, se queda uno inactivo; y como no se desea sino lo que no se tiene, ¿cómo saber lo que á uno le falta si nadie lo tiene, si no hay diferencias de posesión? Estas diferencias tienden á disminuir por la fuerza misma del movimiento que imprimen á la Humanidad. Las particulares de trajes y costumbres se borran; se viaja, y el resultado del viaje es saber que se encuentra la misma cocina en todos los grandes hoteles de las cinco partes del mundo. El movimiento político y social va, por su parte, aboliendo las diferencias de otro orden; y llegará el día en que la ola social lo habrá igualado todo. Ese día la Humanidad quedará estancada; es decir, muerta. Amadnos, pues, á los ricos, si no que-

réis apresurar ese fin, porque nosotros constituímos esas diferencias, y nosotros prolongamos la vida social.»

Así habló Fótimo. Quizá tiene razón en algunas cosas. Pero es discutible su teoría de las diferencias y es erróneo su desprecio del ahorro, depósito que almacena la riqueza en los días de crecida para dejarla correr cuando una crisis hace bajar el nivel del río económico. En cuanto á sus alabanzas á la ociosidad, también son equivocadas. Este tipo de ricos que no contribuyen ni con un céntimo ni con una palabra á la extensión del movimiento cooperativo, son sencillamente parásitos á quienes á lo sumo se puede perdonar cuando tienen el gusto y la cultura de Fótimo, qne no es lo ordinario.

## IMPRESIONES Y NOTAS

La «Marcha fúnebre» de Chopin.—Juan Víctor Bates cuenta en *Cassell's Magazine* cómo improvisó Chopin su famosa *Marcha fúnebre* en casa de Ziem. Este Ziem era un ingeniero militar, artista, escritor, explorador, gran amigo de Jorge Sand y de otros muchos literatos, á quienes obsequiaba frecuentemente, habiendo vivido en París durante el sitio y habiéndose arruinado por socorrer á los desgraciados.

Hallándose en Niza, lograba reunir á su mesa, muy pobre entonces, á los más ilustres literatos. Los mejores ornamentos de la habitación eran un piano viejo y un esqueleto. Una noche, cerca ya de las doce y media, y cuando las velas estaban asi del todo consumidas, alguien rogó á Ziem que tocara unos valses. «Yendo hacia el piano—dice—tropecé con el esqueleto; me eché á reir, lo cogí y comencé á golpear sobre el teclado con los huesos de sus manos las primeras notas de una danza. De pronto sentí que alguien tiraba una silla al suelo al levantarme precipitadamente, y antes de que pudiera darme cuenta de lo ocurrido, me sentí empujado de mi asiento. Mi puesto ante el piano era ocupado por Chopin, y el piano empezó á sonar como si los propios ángeles ó el mismo diablo lo tocaran. ¡Dios

mío! En medio del silencio más profundo sonó, como jamás lo había oído. Recuerdo todavía, como si las estuviera viendo, las caras de los que oían la sublime música: en la de Alfredo de Musset, las pequeñas arrugas de la frente se abrían en profundos surcos; la de Balzac, exaltada y serena; la de Jorge Sand, blanca como un sudario, la boca entreabierta y los grandes ojos centelleando como estrellas; las de Rossini, Houssaye, Delacroix... todas las veo. Las velas agonizaban en la semiobscuridad... En aquella noche, en mi casa, Chopin había escrito su inmortal *Marcha fúnebre*.»

***

¿HA CONTRIBUÍDO LA DIFUSIÓN DEL SABER Á LA FELICIDAD DE LOS HOMBRES?—He ahí el problema que plantea Aquiles Doria en la *Deuteche Revue*:

Parece evidente que los progresos de la instrucción en las clases populares, lejos de disminuir la suma de males que afligen á la humanidad, los ha aumentado. El aldeano de los campos y montañas en que la instrucción obligatoria no ha penetrado todavía, se muestra satisfecho de su suerte; es pacífico y está contento, desconoce la envidia, soporta con resignación la adversidad y toma la vida como es, sin mostrar los puños al destino; en las regiones en que la instrucción ha penetrado, las cosas desgraciadamente se presentan de muy distinto modo.

El obrero que ha pasado por la escuela, sufre y se aver güenza de su situación; tiene sin cesar los ojos levantados hacia las clases más afortunadas, las envidia y las detesta; lucha por igualarse con ellas, y como no puede, se hace víctima de la suerte y de la sociedad; sus necesidades aumentan, sin que sus recursos sigan la misma proporción; se agría y se irrita, y su vida se ve emponzoñada por celos y desilusiones.

La semi-instrucción con que se le ha obsequiado no le hace más feliz, ni mucho menos más moral. La mayor parte se sirven de esa instrucción del peor modo posible; devoran novelas

tontas y diarios sensacionales, y se muestran cada vez más aficionados á la literatura malsana. En Francia el decrecimiento de la población ha coincidido con la difusión de la instrucción, sin que la disminución de nacimiento haya aumentado la felicidad, pues precisamente las provincias en que la natalidad es menor, son las que dan mayor contingente de suicidas.

La extremada difusión de la instrucción ha producido además otro resultado, cuya repercusión ha sido sufrida por las clases superiores: ha sido preciso democratizar todos los conocimientos humanos, poniéndolos al alcance de los ignorantes con prisa de saber ó de poco cacumen, y para ello se han simplificado y facilitado todos los estudios, resumiéndolo todo y sirviendo la ciencia á tajaditas de fácil digestión en manuales remediavagos, mementos y cursos á gran velocidad. Pronto se ha generalizado tan detestable modo de estudiar, y así todos tienen un barniz superficial de saber variado, que les hace imaginarse que se hallan á la altura de los espíritus cultos y hasta de los intelectuales. Todo el mundo sabe algo de todo, y muy pocos estudian seriamente nada. Se aprende de prisa y se olvida más á prisa todavía. Nadie digiere lo aprendido, porque ese manjar intelectual ha perdido todas sus virtudes nutritivas. La gran ventaja del estudio no consiste en amueblar la memoria, sino en formar, desarrollar y disciplinar la inteligencia. Poner la ciencia al alcance de todos sin que nadie necesite estudios, esfuerzos serios para conquistarla, no sería civilizar, sino embrutecer á la humanidad; y ése es desgraciadamente el ideal que persiguen los que quieren democratizar la ciencia.

¿Debe por eso renunciarse á la instrucción obligatoria? Nada de eso. Estamos en un período de ensayos, de tanteos, de transición. Lo que hay que hacer es encauzar la enseñanza de modo que los estudios sean más profundos y más sustanciales, sin descuidar por otra parte la instrucción moral, como se viene haciendo.

*
* *

El rayo y el agua subterránea.—El doctor Pedro Farreras, médico militar, ha tenido ocasión, durante su residencia en el fuerte del Coll de Ladrones (valle del Canfranc), situado sobre un peñón de mármol á 1.300 metros de altura, entre montañas de 2.200 á 2.600, de hacer curiosas observaciones sobre las relaciones que existen entre las corrientes eléctricas y el agua subterránea.

Llamó ante todo su atención, el hecho de que los árboles heridos ó muertos por el rayo, allí frecuentísimo, no eran los de los puntos más elevados de los bosques; allí, por el contrario, había vivos é indemnes árboles casi seculares. Recordó entonces que en su pueblo—Masnou—y en los vecinos de Alella, Tiana, Teyá y otros, las alturas estaban coronadas de árboles corpulentos y frondosos, y allí mismo, en el Coll, veía desde su pabellón sobre un ingente peñasco, nido de águilas, un pino añoso y solitario respetado por todas las tormentas. ¿Cómo explicar esto?

No acertaba con la solución, cuando en la *Kolnische Zeitung* del 24 de Agosto de 1906, leyó una comunicación del príncipe Hans Carolath, de Hannover, en la que decía que los rayos caen casi exclusivamente en los sitios bajo los cuales corren venas de agua. Entonces recordó que los árboles fulgurados que él había visto estaban siempre cerca y encima de manantiales. Y entonces dió con la clave del problema.

El príncipe Hans sostiene que allí donde se vea un árbol fulgurado, se puede asegurar que hay una vena de agua; y en cuanto á los rayos, que caen en el mar ó en los lagos con tanta frecuencia, opina que lo hacen sobre corrientes de agua, que van por debajo del fondo. Es curiosa también su observación, de que las personas que se acuestan sobre venas de agua, tienen el sueño muy intranquilo, ensayando inútilmente todos los hipnóticos, cuando les bastaría con mudarse de sitio. Todo esto es muy interesante, pero lo malo es que Hans Carolath, funda sus asertos en indicaciones obtenidas por la varita mágica de los buscadores de minas.

El procedimiento es antiquísimo, y quizá lo utilizara el mismo Moisés; la baronesa de Beau-Soleil, encargada oficialmente de buscar fuentes, lo empleó de 1601 á 1640 en Francia, Baviera, Tirol, Estados pontificios, etc.; la varita es de avellano, cortada en cierta estación y pronunciando ciertas palabras. Otros buscadores dicen que tiene que ser en forma de V ó de Y; se coge por las ramas con las dos manos y se recorren con ella los terrenos; al sentir agua, la varita gira, según los alemanes, hacia abajo, y según los franceses, hacia arriba; según Hans Carolath, hacia arriba si el agua es dulce, y hacia abajo si el agua es mineral ó con filones metálicos.

Chevreul atribuye los movimientos de la varita á las contracciones musculares de sus portadores. La mayor parte de los ingenieros y naturalistas no conceden importancia á la varita; pero otros reconocen que hay hechos indiscutibles. El doctor Farreras ha prescindido por completo de la varita, y sus observaciones han sido hechas por inspección ocular, y de ellas resulta perfectamente comprobado que las chispas eléctricas caen sobre las fuentes ó cerca de ellas. Este hecho se armoniza con las conclusiones científicas sobre la mayor combustibilidad del rayo por la humedad; de donde resulta que cuanto más rico en agua es el suelo, tanto más expuesto está, por ser mejor conductor.

De todo este estudio deduce Farreras reglas de gran utilidad para preservarse del rayo. No conviene durante las tormentas permanecer en sitios sobre manantiales; cuando la geología ó la flora nos hagan sospechar que puede haber venas de agua, ó cuando veamos ó sepamos que allí han caído rayos, apartémonos cuanto antes; en los caminos esos sitios debían ser señalados con mojones especiales como peligrosos. Los pararrayos deben comunicar directamente, no con agua, sino con las capas auríferas; de otro modo, puede ocurrir lo que con el faro de Fecamp, que, á pesar de su pararrayo, fué destruído por una tormenta, por ir á dar el hilo conductor á una cisterna incomunicada con el agua subterránea.

Lo que no ha estudiado Farreras es el partido que puede sacarse de estos estudios para el alumbramiento de pozos artesianos, aspecto interesantísimo del problema que brindamos á los técnicos.

***

La educación de los sentidos.—Dice el doctor Caze en *La Revue*, que se ha descuidado hasta aquí la educación de los sentidos en los programas de enseñanza primaria, pues no se enseña á los niños á ver, á escuchar, á tocar, á ejercitar su olfato, á discernir los sabores. Se ve mal, se oye mal, no sabe uno servirse de los dedos para reconocer los objetos por el tacto, no se tiene noción exacta de los olores y apenas se conocen los sabores.

El profesor Elmer Gates del Instituto Smithsoniano se ha dedicado á buscar remedios á estas insuficiencias de educación, cultivando el ejercicio de los sentidos sin desatender la cultura del cerebro, como asiento del sensorio, y enseñando, como consecuencia, á pensar aprisa. Por de pronto, inicia al niño en el discernimiento de los colores, para lo que se sirve de discos de la misma coloración, pero diferentemente matizadas; somete metódicamente á la vista hasta 30.000 (eso dice el doctor Caze, pero nos parecen muchos discos y muchos matices), que hace nombrar por el niño con todos sus caracteres distintivos hasta que la vista no cometa ya ningún error. Estas lecciones comienzan á los dos ó tres años y duran hasta el séptimo ú octavo. Al cuarto año comienza la educación del oído por medio de un sonómetro, que permite comprobar experimentalmente los tonos teóricos de la vibración de las cuerdas y medir la intensidad de los sonidos, y de un andiómetro de Hughes, que mide la acuidad auditiva. Para la mentalidad, se emplean multitud de juguetes científicos, la plancha agujereada para meter clavijas, el juego de la sortija, etc.

El doctor Gates ha comprobado que la energía muscular

puede aumentarse ó disminuirse por el aumento de calor ó frío de los miembros, así como por ciertos estimulantes, té ó café. También ha reconocido que el mejor momento para el ejercicio muscular es por la mañana, tras una buena noche de sueño. El método Gates se emplea hoy en los Estados Unidos con preferencia al Frœbel, y los resultados para la educación de los sentidos son excelentes.

FERNANDO ARAUJO

# NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

*Il concetto della natura e il principio del diritto,* per Giorgio Del Vecchio. Torino. Fratelli Bocca, editori, 1908. Un vol. de 174 págs., 5 liras.

Hay en la Italia contemporánea un buen número (una docena cuando menos) de jóvenes juristas que cultivan con bastante fruto los estudios de filosofía del derecho. Los hay positivistas é idealistas, y entre estos últimos ocupa uno de los lugares más eminentes, por su temple filosófico y su dominio de la literatura, tanto antigua como moderna, relativa á los problemas filosófico-jurídicos, y en general á todos los problemas de la filosofía, el autor del presente libro, Jorge Del Vecchio, actualmente profesor de Filosofía del derecho en la Universidad de Sassari, y de quien ya otra vez he hablado yo mismo á nuestro público al noticiarle la publicación de su otro libro *I presupposti filosofici della nozione del diritto* (Bolonia, 1905), traducido recientemente al español. A mí, aun cuando no me parecen admisibles todas sus observaciones, ni acertado el criterio fundamental que las informa, sin embargo, me deleita su lectura, porque me hace pensar no poco, rumiar, y, por consiguiente, completar y depurar mis propias construcciones mentales, que sin estos trabajos de autocrítica saldrían siempre más rectilíneas y sistemáticas de lo que todavía son.

Como el derecho natural—cuya existencia, en contra de los impugnadores del mismo, sostiene decididamente Del Vecchio, y por la elaboración científica, ó mejor, filosófica, de cuyo concepto tanto y tan provechosamente trabaja—es el derecho fundado en la naturaleza, singularmente en la del hombre,

preciso es comenzar por poner bien en claro lo que ha de entenderse por «naturaleza», ya que á esta palabra se le suelen dar significaciones distintas y aun diversas, de lo cual fluye, necesariamente, la confusión y la falta de seguridad que domina respecto de la cuestión. He aquí el asunto, que yo tengo por muy importante, del presente libro; para cuyo desarrollo pone Del Vecchio á contribución las doctrinas y enseñanzas de una multitud de escritores y filósofos, no sólo de nuestros días, de los que cita muchísimos, sobre todo alemanes é italianos (muy pocos franceses, ningún español), sino también de los que en los pasados siglos descollaron más, por lo cual han llegado hasta nosotros con el carácter y el dictado de clásicos.

Cuantos del derecho natural traten ó hablen debieran dilucidar previamente, si no quieren obrar de ligero y construir en el aire, los problemas en que se ocupa el libro éste del profesor Del Vecchio.

P. Dorado

# ÍNDICE


Págs.

*Recuerdos*, por José Echegaray..... 5

*Notas de una excursión por la provincia de Málaga*, por Rodrigo Amador de los Ríos..... 13

*Juicio contradictorio*, por Anselmo Fuentes..... 52

*La embajada de España en París en los comienzos de la Revolución francesa*, por Juan Pérez de Guzmán..... 87

*España fuera de España.—Un problema de Moral y de Historia*, por Emile Gebhart..... 102

*El suplicio del silencio* (novela), por Federico Spielhagen..... 125

*Crónica literaria*, por E. Gómez de Baquero..... 160

*Revista de Revistas*, por Fernando Araujo..... 171

*Notas bibliográficas*, por P. Dorado..... 206

# LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 20. NUM. 240.

# LA

# ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ DE LÁZARO

DICIEMBRE 1908

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE VALENTÍN TORDESILLAS
Calle del Tutor, 16.—Teléfono 2.042.

*Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de* La España Moderna.

# RECUERDOS

DEL ACTO DE

# LA CORONACIÓN DEL POETA QUINTANA

SUMARIO.—Importancia del asunto de que se trata.—Carácter batallador del siglo XIX en España.—Referencias de un testigo.—Algunos datos biográficos de Quintana.—Grupos en que pueden dividirse sus obras.—Únicos recuerdos públicos que se conservan en Madrid del gran poeta.—Circunstancias de la época en que tuvo lugar la coronación.—Iniciativa del periódico *La Iberia*.—Condiciones de Calvo Asensio, director del mismo.—Reproducción de algunos párrafos de un artículo de este diario.—Efectos que produjo dicho artículo en la opinión.—Nombramiento de una comisión encargada de realizar el pensamiento.—Gestiones de esta comisión.—Quintana quiere renunciar el homenaje.—Audiencia de la comisión con la reina Isabel II.—Acogida que ésta la dispensó.—Designación del local del Senado para la celebración del acto.—Día en que éste se celebró.—Detalles de la solemnidad.—Inscripciones de la corona y de la bandeja en que ésta se colocó.—El discurso de Calvo Asensio.—Algunos versos de la Avellaneda.—Hartzenbusch.—Lo que dijo *La Iberia* con motivo de esta festividad.—Discurso de gracias de Quintana.—Descripción del cuadro que representa la coronación, y que hoy existe en el Senado.—Resumen final.

## I

El acto de la coronación de Quintana constituye un hecho de tal importancia en la historia de la literatura patria y de las costumbres de mediados del siglo XIX, que merece ser consignado y expuesto con algunos detalles, pues resultan por igual enaltecidos la persona á quien se tributó el homenaje y la sociedad que dió tan gallardas muestras de su admiración y respeto al talento de uno de sus contemporáneos.

Sabido es lo accidentado que ha sido en España el siglo XIX, en términos que puede señalarse como una época de lucha incesante, tanto más sensible, cuanto que casi toda la centuria ha transcurrido en guerras fratricidas. Por lo mismo, son tanto más de notar acontecimientos como el de la referida apoteosis, destinados á enaltecer las letras, que pueden considerarse como grato paréntesis á las perturbaciones políticas de nuestra patria.

La mayor parte de la generación actual conoce el hecho solamente por referencia... Yo pude apreciarlo personalmente, siquiera fuese del modo imperfecto y deficiente que lo hace un niño de nueve años, y por tanto, mucho de lo que expongo es con el carácter de testigo presencial.

D. Manuel José Quintana alcanzó bastante longevidad, pues nació en Madrid el 11 de Abril de 1772 y murió en esta misma población el 11 de Marzo de 1857. Vivió, por tanto, ochenta y cinco años, que fueron de una existencia fructífera, donde no se sabe qué admirar más, si la incesante labor que realizó, ó la constancia y el valor sereno que tuvo para afrontar las contrariedades á que se vió expuesto. Empezó sus estudios en Córdoba, y trasladado después á Salamanca, tuvo allí por maestros á personalidades tan ilustres como Meléndez Valdés y Jovellanos. Se graduó de abogado en 1795, y se distinguió desde luego por las poesías que publicó, en las que sobresalía lo enérgico del estilo. Su oda *Al mar,* publicada en 1798, fué indudablemente lo que le dió notoriedad manifiesta, y después la consagrada *A la invención de la imprenta,* que dió á luz en 1800. Luego mantuvieron la reputación que adquiriera con estos trabajos, la dedicada *Al combate de Trafalgar,* publicada en 1805; otra *A la propagación de la vacuna* en América, que lleva la fecha de 1806; las *Vidas de españoles célebres;* las composiciones poéticas *A España, Al panteón de El Escorial, A Juan de Padilla,* y otras varias.

Se ha dicho que la pluma de Quintana produjo á la causa liberal más adeptos que las espadas de muchos caudillos. Su-

frió persecuciones y destierros por sus ideas políticas, habiendo estado preso en la fortaleza de Pamplona y después desterrado en el pueblo de Cabeza de Buey.

Desempeñó algunos puestos oficiales, como el de presidente del Consejo de Instrucción pública y director general de este ramo, y ayo y preceptor de la reina Isabel II. En Febrero de 1814 fué elegido académico de la de Bellas Artes de San Fernando, y casi al mismo tiempo le abrió sus puertas la Real Academia Española.

Fundado el Estatuto Real, obtuvo la dignidad de prócer en 1834. Ocupó la Dirección de estudios hasta 1823, y en 7 de Noviembre de 1822 pronunció el discurso de apertura de la Universidad Central, precisamente el día de su instalación. Redactó un informe para proceder al arreglo de la instrucción pública y legó á la Real Academia de la Historia la corona de oro con que le rindieron el tributo de admiración á su talento.

Fué enterrado en el cementerio de la Patriarcal, y veinte años después se le erigió un mausoleo por suscripción popular, á cuya inauguración asistió el rey Alfonso XII, siendo de desear que el estado ruinoso en que se halla dicho cementerio no sea motivo de que se pierdan los preciosos restos de un grande hombre, que merecía ciertamente ocupar un puesto en el panteón de celebridades, fundado no hace mucho por iniciativa del ilustre Núñez de Arce.

Sus obras pueden dividirse en cuatro grupos:

*Historia*, *Poesía*, *Política* y *Crítica literaria*, y con razón dijo su biógrafo Ferrer del Río, que de Quintana puede decirse que en el entusiasmo fué un Tirteo, en la grandeza un Píndaro y en la severidad un Horacio.

El tomo de poesías que dedicó á Cienfuegos, de quien era entusiasta, contiene las siguientes:

«A Juan de Padilla», «A la expedición española para propagar la vacuna», «A la cantante Luisa Toti», «A la hermosura», «A la paz entre España y Francia en 1795», «A Meléndez

Valdés al publicar sus poesías», «Al armamento de las provincias españolas contra los franceses», «Ariadna», «A Guzmán el Bueno», «La lanza», «A una negrita», «Al combate de Trafalgar», «A Fileno», «Despedida de la juventud», «Al sueño», «En la muerte de un amigo», «A la duquesa de Alba», «Al panteón de El Escorial», «A España después de la revolución de Marzo», y otras.

Sus obras en prosa y verso han sido coleccionadas en la Biblioteca de autores españoles, de Rivadeneira, de la cual forma el tomo 19, con un prólogo del ilustre literato Ferrer del Río.

En el informe que redactó como ponente de la junta para proceder al arreglo de los diversos ramos de la instrucción pública, fechado en Cádiz á 9 de Septiembre de 1813, consigna, entre otras cosas, lo siguiente: la necesidad de una reforma en los estudios; que la instrucción debe ser universal y gratuita; que debe existir libertad de enseñanza, aun cuando interpretando esta frase de diverso modo á como lo ha sido después; que debe haber buenos libros, métodos y material de enseñanza; que deben existir igualmente buenos profesores, y que éstos lo sean por oposición, no pudiendo ser separados de sus cátedras sino por justa causa, dotándoles suficientemente y asegurándoles una jubilación decorosa, y finalmente, que los alumnos tengan premios y pensiones para estimular su aplicación.

Desde el día de su coronación hasta su fallecimiento, solamente salió á la calle una vez Quintana. Sólo recuerda su memoria en Madrid una calle en el barrio de Argüelles, una modesta lápida en la fachada de la casa en que murió, calle de Pontejos, número 1, y un retrato en la galería de celebridades que hay en los salones del Ateneo, cuyo retrato está al lado de los de Campoamor, Zorrilla, Espronceda y Gil y Zárate.

Encargó Quintana que sus trabajos inéditos no se publicaran sino después de un detenido examen, encomendado á una comisión de eruditos.

En el Senado existe un cuadro, que antes estuvo en el ministerio de Fomento, y del cual nos ocuparemos después, que representa el acto de la coronación, con los retratos de los principales personajes que intervinieron en aquel festejo, por cuyo motivo es muy curioso.

## II

Las circunstancias de la época en que tuvo lugar la coronación de Quintana eran especialísimas. Se trataba de un período sumamente agitado de la política. A raíz de una revolución triunfante, cual fué la de Julio del año 1854, en que el pueblo de Madrid estaba en armas, con una milicia nacional numerosa y organizada; periódicos escritos con el más exaltado radicalismo, con clubs y reuniones en las que tomaban parte muchedumbres ávidas de grandes reformas progresivas, donde se discutía todo y á veces se llegaba á los actos vedados de las regias prerrogativas, sin que contuvieran este movimiento las frecuentes denuncias de periódicos; se hallaba más preocupada la opinión con los asuntos políticos, y era difícil desviarla de ellos, pues no solía prestarse oídos muy atentos á todo aquello que no fuera en el referido concepto.

Fué necesario que el periódico popular más importante y de una gran circulación, iniciase la idea de rendir solemne homenaje de enaltecimiento al gran poeta, para que el pensamiento fuese acogido con aplauso y llevado á la realización. Este periódico fué *La Iberia*, fundada y dirigida por un literato y político, y también hombre de ciencia, joven, entusiasta y deseoso de realizar un acto que sirviese para dar á la revolución, no ya el carácter de belicosa y de represalias, sino una fisonomía de concordia y de cultura especiales, á fin de que llevase en pos de sí recuerdos de simpatía y gratitud. El director de *La Iberia* era D. Pedro Calvo Asensio, político enérgico y periodista insigne, que desde las columnas de su diario

se conquistó una gran reputación, que le hubiera conducido á los más altos puestos, si una muerte prematura no hubiese malogrado esperanzas tan fundadamente concebidas.

Había seguido Calvo Asensio la carrera de Farmacia, en cuya facultad era doctor; fundó un periódico de esta profesión, *El Restaurador Farmacéutico* (que aún hoy vive), y fué un defensor decidido de los derechos de sus compañeros de profesión. Pero sus aficiones se inclinaban más á la literatura y á la política; escribió varias obras para el teatro, que fueron bien recibidas por el público; fué diputado, y en el Parlamento adquirió reputación de orador y fundó el periódico *La Iberia,* órgano más avanzado del partido progresista, que alcanzó extraordinaria popularidad.

No se había realizado en España, ni existía la costumbre de tributar en vida esas apoteosis á los hombres ilustres, aun cuando sus méritos extraordinarios los hicieran acreedores á ello. Surgió, pues, la idea de un periódico muy favorecido del público, y prosperó con gran eficacia por los resultados que después tuvo, y el éxito feliz alcanzado al realizar un acto tan plausible, que enaltecía por igual al poeta laureado y á los iniciadores del pensamiento.

El artículo de *La Iberia* estaba escrito con gran entusiasmo y revelaba un vivísimo deseo, no sólo de honrar á un ilustre anciano, gloria de las letras patrias, sino de enaltecer al propio tiempo á la parte intelectual de nuestra nación y á la misma política imperante, demostrando que además de haber producido la caída de sistemas demasiado autoritarios, se ocupaba también de galardonar el mérito y proclamar el genio.

*La Iberia* se fundó en 1854 . Su redacción, dirigida por el referido Calvo Asensio , estaba formada de jóvenes entusiastas por la política avanzada y por el cultivo de las letras. Dejando aparte la aspiración indicada en el título del diario de unificar España y Portugal; d espués de realizada la revolución de Julio que dió el poder al partido progresista, á cuyo frente estaba el general Espartero, se dedicaron los redactores á ima-

ginar una empresa literaria, que fuese honra de la patria. Representábase en Septiembre de 1854, en el teatro de Variedades (1), la tragedia de Quintana, *Pelayo*, y con este motivo se publicó en dicho periódico un notable artículo, verdadera página honrosa del periodismo español. Empezaba citando los versos de Quintana:

«Y si queréis que el Universo os crea
dignos del lauro á que ceñís la frente,
que vuestro canto enérgico y valiente
digno también del Universo sea.»

Citaremos brevemente algunos de sus principales párrafos, para que pueda formarse idea de su alcance.

Las frases con que comienza son éstas:

«¿Dónde están los ingenios que, en ya lejanos días, embellecieron con brillantes flores el árido verjel de la política?»

. . . . . .

Después decía:

«¡Musas españolas, musas de juventud y de la edad presente, que habéis prestado vuestros acentos para cantar tanto vicio dorado, tanta miseria con título! ¿No tendréis hoy un soplo siquiera de poesía para ensalzar la virtud modesta, la abnegación generosa y humilde?»

. . . . . .

«No, y mil veces no; aún tiene un digno intérprete la musa de Píndaro y de Herrera; aún vive entre nosotros el espíritu del gran Tirteo; aún suena, no pulsada hace tantos años, la lira del *ilustre Quintana*.»

. . . . . .

«Ese hombre extraordinario es el predilecto discípulo de Meléndez y Cienfuegos, el constante defensor de las libertades

(1) Dicho teatro estaba en la calle de la Magdalena, hacia el núm. 40, y muchos años después fué destruído por un incendio, habiéndose edificado en el solar una casa.

públicas, el escritor profundo y concienzudo, consagrado desde los más tiernos años á ilustrar las glorias de España. Él ha pasado largo tiempo sepultado en las cárceles del despotismo, ha desenterrado del polvo de los archivos las memorias de nuestros insignes varones, ha buscado sus inspiraciones de poeta en los grandes hechos, en las ilustres hazañas, en las más santas y religiosas verdades.

»Plutarco en la historia, Píndaro en la poesía, Cincinato en la vida pública, representa por sí solo todas las virtudes civiles, todos los talentos literarios, todas las celebridades españolas; él es, en fin, el movimiento viviente de nuestras glorias nacionales.

»¿Dónde está ese genio, ese sacerdote de la gaya ciencia, ese apóstol de la fe de los pueblos? Ahí le tenéis en el rincón de su hogar doméstico, pobre, modesto, humilde, abandonado, sin fausto, sin tesoros, sin títulos en medio de su grandeza, encanecido por la nieve de ochenta y dos años, postrado bajo el peso de la edad, pero con la frente altiva, con el corazón brioso, con la conciencia tranquila y serena, digno en sus maneras, grave en sus palabras, noble y afectuoso en su trato, enseñando á la juventud que se le acerca el camino de la virtud y la sabiduría.

»¿Y habrá de bajar al sepulcro ese anciano sin recibir de la generación que le contempla el premio debido á sus grandes servicios? ¿Y se extinguirá ese generoso aliento sin ser testigo y partícipe del triunfo que la historia le tributará algún día?

»No, y mil veces no. Agrupaos en torno de *La Iberia,* y cumplamos juntos ese deber sagrado y honroso.» . . . . . .

. . . . . .

«El fúnebre tributo que mañana ofrecerán nuestros hijos, quizá nosotros mismos, á la memoria de Quintana, ofrezcámosle ahora á su misma persona, y demos á la Europa y al mundo este alto ejemplo de gratitud y de justicia. Acabamos de hacer una revolución por la libertad y la patria. ¿Qué medio más noble de consagrar y legitimar esa revolución gloriosa que con-

sagrar la patria y la libertad en su más antiguo y predilecto hijo? Honra y prez y eterno renombre al excelso cantor de la *Independencia española.*

»Gloria al grande escritor á quien fué dado
romper el sueño y vergonzoso olvido
en que yace sumido
el ingenio español; donde confusas,
sin voz y sin aliento,
se hunden y pierden las sagradas musas.

»Tejamos con los verdes laureles del árbol sagrado de la revolución una inmarcesible corona. Asociémonos á lo más ilustre, notable é insigne que encierran en su seno la corte y la monarquía entera; llamemos en nuestro apoyo al Gobierno, á la magistratura, á la milicia; abramos las puertas de los liceos y de las academias; convoquemos á esta solemne asamblea la literatura, las ciencias, la administración, el comercio, la industria, el pueblo en masa, y ciñamos por la mano de su más digno representante, del ínclito Espartero, las sienes del gran Quintana. ¡Que la espada de la libertad consagre la pluma de la libertad! ¡Que el numen de la guerra divinice el numen de la poesía! He aquí nuestros votos, he aquí nuestros sentimientos.

»Compañeros y hermanos de la prensa periódica: ilustrados redactores de todos los diarios, cualesquiera que sean vuestras opiniones políticas: Si en vuestro pecho late, como habéis probado tantas veces, un corazón español y amante de las glorias de nuestra patria, acoged esos votos, secundad esos sentimientos, prestadnos vuestro eficaz y poderoso concurso.

»Y tú, profeta del pueblo, excelso Quintana, admite también la ofrenda que, en nombre de la juventud que piensa y siente, se apresuran á depositar en las aras de tu grandeza los que nunca mancharon sus labios con el mezquino lenguaje de la lisonja, los humildes, pero sinceros redactores de *La Iberia*, y ¡ojalá que este mensaje, precursor de tu triunfo, esta voz

del entusiasmo que enardece sus corazones, llegue á ti como un soplo de vida que regenere tu ancianidad venerable!»

Firmaban este artículo: Pedro Calvo Asensio, Mariano Carreras y González, Manuel María Flamant, Juan de la Rosa González, Manuel de Llano y Persi, Juan Ruiz del Cerro y José María de Larrea.

Sólo vive actualmente uno de ellos, que es el Sr. Ruiz del Cerro.

## III

Aunque únicamente se han citado algunos de los párrafos más salientes de este artículo, puede observarse que está escrito con el entusiasmo más vivo, y que se revelan apreciaciones de política exaltada, interpuestas con las más sensatas consideraciones literarias. Pero es necesario tener en cuenta que la época era de gran efervescencia política, y no había más remedio que rendir el necesario tributo á las circunstancias.

Fué muy bien acogido el artículo por la opinión. Los altos méritos de Quintana se reconocieron unánimemente y sin discusión alguna. Se dijo por varios que su generación quiso saludarle al morir como á sol que se pone, ciñéndole laureles inmortales antes de que pisase los umbrales de la tumba.

La prensa periódica reconoció la oportunidad del pensamiento de la coronación, y dijo que ésta fuese todo lo más pública y solemne posible. Para eso se nombró una comisión que preparase el acto, compuesta de los señores D. Pedro Calvo Asensio, director de *La Iberia;* D. José Rúa Figueroa, director de *La Nación;* D. Alejo Galilea, director de *El Tribuno;* D. Francisco Orgaz, redactor de *El Esparterista;* D. Alfonso García Tejero, director de *El Miliciano;* D. Enrique Cisneros, director de *La Unión Liberal;* D. Vicente Barrantes, redactor de *Las Novedades.* Se encabezó la suscripción con sumas y nombres respetables, y recibió el encargo de construir la corona de oro D. José Ramírez de Arellano, director de la en-

tonces célebre Platería de Martínez. Desde luego, la ilustre poetisa D.ª Gertrudis Gómez de Avellaneda dirigió una carta á la comisión, comprometiéndose á tomar parte en la ceremonia, y la no menos distinguida D.ª Carolina Coronado, á quien el primero de sus hijos fué apadrinado en la pila bautismal por Quintana, quiso igualmente tener la honra de contribuir á la solemnidad.

Dirigióse la comisión al Gobierno, presidido por el general Espartero, el cual ofreció todo su apoyo moral y material para llevar á cabo el pensamiento.

Invitaron á formar parte de la comisión á los señores D. Juan Eugenio Hartzenbusch y D. Martín de los Heros. Llamaron también á su seno á D. Joaquín Marraci, muy á propósito y práctico para organizar festejos literarios.

La Universidad de Salamanca, por representación del rector y decano, escribió una carta adhiriéndose al pensamiento y remitiendo una cantidad con tal objeto, recordando también que Quintana fué alumno de aquella Universidad.

Terminados los trabajos preparatorios, pensó la comisión en fijar día para la ceremonia. Se dijo primero que fuese el día 19 de Marzo, por celebrarse uno de los santos del nombre del poeta. Al dirigirse á éste, su intención fué rechazar el homenaje, calificándolo de calaverada de jóvenes que en aras de su entusiasmo habían concebido tal idea. Pero no tuvo más remedio que rendirse ante la fuerza de la opinión general.

Nuevamente visitado por la comisión el jefe del Gobierno, señor duque de la Victoria, se ofreció á solicitar de la reina doña Isabel II que fuese ella misma la que colocase la corona en las sienes de Quintana.

Para ello solicitó la comisión una audiencia de la reina, que tuvo lugar el día 2 de Marzo de 1855, á las seis y media de la tarde, á la cual se unió el general Espartero.

Hizo uso de la palabra en aquel acto el Sr. Hartzenbusch, en nombre de todos, y la reina dijo que apreciaba á Quintana no sólo como á maestro y ayo que había sido suyo, sino como á

uno de los más grandes ingenios españoles, y figuró á la cabeza de la suscripción, no sin haber antes pretendido costear por sí sola el obsequio; pero lo hizo de la magnífica bandeja de plata en que la corona había de colocarse. Parece ser que entonces le remitió la reina á Quintana un cuaderno en donde había escritos algunos versos, que, como ejercicio, había éste indicado á su egregia discípula cuando la daba lecciones. Las palabras de la reina fueron las siguientes: *Me asocio á este homenaje en nombre de la patria como reina y en nombre de las letras como discípula.*

Después se trató de la elección de local para celebrar el acto. Se pensó primero en el Paraninfo de la Universidad; pero no tenía la capacidad suficiente, y además carecía de tribunas. Se designaron luego algunos teatros; mas se creyó que la ceremonia perdería algo de su gravedad, pues no sólo era un triunfo á la poesía lo que tenía lugar, sino á la Historia y á la instrucción pública, al patriotismo y á la consecuencia política. El teatro Real fué el primero en que se fijaron; pero se desistió de ello, y fué por fin el palacio del Senado donde se acordó y llevó á cabo.

Allí había tenido asiento Quintana como prócer y como senador. Se censuró algún tanto á la comisión por este acuerdo, pero no tuvieron fundamento estas censuras. No faltó quien designara la iglesia de Atocha y hasta el Salón del Prado. Mas estas opiniones eran completamente inaceptables, por la índole misma de la solemnidad que se trataba de celebrar. Por otra parte, la comisión de gobierno interior del Senado no sólo accedió á facilitar el local, sino que coadyuvó con otros detalles, decorando el salón y obsequiando con espléndido *buffet* á los invitados con carácter oficial.

Preparado todo para la celebración de la ceremonia, una circunstancia vino á aplazarla. La muerte de D. Carlos de Borbón, ocurrida en Trieste el día 10 de Marzo de 1855, hizo que la corte vistiera luto durante diez días, queriendo la reina guardar esta consideración á la memoria de su tío, á pesar de

haberla disputado enérgicamente la corona y ensangrentado la patria con prolongada y fratricida guerra (1).

Se aplazó, pues, el acto, que se celebró por fin el día 25 de Marzo del referido año 1855 con toda solemnidad y esplendor. La comisión tuvo un verdadero conflicto con la distribución de papeletas, cuyo pedido excedía muchas veces á la capacidad del salón; pero no hubo más remedio que satisfacer las demandas posibles.

Era un domingo en que el espléndido sol de la primavera madrileña lucía con toda su brillantez y esplendor el hermoso cielo de la capital de España.

Reunidos á la una de la tarde en la habitación de D. Manuel José Quintana (que era, como queda dicho, en la calle de Pontejos, núm. 1), los señores presidentes del Congreso, alcalde constitucional de Madrid, director de la Real Academia Española (que entonces lo era el Sr. Martínez de la Rosa), ocuparon juntos un coche de Palacio y se encaminaron al Senado, precedidos de los carruajes en que iba distribuída la comisión.

Dirigióse la comitiva por las calles de Esparteros y Mayor, plaza de Herradores, calle de las Fuentes, plaza de Isabel II, calle de la Biblioteca (hoy de Arrieta), de San Quintín y Bailén, al palacio del Senado.

La reina había señalado las dos de la tarde para trasladarse con su esposo al salón de la ceremonia.

Salieron los reyes de Palacio por la plaza de la Armería, pasando por la de Oriente y calle de Bailén al Senado.

Recibidos en éste, con los honores correspondientes, se presentó en el salón Quintana, acompañado de los individuos de la comisión y llevado del brazo por Martínez de la Rosa, para recibir la corona.

Obtenida la venia de la reina, D. Pedro Calvo Asensio, director de *La Iberia* é individuo de la comisión, leyó un discurso.

---

(1) Noticias consignadas en un folleto que se publicó después, reseñando el acto de la coronación.

Terminada la lectura, el presidente de la comisión, D. Juan Eugenio Hartzenbusch, entregó la corona, que la puso en manos de la reina, y después ciñó con ella las sienes del poeta laureado.

Un himno, letra de D. Adelardo López de Ayala y música del Sr. Arrieta, se cantó inmediatamente.

Después, la poetisa D.ª Gertrudis Gómez de Avellaneda leyó una oda, escrita para este objeto, donde se intercalan versos del poeta laureado. En un folleto elegantemente impreso constan, además del discurso del Sr. Calvo Asensio y la oda de la señora Avellaneda, composiciones de D.ª Antonia Díaz Lamarque, D.ª Rosa Butler, D. Eugenio de Tapia, D. Antonio García Gutiérrez, D. Julián Romea, D. Juan de la Rosa González, D. Francisco Orgaz, D. Manuel de Llano y Persi, don Manuel María Flamant, D. Manuel Villar y Macías, D. Gaspar Núñez de Arce, D. Carlos Rubio, D. Adelardo López de Ayala y D. Juan Eugenio Hartzenbusch.

Restituídos los reyes á Palacio, el Sr. Quintana fué conducido á su casa; y delante de su coche, en carretela abierta, iba la corona de oro, colocada de un modo visible en la magnífica bandeja de plata, regalo de la reina Isabel II.

Se extendió una acta, que firmaron los reyes, ministros, autoridades y demás personas de representación oficial, cuyo documento se depositó en la biblioteca de la Real Academia de la Historia.

La corona tiene la siguiente inscripción:

AL GRAN QUINTAÑA.
LA PRENSA PERIÓDICA.
LOS AMANTES DE LAS GLORIAS DE ESPAÑA.
LA NACIÓN ENTERA.
1855.

La inscripción de la bandeja regalada por la reina es la siguiente:

ISABEL II
Á SU MUY QUERIDO AYO Y MAESTRO
QUINTANA.

## IV

El discurso de Calvo Asensio hace una historia sucinta del asunto, según ya hemos expuesto. Consigna algunos datos salientes de la vida de Quintana; dice que el acto que se va á realizar no es político, sino que deben reunirse allí todas las distintas opiniones para rendir un homenaje de consideración á un español ilustre. Le considera como poeta, como historiador, como biógrafo; las amarguras en las persecuciones que experimentó por sus ideas liberales, etc. Cita también algunas de las coronaciones de poetas célebres en la antigüedad, como la de Torcuato Tasso y el Petrarca, y termina con las siguientes frases: *Feliz tú, Quintana, que recibes una corona de manos de una dama y de una reina.*

La oda de la Avellaneda, que fué una eminente poetisa cubana de lo más distinguido del siglo anterior, comienza de este modo, que recuerda la época en que Cuba era española:

Allá en el centro de la hermosa Antilla
que oye bramar al golfo mejicano,
perla que á la corona de Castilla
aun rinde el mundo de Colón ufano:
allá donde es eterna,
de los bosques la plácida verdura,
y el cielo tropical su luz derrama
en los albores de mi infancia tierna.
Por la aligera fama,
Llegóme un canto de inmortal dulzura,
y despertó mi mente
la insólita armonía
que de tus hados el rigor gemía,
*Virgen del mundo, América inocente.*
Cual eléctrica chispa,
súbito entonces de entusiasmo, el fuego
brotó en el alma estremecida, en tanto

que del numen los ecos resonantes,
con poderoso encanto,
evocaban allí triunfos brillantes
de la virtud y el genio. Vi á *Padilla,*
víctima ilustre de grandiosa empresa,
su sangre sin mancilla,
vertiendo en aras de la patria opresa:
á *Guzmán* sobrehumano,
sordo al clamor de su paterno seno,
lanzando al agareno
la cuchilla fatal con firme mano.
Y allá del mar entre revueltas olas,
cuyo bramido apaga,
del hueco bronce, el retumbante trueno.

Fué muy celebrada, y sólo se contuvieron los aplausos por los rigores de la etiqueta, que, como es sabido, los prohibe en los actos á que asiste la corte.

D. Juan Eugenio Hartzenbusch escribió una composición, imitando el estilo del siglo XIV, suponiendo que un poeta de la corte de D. Juan II (Antón Berrío) escribía á Quintana con motivo de su coronación. Resulta un trabajo muy curioso é inspirado.

El periódico *La Iberia* publicó el día 25 de Marzo de 1855 un número con orla de gala y un artículo de fondo, firmado por toda la redacción, en que se felicitaba del éxito alcanzado por la idea que patrocinó, y donde, naturalmente, reclama la gloria de una empresa debida á su iniciativa, al propio tiempo que daba las gracias á la prensa, á los suscritores de la corona, á la reina, al Gobierno, á las autoridades y á la opinión pública en masa, por haber acogido su pensamiento con aquel entusiasmo y fe que dieron tan brillante resultado.

Al día inmediato describe la ceremonia del modo siguiente:

«A las doce de la mañana se abrieron las puertas del Palacio de D.ª María de Aragón; los representantes de las corporaciones científicas y literarias de la corte; los de todas las

Universidades del Reino; los de las Academias de la Historia, de la Lengua y de Ciencias; los hombres políticos más importantes; los más celebrados poetas; la toga y las armas, acudieron allí á honrar el talento del inmortal Quintana. A la puerta de aquel recinto, que en el número de sus glorias contará de hoy más la de haber sido escogido para la solemne coronación ó apoteosis del genio, los odios y las rivalidades de partido quedaron aquietados por entonces; allí vimos reunidos á los hombres políticos que figuran á la cabeza de todas las fracciones, lo mismo á los conservadores que á los progresistas, lo mismo á los absolutistas que á los republicanos; las opiniones más contradictorias tenían allí sus representantes, para demostrar que no era una ceremonia política, sino una fiesta nacional la que se celebraba.

»A las dos y media, las majestuosas notas de la Marcha Real anunciaron la llegada de los reyes, á quienes esperaba la comisión, compuesta de los Sres. Hartzenbusch, Calvo Asensio, Rúa Figueroa, Orgaz, Galilea, Cisneros y Barrantes, acompañados del Consejo de ministros, capitán general, gobernadores civil y militar, el conde de Altamira, dos damas de honor, dos gentileshombres, un caballerizo.

»El ilustre poeta lucía la banda de Carlos III.

»La bandeja de plata pesa 130 onzas, es de figura oval y está contorneada con una elegante moldura cincelada de gallones bruñidos y hojas. El fondo de la bandeja es dorado, con sobrepuestos de plata mate alrededor de moldura que ocupan una gran parte de aquél. Los sobrepuestos constan de cuatro escudos que representan las armas de Castilla y de León, orlados de laurel. Los escudos y cartelas están rodeados de arabescos de plata mate, y en el centro tienen un tarjetón del mismo metal, donde se lee en letras de esmalte azul la siguiente inscripción, que honra sobremanera á la reina:

ISABEL II
Á SU QUERIDO AYO Y MAESTRO
QUINTANA

»La corona es de oro de ley, contrastada, con peso de 13 onzas: representa una corona triunfal y se compone de cogollos de laurel, cuyos vástagos están anudados por una cinta del mismo metal con la leyenda que ya antes se ha mencionado.»

Terminado el discurso del Sr. Calvo Asensio, el Sr. Quintana, apoyado en los brazos de los Sres. Ferraz y Martínez de la Rosa, fué á recibir la corona de oro de manos de la reina. S. M., con acento trémulo por la emocion, pronunció algunas frases en honor del inspirado vate.

Después, en medio de un religioso silencio, el venerable anciano leyó delante de SS. MM., con voz débil, el siguiente discurso:

«Señora: Me levanto de los pies de Vuestra Majestad, condecorado por su mano con una insignia poética, tan honrosa para mí como inesperada. Nada diré de mi agradecimiento, porque es inmenso y de todo punto inexplicable. Pero sí manifestaré la sorpresa, ó más bien el rubor que siento, al considerar el lugar en que estoy y el magnífico concurso y aparato que me rodeada.

»Sé muy bien, señora, que yo no merezco tanto. Sé bien cuán lejos estoy de aquellos grandes poetas que dieron tanto esplendor á nuestra literatura en los tres siglos anteriores. Reconozco sinceramente el superior talento de los que en nuestros días cultivan con tanto aplauso el campo de las musas castellanas. ¿De dónde ó cómo podía yo imaginar, ni aun en sueños, que al erigirse en honor del arte y del ingenio este gran trofeo, nuevo en España, el lauro prometido en él había de buscar las sienes de un anciano, ya puede decirse olvidado y entregado todo al silencio y al retiro?

»Tan extraña preferencia es difícil de explicarse. ¿Se intenta hacerlo por la elevación de los talentos ó por la perfección de los escritos? En mi entender, es más natural atribuirlos á una razón, menos expuesta á dificultades y dudas, y sobre todo, enteramente inofensiva. Este es, señora, el triste privilegio de los años.

»Medio siglo va á hacer que por estos mismos días se alzó

en Madrid el pendón de la libertad y de la independencia española. Entonces fué cuando se empezaron á fundar los cimientos de ese trono constitucional en que V. M. está sentada. Desde entonces pudieron los españoles decir que tenían patria. Yo, señora, soy, de los escritores que hoy viven, el único tal vez que asistió á aquel gran movimiento. Yo, que había invocado á mi patria con los más fervientes deseos cuando no existía, la saludé con himnos de gozo y entusiasmo cuando la vi aparecer. Yo la he seguido constantemente en todas las vicisitudes de su fortuna, cayéndome con ella, levantándome con ella, consagrándola todos los esfuerzos de mi actividad, todas las potencias de mi alma.

»Quizá el recuerdo de aquellos gloriosos días ha dado origen á la solemnidad presente. En tal concepto, señora, más bien es una ceremonia cívica que la coronación de un poeta. Vuestra Majestad, autorizándola con su augusta presencia y tomando en ella la parte que se ha dignado tomar, da un insigne ejemplo de amor y afición á las bellas artes, y al mismo tiempo una muestra amable y generosa de benevolencia y favor á su antiguo ayo, que dirigió las lecciones de su juventud primera; los jóvenes escritores que han concebido este pensamiento feliz, han manifestado su excesivo aprecio al viejo precursor de sus estudios y tareas; y el numeroso y brillante concurso que me escucha ha honrado con su asistencia á este acto la carrera de un escritor liberal que ha procurado siempre ser español á toda prueba, y que saluda á sus indulgentes favorecedores con toda la efusión de su alma, y se despide tan agradecido como confundido con los honores que se le han prodigado en este día.»

. . . . . .

Concluída la lectura de la oda de la Avellaneda, resonaron varios vivas á S. M. la reina y al dichoso vate para quien la posteridad ha adelantado su carrera; vivas que resonaron fuertemente en todos los corazones, y que fueron la manifestación espléndida del júbilo que les inundaba.

## V

El cuadro que hoy existe en el palacio del Senado, y que representa el acto de la coronación de Quintana, es original de D. Luis López. De gran tamaño, pues ocupa todo un lienzo de pared de uno de los despachos de la alta Cámara, representa las figuras de tamaño natural, sobre todo de aquellas en gran número que ocupan el primer término y que, por uno ú otro concepto, fueron protagonistas de la solemnidad que expresa, y que el pincel del artista ha representado con bastante exactitud.

Es la vista del salón de sesiones del alto Cuerpo Colegislador, pero tomando solamente una parte del mismo, ó sea la central, para fijar y condensar el momento más culminante, que es aquel en que recibe Quintana la corona de manos de la reina.

En el trono están sentados ésta y su esposo, el rey consorte Don Francisco de Asís, y se ve subir los escalones, haciendo la reverencia de rúbrica, al poeta laureado, acompañado de Martínez de la Rosa.

La reina Isabel ostenta un vestido de raso blanco con adornos verdes y ricas joyas. Enfrente, en una de las tribunas portátiles destinadas á los secretarios de la Cámara, está la Avellaneda, todavía joven y bella, elegantemente ataviada, con oscuro traje de valiosa seda, adornos de blancas pieles al cuello y un lazo color rosa en la cabeza.

La alta servidumbre palatina está representada, entre otras personas, por el duque de Bailén, el conde de Puñonrostro y varios más, que visten los lujosos uniformes correspondientes á su jerarquía.

Pero pueden apreciarse en aquel numeroso conjunto una serie de retratos de personajes, que hoy ya constituyen verdadero museo de curiosidad histórica, por pertenecer á indivi-

duos que en gran parte han adquirido merecida notoriedad, y que pesa ya sobre casi todos ellos la losa del sepulcro.

La mirada de aquel lienzo trae á nuestra imaginación la sociedad de mediados del siglo pasado, que representaba el mundo oficial y el mundo de las letras, congregados en un momento determinado para rendir el más simpático tributo de veneración á un anciano ilustre, que había dado tantos días de gloria á su patria, y en que parecía presentirse que con aquello se le daba el postrer adiós á quien no había de tardar, por la dura é inexorable ley de la naturaleza, en exhalar el último suspiro, anticipándose, con este agasajo, muy poco á colocar en su frente aquellos laureles que en breve habían de ser los mismos que adornaran su féretro.

Con el clásico frac de la etiqueta está representado, en primer término, el retrato de Calvo Asensio, que tiene en la mano el discurso que acaba de leer. Con igual traje están el ilustre autor de *Los amantes de Teruel*, Hartzenbusch, de pequeña estatura, aunque de grande inspiración; el periodista Montemar, el estadista Olózaga, el gran político Sagasta, el señor marqués de la Vega de Armijo, el actor D. Julián Romea (ya entonces de colosal fama), los escritores Gil y Zárate, Angel Fernández de los Ríos, Gasset y Artime y Carlos Rubio; el historiador de gran renombre D. Modesto Lafuente; los literatos D.ª Carolina Coronado, D. Antonio María Segovia, D. Joaquín José Cervino, D. Alejandro Oliván, el novelista de costumbres D. Antonio Flores, los redactores de *La Iberia* D. Manuel de Llano y Persi y D. Juan Ruiz del Cerro.

También aparece en primer término la figura de D. Valentín Ferraz, alcalde primero constitucional de Madrid.

Ostentan uniformes y brillantes condecoraciones los generales Espartero y O'Donnell, presidente del Consejo de ministros el primero y ministro de la Guerra el segundo; el erudito general D. Evaristo San Miguel, presidente á la sazón de la Real Academia de la Historia; Ventura de la Vega, con la gran cruz de Isabel la Católica; el general Echagüe, que des-

pués adquirió tantos lauros en la guerra de Africa, ganando su honroso título de conde del Serrallo; D. Joaquín Marraci, y otra porción, que no es fácil enumerar, resultando, por otra parte (enojoso para el lector), más número de detalles en este concepto. Así es que algunos príncipes, varios diplomáticos extranjeros, diferentes personalidades conocidas en las letras, en la política, en las armas, en las ciencias y en las diferentes manifestaciones de la humana actividad, pueden señalarse en diferentes puntos. Muy en segundo término, por ejemplo, en una de las tribunas, se aprecia la borrosa silueta de la insigne actriz D.ª Teodora Lamadrid y varias otras distinguidas personas.

Los colores del cuadro no han palidecido ni han experimentado deterioro, á pesar del medio siglo que lleva de haber sido pintado. De todos modos, su autor merece los plácemes que ha ganado todo aquel que pone las bellezas del arte al honroso deseo de perpetuar un hecho notable de una manera tan digna y que tanto interesa conservar, pues presenta de un modo instantáneo una página honrosa de nuestra historia, con toda la elocuencia, con todo el entusiasmo, con toda la fe, con todos los prestigios, con toda la vida, en fin, que comunica la verdad acompañada por los destellos de la inspiración y los atractivos de la belleza artística.

El parecido en los retratos es admirable. Como he conocido á casi todos los que representa, me parece, al contemplar aquel conjunto de personalidades ilustres, que van á destacarse del cuadro y á dejar oir su voz, como si por un momento la imaginación se trasladara á la época á que se refiere.

Están bien entendidos los tonos de luz y las gradaciones de sombra y penumbra, dejando, como es natural, espléndidamente iluminadas las figuras de la reina, de Quintana y de Martínez de la Rosa, de la Avellaneda y de Calvo Asensio, juntamente con algunos que se agrupan en torno de éste, para ir gradualmente bajando de intensidad en los que ya se hallan en segundo término, todo lo cual no deja de ofrecer el mérito

que supone el de que entonces no se disponía de las instantáneas fotográficas que ahora tanto facilitan estos trabajos, sino que el artista, con sólo un ligero apunte del momento, tuvo que recomponer la escena tal y como había tenido lugar, estudiando después las fisonomías, las actitudes, los trajes, los uniformes, las condecoraciones, los artísticos tocados de las señoras, todo, en fin, para que la obra resultara en condiciones aceptables, como así sucedió, contribuyendo el pintor con su arte y su ingenio á perpetuar un hecho memorable y á que tuviera la resonancia que se propusieron sus autores.

Al mirar el cuadro, parecen, en efecto, destacarse las figuras del lienzo, y que de los labios de cada uno de los personajes, como si tornasen á la vida, brota un raudal de palabras en que se revelan los pensamientos que flotaban en la sociedad de hace medio siglo, como si hubiera querido perpetuarse en un momento dado la vida de aquel concurso, que acudía solícito á presenciar un acto que á tantas y tan profundas consideraciones se prestaba, y en el que se hacía un simpático paréntesis á las enconadas luchas de aquel tiempo, para celebrar una fiesta en la que, cual iris de paz, enmudecían y se anulaban las terribles controversias de la política.

De todos modos, no puede menos de inspirar esa simpatía de los recuerdos, que forzosamente acuden á la imaginación del que en el ocaso de su vida ve reproducido un hecho memorable que le impresionó en los lejanos días de su infancia, y al que puede muy bien aplicarse aquellos versos de Zorrilla que dicen:

«El árbol inmarchito del recuerdo
entre dolor y júbilo retoña.
En vasto panorama á mis pupilas,
aunque á par con las lágrimas se agolpan,
todos aquellos sueños de luz y oro
que nuestra juventud engendró loca.
Me parece que vuelto á aquellos días,
vuelvo, Fernando, á las alegres horas
de aquella vida sin pesar ni afanes,
como audaz é insaciable vigorosa.»

Resumiendo: el acto de la coronación de Quintana nació del entusiasmo juvenil de unos escritores que, en medio de la fiebre política que padecía la sociedad en general, quisieron rendir un tributo á las letras.

Aunque se criticó, por haberle dado cierto carácter de interés de partido, resultó una solemnidad importante, porque la prestaron su concurso algunas personalidades que no militaban en el mismo campo político que los iniciadores de la idea, sino que procedían de diversos y opuestos matices.

Puede considerarse á Quintana como fundador ó jefe de una escuela de poesía, que ha tenido entre sus secuaces algunas ilustres personalidades que han sido glorias de la patria. Núñez de Arce debe, sin duda alguna, señalarse como uno de los más entusiastas admiradores de Quintana, y fiel á sus doctrinas, en las cuales se inspiró, como lo prueban los versos de los *Gritos del combate,* en cuya colección de poesías se ve la valentía, los altos vuelos y la grandeza de que estaban rodeadas sus producciones. Doña Gertrudis Gómez de Avellaneda es también otro de sus discípulos que le honran. La ancianidad, los grandes méritos del que era objeto de esta distinción, la bondad de su carácter, la modestia que le caracterizaba, su honradez inmaculada, su misma oposición á que se verificase el acto, lo acertado de sus gestiones en el desempeño de los altos puestos oficiales que ejerció, su larga carrera de escritor, los vuelos de su inspiración, todo ello fué un conjunto de motivos para que se aplaudiese aquel acto, y sin discusión alguna se aceptase, sin que inspirara recelos, ni envidias, ni molestias, ni ofensa á persona alguna, lo cual no deja de ser difícil.

Es verdaderamente un ejemplo de altruísmo, digno de imitación y de elogio sin tasa, el premiar y venerar de ese modo á la ancianidad ilustre, que ha llegado al ocaso de sus días dejando profundas huellas de su paso por el mundo, y cuya vida no ha sido estéril ó infructuosa, sino que ha producido obras que han ilustrado á la generalidad, y que han sido al propio tiempo trabajos de inspiración artística y modelos de un géne-

ro de poesía digno de ser enaltecido, por lo mismo que se ha dedicado á cantar hechos grandiosos.

De todos modos, estos tributos deben ser muy excepcionales, pues de lo contrario perderían todo su valor. Mucho tiempo ha transcurrido después, para rendir análogos homenajes en vida, uno al poeta Zorrilla y otro al ilustre Echegaray, que verdaderamente eran dignísimos de tal premio. A Campoamor se quiso también otorgar igual consideración, y se opuso tenazmente, no sólo renunciando en absoluto, sino prohibiendo que se llevase á cabo.

Recuerdo perfectamente, á pesar del gran número de años transcurridos (como puede hacerlo quien sólo contaba nueve años de edad y estaba confundido entre la multitud que había en la calle), cuando bajaba Quintana del coche, á la puerta del Senado, ya inclinado por el peso de los años, y un exagerado temblor más que senil, producido por la emoción de que estaba poseído, á consecuencia del acto que iba á realizarse y en el que (mal de su grado) era el protagonista.

En síntesis, puede decirse que la figura de Quintana se destaca por su superior inteligencia y cualidades especiales, que sobresalen mucho de la generalidad, que se adelanta á su tiempo en varias de sus aseveraciones.

Que como historiador tiene condiciones que le avaloran, no siendo el narrador minucioso y estéril de los acontecimientos, sino el razonador crítico de los mismos.

Como poeta, tuvo siempre verdadera inspiración y genio para ser uno de los que en realidad han merecido ese título, y que su nombre haya pasado á la posteridad, como digno representante de las glorias del parnaso español, que hoy se encuentra, por desgracia, tan huérfano de vates de su talla.

Como político, tenía ideas liberales, pero siempre revestidas de una discrecional prudencia, que hubieran parecido en la época actual tal vez como conservadoras, y aun acaso con cierto matiz reaccionario.

Que tuvo la suerte de vivir lo bastante para que su generación le hiciera justicia.

Que en todas sus producciones hay siempre la nota saliente de la energía, del valor, de la fe en sus ideas, producto no de un entusiasmo efímero y transitorio, sino de arraigada y profunda convicción.

Que procuró hacer compatibles la inspiración poética con la mesura y la discreción que suministra una bien aprovechada experiencia, aplicándose perfectamente en todos los casos del sublime pensamiento, encerrado en los cuatro conocidísimos versos de la *Oda á la Imprenta,* que retratan admirablemente á Quintana:

«Y si queréis que el Universo os crea
dignos del lauro á que ceñís la frente,
que vuestro canto enérgico y valiente
digno también del Universo sea.»

JOAQUÍN OLMEDILLA Y PUIG

# RECUERDOS

Empiezo por una rectificación, y esta es una novedad en esta serie, tan insustancial como interminable, de mis recuerdos.

Hasta ahora nada he rectificado, con lo cual he venido á ser una honrosa excepción entre oradores y escritores; porque, ¿qué orador no rectifica? ¿qué escritor no debiera rectificar?

Sólo que mi rectificación es de las más modestas.

Al empezar el verano, y comenzar mis vacaciones, dejé escritos dos artículos, uno sobre el voto de censura que quisieron darme en las Cortes Constituyentes los elementos reaccionarios de la Cámara, en el supuesto falso de que yo pretendía prohibir la enseñanza de la doctrina cristiana en las escuelas públicas, y otro segundo artículo sobre las consecuencias que tuvo para mí aquella escaramuza parlamentaria y sobre mi viaje á Granada.

Dejé, como digo, escritos ambos artículos; mas al ir á la imprenta se alteró el orden, y fué antes el segundo que el primero, con lo cual expliqué á mis lectores antes las consecuencias que las premisas, y ellos, según fórmula clásica, antes sufrieron el golpe que el amago.

Con estas explicaciones que doy, quedan las cosas en su punto, rectificado el pensamiento, y el desorden sin rectificar, cosa propia de España, y muy de mi gusto en estos desordenados recuerdos.

Y con ellos continúo.

***

Ello es que, á pesar de la enemiga de ciertos elementos de la Cámara y de su afán de ir devorando ministros demócratas, yo continué en mi puesto casi dos años, hasta que vino Don Amadeo y se constituyó aquel Ministerio de notables que duró hasta la división de las huestes revolucionarias en dos partidos de gobierno: uno representando el elemento avanzado, que al fin tuvo por jefe á Ruiz Zorrilla; otro representando el elemento conservador, á cuyo frente colocaron al general Serrano.

Pero todo el año 69 y todo el año 70 yo seguí en el ministerio de Fomento, sin que ya nadie se metiera conmigo.

¿Hice algo en el ministerio de Fomento en este tiempo?

Yo creo que sí; y como mi abuela se murió hace muchos años, y no tengo por la presente amigos políticos que trompeteen mi gestión ministerial, será forzoso que yo haga la crítica de mí mismo, y que, durante una ó dos crónicas, me ocupe en asuntos serios, prescindiendo de menudencias y de chismes políticos.

Prepárese, pues, el lector á aburrirse más que de costumbre; pero yo estoy resuelto á que todo conste, como dice el famoso personaje de una famosa zarzuela.

Digo famosa, porque no recuerdo cuál es, y á todo trance necesito un adjetivo que la acompañe.

Una de las leyes más importantes que presenté, que aprobó la Cámara y que todavía rige, es la de quiebras y convenios de ferrocarriles.

El estado de nuestras empresas ferroviarias era verdaderamente desastroso en el año 69.

La mayor parte de ellas, incluyendo la gran línea del Norte, hallábanse en estado de quiebra.

Si en quiebra no se declaraban ó las declaraban, es porque era materialmente imposible, no en derecho y por ley sustantiva, sino por mezquindad é impotencia de una ley adjetiva ó de procedimiento.

Regíanse todas por el Código de Comercio, que no se había

hecho para ellas, en que ellas no cabían, y cuyos preceptos les eran inaplicables en gran parte.

Era un molde que no se había hecho para empresas de tanta magnitud. Meterlas en el molde, aun con violencia, era físicamente imposible.

Cuando me hice cargo de la dirección de Obras públicas, se me presentaron los representantes de gran número de compañías, y al frente de ellos el ilustre D. Manuel Alonso Martínez, uno de los hombres más competentes en la materia, y aun tengo para mí que el más competente en aquella época; inteligencia clarísima, espíritu fino y sutil, palabra persuasiva y gran maestro en todas aquellas complicadas cuestiones.

Me manifestaron cuál era el estado de las compañías de ferrocarriles en España; su vida, más que angustiosa, agonizante, y la necesidad de una ley ó por el pronto de un decreto, dado que estábamos en período dictatorial, que pusiera á salvo tantos y tantos intereses gravísimamente comprometidos.

Yo les dije que por mi parte no había dificultad alguna; pero que tenía que consultar con el ministro; y en efecto, con don Manuel consulté aquel formidable problema.

D. Manuel se opuso por el pronto á emprender la obra magna y comprometida de su resolucion.—Se trata—dijo—de miles y miles de millones, de una masa inmensa de intereses, á veces contradictorios, á veces oscuros, casi siempre en lucha, y una cuestión de esa clase no podemos resolverla sin el concurso de las Cortes.

No tardarán mucho en reunirse, y entonces veremos.

D. Manuel tenía razón, y así lo reconocieron los interesados, y tuvieron paciencia por algunos meses.

Constituídas las Cortes, volvieron á la carga; pero Ruiz Zorrilla se negó de nuevo, al menos por aquellos días.

Pero vino la crisis ministerial; pasó Ruiz Zorrilla al ministerio de Gracia y Justicia, entré yo en Fomento, y D. Manuel Alonso Martínez volvió de nuevo á verme. Él conocía mis opi-

niones en la materia, y sabía que no me arredraban las dificultades, sobre todo contando con un consejero como él.

Yo acometí, pues, la magna empresa, resuelto á salvar aquella riqueza que tan en peligro encontraba.

Tuvimos largas discusiones, haciendo yo, sobre todo, el papel de crítico, acumulando objeciones y dificultades á las bases que de primera intención convinimos, modificándolas, aclarándolas y procurando armonizar todos los intereses: accionistas, obligacionistas, de 1.ª, 2.ª y 3.ª hipoteca, acreedores refraccionarios, todo un ejército de interesados, por uno ú otro concepto, en aquella inmensa liquidación; cosas que entonces sabía yo al dedillo, y que hoy he olvidado casi.

¡Qué talento el de D. Manuel! ¡Qué sutileza! ¡Cómo vencía dificultades que parecían invencibles! ¡Cómo armonizaba los principios de derecho con las realidades prácticas del problema! Uno de los conflictos para mí, porque en aquellos tiempos el afán de los economistas era armonizar el derecho con la conveniencia, era el siguiente, al cual daba también mucha importancia el Sr. Alonso Martínez. Y valga un ejemplo, y para simplificar, supongamos que determinada Compañía de ferrocarriles de aquella época sólo hubiera tenido una clase de acreedores.

Declarada la quiebra, la totalidad de dichos acreedores constituye una entidad, una persona jurídica; pero como en el fondo es una colectividad, la ley de la mayoría se impone, y toda resolución votada por mayoría se comprende que puede llegar á ser valedera; y que por la unidad que la masa de acreedores ha adquirido, la minoría, salvo casos particulares, estará sujeta á la mayoría.

Pero antes de declararse la quiebra, entre la suspensión de pagos y la quiebra propiamente dicha, cada acreedor conserva su derecho íntegro; no está sometido á los demás, y todo convenio supone la unanimidad absoluta; pero en la práctica esta unanimidad es imposible, absolutamente imposible, materialmente imposible. Bastaba un incendio, un naufragio, la

pérdida de un solo título, para hacer imposible, en derecho, el convenio más beneficioso para todos los interesados.

En este caso se encontraba, por ejemplo, el ferrocarril del Norte, que tenía preparado un convenio, no con los cuatro quintos de los acreedores ni con los cinco sextos, sino con la casi totalidad, y, sin embargo, el convenio no podía prevalecer sin el estado previo de quiebra, que era la catástrofe para todos, para los accionistas y para los obligacionistas.

Era preciso una ley que facilitara los convenios sin pasar por el estado de quiebra.

Tal era la clave del proyecto que presenté, y en que había que salvar, en términos racionales, los principios y la conveniencia.

Se redactó, pues, el proyecto en que tanta parte tuvo don Manuel Alonso Martínez, y lo presenté á la Cámara.

La cuestión era inmensa: de las que en otras circunstancias, y procediendo con menos acierto—¿por qué no he de decirlo?—del que tuve, hubiera dado origen á grandes escándalos, á grandes protestas, á sesiones violentísimas, porque, al fin y al cabo, se trataba de muchos miles de millones, y en aquel naufragio de aquella gran industria luchaban intereses poderosos y contrarios, con la desesperación del que agoniza entre las olas.

Pues no sucedió nada: presenté, como digo, el proyecto á la Cámara; se nombró, mejor dicho, hice nombrar una Comisión respetable, y al mismo tiempo entendida en tales materias, y ajena en lo posible á todos aquellos intereses palpitantes, y se abrió una amplia información, que puedo decir que duró meses, y á que asistieron representantes de todos los interesados.

Allí se discutió con calma; allí se estudiaron los conflictos, se aquilataron los derechos, se transigió cuando era preciso transigir, y todos, absolutamente todos, llegaron á una concordia que, *á priori,* hubiera parecido imposible; de tal suerte, que cuando el dictamen de la Comisión se presentó á la Cáma-

ra, hubo menos discusión que para la más modesta carretera. Yo hice el resumen en un discurso que duró dos sesiones; todo el mundo quedó convencido, y apenas si algún diputado que otro hizo alguna observación de menor cuantía.

¿Qué había de decir nadie, ni qué argumento podía presentar ningún diputado que no hubiéramos estudiado nosotros?

Se aprobó la ley, que ha regido años y años, y que todavía rige, y creo que presté un señaladísimo servicio, salvando de la ruina á una industria en que se cifraba el porvenir de España.

*
* *

Aunque no he vuelto á leer lo que voy dictando, me parece que en este artículo me doy un bombo más que regular, y que por esta vez he prescindido de mi tradicional modestia.

Pero es preciso ponerse en la corriente de las nuevas ideas y de los nuevos procedimientos. El que da en vivir más allá de su tiempo natural, no puede prolongar su existencia sin acostumbrar sus pulmones á la nueva atmósfera, ni puede hablar al público sin poner su voz al tono de las demás voces, ni puede quedarse corto cuando todos los demás se afanan por ser largos.

En suma: hay que vivir á la moderna y en pleno modernismo; y como lo más moderno es la moderna filosofía de Federico Nietzsche, al célebre, nebuloso y embrolladísimo filófo acudo para justificar los aplausos que voy tributándome, y que seguiré tributándome por este proyecto á que me he referido y por otros de que hablaré más adelante.

No faltará quien diga que tales aplausos son fruto de una soberbia intolerable ó de una vanidad senil, digna, cuando más, de compasión.

Esto hubiera pensado yo en otro tiempo; pero hoy pienso lo contrario, porque mientras pueda marchar, he de marchar con el siglo.

Más aún: todos los aplausos que, liándome la manta á la

cabeza, dedique á las cosas que haya podido hacer en cualquiera esfera de la actividad humana, son en mí acto de humildad y acto de sacrificio.

Cuando yo diga que una cosa que he hecho ha sido buena, esto significará, por mi parte, un sacrificio que nunca comprenderán bastante mis lectores, aunque yo procuraré explicárselo con la mayor claridad posible.

Mas para ello necesito darles una idea de la filosofía de Nietzsche, y ponerme bajo el amparo de su nombre ilustre.

Bien comprendo que hablar de Nietzsche, á proposito de de una ley de convenios y quiebras del año 69, es una verdadera extravagancia; pues precisamente porque es una extravagancia, en ella me recreo, porque me parece que es entrar en una nueva vida, respirando nuevo ambiente.

Y después de todo, todo se enlaza en este mundo; y con la vanidad humana, con los arranques de orgullo, con los manoteos de la soberbia, con los extravíos de la imaginación, con el desate del cerebro y con la rotura de toda fibra inhibitoria de ideas estrafalarias y de todo freno de sensatez, tienen íntima relación muchas cosas que andan hoy por el mundo y muchas ideas que flotan en la atmósfera.

En suma: que estoy resuelto á escribir uno ó dos artículos de filosofía novísima, aunque en rigor no es tan nueva como digo, pero nueva y novísima será para la mayor parte de mis lectores la del célebre Nietzsche.

*
* *

Realmente, las lucubraciones, delirantes según unos, profundísimas según otros, del célebre filósofo, no pueden formar parte de mis recuerdos, porque en la época á que voy refiriéndome, Nietzsche no estaba de moda; pero estaban de moda ciertas ideas, de las cuales han partido las modernas escuelas pesimistas, y hablar de aquéllas y recordarlas, es una tentación irresistible para hablar de éstas.

En aquellos tiempos, y en la época que precedió á la Revolución de Septiembre, la agitación de las ideas era grande; los nuevos hombres políticos, la juventud toda abominaba, mejor dicho, despreciaba profundamente toda política empírica. La política había de fundarse en la ciencia, había de ser determinación práctica de las ideas; había de arrancar, más ó menos directamente, de la filosofía y de la ciencia.

Por eso, todos éramos más ó menos filósofos, hasta los economistas.

No nos contentábamos, como dije antes, con demostrar que tal ó cual ley económica era ley de realidad en los fenómenos sociales.

Buscando la armonía, una armonía filosófica, una armonía idealista, demostrábamos, siguiendo á Bastiat, que dicha ley económica era conveniente, y que, prescindiendo de perturbaciones transitorias, procuraba un mayor progreso, una mayor riqueza, un mejoramiento de la masa humana.

Pero no nos contentábamos con esto, según decía antes y según he dicho en otras ocasiones, sino que, después de demostrar que las libertades económicas eran convenientes, nos esforzábamos por demostrar también que en el fondo se armonizaban con las leyes morales y con los principios de derecho; de suerte que para nosotros todo problema político tenía estos varios aspectos; el económico, el moral, el jurídico.

Hoy domina en todas estas cuestiones el criterio positivista; se huye de lo absoluto; se niega fijeza á las leyes del orden natural; se supone que puede haber una economía política para Alemania y otra para España; una moral para la India y otra para Europa; un derecho en los tiempos feudales y otro en la época moderna. En suma, en mi tiempo el criterio histórico y experimental quedaba subordinado al criterio científico y filosófico.

Éramos eminentemente idealistas; no negábamos que existiese gran variedad en las prácticas económicas, en la interpretación de las ideas morales y en las leyes escritas de una ú

otra época, de este ó de aquel siglo; pero esta variedad la considerábamos como una peregrinación de la humanidad hacia ideas fijas y absolutas; eran tanteos, ensayos seculares ó geográficos, mediante los que el hombre se iba aproximando á la verdad absoluta. Y valga un ejemplo: la serie numérica $1 + \frac{1}{2} + \frac{1}{4} + \frac{1}{8}$, prolongada hasta lo infinito, se sabe y se demuestra que tiende hacia el número 2.

Si un pueblo, ó una raza, ó toda una época dijera que vale 1, se equivocaría de medio á medio, pero se equivocaría menos que si dijese que vale 100.

Pues esto, este ejemplo, digo, simboliza en cierto modo los tanteos, los errores, los aciertos á medias de la humanidad.

Si en otra época más adelantada afirma el hombre que la serie en cuestión vale 1 y $\frac{1}{2}$, ya se aproximará más que el hombre de la época precedente; su error sólo será de $\frac{1}{2}$.

Y así sucesivamente: en épocas posteriores llegará á comprender ó creerá comprender el que estudie la serie en cuestión, que vale, no 1, no $\frac{3}{2}$, no $\frac{7}{4}$, sino algo más; y corrigiendo su error, aunque sin llegar á la exactitud absoluta, que en nuestro caso está representada por el número 2, se irá aproximando á él indefinidamente.

El número 2 simboliza aquí lo absoluto; las sumas parciales de la serie, la evolución hacia ese absoluto.

El 1 no es la verdad, el $1\frac{1}{2}$ no es la verdad tampoco, el 1 y $\frac{1}{2}$ y $\frac{1}{4}$ no alcanza á la verdad matemática, pero el error va siendo cada vez menor.

Pues nosotros, el razonamiento que precede lo aplicábamos á la economía, al derecho, á la moral.

No hay muchas morales históricas ó geográficas; hay una sola como verdad absoluta; las morales históricas son términos de la serie.

Los diversos códigos de derecho son asimismo aproximaciones al Derecho único.

El hombre confunde su ignorancia ó su torpeza con la verdad en sí, y se cree dueño de fabricar leyes económicas y

leyes morales y leyes jurídicas, como si en el ejemplo anterior hubiera alguien tan insensato que quisiera igualar en exactitud el número 2 á cualquiera de las sumas parciales.

Estas eran las ideas entonces dominantes; y como hoy dominan otras ideas, no ha de parecer á nadie extraño que, por contraste natural, al recordar lo que fué nuestra creencia, nuestra fe, nuestra esperanza, nuestra pasión, pudiera decir me encuentre de frente con muchas ideas modernas que son la negación brutal de todo lo que entonces pensábamos y creíamos, de todo lo que en el orden del pensamiento representaba aquella época revolucionaria.

No diré todos, pero muchos demócratas de hoy, no son los que éramos los de entonces; son precisamente lo contrario en casi todas las esferas sociales. No digo que nosotros acertásemos en absoluto, ni que en absoluto sean falsas las corrientes modernas; me limito á recordar y á señalar contrastes. Y ya irá comprendiendo el lector, y lo comprenderá mejor en el artículo próximo, por qué no es tan desatinada, como á primera vista parece, la cita de Nietzsche y de sus doctrinas, que procuraré explicar si es que acierto en empresa tan temeraria.

Conque hasta el artículo próximo.

José Echegaray

# LA CESIÓN DE LAS FLORIDAS

## I

El siglo XIX ha sido funestísimo para España, porque cualquiera que sea el valor que se otorgue á los progresos realizados en el interior—y claro es que éstos resultan muy pequeños si se los compara con los que se han operado en otros pueblos,—es lo cierto que en la esfera internacional hubo de sufrir durante aquél tan repetidas y enormes pérdidas, que variaron esencialmente su posición y la consideración que merecía en la sociedad de las naciones.

Al comenzar dicha centuria, además de las islas adyacentes, de las del Golfo de Guinea y de las plazas del Norte de Africa, poseía la Corona española los reinos de Nueva España, Goatemala, Nueva Granada, Perú y Chile, las provincias de Yucatán, las dos Floridas, la Luisiana, Venezuela y Río de la Plata, las islas de Cuba y Puerto Rico y el Archipiélago filipino, es decir, un mundo inmenso de incalculables riquezas, el mundo que habían descubierto sus navegantes, conquistado sus guerreros, poblado sus hijos, civilizado sus sacerdotes, y al cual sus gobernantes dotaron de leyes tan sabias, que hoy día son estimadas universalmente — haciéndosenos tardía y poco costosa justicia—como un verdadero monumento de legislación colonial. De todo esto, al terminar el siglo XIX, puede decirse que no nos quedaba nada. Primero, de la Luisiana; luego, de las dos Floridas; casi al mismo tiempo, de la América central y

meridional; después, de Borneo y de Joló, y, por último, de Cuba, Puerto Rico, el Archipiélago filipino y las Carolinas; de todos estos territorios ha ido desapareciendo la bandera española, hasta quedar reducidos nuestros dominios, fuera de la Península, casi á los mismos límites en que se encerraban al comenzar la Edad Moderna.

Tan tremenda caída no ha sido aún debidamente estudiada; acaso sea pronto para hacerlo en su totalidad; pero es indudable que conviene ir reuniendo los materiales necesarios para demostrar en su día que si bien España cometió errores, y errores graves, como los han cometido todos los pueblos, lo rápido y lo total de su vencimiento fué debido, en primer término, á la conducta de naciones con las cuales se hallaba en paz, y que no vacilaron en amparar y fomentar una especie de piratería internacional organizada contra el poderío español.

Con ese objeto hemos tratado ya en estas mismas páginas de la cesión de la Luisiana, que con arteros manejos arrancó Napoleón al débil y bondadoso Carlos IV, y de los preliminares de la independencia de América (1), que facilitaron Francia, los Estados Unidos, Inglaterra y el Brasil, y con ese exclusivo propósito vamos á ocuparnos ahora de otro de los múltiples incidentes de esa lamentable campaña: de la manera cómo los norteamericanos nos arrebataron las dos Floridas.

## II

Sabido es que el Gobierno de Wáshington se negó á reconocer al plenipotenciario nombrado en 1809 por la Junta Central, D. Luis de Onis, y que, aprovechando la situación de la Península, fomentó aquél de mil maneras el movimiento revo-

(1) Véanse los números de LA ESPAÑA MODERNA, correspondientes á Abril de 1903 y á Enero, Marzo y Abril de 1908.

lucionario en las Colonias españolas, sin admitir las reclamaciones del representante de España.

Fué esto como el preámbulo de lo que poco depués habían de hacer los Estados Unidos.

El 10 de Octubre de 1810, el Presidente Madison ordenó la toma de posesión de la parte de la Florida occidental situada entre el Misisipí y el Perdido, alegando en una proclama «que, perteneciendo todos aquellos territorios á los Estados Unidos, como parte integrante de la Luisiana, había tenido por conveniente ocuparlos, porque así lo exigía la justicia y la política; pero que quedarían en su poder, como lo estaban en el de España, sujetos á una amistosa negociación». No contento con esto, encargó al gobernador de la Georgia concertase con los habitantes de la Florida oriental su voluntaria sumisión, y, de no conseguirla, procediese á ocupar el país por la fuerza. Pidió explicaciones el embajador de Inglaterra, Mr. Foster; pero el secretario de Estado, Mr. Monroe, se negó á darlas en cuanto á la Florida occidental, repitiendo que ésta, como perteneciente á la Luisiana, formaba parte de los Estados Unidos, y declaró que la Florida oriental se tomaba como garantía de las diferentes reclamaciones que tenía que dirigir á España, medida de precaución aconsejada por el estado de esta Monarquía.

Fundándose en semejante doctrina, que no hacía mucho honor al sentido jurídico del Gobierno norteamericano, se pusieron por obra esas declaraciones. En efecto: el general Matthews penetró en la Florida en 1811, apoderándose de la parte habitada del Este, excepto de la ciudad fortificada de San Agustín; y como tuviera necesidad de sostener con las armas la posesión de los terrenos ocupados, realizó una campaña impropia de un ejército regular, destruyendo todo cuanto constituía una forma cualquiera de propiedad, y dejando completamente devastada la Florida oriental. Sin embargo, precisados á atender á la sangrienta guerra que estalló entre Inglaterra y los Estados Unidos, nada definitivo consiguieron éstos

por entonces, si bien no desistieron de llevar á cabo el plan que habían adoptado.

Pocos años más tarde, ocupando la Presidencia Mr. Monroe, un aventurero, el titulado general Mac-Gregor, un pirata, Luis Aury, y un norteamericano, Hubbad, al frente de unos cuantos contrabandistas, esclavos y bandidos, ejército digno de tales jefes y de la empresa que iban á acometer, se propusieron conquistar la Florida oriental para anexionarla á los Estados Unidos. Procedieran ó no de acuerdo con el Gobierno de la Unión, aunque todo permite decidirse por la afirmativa, es lo cierto que aquéllos, con la gente que reclutaron en los puertos del Sur, obligaron á capitular al gobernador español; pero á pretexto de que no podían constituir un Gobierno serio y estable, el 1.° de Enero de 1818 se apoderaron del país, en nombre de los Estados Unidos, el mayor Bankhead y el comodoro Henly.

Poco escrupuloso el Gobierno federal en la elección de los medios que habían de conducirle á la realización de proyectos que no se tomaba el trabajo de ocultar, é invocando la necesidad de castigar á los indios de Seminola, que ocupaban parte de la frontera de la Florida y de los Estados Unidos, y habían cometido, acaso por extrañas excitaciones, algunos excesos contra súbditos norteamericanos, envió contra aquéllos al general Jackson, el cual penetró en la Florida oriental, y, no contento con haber castigado á los indios, violando todas las leyes internacionales y sin haber mediado declaración de guerra con España, atacó los fuertes españoles, que, desprevenidos, no pudieron resistir. La Cámara de Representantes se ocupó del asunto, y aunque Henry Clay y otros censuraron la conducta de Jackson (1), no sólo no fué castigado éste, sino

(1) Bueno es advertir que la oposición á Jackson se fundó exclusivamente en el aspecto anticonstitucional de su conducta. «Quizás se trate de dar un voto de gracias al general, decía Clay; podrá suceder muy bien que se le lleve en triunfo; pero si esto sucede, veremos el triunfo del prín-

que, tácitamente, recibió la aprobación del Gobierno y del Presidente.

En vano el plenipoteciario español protestaba contra todos y cada uno de estos atentados; el Gabinete de Wáshington rehusaba contestar, y seguía inflexible en el sistema de su política.

Cuando á fines de Diciembre de 1815 fué reconocido oficialmente el Sr. Onis, reprodujo sus protestas y presentó nuevas quejas y reclamaciones sobre casos de igual naturaleza. «La piratería contra el comercio español—dice el mismo plenipotenciario (1)—empezó á tomar desde entonces en los Estados Unidos el carácter más decidido, y organizándose en sistema de pillaje y robo, fué llevado á ejecución con un descaro de que no había ejemplo en la Historia. Al paso que este sistema se iba generalizando como un ramo de especulación en los principales puertos de la Unión, y los comerciantes americanos se dedicaban á él con el más ardiente afán, el Gobierno y los Tribunales se mostraban insensibles é indiferentes al clamor de las quejas particulares y á las que se presentaban por mí ó por los cónsules, y las propiedades españolas conducidas en los mismos barcos apresados, ó en otros bajo pabellón americano, no cesaban de entrar en el país y de engrosar en él la masa de la riqueza pública. El interés del Gobierno se combinaba con el del pueblo en la tolerancia ó protección de esta lucrosa piratería; y he aquí por qué ha seguido constantemente hasta ahora, y por qué aun en los casos más atroces y más legalmente probados en que al robo de los cargamentos españoles, y al de todas las prendas y ropa de las tripulaciones y pasajeros, se añadió unas veces el asesinato de las inocentes víctimas, y otras se les hizo sufrir los tormentos más bárbaros, se

---

cipio de insubordinación, el triunfo de la autoridad militar sobre la civil, el triunfo sobre los poderes de la Cámara y la Constitución del país.»—Spencer: *Historia de los Estados Unidos.*

(1) Onis: *Memoria sobre las negociaciones entre España y los Estados Unidos de América que dieron motivo al tratado de 1819.* — Madrid, 1820.

ha visto siempre á los monstruosos autores de estos delitos pasear en triunfo su impunidad en los puertos y ciudades de los Estados Unidos.»

«Desde las primeras representaciones oficiales que hice al Gobierno americano sobre estos excesos—prosigue el señor Onís—y sobre la protección que gozaban los corsarios y buques de los disidentes de nuestra América en todos los puntos de la Unión, se me contestó «que las autoridades y tribunales »del país velaban sobre la observancia de las leyes, y que el »Presidente había adoptado un sistema imparcial de neutrali»dad por lo respectivo á la lucha entre España y la América; »que los administradores de las aduanas tenían orden de admi»tir toda especie de buques sin detenerse en el carácter ó cir»cunstancias de su pabellón, con tal que pagasen los dere»chos establecidos y no turbasen la paz ó el buen orden en el »país; y que en los casos de infracción ó delito, competía el re»curso á los magistrados y tribunales de justicia, y no al poder »ejecutivo». El resultado de las solicitudes que establecieron los cónsules españoles ante los jueces y tribunales americanos, fueron por lo general la confirmación del robo y la impunidad victoriosa de sus autores.

«Cuando yo requería al mismo Gobierno invocando el ejercicio de su autoridad, y la observancia de las mismas leyes constitucionales de los Estados Unidos contra el alistamiento de aventureros en el territorio de la Unión, y contra su armamento y marcha militar, para invadir desde el seno de aquellos Estados las Américas españolas, se me contestaba con estas ú otras semejantes frases: «Que los gobernadores en cada uno de »los Estados velaban sobre la observancia de la ley; que nada »resultaba suficientemente probado en los casos de que yo me »quejaba; y que la Constitución del país concedía entrada li»bre en él á todos los individuos de la especie humana sin ex»cepción, como no perteneciesen á nación ó potencia que se »hallase en guerra con los Estados Unidos.»

Las indicaciones formuladas por Onis en los anteriores pá-

rrafos, aunque dan idea y permiten formar juicio de la labor que hubo de realizar nuestro representante en Wáshington, no bastan para conocer el desarrollo de las negociaciones, que, prolongándose durante tres años, dieron lugar á múltiples é interesantes incidentes, de que es preciso dar cuenta.

Reconocido Onis como plenipotenciario español, y reanudadas, en virtud de esto, las relaciones que los Estados Unidos habían interrumpido en 1809, formuló aquél las reclamaciones de que él mismo da cuenta, y el ministro norteamericano en Madrid, con objeto, sin duda, de contrapesar y equilibrar nuestras justas quejas, presentó una Nota (1) alegando que habíamos dado auxilio en la Florida á los ingleses durante su última guerra con la Unión, y especialmente al realizar su expedición contra Nueva Orleans, y que habíamos influído para que las naciones indias establecidas en las fronteras de la Florida y Georgia, cometiesen hostilidades en el territorio americano.

Como en esta Nota se recopilaban todos los antiguos puntos de discusión, resucitando añejas reclamaciones, el Gobierno español tuvo por conveniente autorizar con plenos poderes al ministro en Wáshington, por real orden de 10 de Septiembre de 1816, para concluir un tratado de amistad y límites con aquel Gabinete; pero no se le remitieron instrucciones al efecto, haciéndose solamente en dicha real orden una referencia general á los materiales que se suponía debía tener allí sobre el asunto, y que no eran otros que las copias que en 1805 se enviaron al marqués de Casa Irujo de todo lo actuado en la negociación de Aranjuez y las instrucciones que por orden de la Junta Central se dieron á Onis en 1809, antes de su partida de Sevilla para Wáshington. El ministro Pizarro dice (2) que «ni una ni otra cosa fué extendida con el ánimo de que allí se entablasen negociaciones, y sí sólo con el objeto de que el re-

(1) Nota de Mr. Erving al ministro de Estado; Madrid, 16 de Agosto de 1816.

(2) *Exposición al rey y al Consejo de Estado sobre nuestras diferencias con los Estados Unidos*, por D. José Pizarro.

presentante español estuviese al corriente del curso de ellas, y cooperase por su parte á una feliz terminación»; pero en este aserto hay un evidente error, porque es un hecho que la negociación se trasladó á Wáshington.

No fué muy oportuna la idea de semejante traslado, porque sobre ofrecer esto otros graves inconvenientes, tenía el de dar motivo á que Mr. Erving se mostrase resentido y desairado (1); pero en el fondo, tal como el problema estaba planteado, era indiferente que aquélla se siguiese en Madrid ó en Wáshington, puesto que el Gobierno español no se mostró, ni por un solo momento, propicio á aceptar la única solución que podía resolver el conflicto, y no ciertamente por ignorar la realidad de las cosas, pues hay que hacer á Onis la justicia de que, si no acertó en todas sus gestiones, comprendió desde el primer momento las dificultades de la situación. «Este Gobierno—dijo (2) »—no conoce trabas en su política, y nada, sino la fuerza, es »capaz de contener sus designios y sus medidas... No hay po»sibilidad alguna de que el Gobierno americano admita el cam»bio de las Floridas por ninguno de los equivalentes que V. E. »especifica en sus instrucciones; y cuando V. E. reciba esta »carta es muy verosímil que estén ya las dos Floridas en poder »de estos Estados y puestas las bases para ocupar otros pun»tos y territorios en las provincias limítrofes de la Corona »de S. M...» Manifestó su creencia de que España no debía confiar en el apoyo de las naciones extranjeras, y añadió: «... no alcanzo que pueda haber medio alguno para impedir »este resultado, sino el de resoluciones extraordinarias, gene»rosas y francas llevadas á ejecución con prontitud, magnani»midad y firmeza. Estas deben ser dirigidas á quitar á las na»ciones marítimas y comerciantes todo motivo de desear la in»dependencia de la América, y á contentar al mismo tiempo á

(1) Nota de Mr. Erving; Madrid, 19 de Septiembre de 1816.

(2) Despacho de Onis al ministro de Estado; Wáshington, 14 de Enero de 1818.

»los habitantes de ésta, disipando los motivos y estímulos de »la revolución, y reuniendo los ánimos de todos ellos. Conside- »ro que en el día son los más á propósito, á las miras que pue- »dan producir este efecto, las siguientes: comercio libre á to- »das las naciones en toda nuestra América; reforma en toda »ella del sistema de rentas, así en su imposición como en el »modo de recaudarlas; extinción de todo género de estancos, »y libertad absoluta de propiedad; destrucción absoluta de to- »das las trabas que se oponen á los progresos de la agricultu- »ra, fábricas, industria y comercio; exención de derechos á »á todo lo que sea exportación de frutos y géneros del país, »cargando solamente impuestos sobre las importaciones con la »debida proporción en favor de los súbditos del rey... y final- mente, igualarla (á la América) á las provincias de la Penín- sula en derechos y prerrogativas, así como en contribuciones y cargas...»

No cuadraban estas ideas con las dominantes en la Corte española, y las gestiones de nuestro representante lucharon con la desventaja de nuestra situación.

Las negociaciones, que versaron casi exclusivamente sobre la cuestión de límites, tenían dos partes, según las plantearon los americanos: una, la relativa á la demarcación de los límites orientales de la Luisiana, que el Gobierno americano pretendía situar en Río Perdido, comprendiendo dentro de ellos casi toda la Florida occidental; y otra, la referente á los límites occidentales de la Luisiana, que los Estados Unidos querían llevar hasta Río Bravo, incluyendo así la provincia de Tejas y otras de las internas de Nueva España.

1.ª *Límites orientales de la Luisiana, ó cuestión de la Florida occidental.*—El establecimiento de los franceses en el país que después se llamó Luisiana, á fines del siglo XVII, reinando Luis XIV en Francia y Carlos II en España, fué una cosa más bien tolerada que consentida por nosotros, y el Consejo de Indias nunca dejó de representar al rey sobre la necesidad de expulsar á toda costa á los franceses del seno mejicano. Sin

embargo, el mal creció en el reinado de Felipe V, y vino ya á reconocerse, aunque nunca por estipulaciones expresas, el derecho de los franceses á sus establecimientos de la Mobila y del río Misisipí, ó de la Empalizada, que es el nombre que le daban los españoles. Arraigados los franceses en aquel terreno, no hay duda que por la parte del Este del Misisipí estuvieron poseyendo hasta el año de 1763 toda la costa que media hasta Río Perdido; y aun, para hablar con más propiedad, diremos que esta parte de costa fué la primitiva Luisiana, pues en ella, antes que en la isla de Orleans, estuvo la capital de la Colonia francesa; por manera que hasta el año 1763 es indudable que la Luisiana se extendía hasta Río Perdido. La argumentación española, como se ve, se basaba en una perfecta y total buena fe.

Por el tratado de 1763, Francia se vió precisada á ceder á Inglaterra todo el terreno que poseía al Este del Misisipí, á excepción de la isla de Orleans, esto es, el que estaba situado al Este de una línea que comenzaba en el punto de Manshak, seguía el curso del río Iberville, y cortando los lagos Pontchartrin y Maurepas, terminaba en el mar. Este terreno, que desde dicho año de 1763 pasó á ser posesión inglesa, lo unió Inglaterra á la Florida, que nosotros le habíamos cedido por el mismo tratado, y agregando el territorio y puerto de Panzacola á dicho terreno cedido por Francia, le dió el nombre de *Florida occidental,* desde cuyo tiempo no se le conoció con otro. En la guerra de 1779 conquistó España la Florida occidental, y este derecho de conquista fué legitimado y sancionado por el tratado que se firmó en Versalles, entre España é Inglaterra, el 3 de Septiembre de 1783, tratado por el cual nos cedio también la Gran Bretaña la Florida oriental.

Es decir, que los derechos de España sobre aquellos territorios no arrancaban en manera alguna de la cesión que nos hizo Francia en 1763; y no habiéndolos recibido de ésta, tampoco pudo devolvérselos en 1800 por el tratado de San Ildefonso, que se fundó enteramente sobre la base de la *retrocesión*, que

denota con toda claridad la idea de restituir ó devolver á Francia lo mismo que se había recibido de ella en 1763. Sin embargo, los Estados Unidos pretendían que el tratado de 1783 con Inglaterra fué una nueva incorporación de aquel territorio á la Luisiana, ó un nuevo ensanche de los límites de ésta; pero examinando de buena fe lo ocurrido, no puede deducirse otra cosa sino que España, dueña de la Luisiana, que le entregó Francia en 1763, adquirió en 1783 por otro lado y por otros títulos, una nueva provincia inglesa, llamada *Florida occidental*.

Para España sólo era Luisiana lo que recibió de Francia, y Florida occidental lo que recibió de Inglaterra. Si hubiera querido ceder también á Francia este territorio por el tratado de San Ildefonso, se hubiera designado con el nombre auténtico y legal que en todos los documentos, actos públicos, tratados y mapas se le conocía desde 1763. Florida occidental se le llama en el tratado de 1783, en el de 1795 entre España y los Estados Unidos, y en cuantos documentos oficiales y cartas geográficas se publicaron desde entonces; y Capitán general de las dos Floridas se titulaba el Jefe que ejercía sobre ellas la autoridad en nombre de España. Por otra parte, los Estados Unidos no podían ignorar que Francia, por el art. 6.° del tratado que en 1778 celebró con la Unión, se había obligado á no poseer ni adquirir la Florida occidental y ninguno de los terrenos que en 1763 cedió á Inglaterra; y claro es que estando como estaba en vigor esta estipulación en 1800, no podía Francia adquirir dicho territorio sin contar con los Estados Unidos. Sostener lo contrario significaba acusar de mala fe al Gobierno francés.

Alegóse también por España la opinión autorizadísima de geógrafos de los Estados Unidos, como M. Ellicot, comisionado que fué del Gobierno americano para trazar la línea divisoria, el cual, en su obra sobre las Floridas y territorios inmediatos, decía: «Parece que por la cesión de la Luisiana á los Es»tados Unidos no hemos adquirido por completo las dos orillas

»del Misisipí, pues consultando el núm. 5.° de mis mapas, se »verá que la isla de Orleans, que está al Este del Misisipí, sólo »llega á Manshak; y de allí en dirección al Norte, siguiendo la »margen oriental del río hasta el límite meridional de los Esta- »dos Unidos, pertenece todavía á S. M. C. como parte de la Flo- »rida occidental»; y luego añadía: «Los importantes y seguros »puertos de las Floridas subsisten en poder de S. M. C.»

Habiendo contestado á esto la Unión, que el problema que se debatía era diplomático y no geográfico, ordenó Carlos IV que se preguntase á Francia cómo interpretaba el art. 3.° del tratado de San Ildefonso, y hecha la consulta, contestó Talleyrand que «les limites orientales de la Louisiane sont indi- »quées par le cours du Misisipí et ensuite par la riviere d'Iber- »ville, le lac Pontchartrain et le lac Maurepas. C'est á cette »ligne de démarcation que se termine le territoire cédé par »l'Espagne á la France, en vertu du traité du 30 ventose an 9. »La France n'aurait rien demandé á l'Espagne ou de lá de »cette limite, et comme elle n'a fait que substituer les Etats »Unis aux droits qu'elle avait acquis, ils ne peuvent pas exiger »de l'Espagne une concession de territoire plus etendue, à »moins que cette concessión ne soit negociée et stipulée en- »tr'eux et l'Espagne pur quelque Convention ulterieure» (1).»

La discusión no podía encontrarse en mejor terreno cuando ocurrió el rompimiento de 1805; pero después de 1810 cambió mucho en nuestro daño, porque los americanos se apoderaron de la Florida occidental, poseyendo así de hecho el terreno que por este lado nos disputaban.

2.° *Límites occidentales de la Luisiana, ó cuestión de la Florida oriental.*—Pretendían los americanos llevar por esta parte las fronteras hasta Río Bravo, incluyendo así en su territorio la provincia de Tejas y otras de las internas de Nueva España, é invocaban en su apoyo: 1.° La patente de Luis XIV en favor de Mr. Crozat y de la Compañía francesa, en que se

(1) Nota de Talleyrand al embajador español; París, 12 fructidor an 12.

insinuaba que las tierras poseídas por Francia en aquel continente se extendían hasta el Nuevo Méjico, y se declaraban como parte de la concesión los territorios, lagos y ríos que directamente desembocan en la parte del Misisipí. 2.° El pretendido descubrimiento de la bahía de San Bernardo por M. de Lassale en 1685, y el establecimiento del fuerte de San Luis y toma de posesión de aquella bahía en nombre de Francia, por dicho Lassale. 3.° Los mapas del francés Delisle y otros geógrafos, que sin más razón que su antojo, ó guiados por la patente de Luis XIV, fijaron los límites de la Luisiana en Río Bravo; si bien otros, como Danville, Janvier y Bonne, los demarcaron con más acierto (1). Y 4.° Las patrañas y falsedades que contiene la Historia de la Luisiana, de Dupratz, sobre los viajes del francés Saint-Denis, desde la Mobila á Méjico, y sobre sus pretendidos conciertos con el virrey, duque de Linares.

Para destruir estos argumentos se reunieron en 1805 multitud de documentos existentes en los Archivos de Méjico y Sevilla, de los cuales se valió en 1817 el ministro Pizarro para redactar su notabilísimo informe, del que tomamos estos datos.

Siglos antes de que Francia pensase en establecerse en el Misisipí, y aun mucho antes de que se estableciese en el Canadá, poseía ya la Corona española toda la circunferencia del seno mejicano, que comprende desde la península de Yucatán hasta el cabo meridional de la Florida, y la poseía por virtud de los viajes y descubrimientos de Juan Ponce de León en 1511, de Francisco de Garay en 1518, de Hernando de Soto y de Angel de Villafañe y Jorge Ceron en 1561, y por virtud tam-

(1) Es de extrañar, como dice Pizarro en su *Exposición al Rey*, varias veces citada, «que nuestro geógrafo D. Tomás López y el Diccionario geográfico de D. Antonio Alcedo incurren también en errores de esta especie, que en el día nos son perjudiciales: á lo cual procedieron con poca reflexión ó lo creyeron tal vez de poco interés, habiéndose publicado sus mapas y obras en un tiempo que reunida ya la Luisiana á la España no era de consecuencia la extensión mayor ó menor que se quisiese dar á su demarcación occidental.» Téngase presente que Pizarro escribía esto en 1817.

bién del principio generalmente reconocido de que la posesión de un lago ó mar angosto rodeado de tierras propias en que no participa otra potencia, se adquiere por la ocupación y posesión de sus puntos principales. Esto supuesto, no pudo considerarse el establecimiento de los franceses ni aun en la Mobila y Misisipí, adonde al principio bajaron desde el Canadá, sino como una usurpación que se toleraba hasta mejor coyuntura con ánimo de aprovechar la primera ocasión de expulsarlos; y en este sentido están concebidas varias consultas del Consejo de Indias, los informes de los virreyes de Méjico y las reales cédulas de Carlos II.

En 1684, el francés Lassale, que había bajado antes del Canadá al Misisipí, se trasladó á Francia, donde se le encomendó una expedición de cuatro naves, al mando del capitán Beaujeu, para continuar sus descubrimientos, saliendo de la Rochela el 1.° de Agosto de dicho año. La expedición, que en la travesía había perdido un barco, apresado por los cruceros españoles, llegó al seno mejicano el 12 de Diciembre, y buscando la embocadura del Misisipí, se halló el 20 de Febrero de 1685 en la bahía de San Bernardo, en la cual perdió otro buque. Con los restantes regresó Beaujeu á Francia, y quedando Lassale con alguna gente y diez cañones, se estableció en un pequeño fuerte, internándose luego tierra adentro, y siendo asesinado por uno de sus compañeros. La guarnición del fuerte, atacada por los indios, fué casi toda degollada, terminando así la famosa expedición.

Cuando en Méjico se tuvo noticia de la tentativa de Lassale, acordó la Junta de guerra (23 de Julio de 1688), que el capitán Alonso de León pasase en busca de los franceses que aun pudiese haber, para lo cual salió aquél de Cohauila con cien hombres, llegando el 22 de Abril de 1689 al fuerte de San Luis, fundado por Lassale, y el 24 á la boca de la bahía, donde halló los restos del buque perdido, comprobando que había desaparecido por completo la colonia francesa. Pasó después á la nación india de los Asinais, en la cual fué recibido amisto-

samente, siendo apellidados los suyos por los indios *Teixas*, lo que en su lengua quería decir *amigos;* y en 16 de Mayo escribió al virrey, dándole cuenta de las buenas disposiciones de los indios, y pidiendo misioneros y elementos para construir presidios y asegurar la dominación del país. Consecuencia de esto fué el fundarse en 22 de Mayo de 1690 la misión de San Francisco de los Texas; y enterado el rey, mandó continuar la reducción y conversión de los texas, para lo cual se enviaron dos nuevas expediciones, al mando de D. Domingo de Terán y D. Gregorio Salinas. Desde 1693 quedó pacíficamente la provincia de Texas como perteneciente á España.

Veintidós años más tarde, esto es, en 1715, siendo virrey de Méjico el duque de Linares, se introdujeron desde la Mobila hasta el presidio español de San Juan Bautista, el francés Luis Saint-Denis y otros tres, á pretexto de comprar ganado, pero, en realidad, para hacer contrabando ó explorar el país. Trasladados los franceses á Méjico, casó Saint-Denis con una española, y engañado por sus protestas, tuvo la debilidad el virrey de emplearlo en el servicio de España, lo que estuvo á punto de ocasionar la pérdida de la provincia de Texas durante la guerra con Francia en la época de la regencia del duque de Orleans; mas al fin, merced á los esfuerzos del marqués de San Miguel de Aguayo, nombrado gobernador de Texas, quedó esta provincia definitivamente en poder de España.

Aún hubieron de agregarse á este largo é interesante alegato tres documentos de verdadera importancia: 1.°, una certificacion del contenido de los libros parroquiales de los Adaes y Nacogdochez, etc., por la cual constaba el año de su establecimiento y las partidas de bautismos y enterramientos de su vecindario desde la fundación hasta el año 1805; 2.°, otro documento, por el cual se demostraba que aun la posesión del puerto de Natchitochez, único que ocupaban los franceses en 1719 al Occidente del Misisipí, la tenían como precariamente y por condescendencia de España, puesto que se refiere que durante la expedición del capitán Domingo Ramón

á Texas, al entrar éste en dicho puerto, lo hizo con su bastón é insignia real en señal de la jurisdicción de España; y 3.°, otro expediente, del que resulta que siendo gobernador de los Adaes por España D. Manuel Sandoval en 1742, y habiendo concedido éste licencia para correr el fuerte de Natchitochez hacia Río Colorado, mandó el virrey que el coronel D. Francisco Benito de Lubí pasase desde Méjico á los Adaes para que prendiese á Sandoval y se le formase causa.

Por último, hubo de citarse la descripción de la Luisiana, que M. Kerlerec, gobernador que había sido de ella en los últimos once años que la poseyó la Francia, extendió, en virtud de orden del rey Cristianísimo, que le comunicó el ministro de Estado, duque de Choiseul, para que dicha descripción se pasase de oficio, como apéndice al acta de cesión, al rey de España, nuevo dueño de la Luisiana. En ella afirmaba M. Kerlerec que dicho territorio concluía en Río Colorado, y que entre este punto y los Adaes estaba la línea divisoria de la provincia española de Texas.

En tal estado se hallaba planteado el pleito en 1817.

## III

Al reanudarse las negociaciones entre España y los Estados Unidos, no se concretaron éstos á reproducir sus exigencias sobre la cuestión de límites, sino que plantearon de nuevo todos los problemas que entrañaba el convenio de 11 de Agosto de 1802, resucitando lo relativo á las indemnizaciones y á la responsabilidad por las presas hechas por los franceses, lo cual obligó al Gobierno español, temeroso de las consecuencias de un rompimiento, á tantear la opinión de Inglaterra y de Francia para encontrar en una ú otra nación la ayuda indispensable.

Inglaterra había declarado al Gabinete de Wáshington «que no aceptaría de la España, ni por venta, cesión alguna

»que quisiese hacerle de territorio en América, aunque tam»poco consentiría que los Estados Unidos saliesen fuera de sus »límites, pues en este caso mudaría enteramente de sistema y »tomaría el curso que creyese conveniente respecto á los inte»reses de su aliada la España y los suyos propios» (1), contestando los Estados Unidos que no tenían el menor proyecto de extensión de terreno por ningún lado, deseando únicamente arreglar la demarcación fija de límites amistosamente, ó cuando más, haciendo algunos cambios territoriales con recíproca utilidad (2). Dedujo de esto el Gobierno español que Inglaterra no se había negado ni se negaba á tomar parte en nuestra querella, ni á recibir las Floridas (que aquél pensaba ofrecerle á cambio de un apoyo eficaz y una cooperación positiva para reconquistar la Luisiana), sino condicionalmente y en el caso de que los americanos se contuviesen dentro de sus límites, y que, por el contrario, se ofrecía y había declarado que auxiliaría á España siempre que los Estados Unidos intentasen excederse de aquéllos.

Dominado por esta creencia, y pensando que una explicación franca con Inglaterra allanaría todas las dificultades, el ministro Pizarro dirigió, con fecha 6 y 26 de Abril de 1817, al embajador de S. M. B. en Madrid, dos Notas llamando su atención sobre la importancia de este negocio, y manifestándole las miras de ambición y engrandecimiento de que estaba animado el Gobierno americano; el peligro que corrían las posesiones españolas lindantes con los Estados Unidos; la precisión en que nos hallábamos de terminar las discusiones pendientes por medio de un arreglo que era preciso hacer en circunstancias desfavorables, y las malas consecuencias que podrían seguirse al comercio y colonias de Inglaterra en aquella parte del mundo, de que los americanos no hallasen estorbo en sus designios contra las posesiones españolas.

(1) Despacho del conde de Fernán-Núñez al ministro de Estado. Londres, 17 de Mayo de 1816.

(2) Idem ídem. Londres, 18 de Junio de 1816.

Al propio tiempo se reanudaron con Francia las negociaciones, pretendiendo alcanzar directamente lo que no se había logrado en 1814 ni en el Congreso de Viena, y queriendo que el Gabinete francés aceptase de un modo franco y resuelto la responsabilidad de las presas hechas por sus cruceros. En 6 de Enero de 1817 se ofició á Labrador ordenándole siguiese por Notas la negociación sobre ejecución del tratado de Basilea y cambio de Parma y la Luisiana por la Toscana; pero el representante español contestó que por ningún motivo se encargaba de enmendar los yerros de Godoy, juzgando inútiles todas las gestiones, y añadiendo que «el Ministerio francés responde á todas las razones, que S. M. C.ma no debe pagar las culpas del Directorio ni de Napoleón» (1). Pero á pesar de todo, España insistió, no alcanzando otra cosa que algunas declaraciones favorables del duque de Richelieu y la promesa de que el embajador francés en Wáshington interpondría sus buenos oficios.

«Según dejo ya indicado á V. E. en mi citada carta de 22 del corriente—escribía el ministro de Estado al embajador de S. M. en París (2),—los objetos de nuestras comunicaciones al Gobierno de Francia sobre la materia son dos, y esencialmente distintos entre sí, reduciéndose el uno á explorar y poner en claro el apoyo ó cooperación que S. M. puede ó no prometerse de la Francia; y el otro, á exigir del Gobierno francés que salga á hacer frente á sus propias responsabilidades y á extender las declaraciones que requiere en el asunto la buena fe y el honor de la Francia. En cuanto á la cooperación ó apoyo, ya ve S. M. con sentimiento que es muy corto ó sumamente débil el que puede esperar, limitándose, según parece, á que el ministro francés en Wáshington haga el papel de conciliador en cuanto le sea posible, á cuyo efecto, dice el duque de Richelieu en su oficio, se le han comunicado ya las instrucciones

(1) Despacho de Labrador al ministro de Estado. París, 24 de Enero de 1817.

(2) Despacho de Pizarro al embajador en París. Madrid, 26 de Septiembre de 1817.

competentes. Aunque al rey le sea tan sensible ver que la Francia, única causa y origen de todas las dificultades en que nos hallamos envueltos con respecto á los Estados Unidos, se quiera desatender así de los peligros de nuestra situación, reduciendo su intervención al mínimo posible, y haciéndola cuasi únicamente depender de lo que el carácter, aptitud é influencia personal del ministro francés en Wáshington puedan valer en el negocio...

»En lo tocante á las responsabilidades de la Francia, no ha podido menos de parecer á S. M. bastante extraño todo lo que contiene la Nota del duque de Richelieu respectivamente al punto de las indemnizaciones que reclaman los americanos de la España por los perjuicios que causaron en sus costas los corsarios franceses; y además de extraño, contradictorio al ofrecimiento verbal hecho á V. E. por el duque de Richelieu, de que dió cuenta en su carta de 9 de Agosto último, prometiendo tomar sobre sí el eximir á la España de las reclamaciones relativas á los citados perjuicios causados por los corsarios franceses. El ministro de S. M. C.ma, en su comunicación, indica deseos de inquirir si algunas circunstancias particulares ó hechos individuales pudieron haber intervenido en los apresamientos de americanos por los corsarios franceses que hubiesen sido capaces de imponer á la España obligaciones especiales, ó por mejor decir, afecta suponer que puede haber circunstancias ó motivos tales que en virtud de ellos recaiga sobre España la obligación de indemnizar á los Estados Unidos por perjuicios que causaron los corsarios franceses, por sentencias que pronunciaron los Tribunales franceses, y por confiscaciones y cargamentos que se convirtieron enteramente en provecho de armadores y propietarios franceses. En respuesta á esta tan extraña suposición, presentada con el tono de duda ó de cuestión, quiere S. M. responda V. E. terminantemente á ese Gobierno que, según podrá ver por las repetidas comunicaciones que por parte de la España se han hecho á la Francia sobre la materia en los años que han transcurrido, comenzando desde

la primera que se hizo al embajador francés en esta corte con fecha de 28 de Enero de 1801, no han intervenido más circunstancias en el asunto, sino el que los corsarios franceses armados ó recibidos en los puertos de España con el objeto de hostilizar á los ingleses, con quienes estábamos únicamente en guerra, saliendo al mar, hostilizaron á diferentes buques americanos, ya bajo el pretexto de que ellos ó sus cargamentos fuesen pertenencia inglesa...

»Aun en las circunstancias en que los Estados Unidos pudiesen probar la connivencia, y por consiguiente, alguna responsabilidad de la España en unión con la Francia por dichos apresamientos, nunca esta responsabilidad de la España podría ser sino subsidiaria y accesoria, y con derecho á repetir de la Francia cualquier desembolso que por ella hiciésemos á los Estados Unidos...

»Es muy cierto que la Francia tiene un justo motivo para desecharla de sí, cual es el manifestar que la tiene ya satisfecha á los Estados Unidos por los convenios de que tengo hablado á V. E., y de que habla también la Nota del duque de Richelieu; pero la Francia es á quien toca hacerlo entender así al Gobierno de los Estados Unidos.»

Pudiendo prometerse muy poco España del concurso de Francia, y no habiendo sido aceptada por los Estados Unidos la mediación de Inglaterra, no quedaba otro recurso, si no se quería correr el riesgo de un rompimiento, que transigir poco á poco, cediendo palmo á palmo el terreno, pero cediendo al fin. Se consultó al Consejo de Estado, y éste, en su dictamen de 27 de Agosto de 1818, fué de opinión de que se diesen amplios poderes á Onis para transigir por grados y sacar el mejor partido posible; que se exigiese una satisfacción completa por lo de Jackson, y que se reclamase la garantía de la integridad de las posesiones de S. M. en América, como ya se había ofrecido y desechado en 1803. Con arreglo á esto, se mandaron nuevas instrucciones á nuestro plenipotenciario, si bien el ministro de Estado, Pizarro, puntualizó cuidadosa-

mente que el objeto era sacrificar todas las justas pretensiones españolas, para evitar: 1.°, una guerra; 2.°, un estado más ofensivo aún, que era el de las hostilidades en plena paz; 3.°, que la exaltación del espíritu público arrancase al Gobierno de Wáshington el reconocimiento de alguno de los puntos sublevados; 4.°, que se nos imposibilitase para toda transacción ulterior; y 5.°, que se pusiesen en peligro la isla de Cuba y provincias internas.

En vano Onis presentó distintas soluciones: todo fué inútil. Hubimos de ceder en todo, y previa la ratificación del Convenio de 1802, se firmó en Wáshington, el 22 de Febrero de 1819, el *Tratado de amistad, arreglo de diferencia y límites* entre España y los Estados Unidos, que por ser rectificación, en parte, y en parte complemento del de 1795, exige atento examen. He aquí sus principales disposiciones:

Habrá una paz sólida é inviolable y una amistad sincera entre ambos países (art. 1.°).

España cedía á los Estados Unidos los territorios situados al Este del Misisipí, conocido bajo el nombre de Florida occidental y Florida oriental, con las islas adyacentes (art. 2.°).

La línea divisoria entre los dos países al Occidente del Misisipí arrancaría del seno mejicano, en la embocadura del río Sabina en el mar; seguiría al Norte por la orilla occidental de este río hasta el grado 32 de latitud; desde allí por una línea recta al Norte hasta el grado de latitud en que entra en el río Rojo de Natchistochez (Red River), y continuaría por el curso del río Rojo al Oeste hasta el grado 100 de longitud occidental de Londres y 23 de Wáshington, en que cortaría este río, y seguiría por una línea recta al Norte por el mismo grado hasta el río Arkansas, cuya orilla meridional seguiría hasta su nacimiento en el grado 42 de latitud septentrional, y desde dicho punto se tiraría una línea recta por el mismo paralelo de latitud hasta el mar del Sur; todo según el mapa de Melich, publicado en Filadelfia y perfeccionado en 1818. Pertenecían á los Estados Unidos todas las islas de los ríos Sabina, Rojo de

Natchitochez y Arkansas en la extensión del todo el curso descrito; pero el uso de las aguas y la navegación del Sabina hasta el mar y de los expresados ríos Rojo y Arkansas en toda la extensión de sus mencionados límites en sus respectivas orillas, debería ser común á los habitantes de las dos naciones (artículo 3.°). Esta línea sería fijada por un comisario y un geómetra, nombrados por cada una de ambas partes (art. 4.°).

Los habitantes de los países cedidos conservarían el libre ejercicio de su religión, y si preferían trasladarse á los dominios españoles, les sería lícita la venta ó extracción de sus efectos (art. 5.°).

Los territorios cedidos por España debían ser evacuados en el plazo de seis meses (art. 7.°), y las concesiones de terrenos hechas en aquellos antes del 24 de Enero de 1818 quedaban ratificadas y reconocidas, siendo nulas las posteriores á aquella fecha (art. 8.°).

Ambas partes renunciaban recíprocamente á todas las reclamaciones por los daños y perjuicios que, así ellas como sus respectivos súbditos, hubiesen experimentado hasta el día de la firma de este tratado; pero los Estados Unidos debían satisfacer los perjuicios que los habitantes y oficiales españoles justificasen legalmente haber sufrido por las operaciones del ejército americano en las Floridas (art. 9.°); y como consecuencia de esto, quedaba anulado el convenio de 1802 (art. 10). Además, los Estados Unidos tomaban sobre sí el pago de todas las reclamaciones de sus ciudadanos contra España, hasta la suma de cinco millones de pesos (art. 11).

El tratado de 1795 quedaba confirmado en todos y cada uno de sus artículos, excepto los arts. 2, 3, 4, 21 y la segunda cláusula del 22, que habiendo sido alterados por el nuevo tratado, ó cumplidos enteramente, no podían tener valor alguno. Con respecto al art. 15 del mismo tratado de 1795, en que se estipulaba que la bandera cubría la propiedad, convinieron las partes contratantes en que esto se entendiera así, tratándose de aquellas potencias que reconocieran este principio; pero que si

una de las dos partes contratantes estuviese en guerra con una tercera, y la otra neutral, la bandera de esta neutral cubriría la propiedad de los enemigos cuyo Gobierno reconociese este principio, y no la de otros (art. 12).

Ultimamente se pactó que los buques españoles cargados sólo de productos ó manufacturas nacionales y procedentes directamente de los puertos de España ó de sus colonias, fueran admitidos por espacio de doce años en los puertos de Panzacola y San Agustín de las Floridas, sin pagar más impuestos por sus cargamentos ni mayor derecho de tonelaje que los que pagasen los buques de los Estados Unidos, y sin que durante dicho período pudiese otorgarse igual privilegio, en los territorios cedidos, á ninguna otra nación (art. 15).

Tal era, en síntesis, el tratado negociado en Wáshington por un error incomprensible que nos colocó en una situación muy desventajosa, y por un plenipotenciario como el Sr. Onis, hombre de excelentes condiciones, pero sin el carácter ni las dotes necesarios para hacer frente á la gravedad del conflicto.

Muy diversos juicios se formularon acerca de este pacto, estimándose en general deplorable la cesión de las Floridas. Lo era, en verdad; pero difícilmente hubiera podido hacerse otra cosa. El Sr. Onis hace observar que el Gobierno americano tenía un pretexto permanente para sus usurpaciones, fundado en la tardanza que experimentaba el pago de las indemnizaciones estipuladas por la convención de 1802, que hacía subir hasta 15 millones de duros, y añade: «Este es el verdadero estado en que la España tenía las Floridas; y no es menester mucha perspicacia para conocer que esta situación no podía ser duradera, y que si se malograba la ocasión de cederlas con ventaja y compensación, había mucho peligro de perderlas sin retribución ni recompensa alguna; además de que no cediéndolas, y roto el tratado de 22 Febrero del año último, en que se cambian por la más extensa provincia de Tejas, era indispensable tratar de reivindicar la parte de ellas que los anglo-americanos habían usurpado desde 1810: reivindicación que no

se conseguiría sino por medio de una guerra, que, prescindiendo de los riesgos á que nos exponía, no podía recompensar el gasto y sangre que sería necesario derramar para sostenerla, resuelto como estaba el Gobierno americano á no desprenderse de dicha parte de las Floridas, incorporada ya definitivamente á la Unión por una acta solemne del Congreso (1).»

Razón tenía en esto el plenipotenciario español, mas pecaba de un optimismo extraño en quien tan bien conocía la índole de los Estados Unidos, al afirmar que, restablecida la buena armonía por ese tratado, se alejaba el peligro de que los angloamericanos reconociesen la independencia de las provincias disidentes y les diesen auxilios directos, y se conseguía que, desvanecida la animosidad que había contra España, sus Tribunales obrasen con más justicia é imparcialidad en los casos que se les denunciasen de armamentos y expediciones contra nuestras posesiones, lográndose así disminuir este grave daño. La independencia de nuestras colonias fué reconocida, y continuamos siendo víctimas de los especiales procedimientos del Gobierno de Wáshington.

Bueno ó malo, lo cierto es que, como se ha dicho, produjo una impresión deplorable; y aunque entonces no existían los medios de que hoy dispone el espíritu público para exteriorizarse—medios que con tanta frecuencia sirven para falsificar el pensamiento del país,—éste se impuso en todas partes, pronunciándose resueltamente contra un pacto que arrebataba á la Corona inmensas propiedades.

Habíase fijado el plazo de seis meses para la ratificación del tratado; pero las corrientes eran completamente contrarias á la realización de esta formalidad; y fluctuando la Corte entre criterios opuestos, convocó el monarca al Consejo de ministros, que se reunió en la cámara regia en la noche del 1.° de Julio de 1819.

A las nueve y media de la noche del citado día se reunie-

(1) Onis.—Memoria citada.

ron ante S. M. y el infante D. Carlos María, los Sres. D. Juan Esteban Lozano de Torres, ministro de Gracia y Justicia; el duque del Infantado, presidente del Supremo Consejo de Castilla; el duque de San Fernando, presidente del de las Órdenes; D. José de Imaz, ministro interino de Hacienda; D. José María de Alós, que lo era, también interino, de Guerra y de Marina, y D. Manuel González Salmón, oficial mayor más antiguo de la primera Secretaría, habilitado para el despacho de la misma.

Este último, el Sr. González Salmón, dijo que el rey, habiendo tomado en consideración lo que se le había hecho presente la noche antes por su Consejo de Estado, sobre si convenía ó no ratificar el tratado, y teniendo en cuenta que la mayor parte de los dictámenes eran contrarios á la ratificación, «así porque en esta transacción diplomática veían comprometidos el honor é intereses de la Monarquía española, como también porque de su cumplimiento no reportaría aquélla ninguna de las ventajas que debían seguirse», había resuelto no ratificar, y quería se le expusiesen los medios de no hacerlo de modo que quedase en buen lugar y se evitasen compromisos con los Estados Unidos. Añadió González Salmón que aquella misma mañana había conferenciado con el embajador francés, el cual le había dicho urgía se decidiese el Gobierno; que hacía tiempo había conseguido del nuevo ministro americano Mr. Forsheit (1), qué no exigiese hasta hallarse ratificado el tratado la declaración que pedía su Gobierno acerca de no estar comprendidas las tierras cedidas á Alagón y Puñonrostro en el artículo que trataba de esto en el convenio, y sobre cuyo punto el Gobierno de los Estados Unidos había ya exigido una declaración del plenipotenciario español, que la había dado en términos que no comprometían; que así se facilitaría una so-

(1) Mr. Forsheit había llegado poco antes á Madrid con la ratificación del Presidente de los Estados Unidos, y con instrucciones y poderes para llevar á cabo el canje de las ratificaciones.

lución feliz, dejando para más adelante la cuestión de validez de las cesiones, punto que había de ser ventilado por los Tribunales americanos; que aunque la decisión de éstos fuese desfavorable, se encontraría medio de indemnizar, y, en fin, que procuraría que Mr. Forsheit no variase de parecer.

Excepto Imaz, que estimó expuesto el no ratificar el convenio, todos los concurrentes se mostraron conformes con esta solución, conviniendo en que debía procurarse ganar tiempo para prepararse, á fin de hacer frente á las consecuencias de un rompimiento; el duque del Infantado y Esteban Lozano abogaron por una inteligencia con Inglaterra ú otra potencia amiga, y González Salmón dijo, como resumen, con el que terminó el Consejo, que no debía publicarse el acuerdo de no ratificar el tratado, y que, tomando pretexto del incidente de la explicación solicitada por los Estados Unidos y de noticias sobre tratos de éstos para reconocer á los Gobiernos insurgentes de América, se dilatasen las negociaciones hasta ver si era posible negociar mejor.

Redactada conforme á esos acuerdos la Nota que debía pasarse al ministro de los Estados Unidos y las instrucciones para la persona que fuese á negociar en Wáshington, fueron aprobados uno y otro documento en el Consejo que se celebró, también en presencia de S. M., en la noche del 2 de Agosto (1).

Todo hacía creer que el tratado de 1819 estaba llamado á sufrir la misma suerte que el de 1802; pero á las gestiones del representante francés uniéronse las del enviado ruso, Mr. Tatistscheff, el cual, utilizando la gran influencia que ejercería sobre el monarca (2), hubo de dirigir á éste una carta, con fecha

---

(1) Las actas de estos dos Consejos, redactadas por el Sr. González Salmón, existen en el archivo del ministerio de Estado.

(2) El Sr. Villaurrutia, en su notable estudio *España en el Congreso de Viena,* califica á Tatistscheff de intrigante, osado y sin escrúpulos; dice que aprovechó su cargo para medrar y enriquecerse, tomando parte en tramoyas y negocios cuyas salpicaduras llegaron hasta el Trono, y añade: «El Bailío Tatistscheff, ministro plenipotenciario de Rusia, que á

15 de Agosto, abogando por la ratificación del convenio tal como lo había ajustado Onis. «La contestación, decía, dada por aquel enviado (el de los Estados Unidos) manifiesta que antes de ratificar el tratado, quiere V. M. nuevas explicaciones del Gobierno de los Estados Unidos con respecto á las concesiones territoriales hechas en las Floridas, y una garantía á favor de los dominios de España en América.—Respetando la paternal solicitud que demuestran estas demandas, no debe, sin embargo, desconocerse que los Estados Unidos serán dueños de las Floridas aunque no se ratifique el tratado; que el Presidente no tendría bastante poder para resistir el impulso general de la animosidad de un pueblo sobre el cual el Gobierno tiene una potestad muy limitada; que luego que supiese las nuevas objeciones hechas al tratado, la opinión pública de aquel país obligaría á aquel Gobierno á reconocer las autoridas insurreccionales de Buenos Aires y de Chile (¡ejemplo que la sabiduría de V. M. debe prevenir con el mayor cuidado!) y á proteger, no tan sólo á los corsarios insurgentes, pero á fomentar también de nuevo el espíritu perturbador que secretamente reina aún en la parte de América en donde no arde el incendio manifiestamente, y á renovar últimamente las anteriores pretensiones sobre la provincia de Tejas.» Para salvar estos peligros creía necesaria la ratificación, y añadía: «Al mismo tiempo haría Vuestra Majestad manifestar al Gobierno de los Estados Unidos que el deseo de asegurar y estrechar los lazos de amistad con los Estados Unidos llevan á V. M. á ratificar el tratado, confiado que el Presidente se obligará verbalmente (en caso de no poder ser por medio de un convenio) á que los Estados Unidos, lejos de dar auxilio ó reconocer á los Gobiernos insurgentes, se entenderán con la Corte de Madrid para establecer

---

él nos referimos, logró, por medio de Ugarte, personaje de condición tan ruin como su origen, introducirse en la camarilla y en el favor del rey, que conservó durante seis años, ejerciendo en la sombra funciones de valido, y siendo el verdadero árbitro de la política exterior de España, de la que S. M. andaba tan ayuno como la mayor parte de sus consejeros.»

una amistosa unión y correspondencia en cuanto á los recíprocos intereses de los dos Estados en América.»

No produjeron estas excitaciones el efecto apetecido, y la resistencia del Gobierno de Madrid irritó de tal suerte á la opinión americana, que estuvo á punto de estallar el conflicto. «Unas y otras (las Gacetas ministeriales y las de oposición)—escribía nuestro representante en los Estados Unidos,—en hablando de España y su Gobierno, parece que no hallan denuestos ni improperios que calmen las medidas de su voluntad en la enemistad ensangrentada que nos profesan... Me atrevo á asegurar á V. E. que no disminuirá aun cuando S. M. acceda á las cesiones y sacrificios de que se está tratando; y que mientras España posea un pie de tierra al Norte del itsmo de Panamá, no sosegarán ni el injusto espíritu de ambición ni la ansia descontentadiza y hambrienta de oro que han tomado posesión exclusiva de los habitantes de toda esta Unión (1)... no parece probable que el Ejecutivo se apresure mucho á poner en ejecución lo que resuelva el Congreso respecto á la ocupación de las Floridas, pues debiendo seguirse la guerra de hecho al ataque de nuestras plazas, soy de sentir que se mirarán antes en ello (2).»

¡Lástima grande que el Gobierno no se penetrase de la realidad del peligro ni tuviera en cuenta que, sacrificándolo todo al deseo de evitar la guerra, lo único que lograba era hacer im-

(1) Vayan tomando notas los severos censores de la Diplomacia española, y adviertan cómo ésta, con resultar deficiente, en realidad, supo advertir á tiempo los peligros, denunció resueltamente los riesgos que amenazaban á la nacionalidad española, y reclamó el auxilio que tenía derecho á esperar, y que desde comienzos del reinado de Carlos IV jamás obtuvo.

Es relativamente fácil ser un gran diplomático cuando sus resoluciones, aunque sean injustas ó disparatadas, tienen el apoyo de un numeroso ejército y de una formidable marina; pero ¡cuántas amarguras pasa el representante de una nación que tiene que luchar con la injusticia del adversario y la exigüidad de los medios nacionales!

(2) Despacho de D. Mateo de la Serna, encargado de Negocios en Wáshington, al ministro de Estado; 24 de Diciembre de 1819.

posible toda solución honrosa en el porvenir, preparando así mayores catástrofes!

Habíase fijado el plazo de seis meses para la ratificación del tratado; pero no habiéndose efectuado así, y sobreviniendo en España un cambio de política por efecto de la revolución de 1820, surgieron multitud de dificultades, que dieron lugar á prolijas discusiones y á diferencias entre las partes contratantes, que estuvieron á punto de anular lo pactado.

Fué una de las principales lo relativo á las concesiones de considerable extensión de tierra en las Floridas hechas por el rey á favor del duque de Alagón, del conde de Puñonrostro y de un Sr. Vargas. Cantillo dice (1) que habían sido otorgadas en 1817; pero el plenipotenciario Onis reconoció que las concesiones fueron hechas en fecha posterior á la señalada en el tratado, esto es, al 24 de Enero de 1818 (2). El secretario de Estado americano pidió una declaración acerca de este particular, y el mismo Onis reconoció que cuando propuso la anulación de todas las concesiones posteriores á la fecha citada, fué en la plena creencia de que quedaban comprendidas en ella las que habían sido hechas al duque de Alagón, y cualesquiera otras que hubiesen sido otorgadas desde aquella época. Después de esto, que bien examinado acaso constituya una ligereza del plenipotenciario, no cabía discusión alguna sobre semejante incidente; sin embargo, se suscitó de nuevo en las Cortes.

Reunidas éstas, como consecuencia de haberse restablecido el régimen constitucional, surgieron nuevas dificultades, por ser necesaria la autorización parlamentaria para ratificar el tratado. «No poca dificultad — dice el señor Martínez de

---

(1) *Tratado de paz y de comercio.*

(2) «Si mi concepto hubiese sido diverso—decía el Sr. Onis en nota de 10 de Marzo de 1819,—ó me hubiese constado que alguna de estas concesiones era anterior á aquella fecha, hubiera insistido en su reconocimiento, como lo exigía el decoro del rey, mi amo, y los derechos indisputables de la soberanía nacional de su propiedad y de la disposición de ella.»

la Rosa (1)—costaba desprenderse de ambas Floridas en favor de una potencia que había adquirido ya la Luisiana contra la voluntad y los intereses de España, y que no recataba sus ambiciosas miras. Mas, por otra parte, había que tener en cuenta reflexiones de mucho peso. El tratado se había celebrado cuando el monarca estaba en pleno ejercicio de su autoridad soberana; los Estados Unidos se hallaban en posesión del territorio que anhelaban, como asimismo del de la provincia de Tejas, que habían de devolver si se realizaba lo pactado; y en el caso contrario, fácil era prever las consecuencias de semejante negativa.»

Los Cortes resucitaron la cuestión de las concesiones hechas al duque de Alagón, conde de Puñonrostro y Sr. Vargas, incurriendo en una gran contradicción con lo estipulado entre los plenipotenciarios, pues al propio tiempo que las declararon nulas, encargaron al Gobierno, por no reputarlas comprendidas en la cesión general hecha á los Estados Unidos, que beneficiase aquellos terrenos en favor del Tesoro público. En estos términos se autorizó la ratificación; pero como la República norteamericana era dueña de conducir legalmente la cuestión según le pareciese, por haber dejado pasar España el plazo estipulado para ratificar el tratado; como además estaba en posesión del terreno cedido, no tenía grandes deseos de devolver la provincia de Tejas, y los Estados no veían con agrado lo convenido, el Gobierno de Wáshington se negó en absoluto á acceder á los deseos de las Cortes, y Fernando VII hubo de ratificar dicho pacto el 24 de Octubre de 1820, declarando «que las referidas tres concesiones han quedado y quedan enteramente anuladas é invalidadas.»

De este modo se legalizó el despojo de que España había sido objeto.

Jerónimo Becker

(1) *Bosquejo histórico de la política de España.*

# LA LITERATURA MODERNA EN FRANCIA

## LA TRANSICIÓN

Balzac.—Sus ideas políticas, sociales y religiosas.—Su influencia.

Cuando se erige un monumento, todo lo imperfecto que se quiera, pero de la magnitud que es imposible negar á la *Comedia humana*, no puede sernos indiferente el concepto del mundo, de la sociedad, de la naturaleza y de lo que á la naturaleza no pueda reducirse, que tenga su autor. Balzac no es un artista tan sólo, ni acaso es en primer término un artista; reproduce lo visto y observado (no siempre, como sabemos), pero analíticamente, que es una forma de meditación: en todo gran observador, á quien no le bastan formas y superficies, hay un moralista involuntario. En Balzac, el moralista era voluntario, y hemos visto la gradación que se imponía y que imponía al plan de la *Comedia humana:* primero pintar, luego contemplar el cuadro, después deducir lo que de él se desprende.

No basta, sin embargo, el propósito de contemplar el mundo con ojos de moralista. Es preciso que detrás de esos ojos haya un cerebro poderoso y fuerte. Víctor Hugo tuvo, como nadie, el propósito de juzgar al universo—creencias, formas religiosas, formas políticas,—sin que sus vuelos apocalípticos en verso y prosa hayan dado nunca asunto á profundas reflexiones. Zola, al final de su carrera, demostró (si le negásemos las filosóficas) pretensiones sociales, que no son para tomadas en serio. De Jorge Sand pudo decirse otro tanto.

En general, la literatura romántica, desde su segundo período, venía agitando problemas de conciencia, de acción social, casi siempre—nótese esta particularidad,—en el sentido de protesta y rebeldía contra la sociedad tal cual la encontraban constituída, hasta llegar al lindero de la perfecta utopia, de la reclamación de todas las libertades, igualdades y expansiones humanas. Recuérdense las tesis de Jorge Sand, sus reivindicaciones sucesivas de la libertad en amor, de la abolición de las diferencias de clase, del matrimonio, sus himnos al pueblo, su vaga fraternidad, su ideal de bondad y de paz entre los hombres—todo el material que, usado y deslucido, recogió Zola para refrescarlo en sus Evangelios.—Recuérdense las tendencias del *Judío errante* y los *Misterios de París*, y no se recuerde, porque hoy nadie lo ha leído, el á su hora célebre *Viaje á Icaria*, de Cabet, que, como antaño el *Telémaco* (sólo que con sentido exactamente contrario), es, en forma novelesca, un tratado de filosofía y economía política y social. Fijémonos en que toda esta literatura de tesis, reformista y demoledora, forma una cadena no interrumpida, desde el *Ultimo día de un condenado á muerte* hasta *Trabajo*, de Zola. He aquí cómo podríamos discutir la afirmación de un insigne crítico, que suponía que la novela no volvió á ser, después de Balzac, lo que era antes. La novela social á lo Sué, á lo Cabet, no murió; tiene siete vidas. Lo que hizo Balzac fué sentenciarla á inferioridad eterna.

Balzac—se me dirá—también elaboraba ideas, y también se cuenta en el número de los novelistas sociales. Exacto, y nadie negará que el *Médico de aldea* es novela de tesis. Sólo que, al mismo tiempo, es una novela de observación y verdad, y la tesis social, en ésta como en las demás obras de Balzac, nunca llega á convertirse en utopia. Las ideas sociales y políticas de Balzac pueden ser reformadoras en algún sentido, sin dejar de ser monárquicas y autoritarias, pero la realidad le tuvo sobrado embebido y macerado en su jugo amargo y tónico para que se perdiese en Icarias y falansterios, en los sueños de edad

de oro y en las nivelaciones por el amor. Ni aun cuando inventa puede inventar Balzac así; sus invenciones abultan ó exageran la verdad; no forman un mundo quimérico, sin raíces de verdad alguna. La base de Balzac es positiva, científica, naturalista, hasta en política: su política es social, precisamente porque acepta la sociedad tal cual existe, con posibilidades de evolución y cambio, con la imposibilidad de transformaciones rápidas y absolutas. Merece notarse: los novelistas de tesis política y social son los que demostraron una incapacidad radical para entender la política, mientras Balzac, que piense como piense no prescinde de la realidad, es el único profundo político, el único que no «vive fuera del mundo», el único que se da cuenta del complicado mecanismo, de las mil fuerzas y acciones que integran una sociedad, y que la hacen estable y firme, á pesar de las mismas revoluciones y en medio de ellas, pudiéndose asegurar que una revolución jamás destruye sino lo que socialmente estaba destruído ya, y siendo la sociedad, y no el sueño aislado de un individuo, lo que actúa hasta en los procesos de disolución y renovación.

La afiliación de Balzac parece clara: en el prólogo de la *Comedia humana*, él mismo nos dice: «escribo á la luz de dos verdades eternas, la religión y la monarquía». Hay, sin embargo, quien, no sólo, fundándose en su manera de vivir y en ciertas páginas libertinas que escribió, le niega la fe religiosa, sino que le discute la ortodoxia de sus principios, basándose en el estudio total de la *Comedia humana*. Unos le consideran determinista y materialista; otros le califican de anarquista antisocial, y no hablemos de los que le tienen por un corruptor.

Sin propósito de vindicación apologética; sólo por ver con mis propios ojos, diré lo que pienso de las opiniones y creencias de Balzac. Desde luego descarto toda sospecha de simulación hipócrita. Para lograr masa de lectores, se escribe *El judío errante*, atribuyendo á los jesuítas crímenes sin cuento; no se escribe la *Comedia humana* haciendo profesión de catolicis-

mo. Ninguna ventaja práctica debía prometerse Balzac de tal protesta (1). Para explicar sus opiniones—como si las opiniones necesitasen explicarse,—se dice que la atrajo al partido realista, la influencia de la aristocrática extranjera, que acabó por ser su esposa; pero mucho antes de conocer á la condesa Hauska, realista y católico se declaraba Balzac. No veo qué cálculo pudiera impulsarle á ello, toda vez que ni siquiera fiaba á la política su medro y su porvenir, que siempre esperó de la literatura y del desenfrenado trabajo. Sus veleidades de político activo, el querer ser diputado, fueron cortas, un episodio sin importancia. No cabe, pues, admitir en Balzac, en este terreno *in pose,* ni siquiera cierta gasconada inherente á su carácter.

Es preciso, sin duda, conceder que Balzac no se asemeja á los escritores oficialmente católicos de nuestra época, ni tampoco á los convertidos y místicos, como Verlaine y Huysmanns, ni á los de la melancolía cristiana, como Lamartine, ni aun á los inquietos teólogos y sociólogos buscadores de verdad, como Brunetiére. Y, sin embargo, la lectura atenta de la *Comedia humana* descubre un espíritu honda y naturalmente católico.

Ya sé lo que se argüirá. El argumento más resobado y endeble, pero más efectista, es que no se puede ser católico y firmar la *Fisiología del matrimonio,* las *Miseriucas de la vida conyugal*, los *Cuentos de gorja* y ciertas páginas de muy subido color que andan esparcidas por la *Comedia*. La *Fisiología del matrimonio*, que ha servido de modelo á la *Fisiología del amor moderno,* de Pablo Bourget, hoy católico militante, es un libro-humorada, un libro romántico en el fondo. Los *Cuentos de gorja* son un alarde gramatical y lingüístico y un

(1) A los Borbones los defendió calurosamente de los ataques de la prensa, cuando ya estaban caídos y desterrados otra vez en 1831. Balzac, que hizo campañas periodísticas, tuvo siempre en contra á la prensa, y fuese por falta de tiempo ó por convicción de que á la larga el trabajo se impone, no trató de hacérsela propicia.

brote de esa *gauloiserie* de sal gorda que asoma en Balzac de vez en cuando y que descubre el temperamento sanguíneo (la indelicadeza, han dicho muchos críticos) del escritor. En otros siglos, el siglo de Tirso y Lope, el de Shakespeare y Cervantes, los verdores y las crudezas de pluma no se consideraban incompatibles con el catolicismo natural. Serán pecados; pero ni son impiedades, ni son herejías.

El análisis encarnizado, anatómico, lúcido, de la miseria humana—que vale como decir de la vida humana—es, en cambio, tarea y obra de escritor católico, no materialista, sino pesimista, necesariamente pesimista. Dimana del dogma del pecado original y la caída, de la corrupción de nuestra naturaleza, de la certidumbre de que nos rodea el mal y nos impregna eternamente el dolor, y estas grandes, irrebatibles verdades teológicas se imponen al que quiere estudiar, desde dentro y hacia fuera, las realidades de la psicología. El error psicológico es el optimismo, la creencia en la bondad humana, y de este error nacen la soberbia, la fe en el propio dictamen, la rebeldía á la autoridad, las teorías de laxitud é impunidad en lo penal, la consagración de todos los instintos y, como consecuencia, la licitud de todos los apetitos. El heresiarca de esta herejía fué Rousseau (no ignoramos con qué gracia le satirizaba Voltaire), y le siguieron Víctor Hugo, Jorge Sand; en nuestros tiempos, Tolstoy (1). Los que, como un tiempo Shakespeare, como Cervantes (2), como Balzac, como Flaubert, bucean hasta los abismos del alma humana, sacan consecuencias acordes con el pesimismo religioso, y no sonará á irreverencia si digo que algunas novelas de Balzac podrían llevar al frente, como las *Doloras* de Campoamor, máximas de la *Imitación de Cristo*.

---

(1) No olvido que Tolstoy, á pesar de su humanitarismo, es, en el terreno positivo, pesimista. Por eso aparece tan admirable psicólogo en medio de sus ensueños y quimeras sociales.

(2) Recuérdese el asombroso episodio de Ginés de Pasamonte y la libertad de los galeotes.

Tomemos, por ejemplo, á Shakespeare. Cualquiera que fuese la confesión de que formase parte, y no lo sabemos, su obra es católica. No lo es sólo por ciertos fragmentos de *Hamleto* que se citan siempre, sino por su concepción vasta y honda de la humanidad, más libre que la protestante, más amplia y sagaz que la racionalista, y hasta por ciertas formas de grotesco y cómico, que son esencialmente católicas, góticas y medioevales. Los grandes satíricos pesimistas han solido tener otra faz mística: de esta combinación, nosotros presentamos por ejemplar á D. Francisco de Quevedo, tremendo escritor de gorja (dónde se quedan los *Cuentos* reprochados á Balzac, dónde la *Fisiología del matrimonio!*)

No me canso de repetirlo: Balzac no tiene afinidades ni con un devoto, ni con un asceta, ni con místico de ninguna especie; y, sin embargo, su género analítico está condicionado por el fondo católico de su concepción de la vida. En esta parte disiento enteramente de Brunetiére, que no encuentra relación entre las ideas religiosas y sociales del novelista y su obra, á pesar de reconocer que Balzac se adelantó á Ketteler y á Manning en la teoría de la democracia social cristiana.

Lleva razón Brunetiére cuando asienta que las opiniones políticas y religiosas de Balzac no son fruto de detenido estudio. Pero ¿hay algo en la obra de Balzac que sea fruto de detenido estudio? No olvidemos que es el vidente, el *devorante*. Si he sabido inculcar mi parecer en esta cuestión, habré logrado que se entienda cómo no está el catolicismo de Balzac en los pasajes donde explícitamente lo proclama, sino en la índole de su estudio de la humanidad, y las consecuencias que de él se deducen lógicamente. Al decir que Balzac es el padre del naturalismo, proclamado por Zola y la falange entera de Medan, necesito disipar el equívoco que resultaría de identificar el pesimismo religioso de la psicología de Balzac con el pesimismo materialista de la escuela. Nueva ocasión habrá de tratar este punto.

Por eso no se advierte en Balzac aquella estrechez asfixian-

te que más tarde se le echó á la escuela en cara. Balzac pudo abarcar á la sociedad y al hombre «en todos sus órganos», y supo adivinar «las próximas modificaciones sociales». Lo que tiene Balzac de sabor amargo, y á veces de contradictorio, es la amargura y la contradicción de la vida misma, que él no disfraza como la disfrazan los novelistas de tesis—como la disfrazó á menudo el propio Zola, antes ya de los *Evangelios*.—Todo es vida en Balzac, y no le podemos acusar de nada de que la vida no sea culpable. Pesimista como fué, no hizo selección de notas pesimistas para acumularlas: su psicología es tan negra como la vida, ni más ni menos. Así pudo defendérsele de la tacha de inmoralidad, preguntando sencillamente ¿si es que la representación de la vida, verdadero fin del arte, ha de ser más moral que la vida misma?

Adversario del individualismo romántico—no sé cómo ha podido llamársele anarquista,—Balzac es un novelista social. Una de sus opiniones favoritas—lo dice en carta á Zulma Carraud—es la necesidad estricta del régimen autoritario. «Al pueblo», escribe, «debe ilustrársele; pero manteniéndole bajo el más fuerte yugo, suprimiendo cuanto le provoque á turbulencia. Conviene un gobierno lo más firme posible.»

Estas máximas adquieren valor en la pluma de Balzac, por estar de acuerdo con las que se desprenden de su estudio de las clases sociales, hecho á lo vivo, sobre la carne que sangra. Es más sombrío y violento el de Zola en el *Assommoir*, la *Terre* y *Pot Bouille*; pero el de Balzac, por lo franco y desinteresado, todavía persuade mejor de la necesidad de reforzar, y no de relajar, los vínculos que sustentan la mecánica social, armazón cuyos defectos son evidentes, pero cuya utilidad es más evidente todavía. Consecuente en su pensar—no obstante el caos de su producción, el continuo hervor de su fantasía excitada,—Balzac se manifiesta reiteradamente hostil al sufragio universal, la instrucción laica, el movimiento democrático, el avance del socialismo. No era absolutista, sino partidario del régimen constitucional bajo la monarquía legítima.

Uno de los críticos de Balzac le niega la condición de novelista social, porque Balzac no se atribuye una misión moral y reformadora. Es confundir la novela de *meeting* con la novela social. La representación fiel y semejante y valiente de los estados sociales es el mejor acicate para las reformas justas posibles. Las otras cabalmente son antisociales. Y como hemos de reincidir en esta cuestión de la novela social, que es uno de los caracteres típicos de la transición, bástenos por ahora notar cuánto va de la novela social de Balzac al *Judío errante* ó á *Los miserables*. Y si alguien lo duda, plantéese únicamente este problema: si para conocer en espíritu y verdad la época, los hombres, la política, el pensamiento, la sociología y la psicología, desde el primer Imperio hasta que adviene el segundo, hay que acudir á Sué y Víctor Hugo ó al autor de la *Comedia humana*.

La influencia del enorme monumento, del «mayor archivo de documentos sobre la naturaleza humana», la encontraremos por dondequiera: va á ser el fenómeno característico, decisivo, de las nuevas formas de artes, y aun de cierto movimiento más bien científico que artístico, determinado igualmente por la evolución literaria. Esta influencia llega al grado máximo después de la muerte del novelista, ocurrida en la plenitud de su labor y cuando no había podido realizar sino parte de sus propósitos. En vida, Balzac no se destacó cuanto debía destacarse, sobre todo en Francia. Su influjo creció lentamente, y no tuvo la falange de discípulos que vemos seguir la estela de Walter Scott. Sainte Beuve habla de la rápida fama que adquirió Balzac, especialmente en el extranjero: en Venecia, donde señoras de la sociedad adoptaron los nombres de sus heroínas; en Hungría y Polonia, en Rusia sobre todo.—Esto se llama, en justos términos, *moda*, y es distinto de la influencia. La influencia no salta á los ojos como el éxito aparatoso y espumeante. De moda estuvieron, con Balzac, otros escritores, incluso, á su hora, Federico Soulié, y no abrieron surco, y queda de ellos polvo y ceniza.—La influencia del Balzac se reconoce,

no sólo en los novelistas que le siguieron, sino en los críticos: Taine, que tanto le debe, Sainte Beuve, cuyo método es el mismo de Balzac, cuyos maravillosos retratos psico-físicos parecen en ocasiones páginas sueltas de la *Comedia humana*. Reconozco que tales coincidencias no se deben sólo á la influencia de un escritor, por enérgica que sea: hay corrientes que impulsan á toda una generación, mejor dicho, á las avanzadas de una generación, puesto que el romanticismo siguió defendiéndose mientras Balzac preparaba la era naturalista. «Hay — dice Brunetiére — más relación de lo que parece entre la *Comedia humana* y *Port Royal*, de Sainte Beuve; son, en las letras francesas del siglo XIX, dos monumentos de igual género de originalidad. Sainte Beuve es más literato, Balzac es mas contemporáneo; el crítico, á cada momento, se siente contenido y pellizcado por escrúpulos de que el novelista no se preocupa; sus mentalidades son diversas, pero sus curiosidades análogas—curiosidades de fisiólogo y médico... Ambos persiguen, por los mismos medios, la representación y reproducción de la vida.»

Tal va á ser el programa, la bandera de la renovación. No es sólo la novela, es—como hemos visto, y bien fácilmente se explica—la crítica, el cuento, el teatro, la historia, el periodismo, y hasta ciertas formas y manifestaciones de la poesía, lo que va á seguir los derroteros de la *Comedia humana*. Según el eminente crítico cuyo magistral estudio sobre Balzac hay que leer, hasta para disentir de algunas de sus opiniones,—en el teatro, tanto ó más que en la novela, resalta la influencia dominadora de Balzac;—y yo añadiría que esta influencia, innegable en Dumas hijo y Augier, y hasta en el mañoso Sardou, que si no reproduce la vida la parodia, persiste hoy,—cuando parece que declina en la novela, y que el neo-idealismo y el neo-romanticismo, esos *aparecidos* contemporáneos, no logran hincar el diente en el teatro moderno, cada vez más empeñado en parecerse á la vida y en reproducirla y estudiarla, en reflejar las costumbres, en justificar la acción por el ambiente y el ata-

vismo,—en aplicar, dígase de una vez, el naturalismo analítico de Balzac. A distancia, no creerán inspirarse en el autor de la *Comedia humana* dramaturgos no sólo como Becque, sino como Ibsen, y, sin embargo, si el influjo de Balzac modificó la fórmula dramática definitivamente en su época, es que ya el teatro no puede volver hacia sus antiguos moldes y recetas pueriles y artificiosas. «Si se me pregunta—cito á Brunetiére—cómo el influjo de Balzac se deja sentir primero en el teatro, cuando parece que debiera notarse en la novela ante todo, daré esta razón: si los contemporáneos de Balzac no puede decirse que le «desconocieron», ello es que no «reconocieron» inmediatamente cuánto diferían sus novelas de las de Jorge Sand, Alejandro Dumas, Eugenio Sué ó Próspero Mérimée...» Mientras en la novela fueron coetáneas de Balzac otras influencias poderosas entonces, el teatro, más flojo y débil, se prestó mejor á sufrir la transformación.

Pudiera afirmarse que los «discípulos» oficiales de Balzac, Carlos de Bernard á la cabeza, son los que menos testimonio dan de influjo tan dinámico pero tan subterráneo. Es la fatalidad de los imitadores directos: no chupan la esencia, no pasan de arañar la superficie, de aspectos parciales y quizás inferiores de la obra imitada. Compárense *Los labriegos*, de Balzac, y *El hidalgo campesino*, de Carlos de Bernard, su obra maestra. Es lo curioso que la novela de Carlos de Bernard está mejor compuesta, más limada y proporcionada que la de Balzac; y desde el punto de vista de las reglas clásicas, se podía anteponer la labor del discípulo á la del maestro — cosa que no dejaron de hacer los críticos. — Lo que falta á los imitadores de Balzac, es lo que á la yegua de Rolando:—el dón de la vida. Por intenso que haya sido el influjo de Balzac, no suscitó á nadie (á no ser que incluyamos, con justicia, en la lista de los *influídos* á León Tolstoy), que pueda ponerse á su lado y á su altura. Su influjo se repartió, se insinuó, se ejerció sobre diversos géneros, y nos saldrá al paso incesantemente; porque, habiendo creado Balzac, para todos esos géneros, nuevas exi-

gencias, nuevas necesidades, nuevas condiciones *sine qua non*, aparecen transformados desde la *Comedia humana,* y no en la forma, sino en lo interno de su modalidad artística y técnica. «Lo que Balzac no consiguió realizar—escribe Emilio Zola,—lo dejó indicado; de suerte que se le imita sin querer, hasta cuando creemos emanciparnos de su dominio.» Sin querer es como se ha imitado, principalmente, á Balzac—y es el género de influjo seguro, duradero, en cierto sentido perenne.—Con la misma lucidez añade Zola, sobre Balzac, esta definitiva sentencia: «El tiempo es quien clasificará á los hombres, y el criterio de clasificación es el influjo que ejercen sobre lo venidero.»

La Condesa de Pardo Bazán

# VELÁZQUEZ [1]

En una sala pequeña del Museo del Prado, dispuesta para este fin, se encuentra el gran cuadro del último período de Velázquez, conocido desde antiguo con el nombre de *Las Meninas*. Es una simple escena en el estudio del artista, mirado como el rey y la reina, que estuvieron en el mismo punto que el espectador ocupa ahora—vémoslos reflejados en el espejo de la pared que da frente al cuadro,—como se le veía en aquel momento del descanso en que se interrumpe la sesión de retratar á sus altezas. Se ve en el centro á la princesita, que va á tomar el refrigerio ofrecido por una de sus encantadoras doncellas de honor; se ven también dos enanos con el perrazo, que descansa allí estúpidamente; y á la izquierda, el pintor mismo, derecho, con su amplio lienzo, dándonos frente, así como á la real pareja. Cuadro típico español, y de los más instructivos trasuntos que poseemos de la vida que hacía Felipe IV; escena natural, sin estudio, pintada de manera también natural é inestudiada, con pinceladas amplias, ligeras, como al desdén, pero sin ostentación de brochazo impresionista; tanto, que á muy poca distancia ya el cuadro ofrece una superficie lisa. Ni como amo ni como esclavo, con placidez, con calma, cortésmente, á la manera española, como un igual, el pintor parece

(1) Después del extenso y magistral estudio de Justi acerca de Velázquez, publicado en este mismo lugar, hemos creído interesante dar á luz el breve y sustancioso de Ellis, consagrado principalmente á las obras que, como de Velázquez, figuran en la Galería Nacional de Londres.—*N. del D.*

abordar cara á cara la naturaleza. Parécenos que más que un cuadro producido por una hábil y rica combinación de líneas y colores, es una visión evocada misteriosamente que flota ante nosotros en la atmósfera. Si con la palabra *milagro* queremos indicar una cosa cuyo efecto se supera extraordinariamente á la causa correspondiente, podemos decir que de todos los grandes cuadros del mundo, éste precisamente puede llamarse el más milagroso.

Si la gente de la época de Velázquez lo consideró como milagro ó no, es difícil imaginarlo; probablemente estimarían que el excelente pintor de la corte había cumplido bien con su encargo, como cumplían sus deberes los demás funcionarios de la corte, fuera el barbero ó el bufón, ó de otra cualquier categoría en que estaban oficialmente clasificados. La estimación que ya al principio se hizo de su obra es tal, que da idea del sentido de su grandeza; pero no fué sino treinta años después de muerto Velázquez, y por un extranjero, el darse á conocer. Cuando vino á Madrid Lucas Giordano—pintor entendido, pero de temperamento sensitivo, que en aquella época de decadencia artística le era fatal,—dicen que dijo á Carlos II: «Señor, ésta es la teología de la pintura.» Mas no tiene fundamento este dicho. Por aquel tiempo, y aun años después, aun no tenía Velázquez influencia verdadera y honda sobre el arte y los artistas. Cierto que Franz Hals, en país que políticamente acababa de libertarse del dominio español, seguía conservando algo del espíritu independiente y altivo del español, é ilustró su tendencia artística según direcciones en que, sin darse cuenta, seguía la evolución revelada en la obra de Velázquez, que era aún casi contemporáneo. En él vemos algo de las mismas cualidades de la gran pincelada, sin las grandes cualidades de Velázquez; y en los maravillosos cuadros del Stadhuis en Haarlem, hechos á la edad de noventa años, en la cumbre de su arte, Hals, por último, vuelve hacia Velázquez. Se ve que el pintor está debilitado por la edad; su colorido es deleznable á veces; otras sólo percibimos manchones de pintu-

ra incoherentes; pero su entendimiento sigue ágil y claro; el pulso del anciano tiembla, pero su visión se identifica al fin con la de Velázquez. Hals es único, como único es Velázquez.

Hoy, cuando vemos que todo movimiento moderno en pintura va en cierto modo predeterminado por Velázquez, y que iniciadores tan grandes y diversos como Corot y Manet, de incontestable originalidad, pueden de igual manera ofrecer puntos de origen en la pintura de Velázquez, consciente ó inconscientemente, nos parece imposible creer que en el siglo XVIII, cuando Rafael Mengs lo reveló á Europa, un siglo después de su muerte, como «el primero de los naturalistas», careciera Velázquez de importancia. Verdad es que Reynolds admiró un cuadro de Velázquez; dícese que declaró el retrato de Inocencio X como «el cuadro más hermoso de Roma»; lo copió, y copió también otra pintura de Guido: el *San Miguel.* No creo que haya en sus *Discursos* ni en sus *Notas de viaje* la menor referencia á Velázquez; probablemente, le consideraba como á un brillante miembro de la escuela veneciana, viviendo fuera de ella, indigno de caracterización aparte. Wilkie, en 1828, volvió á descubrir á Velázquez (pero apreciando sólo sus obras más antiguas), y veinte años más tarde Sir William Stirling-Maxwell escribió la primera biografía importante del artista (1). Medio siglo después, en 1899, el tercer centenario del nacimiento de Velázquez, que desde esta época se ha hecho fiesta nacional é internacional, se celebró con la construcción de una nueva sala en el Museo del Prado para la instalación de sus cuadros principales, y dentro de ella, este santuario especial de *Las Meninas,* que ahora se pueden ver con toda comodidad.

Aquí, como en otros tiempos en el santuario del santo patrón de España, en Santiago de Compostela, una corriente in-

(1) En los últimos años, el estudio de R. A. M. Stevenson, hermoso, fresco y concienzudo de Velázquez (1895), ha hecho mucho por la popularidad y conocimiento del pintor en Inglaterra.

interrumpida de peregrinos llegan hoy de todas las partes del mundo. Vienen artistas de todas las clases, seguidos de una turba de gentes. Aquí se ha visto á la gran actriz Eleonora Duse, todos los días que duró su campaña artística en Madrid, pasar horas y horas ante *Las Meninas*. En su última visita, la más larga, corriendo hacia un acompañante suyo que se había extraviado, decía á voces antes de salir de la larga galería: «Eso es un teatro real». Los turistas norteamericanos vienen también en bandadas hojeando rápidamente en su Guía los nombres de las obras maestras de los pintores. El estrépito de sus pies, recorredores del universo, retumba á ló lejos. Es de oir el sinnúmero de testimonios y apreciaciones que á los visitantes inspiran las obras de Velázquez; profanos é inteligentes, vulgo y artistas, todos y cada uno atestiguan á su manera la nombradía de Velázquez.

## II

Como Cervantes y otras grandes personalidades de un país que se ha distinguido siempre por la fuerza del carácter, por la individualidad, por el fácil juego de la energía espontánea, Velázquez se presenta aislado, casi sin tradición extrínseca, independiente en cierta manera de sus predecesores, maestros y discípulos. Pero en último término, no hay artista, por nativos que sean sus impulsos, que se libre por completo de las influencias del medio y de la tradición. Velázquez, que resistía á toda influencia ajena, por seductora que fuese, se dejaba, con todo, influir por aquello que pudiera contribuir á desarrollar sus propias facultades.

Deberemos tener siempre en cuenta que Velázquez pertenecía á Sevilla, la gran metrópoli comercial de España, y en realidad, ciudad marítima. Los otros dos grandes centros de pintura en aquel tiempo, Venecia y Amberes—como antes Brujas y luego Amsterdam—eran también grandes puertos, re-

lacionados mercantilmente con todo lo más preciado, extraño y bello de Oriente y de Occidente. Tales centros eran, naturalmente, patria de escuelas pictóricas; su atmósfera cosmopolita favorecía una manera estética libre de exclusivismos; su actividad mercantil traía los maravillosos productos exóticos que estimulan y desenvuelven la actividad artística, y la riqueza de sus mercaderes permitía á los pintores que allí nacían trabajar con la plenitud de energía de que disponían. Los artistas de cada nación ponen en sus obras el espíritu de su raza: —los flamencos, su energía excesiva, su gusto por el color rebosante; los venecianos, su satisfacción reposada y satisfecha en la belleza corpórea del hombre y de la mujer, en el goce del reposo soñoliento;—pero únicamente el esplendor y riqueza de los grandes centros marítimos estimula al espíritu castizo á encarnar la visión personal del mundo en los colores.

Sevilla estaba entonces en el apogeo de su gloria. Lo que entonces sería, puede juzgarse aún por la vitalidad y regocijo que hoy conserva. No sólo era la ciudad más animada de España; hubo tiempo en que fué la más vistosa de Europa, la metrópoli comercial del Nuevo Mundo, el puerto de aquellos galeones, cuyos cargamentos, fabulosamente ricos, impulsaban tan poderosamente los instintos piráticos, á la vez que los poéticos del temperamento inglés, que para nuestras fantasías de isleños parecían venir del reino de las hadas. Por breve tiempo fué Sevilla el emporio del mundo; y en raza tan poco á propósito para el comercio como la española, que con facilidad malbarata la mercancía, si se trata principalmente de que la devoción lo exige, ó la soberbia que las riquezas engendran en los corazones, fácil es comprender cuánto provecho obtendría de esto el arte, y particularmente el religioso. La mirada serena y manos laboriosas de los hombres de Brujas y Amsterdam se dedicaron de lleno á la reproducción de los lineamientos precisos de las cosas extrañas y bellas que sus bajeles descargaban en sus puertos. Los españoles, altivos é indolentes, no experimentaban semejante preocupación. El arte sevillano

fué principalmente arte religioso; la Virgen, entonces como ahora, recibía un culto fervoroso peculiar. Los cuadros españoles de la época apenas si ofrecen débiles señales de lo que era el vasto imperio colonial español, en gran parte se debe á que España traficaba poco con los países de Oriente más sumergidos en la molicie; pero principalmente es debido al temple de la raza. Con todo, á las influencias cosmopolitas de semejante centro de vida, obrando en vista tan sutil y en entendimiento tan hondo como el de Velázquez, hay que atribuir la razón de aparecer el gran artista tan desligado del mundo que tan sagazmente escudriñaba.

Mas para comprender á Velázquez, es preciso no olvidar su raza. Por parte de su madre era español, hidalgo andaluz, de Sevilla, un Velázquez (1). La ascendencia materna es factor que determina su vocación de pintor, pues los portugueses, aunque no exentos de facultades artísticas, pocas veces han manifestado verdadera aptitud para la pintura. Pero á la vez no es grande la influencia en el conjunto total de su obra. Hay cualidades en Velázquez que se encuentran rara vez ó ninguna en los pintores españoles, al paso que algunos de los rasgos más visibles del arte puramente español faltan en Velázquez. En los demás hay generalmente algún otro elemento que choca, á menudo fatalmente, con su realismo: hablo del exceso de fervor religioso, y también del exceso de plebeyismo. De ambos rasgos, Velázquez, aunque vivió en una atmósfera peculiarmente favorable á su desenvolvimiento, se vió libre desde el principio hasta el fin. Mantuvo con absoluta calma su pro-

(1) He adoptado, no sin vacilar algo, la forma usual española de su apellido, en vez de la tradicional inglesa, Velásquez, pero no poseo fundamentos para sostener la autenticidad de esta última. Velázquez mismo la usó, y sin duda se explica por su correspondencia con la pronunciación andaluza. Aun cuando se la tenga por forma britanizada, no por eso dejaría de estar justificada. Es digno de notar que la manera de los ingleses para pronunciar Quixote, aunque no corresponde á la actual española, corresponde á la española del tiempo de Cervantes.

pia posición de independencia, y desarrolló con tenacidad firme y sobriedad su naturalismo convencido é instintivo.

Un Silva, de antigua y noble familia de Oporto, fué el padre de Velázquez. Los portugueses del Norte son raza fuerte, corpulenta, robusta, afamada por la belleza de sus mujeres, y señalada por su altivez y espíritu resuelto de independencia. Oporto fué de los primeros en sacudir el yugo musulmán, y los portugueses del Norte son hoy clara descendencia de aquellos activos y ricos granjeros, de intrépidos navegantes que se adelantaron á los ingleses en surcar mares desconocidos y conquistar extrañas tierras. Es, pues, Velázquez hijo de padre portugués, de raza distinta á la andaluza, indolente y sensual, lo que es, indudablemente, factor de importancia en la formación de la índole especial de su obra.

Aprendió en temprana edad latín y filosofía, y manifestó gusto por las ciencias. Pero eligió la profesión de pintor, resolución que, teniendo en cuenta la posición desahogada de su familia, indica vocación legítima. Fué á aprender con Herrera, gran pintor, pero de personalidad demasiado individualista, lo que perjudicaba á su magisterio; Velázquez le dejó al cabo de pocos meses para ir á estudiar con Pacheco, que, aunque autor de retratos interesantes, sobresalió más como maestro que como pintor, y amante del arte en que no consiguió triunfar. Y cosa muy propia de aquella antigua escuela de maneristas que adoraban á Rafael: Pacheco era hombre de gran cultura y doctrina, crítico entusiasta, persona que gozaba de estimación é influencia en Sevilla, donde su casa parece haber sido el principal centro intelectual, casi una academia. Pronto se dió cuenta de la obra personal y artística de Velázquez, al que casó con su hija, y nunca dejó de hablar con gran loor de él, comparándole con Caravaggio y Ribera, á quien, con razón, consideraba como el más grande colorista de su tiempo. Se puede admitir que el arte de Ribera haya influído directamente en las primeras obras de Velázquez: el *Aguador,* de Apeles House, por ejemplo, obra de las más bellas entre las primeras

que hizo, recuerda muy distintamente los métodos de Ribera, aunque posee esa tranquila dignidad que es patrimonio de Velázquez. Asegúrase, no obstante, que en aquella época no había cuadros de Ribera en Sevilla que pudiera ver Velázquez, y si así fuese, todo lo que puede decirse es que empezó su carrera artística en las tradiciones de una escuela en que Ribera ejerció la representación suprema. Pronto empezó á desenvolverse de estas tradiciones; pero sin violencia, nunca percibimos en él vuelta súbita hacia direcciones erróneas. Siempre se movió á compás y deliberadamente á lo largo del recto camino que su propio temperamento y genio le señalaban. Ni aun las personalidades artísticas más poderosas y seductoras con quien estuvo en contacto ejercieron la menor influencia en apartarle de este camino. Casi todos los cuadros de Velázquez poseen individualidad y novedad propias, aunque siempre son derivaciones lógicas de su propio genio. Desde los primeros días de su aprendizaje en pintura, sólo un pintor, el Greco, ha tenido influencia directa y perceptible en la modificación de sus procedimientos técnicos; y aun en esta influencia, que llegó tarde, después de su establecimiento en Castilla, puede contarse entre los progresos de su propia evolución. Greco había muerto antes de nacer Velázquez; su maestro Pacheco había conocido al pintor toledano ya viejo, y le mencionaba como *gran filósofo;* pero sólo cuando Velázquez llegó á una altura en que la influencia del Greco podía serle útil, es cuando le permitió exponerse á su influencia. Sus primeros cuadros tienen como fundamento los colores rojizos oscuros de la escuela de Bolonia; tienden éstos á ensombrecerse y dominar á los otros; por esto los primeros cuadros de Velázquez han perdido en calidad. Poco á poco fué rechazando este método, y después de haber pintado *La fragua de Vulcano,* y probablemente su *Cristo atado á la columna,* cuando se acercaba á los cuarenta años de su vida, es cuando empezó á estudiar seriamente la obra del Greco.

Empezó á usar fondo blanco ó gris como base (como habían hecho también los antiguos flamencos); aprendió el uso de

los grises delicados en la coloración de las canas; adoptó algo de la libertad de los paños en el Greco; enriqueció su paleta con muchos colores nuevos, especialmente carmín, que encontró en el Greco, y tonos plateados, que reemplazaron á los tonos secos y quemados de sus primeras obras. Y al fin, también (después de su segundo viaje á Italia) sus figuras empezaron á bañarse en aire. Más tarde, cuando se acercaba á los cincuenta años de su edad, adquirió su amplitud de toque, auxiliado sin duda por la presbiopía normal, que obliga á los pintores á mantenerse distanciados del lienzo. En esta época, evidentemente trabajaba más y con más rapidez: la preparación en el gris uniforme se hizo cada vez más ligera, tanto que á lo último, apenas si llegaba á tapar el tejido del lienzo, que muchas veces se percibe; por último, también usaba colores muy fluidos, alcanzando los efectos de la aguada. A estos métodos técnicos se debe la frescura permanente de sus cuadros en el último período. Los tres períodos se continúan con mucha regularidad; podemos considerar, con Beruete, el cuadro de *Los Borrachos* como el apogeo del primer período; *Las Lanzas* como la cima del segundo, é *Inocencio X* (pintado durante la segunda visita del artista á Italia) como el principio del tercero.

Si algo fuera menester para completar la buena fortuna de Velázquez, este algo le llegó siendo nombrado pintor favorito del rey de España. Siempre los reyes han sido maravillosamente entendidos en cosas de arte, y ninguna profesión favorece tanto el vivir estético como la de rey. En cierto modo, siempre ha sido así, pues el saqueo y la tributación han colmado de los más bellos productos de las naciones bárbaras los palacios de los reyes, y más que nunca tenía lugar esto en los últimos tiempos del Renacimiento. Un palacio real del siglo XVII era como el depósito de todas las cosas exquisitas y elegantes. Los estímulos al arte y la protección á los artistas desde Hampton Court á Moscou, han figurado siempre entre los principales deberes de un soberano, y la efervescencia final del Renacimiento, cundiendo por todos los países de Europa, trajo ocasiones

apropiadas para ejercer estos deberes. Además, la vida del rey se invierte por la mayor parte en contemplar fiestas de espectáculo. Durante toda su carrera activa, esta contemplación es la principal prueba de su existencia, de existencia á menudo inerte, dedicada á presidir los efectos más variados, rebosantes y de más espectáculo que la habilidad de su siglo puede idear. Así, que se encuentra en las condiciones más apropiadas para acrecentar la percepción estética, y para alimentar desvío por lo simplemente vulgar y de oropel. Podrá caber duda sobre si hubo ó no ingleses que poseyeran mejor juicio que Carlos I en materia de pintura. Mas no hay razón para suponer que haya habido español del siglo de Felipe IV que poseyera percepciones más exquisitas que el rey. La mejor prueba de su buen gusto es el decidido favor que dispensó siempre al genio de Velázquez. Han sido necesarios tres siglos para conseguir una apreciación que fué del dominio de Felipe IV inmediata é invariablemente la misma siempre.

Fuéle dado á Velázquez un aposento del antiguo palacio real, el Alcázar, para que le sirviera de estudio, y en él pasó la mayor parte de su vida y pintó todos sus cuadros más famosos. El Alcázar—que ocupaba el lugar del actual palacio de Oriente—era un edificio vasto y sombrío, que databa del tiempo de los moros, y era asiento, no sólo de la corte, sino de todo el gobierno del imperio español. Las habitaciones del palacio dícese que eran grandes y muy oscuras, imaginadas para dos fines distintos: para guardarse de los llameantes fuegos del sol estival y de las brisas glaciales de la elevada planicie, cuyo aire sutil encontraba Carlos V tan excelente, pero que, por lo general, no se recomienda como muy saludable para el resto del género humano.

Aun cuando ignorásemos el sitio en que Velázquez acostumbraba principalmente á vivir y á trabajar, estaríamos dispuestos á figurárnosle en las tenebrosas alturas de viejas habitaciones y á lo largo de aquella perspectiva de galerías y cámaras, que se ensancha y se reduce en el plano más distante.

He insistido ya en la soltura é independencia peculiar de Velázquez, su extraña impermeabilidad á las influencias exteriores. Nunca imitó á sus primeros maestros; vivió en trato íntimo con Rubens, el pintor más fascinador y dominante de su tiempo, y evolucionó, pero nunca intentó pintar á la manera de Rubens. Fué á Venecia, que consideraba quizá como la Meca del arte, estudiando allí no sólo á Tiziano, sino al Tintoreto, que se halla dentro de los problemas que especialmente le preocupaban, y evolucionó también, pero sin desviarse de su camino. Vivió y pintó en Roma, cuya voz imperial ha ahogado tantas nativas inspiraciones de artistas; y pintó algunas de sus obras más originales y modernas sin mostrar ni el más leve vestigio de la influencia seductora de Roma. El sombrío Alcázar sólo influyó al fin en el pintor más refractario á influencias. Antes de llegar á Madrid jamás se le había ocurrido el problema de pintar un aposento lleno de espacio; en el Alcázar se le ocurrió este problema una y otra vez, y la obra más perfecta del llamado su tercer período señala la victoria final de su genio sobre el problema que con tanta persistencia se le presentaba en el vasto y lóbrego palacio en que invertía la mayor parte de su vida. La mayor parte de la obra de Velázquez puede afirmarse que delata esta influencia. Las habitaciones, desamparadas y altas, llenas de tibia luz, en que las figuras humanas parecen representar tan insignificante papel, y que conducen, no como las que de Hog tanto gustaba de pintar, á un alborear deslumbrador, sino á una región más lejana del espacio algo menos oscura, y otras muchas notas de la obra de Velázquez pueden advertirse en el antiguo Alcázar morisco. Las líneas rectas, largas verticales, que tanto abundan en sus pinturas de interior, son las que inevitablemente determinan la visión de las habitaciones altas vistas á la escasa claridad. Gustaba también Velázquez de pintar esas puertas estrechas, altas, de muchas piezas, que aun hoy suelen verse en muchas partes de España, que conducen á salas pequeñas, y trazadas por los españoles de antaño á la altura de su orgullo, que no á la de su

estatura física. Semejantes puertas han modelado el patrón de algunas de las más características en la obra de nuestro pintor. La reserva exagerada del colorido exquisito de Velázquez, aunque favorecida por el ambiente en que vivia, es más considerable que cualquier influencia del ambiente. En general, hay pocos grandes coloristas españoles, fuera del Greco, que no era en realidad español, y Ribera, que trabajó fuera de España. Realmente, falta el sentido del color al genio español, fenómeno que sorprende cuando se recuerda el instinto que por el color muestran aún hoy los moros en sus vestidos y en muchas de sus manufacturas. En la España actual hay sin duda orgía de color, pero las más veces cruda y cálida, con un corro de panderetas y castañuelas envueltos en sus resplandores.

El genio de Velázquez parece haber sido auxiliado por el carácter de los modelos regios que estaba, ante todo, obligado á pintar. Su contemporáneo eminente y perfecto, Van Dick, vivió en Inglaterra, y pintó los juveniles y lozanos caballeros del Renacimiento, que pronto iba á desaparecer, mirándolos con ojos educados en una civilización exótica, y pintándolos con aquel toque de idealismo, que era menester para hacer agradables á la vista á aquellos bárbaros. Velázquez pintó la mansión lúgubre de Hapsburgo, y los extraños seres con quienes convivía. Los Hapsburgos han ofrecido un sello fisionómico más saliente que ninguna otra familia en la historia; sello fisionómico que data, como enseña el conde Zichy, que ha hecho estudios sobre ellos, de los bisabuelos de Carlos V, pertenecientes unos y otros á la casa real de Portugal, y que todavía subsiste. En tiempo de Velázquez, acusábase ya la decadencia de los Hapsburgos, tanto en lo físico como en lo intelectual. Aun Felipe conservó su integridad mental, ¡pero á costa de cuántos esfuerzos!, como nos lo patentiza la observación del rostro conocido que Velázquez ha inmortalizado; ese rostro, falto de vivacidad, de aspecto invariable, de profunda é irremediable melancolía. Hay en él, por lo menos, cierta distinción en medio de su decadencia; el de su consorte Mariana (que era también su

sobrina) es simplemente vulgar; con su nariz tosca, ojos aniñados, sin alma, y labios contraídos en gesto desdeñoso—casi de lugareña imbécil, cinchada por los aros férreos de la etiqueta de corte. El fruto de tal unión lo vemos en el retrato de Carlos II—pintado por un discípulo de Velázquez, Carreño,—que se conserva en Viena; vese en él un joven harto desgarbado, de narizota carnosa y ancha por demás, quijada y labio inferiores, remangados hacia adelante; en una palabra, imagen patética de la idiocia imperial. En ellos y en otros tales empleó Velázquez la agudeza de su ingenio y de sus ojos sinceros, su talento incomparable, para concentrar el máximum de verdad en una pintura por completo fidedigna, su facultad exquisita de ver. Estas caras terribles, estas cataduras espantosas, parecen creadas exclusivamente para obtener de una naturaleza tal como la de Velázquez, los efectos más estupendos que el arte de la pintura puede producir.

Velázquez idealizó estos tipos en la única manera en que era posible su idealización: sin atenuar ni enmascarar sus rasgos repulsivos ó antipáticos, antes bien, reproduciéndoles con la comprensión intelectual más plena, sincera, armoniosa, profunda. Es la dignificación más completa del arte de reproducir, nunca llevada á las exageraciones de la caricatura, ni usada como disculpa de la destreza del artista á expensas del modelo, destreza que sabe ennoblecer hasta los enanos y bufones que Velázquez tantas veces pintara. Vemos á cada uno de ellos con sus propias facciones y ademanes, absolutamente como eran; es la afirmación triunfante de la gravedad española lo que este arte nos expresa. Beruete advierte que Velázquez empleó gran parte de su carrera en cantar un himno á la fealdad. Pero su imparcialidad, reverente y serena, dista en presencia de toda clase de manifestaciones de la vida, dista mucho de confundirse con la predilección por la deformidad. Hasta llego á dudar si Velázquez sabía lo que era la fealdad. Pues ni esto ni belleza veía él, sino vida y carácter, el espíritu que da vida á toda línea y movimiento del cuerpo. Con la

misma exactitud hace el retrato del Montañés que el del enano mentecato ó el del Papa de entendimiento mezquino. Incomparable es también cuando tiene ante sí una mujer graciosa ó noble. Sólo cuando su tarea le impone la necesidad de apartarse de la vida y de la Naturaleza, es cuando comprendemos que hay alguna limitación á su ingenio eternamente sutil, y á la mano que tan maravillosamente le acompaña. Pintó la vida divinamente; mas cuando quiso pintar lo que los hombres gustan de tener por divino—lo alegórico, lo rústico, lo sobrenatural,—ya entonces no resulta divino. Nada evidencia esto más que *La Coronación de la Virgen;* aquí aparece el límite en que el arte de Velázquez se frustra. Ningún pintor, excepto Leonardo, revela más su género de entendimiento; pero es un entendimiento que obra sólo por el instrumento de los ojos. Con ellos cerrados no podría ver nada, tanto, que todo ese reinado que se llama *ideal,* y que tan importante es, fué casi invisible para él; tan artificioso y menguado fué en esto como un artista de tercera fila. Su entendimiento circula por sus ojos, que se convierten en espejos limpios y vivientes para cada escena viva y nueva, y la revelan tal como es, pero vista con la mayor perfección. Los convencionalismos y tradiciones, que son enredijos de taller, en que hasta los mayores artistas han consentido en aceptar, no existieron para él ni tuvo necesidad de corregirlos con amaneramientos de su cosecha. Cada asunto, cada escena nueva exige de él la interpretación que le es más propia. Por esto, cuando se ha intentado por artistas posteriores fundar un convencionalismo, amparados en la autoridad de Velázquez, se han extraviado. Whistler, en uno de sus mejores cuadros, coge á un precioso niño anglosajón, y le coloca con su barba afilada como la de la reina Mariana, rodeándole también de un ambiente que recuerda vagamente la severidad de un alcázar español, y al verlo exclamamos: «¡Qué parecido á Velázquez!» Pues bien, nada hay menos propio de la manera de Velázquez.

Su regio modelo estimulaba á Velázquez, con la prisa que

requería, pintar un monarca tan abstraído en los negocios. Los métodos sencillos y rápidos, las espesas capas de pintura, los contrastes atrevidos, la manera imprevista que Velázquez va desenvolviendo poco á poco, no hubieran alcanzado jamás pleno desarrollo, si no los hubiera determinado la necesidad de estar siempre pintando á un rey atareadísimo en los asuntos del Estado y en las diversiones. Existe además otro factor de carácter más orgánico. Velázquez era seguramente hombre de gran atractivo personal; pero poseía un temperamento de melancolía indolente, pasiva—apatía flemática, que decía Felipe IV,—forma elevada de esa indolencia grave que distingue siempre al andaluz en todas las cosas de su vida. Y al paso que esta indolencia, por lo general ha ocasionado oquedad y crudeza en la pintura, en el caso presente tuvo que librar batalla con la veracidad y conciencia artística profunda, con el elemento enérgico portugués que entraba en su constitución. Velázquez empleó enorme cantidad de esta energía en adquirir el arte de mostrar en sus obras la menor cantidad posible de ella. El progreso en la práctica del arte, así como en las teorías científicas puede consistir en la simplificación, en la redacción, mas no hay nada tan trabajoso como el aprendizaje exacto de lo que hay que omitir. Entre los grandes pintores, pocos seguramente, han dejado menos obras que Velázquez, y es que cada cuadro que pintó puede tenérsele por un experimento, y en todo caso, el problema que trató de resolver se enuncia en estos términos: alcanzar la representación más completa del mundo posible con la mayor economía de colores, y haciendo ingeniosamente que los ojos lo perciban.

He tratado de indicar brevemente lo que me parecen ser las fuentes de los principales elementos que concurrieron á esta suprema manifestación del arte de la pintura. Raza, antepasados, lugar del nacimiento, y todas las circunstancias de educación, medio ambiente y trabajo, tuvieron parte correspondiente en la formación de Velázquez, artista que ahora, después de tres siglos, empieza no más á ser comprendido en su

verdadera significación. Todas estas circunstancias diferentes sirven para favorecer esta cualidad especial de distinción—de reserva aristocrática y contención de esfuerzo visible,—que lentamente va dominando la obra total de Velázquez, y es al fin la impresión definitiva que la memoria de sus cuadros deja en el espectador.

## III

Únicamente en el Museo del Prado puede comprenderse de lleno el genio de Velázquez. De ningún otro gran pintor se han dispersado menos las obras por las vicisitudes del tiempo. Velázquez pintó para los reyes de España, y en la Galería Real se conservan sus cuadros. Hay en Viena, sin embargo, algunos; pero los más de ellos se le han atribuído falsamente. Fuera de Madrid, sólo Inglaterra puede decirse que sea rica en obras de Velázquez, lo que se debe en parte á la admiración que en este país se ha sentido por el gran maestro desde el siglo XVIII, y en parte también por la alianza íntima entre España é Inglaterra cuando la guerra de la Independecia. Si, como dice Justi, se juntaran todas las obras de Velázquez que hay en Inglaterra, poseería Londres una colección digna de compararse con la del Prado (1). Así y todo, la Galería Nacional contiene, sin género de duda, la colección más variada é interesante de obras de Velázquez después de la de Madrid, sin contar que posee el cuadro de *Venus y Cupido*, el mayor que ha salido de España.

Es, pues, Londres, después de Madrid, el único punto en que es posible hacer un estudio serio de Velázquez. Tratándose de

(1) En la Exposición de Arte español de la nueva Galería, en 1895, hubo 43 cuadros de Velázquez ó atribuídos á él, y en la de pintura española, en Guildall, en 1901, hubo 41, de los cuales, muchos no iban incluídos en la exposición anterior; Williamson enumera unos cien cuadros atribuídos á Velázquez, existentes en Inglaterra, fuera de los de la Galería Nacional.

pintor que necesitaba mucho estudio antes de quedar satisfecho de su trabajo, es hecho éste bien digno de ponderación. Demostrado está que los pintores italianos se ven como los primeros los veían. Los pintores del Norte son más tardíos en entregarnos sus secretos; sólo por un proceso semejante al de la conversión religiosa se logra dominar la grandeza de Rubens. Pero Velázquez es el último de todos en revelar su hechizo; por él, más que por nadie, se dijo lo de Schopenhauer: ante un gran artista, como ante el rey, hay que aguardar en silencio á que él hable primero. Como no todos pueden ir á Madrid, ni todos los que van pueden entender lo que ven, bien merece la sala española nuestra atención, ofreciéndonos además algunos problemas difíciles, pero atrayentes, dignos también aunque no sea más que de breve discusión.

Tres por lo menos de los cuadros de esta sala pueden contarse entre las obras más bellas de Velázquez: su magnífico *Venus y Cupido*, la *Caza del jabalí*—aunque ha perdido éste mucho de su frescura y encanto, porque á causa del incendio del Alcázar, se tostó y hubo necesidad de restaurarlo (1),—y el busto retrato de Felipe IV, ejemplo exquisito de las cualidades técnicas de la última obra de Velázquez en retratos, que es interesante comparar con el retrato vulgar de tamaño natural de la pared de enfrente.

Entre los demás hay varios que no hay duda ni dificultad en reconocer como suyos. Hay, por ejemplo, el curiosísimo de *Cristo en casa de Marta*. Este es uno de los cuadros más antiguos que nos quedan de Velázquez. Beruete lo puso en la lista de sus obras auténticas, y Bicketts observa que aparece en él la influencia de Pacheco; el mismo modelo parece haberse utilizado para el cuadro de casi la misma época, también en Inglaterra, que representa *Vieja haciendo una tortilla*. Por

(1) La *Caza del jabalí* fué restaurado en Inglaterra por Lance y otros; pero sería muy largo de contar, decidir en qué partes y hasta qué punto se llevó la restauración.

largo tiempo, el cuadro grande, y en muchos respectos rico y bello, de la *Adoración de los Pastores*, fué considerado, en Inglaterra especialmente, como de los primeros de Velázquez. Para Armstrong es también suyo, según la manera de Ribera; Ford lo llama copia de Ribera; Justi profesó la misma opinión, creyendo que la única figura de este cuadro que revela la manera de Velázquez es la de la Virgen. En España, hasta principios del siglo pasado, se le tuvo por uno de los cuadros más antiguos de Zurbarán, y así lo creyó también Viardot. Beruete declara que la figura de la Virgen y la del Niño Jesús, así como la de las jóvenes del primer término, indican que el cuadro es de Zurbarán, y se le debe contar entre sus mejores obras. Poynter fué uno de los primeros directores de la Galería Nacional; después de haber examinado muchas obras de Zurbarán, en España, concluye que hay que atribuírsela también á este maestro, y se hace responsable de esta atribución, que ahora es por lo común la que se acepta. Hay que convenir en que el cuadro, bello é interesante como es, de ninguna manera nos recuerda el estilo más personal de las obras típicas de Zurbarán, tal como se ve en el Museo de Sevilla, y aun en los dos cuadros completamente característicos que están al lado de *La Adoración* en esta misma sala. Parece como si al término de la carrera experimentara Zurbarán la influencia combinada de Ribera y Velázquez, y aun de artistas boloñeses como el Dominiquino, que aceptaron los tipos clásicos convencionales, como el de la muchacha del canastillo que se ve en el fondo á la derecha.

El *Guerrero muerto*, obra fina y soberbiamente pintada, que la Galería Nacional «ascribe» á Velázquez, se acepta como tal por Armstrong y otros muchos, que han reconocido la cualidad dignificada é impresionista de la obra, y entienden que á ningún otro que á Velázquez es referible. Pero es, sin embargo, difícil aceptar esta atribución, como difícil imputar satisfactoriamente esta pintura á otro autor cualquiera. Algunos han mencionado el nombre de Valdés Leal, aunque el

método muscular y enérgico de Valdés Leal en sus primeras obras de Córdoba, y el descuido banal de sus últimos cuadros más conocidos en la Caridad de Sevilla, distan por igual de esta obra solemne y armoniosa, como la pintura abocetada y ligera del mismo maestro que se ve allí al lado. Ricketts, considerando que el fondo de este cuadro está hecho de una manera totalmente distinta de Velázquez, lo adjudica á Zurbarán. Beruete, por su parte, está de la misma manera persuadido de que el *Guerrero muerto* no es de Velázquez, y aun cree que no es de escuela española en lo más mínimo. Es temerario decir un cuadro no sea de Velázquez, sólo por el motivo de que no se parece á otros suyos, pues rara es la vez que se repite; cada cuadro suyo tiene su propia individualidad y vitalidad intelectual. Con todo, el *Guerrero muerto,* no solamente difiere en su manera de cualquier otro cuadro de Velázquez, sino que es obra aparte de la esfera en que su genio se desenvolvió. Es cosa decididamente romántica. Velázquez pintó muchas veces asuntos mitológicos, é introdujo en ellos figuras emblemáticas, pero siempre de un modo forzado é inhábil, y con insistencia instintiva en el realismo. Pero su cuadro del *Guerrero muerto,* con el farolillo encendido colgado de una rama, y la calavera y las tibias de al lado, está concebido armoniosamente y llevado á cabo de un modo no natural y romántico tal, que es imposible imaginar en él la intervención de Velázquez, y menos tan victoriosamente. Puede haber sido cuadro napolitano en que asoma la influencia de Ribera; pero en todo caso atribuirlo á Velázquez, es cosa que no puede admitirse de ningún modo.

El *Almirante Pulido Pareja,* que antes estaba en Longford Castle, y fué comprado para la Galería Nacional hace algunos años, á precio elevadísimo, se considera comúnmente como una obra genuina y muy acabada de Velázquez. Palomino aseguraba, sesenta años después de la muerte de Velázquez, que éste había pintado un retrato del almirante en 1639—por la época en que pintara su *Crucifijo,*—y en el lienzo de este cua-

dro existe una inscripción, en la que declara que es de Velázquez, aunque semejante inscripción, presentada en condiciones muy distintas de las que se acostumbra á ver en Velázquez, resulta de muy dudosa autenticidad. Es un cuadro que cae indudablemente muy de lleno en la manera de Velázquez, y en conjunto tan excelente, que es difícil asignárselo á ningún otro pintor de aquel tiempo. Pero después de familiarizarse con este retrato por mucho tiempo, y con la comparación entre él y otros retratos de Velázquez, surge cierta duda de si efectivamente es en parte, ó por completo, obra de Velázquez. El vigor y solidez de gran parte del cuadro se concilia muy mal con el descuido en otras partes. No acostumbraba Velázquez á dejar que la cabeza, firmemente modelada como en este cuadro aparece, cayera en plano tan posterior del cuadro, ni está esto compensado por ninguna perfección notable en los miembros. No vemos en la obra esa intelectualidad perspicaz, esa simpatía sensitiva que hace exquisito el realismo, y que está siempre presente en los retratos de Velázquez, especialmente en época tan adelantada de su carrera como en 1637. Sería ocioso decir que el ser el modelo defectuoso causa esto, pues Velázquez revela las cualidades que hemos dicho, aun en la pintura de enanos y bobos. Si examinamos, además, la cualidad de la pintura más minuciosamente, no aparece visible la mano de Velázquez. Si el cuadro es de Velázquez, no podemos decir que esté hecho en la manera de su *Felipe*, de tamaño natural, que corresponde á la primera época; la pincelada, como se ve especialmente en las mangas, es más libre y suelta, como la del segundo período de Velázquez; pero no tiene expresión ni belleza, es tímida, cosa que no sucede nunca en Velázquez.

Ya había yo formado esta mi opinión, antes de leer la *Vida de Velázquez*, por Beruete, y me agradó ver que coincidía con la que este autor establece con toda decisión. Beruete, cuyos juicios son generalmente muy atinados y concienzudos, discute la autenticidad de este cuadro con más insistencia que

ningún otro de los atribuídos dudosamente á Velázquez; y al inferir que no puede asignársele á este maestro, habida cuenta á que se le ha venido considerando hasta aquí como de Velázquez, parece sugerir la especie de que tal vez sea copia de un original perdido.

El *Almirante* es el ejemplar de un género sencillo y directo de retratos en que más de un pintor español de aquel siglo triunfó. Hay, por ejemplo, en el Prado un buen retrato de D. Tiburcio Redín—que se presenta erguido, con botas y espuelas, y agarrando su sombrero lo mismo que el Almirante, aunque con menos elegancia,—que se atribuyó en otro tiempo á Mazo, y ahora se tiene como por de Juan Rizi. Nosotros tenemos también en la Galería Nacional, frente al *Almirante,* un retrato más pequeño, que es sin duda de Mazo, del mismo tipo exactamente que el *Almirante,* pero infinitamente peor pintado. Aunque parezca temerario suponer que Mazo hiciese el *Almirante,* ha de tenerse en cuenta que abundan las razones para vacilar entre Velázquez y Mazo, y que la novísima tendencia á atribuir al último muchas obras que antes se consideraban de Velázquez, lejos de ser una manía de la moda, como creen algunos, se basa en un conocimiento profundo de la obra de Mazo, y una demostración más cumplida de las relaciones que existen entre ambos artistas. Mazo fué discípulo de Velázquez, y aprendió de él cuanto podía aprender un artista razonable, pero no excepcional; se casó con su hija. Trabajó al lado suyo en su mismo taller, y le sucedió en el cargo de pintor de la corte. La estrecha relación entre tan buen discípulo con tan entrañable y excelente maestro, como podemos estimar que era Velázquez, no deja de producir algunas dudas, cuando se trata de discernir la parte que se debe á cada uno, sobre todo cuando trabajaban en un mismo lienzo. La parte correspondiente á Velázquez y á Mazo en la hermosa vista de Zaragoza existente en el Museo del Prado, han motivado diversidad de opiniones entre críticos buenos, y lo mismo ocurre en lo que se refiere á *La caza del jabalí,* donde Arms-

trong, por ejemplo, atribuye la composición del fondo del paisaje á Mazo, y Beruete á Velázquez. Si es el retrato del *Almirante Pulido Pareja* copia buena de un original perdido, ó es obra en que Velázquez colaboró solamente, ó bien representa un esfuerzo insigne de un artista que llegó á apropiarse las cualidades externas de Velázquez, son cuestiones imposibles de determinar.

*Cristo atado á la columna* es otra obra bella, pero algo enigmática. Era completamente ignorada hasta hace algunos años, y se ha negado alguna vez que Velázquez tuviera la menor participación en ella. Pero á mi ver se manifiesta tan visiblemente la mano de Velázquez, que no es menester otra garantía externa de autenticidad. El color, la pincelada franca, el naturalismo insistente con que Velázquez abordaba siempre los asuntos religiosos y mitológicos, todo esto es decisivo. La figura de Cristo está concebida con una originalidad extraña, que es rara en Velázquez cuando se introduce en el reino de la imaginación; pero, por otra parte, toda su veracidad literal se encuentra encarnada en el ángel, cuyas alas artificiales, como advierte Beruete, están sujetas al cuerpo por bandas de tela cruzadas. Si como cree Beruete, al parecer con razón, este ángel está tomado del mismo modelo que sirvió para el retrato del Museo del Prado, que se supone ser de la mujer del pintor, hecho en 1630, tenemos una prueba de autenticidad que ha de parecer de peso á los que no notan la impresión de las cualidades peculiarmente personales de este cuadro en todo su conjunto.

Otro cuadro grande y de interés, atribuído á Velázquez, guarda esta sala, y presenta problema más curioso quizá que ningún otro. *Los Esponsales* ha estado muchos años en la Galería, y yo al principio estaba dispuesto á aceptarlo como una obra característica y curiosa del tercer estilo de Velázquez, aunque presentando uno ó dos rasgos en que su manera parecía propender á un exceso no característico. No conocía yo entonces un pasaje de Beruete en la «Vida de Velázquez»,

en que niega toda participación de éste en semejante cuadro. Beruete aduce razones en favor de la creencia que atribuye esta obra al italiano Lucas Giordano. Ha de recordarse que Giordano vino á España treinta años después de la muerte de Velázquez, y que fué por lo visto el primero que se dió cuenta de la importancia inmensa de su obra, y especialmente de su desarrollo final en el soberano cuadro de *Las Meninas*. Esto solo basta para probar su gusto exquisito; y aunque su propia obra, á la manera exuberante y artificiosa de los italianos de aquel tiempo, deja ya de interesarnos, parece que poseyó, no sólo un gusto delicado, sino además un entendimiento receptivo y una mano sensitiva y consumada. Fué experto imitador del estilo de Ribera, y en la Pinacoteca de Munich se ostenta una obra ingeniosa suya, *La muerte de Séneca,* que por largo tiempo se ha atribuído á Ribera. Beruete cree que él fué el que pintó el cuadro de *Los Esponsales,* y señala en prueba de ello—y en prueba también de la sinceridad de este homenaje de Giordano al gran pintor,—que la figura con anteojos, en el fondo, á la derecha, que parece estar enseñando la escena al espectador, es el propio retrato de Giordano, que se puede también ver en el fresco del mismo pintor que hay en la bóveda de la sacristía de la catedral de Toledo. No puedo por mi parte corroborar esto, por no haber tenido nunca suficiente interés por Giordano que haya motivado mi examen de la bóveda de dicha sacristía cuando he estado en Toledo; pero si esto es así, decide en gran manera la cuestión. Yo añadiría que la manera general de concebir la escena tan característicamente como Velázquez se funda en Giordano en el estudio de *Las Hilanderas,* obra ésta la única que evoca la idea de *Los Esponsales.*

En conjunto no hay nada más velazqueño que este cuadro, y las bellas combinaciones de color de muchos pasajes son enteramente suyas, aunque puede concederse que Giordano exageró esta manera de Velázquez hasta el límite. Velázquez pintaba situaciones momentáneas de la vida, pero pocas veces;

tan fugitivas, que no dura más que una fracción de segundo, como en este cuadro, en que se ve un perro en el aire. La distinción aristocrática de Velázquez, además, se encarnó en una ó dos figuras; pero se convierte á las veces en lánguida afectación, cosa que en las obras indiscutidas de Velázquez no hay nunca; y la composición general del cuadro, aunque en gran parte es como lo de Velázquez, es más heterogéneo y más artificioso que lo que ordinariamente se ve en sus obras (1). Es, con todo, un hermoso cuadro; el niño especialmente, que es la figura central, está muy bien pintado, todo él al modo de Velázquez en su última evolución; y si lo pintó Giordano, debe estimársele como lección en el arte de Velázquez, dado por artista altamente simpático y cumplido, que desde que se presenta en escena como maestro visible de la lección parece decirnos: «Yo puedo pintar también como Velázquez»; y no tiene intención de engañarnos.

No queda ya más que otro cuadro ligero, el apunte titulado *Duelo en el Prado*. No tiene importancia, y parece haber atraído la atención de pocos; pero su misma ligereza no carece de interés, y muestra el método de pintura que Velázquez, en su segundo período, parecía preferir. Así, que también este apunte es un pequeño problema. Está colocado al lado de *La caza del jabalí,* y no sólo presenta una semejanza general en la ejecución con el cuadro grande, sino que el grupo de tres personas del primer término está reproducido exactamente en *La caza del jabalí*. Es quizá un boceto que utilizó Velázquez para pintar este cuadro.

Para hacer representativa del todo la colección de Velázquez, de la Galería Nacional, era preciso uno de sus mejores retratos de mujer. En este punto el Louvre es más afortunado; pero Londres suple admirablemente este defecto de la Galería

(1) El cuadro no es del todo inteligible. Un artista me ha hecho ver que aunque compone bien por lo general, parece intimidarse al emprender una tarea algo grande

Nacional con el cuadro de la *Mujer del abanico*, de la Galería Wallace; uno de los mejores retratos de mujer, del cual posee también el duque de Devosnhire una hermosa copia con variaciones interesantes.

Digno suplemento sería al estudio del puesto de Velázquez en el arte español, y entre las manifestaciones del espíritu de su nación, discutir más minuciosamente un grupo importante de cuadros suyos ó atribuídos á su pincel, que es menos fácil de ver que los del Prado. Velázquez requiere ser conocido íntimamente para serlo algo, y no hay pintor más digno de este conocimiento; nadie más educativo que él, estética, intelectual y aun moralmente. El estudio detenido de un grupo pequeño de sus obras genuinas, el examen imparcial de las dudosas, no sólo es camino de aproximación hacia el más misterioso de los grandes maestros, sino que además nos auxilia para apreciar con exactitud lo importante y lo que no lo es en muchos asuntos de la pintura moderna.

HAVELOCK ELLIS

# EL SUPLICIO DEL SILENCIO

NOVELA POR

## FEDERICO SPIELHAGEN

Traducción del alemán de

EDUARDO OVEJERO

---

### CAPITULO VII

El camino que ante los dos amigos se extendía era para Ulrico una tercera parte más largo que para Guido, cuya finca de Salchow lindaba con Seehausen, y entre la cual y el pueblo sólo había dos posesiones, antes de Waldowsche y hoy del municipio. Entre Salchow y Wüstenei extendíanse las tierras de Brandt, Semlow y Pustow, á lo largo del lago.

La carretera que serpeaba entre las diferentes tierras, en invierno en muy mal estado, era ahora magnífica después de los hermosos días de verano, singularmente para los caballos, y en atención á la considerable distancia que tenían que recorrer, los caballeros emprendieron un trote moderado.

—Vuestro Robín es un magnífico caballo y se conserva admirablemente—dijo Guido.

Hacía esta observación siempre que se encontraban á caballo, con lo que, como consecuencia, seguía la conversación obligada sobre sus dos caballos en particular, y luego en general sobre todos. Aquel día no quiso Ulrico proseguir aquel tema. Estaba persuadido de que Guido tenía algo que oprimía su alma, y creía saber lo que era. Cierto, que antes había ne-

gado Guido que amase á Kitti, y en efecto, resistía los notorios avances de la madre y la hija con la mayor discreción. Pero los sentimientos del hombre cambian, y Ulrico temió siempre que su bondadoso amigo cayera en las redes que le tendían. Si no se trataba de esto, ¿qué había ido hacer á Berlín? ¿Con qué objeto estaba ahora en Salchow, en un incómodo alojamiento, escogido indudablemente por su proximidad á Seehausen? ¿Qué significaba la agitación que en su rostro, en sus ademanes y hasta en su discurso se notaba aquel día? ¿Y su repentina afición al vino, que siempre dijo hacerle daño? La cosa era clara: sufría. Una criatura como Kitti, caprichosa, hueca, completamente dominada por su frívola, vanidosa y egoísta madre, sólo podía hacer al bondadoso y débil Guido infinitamente desgraciado. ¡Un hogar desgraciado que añadir al infinito número de los ya existentes! Aquello no debía ser si Ulrico podía impedirlo. Pero lo cierto es que en tales asuntos, aun los más bondadosos se vuelven susceptibles, y al cabo Kitti era hermana de Herta. ¡No parece bien abogar contra un miembro de la familia!

Mientras Ulrico reflexionaba cómo abordar el asunto, dijo Guido repentinamente volviéndose hacia él:

—Decía usted hace poco, que lo había pasado bien en Norderney. Mejor lo hubiera usted pasado, de haber conocido á una dama que estuvo por allí al mismo tiempo que usted.

—No he dejado de conocer alguna—dijo Ulrico con melancólica sonrisa.

—La dama de quien hablo no se confunde con las demás.

Ulrico escuchaba atentamente.

¿Seguiría una pista falsa?

—Por cierto... me pone usted en curiosidad. ¿Puedo saber quién es?

—Antes de decírselo he de hacerle una advertencia. ¿No creerá usted que esa dama me interesa á mí más que como amiga? Naturalmente...

—¡Naturalmente!—repitió Ulrico, riendo, la palabra favo-

rita de su amigo.—¿Según eso, yo no conozco á la dama? ¿Quizá la haya encontrado en Norderney?

—Ella me ha asegurado expresamente que no le ha conocido á usted; usted comprenderá que fué lo primero que pregunté... naturalmente. Hice su conocimiento al ir la última vez de Hannover á Berlín, en el ferrocarril; fuimos todo el tiempo sólos en el vagón. Ella venía directamente de Norderney. Yo mismo me presenté á ella... naturalmente, y entablamos conversación; también hablamos de usted.

—¿Lo que á la dama le interesaría poco?

—¡Sin embargo, sin embargo! Usted sabe que cuando se trata de usted, habló siempre con calor y con elogio. Por lo demás, necesité poco arte. No he conocido aún ninguna dama cuya conversación sea tan interesante.

—¿Por qué?

—Por... por... es difícil de decir, por... no sé cómo expresarme. Es sencillamente encantadora.

Desde el momento que Guido le dijo que había encontrado á la dama en el camino de Hannover á Berlín, el corazón de Ulrico había empezado á latir. ¿Sería posible?

—¿Se acuerda usted, por casualidad, de la fecha en que hizo usted tan adorable conocimiento?

—Exactamente el veintidós de Julio.

El corazón de Ulrico latía hasta ahogarle: el veintiuno había salido Eleonora de Norderney. La primera etapa del viaje debió ser Hannover. Y en Berlín tenía parientes.

—¿Sería indiscreción preguntar su nombre?

Dijo esto en tono tan ronco, que Guido detuvo su caballo.

—¿Quizá vayamos demasiado á prisa? Con este calor se suda. ¿Puedo ofrecerle un poco de cognac? Federico lleva siempre una botella. Calma la temperatura de la sangre, según dice el doctor Baltasar.

¿Era aquello ironía? ¡El corazón de Ulrico clamaba por el nombre, y el hombre hablaba de la temperatura de la sangre!

—¡Gracias! ¿Quiere usted decirme el nombre de la dama?

—No es una dama de posición, como usted se figura: la señorita Eleonora Ritter.

Ulrico casi rió en voz alta; lo esperaba.

—¿Y se separaron ustedes en Berlín?

—En Berlín... naturalmente.

—¿Para siempre? ¿Quiero decir, que no tenía usted la menor esperanza de volver á encontrar á la dama?

Guido reía desconcertado.

—¡Oh! ¡oh!—dijo—grandes esperanzas, y por cierto que comparto mis esperanzas, como usted dice, con otras muchas personas, entre ellas con usted.

—¿Conmigo?

—Como que hubiera usted podido tener el gusto de verla si hubiera usted acompañado esta tarde á su esposa, á quien encontré en el camino al salir de Salchow; la saludé atentamente, pero no me conoció; estábamos algo lejos; no creía que yo estaría por allí, naturalmente. Decía que la hubiera usted visto si hubiera usted acompañado á su esposa á casa de su madre.

La cabeza de Ulrico empezaba á dar vueltas: ¿quería aquel hombre volverle loco?

—No le comprendo—dijo con voz apagada.

—¡Gran Dios, como que es incomprensible—contestó Guido, separando con un latigazo un moscón que zumbaba alrededor de su cabeza; una dama como la señorita Ritter, créame usted, Randow, una princesa! Y ahora, por el cielo, la lengua se resiste á decirlo: señorita de compañía de la generala.

—¡Imposible!—exclamó Ulrico.

—Imposible lo hubiera creído yo también, á no haberlo oído de labios de su señora suegra, que me lo dijo ya en Berlín, y de labios de la señora Becker, que me lo confirmó cuando estuve ayer en Salchow. Ya sabe usted, de una casa á otra se siente crecer la hierba. ¡Gran Dios, creo que son ellas!

Guido no acabó de pronunciar su frase. De un bosquecillo de pinos situado entre los linderos de Salchow y Seehausen, y

por donde sin duda habían atajado, aparecieron dos damas en traje de verano, sin sombrero ni guantes, como las señoras suelen estar en su casa ó en el jardín. La distancia entre ellos y las damas era tan escasa, que el reconocerse unos y otros fué momentáneo y simultáneo. Las damas se habían detenido; un minuto después los caballeros estaban ante ellas con el sombrero en la mano.

—¡Clementina, qué feliz casualidad! Señorita Ritter, ¿cómo está usted? ¿Bien? ¡Naturalmente! ¿Me permite usted que le presente á mi amigo el barón Randow?

—¿Cómo te va, Ulrico? ¿Bien? ¡Naturalmente!—dijo Clementina con su picaresca sonrisa, tendiendo la mano á Ulrico. —Eleonora, has de saber que es mi querido cuñado. Si te das prisa puedes alcanzar á tu mujer, Ulrico; hace diez minutos que se ha separado de nosotras.

—Diez minutos dan mucha ventaja, Clementina—exclamó Guido,—y tu cuñado ha dado hoy ya un buen jabón á Robín. Yo me permitiría proponer otra cosa; si las damas nos lo permiten, acompañarlas un poco hacia su casa.

—Con eso disfrutaremos del polvo de sus caballos.

—¡Federico, Federico!

Guido saltó de la silla y arrojó al criado las bridas de su caballo.

—Así me gusta más—exclamó Clementina.—Ahora, Ulrico, si no quieres ir á buscar á tu mujer...

Ulrico estaba ya en el suelo.

—¡Lleva el Robín entre tu caballo y Víctor, Federico, y pasa la rienda de Víctor por el anillo de Robín! Espera, te ayudaré. ¡Así! ¡Y camina siempre unos cincuenta pasos detrás de nosotros! ¡A su disposición, señoras mías!

Ulrico, mientras Guido y el lacayo ataban los caballos, había tenido el de este último. Clementina y Eleonora estaban á un lado, al borde del camino.

—¡Dios mío, que pálida estás!—susurró Clementina.—¿Te contraría esto?

—¡En lo más mínimo! Me alegro de conocer á tu cuñado.

—Entonces voy á dejarte sola con él el mayor tiempo posible. ¡Conde Guido!

—¿Qué vas á hacer?

—Déjame. ¡Conde Guido!

—¿Señorita Clementina?

—Tengo que hablar con usted cinco minutos. Entretanto estos señores hablarán de lo que han visto en Norderney.

—Usted ve, señorita, que tiene usted que contentarse con escucharme cinco minutos largos—dijo Ulrico dirigiéndose á Eleonora.

—Creo que hará usted que no me lo parezcan—contestó Eleonora con una grave sonrisa.

—¡Basta de cumplimientos!—exclamó Clementina.

El grupo se puso en movimiento; delante, Ulrico y Eleonora; después, Guido y Clementina, la cual retardaba deliberadamente el paso; á una conveniente distancia, el groom con los caballos.

## CAPÍTULO VIII

La combinación de Clementina agradó poco á Guido. Sus malhumorados ojos estaban fijos en las dos figuras de delante de él. Hubiera estado tan á gusto en el puesto de Ulrico, á pesar de comprender que se hubiera encontrado en una terrible perplejidad. ¡Un *tête-a-tête* con ella después de la última escena en casa de la consejera! Cuando propuso el paseo juntos, pensó sólo en una conversación común que le proporcionara el placer de estar en compañía de la adorada joven, sin abordar conversación con ella á solas. No debió caer en esto su acompañante. Así que, después de haber dado algunos pasos, juntos y silenciosos, dijo en tono amable:

—¿Quería usted decirme algo, señorita Clementina?

—Más tarde—dijo ésta, que no tenía nada que comunicarle.

—Primero, dígame usted, ¿desde cuándo está usted en Salchow?

—Desde ayer mañana.

—¿Sabe usted que mamá se enfadará si llega á sus oídos? ¡Desde ayer mañana!... ¿Y puede usted, en diez minutos, estar en casa? Señor caballero, vuestro amor no es muy ardiente.

—¡Ah! ¡Clementina, no me haga usted rabiar!—dijo Guido, en tono de súplica.—Usted sabe, mejor que nadie, lo que hay en ese asunto.

—Yo hasta ahora lo había creído—contestó Clementina, queriendo continuar tratando este tema.—Pero, según parece, en Berlín cantó usted la palinodia en casa de la tía; mamá y Kitti están desde entonces muy entusiasmadas. ¿Y qué tiene usted que hacer en Salchow para no parecer por Seehausen? ¿Ó es que la señora Becker le encadena á usted con sus cabellos rojos? ¡Tenga usted cuidado! Con el señor Becker no se juega.

—No creía que fuera usted tan cruel.

—Hace poco he descubierto en mí ese talento—exclamó Clementina risueña.—No me conocía bien. ¿No le parece á usted que soy otra?

—Realmente, Clementina, apenas la conozco á usted.

—Ni yo á mí. Pues vea usted, todo esto lo ha hecho esa hechicera.

Y señaló con la mano á Eleonora.

—¡La señorita Ritter... naturalmente!

Lo dijo en tono tan raramente oprimido y había acentuado su palabra favorita de un modo tan singular, que Clementina no pudo menos de mirarle. Se había puesto muy encarnado y luego muy pálido. Su labio superior se estremeció bajo el rubio bigote: sus ojos azules despidieron un extraño fulgor.

—¡Ah!—dijo Clementina en voz baja.

Y como él siguiese en silencio, sin ocuparse de ella y acelerando el paso, poniéndole la mano en el brazo, le dijo:

—¡Guido!

Él se detuvo, y miróla fijamente con una sonrisa de desconsuelo.

—Guido, siempre me ha dicho usted que, después de su madre, yo era su mejor amiga en el mundo. ¿Habrá llegado el momento en que me lo pueda usted demostrar?

Desde el instante en que Guido encontró á Ulrico bajo los castaños, su secreto pugnaba por acudir á sus labios; en vano había tratado de hallar en el Champagne fuerzas para hacer su confesión. ¡Era tan fuerte confesarse, á un hombre! Pero á ella, que era como una hermana, podía decírselo.

Y en tono entrañable, refirió cómo la había amado desde el primer momento—así lo parecía á él ahora—y casi antes de que la hubiera conocido en el camino de Berlín, y que se lo confesó todo á Eleonora y le describió su amor como pudo. Y, lo que decía su buena mamá después: Si la dama corresponde á tu descripción, y no lo dudo, es la mujer que he deseado siempre para nuera, y ella le daba su bendición para que fuera á buscarla. Esto fué lo que hizo durante los últimos días en Berlín; pero Eleonora, que por lo demás es la bondad misma, le dijo que su corazón no estaba libre. Clementina podía imaginarse su desesperación. Había querido matarse; pero pensó en su mamá, y siguió viviendo ¡naturalmente! Y ahora comprendería su asombro y su júbilo cuando aquella misma tarde encontró á las señoras en casa de su Excelencia, y supo que Eleonora iría con ellas á Seehausen. En su alegría pudo haber dicho alguna cosa que la generala y Kitti, como ahora comprendía y lamentaba, interpretaron equivocadamente, si bien no negaba que al instante conoció la utilidad de estar en buenas relaciones con ellas. Era en verdad una locura alimentar aún esperanzas. Pero su mamá, cuando supo el mal resultado de su declaración, le dijo:

—En la vida de una muchacha tan hermosa, es difícil encontrar un momento en que su corazón esté completamente libre. La imagen de su último adorador está siempre grabada en

su corazón. El caso es borrarla. Puede costar trabajo, pero cuando se ama de veras, nada cuesta trabajo.

Él no retrocedía ante ninguna dificultad... naturalmente; y por eso se trasladó á Salchow, con grau asombro de los señores Becker, los cuales no sabían lo que allí le llevaba, y, para decir verdad, él tampoco lo sabía.

—Ahora comprenderá usted, Clementina—dijo después de hacer su confesión,—la extraña situación en que me encuentro. Si no voy á Seehausen, tendré que quedarme en Wendelhof. Y si voy, su mamá de usted y Kitti creerán que es con intención de hacer el amor á su hermana de usted. Y este es para mí un pensamiento enojoso... ¡naturalmente! Ahora aconséjeme usted, Clementina. ¿Qué debo hacer?

Clementina había tenido tiempo de persuadirse, mientras le dejaba hablar sin interrumpirle, de que acabaría haciéndole esta pregunta. Que Guido amaba á Eleonora, lo comprendía perfectamente como algo necesario, así como le parecía absurdo que Eleonora le correspondiera. Sin embargo, según Guido hablaba, sentíase, con gran extrañeza suya, inclinada á hacer concesiones por este lado. A pesar de que con frecuencia se reía de él ó se burlaba de sus maneras candorosas, sabía que era un hombre honrado y el mejor corazón del mundo, amante y sediento de amor. Si no, ¿hubiese sido precisamente Eleonora á quien se hubiese dirigido? Y, sin embargo, si alguna persona había que pudiera apreciar á Guido en su verdadero valor, era Eleonora. ¡Pero si su corazón no estaba libre, como Guido decía! Pero ¿no suelen decir esto las mujeres cuando no saben cómo despachar á un pretendiente? ¿O habría hablado en serio, lo que era probable? Entonces también podía tener razón la madre de Guido. En todo caso, era preciso no quitar toda esperanza al pobre hombre, que tan cercano estaba á la desesperación. Cuando acabó Guido su relato, que esta vez por excepción había fluído con claridad de sus labios, ya sabía qué contestación darle.

—Querido Guido—empezó:—le felicito por su elección.

Una muchacha más noble que Eleonora no existe. Puede pasar realmente por una reina.

—¡Lo mismo le he dicho á Ulrico!—exclamó Guido entusiasmado.—Princesa de nacimiento, han sido mis palabras.

—¿Ulrico sabe que la ama usted?

—¡Ni lo más mínimo! Es decir, es mi mejor amigo; ¿cree usted que se lo debo...?

—Creo que no se lo debe usted decir. No tengo experiencia ninguna en estos asuntos. Pero entre ustedes los hombres, creo yo, no son corrientes tales confesiones. Además, ha venido de su viaje muy malhumorado, y quizá no le oyera tan amigablemente como usted espera.

—Es usted un ángel, Clementina—dijo Guido cogiendo su mano y llevándola á sus labios.—Piensa usted en todo. ¿Pero qué me aconseja usted que haga?

—Es difícil aconsejar—contestó Clementina.—Creo solamente que cuando un hombre se declara á una mujer, y ésta le rechaza porque su corazón no es libre, no debe sentir despecho. Usted me ha dicho también que Eleonora se ha mostrado muy amable y bondadosa con usted y le ha ofrecido su amistad. Si así lo ha dicho, así lo siente, porque no sabe hacer frases. Ella será todo lo buena que pueda con usted, y usted no debe pedir más por ahora. Siempre es una aproximación, y cuanto más le trate á usted Eleonora, más ocasión tendrá de estimarle.

—¡Si así fuese!—murmuró Guido.—Usted sabe que yo no tengo idea exagerada de mí. Yo... sí, sí; ya sé lo que quería decir: debo tener valor. Tengo valor; yo haría por ella ¡todo... todo! Pero ¿y la ocasión?

—Hoy no se ha presentado—dijo Clementina,—y no es quizá una desgracia. Es mejor que hoy baste con que se hayan ustedes vuelto á ver y que hayan cambiado unas cuantas palabras de cortesía. Después nos hace usted una visita mañana después de comer; se disculpa usted de no haber podido ir antes, y dice usted que tiene que volver al día siguiente

á Wendelhof. No debe usted estar mucho tiempo; por Kitti.

—¿No se creerá siempre que lo hago por su hermana?

—Tal vez; pero nosotras no podemos remediarlo. Uno de estos días iremos á visitar á su mamá. Yo le avisaré á usted, y usted vendrá. Quizá pueda usted hacer que parezca casual. Si no, el riesgo queda de cuenta suya.

—Lo tomo á mi cargo.

—Bueno; en otra ocasión no habrá que arriesgar nada: el día quince es la fiesta del lago.

—Y entonces será lo más natural del mundo. ¡Dios mío, Clementina, qué buena es usted y qué lista!

—Yo misma me admiro. Parece que cuando como yo no se tiene ocasión de hacer tonterías por cuenta propia, es relativamente fácil ser lista para los demás. Pero ahora vamos un poco de prisa; aquellos dos están ya parados. ¡Cielos, si estamos ya en nuestro jardín! ¿Es posible?

## CAPÍTULO IX

A pesar de que la conversación de Guido le había preparado á Ulrico para una posible entrevista con Eleonora, su repentino encuentro en los linderos del bosque le había desconcertado en el primer momento. Todo su cuerpo temblaba, y no se atrevía á levantar los ojos por temor de descubrirse. Cuando en su imaginación se forjaba un encuentro con ella, y lo hacía muy á menudo, era en forma muy distinta de la presente. Pensaba que siempre se verían solos, y se cogerían del brazo y se jurarían no olvidarse nunca. Ahora eran dos personas extrañas la una á la otra, que debían saludarse cortésmente y cambiar cuatro palabras insignificantes. Y cuando merced á la chistosa ocurrencia de Clementina se vieron solos, era la distancia que los separaba de los otros tan corta al principio, que sólo dijeron algunas palabras indiferentes, sin que el uno

supiese lo que decía ni el otro lo que contestaba. Por fin, aunque los ojos fiscalizadores quedaron atrás, ni siquiera se apretaron las manos, pero la distancia aumentó, de modo que pudieron decirse á media voz:

—Eleonora, ¿me amas todavía?

—Con todo mi corazón.

—Y yo á ti, indescriptiblemente. ¡Ah! He dudado de tu amor. ¿Cómo no había de dudar después de haberte separado de mí y haberme escrito aquella carta de despedida? Y he pasado semanas horribles. Ahora todo lo doy por bien empleado. Sé que tú me amas. No estarías aquí si no me amases.

Eleonora tembló hasta lo más profundo de su alma y sintió algo herido su orgullo. Se imaginaba él que estaba allí deliberadamente; que lo había dispuesto todo para verle. No podía dejarle un momento en tal error.

—No—dijo dulcemente, pero con firmeza;—no es así. Lo que me ha traído aquí ha sido el acaso, un anuncio de un periódico. No tenía la menor idea de tu parentesco con la generala. Creí estar entre personas extrañas, y venir sabe Dios á qué parajes desconocidos; lo demás lo supe después, cuando ya no podía retroceder.

—Es decir, que si hubieras sabido lo que ahora sabes, ¿no hubieras venido?

El doloroso tono en que pronunció estas palabras hirió su corazón; pero así debía ser.

—No—dijo en el mismo tono dulce,—no habría venido.

—¡Ah!—gimió él.

Y después de una corta y angustiosa pausa, durante la cual ella sólo oyó su trabajosa respiración:

—Entonces sólo ha sido un sueño engañoso. He soñado que nos amábamos. Tus dulces palabras, tu suave mirada, los besos de tus labios, el haberte tenido entre mis brazos, ¡todo, todo ha sido un sueño! Mi desesperación por haberte perdido, mi anhelo infinito, todas las noches de terrible insomnio, mis días de soledad y de locura, la amargura que he amasado en

mi corazón y en el corazón de los demás, la dicha delirante de volverte á ver, todo ha sido en vano, ¡todo para nada! ¡Y tú dices aún que me amas!...

Eleonora había dejado estallar la tempestad sobre ella en silencio y temblorosa, llena de amargura. Sentía no haber querido nunca tanto á Ulrico como en aquel momento, y que si éste la hubiera cogido en sus brazos y huído con ella en su caballo, no hubiese puesto la menor resistencia, hubiera sido suya. Y después pensó en la mujer á cuyo lado en el coche aún la parecía estar, sentada enfrente de la niña, con sus grandes, melancólicos y amables ojos.

—Ulrico—dijo con voz palpitante,—óyeme con calma, yo te lo ruego, si no por ti, por mí. Te lo repito. Yo te amo quizá más que nunca. Lo que tú has pasado, lo he pasado yo también; lo que tú has sufrido, no he podido menos de sufrirlo yo misma. Y, sin embargo, te lo repito de nuevo: de haber sabido que te había de encontrar aquí, hubiera huído tan lejos como mis pies me hubieran llevado. Después, cuando estuve aquí, me dije: es la voluntad del destino; ya tendrás ocasión de reparar hasta donde puedas reparar. Y el que es noble y sabe pensar rectamente y que no puede vivir en el deshonor, como no puedes tú hacerlo, él te ayudará. ¡Sí, Ulrico, tú debes ayudarme! Y me ayudarás, aunque ahora estés fuera de ti y me llames traidora. Otros nos deben ayudar también, Clementina. No necesito más que mirar sus facciones espirituales para saber cómo se puede sobrellevar heroicamente una gran pasión. Tu mujer también.

—¡Por el cielo!—exclamó Ulrico, con voz sorda.—¡No la nombres!

—Sí, ella—dijo Eleonora con firmeza;—tengo que hablar de ella. Me había formado de ella una idea equivocada; ahora la conozco. Puede que no baste á llenar las aspiraciones de un hombre espiritual como tú; pero es inteligente y fuerte, y en muchos conceptos, cien veces mejor que yo. Y, Ulrico, ella te ama, te ama con amor sin límites. Ulrico, entre ti y yo se in-

terpondría su cadáver. De ello estoy tan firmemente persuadida como de que vivo. Y tú también lo estás, Ulrico. Te engañas deliberadamente si te quieres persuadir de lo contrario. En el momento de la resolución no podrías hacerlo. ¿Por qué has dejado llegar este momento, en que debemos sentir vergüenza, ó, para salir adelante, cometer un terrible crimen? No tengo que hablarte de tus hijos. Ulrico, no tienes derecho á ser desgraciado con esos hijos.

Calló, porque la emoción la embargaba. Ulrico tardó en contestar, y lo hizo en un tono que la traspasó el corazón.

—Veo que lo tenías todo admirablemente aprendido. Creo que tendrás también la bondad de decirme lo que deseas que haga.

¡Cuánto debía sufrir para hablarla en aquel tono acre y duro! Pero no quería ni debía retroceder.

—Yo no había esperado una pregunta á que tú mismo debes contestar—dijo tristemente.

—¿Por qué no?—dijo en el mismo tono amargo.—¿Por qué no he de dejarme enseñar también en este punto? ¡He aprendido esta noche tantas cosas nuevas!...

—Ulrico, ¿no sientes que me robas lo único, lo último: la fe en ti?

Rió irónicamente, y dijo:

—¿Por qué no, si todo lo demás se ha perdido?

—Entonces hoy será la última vez que nos veamos. Voy á deshacer mi compromiso de la manera más hábil que pueda. Tu mujer me ha rogado que os visite. La dije que sí, en la segura esperanza de que tú me comprenderías y me ayudarías como amigo. Pero ya que tú no quieres serlo...

—En efecto. Se invita al amor y luego se pone delante un plato de amistad.

—Hay hombres, sin embargo, que se enorgullecen con mi amistad.

—Por ejemplo, vuestro compañero de viaje de Hannover. No ha encontrado aún ninguna dama que le haya entretenido

tanto. Es maravilloso... sencillamente maravilloso... *Naturalmente.*

—Siempre es agradable para una dama encontrar un caballero.

—Cerramos esta agradable conversación con una manifiesta ofensa.

—Si alguno de los dos tiene derecho á sentirse ofendido, soy yo.

—¿Qué otra cosa puede esperarse de la conversación con quien, sin duda alguna, no es un caballero?...

—¡Basta!

Eleonora se detuvo, y, volviéndose de pronto, hizo seña á Clementina y Guido con su pañuelo. Su respiración era anhelante, su fina nariz palpitaba de cólera. ¡Para esto tantas lágrimas!... ¡Jamás volvería á derramar una sola!

Él estaba unos pasos separado de ella, mirándola con ojos fijos y ardientes, deseando que la mirada pudiera matar, y á la vez lleno del deseo delirante de abrazarla delante de los que se acercaban y cubrir su orgullosa boca de besos.

—¡Dios mío!—exclamó Clementina llegando jadeante.—¡Cómo han corrido ustedes! ¡Debe haber sido una conversación interesante! Ni una vez tan sólo han vuelto ustedes la cabeza.

—Sí, verdaderamente—dijo Guido,—ni una sola vez. Clementina estaba desesperada. ¡De mí no hay que decir... naturalmente!

—¡Ingrato!—exclamó Clementina.—¿No le he entretenido á usted?

—¡Mucho!—exclamó Guido con vehemencia.—Pero eso no quita para que yo sienta no haber podido disfrutar de la compañía de esta señorita.

Se había vuelto á Eleonora, que se disponía á contestar con un cumplido.

—¡Mañana se desquitará usted!—dijo Clementina.—El conde nos ha prometido visitarnos mañana por la tarde. ¿Por qué no vienes tú también, Ulrico?

—Temo no tener tiempo mañana—contestó Ulrico.

—¡Entonces, otro día! Conque, Eleonora, vámonos á casa, que buena reprimenda nos van á echar. Hasta la vista.

Dió la mano á Ulrico y á Guido. Guido se despidió de Eleonora con una profunda reverencia y con un amistoso apretón de manos. Clementina notó que Eleonora y Ulrico se contentaron con una ligera inclinación de cabeza.

## CAPÍTULO X

La puerta del jardín rechinó sobre sus goznes después que hubieron pasado las damas. Federico esperaba con los caballos. Los caballeros montaron, y tomaron en dirección contraria de la que habían traído. El último reflejo de la moribunda tarde había casi desaparecido; sin embargo, aun había suficiente claridad para poder distinguir el camino sin esfuerzo. Así, pues, en pocos minutos llegaron al bosque en los linderos de Salchow, donde encontraron á las damas.

—Y ahora, ¿qué dice usted?—exclamó Guido rompiendo repentinamente el silencio que hasta allí había reinado.—¿Había yo dicho demasiado?

—¿Qué es lo que usted había dicho?—repuso Ulrico despertando bruscamente de sus iracundas meditaciones.

—¿Cómo puede usted preguntarlo? Que si se puede comparar Eleonora con las demás mujeres.

—¡Eleonora! ¡Hombre! ¡Eso suena ya á mucha confianza!

—¡Perdón! Ha sido inadvertencia. He querido decir la señorita Ritter.

—¡No se moleste usted! ¡Tratándose de una antigua amiga! Diga usted francamente que la adora.

—¡Yo adorar á la señorita Ritter!—exclamó Guido con una sonrisa desconcertada.—¿Cómo se le ocurre á usted, por Dios, semejante cosa?

—Como se le ocurriría á cualquiera que se tomase el tra-

bajo de coordinar ciertos detalles. Por ejemplo: su encuentro con una dama en un día determinado, cuya fecha conserva usted exactamente en la memoria; largas horas de agradable conversación—¡y vaya si sabe conversar... *sapristi!*—Por último, aparición de la dama en el campo, dejo á un lado si casual ó deliberadamente. En todo caso, usted es el primero que lo sabe y hace usted uso de esta ciencia, como lo prueba su presencia en Salchow. Ahora bien: algo tímido anda usted, me parece. Ha desperdiciado usted dos días preciosísimos. Por cierto, que con mi señora suegra no se juega, y Kitti se toma la mano si se la da el dedo. Al otro lado; el que no se arriesga no pasa la mar. Y con esto, basta por hoy. Que aproveche el consejo. Buenas noches.

Habían salido del bosque, llegando á un sitio en que del camino real partía un estrecho ramal que conducía á Salchow. Antes de que Guido, asombrado y aun asustado del extraño discurso de su amigo, hubiera podido contestar una palabra, había éste picado espuelas á su Robín y desaparecido en la oscuridad de la noche. Le hubiera seguido de buena gana; pero Víctor estaba cansado, y no era un caballo muy veloz. Además, ¿á qué fin? Ulrico quería estar solo: bien claro se veía.

Ulrico quería estar solo; no hubiera podido soportar un minuto más la compañía de aquel hombre, á quien, por otra parte, tanto quería. Lo que él decía y como él decía: Guido tiene derecho á darse por ofendido. Quizá mañana me pida una explicación. Le era igual. Ahora le era todo igual. Y no había duda. Ó Guido no era Guido, ó su blando corazón estaba cautivo. ¡Y Clementina era su confidente; había hablado cinco minutos con ella! Resultado: la visita arreglada para mañana, y así sucesivamente. ¿Y ella? ¡Santo cielo! ¿Ella? ¡La señora condesa Wendelin! Aquello sonaba bien. Naturalmente, había que despachar antes al antiguo adorador! Nada más fácil. Se le daba el pasaporte, bajo el pretexto de que estaba ligado á su mujer y á sus hijos. Señora mía, eso ya lo sabía usted en

Norderney. ¿Pero qué no se haría por distraer el aburrimiento? Sale uno á cazar liebres; una de vosotras da principio á una pequeña *flirtation* con el primero que encuentra en el camino. Esto no compromete á nada, absolutamente á nada. Con hablar á su debido tiempo y hablar elocuentemente, del deber... Y yo, loco sobre todos los locos, la he amado. ¡Quieto, Robín, ve al paso! No merece que nos rompamos la cabeza por ella. Y para llegar á casa siempre hay tiempo.

Era completamente de noche cuando Ulrico, con su Robín mortalmente fatigado, entró en su finca. Herta, que ya estaba en casa desde hacía una hora, se había sentado, puesto que parecía en vano esperar, con mademoiselle Didot, á la mesa del té, cuando oyó en el patio la voz de Ulrico, que hablaba con Pasedag. Mademoiselle, que alargaba á Herta una taza de té, notó que ésta, que ya había vuelto muy pálida de su excursión, se ponía más pálida, y la taza vacilaba en sus manos. La señora se había recostado en el sillón, en la idea de que el señor barón entraría á saludarla. Pero los pasos del señor barón sonaron en el vestíbulo en dirección á su cuarto. Madame siguió en la misma postura, con los ojos medio cerrados, sin moverse. Mademoiselle tampoco se movía, y contemplaba la columna de humo que salía de la tetera, cuya tapa se estremecía de cuando en cuando. Era éste el único ruido que se escuchaba, si se exceptúa el tic-tac del péndulo de encima de la chimenea.

Así transcurrieron diez minutos. Después la señora rogó, con voz apagada, á mademoiselle que tocase el timbre. Apareció Juan, que recibió el encargo de decir al señor barón que la señora baronesa le esperaba para tomar el té.

Un minuto después volvió Juan: el señor barón rogaba á la señora baronesa que no le esperase. El señor barón se sentía algo indispuesto, á causa del calor, y quería descansar.

La señora dijo:

—Está bien, Juan.

Permaneció recostada sin tomar el té, que se enfrió entre-

tanto. Como mademoiselle preguntaba si la señora quería que le dispusiese una segunda taza, no obtuvo contestación. Así, pues, mademoiselle optó por beberse en silencio su té, ya frío, y comerse con igual silencio, como sus dientes le permitieron, una empanada. Mademoiselle no tenía ninguna debilidad por la señora; pero como la echase de cuando en cuando una ojeada, y viera que cada vez estaba más pálida y su cabeza caía de un lado á otro, le dió compasión y la preguntó si se sentía mal y podía hacer algo para aliviarla.

Ninguna de las dos preguntas obtuvo contestación. Levantóse mademoiselle y se dirigió al cuarto de la señora, donde sabía que tenía un frasco de sales inglesas.

Mademoiselle tardaría en esta operación, á lo más, tres minutos. Asustóse, por consiguiente, cuando al volver encontró el sillón vacío, y creció su espanto al verla caída de espaldas en medio de la habitación, y sin movimiento. Al punto pensó que la señora había muerto, lo que le pareció comprensible. Mas no era así; la señora volvió de su desmayo unos minutos después, cuando sintió el frasco de sales en su nariz, y levantóse con ayuda de mademoiselle.

Mademoiselle sentía gran respeto por la firmeza de carácter de la señora. Pero le pareció muy mal que la señora rechazase su ayuda, diciendo con voz ronca, pero tranquila, que quería acostarse.

—Haga usted el favor de terminar su té sola. Vaya usted luego á ver á Lilí. Tenía algo de destemplanza. Otra cosa. No diga usted nada de esto al barón. Sería molestarle inútilmente. Ya me ha pasado otras veces. ¡Esto no es nada!

## CAPÍTULO XI

No pequeño fué el asombro de Clementina cuando Eleonora, mientras cruzaba el jardín apresuradamente, en vez de prorrumpir en espirituales elogios sobre Ulrico, primero caminó

junto á ella en silencio, y después á su pregunta directa: «¿Qué te ha parecido mi cuñado? ¿Verdad que es el hombre más simpático que existe?», sólo contestó con cortas y evasivas palabras. En su idolátrica adoración por Ulrico, ella sólo se explicaba esta conducta del siguiente modo: la impresión que había hecho sobre Eleonora era la más honda posible; se había enamorado de él perdidamente. Se hubiera reído buenamente del caso, pero el asunto tenía su lado serio. Ella podía amar sin esperanza, no importaba nada, no tenía ningún derecho á los goces de la vida. Pero Eleonora ya era distinto. Aquello podía acarrear una gran desgracia, y no sólo para Eleonora. Ulrico no era feliz en su matrimonio; nadie lo sabía mejor que ella; y si había una persona hecha para él, era Eleonora. Y de esta desgracia había puesto ella la primera piedra, al preparar su entrevista con un ardid de que se había regocijado. Entretanto, Guido... sí, ¡justamente! Aquello era al menos una solución: Eleonora debía casarse con Guido. Quería hablarla en su favor; pintarle con los mejores colores. Quizá ella volviera al fin sus orgullosos ojos de Ulrico á Guido, el cual era digno de ser amado, y todo auguraba que la haría feliz.

Estos pensamientos ocupaban á Eleonora, mientras la mamá, que muy á las claras significaba estar de buen humor, llevaba casi exclusivamente la palabra. El conde Guido estaba desde ayer mañana en Salwoch y no había ido por allí; no tenía disculpa, y debía llevar mañana, cuando viniera, una buena reprimenda. Su acostumbrada timidez, naturalmente. ¡Pero le sentaba tan bien...! Sin ella no hubiera sido el simpático caballero que llevaba la palma entre todos los demás. Por supuesto, la visita á la condesa su madre debía aplazarse hasta que él pudiera ser de la partida; propósito con el cual Kitti no estaba muy conforme. No se debía perdonar á los jóvenes; ya eran ellos de suyo bastante arrogantes.

En su locuacidad, la mamá no quería darse cuenta del silencio de Eleonora; mas para Clementina fué un funesto presagio, que confirmó sus sospechas. Sus sospechas, que linda-

ron con la certidumbre cuando Eleonora, al subir á su cuarto, se separó de ella, prescindiendo de su habitual hora de charla, sin darla un beso siquiera y sin un mecánico «¡buenas noches!»

Para Eleonora, aquella noche fué mala. ¡Ni siquiera pudo pensar en dormir! Siempre estaba él ante sus ojos, el hombre adorado, con su bello y noble rostro alterado por la desesperación. ¿Y no tenía derecho para mostrarse colérico y desesperado? Él pedía de ella un imposible. Pero, ¡gran Dios! al fin era un hombre, y la amaba. ¿Había de conformarse con su suerte? ¿Lo habría hecho si la amaba? ¿Y debía ella, que estaba preparada para su explosión, haber contestado á su cólera con la cólera, á su amargura con amarguras, á sus ofensas con ofensas? ¿Decirle que no era un caballero? ¿Quién lo era, pues? ¿Había de haber reído, mientras ella arrojaba su corazón al polvo del camino? No él, ella era la mezquina, la miserable; desde aquella hora tenía derecho para despreciarla.

¿Pero podría hacerlo? Quizá fuese lo mejor para él. Entonces borraría de su corazón su recuerdo, y escribiría en él el nombre de su mujer ú otro nombre cualquiera. Y ella seguiría su camino, su solitario camino, cada vez más oscuro.

Luego una cosa era para ella inmutable: estrella única, fija, despiadada. Podía ser su esposa; pero su amante, nunca.

¡Así, pues, huir, huir!

¿Pero cómo? Necesitaba un pretexto. ¿Fingirse enferma? ¿Decir que sentía no poder prolongar una situación tan agradable? ¿O escribir á su tía rogándola que reclamase su asistencia para una supuesta enfermedad de Tila? ¿O casarse con Guido? ¿Por qué no? ¡Era un buen jinete, y á ella le gustaba tanto montar á caballo! Era lo mejor. Él era noble; ella, no. ¿Pero qué importaba? Él, la bondad misma; ella, caprichosa; él, modesto; ella, llena de pretensiones. ¿Podía darse una pareja más adecuada? O si no condesa... bohemia—nihilista—compañera de Vera Borikin, camarada de su hermano. Su carta de Zurich había sido una insolencia, y no había querido con-

testarle. ¡Qué bobada! Con un hombre tan espiritual no se debe reparar en detalles. ¿A qué venía tomar la cosa tan en serio? ¿Y qué resultado le había dado? Señorita de compañía de una dama intrigante, de buenas tragaderas, y de la muñeca de su hija con su estúpida sonrisa de coqueta. Pero las cadenas de oro no pesan. Y si pesan, se rompen. Era la moda del día. ¿Por qué no aceptar la moda? Y las modas son sólo para la juventud y la belleza. Cuando se es vieja y fea, no se preocupa una de la moda, ni la moda de una. Así, pues, condesa ó bohemia. Lo echaría á suertes.

Estos pensamientos atormentaban su corazón y entenebrecían su frente. Y después sentábase en la cama, y derramaba ardientes lágrimas por el que quería que la hubiera hecho feliz, y que ahora era tan desgraciado como ella.

Sólo al rayar el alba cayó en un sueño de plomo, profundo. Cuando despertó era claro día; Clementina estaba al borde de su cama y tenía cogidas sus manos.

—Te hubiera dejado dormir más tiempo, querida. No debes haber pasado buena noche; te he oído dar vueltas mucho tiempo. Pero son las diez, y dentro de una hora debemos partir. ¿Dónde? Figúrate: hoy por la mañana, temprano, hemos recibido una carta de la condesa, invitándonos á comer á las cuatro. Confiando en nuestro asentimiento, mandará su coche á las doce, para que las cuatro damas, ¿oyes, querida? ¡las cuatro damas! vayan más á gusto que en el cabriolé de mamá, muy elegante, pero muy pequeño. Qué atención, ¿verdad? Después, una hora más tarde, un billete del conde Guido, solicitando el favor de acompañar á caballo á las damas á Wendelstein, y se permite venir á buscarlas á las doce en punto. Será puntual. El tiempo es magnífico; el camino, en su segunda mitad al menos, muy hermoso. El castillo Wendelstein y el parque, ¡digo! Tú has crecido en el castillo de un príncipe; pero más hermoso que éste no sería. Y la condesa, no conozco una vieja más encantadora; y como ves, ha pensado en ti especialmente; de lo contrario, no enviaría el landó.

¿Verdad, querida, que vendrás con nosotras? ¡Yo te lo suplico, por mí!

—¿Quién dice que yo no quiera ir?—preguntó Eleonora.

Clementina se puso ligeramente encarnada.

—No, yo creía... Como has pasado tan mala noche—contestó Clementina turbada.

Eleonora levantó la cabeza, que tenía apoyada en el brazo, separó á Clementina el revuelto cabello de la frente, y la miró con ojos investigadores.

—Pequeña, ¿te ha hecho el conde ayer alguna confidencia?

Clementina se puso roja hasta las sienes; pareció desconcertada un momento como si hubiera leído la verdad Eleonora en sus ojos, y por fin dijo valerosamente:

—Sí, me lo ha contado todo.

—¿Y crees ahora que debo aceptar la invitación de su madre?

—Indudablemente. Desde el momento que no puedes hacerle feliz, ya no arriesgas nada. Y si acaso, ¡ah, querida mía, es un hombre bonísimo y te ama atrozmente, y si acaso pudieses hacerle feliz!

Se arrojó en brazos de Eleonora.

—Eres una loca—dijo ésta desasiéndose dulcemente.—Y ahora déjame para que pueda ponerme guapa.

## CAPITULO XII

A la hora anunciada, en punto, esperaba el coche de la condesa á la puerta de la casa con el conde á caballo. El coche era abierto, forrado de seda plata en su interior, tirado por cuatro magníficas jacas blancas, en que montaban dos jockeys de librea. El conde Guido saltó de su caballo, reluciente como si le hubieran barnizado, y subió presuroso los escalones del pórtico, donde ya las damas salían á su encuentro. Besó la mano á la generala, estrechó las de las demás señoritas, y em-

pezó á dar una disculpa, que la generala cortó. ¡Haber estado dos días en Salchow sin ir á Seehausen! ¡No tenía disculpa! Y si le perdonaba, era en gracia á su querida mamá, la cual merecía también una reprimenda. ¿Por qué enviar el coche? Pero de casa de la señora condesa siempre se sale colmado de favores. Hacía tiempo que lo sabía.

La generala estaba de humor de rosas. La presencia de Guido en Salchow, completamente inmotivada; la repentina invitación de la condesa; el envío del coche de gala, del que sólo se servía la condesa en las grandes solemnidades, todo aquello no podía tener más que una explicación.

La diplomacia le aconsejaba disimular la alegría más natural.

Kitti ya era otra cosa. Una joven cuya mano van á pedir, no puede hacer que no se entera. Sólo debe ser la rosa de la zarza que se coge entre espinas, ó la flor del loto, que aguarda silenciosa la noche con la cabeza inclinada. Las dos son seductoras: del carácter del novio depende cuál de estas dos actitudes se ha de tomar. La generala y Kitti, después de una corta, pero sustanciosa conferencia, tenida con motivo de la invitación, decidieron que en este caso convenía ser la flor del loto. Había suministrado Guido una estupenda prueba de su infantil timidez. No allanarle á él el camino, equivalía á hacerle desistir de su propósito.

Así, pues, querida mía, me permito aconsejarte que te muestres un tanto apesadumbrada, y de cuando en cuando una mirada la más ardiente posible, y en seguida al suelo los ojos. ¿Comprendes?

Kitti declaró haber comprendido á su querida mamá completamente, y era también preciso, conforme á las instrucciones recibidas, que saliera al vestíbulo á recibir á Guido, lo cual fué observado con no poco regocijo de Clementina, que lanzó á Eleonora una picaresca mirada con el rabillo del ojo, á que contestó ésta con una sonrisa de aburrimiento.

Los abrigos para la vuelta fueron colocados en un lugar conveniente del coche; las damas tomaron asiento con ayuda

de Guido; los criados y lacayos saltaron al pescante, Guido y el groom montaron á caballo. El viaje comenzó.

Una excursión deliciosa en el muelle y cómodo coche por la suave carretera á través de los campos en que se hacían las faenas del estío y parecían como dormidos por el sol ardiente; por praderas en que se divisaban cigüeñas que parecían pensar en su viaje de retorno; por bosques, cuyas hojas empezaban á colorear, mientras que por la derecha, más ó menos próximo, se alcanzaba á ver el lago, cuyas tranquilas aguas relucían como un escudo bruñido. Después alcanzaron la punta Noroeste del lago, y llegaron, como Guido declaró acercándose al coche, de la finca de Brandt á la de Randow. El camino acercábase primero, cada vez más, á la finca de Ulrico por el patio de la casa, y seguía después un gran trecho á lo largo de la verja de un jardín en forma de parque, cuya arboleda dejaba de cuando en cuando ver la parte trasera de la casa. Se llamó la atención de Eleonora, que recorría por primera vez el camino. Hizo un movimiento mudo por toda contestación. ¡Aquella era su casa! Allí se desarrollaba su vida. Los niños que se divisaban en la terraza vestidos de blanco, eran sus hijos... de la mujer á quien él no amaba. Y ella, á quien él amaba, pasaba por allí por la polvorienta carretera sin que él lo sospechase, á cien pasos de él, que hubiera peregrinado cien leguas descalzo por verla otra vez. Y el día anterior habían solemnizado su despedida con malas palabras y se habían separado iracundos.

—¡Conde de Guido!—exclamó la generala.

—¡Señora!—contestó Guido, acercándose al coche, que entonces iba al paso.

—Se me ocurre que podía usted invitar á Herta y á Ulrico, ó por lo menos á Ulrico, esta tarde á que fueran una hora á Wendelstein.

—Lo haría con el mayor gusto... ya lo hubiera hecho; pero, francamente, Ulrico estaba ayer tan malhumorado, tan... quieto, Víctor... raro conmigo... que no me he atrevido.

—Sí, sí; es mejor que se queden donde están. Herta pasó

ayer mal día. Es muy molesto para personas de temperamento alegre como el mío rodearse de gente melancólica é hipocondríaca. Sí, sí, querida Kitti, lo digo por ti. ¿Dónde está tu risa? Le aseguro á usted, conde, que esta niña, desde hace poco tiempo, parece otra.

—¡Pero, mamá de mi corazón!...

—¡Bah, bah! ¡Me falta la paciencia contigo! Querido conde, haga usted el favor de ayudarme á enderezar á esta niña. A usted es al único que hace caso.

—No faltaría más señora...

Guido se alegró de no poder acabar la frase. Los cascos de los primeros caballos del coche golpearon el estrecho puente que al final del parque de Wustenei pendía sobre el riachuelo en que las aguas del lago vertían en el mar por el Norte. Con este avance del coche pareció natural que se quedase atrás. ¡Oh! Si ella sola no... no.. esto le hubiera puesto en cruel perplejidad. Pero si estuviera solamente con la buena y amable Clementina ó hubieran venido las dos en un coche... ¡Gran Dios! No se hubiera separado de ella. La generala estaba aquel día terible con sus amabilidades. La hubiera mandado al infierno. Y Kitti, con sus melancólicas miraditas y su sonrisa de sufrimiento... ¿Qué iba á ser aquello? Las dos creían indudablemente que la invitación era para ellas. Él se lo había anunciado á su mamá. Pero su mamá había dicho: ¡Déjame hacer, hijo mío! La mamá era infinitamente sagaz, naturalmente. Pero, ¿qué podía hacer ella? Y, ante todo, ¿sospechababa Eleonora de qué se trataba en realidad? Ella, de ordinario alegre, parecía hoy tan seria... Que su madre diría en cuanto la viera: sí, hijo mío, ésta ó ninguna; no tenía la menor duda. Pero, ¿qué se conseguía con esto? Su corazón pertenecía á otro, de Inglaterra, naturalmente. ¡Hay allí tanto joven *fashionable*!... Mozos de seis pies, con ojos claros y atrevidos y músculos de acero. No se asustaban ni del diablo. Esto impone á las muchachas. Pero su mamá tenía razón: Entonces, ¿por qué ha vuelto á Alemania? ¡Valor, valor, hijo mío!

Y mientras Guido repetía las palabras de consuelo de su madre, notó que la cincha de su caballo empezaba á soltarse. Llamó á Federico para que la sujetase. La detención le vino de perilla. Así se aumentaría la distancia entre él y el coche.

—¡Dios del cielo! No había yo pensado en esto. ¡Pues no manda parar! Tiene el diablo en el cuerpo. Así, así, Federico. Ahora monta, y otra vez ten cuidado de ensillar mejor. ¡*Grands Dieux!* Ahora me hace señas con el pañuelo. ¡Terrible mujer! Ya voy, señora, ya voy.

Y Guido saltó otra vez á la silla y sacó á Víctor á galope.

Tras de Wüstenci tuvieron que pasar unas cuantas fincas, cuyas viviendas estaban bastante lejos. Después entraron en los dominios de Wendelin, lo que la generala no dejó de hacer notar á Eleonora, añadiendo que por allí se tardaba sólo una hora, mientras que yendo en otra dirección, hora y media, cosa que Eleonora no dudó en modo alguno, á pesar de lo cual, Guido, que se había acercado al coche, hubo de confirmarlo. Lamentaba no poder enseñar á las damas Wendelhof, su residencia, que estaba detrás del bosque.

El paisaje tomó otro aspecto. El terreno, llano hasta allí, estaba cortado por colinas, que se sucedían en largas cadenas. Residuos de las dunas, como explicó Guido, que dejó el mar, que en otro tiempo llegaba hasta aquí. Entre las colinas había campiña, en las que se veían los árboles y arbustos de los caseríos. Las colinas estaban cubiertas de bajo arbolado y de coníferas. Después un bosque, en que los pinos crecían apretados y altos, mientras el suelo, que se dejaba ver entre los claros de los árboles, estaba cubierto de musgo y de vegetación baja. En la misma carretera crecía la hierba de tal modo, que no se veía la huella de las ruedas. A ello contribuía también que estaba poco transitado, por conducir sólo al palacio de los Wendelin, mientras que la carretera general torcía á la derecha, frente á Wendelhof, formando arco con el bosque.

—Un poco de paciencia, señoras, y ya llegamos—exclamó Guido.

Cinco minutos después:

—Con el permiso de ustedes, señoras, voy á adelantarme para anunciar su llegada.

Como la estrechez del camino no permitía pasar delante del coche, tuvo que cabalgar por el bosque, que ofrecía un pequeño claro; del bosque pasó otra vez al camino, delante del coche, y salió al galope, mientras el groom se mantenía en el conveniente alejamiento detrás del *equipaje*.

—¿Verdad que es un hombre encantador?—exclamó la generala dirigiéndose á Eleonora.

Ya le había dirigido esta pregunta durante el camino lo menos media docena de veces. Esta vez tuvo por suficiente responder con una sonrisa de cortesía.

También la generala, que durante las dos horas de viaje había hablado casi incesantemente, cayó de pronto en silencio, y sumióse en la contemplación de su hija favorita. Kitti respondió á la tierna mirada investigadora de su madre con un coquetón mohín de burla de su boquita roja. Ella estaba segura de su triunfo. Y no era nada bonito que su mamá dudase de un resultado que sólo dependía de su voluntad. El esbelto Treskow la había hecho ardientemente la corte el invierno pasado, y también últimamente en el baile de corte; pero era más pobre que una rata, y tenía más deuda que un Mayor. No había caso.

El bosque se separaba. Entre y sobre el boscaje de una gran posesión en forma de parque, surgió de pronto el palacio Wendelstein. Las ruedas del coche rechinaron en la grava de un camino de caracol ancho y bien cuidado que conducía al edificio. Los postillones pusieron las jacas al trote y pararon con maestría en lo alto de la rampa, ante la puerta del palacio, abierta de par en par, en cuyo dintel estaba Guido con el sombrero en la mano para ayudar á subir á las damas.

# CONCEPTO Y DEFINICIÓN DEL DELITO

## SEGÚN LA FILOSOFÍA EVOLUCIONISTA

La biología ha cimentado nuevos sistemas filosóficos, señalando el sitio del hombre en la evolución filogenética, demostrando el determinismo de su actividad psicológica, describiendo las normas que rigen la lucha por la vida y la asociación para la lucha dentro de la especie humana. Ha señalado, por fin, las bases naturales de los fenómenos sociológicos.

La ética y el derecho han sufrido, también ellos, esa benéfica influencia de la filosofía biológica evolucionista.

Los cánones de la ley y de la moral no son absolutos ni inviolables. En su carácter de fenómenos naturales, varían y se transforman, obedeciendo al enmarañado determinismo de la evolución social. Pero en cada ambiente y en cada momento histórico existe un criterio moral medio que sanciona como buenos ó malos, como honestos ó delictuosos, como permitidos ó inadmisibles, los actos de la conducta individual que son útiles ó perjudiciales á la estática y al progreso del agregado social: ese criterio medio es el cimiento básico de la moral, variable en el tiempo y en el espacio.

La ética es el cartabón de la conducta individual en la lucha por la vida, la norma que la sociedad fija á los actos de cada individuo para impedirle obstar al desenvolvimiento de los demás: es el programa condicional con que cada uno entra á luchar en el escenario multiforme de la sociedad. Estas restricciones condicionales tienden, más tarde, á reflejarse en las instituciones jurídicas: *la legislación penal es la garantía re-*

*cíproca de los derechos fundamentales del individuo en la lucha por la existencia.*

La moral no es anterior á la vida en sociedad, ni se conciben preceptos éticos abstractos y superiores que primen sobre la utilidad colectiva de cada agregado humano; solamente la pequeñez de nuestro espíritu, frente al espacio y al tiempo infinitos, podría inducirnos en el error de suponer que existen principios morales eternos é inmutables.

El bien y el mal, la virtud y el vicio, la honradez y el crimen, aplicados á la calificación de un acto aislado ó de una conducta permanente, son conceptos efímeros, provisorios. La evolución de los agregados sociales los deforma y subvierte, cada vez que la utilidad colectiva lo exige, cada vez que los intereses biológicos de la especie lo requieren.

El hombre no es un aerolito caído sobre el planeta por capricho de fuerzas sobrenaturales; es una complicada manifestación de la vida, como ésta lo es de la materia y de la energía universal. El hombre es un ser viviente, nada más; la vida asume en él manifestaciones intrincadas hasta lo infinito, pero sin escapar á las leyes comunes de la biología y al principio general de la lucha por la existencia. Lo mismo que los demás seres vivientes, tiene que satisfacer necesidades elementales é indispensables: la conservación del individuo y la reproducción de la especie. La humanidad, considerada como un grupo biológico, no tiene misión alguna que desempeñar en el universo, como no la tienen los peces ó la mala hierba; esa falta de finalidad excluye la existencia de principios morales apriorístas. El resorte que pone en juego la actividad social del hombre—su conducta—es la suma de sus necesidades; la conciencia de éstas—sometida á un determinismo riguroso—es el móvil ineludible de toda acción individual ó colectiva.

Las condiciones propias del progreso humano desarrollan, en verdad, algunos elementos esenciales en la lucha por la vida, entre los cuales prima la necesidad de producir los medios de subsistencia; pero este desenvolvimiento—que pued

considerarse característico de la especie animal á que pertenecemos—sólo es una forma superior, muy evolucionada, de la tendencia á satisfacer necesidades fundamentales, comunes á todos los seres vivos. La esencia de los factores económicos está constituída por las necesidades puramente biológicas del hombre, considerado como una de tantas ramas de la polimorfa evolución filogenética.

El carácter instable del derecho penal es ya noción corriente entre los criminologistas desligados de todo preconcepto misoneísta; su mejor prueba es el vasto movimiento en que están empeñados los penalistas de todas las escuelas, tendiente á reformar los criterios fundamentales de la legislación penal y los medios prácticos de la represión misma. Un acto no es honesto ni delictuoso en sí mismo, como tampoco es moral ni inmoral: su carácter es relativo al medio en que se produce. Cuando las condiciones de la lucha por la vida entre los hombres se transforman, modifícase el carácter de ciertos medios de lucha y varía su interpretación ante la conciencia social de cada momento histórico, modificándose también su calificación en la ley escrita.

Pero siempre y en toda época las leyes tienden á ser el exponente del criterio moral medio, procurando garantizar á todos los individuos el derecho de vivir y reproducirse dentro de las ineludibles exigencias biológicas de la lucha por la vida. Ante ese concepto general, fundado en una filosofía naturalista de la vida humana, el delito se nos presenta como un medio anormal de la lucha por la vida, como una extralimitación que amengua la vida ajena directamente, ó la compromete indirectamente, sustrayendo los medios necesarios para su conservación.

Esa es la característica bio-sociológica de todos los actos delictuosos, más perceptible en sus dos fenómenos fundamentales: delito contra la persona y delito contra la propiedad. Esas premisas nos inducen á formular una definición del delito arraigada en bases biológicas y conforme á su carácter re-

lativo y contingente: *el delito es una transgresión de las limitaciones impuestas por la colectividad al individuo en la lucha por la vida, y lesiona, directa ó indirectamente, el ajeno derecho á la existencia, cuyas normas establece la ética social en determinadas circunstancias de tiempo, modo y lugar.*

## II

Esta definición biológico-sociológica del delito indica el criterio con que pueden fijarse los límites entre el *delito natural* y el *delito legal,* no bien establecidos por los criminologistas.

Se admite que el uno y el otro difieren entre sí, aceptándose también que el delito legal tiende á concomitar con el delito natural. Podemos precisar los términos del problema diciendo que el primero es correlativo á la ley escrita y el otro á la moral social, siendo ambas variables y contingentes.

El estudio de las manifestaciones antisociales que escapan á la sanción de la ley, no obstante ser nocivas á la colectividad social, nos muestra una zona vastísima de delincuentes naturales que no son delincuentes legales.

Gravita sobre ellos el peso de la sanción moral sin que la ley los sindique ó reprima; constituyen en su mayor parte «la mala vida», nombre con que la han consagrado varios criminologistas.

Diremos, pues, que hay «mala acción» ó «mala vida» (delincuencia natural), toda vez que un acto aislado ó una línea de conducta permanente son antisociales con respecto al criterio ético del ambiente en que se producen. Y diremos que, *strictu sensu,* hay «delito» y «criminalidad» (delincuencia legal) cuando el acto ó la conducta tiene una calificación en las leyes penales vigentes. En suma: la mala vida implica la inadaptación moral de la conducta, y la criminalidad requiere su inadaptación legal.

## III

Los antisociales, huelga explicarlo, son más numerosos que los delincuentes legales. Pero así como entre éstos los hay por temperamento ó por hábito, y al mismo tiempo accidentales—que los positivistas italianos llaman criminaloides y ocasionales, —encontramos sujetos cuya conducta antisocial es consuetudinaria y constituye su sistema permanente de la lucha por la vida, al lado de otros cuya conducta oscila por acaso hasta acciones antisociales que se engolfan en la inmoralidad y en la malvivencia. Son *las fronteras del delito,* comparables á las fronteras de la locura.

En los últimos cincuenta años florecieron estudios de psicopatología no sospechados por los clínicos empiristas de antaño. Entre el hombre normal y el loco, describiéronse innumerables anormales y desequilibrados, fluctuando desde el genio hasta el delincuente, desde el místico hasta el avaro. Casi todos los individuos que en la lucha por la vida intensifican un carácter determinado, exaltando un vicio ó una virtud, salen del marco modesto de la mediocridad para asumir fisonomía propia en la borrascosa marejada de la vida social. Ellos componen esa inmensa «zona intermedia» donde la vida, bien ó mal, se vive intensamente; todos poseen allí caracteres psicológicos, diferenciados de la masa amorfa y equilibrada: «el rebaño de los que pasan en los siglos sin nombre y sin número».

De esa pléyade anormal se desprenden los fronterizos del delito, lo mismo que los de la locura. Su débil sentido moral les impide conservar intachable su conducta, sin caer por ello en plena delincuencia legal; son los imbéciles de la honestidad, distintos del idiota ó del demente moral que rueda á la cárcel. No son delincuentes ante la ley, pero son incapaces de mantener adamantino su blasón de honestidad; estos pobres espíritus, de carácter claudicante y voluntad relajada, no saben

poner vallas seguras á los factores ocasionales, á las sugestiones del medio, á la tentación del lucro fácil, al contagio imitativo.

Otros viven solicitados por tendencias opuestas, oscilando entre el bien y el mal, en situación semejante á la del asno de Buridán. Son caracteres amorfos ó indiferentes que constituyen la masa anodina ó el número abstracto, sin modalidades propias, conformados minuto por minuto en el molde instable de las circunstancias, del medio, de la educación, de los hombres, de las cosas. Su insuficiencia moral los expone á ceder á la más leve presión, sufriendo todas las influencias buenas y malas, altas y bajas, grandes y pequeñas. Ora son auxiliares permanentes del vicio y del delito, ora delinquen á medias por incapacidad de ejecutar un plan completo de conducta antisocial, ora tienen suficiente astucia y previsión para llegar al borde mismo del Código penal sin caer en sus sanciones.

Estos sujetos de inmoralidad incompleta, larvada, accidental ó alternante, deben ser abarcados en el estudio amplio del delito natural; ellos sirven para mostrar las etapas de transición entre la honestidad y el delito, la zona de interferencia entre el bien y el mal, socialmente considerados.

## IV

Toda la gama de la degeneración, en sus formas corrosivas y antisociales, desfila en ese caleidoscopio de la delincuencia natural, como si al conjuro de un maléfico exorcismo se convirtieran en pavorosa realidad los más sórdidos ciclos de un infierno dantesco. Son los parásitos de la escoria social, los fronterizos de la infamia, los comensales del vicio y de la deshonra, los tristes que se mueven acicateados por sentimientos anormales: espíritus que sobrellevan la fatalidad de herencias enfermizas ó sufren la carcoma inexorable de las miserias ambientes.

Pasan impertérritos y sombríos, llevando sobre las frentes fugitivas el estigma de su destino involuntario y sobre los mudos labios la mueca oblicua del que escruta á sus semejantes con ojo enemigo. Parecen ignorar que son las víctimas de un complejo determinismo, superior á todo freno ético; súmanse en ellos los desequilibrios transfundidos por una hereditariedad mórbida, las deformes configuraciones morales plasmadas en el medio social y las mil circunstancias ineludibles que atraviésanse al azar en la abrupta travesía de la existencia.

La ciénaga en que chapalean su conducta asfixia los gérmenes posibles de todo sentido moral, desarticulando las últimas anastómosis que los vinculan al solidario consorcio de los honestos. Viven adaptados á una moral aparte, con panoramas de umbrosas perspectivas, esquivando los clarores luminosos y escurriéndose entre las penumbras más densas; fermentan y pululan en el agitado aturdimiento de las grandes ciudades modernas, retoñando en todas las grietas del edificio social y conspirando sordamente contra su estabilidad, ajenos á las normas de conducta características de la que, por antítesis, podría llamarse «vida honesta».

La imaginación alínea sus torvas siluetas sobre un lejano horizonte donde la lobreguez crepuscular vuelca sus tonos violentos de oro y de púrpura, de incendio y de hemorragia, como asistiendo al desfile una legión macabra que marcha atropelladamente hacia la ignominia.

Es una horda extranjera y hostil dentro de su propio terruño, audaz en la acechanza, embozada en el procedimiento, infatigable en la tramitación aleve de sus programas trágicos.

Algunos confían la vanidad de sus ideales al filo de la cuchilla subrepticia, siempre alertas para blandirla con fulgurante presteza contra el corazón ó la espalda; otros deslizan furtivamente su ágil garra sobre el oro ó la gema, que tienta su avidez con seducciones irresistibles; éstos violentan, como infantiles juguetes, los obstáculos con que la prudencia del burgués custodia el tesoro acumulado en interminables etapas de

ahorro y de sacrificio; aquéllos denigran á la inocente doncella para lucrar, ofreciendo los encantos de sus cuerpos venustos á la insaciable lujuria de sensuales y libertinos; muchos sucsan la entraña de la miseria en inverosímiles aritméticas de usura, como tenias solitarias que nutren su inextinguible voracidad en los jugos icorosos del intestino social enfermo; otros sobornan conciencias inexpertas para explotar los riquísimos filones de la ignorancia, el fanatismo y el prejuicio. Todos son equivalentes en el desempeño de su parasitaria función antisocial, idénticos todos en la perturbación de sus sentimientos más elementales; converge en ellos esa inveterada complicidad de instintos y de perversiones, que hace de cada conciencia una pústula, arrastrándola á malvivir del vicio, de la mentira y del delito.

Hay, sin embargo, una pincelada común en el boceto psicológico de los delincuentes naturales: la incapacidad probada para adaptar su conducta á las condiciones que, en cada colectividad humana, limitan la lucha por la vida.

## V

En muchos casos, la inadaptación de la conducta al medio puede ser un signo de superioridad moral, de una avanzada evolución psíquica que impide encuadrar la personalidad individual en los moldes estrechos de la ley ó de la ética vigente.

Algunos «delincuentes naturales» son simples precursores de las transformaciones de la ética social; ante el concepto de otro medio ó de otra época no lo serían y hasta pudieran parecer altruistas geniales: es el caso de los grandes reformadores sociales, políticos, religiosos, etc.

Otros sujetos anticipan su conducta á las transformaciones de la legislación, pues con frecuencia la ley sigue calificando como delitos hechos que ya no lo son para la ética del grupo social en que se producen. Estos «delincuentes legales» ya no

son «delincuentes naturales», como sucede con cierta delincuencia política, el adulterio, algunos delitos de imprenta, etc.

Muchos anormales evolutivos han sido considerados locos ó delincuentes en su época, siendo más tarde glorificados como precursores ó héroes, cuando la evolución del medio permitió comprender que su inadaptabilidad consistió en anticiparse al devenir de nuevas fórmulas morales ó jurídicas. Por obra de esos evolutivos el mundo adelanta y progresa, como por obra de los involutivos se atrasa y desorienta; conviene, pues, advertir que los primeros pueden ser un elemento benéfico para el desenvolvimiento de la humanidad, aunque circunstancias accidentales puedan inadaptarlos al medio y colocarlos en las fronteras de la locura ó el delito.

Toda hipertrofia de una función psíquica puede causar esas inadaptaciones de la conducta al medio, pues intensifica el esfuerzo en la lucha por la vida. Los anormales, superiores ó inferiores, son siempre excesivos; personifican cualidades que, atenuadas, suelen existir en todos los individuos; pero sin ellos se inmovilizaría la marcha de la vida social, como velero sorprendido en alta mar por la bonanza. Se ha dicho, con razón, que los avaros mueren de privaciones exaltando una tendencia natural; pero ellos sintetizan, enseñándola á los demás, la función útil del ahorro. Los pródigos, exaltando el carácter opuesto, la disipación, dan estímulo y ejemplo para el ejercicio de la filantropía; los sinceros son la antítesis y también la cualidad moralizadora de los mentirosos; los vanidosos restablecen el equilibrio roto por los modestos; los ambiciosos neutralizan la acción desmoralizadora de los apáticos. Cada vicio ó cada virtud, en suma, concurre á equilibrar en sentido favorable para el conjunto los inconvenientes de las tendencias contrarias. Así también la delincuencia, natural ó legal, puede contener algunos gérmenes de inmoralidad ó ilegalidad que el porvenir podría consagrar como formas nuevas de virtud y de honestidad: embriones prematuros que escapan á nuestra frágil previsión. Así como varía la calificación legal del deli-

to, cambia también las normas de la ética social que rigen la conducta.

Muchos autores han puesto ya de relieve la utilidad que reportan á la sociedad ciertas formas de delincuencia. Sin necesidad de ir tan lejos, limitémosnos á recordar que entre tanto mal puede incubarse el germen de algún bien; ello mitigará nuestro rigor hacia los desgraciados que viven arrastrándose al margen de la moral ó de la ley.

José Ingegnieros,
Profesor en la Universidad de Buenos Aires.

# ESPAÑA FUERA DE ESPAÑA

## UN PROBLEMA DE MORAL Y DE HISTORIA

## LOS BORGIA

### LOS COMIENZOS DE ALEJANDRO VI

### II

Los cardenales se sustraían á la mano del Pontífice. Cada uno de ellos, considerándose como un Papa *in petto*, resistía á la voluntad del Soberano, desconfiaba de todos sus colegas como de otros tantos enemigos, y los odiaba. El Sacro Colegio, condenando á la guerra intestina, se conducía á imagen de la tiranía italiana; buscaba alianzas y protecciones en Italia y en el extranjero. Las dos grandes potencias católicas, Francia y España, tenían la clientela más numerosa; el emperador, Venecia, los Aragones y los Sforza se repartían el resto. Todo consistorio celebrado en el Vaticano era como el campo cerrado en el que se reñía sordamente el combate desesperado por la tiara. El cardenal de Médicis encontraba allí al cardenal Riario, el cómplice de los asesinos del padre y del tío de aquél; el vicecanciller de la Iglesia, Rodrigo Borgia, jefe del partido español, disputaba con La Ballere, jefe del partido francés; éste lanzaba á Borgia las más sangrientas injurias. Tratábale de apóstata, de *marrano* y de impúdico; Inocente VIII acogía con palabras de cólera á los cardenales que se

habían regocijado demasiado prematuramente ante la inminencia de la muerte de aquél, y les decía: «Yo seré el que herede de todos vosotros.» De alto á bajo de la sociedad eclesiástica, tanto en los frailes como en la iglesia secular, el respeto por las cosas de Dios estaba muerto. En los funerales del cardenal camarlengo Estouteville, los frailes se agredieron con los cirios, en San Agustín, en torno del cadáver, al que querían despojar de su capa bordada; llevaron el cardenal á la sacristía; los furiosos amotinados le siguieron y le arrancaron sus vestiduras episcopales. En todas partes, la conciencia popular estaba turbada por las profecías que circulaban por Roma é Italia, anunciando para el año 93 la caída del Poder pontificio. En Florencia, Savonarola alentaba, con la audacia de sus sermones, las esperanzas de los republicanos, que aguardaban el fin de la tiranía de los Médicis, y la revolución de las almas cristianas, que anhelaban la reforma del Cristianismo. El rey Fernando de Aragón denunciaba los escándalos de la familia reinante en el Vaticano, y rogaba al emperador que, á pesar de ello, salvase la santa Iglesia. Para la cristiandad fué de un mediano consuelo el hallazgo del hierro de la lanza que atravesó el costado del Salvador; el sultán Bayaceto se lo regaló al Papa, y Rodrigo Borgia, desde lo alto de las logias de San Pedro, elevó la augusta reliquia sobre Roma prosternada. A los pocos días entraba en el período agónico Inocente VIII. Su médico judío intentó, para salvarle, una experiencia criminal: inoculó en las venas del Pontífice la sangre de tres muchachos. «Los jóvenes murieron, dice Infessura; el judío huyó, y el Papa no se curó.» Pero dejaba al mundo cristiano una interpretación inesperada del *Sinite parvulos ad me venire* de Jesús, y la dolorosa impresión de un reinado mancillado por el desvergonzado tráfico de las cosas santas.

El 6 de Agosto de 1492, veintitrés cardenales abrieron el cónclave en la capilla Sixtina, bajo la guardia de los embajadores y de los nobles de Roma. Rodearon el Vaticano de tropsa, y empezó la subasta simoníaca de la tiara. Los aspirantes

eran numerosos; cada uno representaba á alguna potencia de Europa ó de la península, ó incluso derechos de familia á la sucesión del reino eclesiástico. Ascanio Sforza era el hermano del primer hermano de Italia; Juliano Rovera y Riario se decían recomendados de Sixto IV; Lorenzo Cibó parecía el heredero directo de Inocente VIII; Borgia iba ligado á Calixto III; Orsini y Colonna tenían en su favor la secular grandeza de sus familias. Francia y Génova apoyaban abiertamente á Rovera. Borgia opuso á éste el cardenal Sforza; pero Ascanio, cuya casa amenazaba á toda Italia, viendo que tenía pocas probabilidades, se puso del lado del vicecanciller, y llevó la cábala en favor de Rodrigo. Borgia era español, y España, victoriosa de sus últimos moros y unida á Nápoles, pasaba al primer puesto de las naciones cristianas. Orsini secundó los esfuerzos de Ascanio. Durante tres días el cónclave se pareció á un despacho de banqueros. Borgia dió á Sforza su dinero, la carga de varias mulas, su palacio y su mobiliario, todos sus beneficios y la vicecancillería de la corte romana. A Orsini le prometió feudos; á Colonna y su familia la abadía de Subiaco y todos sus castillos á perpetuidad; á Miguel, el obispado de Oporto; á Sclafetano, Napi; á Savelli, Civita Castellana. El patriarca de Venecia, Gerardo, cuya cabeza tambaleante, según Infessura, decía siempre sí, se contentó con 5.000 ducados. La obra del Espíritu Santo se hacía muy fácil. En la noche del 10 al 11 de Agosto el nombre de Borgia salió del cáliz electoral. Al amanecer, la cruz se mostró en una ventana del cónclave, y se proclamó á la ciudad dormida la elección de Alejandro VI. Después, la campana del Capitolio saludó con un repique solemne la primera hora del nuevo pontificado; el pueblo acudió al viejo San Pedro, cuya fachada, revestida de mosaicos, brillaba alegremente á los rayos de la aurora. El cardenal Sanseverino, que era de una fuerza poco común, le vantó con sus brazos al Papa Alejandro y le adoró en el trono, tras el altar mayor de la basílica. Alejandro bendijo entonces á la estremecida multitud, á la ciudad y al mundo. La Iglesia

romana estaba á sus pies; el Sacro Colegio adoraba en él al Vicario de Cristo, y el joven cardenal Médicis murmuraba al oído del cardenal Cibó: «Henos aquí en la boca del lobo; nos devorará á todos, si no encontramos el medio de escapar de él.»

## III

Anunciábase, en efecto, este reinado de una manera amenazadora para Italia y la Iglesia. La presencia de ambiciones muy graves, de accidentes imprevistos, hacía entonces muy incierto el equilibrio de las tiranías italianas, y la persona del nuevo Papa, su origen y sus ambiciones de familia, eran, para los observadores perspicaces, del peor augurio. La muerte prematura de Lorenzo el Magnífico, en Abril de 1492, había hecho desaparecer la hegemonía moral de los Médicis en la península. Bajo Sixto IV é Inocente VIII, Lorenzo supo mantener, por su unión con los Aragones, la paz de Italia, y cuando la Santa Sede perturbaba esta paz, Florencia empleaba felizmente su diplomacia en restablecerla. Pedro de Médicis, mediocre y violento, incapaz de sostener en el exterior el ascendiente político de su casa, no podía, en el interior, dominar la demagogia sino sustituyendo el gobierno liberal, fundado en la opinión de Cosme y de Lorenzo, por un régimen despótico análogo al de Milán. Pero el tirano de Florencia dejaba de ser el patrono político de Italia, y ésta perdía así su moderador; encontrábase atraída en dos direcciones contrarias, por dos principados enemigos entre sí, los Sforza y los Aragones, entregada á todos los azares que la Santa Sede provocara á su antojo, inclinándose, ya del lado Norte, ya del lado del Mediodía. En Milán, la situación parecía peligrosísima. A la usurpación de los Visconti y de los Sforza sobre las libertades públicas, Ludovico el Moro había añadido una usurpación personal con el encarcelamiento del legítimo dueño, su sobrino, Juan

Galeas. Ludovico, amenazado por los republicanos lombardos y el partido del príncipe desposeído, veíase perdido si no apelaba al extranjero. Milán, dueña de los pasos de los Alpes, era la llave de Italia. Desde 1492 sentíase pasar, de arriba abajo de la península, como el soplo precursor de una invasión. Savonarola no fué un profeta el día en que anunció la venida del nuevo Ciro encargado por Dios de golpear á los príncipes, á los pueblos y á la Iglesia. El aventurero Carlos VIII era el aliado natural de Ludovico; podía ser igualmente el cómplice de Alejandro VI. El Papa y el duque de Milán mostraban al Rey de Francia la misma presa, Nápoles, la herencia de Carlos de Anjou. El papado era entonces angerino tanto como en el siglo XIII; ambicionaba el protectorado de las Dos Sicilias tan ardientemente como en las épocas normanda y maleria. No quería abandonar el sueño de una soberanía pontificia establecida en el Mediodía napolitano y graciosamente consentida por un vasallo francés. Esta soberanía, que persiguiera en otro tiempo Gregorio VII para la grandeza de la Iglesia romana, los Papas del siglo XV no la deseaban más que á título de buen feudo para repartirlo entre sus sobrinos y sus hijos. Pero Calixto III, el primer Borgia, y Sixto IV, no habían visto en este interés sino una cuestión puramente italiana, mientras que Inocente VIII, despertando la política secular de la Santa Sede, reanimó por un instante la tradición angerina en la persona de Renato de Lorena, nieto de Renato de Anjou, conde de Provenza. ¿Se cuidaría de la paz y de la independencia de Italia Rodrigo Borgia, Papa español, cargando con una familia ambiciosa? La España altiva de Fernando y de Isabel, ¿mantendríase por mucho tiempo apartada del campo de batalla en donde estarían comprometidos los destinos de la dinastía española de los Aragones? En la mañana misma de la exaltación de Rodrigo presentábanse todos estos problemas de manera más ó menos clara al pensamiento de los cardenales italianos. Era por lo menos cierto que, en aquel momento, solamente el extranjero podía concertar la lira italiana; pero el sa-

ber qué cuerdas se romperían en este pontificado inquietante, era lo que constituía el secreto del porvenir.

Ciertamente, el pasado de Alejandro VI no era para tranquilizar los espíritus. Tenía á la sazón más de sesenta y un años. Era un jurista, alumno de la escuela de Bolonia, poco letrado, al que nunca cautivaron los libros, la ciencia, las antigüedades, las artes. A los veinte años fué creado, por su tío Calixto III, arzobispo de Valencia, su patria, y cardenal diácono, después vicecanciller de la Iglesia. Poseía innumerables beneficios, y, bajo Sixto IV, era el más rico de los cardenales después de Estouteville. Fué legado en España, y escribió sobre el derecho canónico, de conformidad con la doctrina del absoluto poder de los Papas. Vivía á lo grande, como los cardenales Sforza y Riario; no era comparable por la energía de la voluntad con el cardenal Rovera. Sustraíase á la curiosidad popular, acariciando, en el fondo de su palacio, la esperanza de una ambición destinada, feliz con acumular las riquezas y hacer la fortuna de sus hijos. En un tiempo, el dulce Pío II le censuró paternalmente, en un largo admonitorio, por la libertad de sus costumbres y por sus cenas demasiado alegres con las damas de Siena. En 1467 se unió en relaciones con Vanozza Catarineis, de once años menos que él; esta mujer, una romana de nacimiento oscuro, tuvo dos ó tres maridos muy indulgentes, á quienes Rodrigo dió puestos lucrativos en la administración apostólica. Nada indica que ella pudiera compararse, por su ingenio, con las grandes cortesanas de aquel tiempo; vivió discretamente en la sombra del pontificado; Burchard no la menciona más que una vez, á propósito de la más trágica historia de la familia. Pero ella envejecía más de prisa que Borgia, y éste, tres años antes de su elección á la Santa Sede, quiso gustar la alegría de una segunda juventud. Julia Farnesio, Julia la Bella, cuya cabellera de oro era famosa en toda Italia, joven de quince años, casada por azar con un Orsini, pasó á ser, en el mes de Mayo de 1589, la favorita del futuro pontífice. Alejandro, hermano de Julia, que favoreció este hecho, re-

cibió más tarde el capelo rojo. Con él empezó la grandeza política de los Farnesios. Este joven cardenal, que en tiempo de Inocente VIII acusó calumniosamente é hizo encarcelar á su madre, fué el Papa Pablo III.

Sin embargo, ni Vanozza ni Julia podían inquietar á la Iglesia y á Italia. Un tirano de Roma, adormecido en el placer, hubiera tranquilizado á Nápoles, Florencia y Milán. Los contemporáneos admiraron á este príncipe eclesiástico, «de elevada estatura, siempre sonriente, de ojos negros y labios rojos, de robusta salud, infatigable», que atraía á las damas «con su magnética mirada», dice Gaspar de Verona. Pero llevaba en sus brazos, á la cátedra de San Pedro, una familia demasiado numerosa. Conocíansele entonces siete hijos. El mayor, Pier Levigi, el primer duque de Gandía, murió en 1491; una bula de Sixto IV le legitimó, en nombre de Rodrigo Borgia, en 1481. El segundo, D. Juan, duque de Gandía, fué legitimado por el mismo Papa en 1482. Tenía diez y ocho años; César, diez y seis; Lucrecia, doce; Joffré, diez. Solamente estos cuatro han formado la familia política de Alejandro VI; el epitafio de Vanozza, en Santa María del Pueblo, no recordaba más que estos cuatro nombres: Girolamo, Isabel, Laura, no figuran en la historia. Giovanni, el *infante romano*, que pasó por hijo de Lucrecia, y que nació durante la segunda viudez de esta desdichada mujer, fué reconocido por dos bulas pontificias, de fecha de 1.° de Setiembre de 1501, conservadas en el archivo de Módena. En el primero de estos dos documentos solemnes, Alejandro declara que el infante es hijo de César Borgia, de Francia; en el segundo, que es su propio hijo. En este Giovanni, al que Lucrecia, convertida en duquesa de Ferrara, educó en su corte en calidad de hermano, se encuentra el misterio más doloroso de la vida de Alejandro VI y de la de César. En 1498, Lucrecia dió á luz, en efecto, un hijo cuyo nacimiento coincide exactamente con las fechas que llevan las bulas de 1501. Otros varios documentos de la cancillería romana, en 1502, atribuyen la paternidad á César. Esta doble

confesión de paternidad, contradictoria, nos permite indicar solamente los términos del triste problema, sin tratar de revolverlo. Sin embargo, hay que reconocer que no se trata aquí de una leyenda novelesca salida del prejuicio popular, sino de un conjunto de documentos históricos, confirmados por el testimonio constante de los embajadores italianos, y de una cuestión de estado que las bulas apostólicas han presentado francamente á la conciencia de la posteridad.

Volvamos, pues, á los dos hijos mayores de esta casa singular. En 1492, D. Juan, duque de Gandía, moraba en España, en donde se había casado; su ambición no le atraía hacia Italia; creo que muy á su pesar, fué más adelante á habitar en Roma, en donde el fratricidio le esperaba. César, modesto estudiante de la Universidad de Pisa, fué dotado por su padre, el mismo día de la coronación, con el arzobispado de Valencia, y un año después recibió el capelo rojo. De esta suerte, era un futuro candidato para el pontificado. Juan Borgia, sobrino de Alejandro, obispo de Monreal, recibía la púrpura el 1.° de Setiembre de 1492, y todos los Borgia eclesiásticos, primos ó sobrinos, la revistieron á su vez. Lucrecia, que había sido ya prometida de D. Querubín de Centellas, después de D. Gaspar de Prócida, dos españoles, vino á ofrecer su mano á un Sforza, Juan de Pesaro; el matrimonio se celebró el 12 de Junio de 1493. Joffré, á la edad de nueve años, se encontró siendo canónigo y archidiácono de Valencia. Pero el padre pensaba establecer á su Benjamín con algunos buenos feudos de las Dos Sicilias; el 16 de Agosto de 1493 le desposaron con doña Sancha, hija natural de Alfonso de Calabria, nieta del rey Fernando, que aportaba en dote el principado de Squilache. Colgó los hábitos y representó inocentemente el interés político de los Borgia al lado de los Aragones, como lo hacía su hermana Lucrecia al lado de los Sforza.

Alejandro tendía así la mano á la vez á Milán y á Nápoles. Los matrimonios de sus hijos marcaron siempre la orientación de su política. Parecía que la Iglesia no le había confiado el

gobierno de la cristiandad sino para el bien de su propia familia. Durante más de dos años, hasta la entrada de Carlos VIII en Roma, tuvo una conducta vacilante y vaga, si se la compara con las empresas del final del reinado. El principado italiano estaba todavía intacto, y el egoísmo paternal del Papa se sentía contrariado. Reanudaba, sin añadir nada, la tradición de sus predecesores. Tanto en el exterior como en el interior, brujuleaba con cierta timidez; halagaba á los Orsini; se aproximaba á Fernando, que era entonces el primer hombre de Estado de la Península; después, á una señal de Ludovico el Moro, inclinábase hacia los Sforza y formaba una liga con Milán, Venecia, Siena, Ferrara y Mantua. «En este momento, dice Giochardin, Ludovico miraba como un fracaso para sí mismo todo rebajamiento de la grandeza de Alejandro.» La alianza no produjo efecto serio, gracias á la inevitable traición de Venecia. El Papa empezó, pues, una nueva evolución hacia los Aragones; dejó de favorecer al cardenal Ascanio Sforza, y pareció unirse á la política italiana y nacional de Fernando. El usurpador de Milán, amenazado por ese movimiento que rompía el equilibrio de la Península, se puso del lado de Francia; una parte del sacro colegio, con Juliano Rovera, Colonna y Savelli á la cabeza, uníase á él para llamar al extranjero; la idea de la separación del Papa indigno, cosa que fué hasta el fin el tormento de Alejandro VI, crecía entre los cardenales disidentes y hasta en los consejos de los Reyes Católicos de España. Juliano, el implacable enemigo de los Borgia, fué á Lyon para decidir á Carlos VIII. Entre estos dos hombres quedó convenido el plan de la invasión. Julio II, que más adelante lanzó el grito desesperado *¡Fuori i Barbari!*, y empleó todas sus fuerzas en echar al extranjero de la Península, fué así el primer cómplice de una política que arruinó á Italia y trastornó la historia de Europa.

El único príncipe que, después de Lorenzo el Magnífico, hubiera sido capaz de recobrar la hegemonía italiana y de intimidar á Carlos VIII, desapareció entonces. Murió, dice Bur-

chard, *sina luce*, *sina cruce*, *sina Deo*. Su hijo Alfonso II, torpe y vil, orgulloso y cruel, era el único aliado de Alejandro, el último defensor de Italia. Pedro de Médicis, cuyo poder vacilaba, no se pronunciaba ni por Francia ni contra ella; Venecia se mantenía en una neutralidad prudente; todos los pequeños tiranos defendían la causa francesa. Nadie sabía con certeza lo que Carlos venía á hacer á Italia, y ni él mismo lo sabía de fijo; pero se comprendió desde sus primeras etapas que había sonado una hora fatal para la tiranía. En unas cuantas semanas se produjo, del Norte al Mediodía, una verdadera descomposición política. El Papa y Alfonso II, angustiados, suplicaban al sultán turco que los socorriese. Decíanle que Carlos II libertaría á Djem y le restablecería en el trono de Mahoma. Bayaceto contestó al Papa, en una carta que Burchard y Sañudo nos han conservado, que «por el reposo y el honor del Santo Padre, y para su propia tranquilidad», era conveniente, por de pronto, que muriera su hermano Djem, «que es, por lo demás, mortal y prisionero de Su Santidad»; Djem saldría así de las angustias de esta vida, y su alma iría á un mundo mejor». El sultán quería solamente el cuerpo de Djem, y prometía al Papa, como precio de la sangre, 300.000 ducados, su amistad perpetua y la paz de los cristianos de Oriente. Mientras tanto, Ludovico apresuraba la muerte de su sobrino, y apenas en posesión del título de duque de Milán, hacía traición á Carlos VIII y prestaba oídos al llamamiento del Papa y á los consejos de Venecia. Todas las ciudades de Toscana se alzaron contra Florencia; Florencia expulsó á los Médicis y se entregó al rey. Pisa arrojó al Arno el león de mármol de Florencia, gritando: *¡Popolo! ¡Libertá!* El antiguo estado comunal renacía bajo los pasos del ejército francés. El Papa, en fin, perdía la cabeza; pactaba con todo el mundo á la vez: con el emperador Maximiliano en contra de Carlos VIII, con Carlos VIII en contra de la Iglesia y del concilio cuya cristiandad amenazaba á la Santa Sede; dejaba entrar en Roma á un ejército napolitano que marchaba contra el ejército francés; veía con es-

panto cómo los Orsini y los Colonna se pasaban, unos tras otros, al campo francés; armaba febrilmente el castillo del Santo Angel y á los burgueses de Roma; ofrecía armas á los españoles y á los mercaderes alemanes; encerraba en el Santo Angel sus joyas y sus tiaras; mandaba ensillar caballos para huir, no sabía por dónde; todas las desgracias caían á la vez sobre su cabeza. Los cardenales que cabalgaban en el acompañamiento del rey, preparaban el derecho de destitución y el sumario de un proceso por simonía. Una compañía francesa, mandada por el capitán Allegre, detenía, cerca de Viterbio, á Julia Farnesio y á su escolta. Carlos VIII, imitando las castidad de Escipión, no quiso ver á Julia la Bella, pero la impuso un rescate de 3.000 ducados. Esta aventura trágico-cómica fué para Alejandro el golpe de gracia. Abandonó todo al rey: el paso libre á través de Roma y el gobierno militar de la ciudad; el derecho de conquista sobre el tirano de Nápoles, cuyo ejército despidió; la corona de las Dos Sicilias; cuatro ó cinco ciudades del patrimonio eclesiástico; renunció á la alianza turca y entregó á Carlos el sultán Djem; dió Ostia á Juliano Rovera, y entregó á su hijo, el cardenal Casar, como prenda de su fe pontificia. Dejáronle, pues, las llaves de la Iglesia universal, y le devolvieron la rubia hija de los Farnesio. El mismo, en 1.° de Diciembre, acudió á recibirla en su entrada en Roma. «Su Santidad, escribe el embajador de Ferrara, llevaba un justillo negro bordado de oro, una preciosa banda á la española, el puñal y la espada, botas españolas y una gorra de terciopelo muy elegante.» En los mismos momentos en que se ponía este traje de trovador, el principado eclesiástico se mantenía en la punta de una aguja; Alfonso II, abandonado, no pensaba más que en escapar con sus tesoros á Sicilia ó á España; Ludovico el Moro decía al embajador de Ferrara: «Espero la estafeta que me traiga esta buena noticia: el Papa prisionero y decapitado.» Alejandro se echó entonces en brazos del rey, y el ejército más bello de Europa desfiló por las calles de Roma, con sus cañones y su infantería, en la noche del 31

de Diciembre de 1494; desde el fondo del Vaticano, el Papa vió el resplandor de los fuegos artificiales y oyó los gritos del pueblo aclamando á Francia, á los Colonna y al cardenal Rovera. Durante veinte días trató de eludir la firma definitiva del tratado, que entrañaba el derrumbamiento político de la Santa Sede; concluyó por negar la investidura de las Dos Sicilias. Entretuvo á Carlos con el espectáculo de las ceremonias pontificias, y cuando el rey emprendió el camino de Nápoles, le entregó los dos rehenes prometidos: Djem y Casar. Pero en Valletri, César se escapó del campo francés, disfrazado de palafrenero, y en Nápoles murió Djem, conforme el deseo de su hermano Bayaceto, por haber comido ó bebido, dice Burchard, «cosas que no convenían á su estómago». La cobardía de Alfonso de Aragón hizo á Carlos muy fácil la conquista del napolitano. El rey de las Dos Sicilias abdicó, sin haber combatido, dejando á su hijo Fernando II una corona deshonrada. El Papa, el duque de Milán, Venecia, el rey de España, el emperador, formaron, á fines de Marzo de 1495, contra Carlos VIII, una liga que fué el preludio de las guerras para el equilibrio europeo, y el primer acto de una incesante intervención de Europa en los asuntos de Italia. Carlos volvió sobre sus pasos; renunciaba á Tierra Santa, á Constantinopla, á aquella visión de Oriente que había iluminado los tristes días de su juventud; no buscaba más sino el salir cuanto antes del avispero italiano. Alejandro VI se guardó bien esta vez de esperarle en el umbral de la ciudad santa. A pesar de que los romanos se ofrecían á defenderle en el Santo Angel, se fué á Orvieto y luego á Perusa, llevándose en pos las tropas de la liga y las de la Iglesia, los embajadores y el sacro colegio. Después de Foruna volvió á Roma, el 27 de Junio de 1495. Zorzí, el embajador veneciano, le decidió á lanzar contra el rey de Francia un monitorio severísimo, en el que amenazaba á Carlos con los rayos canónicos si no se comprometía á no intentar nada en lo futuro contra Italia y la Santa Sede. Alejandro no podía comprender aún que en lo sucesivo toda cuestión italiana sería,

de una manera más ó menos directa, una cuestión francesa.

Pero los Borgia eran gentes listas, que sacaban provecho de las lecciones de la Historia. Una vez pasada la tempestad, miraron á Italia, y la vieron cubierta de ruinas. El principado estaba mortalmente herido. Los Médicis habían desaparecido de Florencia. Los Sforza estaban convictos de alta traición contra la Península; entre Lombardía y Francia, los Alpes habían abierto acceso; el duque de Orleans, dueño del Milanesado, había recobrado los derechos de su abuela Valentina Visconti. Los Aragones habían abdicado para no ver al enemigo; Fernando II habíase visto obligado á reconquistar su reino, ciudad por ciudad. Alfonso II murió en Noviembre de 1495, Fernando II en Octubre de 1496; sucedióle su tío Federico, pero comprendíase perfectamente que la sucesión de Nápoles estaba abierta, y que los Aragones, sostenidos solamente por el crédito de España, habían terminado su misión en Italia. La tiranía pontificia era, á la verdad, la que menos había sufrido con la invasión francesa. Así, pues, en el tablero italiano habíase caído una pieza importante; otras dos habían perdido todo su valor; solamente Roma y Venecia conservaban su situación política. La dinastía de los Borgia se vió, por lo tanto, frente á combinaciones completamente nuevas; la misión y las ambiciones de la Santa Sede se hacían de pronto singularmente más vastas que en tiempo de Sixto IV y de Inocente VIII. La actitud vacilante, la política contradictoria de Alejandro VI, iban á ceder el puesto á un plan de acción firmemente seguido. Tratábase, en el desarrollo y la decadencia de las antiguas tiranías, de fundar un nuevo Estado, una casa reinante que, apoyada en la Iglesia romana, fuera en pocos años el árbitro de la Península. Por el momento, el Papa no esperaba nada del extranjero; la ridícula expedición de Maximiliano contra Florencia, en 1496, le demostró la impotencia momentánea del Imperio; creía á Francia muy lejos, y no sospechaba aún la aproximación de España. Tenía bajo la mano á su hijo mayor, D. Juan de Gandía, cuya grandeza temporal podía ser el orgullo de su pontifi-

cado. Contentábase entonces, para empezar el establecimiento regio de este joven, con el dominio mismo de la Iglesia, á la que desmembraba, y con los feudos de los vasallos de la Iglesia, á quienes desposeía. Entrególe el gobierno del patrimonio, y le dió Ostia, Cornato, Civita-Vecchia, Viterbo. Los Orsini, el anciano Virginio, jefe de ellos; su hijo Juan Jordán, todos los capitanes de aquella gran familia, se habían alistado bajo las banderas de Carlos VIII ó en el ejército florentino. El Papa les confiscó los castillos por una bula apostólica; nombró á su hijo gonfalonero de la Iglesia, le regaló un ejército y le envió, acompañado del duque de Urbino, de Fabricio Colonna y de Antonio Savelli, al sitio de Bracciano, que defendían Alviano y su mujer Bartolomea, hermana de Virginio. La empresa salió mal; los pontificales fueron rechazados hasta las murallas de Roma, y un ejército, mandado por dos capitanes á sueldo de Francia, Carlos Orsini y Vitellozzo, les obligó á batirse el 23 de Enero de 1497, cerca de Soriano. Fué un desastre. El duque de Urbino cayó prisionero; el duque de Gandía, herido; el cardenal Lunate, legado del Santo Padre, huyó tan apresuradamente, que murió de resultas de ello. El Papa llamó en su ayuda á Gonzalo de Córdoba, general del rey católico; pero Venecia intervino, y le obligó á firmar una paz poco gloriosa. Por 50.000 florines de oro otorgó á los Orsini el derecho de ser amos en su casa á perpetuidad.

Ciertamente, el primer acto de la política paternal de Alejandro VI concluía de mala manera. Pero los Borgia eran buenos actores. El más adecuado de la familia, César, se preparaba á entrar en escena. A principios de 1497, tenía más de veinte años. Encontrábase molesto entre los pliegues del traje de púrpura, que le impedía ser general de ejército, príncipe secular, moderador de Italia. Sufría con trabajo la alianza matrimonial de su casa con los Sforza, y, para libertar á los Borgia de un obstáculo molesto y desligarlos de un gobierno demasiado comprometido en Italia, juzgó oportuno suprimir al marido de su hermana Lucrecia, Juan Sforza de Pésaro.

Romper con Milán era encaminarse á una inteligencia con Francia. Juan Sforza fué, pues, condenado. El día de Ramos recibió todavía en San Pedro la palma bendita de manos del Papa. Las crónicas de Pésaro refieren de la manera que sigue por qué casualidad se libró de una muerte violenta durante la Semana Santa: «Una noche, Giacomino, camarero del señor Juan, se encontraba en el cuarto de Lucrecia; César, hermano de ésta, entró; Giacomino, por orden de la señora, se escondió detrás de un sofá. César habló libremente á su hermana, y dijo que se había dado la orden de matar á Juan Sforza. Cuando salió, Lucrecia dijo á Giacomino: «¿Has oído? Vete, y adviérteselo.» El camarero obedeció al instante, y Sforza montó á caballo, y á rienda suelta, en veinticuatro horas llegó á Pésaro, en donde su caballo cayó muerto.» César se creó de esta suerte un enemigo mortal; pero adquirió al mismo tiempo una lección de prudencia y una saludable aversión por las palabras comprometedoras. El Pontífice declaró, en virtud de su autoridad canónica, la nulidad del primer matrimonio de su hija. Lucrecia, que amó sinceramente á todos sus maridos, lloró algunos días al primero en el convento de monjas de San Sixto.

Mientras tanto, Alejandro colmaba de mercedes á Juan de Gandía. El 7 de Junio le hizo duque de Benavente, dominio eclesiástico del reino de Nápoles, añadiendo á este feudo Torracina y Ponte-Corvo. Nombró al mismo tiempo á César legado apostólico para la próxima coronación de Federico de Aragón. Pero César tenía miras más elevadas. La condición de segundón le parecía tan insoportable como la de hombre de Iglesia. Para intentar grandes cosas, refundir en un molde nuevo la tiranía italiana del siglo xv, y recoger en el Norte y en el Mediodía tan bellas herencias, necesitaba ser por de pronto el presunto heredero de su padre. No podía aspirar á ello porque Juan era joven, y Alejandro envejecía. Solamente había un camino rápido y seguro para alcanzar este excelente fin. Lo tomó, por horrible que fuese, sin vacilar.

El miércoles 14 de Junio de 1497, Juan y César, «hijos muy amados del Papa», escribe Burchard, habían cenado en casa de su madre Vanozza, en una viña de ésta, cerca de San Pedro de los Lazos, en las alturas del Esquilino. A la media noche, el cardenal apremió á su hermano para retirarse al palacio apostólico, en donde habitaba Juan; requirieron sus caballos ó sus mulas, y bajaron la colina, seguidos de un pequeño número de criados; fueron así juntos hasta la región en donde se encontraba la vicecancillería, el antiguo palacio de su padre, no lejos de Campo-di-Fiore; allí se detuvieron; el duque quería, antes de entrar en el Vaticano, «ir á divertirse á alguna parte»; despidióse, pues, del cardenal, y se separó en compañía de uno de sus servidores y de un hombre «que había ido á cenar con el rostro cubierto», y que, desde hacía más de un mes, todos los días iba secretamente y enmascarado al palacio. El duque, llevando á la grupa á este misterioso personaje, cabalgó hasta la plaza de los Judíos; allí se separó de su único criado, diciéndole que le aguardase en aquel mismo sitio, y se retirase si no estaba de vuelta antes de las cuatro de la mañana. Juan y el hombre enmascarado se metieron por las tortuosas y negras callejuelas que rodean el Ghetto. El duque no volvió al Vaticano; su servidor fué encontrado al amanecer en la plaza de los Judíos mortalmente herido; unas gentes caritativas le recogieron, pero no pudo revelar nada acerca de su amo. El 15 de Junio, antes del medio día, la servidumbre del duque, inquieta por esta prolongada ausencia, hizo que se diera cuenta al Papa. Alejandro sintió miedo; esperaba, sin embargo, aún que Juan volvería por la noche al palacio; habría ido, pensaba él, á visitar por la noche á alguna cortesana, y temería salir en pleno día de una casa sospechosa. Llegó la noche, y el Papa, asustado, ordenó á sus esbirros que emprendieran las pesquisas. Se empezó por explorar las orillas del Tíber; y un tal Giorgio Sclavo, que, echado en una barca andaba en medio del río, vigilaba todas las noches un depósito de madera establecido en Bipetta, declaró los hechos siguien

tes: En la noche del miércoles al jueves, á eso de las dos, vió á dos hombres salir de la callejuela que, todavía hoy, corre al lado izquierdo de la iglesia de San Jerónimo; observaron con gran atención y en silencio el camino que sigue el Tíber, y, no viendo á nadie, volvieron á meterse en la callejuela; á los pocos instantes aparecieron otros dos hombres por el mismo sitio; sondaron con la mirada, como los primeros, los alrededores, y después hicieron una señal de llamada; entonces salió un jinete, montado en un caballo blanco, con un cadáver á la grupa, del que se veían pendientes la cabeza y las piernas, y que los dos primeros *bravi* sostenían á derecha é izquierda. Dirigiéronse entonces á un punto escarpado de la orilla, al mismo lugar en donde se tiran al Tíber las inmundicias; allí, el jinete hizo volver al caballo de grupa al río, y los dos hombres que habían aparecido los últimos, cogiendo el cadáver, el uno por los brazos, el otro por las piernas, le bajaron del caballo, le llevaron hasta la orilla, y le arrojaron al agua con todas sus fuerzas. El jinete preguntó si había caído bien; ellos contestaron: «*Signor,* sí.» El jinete se volvió entonces, y, como la capa del muerto flotaba en el agua, preguntó qué era aquella cosa negra que sobrenadaba. Los otros dijeron: «Es la capa», y tiraron unas piedras para hundirla. Luego, los cinco se retiraron: dos hombres tomaron por la calle de San Jerónimo, mirando siempre con atención á todos lados; el jinete y los otros dos se fueron hacia el hospital de Santiago; Giorgio no había visto nada más. Como los servidores del Papa le censurasen por no haber prevenido en seguida al gobernador de Roma, contestó que, durante su vida nocturna, había visto arrojar al Tíber, en el mismo sitio, un centenar de cadáveres, de los que nadie se había preocupado, y que ya no daba importancia al hecho (1). Convocaron á los bateleros y

(1) Respondit se vidisse, suis diebus, centum in diversis noctibus variæ occisos in fluerere projici per locum predictum et numquam aliqua eorum ratio habita fuit. Buchardi *Diarium*. Edit. Thuasne, t. II, p. 390.

pescadores de Roma, y el 16 de Junio, por la tarde, trescientas barcas empezaron la lúgubre busca. Sacaron al duque de Gandía completamente vestido, teniendo en su cinturón los guantes y treinta ducados; presentaba nueve heridas, una en la garganta; las otras en la cabeza, en el pecho y en las piernas. Pusiéronle en una lancha, que llegó hasta el Santo Angel; allí, bajo la dirección del capellán Burchard, le desnudaron, le lavaron y le pusieron su traje de capitán general de la Iglesia. Después de la puesta del sol, los gentilhombres de Don Juan, todos los prelados de la casa apostólica, los camareros y los guardias del Papa, con antorchas y llorando «con gran clamor», acompañaron al muerto hasta Santa María del Pueblo; llevaba el rostro descubierto y «parecía dormir». Cuando el cortejo llegó al puente del Santo Angel se oyó, según un testimonio recogido por Sañudo, un grito terrible, más lastimero que todos los otros: era el adiós supremo de Alejandro VI, que, desde una ventana de la ciudadela, veía por última vez la lívida faz de su hijo. Pero César no estuvo presente; parece, por lo que dice Burchard, que se hallaba en aquel momento á cien leguas de Roma; nadie de su casa asistió al entierro de su hermano muerto. El Papa, dice Burchard, experimentó un dolor tan profundo, «que se encerró en su cuarto, y lloró amarguísimamente.» El cardenal de Segovia y sus servidores más íntimos estaban detrás de la puerta suplicándole que les abriera; no los dejó entrar hasta pasadas muchas horas. No quiso ni beber ni comer desde la mañana del jueves hasta el sábado; hasta el domingo no durmió ni un minuto; por fin «cedió á las continuas solicitaciones de las gentes de su casa, y puso fin, en lo que pudo, á su duelo, pensando, por lo demás, *que para su misma persona resultaría un gran peligro de un dolor demasiado prolongado*» (1).

(1) Pontifex, ut intellexit ducem interfectum et in flumere, ut stercus, projectum, compartum esse, commota sibi fuerunt omnia vis cera et predolore et cordis amaritudine reclusit se in quodam camera et flevit amarissime. Persuasu tamen multiplici et continuo prefatorum victus, pos-

Burchard interrumpe aquí, con notable prudencia, hasta el 7 de Agosto la redacción de su *Diario*. Pero estas últimas palabras del capellán dan que pensar. Alejandro conocía al asesino; le había supuesto desde el jueves, cuando fueron á decirle: «El duque no ha vuelto esta noche á palacio.» El embajador florentino, Braccio, escribe el 17 de Junio al Consejo de los Diez, que «el pobre señor» ha caído en un lazo largamente preparado, «porque el hombre enmascarado que tomó á la grupa le había hablado á menudo, siempre con el rostro cubierto y siempre de noche». Braccio da á entender que la aventura amorosa, á la que sin duda le llevaron, no fué más que el anzuelo; «ciertamente, el que ha ideado y dirigido el crimen tiene buen cerebro y es resuelto; de todos modos, es un gran *maestro*.» Un procedimiento febril cayó durante dos semanas sobre toda suerte de personas; dióse tormento á los criados del duque; fueron interrogados el conde de la Mirandola y su hija, cuyo palacio estaba en la parte de Ripetta. El cardenal Sforza, Juan de Pésaro, los Orsini, el duque de Urbino, hasta D. Joffré, el menor de los hijos Borgia, cuya mujer, doña Sancha, pasaba por querida de su cuñado D. Juan, se vieron sospechados á la vez. De repente, la alta policía pontificia se detuvo en sus investigaciones. Toda la cristiandad se había conmovido; el emperador, el Dux de Venecia, Savonarola, el cardenal de la Rovera, escribían al Papa para consolarle. Él decía, el 19 de Junio, ante el sacro colegio: «Si hubiera tenido siete papados los hubiese dado por la vida de mi hijo.» Sin embargo, quiso que el misterioso atentado pasara al olvido. Roma entera murmuraba el nombre del asesino; «pero nadie, dice Rafael de Volterra, se atreve á pronunciarle en alta voz». A los tres años se empezó á hablar con mayor libertad; el embajador veneciano, Polo Capello, escribía de César: «Él es quien

---

tremo incepit pro posse luctui finem imponere *majus damnum et periculum* quod persone sue evenire exinde posset considerans. *Diarium*, t. II, p. 390.

ha hecho asesinar y arrojar al Tiber, con la garganta abierta, á su hermano el duque de Gandía.» La conducta ulterior de Alejandro VI, su casi abdicación en manos de César, confirmó el juicio de los contemporáneos y aseguró el de la historia.

Nada sabemos de la primera entrevista de estos dos hombres, el cardenal de Valencia y el Papa, en los días que siguieron al asesinato de D. Juan. César permaneció aún cinco semanas en Roma antes de cumplir su misión cerca del rey Federico. El 10 de Agosto, el último rey de la dinastía aragonesa fué coronado en Nápoles por mano del fratricida; el 4 de Setiembre, el sacro colegio recibía á César, que volvía á Roma, y le acompañaba al Vaticano. Formóse el consistorio en torno del Pontífice; Alejandro abrazó á su hijo y bajó del trono sin decirle una sola palabra.

Al día siguiente del asesinato concibió un pensamiento muy elevado, y expresó á los cardenales y á los embajadores el deseo que tenía de emprender la reforma de la Iglesia, sin cuidarse ni de su poder pontifical *ni de su vida*. Acto continuo nombró una comisión preparatoria de seis cardenales. El mismo día comunicó sus intenciones reformistas á los príncipes italianos y á los reyes de Europa. Escribió al rey de España que estaba dispuesto á dimitir el pontificado. No tenía, sin duda, ni bastante virtud ni bastante genio para reformar el cristianismo y purificar, con la observancia del Evangelio, el reino eclesiástico. Pero podía á lo menos reprimir los abusos más salientes é imponer á la Iglesia de Roma la decencia exterior que tuvo bajo Pío II. Incumbíale también empezar la reforma por sí mismo y todos los Borgia, y poner fin á su política de familia. Pero ya no era dueño de su propia voluntad. Cuando los cardenales le leyeron el proyecto de reforma, les interrumpió objetándoles que la libertad del Pontífice se vería demasiado atada. Hizo de César una especie de ejecutor testamentario de Juan, y le confió, para que las entregara más adelante á los hijos de éste, las joyas del muerto. No solamente consentía en separar á César de la Iglesia,

sino que formó por un momento el extravagante proyecto de casarle con su cuñada, la mujer de Joffré, la muy ligera Sancha de Aragón, y de dar en cambio á Joffré el birrete cardenalicio de César. Sin embargo, en el transcurso de las largas noches invernales, el fantasma de D. Juan vagaba bajo las bóvedas del palacio apostólico, y el Papa creyó oir varias veces la queja de su hijo asesinado. En Febrero de 1498, para huir de esta obsesión, se estableció en el castillo del Santo Angel. Poco á poco la sombra se calló y no volvió más. La conciencia de Alejandro VI se había tranquilizado. El reinado oculto de César Borgia aliviaba á su padre de la parte más pesada del gobierno en la tiranía del Renacimiento. La acción se le hacía fácil, porque ya no era más que el instrumento de una ambición formidable, á la que admiraba sirviéndola. Pero nunca la Iglesia atravesó por días tan extraordinarios como los que vió durante los seis años en que el verdadero rey de Roma fué César de Francia, duque del Valentinado (1).

EMILIO GEBHART.

(1) Véase en el *Diarium* de Burchard, en la fecha del 28 de Octubre de 1497, la espantosa descripción del más profundo calabozo del castillo del Santo Angel, el *Sammarocho*, al que bajan al arzobispo de Cosenza: una tabla por cama, con un jergón, un barril de agua, tres panes, una redoma de aceite para la lámpara, un breviario, la Biblia, las Epístolas de San Pedro; *ibidem inclusus quoad vixerit permansurus*. El agua, el pan, el aceite se renovaban cada tres días.

# CRÓNICA LITERARIA

Algunos libros del mes. — Novela: *Casta de hidalgos*, por D. Ricardo León. — Literatura de viajes: *Grecia*, por Enrique Gómez Carrillo. — *Erudición é historia literaria:* Cinco poesías autobiográficas de Luis Vélez de Guevara, por Francisco Rodríguez Marín.—Poesía: *Al pie de la Giralda,* por Juan Antonio Cavestany.

*Algunos libros del mes.*—El mes de que se habla en el epígrafe no es estrictamente el mes del calendario, sino el que media entre la redacción de esta Crónica y la de la anterior. Es, por tanto, un mes convencional y acomodado á las exigencias de una publicación que necesita prepararse algunos días antes de aquel en que se reparte al público. Las lecturas del cronista, la atención que el público y la crítica han prestado á determinadas obras en el período que media entre Crónica y Crónica, influyen también en la determinación aproximada de este mes, un tanto arbitrario y mudable.

Pasemos á los libros, hecha esta salvedad. Sea el primero de ellos la novela *Casta de hidalgos*, escrita en las Asturias de Santillana por D. Ricardo León. El Sr. León es un novelista nuevo, un debutante en el género. Sus principios no pueden ser más lisongeros. Aunque andaluz, se ha criado en la montaña. Siente hondamente la poesía de aquella tierra; Pereda y Amós de Escalante han sido sus guías y maestros; pero no se le puede considerar como un imitador de ellos. Su novela descubre que es un escritor versado en nuestros clásicos, mas no un espíritu aferrado al espíritu tradicional. *Casta de hidalgos* es una novela escrita con castiza elegancia, sin alardes de arcaísmo, ni prurito de desenterrar y sacar á la luz del sol vocablos

que cayeron en desuso. Su habla, de pura cepa castellana, tiene fisonomía moderna; no es un remedo de la que se hablara y escribiera en el siglo de oro, como suele ser la de los puristas.

Ló principal en *Casta de hidalgos* es la parte psicológica. En su asunto — aparte el elemento descriptivo, que tiene riqueza y valor estético, sobresaliendo lo tocante á la antigua Santillana,—hay dos novelas, una de aventuras y otra de vida interior. Esta última es la que se sobrepone, la que alcanza pleno desarrollo; la otra es un antecedente sobriamente resumido. No sé á punto fijo por qué ha llamado el autor á su libro *Casta de hidalgos*. Hay en la novela una familia de hidalgos; pero el único que en ella tiene historia y carácter novelesco es el protagonista Jesús de Ceballos; los demás son figuras secundarias, aunque bien vistas y bien presentadas. No es tampoco la herencia de la sangre patricia, ni el choque con las preocupaciones de un medio social aristocrático, el asunto de la novela. La posición de Jesús de Ceballos como personaje de novela y como caso psicológico sería la misma si, en lugar de venir de casta hidalga, viniese de la clase media. Pero en los títulos hay algo de inspiración y de capricho. Son el secreto del autor, y muchas veces hasta para él mismo son un secreto.

El asunto de esta novela es simpático, que vale tanto como decir que es comunicativo, que sentimos y reconocemos en él algo de nosotros mismos. El desgano de la vida que llega á experimentar el protagonista de *Casta de hidalgos*, es la gran enfermedad espiritual contemporánea, el mal del siglo. Enfermedad de almas exquisitas y aristocráticas, llenas de sed de un ideal ausente, que no llega; también de almas enfermizas y delicadas á quienes rozan ásperamente las impurezas de la vida. El personaje novelesco del Sr. León es en su infancia un niño reconcentrado y tímido; el estallido de la juventud le lanza á aventuras mundanas lejos de su casa y tierra; y cuando torna como el hijo pródigo, ya en el período descendente de la vida, en vano, al suave calor del medio familiar y de la tierra nativa, piensa resucitar las primeras ilusiones juveniles, el

idilio sentimental de su adolescencia. Su alma está marchita y vacía para los afectos humanos. Sólo en el momento de la muerte la ilumina, quién sabe si como reflejo de un ocaso ó como despertar de una aurora, el resplandor místico de la fe.

La clave de la personalidad psicológica de Jesús de Ceballos está en dos circunstancias de su vida. Si consideramos las aventuras de su juventud, los años errantes y aventureros en que, enamorado de una comedianta, sigue á una farándula, y en que más tarde corre los azares de la bohemia literaria y política, trata con agitadores y propagandistas de doctrinas revolucionarias, toma alguna parte en sus empresas y come el amargo pan de la emigración, como se decía antiguamente con una metáfora ya manida y en desuso, acaso porque el apego á la tierra natal ha ido entibiándose al hacerse más cosmopolita la vida, podemos pensar que es un hombre que ha consumido en las vanidades del mundo lo mejor de su espíritu, que ha gastado en devaneos é ilusiones frustradas la lozanía de sus sentimientos, la flor de sus entusiasmos y esperanzas, el amor á la vida y á la acción. Cuando torna á Santillana, tiene ya consumido este capital espiritual. El fracaso de la juventud es irremediable, porque la vida no empieza de nuevo más que para esos pocos elegidos cuya alma no envejece y parece renacer todas las mañanas, joven y vigorosa, como saliendo de un baño de olvido y de fortaleza. El amargor por la pérdida de nuestros mejores años es lo que consuma de una manera definitiva esa pérdida. Empezamos á hacernos viejos cuando comenzamos á llorar en nuestros adentros la juventud perdida. Si pensamos en la infancia triste y recogida en sí misma del protagonista de *Casta de hidalgos,* veremos en él uno de esos espíritus de vida interior demasiado intensa y reconcentrada, que arden en su propia llama y, por lo mismo, se consumen prematuramente. El mundo exterior nos desgasta mucho menos que nuestro propio espíritu. Bajo cualquiera de esos aspectos, es una figura novelesca interesantísima la del protagonista de *Casta de hidalgos.*

La composición de esta novela no se ajusta á un patrón de simetría, de orden y proporción entre las partes. Hay en ella una gran libertad y algún atrevimiento. El autor usa ampliamente de las digresiones. Una de las cinco partes ó jornadas del libro es pura digresión. Mezcla también en el relato apreciaciones literarias y de costumbres y recuerdos históricos; pero todo esto, por la galanura de la forma, la discreción y tino de los conceptos y el atractivo de las imágenes, más es adorno que lastre de la novela. Con todo, conviene que la novela se ciña á su propio asunto, y saque de su propia acción los elementos de variedad y ornato que han de darle plasticidad y animación. De otra suerte se corre el riesgo de que el interés novelesco quede ahogado por otros géneros de interés: histórico, social ó puramente literario.

*
* *

*Grecia,* de Enrique Gómez Carrillo, es otro libro que ha llamado justamente la atención, aunque no nos ofrezca, como *Casta de hidalgos,* la revelación de un escritor nuevo. Carrillo es uno de los autores más leídos por los públicos de lengua española, y su citada obra viene á aumentar una ya larga serie de volúmenes, cuya musa es la amenidad, la musa que mejor comprenden los grandes públicos modernos. Su *Grecia* es la Grecia moderna, pero vista al través de la antigua, de la que hizo universal y perdurable el helenismo. No es estrictamente un libro de viajes, aunque contenga apreciaciones curiosas y gráficas sobre la fisonomía de esa Grecia moderna que tiene un enorme pedestal de pasado. Los griegos le parecen un pueblo ingenioso y sutil, dotado de una especial aptitud para el comercio y las navegaciones, como buenos hijos de Ulises. El griego moderno es por naturaleza orador y emigrante, herencia de la vida de las Agoras antiguas y de las emigraciones que cubrieron de colonias griegas las costas mediterráneas. El griego ama la ostentación. En las tiendas de Atenas lo que más

se ve son artículos de lujo y fantasía. Los modernos helenos están muy imbuídos de su pasado glorioso, en que mezclan recuerdos de la Grecia antigua con recuerdos de Bizancio. Como los otros pequeños Estados de la península de los Balkanes, Servia, por ejemplo, pero con más motivo, Grecia sueña con engrandecimientos futuros, con la restauración de un imperio griego, con el rescate de Bizancio, prometido por las leyendas de los días de la conquista turca. El sacerdote que estaba diciendo su misa cuando entraron en Constantinopla los soldados de Mahomet, y que reanudará el santo sacrificio, según promete la leyenda, cuando los turcos sean expulsados, es un símbolo, una fórmula mística y legendaria de las aspiraciones griegas. Hay un panhelenismo, como hay un panslavismo, y hasta un panservismo. El Sr. Gómez Carrillo da en su libro noticias curiosas y poco conocidas acerca de la literatura griega moderna, especialmente de la dramática y de la poesía lírica y épica. También consagra un capítulo á los cuentos populares de Grecia, que son los mismos cuentos que figuran en el *Folklore* europeo, acomodados en cada país á sus circunstancias peculiares, pero conformes en lo esencial. Acaso algunos de estos cuentos vinieron de la India, y tienen su raíz en mitos ó leyendas de los antiguos arios.

Pero esta parte de información, que siendo de Carrillo ya se comprenderá que no es una información escueta y seca de estadístico, sino información literaria amenamente glosada, no es lo principal en el libro ni lo que da materia á las más de sus páginas. Carrillo no habla mucho de los griegos modernos. Lo que hace es evocar constantemente á la antigua Helada en la Grecia actual y ver á ésta al través de aquélla, lo cual no puede menos de ennoblecer y embellecer la imagen. De esta constante evocación surge quizás la creencia de que la antigua Grecia vive todavía en los tipos, en las costumbres y en las almas de los griegos de ahora. ¿Será ilusión? Si lo es, de ella han participado otros viajeros: About, Reclus, Taine, y desde luego, es una ilusión inevitable. ¿Quién que no sea un bárbaro, en to-

dos los sentidos de la palabra, irá á Grecia sin llevar en el espíritu el recuerdo de las antiguas repúblicas griegas, de sus poetas, de sus artistas, de sus oradores, de sus filósofos, de sus tiranos y hasta de sus cortesanas? ¿Quién no sentirá una curiosidad inmensa de ver lo que queda de aquella brillante civilización, de evocarla en su propio teatro, de cotejarla con las cosas modernas que la han sucedido en su solar geográfico? De ese recuerdo y de esa curiosidad puede emanar fácilmente una propensión á hallar semejanzas, á ver en los vivos á los muertos, propensión que en otro caso que impresionara menos á la imaginación no existiría en tal grado. Con todo, no se puede sentenciar á la ligera este litigio. Los pueblos, más que por la raza, se continúan por el espíritu, y en Grecia no se ha interrumpido en absoluto la tradición del helenismo, que sobrevive en Bizancio al paganismo y sobrevive también al bajo Imperio cuando éste cae en poder de los turcos. El clima y las condiciones naturales de la Grecia son los mismos, y sabido es cuánto influyen estas circunstancias del medio geográfico en la manera de ser de los pobladores de un país. Es posible que los griegos sigan siendo muy semejantes á los antiguos, y sean en tal concepto sus hijos y herederos. Pero hay que reconocer, en tal caso, que el mundo ha cambiado mucho: los bárbaros se han engrandecido extraordinariamente; los griegos se han empequeñecido. Verdad es que á los griegos de antaño los vemos nosotros al través de la tradición humanista, y no como los miraban los persas en la época de las guerras médicas. En la corte de Jerjes, por ejemplo, debían tener de los griegos una idea parecida á la que tenían los ingleses de los boers antes de la última guerra.

El libro del Sr. Gómez Carrillo es amenísimo. No es un libro erudito de arqueólogo ó de humanista, sino un libro eminente literario, de observador y de artista, con bastante espíritu antiguo para darnos la sensación de la Grecia clásica, y al mismo tiempo sin exceso de humanismo, que pudiera fatigar al público poco versado en la materia. Leyendo

la *Grecia* de Carrillo, y admitiendo por buenas sus observaciones sobre los griegos modernos, se comprueba lo exactos que son los juicios sembrados en los libros de Nietzsche sobre el carácter heleno, siempre en el supuesto de que los griegos modernos se parezcan á los antiguos.

***

Entre las publicaciones de erudición é historia literaria debe citarse el breve folleto de D. Francisco Rodríguez Marín, *Cinco poesías autobiográficas de Luis Vélez de Guevara*. Es por sus dimensiones un artículo de revista, tirado en folleto aparte. El Sr. Rodríguez Marín ha publicado ya muchas de estas breves y sabrosas monografías que ilustran puntos diversos de nuestra historia literaria, en la cual se están haciendo, de algún tiempo á esta parte, tantas investigaciones nuevas por nacionales y extranjeros. De las cinco poesías de Vélez de Guevara, que ahora da á la estampa, comentadas por el Sr. Rodríguez Marín, cuatro habían sido publicadas ya por el Sr. Bonilla San Martín. El ilustre autor de *El Loaysa de El celoso extremeño* ha agregado la quinta procedente del mismo manuscrito, y las ha sazonado todas con oportunas y eruditas notas, engarzando dichas poesías en una relación que hace ver el interés biográfico que ofrecen.

A mi juicio, ese es el mayor mérito de las citadas poesías de Vélez de Guevara, que son, excepto un soneto en que se queja de haber estado al servicio del príncipe de Gales durante la estancia de éste en Madrid, memoriales en verso pidiendo destinos ó ayudas de costa. Salvo el respeto debido á nuestros clásicos, que no debe llegar á extremos de ceguera, no nos parecen más que medianas esas poesías, llenas de un conceptismo revelador del mal gusto que iba introduciéndose en las letras y sembradas de alusiones contemporáneas, que harían poco comprensibles algunas de sus expresiones si no tuviéramos al lado un tan excelente y sabio guía y comentarista como Ro-

dríguez Marín. Con todo, no carecen de donaire y tienen una versificación fácil y fluida. Este es, en realidad, su mejor timbre literario, si las consideramos prescindiendo del autor y de ese sabor de época que embellece y realza las cosas antiguas y nos hace estimarlas en más de lo que intrínsecamente valen.

Son, además, un documento curioso para la historia de las costumbres; un documento más, porque abundan los semejantes. Se ve en ellas la mísera existencia de los escritores de la época, que, sobre ser criados de los grandes y príncipes, eran criados mal pagados. La penuria y desarreglo económico de la Corte y de las principales casas de la nobleza española, adveradas por tantos testimonios contemporáneos, se reflejan una vez más en estos memoriales poéticos. Malos son los tiempos presentes, pero aquellos no eran ciertamente mejores para los discípulos de las Musas.

*
* *

La poesía está representada entre estos libros del mes, de que vengo hablando, por un libro del Sr. Cavestany, *Al pie de la Giralda*. La línea es el género de poesía más invadido por el modernismo, á punto de que los poetas que continúan la tradición castellana nos van pareciendo forasteros y extraños en esta provincia de las letras, ó por lo menos, los últimos supervivientes de una generación antigua. En muchas cosas, sin embargo, defienden la buena causa. Son los paladines de la métrica, el elemento conservador del verso ante la turba de innovadores que pretenden estirarlo, encogerlo, retorcerlo, imprimirle otras formas que las que en la evolución del metro castellano prevalecieron y se hicieron más comunes y aceptadas. La pasión del modernismo es la originalidad, tanto en la forma como en los temas poéticos y en la manera de tratarlos. Cuando se calme un tanto la ebullición propia de las nuevas escuelas y tendencias, la métrica tradicional recobrará sus fueros; acaso aparecerá enriquecida con algunas formas nuevas, y estos poetas que la han defendido y la han rendido pa-

rias en los momentos de confusión y de batalla, recibirán por ello honor y aplauso.

El Sr. Cavestany es un excelente versificador. Su verso es limpio, sonoro; fluye naturalmente y tiene el ritmo de nuestra clásica poesía. Y no sólo la música, sino el espíritu de esa poesía, en cuanto puede conservarse al través del cambio de los tiempos, se halla también en los versos del Sr. Cavestany, que no son solamente rimas melodiosas que se pegan al oído, sino que tienen un valor descriptivo, un fondo de sentimiento y una riqueza de imágenes que las hace dignas del público aplauso.

Estas cualidades se aprecian en las bellas composiciones de *Al pie de la Giralda*. Es un libro consagrado á Sevilla, á sus flores, á sus mujeres y á su cielo, á sus monumentos y paisajes, á los recuerdos que la hermosa ciudad andaluza guarda para el poeta. Sevilla, y en general Andalucía, son uno de los lugares poéticos más frecuentados por nuestros vates; pero el tema no se agota, y prueba de ello es el volumen de versos del Sr. Cavestany, del que estampamos esta breve referencia.

E. Gómez de Baquero

# REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Economía fisiológica: La alimentación racional.=Costumbres: Las señoritas de miriñaque.=Psico-física: Las ideas morales nacidas de la necesidad de nutrición.=Ciencias éticas: La felicidad.=Crítica: La deformación del castellano en América.—Grecia vista á través de un libro de Gómez Carrillo.=Impresiones y notas: La hospitalidad en los siglos XVII y XVIII.—Un silbido mal interpretado.—Napoleoniana.

## ECONOMÍA FISIOLÓGICA

La alimentación racional.—Dice el Dr. Gautrelet, de la Facultad de Medicina de Burdeos, en *La Grande Revue*, de París, que comemos demasiado, ó demasiado poco.

Son muy pocas, en efecto, las personas que se alimentan racionalmente, aunque, por fortuna, cada vez va siendo mayor el número de las que se preocupan de estas cosas y procuran ajustar sus comidas á las exigencias de la economía fisiológica. No sabemos comer, y nuestros padres sabían de esto menos que nosotros.

La historia nos enseña lo poco con que se contentaba el aldeano del antiguo régimen, y las opíparas comidas que hacían los señores y aun los artesanos acomodados, que no se conformaban con menos de cuatro servicios, de varios platos cada uno. La sangría era la consecuencia natural de tales excesos. Hoy creemos estar más de acuerdo con la higiene; pero las dos grandes diátesis contemporáneas, el artritismo y la tuberculosis, demuestran que estamos todavía muy distantes del ideal. Los factores esenciales de la tuberculosis, según las conclusio-

nes del Congreso Internacional de 1895, son las malas condiciones higiénicas en general, y la alimentación defectuosa en particular, pues en ese terreno es donde el bacilo de Koch evoluciona á sus anchas. El artritismo, con sus manifestaciones ordinarias, reumatismo, gota y diabetes, es otra enfermedad social, resultado de una alimentación exagerada. La tuberculosis es la enfermedad del pobre y el artritismo la enfermedad del rico.

La cuestión de la alimentación racional es una cuestión social. Pero, ¿cuáles deben ser las bases de esa alimentación? Nuestros tejidos y humores se componen de agua, sales minerales, hidrato de carbono (azúcares), grasas y albuminoides; estos últimos constituyen la base, la trama de la célula viviente. Los alimentos deben estar formados por cuerpos de la misma naturaleza química. Pero, ¿es urgente dar al organismo, íntegramente, alimentos de cada una de estas diferentes clases: albúmina, grasa y azúcar?

La respuesta es compleja. Nuestro cuerpo exige, ante todo, albuminoides, pues estos cuerpos, caracterizados por su fórmula cuaternaria (carbono, hidrógeno, oxígeno y ázoe), encierran un elemento específico, el ázoe, que no se encuentra ni en los azúcares ni en las grasas, alimentos ternarios, que no pueden suplir á las albúminas. Basándose en la cantidad de ázoe que diluimos por la orina diariamente, los fisiólogos calculan que la base de toda ración alimenticia son cien gramos de albúmina. En cuanto á las grasas y azúcares, el organismo, laboratorio maravilloso, tiene la propiedad de fabricarlos á expensas de tal ó cual otro alimento químico: la abeja fabrica la cera (grasas) con azúcares; los músculos (albúminas) del cadáver se transforman en el agua en grasas, etc. El organismo, después de absorber albuminoides, almacena azúcar.

Ahora bien: fijada en 100 gramos de albúmina la base de nuestra alimentación, ¿hemos de dejar, por esa facilidad de transformación, la elección de los demás alimentos á nuestro libre arbitrio? No, sin duda. Para responder al coeficiente de

digestibilidad tenemos que hacer la selección de las cuatro clases de alimentos. La primera necesidad á que atiende el alimento, «proveedor de materiales de reparación y crecimiento», puede expresarse por una lista de substancias, tomadas de las diferentes clases químicas, con el peso correspondiente. Pero hay que atender también á otra necesidad, «el gasto de fuerza viva», que podría expresarse en kilográmetros ó ergs, y que representamos con mayor comodidad en calorías, porque el organismo gasta en forma de calor la energía que le suministran los alimentos.

Como las necesidades energéticas del organismo no son constantes, hay que distinguir la ración de reposo de la ración de trabajo, pues aunque es verdad que el organismo, mientras funciona, trabaja continuamente, no cabe confundir el trabajo interno mínimo de la marmota durmiendo, con el trabajo del caballo tirando de un camión cargado. El trabajo del hombre de bufete es, por otra parte, muy distinto del trabajo del mozo de cuerda, y la preocupación del fisiólogo consiste en averiguar lo más exactamente cuáles son las necesidades del organismo, según los casos.

La cifra media representativa del gasto diario de energía de un hombre en estado de reposo, puede representarse por 2.500 calorías. ¿Cómo crear una ración en relación con esa necesidad? Muy fácilmente: un gramo de albúmina desprende 4'3 calorías; uno de azúcar, 4'1, y uno de grasa, 9'3. Aceptando los 100 gramos de albuminoides como base esencial que representan 430 calorías, la ración podría completarse con 220 gramos de grasa (2.046 calorías) ó por 500 de azúcar (2.050 calorías). Pero esto es teoría pura, pues aunque la isodinamia permita admitir la sustitución de unos alimentos por otros, la experiencia muestra que la ración alimenticia conveniente no puede estar formada por un solo tipo de alimentos, pues hay que tener en cuenta el coeficiente de digestibilidad y hasta el gusto.

La alimentación mixta se impone, y los autores, tras nu-

merosos ensayos, han llegado á establecer este promedio de ración del hombre en reposo: Albuminoides, 100 gramos.—Grasas, 50 gramos.—Hidratos de carbono (azúcares), 470 gramos. Este es el régimen pobre, el régimen de los presos, del mendigo, del obrero sin trabajo, del burgués sedentario, del haragán. En cuanto al gasto de energía del trabajador, los fisiólogos lo calculan, según su clase é intensidad, en 3.000, 4.000, 5.000 calorías. El sexo, la edad, el peso, influyen en las necesidades.

Desgraciadamente, la ración alimenticia se ajusta generalmente á los recursos del alimentado, y de ahí los errores y las enfermedades. Landouzy y Labbé han publicado cuadros llenos de enseñanzas en esta materia, mostrando las faltas que se cometen contra la higiene y lo mal que se emplea el dinero en muchas ocasiones. He aquí dos ejemplos:

1.° Minuta de un herrador, de treinta y siete años: Trabajo empezado en ayunas á las cinco de la mañana; 150 gramos de pan y medio litro de vino tinto á las ocho y treinta; 2 ajenjos á las once; 150 gramos de pan, 100 de carne, 120 de legumbres, $^3/_4$ de litro de vino, café con aguardiente y una copita á las doce; un ajenjo á las seis y treinta de la tarde; 100 gramos de pan, 100 de carne, sopa, 70 gramos de legumbres y $^3/_4$ de litro de vino tinto á las siete, y un litro de vino tinto por la noche: total, 4.600 calorías por 4,50 francos. Demasiada carne, demasiado alcohol, y pocas legumbres y azúcar. Bastan 3.600 calorías, y puede hacerse una minuta higiénica, que sólo costaría 2,78 francos, del modo siguiente: 520 gramos de pan, 200 de carne, 200 de legumbres frescas, 200 de legumbres secas ó 500 de patatas, 300 de leche, 40 de manteca, 40 de queso, 30 de arroz, 200 de frutas, un litro de vino y una taza de café.

2.° Minuta de una obrera plumista, de diez y seis años: 250 gramos de pan, 70 de carne, 80 de legumbres, 15 de crudezas y $^1/_4$ de litro de vino: total, 1.400 calorías por 80 céntimos. Por poco más, por 96 céntimos, según Landouzy, podría obtener 2.090 calorías distribuídas más higiénicamente: 370 gra-

mos de pan, 125 de carne, 300 de patatas, 200 de legumbres frescas, 10 de azúcar, 250 de leche, 30 de manteca, 15 de arroz, 100 de frutas, $^1/_3$ de litro de vino y una taza de café.

Nunca se alabará bastante á los que, con Cheisson, Strauss y Moll Weis, han organizado la enseñanza casera. Esta enseñanza no se contenta con atender á la gerencia del salario del obrero y á la buena distribución de la casa, sino que se extiende al estudio práctico de la alimentación razonada para conservar la salud, sostener las fuerzas y asegurar el valor creciente del trabajo del obrero. ¡Cuántas miserias se evitarán cuando se practiquen los principios de la alimentación racional, cuando las familias se preocupen del modo con que deben atender á su alimentación! Entonces sabrá el pobre que no debe *derrochar* sus escasos recursos, sino acomodarlos á sus verdaderas necesidades; y entonces sabrá el rico que no vive para comer, sino que come para vivir.

## COSTUMBRES

Las señoritas de miriñaque.—«Caballero, cuando una señorita está bien educada, piensa siempre como su mamá.» Así se expresa una de las graciosas heroínas de Labiche, Enriqueta, la hija encantadora y razonable del Sr. Perrichon, y tal era, en efecto, bajo el segundo imperio, el canon ortodoxo de toda familia decente, aristocrática ó burguesa, según dice Brada en la *Revue Hebdomadaire*.

La joven de aquellos tiempos, que, á pesar de su cercanía nos parecen lejanos, era muy distinta de la actual, y en ninguna parte se halla mejor caracterizada que en las obras de Labiche. En ellas, todas las jóvenes parecen cortadas por el mismo patrón; pero á pesar de esa uniformidad aparente, cada una posee personalidad propia, y lo mismo sucedía entonces con las señoritas. Unas y otras obedecerán sin vacilar á las reglas y decisiones de la autoridad, porque la autoridad existía, encarnada en los padres. Así, bastaba á una madre decir, como

la señora Malingear de *La Poudre aux yeux:* «Hija mía, me he dejado el ovillo en la cómoda de mi cuarto; ve á buscarlo», para que la joven se eclipsara al instante con laudable discreción. A veces, si tenía conciencia de que molestaba, ella misma se adelantaba á buscar un pretexto para alejarse: «Mamá, me espera el profesor de dibujo»; y la madre la respondía con aprobadora seriedad: «Anda, hija mía». Hay á veces hasta rasgos neciamente sublimes, como el de aquella señorita de *La Grammaire*, á quien decían: «También usted está en edad de casarse», y respondía con épica ingenuidad: «¿Yo? No sé... papá no me ha hablado de ello todavía».

Es evidente que la educación que daba tales resultados tenía ventajas muy apreciables. Hoy ciertas ficciones se han abolido. Antes la vida se tomaba de otro modo: las jóvenes iban al matrimonio tranquilamente por caminos muy distintos de los actuales. El matrimonio era el gran asunto de la vida de la mujer; el carácter de la joven se modelaba exclusivamente con vistas al marido; esa infancia prolongada, mezclada con la extraordinaria independencia que hoy se usa, era entonces desconocida; la joven maduraba mucho antes; á los diez y seis años se daba por terminada la educación y se vestía con dignidad el traje largo, un amplio miriñaque y una capota de bridas; los trajes, elegidos por la madre sin intervención de la hija, eran siempre de irreprochable sencillez y conveniencia, y el peinado de impecable corrección, pues el menor capricho en este punto se consideraba como signo evidente de abandono moral, y los cabellos sueltos sobre los hombros hubiera sido cosa de bacantes ó de dementes. El peinado llamado de perro, es decir, con unos inocentes buclecitos en la frente, sólo se atrevían á llevarlo muchachas de cuya categoría social no era lícito hablar ante las señoritas.

La edad límite para casarse era la de diez y ocho años, y muchas no esperaban á tanto. Y es innegable que el desarrollo físico era más precoz, no siendo raros los matrimonios á los diez y seis años. La cosa en sí nada tenía de irracional, pues

se miraba al marido como el verdadero educador, y la mujer, como hace decir Feuillet á una de sus protagonistas, debe ser «la discípula sumisa, feliz, apasionada de su esposo, pues una mujer lo aprende todo del que ama». Hoy, á esa edad, la joven es ordinariamente una chiquilla, y parecería casi bárbaro casarla, bastándola el *flirt* para aguzarla los dientes.

La busca del marido tenía pocas aventuras. La familia se ocupaba de ello y lo presentaba dignamente en el momento oportuno. El sistema de los grandes almacenes no se había aplicado á las jóvenes todavía. Nada era más serio que la preparación del matrimonio, y los padres se preocupaban de ello desde muy temprano como de una de sus más importantes funciones, poniendo en ello toda la prudencia, delicadeza y ardor de que eran capaces, sin que sus hijas se dieran siquiera cuenta de tales cuidados.

Los grandes principios que sirven de resorte á las grandes acciones, *Dios*, *la familia*, *la patria*, *el deber*, eran verdades indiscutidas, enseñadas y aceptadas como fin, móvil y razón del vivir. Las jóvenes además reconocían como principio fundamental de educación la rigurosa obligación de la gratitud á sus padres. Toda la literatura juvenil está saturada de esa idea, y las jóvenes llegan constantemente al heroísmo en el cumplimiento de sus deberes filiales.

Una señorita bien educada ignoraba, por otra parte, el Código y las cuestiones de derecho. La cifra de su dote era un secreto para ella, y ninguna joven hubiera pensado en preguntar á sus padres sobre tal cosa. La cuestión de dinero claro es que preocupaba, pero se echaba un velo sobre este aspecto inferior de la existencia.

¿Cómo se educaba á las señoritas? ¿En la ignorancia? No. La instrucción era variada y sólida. Quien no podía tener á domicilio una buena institutriz, metía á su hija en el convento ó la llevaba á una pensión, abrigándola en todo caso del contacto del mundo. Las institutrices eran personas formales, ya maduras, y sólo se las exigía el título, bastando que supieran

bien su lengua y las materias propias de la educación. Generalmente estaban diez años afectas á la casa, y luego se las señalaba una rentita vitalicia. Las lenguas extranjeras eran enseñadas por profesoras especiales que no intervenían en la dirección de la educación, y las artes de recreo se cultivaban con moderación, sin otro objeto que el de proporcionar á la joven medios para emplear de un modo inocente el tiempo antes del matrimonio.

Muchas madres se permitían además tener ideas en materia de educación, que hoy miraríamos como atrasadas; así algunas consideraban el apretón de manos del saludo á los jóvenes con la repulsión que inspira á los chinos. Los bailes, sin embargo, estaban en boga, y las señoritas iban á ellos frecuentemente solas con su institutriz, adornada para el caso con un traje de seda y un tocado de circunstancias. En esos bailes el vals no era permitido; muchas cuadrillas, lanceros y rigodones, en los que las señoritas de miriñaque, con los cabellos lisos y trenzados y con el pañuelo bordado y el abanico en la mano, bosquejaban pases y saludos con graciosas y profundas reverencias enseñadas por el maestro de baile.

Las relaciones filiales se mantenían en el tono del mayor respeto y de la más exquisita deferencia; entre la madre y la hija no había ninguna promiscuidad de camaradas; siempre la madre conservaba su puesto sin rebajarse á ese papel que hoy hacen muchas madres de confidentes y auxiliadoras de sus hijas, que no tardan en considerarlas como señoras de compañía. La joven ocupaba en la familia el puesto secundario que la correspondía, sin que su voluntad fuese consultada para nada, pues sólo la tocaba obedecer. Hasta el día de su boda permanecía en ese estado de subordinación.

Las madres se hacían pocas ilusiones, y eran severísimas en materia de conveniencias sociales. No se consideraba inocente la menor libertad, y el novio seguía siendo, hasta la salida de la iglesia, D. Máximo ó D. Adrián; y llegar á llamarse por su nombre, y no por su apellido, aun precedido del *don*, era

ya una familiaridad. ¡Qué distancia tan enorme de semejante estado de cosas al que revela este diálogo, tomado de un periódico inglés: «EL: ¿Y soy yo el primer hombre que abraza á usted?—ELLA: Sí; el primero que me abraza *oficialmente*. Claro es que se trata de un epigrama, pero es un epigrama que responde á una realidad y que explica una de las causas del retraimiento de los hombres serios cuando se trata de empujarlos á la Vicaría.

## PSICO-FÍSICA

LAS IDEAS MORALES NACIDAS DE LA NECESIDAD DE NUTRICIÓN.—*La Moral natural* de Lanessan se inspira en el positivismo materialista, y es el término de la evolución del concepto moral en esa dirección. El autor mismo nos da en la *Revue Bleue* uno de los capítulos de su obra, en el que se contiene la sustancia de su pensamiento en la materia.

Lanessan sostiene que las ideas morales no son privativas del hombre, como se imaginan las religiones y los metafísicos con sus revelaciones, su ley natural ó su imperativo categórico, sino que también las poseen la mayor parte de los animales superiores, siendo además cosa demostrada por la observación, que la producción de las ideas morales está determinada en unos y otros seres, hombres ó animales, por las necesidades naturales, siendo idénticas las categorías de esas ideas en los animales que en los hombres.

Lanessan presupone naturalmente que el hombre es resultado de la evolución de los animales superiores (cosa no *demostrada* todavía, digan cuanto quieran Darwin y sus continuadores), y admite que los primeros hombres debieron recibir de sus ascendientes antropoides cierta educación moral, semejante á la que dan á sus hijos los animales superiores. Y como esos animales superiores y el hombre son omnívoros, nada más natural que á nutrición igual correspondan ideas iguales, cuando estas ideas son producidas por las mismas necesidades. La observa-

ción muestra las diferencias existentes en las ideas morales según la naturaleza de los alimentos de cada especie.

La inteligencia de los animales vegetívoros, que sirven de alimento á los carnívoros, evoluciona en el sentido de la desconfianza y de las precauciones para librarse de sus enemigos naturales. En las comarcas en que no hay grandes carniceros y el hombre es desconocido ó no es cazador, los vegetívoros nada temen y ninguna precaución toman, sucediendo lo contrario en el caso opuesto. Lo mismo pasa con el hombre; las tribus que los europeos veían por primera vez eran serviciales y confiadas; si luego han cambiado, es porque la conducta de los civilizados les ha hecho desconfiados y hostiles.

Las ideas de temor y desconfianza se manifiestan por medio de precauciones y astucias adecuadas. El abrigo en forma de nido, caverna ó casa es el resultado de esas precauciones contra los cambios atmosféricos y contra los enemigos naturales. De esta necesidad de abrigo nace la idea de la *propiedad:* el conejo, los pájaros, las abejas conocen admirablemente sus casas y las defienden con ardor cuando se las ataca. Contemporánea con esa idea es la de la *guerra,* por la necesidad de luchar unos animales con otros para disputarse lo que codician.

Las emigraciones de los animales son bien conocidas, y todas tienen por objeto buscar los parajes en que pueden vivir y alimentarse mejor. Lo mismo sucedió, y sucede, al hombre. El primitivo tenía que vivir como nómada, y en los tiempos históricos es fácil asegurarse de que la mayor parte de las emigraciones humanas han sido determinadas por la busca de alimentos. La misma colonización de hoy no reconoce, en general, otra causa.

Pero si el hombre y los animales de fácil locomoción han resuelto de este modo el problema de su alimentación, los animales tardígrados han tenido que resolverlo de otra manera, y han llegado á ello mediante la idea de *previsión.* Se aprovisionan durante el verano para el invierno, como las hormigas, ó en el otoño, como las marmotas; los monos se atascan de arroz

y de maíz los carrillos, y cargan con cuantos ramos pueden de frutas para volver á sus guaridas y comerlo luego todo allí libres de cuidados. La previsión no es idea peculiar del hombre, y en muchos animales está más desarrollada que en no pocos hombres.

En los carnívoros la inteligencia se desarrolla principalmente atendiendo á la captura de los animales que les sirven de alimento. Sus sentidos se afinan, y la *astucia,* el *disimulo* y la *hipocresía* están constantemente puestos en juego para acechar á la presa y apoderarse de ella, como lo hace el hombre mismo. La dificultad que los carnívoros tienen para proveerse de alimentos, por la escasez de caza y por la desconfianza de sus presas, les ha llevado á vivir en el aislamiento, salvo en la época del celo, y ha hecho surgir en su espíritu una idea semejante á la que inspira la conducta de los cazadores modernos con sus cotos cerrados: la mayor parte de los carniceros se arrogan el goce exclusivo de la caza en determinado circuito y no consienten ninguna competencia en su territorio, considerándose como propietarios del dominio en que se han establecido. Lanessan cita al efecto el caso del tigre, y nosotros podríamos añadirle el caso bien conocido de los perros de Constantinopla, repartidos por barriadas á guisa de sociedades de caza.

El hábito de cambiar de lugar en busca de alimento suscita el gusto del cambio por el puro placer de cambiar, y de aquí nace en los animales otra idea que los psicólogos suelen reservar al hombre: la de la *libertad individual.* Fácil es comprobar el disgusto de los animales cuando se les aprisiona ó se les confina en determinado lugar. El pájaro encerrado en la jaula sólo piensa al principio en escaparse, y á veces llega á morir en sus tentativas de evasión; el león da vueltas sin cesar en la jaula buscando una salida como en su caverna; y no es raro que muchos animales prefieran dejarse morir de hambre á permanecer en esclavitud. Esta idea de la libertad ha nacido en el hombre lo mismo que en los animales. Es frecuente ver á los negritos de Africa dejar sus familias y su aldea yéndose

con transeuntes que jamás han visto por el solo placer de gozar de una libertad que nadie les disputa (1), no siendo raro luego verles someterse á cualquier amo por la satisfacción que da á su necesidad de alimentación.

La satisfacción de esta necesidad va acompañada, en todos los animales superiores y en el hombre, de un aumento de actividad en la circulación, seguida de marcada excitación cerebral, de la que resulta una excitación de placer y bienestar, tanto más viva cuanto más se hace sentir la necesidad de comer. No es lícito dudar, según Lanessan, que este placer es la fuente primitiva y más importante de la idea de *felicidad*, porque la necesidad de nutrición es la primera que los hombres tienen que satisfacer y la única que experimentan durante toda su existencia y en todas las circunstancias de la vida, pues la necesidad de reproducción no reúne estas condiciones y es sólo fuente de dicha fugaz.

La satisfacción de la necesidad de actividad constituye también fuente importante de la idea de *felicidad*. Prueba de ello la alegría de todos los animales, sobre todo en su juventud, cuantas veces pueden moverse, correr y juguetear á su capricho.

La excitación nerviosa que acompaña á la satisfacción del hambre y de la sed, determina notable aumento del apetito y tendencia á comer más de lo requerido por las necesidades fisiológicas; el abandono á esta tendencia produce la glotonería y la golosinería, dando luego lugar á esa especie de agradable entorpecimiento y de somnolencia que suele seguir á las comidas copiosas. Las bebidas alcohólicas tienen su origen también en la misma tendencia, y no hay pueblo que las desco-

(1) Y ¿por qué atribuir ese abandono del hogar al deseo de libertad? Si esa fuera la idea dominante no se irían con nadie, se marcharían solos. ¿No es más natural atribuirla al gusto por la novedad y por el cambio, tan ingénito en muchos hombres? *Voir c'est avoir; allons courir, car tout voir c'est tout conquèrir,* hace decir Béranger á sus bohemios. Y esa es la verdadera razón del hecho citado por Lanessan.

nozca en una ú otra forma, habiendo muchos animales domésticos que se acostumbran á ellas fácilmente.

En resumen: la necesidad de nutrición da origen á las ideas de *temor* y de *desconfianza* para defenderse de los enemigos más poderosos; de *astucia* y de *hipocresía,* para burlar los más fuertes la desconfianza de los débiles; de *propiedad,* por el afecto á los abrigos, nidos, chozas, cavernas; etc., de cada especie, de *prevision* por la necesidad de asegurarse víveres para las malas estaciones; de *emigración,* por la obligación de ir en busca de alimentos ó de refugios benignos; de *libertad individual,* por el hábito de salir en busca de alimento; de *sumisión y esclavitud,* por el deseo de asegurarse víveres con el menor esfuerzo; de *felicidad,* por el placer resultante de una buena comida, y á las pasiones de la *gula* y del *alcoholismo,* por el abuso de los placeres de la nutrición. En suma, que todas las ideas morales de orden egoísta nacen de la necesidad de alimentarnos.

Pobre en demasía es la argumentación de Lanessan; ni lo que él llama *ideas* son *ideas,* sino *hechos* en su mayor parte, ni muchos de esos hechos cuentan otra explicación que la del instinto. Claro es que como para vivir es necesario comer, todo lo que nos asegure la comida contribuye á asegurarnos la vida; pero de eso á que, por virtud de esos hechos, nazcan en nosotros tales ó cuales ideas, hay mucha distancia. Si en lugar de esa tesis, quisiéramos llegar á la demostración de que esas supuestas ideas son originadas por la necesidad de respirar, encontraríamos fácilmente otra serie de argumentos y ejemplos semejantes. Una cosa es que la satisfacción de las necesidades perentorias de la vida obligue á los animales á realizar determinados actos, perfectamente explicables por el impulso inconsciente del instinto, y otra es que tales actos sean resultado del juego consciente de determinadas ideas, adquiridas y desarrolladas por la inteligencia limitada del animal. No vayamos á salir del fanatismo de las revelaciones de las religiones positivas, para dar en el fanatismo de las hipótesis científ-

ficas. Tomemos de la teoría de la evolución el sentido general y la parte positiva de verdad que contiene; pero no exageremos su alcance si no queremos dar en el ridículo de las suposiciones del *mío, mío* del cuento.

## CIENCIAS ÉTICAS

La felicidad.— La aspiración más universal, más imperiosa, más intensa del hombre es la de la felicidad. Pero, ¿en qué consiste, qué es la felicidad?, pregunta Claudio de Habloville.

Nicole dice que «la dicha casi no nos es sensible en esta vida sino cuando nos libramos del mal». «¡Dichoso el que ve la luz!», exclama el ciego; pero el que ve claro no lo dice. «¡Dichoso el que está sano!», dice el enfermo; pero cuando ese mismo enfermo se encuentra bien, ya no encuentra la dicha en la salud. «¡Ah, si yo tuviese pan!», grita el hambriento. «¿Por qué no seré yo rico?», murmura el que vive con relativa holgura.

¿Consiste la felicidad entonces en el estado negativo del no sufrir? No; la dicha no es la ausencia del dolor. ¿Es entonces el placer, la posesión de lo necesario y de lo superfluo? Tampoco. El placer es un relámpago, y las riquezas pueden darnos goces de lujo y de vanidad, pero son incapaces de dar ese contento íntimo, cuya duración constituye la dicha. ¿Es que acaso se halla la dicha en la virtud ó, como quiere Kant, en el valor absoluto del deber? No. Platón habría querido que la dicha estuviera ligada con la belleza moral, con la virtud, por una cadena de oro; pero la satisfacción del deber cumplido es frecuentemente amarga; lleva la paz al alma, pero la paz del alma no es la dicha.

La dicha es la dilatación de nuestro sér en la plenitud de todas sus facultades. Sólo existe cuando nuestro yo se desarrolla en conformidad con las tendencias de su naturaleza. Por eso cada cual, según su temperamento, creencias é inclinaciones, se forma un concepto particular de la felicidad. La dicha de los simples no es la de los inteligentes; la de los sen-

sitivos no es la de los ambiciosos; la del artista no es la del sabio. Donde unos buscan un tónico, otros quieren un calmante.

La dicha de los antiguos, que no conocían nuestras necesidades ficticias, da lástima á los modernos intelectuales, cuya única pasión es la *alta curiosidad*, como decía Renán. Mientras unos se embriagan con palabras, otros se contentan con esa dicha estúpida y fea que consiste, como goce supremo, en comer y dormir bien. En cambio, la sublimidad de una hipótesis arrebata al filósofo; una página elocuente transporta al literato, una línea ó una imagen encantan al artista. Hay quienes se olvidan del mundo entero oyendo una obra maestra musical, mientras el vecino se duerme ó se aburre con la misma música.

Cada cual percibe así, no *el* universo, sino *su* universo; no la realidad absoluta, sino la relativa que su cerebro y su naturaleza le permiten apropiarse. Y de tal modo es esto así, que puede decirse que la felicidad varía con las épocas, los climas, las edades, los temperamentos, y hasta según los días y las horas. Lo extraño es que el hombre que ha encontrado su felicidad desapruebe á menudo, con intolerancia, la elección de los demás, porque no la comprende. Pocas personas saben salir de sí mismas y representarse una felicidad distinta de la suya. De ahí tantos fracasos por culpa de los padres que no admiten que sus hijos sean felices de otro modo que ellos lo han sido.

La dicha, según Nietzsche, consiste en vivir todas sus fuerzas y en crear belleza viviente en sí y fuera de sí por el empleo valeroso y heroico de todas sus facultades. Esta fórmula se reduce, en resumen, á la de Augusto Comte, «vivir para los demás», ó á la de Stuart Mill, que da también la utilidad como principio de la acción. Todo ello es un pálido reflejo de la doctrina cristiana del amor al prójimo, no por las recompensas eternas, sino por puro y desinteresado altruismo. De esta doctrina, sin embargo, ha nacido el *arribismo* contemporáneo: el empleo heroico de todas las facultades se ha convertido en la fiebre de triunfar por todos los medios en la política, en los

negocios, en el arte, en la ciencia, hasta en los juegos; pero el éxito no es la felicidad.

Para ciertos seres buenos, nulos y flojos, la pereza es un estado superior; Budha ha hecho de la inercia un estado divino: el nirvana. ¿Consistiría la dicha en ese sueño de la India, en la extinción absoluta de todo deseo? Gabriel Tarde ha demostrado, en su *Sociología individualista*, que los deseos son los vientos perpetuos de las tormentas que sanean la humanidad, el aguijón de las más altas actividades del hombre. Lo que importa es acomodar nuestros deseos al orden de las cosas, en lugar de luchar contra él para sujetarlo á nuestros deseos.

Hay quienes entienden por felicidad un estado de reposo y de quietud en que no se pueda desear nada: es la dicha gris, empañada y fría de los seres degenerados, de los viejos, de todos los que tienen los resortes del alma relajados. El hombre entero sólo desea crecer, «tiende al reposo por la agitación», como dice Pascal.

Las pasiones no siempre son enfermedades del alma, y á veces son elementos de felicidad. El amor legítimo es el primer elemento de la familia; el ilegítimo ocasiona crisis y dramas de conciencia. Fuera de Schopenhauer, que lo mira como «una trampa que nos tiende la naturaleza», y de algunos alienistas, que lo consideran como un estado patológico ó un estigma de degeneración, el amor ha sido siempre considerado como uno de los principales factores de la felicidad humana. Pero, ¿está en él la dicha? Léase *Werther, Adolfo* ó las *Confesiones* de Jorge Sand, y se verá que si el borde de la copa está cubierto de miel, su fondo es atrozmente amargo.

«El entusiasmo es el sentimiento que da más felicidad, el único que nos haga soportar el destino humano en todas las situaciones en que la suerte puede colocarnos.» El entusiasmo, enfermedad de juventud, no es la de nuestro siglo de decadencia. El entusiasmo que hace los héroes, los mártires y los santos, nos asombra hoy por su rareza, y exige cierta facultad de

ilusión, como la de los que corren tras los juegos fatuos ó persiguen fantasmas.

La avaricia, por repugnante que parezca, es acaso la pasión que proporciona los goces más fáciles; no exige corazón, ni espíritu, ni talento, sino sólo codicia; si el temor del ladrón no le turbara, el avaro sería completamente feliz.

Espinosa ha buscado la felicidad en el panteísmo; ese compuesto de naturalismo y misticismo, ese cariño exagerado á la creación es sólo una desviación del sentimiento del infinito, sensibilidad errónea, puesto que para curar el alma la mata.

«La felicidad, dice la Rochefoucauld, está en el gusto y no en las cosas, y se es feliz por tener lo que se quiere, no por tener lo que quieren los demás.» La dicha es el arte de comprender la vida. Hay naturalezas vigorosas ricamente dotadas que parecen hechas para la dicha; otras que parecen organizadas para la desgracia. «Es extraño, dice Flaubert, con qué poca fe en la dicha he nacido yo; he tenido desde pequeño un presentimiento completo de la vida: era como un olor de cocina nauseabunda que se escapa por un respiradero; no se necesita comer de ella para saber que hace vomitar.»

Al lado de este pesimismo desencantado está la melancolía nostálgica de las almas á quienes nada de aquí abajo satisface. Sería el caso de hablar aquí del problema del destino y de la inmortalidad del alma. En esa misma familia del pesimismo resignado hay que colocar el diletantismo elegante de que son ejemplos Alcibíades y Petronio entre los antiguos, y Heine y Renán entre los modernos, espíritus que aceptan con la misma sonrisa desdeñosa é indulgente todas las contradicciones del universo.

¿Será cosa de relegar la felicidad al rango de los problemas insolubles, como el movimiento perpetuo y la cuadratura del círculo? No. Si hay un pesimismo malo, hay otro bueno. El malo es el que, partiendo del principio de que la suma de sufrimientos en la vida excede al de goces, deduce que el hombre debe llegar á negar el querer vivir y á desear la nada. El bue-

no es el pesimismo intelectual, que obra como estimulante, y consiste en que, admitiendo que el hombre está fatalmente condenado al sufrimiento, tienda al heroísmo y considere como goce cuanto hace la vida más intensa y más bella. Hay que «superarse», pero sobre todo hay que «vivir», es decir, luchar para abrirse paso en el campo de la actividad; y ya que la vida se empeña en proporcionarnos rozaduras y choques, resignarnos á vivir con sus heridas. La felicidad se encuentra así en la alegría del esfuerzo, en la esperanza con fin determinado, pues, como dice Leibnitz, «la ciencia de la dicha es amar su deber y buscar en él su placer».

Y no solamente aceptando y sufriendo ese deber, frecuentemente desagradable, sino abrazándose á él amorosamente, apasionadamente, alegremente, consagrándole todas nuestras energías, con ímpetu y con buen humor. Santa Teresa y los Padres de la Iglesia ponen la tristeza en el número de los pecados capitales. Seamos valientes y sepamos sonreir.

## CRÍTICA

La deformación del castellano en América.—Es realmente un dolor lo que sucede con el castellano en América. Y no se trata aquí de la cuestión de la introducción en nuestro idioma de *americanismos* propiamente dichos, ya se llamen *nahuatlismos*, ya *paraguayismos*, etc., pues esa introducción es legítima y plausible, y lejos de oponernos á ella, debemos abrir amorosamente los brazos para recibir en castellano cuantos términos, *castellanizados*, nos suministren las lenguas indígenas, ya para expresar seres desconocidos en España, ya para señalar variantes y matices que carezcan en castellano de expresión adecuada; todo eso contribuye á enriquecer *nuestro* léxico, el léxico que los de aquende y allende el Atlántico hemos recibido en herencia, y por cuya conservación, limpieza y aumento todos debemos mirar con el mismo interés, con el mismo celo, con el mismo amor.

Lo intolerable es la deformación del castellano por la introducción de galicismos, anglicismos, alemanismos y solecismos de todo género, vicio corriente en la Península misma, como cien veces hemos tenido ocasión de ver, y que en las Repúblicas de Sur-América llega á extremos increíbles. Aquí y allí tenemos la manía de nutrirnos de lecturas extranjeras y sobre todo de malas traducciones, y de aquí las atrocidades que se cometen con nuestra pobre lengua, digna de mayor respeto. El purismo no consiste en mantener intacto el léxico, pues todo léxico de lengua viva ha de ser movible y flexible si no quiere petrificarse y perecer; pero una cosa es el crecimiento y desarrollo natural de una lengua, como el de un individuo, dentro de sus facultades y en armonía con sus proporciones, sus elementos constitutivos y su desenvolvimiento normal, y otra el crecimiento anormal, enfermizo y deformador por medio de diviesos y de jorobas, de excrescencias y de abotargamientos que le desfiguran y estropean.

La misma literatura oficial, que en ninguna parte se distingue por su corrección, da en América la medida de lo que allí se hace con el castellano. No tomemos un decreto cualquiera ni una circular de cualquier ministerio; cojamos nada menos que una Constitución, la ley fundamental de cualquiera de los Estados sur-americanos, ley elaborada en las Cámaras con todo detenimiento, y sujeta á todas las intervenciones y correcciones posibles, y veamos lo mal parado que sale el castellano de las pecadoras manos de aquellos legisladores. Ahí está, por ejemplo, la Constitución de Colombia. Recorrámosla por encima y analicemos su redacción:

«Vista la aprobación que *impartieron* las municipalidades de Colombia á las bases de la Constitución.» ¡Impartieron! ¿De dónde sale ese terminacho? ¿qué quiere decir eso? Si quiere decir *dieron* ú *otorgaron* ó *concedieron*, ¿por qué no se dice? ¿Qué falta nos hace ese *impartir*, que no tiene sentido ninguno, ni responde á ninguna necesidad?

«Cuando de la aplicación de una ley *expedida* por motivos

de utilidad pública.» (Art. 31). ¿Qué es eso de expedir una ley? ¿Se expiden acaso las leyes como se expide una mercancía cualquiera? Si podemos decir «una ley *dictada* ó *promulgada*,» etcétera, ¿por qué hemos de decir *expedida*? Cada palabra debe reservarse para la expresión del matiz más adecuado que en cada frase quiera darse al pensamiento. Obrar de otro modo es empobrecer ó embarullar la lengua.

«*Son prohibidas* las juntas políticas populares de carácter permanente.» (Art. 47.) ¿No sería más castizo decir: «quedan prohibidas» ó «están prohibidas», ó «se prohiben» que «son prohibidas»? Claro es que en definitiva es lo mismo. Pero ya que en castellano tenemos medios y recursos para marcar los diversos valores del *être* francés, ¿por qué hemos de emplear nuestro *ser* en equivalencia de nuestro *estar*? El francés, más pobre de recursos en este caso, tiene que decir *être*, lo mismo con *méchant* para expresar *ser malo*, que con *malade* para expresar *estar malo*; pero nosotros no, nosotros podemos matizar perfectamente esas expresiones, y no hay para qué empobrecernos cuando somos ricos. Cuando se prohibe una cosa, se dice que esa cosa *está prohibida* y no que *es prohibida*. Lo mismo que esto es lo de «es permitido formar compañías», que dice el mismo artículo de la Constitución. ¿No es preferible decir: «se permite» ó «está permitido»?

«Las Cámaras se abrirán y *clausurarán* pública y simultáneamente.» (Art. 69). ¿Por qué *clausurarán*? ¿No es más sencillo y adecuado *cerrarán*? Ese *clausurarán* parece cosa de un paleto pseudo-instruído, que se las quiere echar de fino y que estima poco altisonante *cerrar*. *Clausura* es sinónimo de *cierre*, pero es un cierre especial que no puede aplicarse á todos los casos. De *clausura* puede sacarse *clausurar*, como de *censura* sale *censurar*; pero ninguna falta hace esa expresión, como no fuera para darle el sentido especial que tiene *clausura* como variante de *cierre*. Déjense los colombianos de *clausurar* sus Cámaras y conténtense con *cerrarlas*, que no es poco.

«Toda reunión de los miembros del Congreso que con la

mira de ejercer el Poder legislativo se efectúe fuera de las condiciones constitucionales será ilegal; *los actos que expida nulos.*» (Art. 75.) Otro desdichado empleo de *expedir*, más desdichado que el criticado anteriormente. ¿Qué es eso de *expedir actos?* Los actos se ejecutan, se realizan, se llevan á cabo, pero no se expiden. Ese repetido empleo de *expedir* fuera de lugar, revela una pobreza de recursos realmente inexplicable.

«Si las Cámaras se pusieren *en receso* dentro de dichos términos.» (Art. 86.) ¿Qué quieren decir con ese *palabro* los legisladores colombianos? Por el contexto parece que su propósito es indicar que «si las Cámaras se *cerraren* dentro de dichos términos»; pero si es así, ¿por qué no lo dicen y lo entenderíamos todos? ¿O es que allí legislan para que no se entienda lo legislado? *Receso* es un término técnico astronómico que indica el apartamiento del sol del Ecuador, y en consonancia con este significado, da la Academia á *receso* el sentido de «separación, apartamiento, desvío», ninguno de los cuales viene bien al caso de que se trata, y aunque vinieran, no tendría justificación el empleo de semejante palabra, casi totalmente desusada y de todo punto innecesaria para expresar lo que se quiere decir, habiendo otras más pertinentes y adecuadas.

«Los senadores (art. 95) durarán seis años.» ¡Pobres senadores! Esto realmente no está mal; pero bien podían haber buscado un modo de decir algo menos duro, para que no resultara la expresión tan brutal. Si lo de *clausurar* es cosa de paleto redicho, esto otro parece cosa de los tiempos prehistóricos, cuando las lenguas carecen de flexibilidad para la expresión del pensamiento.

«El Senado podrá *cometer* la instrucción de los procesos á una Comisión de su seno.» (Art. 97). ¡Cometer á una comisión!

¡Qué lujo de expresiones! Claro es que una comisión es *comisión* porque se la *comete* algo; pero el verbo *cometer* apenas se emplea en castellano en el sentido de su derivado comisión, y aunque se empleara por gusto de usar un arcaísmo, no de-

bería emplearse en este caso concreto por lo mismo que se habla de *comisión*. El Senado «podrá *encomendar* ó *encargar* de la instrucción de los procesos á una Comisión», estaría mejor dicho.

Entre las atribuciones de la Cámara de representantes está (artículo 102) la de examinar y *fenecer* definitivamente la cuenta general del Tesoro. Esto de *fenecer* una cuenta, si no quiere decir *matar*, no sabemos qué cosa sea, empleado el verbo con carácter transitivo; y *fenecer definitivamente,* si no es *morirse de veras,* tampoco entendemos lo que pueda ser. Pero si es eso, el empleo de *fenecer* en ese caso supone que no siempre se *fenece definitivamente* y que se puede fenecer de otro modo, y eso sí que ya no lo entendemos. En castellano el que fenece, fenece, y si es cristiano se le canta el *gorigori;* ni se puede *fenecer á otro* ni nadie fenece nada, aunque todo fenece y todos fenecen cuando les llega la hora.

Y fenezca aquí, puesto que de fenecer hablamos, esta crítica, pues si fuéramos á poner reparos gramaticales á toda la Constitución, necesitaríamos mucho más espacio del que disponemos. Conste únicamente que hemos elegido, como muestra de la deformación del castellano, un documento de tanta importancia como una Constitución, y que no es ésta de las peor redactadas. ¿No es lástima que tales cosas ocurran, cuando con un poquito de cuidado sería tan fácil evitarlas? Precisamente, por lo mucho que queremos á nuestros hermanos de América y por el grandísimo interés que nos inspira su desarrollo y su cultura, nos duele que incurran en tales descuidos y que no presten al uso acertado de un instrumento tan maravilloso como nuestra lengua común, la atención y los cuidados que requiere, para seguir siendo lo que siempre ha sido en buenas manos.

*
* *

Grecia, vista á través del libro de Gómez Carrillo.— El incansable publicista Gómez Carrillo ha dado á luz otro libro más, tan ameno y tan interesante como todos los suyos: *Grecia,* con un prólogo del ilustre Juan Moreas (digo *Juan* y no *Jean,* como reza la portada, porque los nombres propios deben ponerse, en los libros castellanos, en castellano).

*Grecia* no es un libro de viajes propiamente dicho, es algo mejor que un libro de viajes; es una visión de conjunto de Grecia con su cuerpo y con su alma, pero sobre todo con su alma. Quien lea el libro con atención, puede decir que ha visto Grecia, que conoce Grecia, que sabe de Grecia todo lo que necesita saber, después de consultar los itinerarios y listas de fondas del Bedeker ó del Joanne. Y no sólo conoce la Grecia actual, sino la clásica, la heroica y la martir, pues el libro, sin quererlo ni buscarlo, y simplemente como resultado espontáneo y natural de la cultura del autor, viene á ser, al par que una obra de amena literatura, un excelente libro de información literaria, histórica, geográfica, filológica, mítica y legendaria, todo ello vaciado en un molde de armoniosas líneas, perfectamente proporcionado y en el que ningún pormenor sobra, ningún adorno está churriguerescamente hinchado, sino que todo se halla tan bien traído y tan agradablemente tratado, que el libro resulta de facilísima digestión intelectual, á pesar de lo suculento de su composición.

Gómez Carrillo es un artista de cuerpo entero: conoce los resortes todos del arte y sabe tocarlos todos oportunamente para que produzcan el efecto apetecido. Con su erudición, con los elementos acumulados por sus estudios, sus lecturas, sus recortes, sus conversaciones, hubiera podido hacer un libro á la alemana, atiborrado de notas sabias y curiosas, pero indigestas; ó un libro á la francesa sicalíptico, salpicado de anécdotas picantes, de referencias escabrosas y de pinturas eróticas; la materia se prestaba á lo uno y á lo otro, y todos hubieran disculpado la explotación de la erudición ó la del pornografismo, como se disculpa en Jorge Ebers ó en Pedro

Louys. Pero Gómez Carrillo ha huído de ambos extremos y ha evitado ambos escollos, no porque lo haya buscado así de propósito, sino porque su alto sentido estético se lo imponía.

Así se comprende que se escriban capítulos como los de *El mar de la Odisea, Los hijos de Ulises*, *La antigüedad viva* y *La leyenda de Homero* sin tropezar en ellos con un solo párrafo indigesto, y que se escriban otros como *La mujer de Atenas, Las damas de Tanagra, Los misterios de Eleusis* y *Las cortesanas,* que no puedan ponerse en manos de cualquier doncella bien educada, á pesar de lo resbaladizo del asunto. Gómez Carrillo ha sabido huir de la tentación, y merece por ello sincero y entusiasta aplauso.

No todo, sin embargo, es de alabar en *Grecia.* La prosa de Gómez Carrillo es fácil, fluida, armoniosa, hasta deliciosa á veces. Pero el medio ambiente en que Gómez Carrillo vive le pone en gravísimo riesgo de incurrir en pecadillos de redacción, no por leves menos sensibles, para quienes rendimos culto á nuestra hermosa lengua. Con frecuencia se tropieza en los capítulos de *Grecia* con defectuosos empleos del *lo,* debidos precisamente al plausible empeño de evitar su confusión con *le,* sin acertar á lograrlo; hay también muchos galicismos del *un* indeterminado *(un* valor sin límites, *una* sutileza á toda prueba y *una* paciencia extraordinaria) que en castellano resulta innecesario por lo menos; es frecuente encontrar nombres propios, no apellidos, con disfraz extranjero *(Edmond, Elisée, Jean)*, cuando tienen en nuestra lengua exacta expresión; y á veces se hallan expresiones y giros de todo punto inadmisibles en buen castellano: «todo ha sido *suputado*»; «llegar á *concluir* que la estirpe autóctona ha desaparecido»; «entre los que así *concluyen*», «no podía menos *que* parecerles», «la venerable diosa *erra* durante nueve días», etc.

Todo ello son faltas leves, descuidos ligeros, lunares insignificantes; pero, ¿no sería muchísimo mejor que tales lunares no vinieran á empañar el limpísimo espejo de la prosa de Gó-

mez Carrillo? Con un poco de cuidado, y á lo sumo con una revisión de los originales encomendada á persona competente, quedarían las obras de Gómez Carrillo como modelo de bien decir, ya que sin disputa lo son de bien pensar.

## IMPRESIONES Y NOTAS

La hospitalidad en los siglos xvii y xviii.—H. de Gallier ha dedicado en *La Revue* varios artículos á exponer «cómo se gastaba en otro tiempo», y de ellos entresacamos las notas relativas á los gastos producidos por la hospitalidad en las grandes casas del tiempo.

La hospitalidad era estimada como un deber y formaba parte del tren ordinario de casa. No había hidalgüelo que no tuviera mesa puesta para los huéspedes que se presentaran, ni dejara de alojar y mantener en su castillo deudos y amigos y hasta transeuntes desconocidos. Hoy sería difícil hasta para los príncipes de la plutocracia tener 700 camas dispuestas constantemente para los amigos, como lo hacía el cardenal de Rohan en su palacio de Savernes. Aquellas cacerías no podía permitírselas hoy ni un jefe de Estado: se escogían 600 batidores entre el paisanaje, y se daban tres batidas hasta la hora de comer; entretanto cada batidor recibía una libra de carne, dos libras de pan y dos botellas de vino, todo preparado en grandes mesas sobre el césped.

Nada, sin embargo, llegaba al derroche de los duques de Choiseul en Chanteloup; allí vivían ordinariamente á costa de los duques 400 personas y se gastaban diariamente 300 francos en pan. La mayor libertad reina en el castillo, y cada uno baja al comedor ó se hace servir en su cuarto á su gusto.

Y no se crea que esto fuera cosa excepcional; lo era naturalmente en la cantidad, pero en la calidad era lo corriente. Los Nevers tenían á su servicio 146 personas, los Pontchartrain 113, y la misma señora de Sevigné, con su modesta for-

tuna y su carácter relativamente económico, tenía 30 servidores en Rochers y su hija 80 en Grignan. En casa de los Porcellets no es conocido el número, pero por las cuentas se sabe que gastaban sólo para la gente de librea 160 varas de galón ancho y 60 de galón estrecho.

Sobre ese personal fijo cuéntense los parásitos, parientes lejanos, amigos antiguos de la familia, gentes de toda especie que no forman parte de la servidumbre, pero á quienes se da casa y sustento, muchas veces sin saberse por qué, por tradición, y se comprenderá cómo podían disiparse fortunas enormes.

***

Un silbido mal interpretado.—Es curioso el hecho referido en las Memorias de Sabatier, teólogo protestante que formaba parte de la Facultad de Teología de Strasburgo cuando la guerra franco-prusiana, y que, siendo decidido amigo de Francia, prefirió presentar la dimisión á seguir prestando servicios al vencedor.

Sabatier asistió á la inauguración de la Universidad alemana de Strasburgo en 1.° de Mayo de 1872, y cuenta en sus Memorias que un anciano sabio alemán, el barón Aufses, de Nuremberg, había ido á Strasburgo para celebrar aquella inauguración. Hospedado en casa de un amigo, se sintió enfermo por la noche, y no encontrando campanilla en su cuarto, salió al vestíbulo y con un silbato que tenía se puso á silbar como un desesperado. Dos profesores alemanes que pasaban entonces por la calle, y que le oyeron silbar, creyeron que aquello era una manifestación de antigermanismo, subieron á la casa y dieron tal paliza al pobre viejo, que murió de resultas de la misma á su regreso á Nuremberg.

***

NAPOLEONIANA.— El general Chlapowski, barón del Imperio y ayudante de Napoleón I, era un polaco que escribió unas *Memorias sobre las guerras de Napoleón*, recientemente publicadas por la casa Plon, de París.

En ellas cuenta que, teniendo que atravesar en España un río, Napoleón tropezó con la dificultad de ser el río bastante caudaloso. Para salvar las municiones del riesgo de mojarse, hizo entrar á la caballería en el río. El agua llegaba al pecho de los caballos. Mandó á los escuadrones que pusieran sus caballos lo más juntos posible, y así vino á formar una especie de barra viva que contuvo en parte el paso del agua. Entonces, hizo pasar la artillería río abajo, y gracias á la improvisada exclusa, la artillería pasó sin que las municiones se mojaran.

En Aspern llevaba Chlapowski un despacho á Massena, y éste, en cuanto lo leyó, montó á caballo; pero notando que el estribo derecho estaba corto, llamó á un soldado para que se lo alargara, quedando entretanto montado á mujeriegas del lado izquierdo. Una bala de cañón mata al soldado, y Massena cae en brazos de Chlapowski. El caballo por fortuna quedó ileso, y Massena hace arreglar el estribo fríamente, y vuelve á montar como si nada hubiera pasado, cual otro Carlos XII de Suecia.

En Wagram, Napoleón da una orden á Chlapowski, y éste saluda militarmente levantando su sombrero. Una bala de cañón pasa en aquel instante (como en el de la muerte de Turena), y se lleva el sombrero. «Fortuna es que no seáis más alto», le dice con calma Napoleón.

En Bautzen, Napoleón, hacia las siete de la mañana, recibe la noticia de que Ney, á quien espera para dar la batalla, no podrá llegar, por el mal estado del camino, hasta pasado algún tiempo. El emperador da la orden de aguardar, cañoneando entretanto las posiciones enemigas; manda extender una manta en el suelo, se tumba en ella, ordena que no le despierten hasta las dos, y se queda dormido al ruido de los cañonazos sin que turbara su sueño aquel estrépito, ni siquie-

ra el de un obús que cayó á su lado. De pronto, llega un oficial anunciando la llegada de Ney á la línea de combate. El mariscal Duroc mira el reloj, y dice: «Faltan todavía veinte minutos para las dos», y deja dormir á Napoleón. Poco después, la artillería de Ney entra en juego, y Napoleón se despierta: «Ese es Ney, que ataca», dice, montando en seguida á caballo; «dentro de una hora la victoria es nuestra.»

FERNANDO ARAUJO

# NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

*Les types sociaux et le droit*, par Joseph Mazzarella. París, Octave Doin, éditeur, 1908.—Un vol. de 457 págs.

En este libro, que pertenece á la *Enciclopédie scientifique*, publicado en París bajo la dirección del Dr. Toulouse, condensa el autor, y presenta bajo un plan de sistematización orgánica, los resultados de las investigaciones que durante los últimos años ha venido haciendo acerca de etnología jurídica.

De la mayoría de los respectivos trabajos he ido yo dando cuenta al público español, casi siempre en esta misma revista, según iban apareciendo.

Eran ellos, como recordarán acaso algunos lectores, de índole monográfica, fragmentos sueltos, por decirlo así, que formando todos parte de una concepción única y de un único sistema, estaban reclamando la fusión en un solo cuerpo de doctrina. A esta idea responde, en buena proporción, la nueva obra de Mazzarella, cuyas secciones segunda y tercera están precisamente consagradas á tal objeto, como asimismo, á la vez, á servir de comprobantes, mediante su aplicación al estudio de instituciones particulares, de la doctrina personal del autor sobre los tipos sociales etnológicos desde el punto de vista jurídico.

Pues Mazzarella—lo dice él mismo,—habiendo comenzado por hacer estudios etnológicos sobre puntos particulares, tuvo que preocuparse, como es natural, del valor que tales investigaciones merecían; y así, poco á poco, ha ido elaborando un

método propio suyo de indagación y de crítica, un sistema general, diríamos, sobre los tipos sociales, modo de reconocerlos en las distintas situaciones sociales, procedimientos para determinarlos, etc. Y por la discusión y exposición de semejante teoría general, empieza Mazzarella su obra dedicándole toda la primera sección de ella.

De modo que, en conjunto, constituye un pequeño tratado de etnología jurídica, con su parte general y su parte especial ó de aplicación. Todo él, lo mismo en la primera parte que en la segunda, escrito con la parsimonia científica, la erudición y el escrupuloso cuidado que el autor ha puesto siempre en sus trabajos.

P. Dorado

# ÍNDICE

**por orden alfabético de autores de los artículos publicados en «La España Moderna» durante el año 1908.**

---


A. C.—*Notas bibliográficas.* Mayo, pág. 204.

Albornoz (Álvaro de).—*La Universidad de Oviedo.* Octubre, página 153.

Alvarez Ossorio (Francisco).—*Notas bibliográficas.* Agosto, página 200.

Amador de los Ríos (Rodrigo).—*Los «del montón» el Dos de Mayo de 1908.* Octubre, pág. 56.—*Notas de una excursión por la provincia de Málaga.* Noviembre, pág. 13.

André (Eloy Luis).—*Fe, caridad y esperanza.* Febrero, pág. 20.

Araujo (Fernando).—*Revista de Revistas.* Enero, pág. 178; Febrero, pág. 171; Marzo, pág. 171; Abril, pág. 163; Mayo, pág. 172; Junio, pág. 166; Julio, pág. 182; Agosto, pág. 169; Septiembre, pág. 179; Octubre, pág. 174; Noviembre, pág. 171; Diciembre, pág. 175.

Ballesteros (Antonio).—*Doña Leonor de Guzmán.* Abril, página, 67.

Bayer (Johan).—*Maternidad* (novela). Enero, pág. 117; Febrero, pág. 127; Marzo, 129; Abril, pág. 121.

Bertaux (E.).—*Los primitivos españoles.* Enero, pág. 151; Febrero, pág. 107; Marzo, pág. 110.—*Monumentos y recuerdos de los Borgias en el reino de Valencia.* Mayo, pág. 139; Junio, pág. 49.

Becker (Jerónimo).—*La Independencia de América.* Enero, página, 22; Marzo, pág. 44; Abril, pág. 29; *La cesión de las Floridas.* Diciembre, pág. 41.

Bonilla y San Martín (Adolfo).—*De lingüística regional y sus concomitancias.* Febrero, pág. 48.—*El pensamiento de Espronceda.* Junio, pág. 69.

Cambronero (Carlos).—*La Cruz de Madrid*. Mayo, pág. 5.

Casa Torre (Marqués de). — *El cardenal Newman*. Agosto, página 15.

Cascales y Muñoz (José).—*José de Espronceda y Delgado*. Mayo, pág. 23; Junio, pág. 27.

Dorado (Pedro).—*La inquisición política*. Julio, pág. 100.—*Los hombres de buena voluntad*. Septiembre, pág. 60.—*Notas bibliográficas*. Enero, pág. 206; Febrero, pág. 206; Abril, pág. 200; Junio, pág. 203; Julio, pág. 206; Octubre, pág. 200; Noviembre, pág. 206; Diciembre, pág. 203.

Echegaray (José).—*Recuerdos*. Enero, pág. 47; Febrero, pág. 36; Marzo, pág. 98; Abril, pág. 55; Mayo, pág. 77; Junio, pág. 5; Julio, pág. 5; Agosto, pág. 5; Septiembre, pág. 31; Octubre, pág. 25; Noviembre, pág. 5; Diciembre, pág. 31.

Fuentes (Anselmo).—*Asociación mental*. Junio, pág. 16.—*Juicio contradictorio*. Noviembre, pág. 52.

Gómez de Baquero (Eduardo).—*Crónica literaria*. Enero, págigina 169; Febrero, 163; Marzo, pág. 164; Abril, pág. 150; Mayo, pág. 162; Junio, pág. 157; Julio, pág. 173; Agosto, pág. 158; Septiembre, pág. 170; Octubre, pág. 166; Noviembre, pág. 160; Diciembre, pág. 168.

Guerra (Angel).—*El regionalismo literario en España*. Octubre, pág. 5.

Gebhart (Emile).—*España fuera de España*.—*Un problema de Moral y de Historia: Los Borgia*. Noviembre, pág. 102; Diciembre, pág. 155.

Havelock Ellis.—*Ideales españoles contemporáneos*. Abril, página 77.—*El pueblo español*. Julio, pág. 129.—*Las mujeres españolas*. Agosto, pág. 89.—*El arte español*. Septiembre, pág. 74.—*Bailes españoles*. Octubre, pág. 95.—*Velázquez*. Diciembre, pág. 92.

Henri Welschinger.—*Talleyrand y la guerra de España*. Septiembre, pág. 162.

Justi (Carlos).—*Diego Velázquez y su siglo*. Enero, pág. 84; Febrero, pág. 76; Marzo, pág. 67; Abril, pág. 92; Mayo, pág. 89; Junio, pág. 102; Julio, pág. 67; Agosto, pág. 122; Septiembre, pág. 96; Octubre, pág. 35.

Ingegnieros (José). *Concepto y definición del delito, segun la filosofía evolucionista*. Diciembre, pág. 135.

Marfil (Mariano).—*La emigración en general y la emigración en España*. Febrero, pág. 5.

Martínez Olmedilla (Augusto).—*La Universidad complutense*. Septiembre, pág. 41.

Olmedilla y Puig (Joaquín).—*La coronación del poeta Quintana*. Diciembfe, pág. 5.

Ovejero (Eduardo).—*La crítica pseudo-clásica*. Agosto, pág. 30.

Pardo Bazán (La Condesa de).—*La literatura moderna en Francia: La transición*. Enero, pág. 72; Diciembre, pág. 71.

Pérez de Guzmán (Juan).—*La embajada de España en París en los comienzos de la Revolución francesa*. Enero, pág. 79.—*El reinado de Carlos IV en las conferencias del Ateneo*. Septiembre, pág. 5.—*La embajada de España en París en los comienzos de la Revolución francesa*. Noviembre, pág. 87.

Posada (Adolfo).—*La extensión universitaria de Oviedo*. Marzo, pág. 32.

Roda (Cecilio de).—*El año musical*. Marzo, pág. 5.

Sales Ferré (M.).—*Evolución social contemporánea*. Enero, página 5.—*Horas críticas de España*. Abril, pág. 5; Mayo, pág. 56.

Sbarbi (José María).—*El espíritu general de dualidad*. Julio, página 41.

Spielhagen (Federico).—*El suplicio del silencio* (novela). Mayo, pág. 115; Junio, pág. 129; Julio, pág. 152; Agosto, pág. 54; Septiembre, pág. 124; Octubre, pág. 109; Noviembre, pág. 125; Diciembre, pág. 107.

Sangró y Ros de Olano (Pedro).—*El lirismo y la emigración*. Julio, pág. 15.

# ÍNDICE


Págs.

*La coronación del poeta Quintana*, por Joaquín Olmedilla y Puig. 5

*Recuerdos*, por José Echegaray..... 31

*La cesión de las Floridas*, por Jerónimo Becker ..... 41

*La literatura moderna en Francia: La transición*, por la Condesa de Pardo Bazán..... 71

*Velázquez*, por Havelock Ellis. ..... 92

*El suplicio del silencio* (novela), por Federico Spielhagen..... 107

*Concepto y definición del delito, según la filosofía evolucionista*, por José Ingegnieros..... 135

*España fuera de España.—Un problema de Moral y de Historia: Los Borgia*, por Emilio Gebhart..... 155

*Crónica literaria*, por E. Gómez de Baquero..... 168

*Revista de Revistas*, por Fernando Araujo..... 175

*Notas bibliográficas*, por P. Dorado..... 203

*Índice general por orden alfabético de autores* ..... 205

AP
60
E8
año 20
no.238-40

La España moderna

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY